

GRANSUPERTERROR

JOHN FARRIS

EL HIJO DE LA NOCHE INFINITA

El fin del milenio se acerca

«El primer novelista
de terror americano.»
STEPHEN KING



Lectulandia

La más espectacular novela de posesión de la última década.

Se aproxima el juicio final. Las fuerzas eternas del mal ponen a prueba la humanidad en una apacible sala de audiencias de Vermont.

Rich, un joven periodista aficionado recibe una patética llamada telefónica de una niña a la que están torturando. Cuando acude a ayudarla su personalidad se ve totalmente alterada y asesina a su amante delante de varios testigos... ¿Posesión diabólica? El juicio de Rich empieza para demostrar lo indemostrable.

«Farris es uno de los colosos del horror contemporáneo». —Peter Straub

«El primer sucesor auténtico de EL EXORCISTA». —*Library Journal*

Lectulandia

John Farris

El hijo de la noche infinita

ePub r1.0

GONZALEZ 01.07.16

Título original: *Son of the Endless Night*
John Farris, 1984
Traducción: Jordi Vidal
Ilustración de cubierta: Terry Oakes & Thomas Schlück

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mi padre,
John Linder Farris,
1909-1982.*

*Y para mi madre,
Elinor Carter Farris,
1905-1984.*

PRIMERA PARTE

POLLY

DEL TESTIMONIO DE DONALD RAY STEMMONS ANTE EL JURADO DE ACUSACIÓN DE INVIERNO, CONDADO DE HADEN, VERMONT, 17 DE FEBRERO DE 1984 (*Veintiséis años de edad. Ocupación: barman a dedicación parcial. Dirección de invierno: 135 Barberry Lane, Sligo, Vermont. Alto. Huesos bien marcados bajo la piel. Tipo facial inevitablemente descrito como «lincolniano», pero con una descuidada barba rubia y tez en exceso curtida, casi ulcerosa por el bronceado obtenido en las pistas de esquí de la zona. Con el hábito nervioso de frotarse la punta de la nariz con el dedo índice al ser interpelado por el fiscal del condado de Haden*):

SEÑOR CLEVES: ¿Qué ocurrió cuando usted trató de abrir las puertas de la terraza?

SEÑOR STEMMONS: Nada. No podía hacerlo. Tengo entendido que esas puertas nunca se abren en invierno. Estaban atascadas por el hielo, y después de la última nevada, debían de haber amontonados ante ellas noventa centímetros de nieve por lo menos.

SEÑOR CLEVES: Sin embargo, a pesar de la nieve acumulada, usted pudo ver lo que estaba ocurriendo en el exterior.

SEÑOR STEMMONS: En efecto. Tuve que desempañar los cristales con la manga de la camisa, y los demás ocupantes de la taberna hicieron lo mismo. Sin embargo, no pude ver demasiado, ya que cuando me di cuenta de lo que sucedía allí fuera y escuché los gritos de la chica, concentré toda mi atención en forzar las puertas. Finalmente, logré abrir una con la ayuda de un taburete del bar, y así fue como pude salir. Pero en ese momento experimenté la intensa sensación de que tal vez ya fuese demasiado tarde.

SEÑOR CLEVES: ¿Por qué?

SEÑOR STEMMONS: Bueno, la chica había dejado de gritar. Estaba nuevamente tendida en el suelo, inmóvil. Él debió de haberla golpeado al menos un par de docenas de veces con esa palanca, una barra de hierro, según me pareció. Cuando me acerqué para examinarla había tanta sangre en la nieve que apenas podía creerlo. Bien, ella... parecía..., parecía como si... alguien hubiese abatido y despellejado un ciervo.

SEÑOR CLEVES: ¿Pudo reconocer a la víctima, entonces?

SEÑOR STEMMONS: No, señor. Nadie hubiera sido capaz de hacerlo en el estado en que la habían dejado.

Veinte minutos al sur de Chadbury, mientras empezaba a nevar al mismo tiempo que anochecía, Richard Devon se dispuso a escuchar la breve cinta que había recogido del contestador automático.

Hola. Soy Rick. Ahora no estoy en casa, pero confío regresar pronto y entonces podré hablar con usted. Al oír la señal deje, por favor, su nombre, la hora de su llamada y un número de teléfono donde pueda localizarle. Gracias por su cooperación. Recuerde: espere a oír la señal antes de dejar su mensaje.

Escuchó una voz de muchacha: juvenil, aflautada, quejumbrosa, que denotaba nerviosismo o desesperación.

¡Richard, soy Polly! Te acuerdas de mí, ¿verdad? Me dijiste que te llamase siempre que necesitara algo. Bien... me están haciendo daño, Rich. ¡Y temo que me hagan mucho más daño si nadie los detiene! Tú eres el único que puede ayudarme. Sé que puedo confiar en ti. Ven, por favor. No les dejes...

Hubo una brusca aspiración y el clic del aparato al otro extremo de la línea al ser colgado. El viejo y humeante Porsche de Rich derrapó sobre la capa de hielo que se había formado en la cima de la colina. Sintió la advertencia de la mano de Karyn sobre su codo derecho. La miró un momento, concentró su atención en un puente próximo para prever cualquier nuevo problema, moderó la velocidad y pulsó algunos botones del radiocasete para volver a escuchar la grabación de la voz de Polly.

—... me están haciendo daño...

—No quiero volver a oír eso —dijo Karyn, malhumorada.

Rich accionó otro botón para expulsar la cinta.

—¿Tú qué crees?

Karyn se estiró, y su espina dorsal crujió un par de veces: llevaban viajando más de dos horas desde New Haven.

—Lo que siempre he creído. Es una chiquilla con una imaginación desbordante. Como esos niños de la película *El Crisol*, y...

—¿No te ha parecido como si la hubiesen cortado?

—... y eso, probablemente, es todo cuanto le ocurre. ¿Cortado? No.

Karyn frunció el ceño al ver caer la nieve de un cielo cada vez más oscuro, se encogió de hombros y se subió la cremallera de la chaqueta marrón y plateada forrada de plumón. La calefacción del coche estaba estropeada desde hacía varias semanas. Finalmente, Rich había conseguido su Porsche, en una operación no demasiado ventajosa, pero carecía del dinero suficiente para pagar las reparaciones.

—Esto va de mal en peor —dijo ella—. ¿No deberías colocar las cadenas?

Rich sacudió la cabeza. Karyn tomó la cinta de Fleetwood Mac que habían estado escuchando antes de que él la sorprendiera con la de Polly, pero no la introdujo en el aparato. Estaba preocupada y todavía molesta a causa de la falta de tacto evidenciada por él; también estaban su insensibilidad y su devoción hacia aquella niña difícil. Había tenido que soportar a Polly en una ocasión y ahora no tenía ninguna intención de volver a pasar por lo mismo.

—Creía que sólo íbamos a esquiar.

—Chadbury es un lugar tan bueno como cualquier otro.

—Eso es una gilipollez, Rich —dijo Karyn, exhalando nubes de vaho—. Cuando no eres honesto conmigo, nuestra relación se hace terrible. La verdad es que sigues obsesionado por esa muchacha, y resulta evidente que te cae muy bien. De modo que esa estúpida llamada era la única excusa que necesitabas para... ¿Es la primera vez que te llama? ¿Desde agosto?

—Sí.

—Espero que sea verdad.

—Estoy preocupado por ella, Karyn. Y quiero llegar hasta el fondo de...

—No es tu responsabilidad. Su padre...

—Su padre la tiene encerrada la mayor parte del tiempo, y nadie hace nada por evitarlo.

—Porque es una chica...

—¿Rara?

—Misteriosa sería una palabra más adecuada.

—Tú pasaste un tiempo con Polly. ¿Cómo puedes decir eso?

—Si tu intención era arruinarme el fin de semana, podías haberme dejado en la escuela.

Rich contuvo la lengua —lo cual no le resultaba nada fácil— y fijó su atención en la carretera. Comenzó a dar golpecitos sobre el volante con una mano para demostrar que estaba irritado con ella.

Karyn lo observó durante unos segundos y a continuación apartó la mirada intencionadamente. Habían dejado la carretera interestatal en Broxton para tomar una vía comarcal que se adentraba en una zona más montañosa, entre caseríos aislados por los rigores invernales. Hacia el oeste se extendía un cielo plumizo veteado por una franja rosa. Cruzaron un río oculto en el corazón del invierno como una hoja acerada. Rich no tuvo más remedio que encender los faros y accionar el limpiaparabrisas. Karyn vio una casa solariega y máquinas quitanieves de color rojo bajo la luz intensa que proyectaba un foco con forma cónica. También vio algunos hombres con chaquetones a cuadros y gorros con orejeras.

A medida que el hielo acumulado sobre el parabrisas iba conformando un espejo, Karyn advertía su propio reflejo. Los rizos volvían a estar de moda. Resultaban muy decimonónicos. Trenzas. *Mujercitas*. Ella había sido siempre una entusiasta de la moda, pero ése no era el estilo que más la favorecía. Se sentía molesta por haber

cometido aquel error. Las vacaciones que tanto había anhelado acababan de tener un comienzo desastroso.

—Mira, Rich...

—Sé que le faltan atenciones, que se siente demasiado oprimida por su padre. Necesita amabilidad, simpatía. Pero eso no es todo. Si Polly está convencida de que se halla en peligro, quiero saber por qué.

—Estás dejándote manipular, Rich. Los críos son únicos para eso. Y, de todos modos, ¿a ti qué puede importarte que le suceda algo peor? Es posible que sea una psicópata...

—¡Polly sólo tiene doce años!

Karyn suavizó el tono de su voz. Estaba capacitada para hablar de aquel tema con autoridad.

—La edad no tiene nada que ver. Deberías conocer algunos de los casos que he tenido que afrontar en la clínica infantil de Mount Sinai. Recuerdo que un niño ató a su madre con una media mientras ella dormía y luego le clavó varias veces unas tijeras de manicura. Tenía los ojos castaños más dulces que jamás he visto. No podías dejarle solo ni un segundo. Tenía diez años.

Rich empezó a hablar, esbozó una sonrisa un tanto melancólica y no hizo ningún comentario más acerca de Polly mientras se aproximaban al hotel.

Karyn y Richard eran estudiantes graduados en New Haven. Karyn había decidido cursar la carrera de psicología infantil y Rich, que se había pasado un año internado en el *Register*, se estaba especializando en la rama de periodismo literario; admiraba muchísimo a Halberstam y McPhee. Su interés por Polly, según Karyn sospechaba, no era del todo altruista. Detrás de eso se adivinaba una aventura.

Se habían conocido en los primeros cursos. Karyn procedía de Smith, después de haber seguido un azaroso curso en el extranjero. Rich, en sus años de estudiante, era famoso en el campus por sus ideales políticos desafiantes y poco consistentes. Tenía un carácter un tanto brusco, pero casi siempre se mantenía firme en sus convicciones. Argumentador y buen orador, rechazaba con sus ágiles manos cualquier impertinencia, divirtiendo a los demás con su dialéctica, marcada por un fuerte acento sureño y por unos espasmos de tos que le estropeaban las arengas (había sido un fumador empedernido desde los trece años). Su estilo era callejero, pero no así sus modales. A ella le gustaban sus ojos pálidos y ligeramente hundidos, su dulce sonrisa de vencedor, la cínica manera de morderse el labio cuando no estaba de acuerdo con el parecer de alguien. A medida que fueron conociéndose, se mostraba cada vez más en desacuerdo con Karyn, quien daba la impresión de no saber qué hacer respecto a su vacilante interés por él. Rich trataba de aproximarse, pero sólo conseguía alejarse de ella.

Karyn tenía un modo de hablar que requería atención, réplicas sin maldad y no demasiada presunción. Los moscones de Yale que la rodeaban la tenían ocupada, pero su atención siempre volvía a fijarse en Rich. Estaba en crisis con su novio más

reciente, aburrida de su rugby, su sano hedonismo, su forma melosa y prepotente de abrazarla en la cama. Ella anhelaba emociones fuertes, una relación que conllevara un cierto riesgo.

Rich se pasó mucho tiempo adulándola, pero llegó un momento en que empezó a conquistarla con decisión y estima. La tensa autoconciencia que siempre la había atormentado en las relaciones sexuales desapareció. Era el primer hombre con el que realmente había deseado acostarse, por el puro y simple placer de hacerlo. Pasaron un par de semanas buscando tesoros para compartir. Ella fue apartándole del tabaco, y él le enseñó el arte de la facilidad de expresión. Ella se sentía menos frívola con Rich, una cualidad que sus viejos amigos le echaban de menos.

Chadbury era una ciudad en forma de T, cuatro manzanas con una graciosa zona verde en suave pendiente que interceptaba la estrecha carretera conocida como Post Road. Alrededor del césped se erigían iglesias, modestos y desvencijados hostales, un par de edificios públicos contruidos con mármol de Vermont y algunas casas, antiguas y elegantes, de estilo federal. El Hotel Post Road presidía el césped desde la encrucijada de la T. Constaba de tres edificios, incomunicados, que databan de finales del siglo XVIII, varios acres de accidentado terreno con setos de boj casi tan antiguos como los edificios y una zona de estacionamiento que resultaba insuficiente para la multitud que acudía a esquiar los fines de semana, la mayor parte de la cual llegaba en microbuses y caravanas.

—Ha habido un incendio —anunció Karyn, mientras Rich se empeñaba en meter el Porsche en un estrecho espacio entre una camioneta con cristales ahumados y un par de rocas aprisionadas por la nieve.

—¿Me queda espacio allí?

—Unos diez centímetros —respondió Karyn, que bajó el cristal de la ventanilla para cerciorarse.

—Muy bien.

Rich dio por finalizado el estacionamiento y quitó el contacto.

—¿Qué quieres decir con que ha habido un incendio?

—Fíjate en el ala trasera. Está ennegrecida, y algunas de las ventanas de los pisos superiores parecen tapiadas.

Rich salió del coche y Karyn le siguió, deslizándose por delante del volante. No había dejado de nevar, lo cual les dificultaba la visión del hotel. Los tres edificios, de tres plantas cada uno, tenían forma desigual y se disponían de forma asimétrica. El ala trasera, en lo alto de la montaña, era la mayor y estaba cubierta con un tejado inclinado. Rich tuvo la impresión de que el alero oeste del tejado se había derrumbado en parte.

—Algo ha ocurrido. Espero que no tengan todas las habitaciones ocupadas.

Karyn le dirigió una mirada sombría y cogió de un tirón el equipaje acomodado en el asiento trasero. Rich liberó los esquís de la baca y ambos recorrieron con dificultad la distancia que los separaba del hotel, rodeando un *jeep* que estaba reduciendo la nieve acumulada en la calle a una dura capa de un centímetro.

Quedaban todavía quince minutos antes del primer turno para la cena. El bar situado detrás del edificio principal estaba abarrotado, y un numeroso grupo de entusiastas bebedores vestidos con bonitos jerséis se apostaba junto al bien alimentado hogar, en el extremo sur del vestíbulo.

—Allí están Benny y Elise —dijo Karyn, alegrándose por primera vez en una hora.

Saludó cordialmente a una chica rubia, que lucía botas esquimales y una túnica, y a su novio, que llevaba el cabello largo y liso y fumaba una pipa del tamaño de un pequeño saxofón.

—Quédate aquí —le dijo Rich—. Iré a la conserjería para que nos registren.

—¿Quieres una cerveza?

—Sí, por favor —respondió Rich, con una sonrisa agradecida.

La directora adjunta del Hotel Post Road era una chica rellenita con una sola trenza, gruesa como una maroma de barco, sobre uno de los hombros. Según indicaba la tarjeta prendida en su vestido amarillo, se llamaba Fran. Acudió presurosa al fichero y consultó la reserva de Rich.

—No hay problema. Usted quería la número 21. En el edificio de atrás.

—Me interesa que se encuentre lo más lejos posible de la carretera.

Fran sonrió.

—Veo que ya ha estado aquí antes.

—La última semana de agosto.

—Tenga, señor. ¿Cómo desea efectuar el pago? ¿Con tarjeta? Gracias, le haré una copia de la factura.

—Parece que tienen el hotel lleno.

—Estamos abarrotados.

Rich empezó a rellenar el formulario de registro.

—¿Cuándo se produjo el incendio?

—Hace seis semanas. Creí que el luego destruiría todo el hotel; pero afortunadamente el cuartel de los bomberos está muy cerca y acudió media ciudad para ayudar.

—¿Ha habido muchos daños?

—Sólo en la planta de arriba, pero no podemos utilizar el edificio hasta que terminen los trabajos de reparación... Me temo que tendremos que esperar hasta la primavera. Además, todas las habitaciones apestan a humo.

—¿Cómo empezó?

—Nadie lo sabe. Es probable que se originara en la instalación eléctrica. Por suerte, el fuego se declaró a media tarde, de modo que había muy poca gente en las habitaciones. Vamos a ver, le daremos el segundo turno para la cena a las ocho y cuarto.

—De acuerdo. ¿Está por aquí el señor Windross?

Fran abrió una puerta que daba a un pequeño despacho, detrás del mostrador.

—¿Señor Windross? —Se volvió hacia Rich—. Estaba aquí hace quince minutos. Debe andar por la cocina. ¿Desea verle para algún asunto particular?

—Sólo para saludarle. Soy amigo de su hija.

La chica tomó una enorme llave de cobre de un casillero y se volvió con una sonrisa.

—Aquí tiene, habitación número 21. No sabía que el señor Windross tuviese una

hija.

Rich se mordió ligeramente el labio inferior antes de responder:

—Se llama Polly, tiene doce años y es rubia. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted aquí?

—Desde el comienzo de la temporada de invierno. Casi tres meses.

—¿Y todavía no conoce a Polly?

Fran sacudió la cabeza levemente, sin dejar de sonreír, pero se la notaba desconcertada. Su actitud se endureció, como si sospechara que Rich, por alguna razón, se estaba burlando de ella.

—El señor Windross vive solo. Jamás me ha hablado de que tuviera una hija. Espero que disfrute de su estancia en nuestro hotel.

—Yo también —murmuró Rich.

Fran se dirigió hacia el extremo opuesto del mostrador de recepción para contestar el teléfono y Rich volvió en busca de Karyn, deseando que apareciera para ayudarle con el voluminoso equipo de esquí. No la vio en ningún sitio; quizá todavía estaba abriéndose paso hacia la diminuta barra del bar. Devolvió el saludo que le dirigió una pareja de conocidos de New Haven y recogió el equipaje, dos pares de botas y los esquís; después, subió torpemente la estrecha escalera que conducía a la segunda planta y giró a la derecha, hacia el mal iluminado pasillo.

Su habitación tenía el techo bajo y artesonado, un suelo irregular, una enorme cama de plumas que ocupaba un tercio de la superficie y un cuarto de baño privado demasiado pequeño para que Karyn y él lo usaran a la vez, a menos que uno de ellos estuviese en la bañera. La habitación se hallaba en el extremo opuesto respecto del bar, de modo que el ruido del tocadiscos llegaba amortiguado en forma de oleadas rítmicas, lo cual les permitiría dormirse antes de medianoche.

Rich descargó el equipaje y fue directamente al baño. Se lavó la cara y alzó los ojos para contemplar su propia imagen en el espejo.

«Jamás me ha hablado de que tuviera una hija».

Rich sintió como un escalofrío recorría sus hombros; su boca se contrajo en una mueca de cinismo, una reacción defensiva habitual en él cuando se enfrentaba a lo inexplicable o inverosímil. ¿De modo que Polly no estaba allí? Entonces, ¿de dónde procedía aquella llamada desesperada? ¿De la escuela?

«... Me están haciendo daño, Rich...».

¿Quién le estaba haciendo daño, y cómo? ¿Castigo físico; abuso mental?

Ahora le parecieron ambiguos tanto la precipitación de la llamada como el jadeo de las súplicas, quizá por ser demasiado evidentes. Resultaba impropio acudir a la policía. Sin embargo, se negaba a creer que Karyn pudiese tener razón, que no fuese más que una niña conflictiva de doce años con fantasías de preadolescente que le hubiese gastado una broma pesada, comportándose de una forma teatral ante el teléfono. Los niños solían gastar todo tipo de bromas por teléfono. Tal vez tenía algún amigo al lado en ese momento. Y ambos se habían desternillado de risa después de

colgar el auricular.

Tras haberlo considerado, Rich rechazó la idea de que el padre hubiese enviado a Polly a una escuela privada. La niña era demasiado tímida e introvertida para sobrevivir en cualquier ambiente competitivo. El propio Windross se había mostrado muy reacio a perder de vista a su hija en las dos ocasiones en que Rich le había convencido para que le dejase salir de excursión, como si temiera que se apartara de su lado. ¿Por miedo a lo que pudiera ocurrirle? No exactamente. Como si él no estuviera seguro de lo que Polly pudiera hacer lejos de su vigilante influencia.

Una sensación de aprensión, extrañamente agarrotante, le atenazó la nuca.

Sólo era capaz de llegar a una conclusión: Polly había estado sometida a una gran tensión y necesitaba su ayuda con gran desesperación. Ninguna otra explicación tenía sentido. Él y Polly se habían hecho amigos durante la última semana de agosto. Ella era enigmática, pero no rara, como Karyn insistía en afirmar. Su timidez la hacía indecisa pero, cuando llegó a conocerle mejor, se mostró más comunicativa. Él suscitaba su curiosidad. Le acosaba a preguntas. Por supuesto que no era una bruja en ciernes. Sólo que parecía preocupada... por algo que él jamás había logrado descubrir. Polly parecía ser muy solitaria también. Este recuerdo de la soledad de Polly era lo que ahora le conmovía, al tiempo que le revelaba un renovado sentido de su misión. Encontraría a Polly, y pronto.

Cuando Rich salió del baño, vio a Karyn junto a la puerta de la habitación, con dos jarras heladas de cerveza. La nieve golpeaba las ventanas. Rich tomó la jarra que ella le ofrecía, bebió un trago largo y le dio un espumoso beso. Karyn dejó de apoyarse en la jamba de la puerta para hacerlo en Rich, y lo rodeó con su brazo libre.

—¿Novedades? —le preguntó Rich.

—Benny y Elise han ido a cenar, Barbra Streisand está rodando una película en Mount Snow, y han dejado un telesilla fuera de servicio durante casi todo el día. Wexler se encuentra aquí, con esa chica de la revista *Vogue*. Ésa que parece que se está masturbando con un carámbano.

Karyn se estiró los ojos con ambos índices e hizo pucheros, aterida por el frío.

Rich se echó a reír.

—Todavía nos queda una hora libre antes de la cena. Quitémonos la ropa.

—¿Toda? ¿Por qué tenemos que desnudarnos?

—¿Por qué los Boy Scouts frotan ramas en el monte?

Karyn volvió a besarle, tambaleándose en el intento. Sus ojos se nublaban.

—No sé si es la nieve, o la cerveza, o estas malditas habitaciones con corrientes de aire, o esa enorme cama de plumas. Lo cierto es que me arrepiento de haber estado desagradable contigo, y creo que lo mejor que podemos hacer es reconciliarnos.

Reconfortados en la intimidad, se abandonaron a sus relaciones sexuales hasta la hora de la cena. Comieron con buen apetito: un plato de pastel cremoso de pollo, cuatro variedades de verdura, panecillos calientes de elaboración casera y tarta de fruta; sonreían sin motivo y se acariciaban con frecuencia. Rich habló de las vastas posibilidades que ofrecía una carrera de periodismo («Puedes escribir sobre lo que quieras. Ningún tema es trivial. No importa tanto la elocuencia como la precisión..., la idea precisa, la palabra precisa en el momento preciso»), de su determinación de trabajar en *The New Yorker*, del anhelo casi efervescente de ser respetado por su oficio.

Karyn asentía, cautivada, y empezaba a plantearse la posibilidad de casarse con Rich. ¡Al diablo con lo que su familia pudiera pensar al respecto! Llevaba bastante tiempo oyendo hablar de su relación, siempre en términos negativos... Ya había perdido la esperanza de que su padre se acostumbrara a la idea de tener a un vulgar irlandés de Boston por yerno. Las hostilidades jamás cesarían, porque Rich no se resignaba a aceptar que lo despreciaran... Pero, por Dios bendito, se trataba de su vida, y ella quería, por encima de todo, que no fuese monótona. Nadie sino Rich podía complacer su cuerpo y absorber su mente al mismo tiempo.

Terminada la cena, en el atestado bar les hicieron un hueco en una mesa. Rich y Benny no tardaron en entablar conversación: sus comunes veladas de sociedad constituían un tema inagotable. Benny Childs era un hombre apuesto, de mofletes azulados, que cursaba su segundo año en la facultad de Teología. Aspiraba a convertirse en un distinguido ministro de una de las muchas iglesias de Nueva York, un oficio provechoso gracias a las ostentosas bodas y los funerales en los que se necesitaban diez policías motorizados para controlar la situación, y la producción de manuales de esfuerzo personal para débiles espirituales («Dios te quiere para ser tuyo»). Rich respetaba a Benny por sus estudios y le encantaba llamarle la atención sobre su devoción por los placeres de la vida.

—Las rodillas de mi hermano —reivindicaba Rich— están permanentemente deformadas de tanto arrodillarse en según qué suelos.

—Los católicos han confundido siempre el sacrificio físico con la piedad —replicó Benny—. ¿Acaso te acerca más a Dios el hecho de afeitarte con agua fría y observar los preceptos?

—La abnegación absorbe —apuntó alguien, como para sugerir un tema de debate. Benny lanzó una risa contenida.

—Yo jamás me siento tan cerca de Él, jamás percibo tan intensamente Su bendición, como cuando descorcho una botella de Pol Roger de 1971 en compañía de unos amigos.

Se contentó con apurar lo que quedaba de la tibia cerveza de su jarra y abrazó a la

regordeta Elise.

—Exceptuando, quizá, cuando recibo las caricias juguetonas de...

—¡Benjamín!

Elise era una chica seria, aunque sin prejuicios. Resultaba ampulosamente deliciosa, dueña de unos ojos achinados de color azul siamés y de una cara llenita decorada con reflejos dorados. No hacía mucho le habían colocado una estructura metálica en los dientes, un artilugio infantil que le confería una llamativa sonrisa, semejante a las fauces de una máquina de picar carne. Acercó su boca al oído de Benny y le reprochó su comportamiento delante de sus amigos para, seguidamente, mordisquearle aquella oreja a modo de postdata.

Benny miró a su alrededor con una expresión de beatitud absoluta y descubrió a un atareado barman a su lado.

—Vuelve a hacerlo —le dijo a la chica—. ¿A quién le toca? ¿A mí?

—¿Por qué no nos bendices con un poco de Pol Roger de la cosecha de 1971? —sugirió Karyn.

—¡Ojalá pudiera! Pero mi última botella me acercó tanto a Dios y me dejó tan arruinado que tuve que vender las coronas de las muelas del juicio.

Benny dio una chupada a su desmesurada pipa Meerschaum y volvió a prestar atención a Rich.

—Jamás has dicho nada acerca de Conor. ¿Te ha contado alguna vez por qué dejó el sacerdocio? ¿Perdió la fe?

—Lo dudo. Todavía ejerce, y todos sus hijos van a la escuela parroquial, lo cual supone unos gastos no precisamente modestos. Dedicar demasiado tiempo a Dios y descuida un poco el mundo en que vive. Me dijo que a veces soñaba que le dejaban esposado debajo del agua.

—Todo es parte de la psiconeurosis de una religión condenada. No quiero decir que no puedan encontrarse hombres de provecho en el sacerdocio, sino...

—Disculpadme —dijo Rich, levantándose.

Benny parecía asustado, como si temiera haberle ofendido.

—Son sus riñones, supongo —dijo Karyn.

Rich la miró, sonriendo ensimismado.

—No, he visto a Windross junto a la barra. Quiero preguntarle sobre Polly.

Y se fue antes de que Karyn tuviese tiempo de clavarle una mirada de gélida reprobación.

—¿Quién es Polly? —preguntó Elise.

—No me lo preguntes.

Rich sorprendió al director-propietario del hotel cuando éste abandonaba el bar. Windross, un expatriado del Bronx, era uno de esos hombres con aire taciturno que parecen seguir pegados a las faldas de sus madres incluso superada ya la cincuentena. Era bajo y gordo, y cubría su cabeza, oblonga y casi calva, con unos pocos cabellos que no hacían más que acentuar su calvicie y darle un aspecto de vulnerabilidad

pueril.

—Discúlpeme, señor Windross.

Este lo miró, cauteloso, como si esperase una queja.

—Me llamo Richard Devon. Estuve aquí en agosto.

—Me alegra que haya vuelto —dijo Windross, con una sonrisa improvisada—. Nuestro hotel no debe parecerle del todo mal.

—¿No me reconoce? Estuve algún tiempo con Polly.

Windross fue empujado por la multitud, y avanzó a trompicones hacia la puerta. Se volvió hacia Rich. Le gustaba hurgarse los dientes, buscando cualquier partícula o cavidad que pudiera haber en su boca. Bajo la luz macilenta del bar parecía muy incómodo y nada complacido por la presencia de Rich.

—Sí, te reconozco. Eres el amigo de Polly.

—¿Cómo está Polly?

Windross encorvó los hombros.

—Cada día más bonita —dijo, con un tono que no se parecía en nada al de un padre orgulloso.

—Quisiera verle. ¿Se ha acostado ya?

La frente del hombre empezó a llenarse de sudor. Se enjugó con los dedos y a continuación hurgó en el bolsillo de su chaqueta de lana en busca de un pañuelo.

—No. No lo sé. Lo que quiero decir es que Polly ya no está aquí.

Se expresaba con dificultad; sus manos gesticulaban para explicarse, como si se hubiera quedado mudo de repente.

—¿No está aquí? —inquirió Rich.

Windross sacudió la cabeza, y logró recuperar el habla.

—Éste no era el sitio adecuado para una jovencita como ella. No tiene madre, y yo ando ocupado todo el día. Me comprendes, ¿verdad?

—Claro. ¿Dónde está?

—Con mi hermana..., en Canadá.

—Oh, Canadá.

—Eso mismo. Lo siento. Sé que le hubiese gustado despedirse de ti. Hacías muy buenas migas con ella. Tú le gustabas.

—Está bien, ¿verdad?

—Oh, sí. Polly está bien.

—Siento lo del incendio.

—Pudo haber sido peor. Por suerte, no me arruinó el negocio.

—¿Algún herido?

—¡No, por supuesto que no! —exclamó Windross, indignado—. En aquel momento sólo había unos pocos clientes en el edificio. Y, de hecho, casi todo fue humo. Controlamos el fuego en cuestión de diez minutos.

Tomó a Rich de la manga, como para pedirle comprensión. Sonreía abiertamente, pero había algo falso en él, una cierta acritud. A pesar de su sonrisa, parecía muy

preocupado. Tal vez, pensó Rich, el seguro no había cubierto los daños. O quizá el Estado le obligaba a instalar un sistema contra incendios que no podía permitirse. La temporada, a fin de cuentas, era corta, y ni siquiera la gran afluencia de jóvenes esquiadores de clase adinerada bastaba para garantizar beneficios en una economía en crisis.

—Mira, ahora no tengo tiempo para charlar. Estoy muy ocupado, ¿sabes? Pero si está en mi mano cualquier cosilla que pueda hacer tu estancia más agradable... — Soltó la manga de Rich y le estrechó la mano; después le dio un suave y amistoso golpe en el brazo y añadió—: ¿Cómo está la habitación? ¿Es cómoda?

—Sí.

—Bien. —Le dio otro golpecito—. Ya nos veremos, Rich. Estoy encantado de volver a verte.

Rich se apartó para dejar paso a otra pareja que trataba de entrar en el bar y vio a Windross cruzar el vestíbulo. El hombre cojeaba al caminar: arqueaba la cadera y arrastraba algo el pie izquierdo, gastando así en forma despareja la suela del costoso y ceñido zapato que llevaba.

Karyn se acercó a Rich por la espalda y le tocó el hombro. Él se sobresaltó.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Pensaba.

—¿Qué has averiguado sobre Polly?

Su expresión quería decir: «No puedes ni imaginar lo poco que me importa».

—Windross me ha dicho que no está aquí.

—Oh —dijo Karyn, y bajó la mirada unos instantes, apretando los labios—. ¿Estás satisfecho?

Rich forzó una sonrisa.

—Supongo que debería estarlo.

—El humo de ahí dentro me está destrozando el pecho. Salgamos un rato a jugar con esa nieve tan limpia.

—Nos congelaremos las manos.

—Las meteremos en un balde de agua caliente. ¿Sabes en qué he estado pensando toda la noche? En que sería maravilloso tener un niño contigo. Mi hermana me dijo una vez que supo el momento exacto en que había quedado embarazada. Debe de ser lo mejor que puede ocurrirle a uno: gozar del sexo, y saber al mismo tiempo que acabas de concebir un bebé.

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? —preguntó Rich, simulando a medias estar alarmado.

—Ese personajillo loco llamado amor, supongo.

Debería haber dormido como un tronco toda la noche, tendido en aquella cama de plumas con cuatro columnas, bajo el cálido peso del edredón, con su cadera pegada a la de Karyn. No había ninguna razón para despertar de repente, frío y húmedo como si hubiera estado nadando en un mar glacial. Se estremeció tanto que incomodó a Karyn, que se agitó y gimió. En el momento de abrir los ojos, algo pareció planear sobre la cama; algo sombrío, pesado y amenazador, como un ave de rapiña en vuelo bajo. Rich recobró el aliento y se incorporó lentamente para no despertar a Karyn. El frío persistía y los dientes le castañeteaban. Miró hacia las ventanas.

Había una suave corriente de aire en la habitación que hacía que las diáfanas cortinas temblasen y se hincharan, proyectando una penumbra que punteaba el techo con dibujos de escarcha. Al parecer, había dejado de nevar. El hotel permanecía en silencio, si se exceptuaba la voz lejana de un borracho que trataba de entonar una canción. De pronto, el borracho enmudeció. Rich apretó los dientes y se secó la humedad del rostro con un extremo de la sábana. Consultó su reloj. Eran las dos menos cinco. Sentía una insistente presión en la vejiga que le aconsejaba hacer algo para remediarla. Seis cervezas solían costar, por lo menos, dos expediciones al cuarto de baño durante la noche.

Se hacía difícil salir de la cama de plumas y Karyn, incomodada una vez más, se volvió hacia el lado izquierdo al tiempo que lo buscaba a tientas. Con la otra mano abrazaba a su pequeña ardilla de peluche *Moses*, que había tenido prioridad como compañero de cama desde que ella contaba diez años de edad. Rich apenas podía soportar a *Moses*, cuyo rabo, opulento en otros tiempos, había quedado reducido a un simple apéndice y cuyo cuerpo aparecía granuloso de tantos lavados. Pero todavía conservaba la blancura de fieltro de sus dientes y una sonrisa indómita.

—¿Adonde vas, Rich?

—Al baño. Vuelve a dormir.

—Humm. Está bien.

Karyn suspiró. Rich se sentó en la cama durante un par de minutos; cuando la oyó respirar lenta y profundamente se levantó y avanzó sobre las crujientes tablas del suelo.

En la habitación entraba suficiente luz para originar un llamativo brillo en la fina cinta metálica que rodeaba uno de los pilares de la cama. Las oscuras columnas estriadas tenían la forma de un garrote indio: estrechas en la parte superior, se ensanchaban allí donde se unían a la armadura. La cinta se hallaba casi al nivel de los ojos de Rich, de otro modo no la habría visto.

Rich la examinó con curiosidad. No estaba allí cuando se habían acostado, podría jurarlo. Al tocarla, descubrió que se trataba de una cadena. Recorrió los diminutos eslabones con los dedos en busca del cierre, hasta topar con un medallón en forma de

corazón algo mayor que la uña del pulgar.

Karyn no poseía nada parecido. Aunque se esforzó por hallar una explicación racional, un arranque de delirio le obligó a agarrarse con fuerza a la columna con ambas manos. Empezó a temblar, al tiempo que las rodillas se le doblaban. No importaba cómo había llegado hasta allí, pero lo cierto era que la tenía delante.

Notó los dedos rígidos; necesitó varios minutos para retirar el medallón de la columna de la cama. Karyn dormitaba ajena a todo bajo el edredón; respiraba con los labios entreabiertos y producía una serie de sonidos líquidos, como los de un niño que hace burbujas de saliva.

Rich fue al cuarto de baño, cerró la puerta, hizo sus necesidades y luego se sentó en el borde de la bañera con el medallón en el puño derecho. Respiró hondo, pero de forma irregular, mientras trataba de controlar el pánico, primero, y luego, una vertiginosa excitación, como por efecto de la cocaína, que recorría todas las células de su cuerpo.

El medallón era de oro de catorce quilates, y la cadena estaba chapada en el mismo material. El conjunto había costado algo más de veintiséis dólares en la joyería Cambridge de Chadbury, más tres cincuenta por la inscripción. Una cantidad nada despreciable para un muchacho con un presupuesto limitado, pero él había querido hacer algo especial para demostrarle a Polly que le importaba de veras. Ella casi había llorado cuando él se lo entregó.

«Para mi amiga Polly, de Rich».

Abrió el medallón. Allí estaba su foto, cruelmente mutilada, tal vez con unas tijeras de manicura. La habían sacado con una Polaroid, la cámara de Karyn, según recordaba Rich. Los tres habían organizado una comida campestre en las cumbres de las Montañas Verdes. Polly había querido quedarse con un par de fotos.

Y mutiló ésta. O, al menos, así lo creyó hasta que se fijó con mayor detalle.

Sobre su rostro había grabado un número, tal vez con un alfiler.

Aquello no significaba nada para Rich, al menos por el momento. Seguía tratando de explicar en términos lógicos el hallazgo del medallón, y se preguntaba y respondía a sí mismo.

«Si no estaba aquí antes de acostarnos —y no estaba—, ¿cómo llegó hasta la habitación?».

«Alguien lo trajo, caminando lentamente sobre el crujiente suelo, lo fijó a la columna de la cama y se fue, cerrando la puerta en silencio», se contestó a sí mismo.

«Buena explicación. ¿Ocurrió mientras yo dormía?».

«¿Tú que crees, Richard Devon?».

«Creo que cerré la puerta con el pestillo antes de acostarme. Y que sigue cerrada. ¿No es eso lo que creo?».

«Ve a comprobarlo —se dijo—. Si la puerta que da al pasillo está cerrada por dentro, eso quiere decir que nadie ha podido abrirla desde el exterior. Y si no han abierto la puerta, nadie ha podido entrar. Por lo tanto, tú no has encontrado ningún

medallón. Tú no estás despierto, sentado en el borde de la bañera contemplándolo, con las pelotas encogidas mientras empieza a dolerte la cabeza».

Rich se incorporó, dejó el medallón en el estante de cristal verde que había encima del lavabo, abrió el grifo y se lavó la cara. El temblor había vuelto.

Regresó al dormitorio para comprobar si la puerta estaba cerrada con pestillo. Así era. Sólo deseaba olvidarlo todo, dejar el medallón en el tocador estilo Jorge II y volver a la cama.

Pero no podía. Polly se hallaba en el hotel, y se las había arreglado para dárselo a entender. Y estaba en peligro. Un peligro de tales dimensiones que él no acertaba a concebirlo siquiera.

Tan sólo sabía que debía dar con su paradero.

Rich se vistió en silencio y cogió su cazadora acolchada. Se guardó el medallón en la cartera. Luego, bajó la escalera hacia el vestíbulo.

Tras el mostrador de recepción había un conserje nocturno que bostezaba mientras pasaba las páginas del número de Navidad del *Penthouse*. Era un muchacho en edad escolar, alto, con un acné que le cubría la piel desde el cuello de la camisa hasta la raíz del cabello. ¿Acaso no se estaban utilizando hormonas sexuales para tratar los casos extremos? Tal vez los médicos de Chadbury seguían siendo partidarios de agua y jabón y menos masturbaciones. El muchacho sonrió al ver aproximarse a Rich y giró la revista para que éste pudiera echar un vistazo al póster central, que mostraba una chica morena con el pelo rosado y brazaletes de esclava.

—¿Crees que es cierto lo que hacen?

—¿Cómo?

—Si observas una de esas fotos con detalle... con una lupa, por ejemplo... en lugar de ver tetas y coños sólo se ve un montón de puntos de colores.

—Sí, le quita todo el encanto.

—Un conocido mío trabajaba en el taller donde imprimen estas fotos. Me dijo que ordenan los puntos de modo que conformen mensajes subliminales, como «Ponle cuernos» y «¿Te gustaría follar conmigo?». Cosas por el estilo. Tú no puedes verlo a simple vista, pero el subconsciente retiene el mensaje.

—Estoy seguro de ello. ¿Puedes decirme dónde está la habitación trescientos treinta y uno?

—Sólo soy un suplente. Ni siquiera sé dónde estoy yo mismo. ¿La tres treinta y uno? Espera un momento.

Miró debajo del mostrador y sacó un par de planos encuadernados con un plástico amarillo.

—Vamos a ver. ¡Vaya! En esa habitación no puede haber nadie. Está en el ala incendiada.

Rich se mordió los labios, desconcertado.

—Supongo que Jerry me ha dado un número equivocado. Creo que pretende emborracharse a solas.

—¿De qué se trata? ¿De una fiesta?

—Sí. Bueno, no creo que me divirtiera mucho, de todas formas. Y menos si tuviese que remontar la cuesta a la salida del sol.

—Ya lo quisiera yo. Buenas noches.

Rich subió la escalera lentamente, al mismo tiempo que sacaba el medallón de su cartera. Volvió a abrirlo y se fijó en el número grabado sobre la foto de la Polaroid. Tres treinta y uno. Había pensado que sólo podía ser un número de habitación, pero tal vez significara otra cosa. O nada en absoluto.

Recorrió un tramo del pasillo en dirección a la habitación donde Karyn dormía; pero en un momento determinado se detuvo en seco, sintiéndose en zona prohibida, algo intimidado por las puertas cerradas a ambos lados, como si su insomnio fuese ilícito. No deseaba acostarse de nuevo, pese a lo avanzado de la hora, pero no sabía qué otra cosa hacer. Hacía ya rato que el bar había cerrado y no tenía esperanza alguna de poder tomarse una cerveza aunque lo hubiese deseado con verdadero fervor. Si se celebraba alguna fiesta en el hotel, sus participantes eran desacostumbradamente discretos.

Rich dejó el medallón colgando y enrolló la cadena lentamente bajo la luz del pequeño tulipán de vidrio de la instalación general. La luz se dispersaba en extraños rayos, como si se tratara de un proyector caprichoso. Hechizado, Rich vio emerger a Polly en innumerables fragmentos, sus actitudes y sus tímidas poses: aquel último verano había estado muy pálida, apenas había tomado el sol, sus largos cabellos se le enredaban en la cara como una telaraña, agitados por la fuerza del viento en una ladera, hasta conformar una máscara en la que sólo asomaba un detalle azul..., su ojo adulator y enamorado.

Si existía algo susceptible de ser investigado, pensó, presa de la insatisfacción, le estaba sacando bien poco provecho.

Volvió a bajar la escalera. El conserje nocturno suplente estaba inmerso en su *Penthouse*, con los ojos a escasos centímetros de las sugestivas fotos. Levantó la mirada. Rich se llevó una mano a la mandíbula y trató de simular un dolor.

—Me ha vuelto el dolor de muelas. Debo de haber olvidado el tubo de Demerol en el coche.

Afuera, la familiar bóveda del cielo aparecía manchada con los puntos prehistóricos de las estrellas, cuyas luces se concentraban en un inmenso y desacostumbrado escenario cubierto de prosaica nieve fresca. Rich se sentía protagonista de un drama mientras caminaba haciendo crujir la nieve. Un aire gélido le congelaba los pelillos de la nariz y abrasaba sus labios cortados. Se puso la capucha de la cazadora y se ajustó los cordones. A continuación, hurgó en los bolsillos en busca de sus guantes de cabritilla. Tomó un camino alumbrado, pero cubierto de nieve todavía sin retirar, que arrancaba de la zona de estacionamiento y llegaba hasta el ala incendiada del hotel.

Unas luces protegidas por una estructura cónica de latón iluminaban tenuemente

la finca. Rich no vio a nadie. El ruido lejano de una máquina quitanieves le llegó, procedente de las colinas que se levantaban detrás del hotel. El sonido se convirtió en un zumbido persistente y molesto. Por la carretera circulaba un tractor con remolque. Luego, todo quedó tan silencioso que Rich se sobresaltó por el crujido de sus botas al avanzar sobre la granulosa capa de nieve.

Alguien había dejado un coche aparcado ante el acceso al ala incendiada, cuya fachada aparecía cubierta por una estructura de tubos metálicos. El coche era un viejo Cadillac de cola larga con aletas: el acorazado de los automóviles, rey de la carretera a finales de los años cincuenta. Éste era de un negro intenso, aunque sin brillo, y en algunos sitios el acabado original se había desgastado hasta la primera capa de pintura. Rich, un entusiasta de los modelos antiguos, se acercó a echarle un vistazo. La matrícula era de Vermont. Observó los efectos de un cuarto de siglo de uso: el cromado estaba picado y oxidado, la antena de la radio había desaparecido, uno de los pilotos aparecía roto, el interior desaseado... Sin embargo, los neumáticos para nieve parecían nuevos, a juzgar por la profundidad y la nitidez de las huellas que habían dejado. Daba la sensación de que al propietario de aquel Cadillac Fleetwood no le preocupaba el aspecto exterior; pero era un conductor prudente. No halló en la carrocería del coche otros detalles que le sugirieran más pistas, a excepción de algunas rascadas y abolladuras.

Había en el parachoques un pequeño adhesivo sin palabras. Tan sólo tenía dibujado el estilizado pez que constituye el símbolo de la fe cristiana.

El capó del coche conservaba todavía el calor del motor. Entre el vehículo y la entrada del edificio había numerosas pisadas de botas, tanto de hombre como de mujer, marcadas en la nieve. Rich contabilizó hasta seis dibujos distintos. Era evidente que un grupo había llegado no hacía más de quince minutos y entrado directamente en el edificio, sin detenerse en la escalera ni siquiera para esperarse unos a otros. Había sido una procesión metódica y ordenada.

Una hilera de huellas procedía del ala principal del hotel. Su autor presentaba unos pies cortos y anchos y, como Rich pudo observar, describía una zancada asimétrica: mostraba una cierta tendencia a arrastrar el pie izquierdo.

«Windross».

Rich se acercó a la doble puerta de la entrada, junto a la cual había un cartel: CERRADO POR SINIESTRO. PELIGRO. NO PASAR. Había también una cadena con un enorme candado abierto colgando. Muchos de los cristales de las puertas habían sido sustituidos por tablas de madera contrachapada cortadas groseramente. Rich entró, procurando hacer el menor ruido posible.

Una luz de emergencia alimentada con batería e instalada en una de las paredes del vestíbulo proporcionaba un intenso resplandor que proyectaba la sombra de Rich sobre la amplia escalera. Los dientes volvieron a castañetearle por la tensión y la excitación contenidas, así como por el presentimiento de que algo importante iba a revelársele. El edificio era frío como una cámara frigorífica, pero una nube de humo

persistía aún en el ambiente. El tabique adyacente a la escalera aparecía sucio, igual que si una nube negra lo hubiese enmascarado de arriba abajo. En uno de los pasillos pendían carámbanos de la tubería que se extendía inmediatamente por debajo del techo, y había grandes placas de hielo sobre las tablas, deformadas y enclavijadas, del suelo del vestíbulo, residuos de los chorros de las mangueras que los bomberos habían subido por la escalera.

Rich creyó oír voces, pero muy distantes, no más potentes que un bordoneo de abejas alrededor de la colmena. ¿Procedían de detrás de una de las puertas cerradas del primer piso? ¿O acaso le llegaban de más arriba, cerca de donde se había originado el incendio?

Rich cruzó el vestíbulo. Su sombra se movía a trompicones y se diluía conforme avanzaba hacia la oscuridad, puesto que allí no había luces de emergencia. Se detuvo a examinar la sucia alfombra de la escalera, donde halló huellas de nieve de las botas de los visitantes. Siguió las huellas peldaño a peldaño hasta abandonar prácticamente la zona iluminada, encarando las tinieblas y el hedor del humo, cada vez más intenso e irritante. Ahora oía las voces un poco más nítidas.

Parecían recitar algo. Hombres y mujeres, todos a un tiempo. Aunque sus palabras eran ininteligibles, las voces tenían una especie de cadencia religiosa que lo angustiaba, porque aquello no era una iglesia, y no debería haber nadie allí a las dos de la madrugada.

Cualquiera que fuese su paradero, sabía que no sería capaz de encontrarles. Había subido la escalera hasta el segundo piso, donde el resplandor de la luz de emergencia llegaba con la suficiente intensidad para mostrar el camino hacia la tercera y última plantas. Pero con las ventanas de los extremos del pasillo cerradas a cal y canto, se encontraría a ciegas en medio de la oscuridad antes de poder dar una docena de pasos en cada dirección.

Entonces se oyó un grito.

Fue un gemido agudo de dolor o terror que acalló el murmullo de voces y obligó a Rich a deglutir un grumo de saliva amarga y espesa que estuvo a punto de ahogarlo. Con los nervios a flor de piel, se tapó la boca con la manga de la cazadora y escupió en el suelo. Tragó saliva mientras hacía acopio de valor para escuchar de nuevo, para oír quién sabía qué, temblando en la frialdad de aquel edificio parcialmente incendiado y sintiéndose en peligro, presa de un terror mortal.

Inopinadamente, del final del pasillo que tenía a su izquierda surgió una luz, un resplandor vivo, de un color amarillo como de serpiente, en medio de la hedionda oscuridad. Mientras la observaba, advirtió que el resplandor se movía. El círculo luminoso parecía flotar en el aire a sesenta o setenta centímetros del suelo, hasta que se apagó de súbito.

No era lo peor que podía haber visto después de las voces y el alarido que las había silenciado; la visión de un cadáver, colgado y corrupto, o un ser grande, peludo y torpe, hubiese sido mucho peor. Aquello, sin embargo, había bastado para sumir a

Rich en un estado próximo al pánico, de modo que dio media vuelta y se encaminó hacia la escalera, en busca de la seguridad que el aire libre podía proporcionarle. Y precisamente, cuando estaba a punto de ganar el primer peldaño de bajada a la carrera, un rígido pliegue en la alfombra del pasillo, casi tan alto como un bordillo, le hizo tropezar. Dio una vuelta de campana y sufrió una aparatosa caída sobre su hombro izquierdo. Se torció el cuello y se le cortó la respiración durante unos instantes.

Mientras se hallaba tendido, momentáneamente indefenso, algo salió de la oscuridad en su dirección y pareció describir un giro de 180 grados en el aire por encima de su cabeza. Aterrizó a sus pies con el lomo arqueado y la cola rígida, y emitió un maullido de juguetona excitación. Vio un gato desproporcionado e inclasificable, con un collar luminoso que había captado la exigua luz del primer piso. El gato lo observó con unos enormes ojos de color verde amarillento, expectante, como si hubiese atrapado un inmenso ratón y estuviera ahora decepcionado de que la cacería no continuara.

En cierta ocasión, durante el pandemónium de la festividad de Bladderball, Rich había recibido accidentalmente un puntapié de alguien entre una multitud de fornidos y extáticos estudiantes. Aquella patada le había golpeado directamente en el diafragma, de modo que quedó medio paralizado durante varios minutos, apenas consciente de lo que ocurría a su alrededor. Sus amigos no se apercebieron de su ausencia y le dejaron abandonado en una calle próxima a la Puerta de Phelps, por lo que no tuvo más remedio que valerse por sí mismo. Se sentía casi tan desamparado como entonces, pero existía otra complicación: ahora estaba asustado, tan asustado que apenas podía respirar.

Porque les había oído aproximarse. Estaban cerca, y él no podía moverse.

Fueran quienes fuesen, hicieran lo que hiciesen en el edificio a esas horas de la noche, no deseaba que lo encontrasen allí tendido, atontado por la caída e incapacitado para explicar su presencia. Luchó para ponerse de rodillas y miró hacia arriba.

Oyó pasos. En la pared, sobre su cabeza, se reflejaba el resplandor de una linterna. Estaban en el tercer piso, al final de la escalera, dispuestos para descender. Sin embargo, se habían detenido. Alguien se encontraba en un estado de dolor próximo a la histeria. Se hacía difícil identificar si era hombre o mujer. Los demás trataban de calmar a su desconsolado compañero. Esa circunstancia proporcionó a Rich los segundos necesarios para recuperarse y bajar al primer piso.

Al alcanzar las puertas de la entrada, el gato le rebasó y salió a la nieve a toda velocidad. La puerta produjo un fuerte chirrido cuando Rich la abrió, pero no le preocupó demasiado. Sabía que le pisaban los talones. Porque lo verían por muy rápido que avanzara. Descartó la posibilidad de echar a correr. Le interesaba, por encima de todo, que no lo vieran. Pero tan sólo disponía de unos pocos segundos.

En las proximidades, rodeando el edificio, había un seto de boj de un metro y

medio de altura, cubierto de nieve. Rich saltó de la escalera al oscuro espacio que quedaba entre el edificio y el seto y retrocedió hasta esconderse entre unas ramas cubiertas de hielo. Se acurrucó junto al seto, con un estremecimiento, a escasos metros de la entrada a la casa.

Las primeras en salir fueron dos mujeres, seguidas de dos hombres. Todos parecían ser de mediana edad. Mostraban una ligera inquietud, o tristeza; por otro lado, no presentaban ninguna otra característica digna de mención. Vestían de negro: botas, abrigos, sombreros... Rich vio un libro, grueso como una Biblia, sostenido por una mano enguantada, del que asomaba una cinta roja. Las letras y símbolos dorados de la portada casi se habían borrado por los muchos años de devoto uso.

Todos se volvieron, dos de ellos con las manos extendidas, esperando a que saliera alguien más. Era Windross. Fue virtualmente sacado del edificio, arrastrando el pie izquierdo. Tal vez era ya incapaz de andar sin ayuda. A juzgar por su expresión, parecía como si hubiera sido cruelmente torturado. Tosía y lloraba de un modo espasmódico. Una tercera mujer, mucho más alta que las demás, habló a Windross con apremio, pero en voz tan baja que Rich no logró entender gran cosa. Dijo algo acerca de no darse por vencido, que no importaba nada de lo que él, Windross, había visto. Habló de la fuerza de voluntad, del valor del sufrimiento y de la recitación. La mujer tenía los ojos separados y muy oscuros, y una fascinante cicatriz en una mejilla que parecía subrayar una actitud de mando.

—... llevarle con nosotros —le estaba diciendo a su compañero, un hombre de hombros encorvados que sostenía a un turbado Windross.

—¡Quiero a Polly! —gritó Windross, al tiempo que luchaba por desasirse de las manos que lo sujetaban.

La mujer volvió a hablarle, esta vez al oído, mientras sus ojos escrutaban la oscuridad. Los demás esperaban, observando, mientras sus caras permanecían inexpresivas. En cada rostro se condensaba una respiración contenida, pero misteriosamente encendida. Los cuerpos se mostraban nebulosos pero palpables, como si sus almas hubiesen salido a tomar el aire.

Al cabo de medio minuto de escucharla, Windross emitió un gemido y pareció sufrir un desvanecimiento, que lo dejó con la cabeza colgándole. La mujer lo enderezó y estudió, sin evidenciar compasión ni enojo. A continuación miró al hombre de hombros encorvados e indicó el Cadillac con un gesto de cabeza.

Los demás ayudaron a trasladar a Windross. La mujer de ojos oscuros se quedó atrás, inmóvil, sin mirar, con el rostro levemente encarado a las estrellas. Suspiró, y en ese momento pareció vulnerable, con un profundo cansancio.

Rich era incapaz de quitarle la vista de encima, y tal vez ése fue su error. Ella debió de haber sentido su presencia. La mujer volvió la cabeza, y, durante unos instantes, lo miró fijamente.

El motor del Cadillac rugió, y el exhausto Rich, con los cuartos traseros ya congelados, se escondió tras un montón de hielo, aunque no podía estar seguro de que

la mujer fuese capaz de distinguir algo en la oscuridad, detrás del seto. Alguien la llamó; ella apartó la mirada, pero no se movió. Lo sabía. Pero, aparentemente, era incapaz de decidir qué hacer con Rich. Los demás aguardaban, expectantes.

Los neumáticos para nieve empezaron a rodar. Otra llamada, esta vez más insistente:

—Inez.

Entonces se decidió; sin volver a mirar hacia el lugar donde él había intentado esconderse, bajó la escalera con precipitación infantil y se acomodó en el asiento delantero del coche, junto al desplomado Windross. Después, se marcharon.

Rich esperó un par de minutos y se incorporó lentamente, llevándose la mano enguantada a su cuello torcido. Hizo una mueca de dolor y se apartó del seto. El Cadillac había desaparecido de su vista.

El silencio era una bendición; las estrellas resplandecían con el brillo tímido de dioses desterrados. Cogió un puñado de nieve y lo introdujo en su boca seca. Al licuarse, le abrasó la lengua, pero sintió un sabor a gloria. Miró hacia las puertas del edificio y, después de maldecir a la noche y el impulso que le había llevado hasta allí, supo que debía volver a entrar.

Karyn despertó en la cama, desabrigada y tiritando. El cristal de una de las ventanas de la habitación había sido levantado, y los postigos estaban abiertos de par en par. Entraba un aire frío que hacía hincharse las finas cortinas.

Salió de la cama, desnuda como estaba, y se dirigió, soñolienta, hacia la ventana, con un castañeteo de los dientes. La ventana no cedió cuando trató de cerrarla. Pensó que debía de estar obstruida por el hielo. Pero ¿quién la había abierto, y dónde estaba Rich?

El gélido viento arrastraba metros y metros de cortinas a su alrededor. Karyn se sentía entumecida, y el ambiente le erizaba la piel al rozarla, como si estuviese cargado de electricidad. El fino vello de la nuca y la espalda chisporroteaba. Optó por abandonar su lucha con la ventana y se concentró en liberar su cuerpo. Sin embargo, no podía mover las manos con soltura dentro de una especie de neblina. Se frotó la piel, pero se sentía aturdida. Tenía la cabeza caliente y espesa. El ambiente no era muy denso, aunque parecía estar en constante movimiento, vibrando con una frecuencia semejante a la de las alas de una abeja. Los inútiles esfuerzos de Karyn por liberarse resultaban agotadores. No lograba despertar y realizar los pocos movimientos necesarios y decisivos para escapar a la influencia de aquel ambiente.

Vio una luz, en algún lugar. Centelleaba a lo lejos, aislada, pero daba la sensación de que había algo enorme detrás de ella; algo pesado y veloz como un tren en marcha. Esa sensación de velocidad le alteraba el ritmo cardíaco. Las cortinas se le habían pegado a la nariz y la boca, prácticamente sellándoselas. Tenía los brazos clavados a los pechos, y las piernas unidas. Sintió ganas de orinar. Con urgencia.

—Ayúdenme —dijo dócil, sintiéndose ridícula en aquella situación.

La luz se aproximaba, oscilaba en el aire y proyectaba círculos de color que se desplazaban con la velocidad líquida y turbia de sierras circulares girando en direcciones opuestas, cortando la oscuridad. Había alguien detrás de esa luz, y ella estaba allí, desnuda, a la vista de unos ojos desconocidos.

—Sa-sáquenme de...

Era la llama de una vela fijada a un viejo soporte de estaño. La llama iluminaba, temblorosa, la cabeza inclinada y rubia de la niña, que llevaba una bata de franela de un color melocotón pálido. Sus pies, pequeños y surcados de venas azules, estaban descalzos. Andaba de puntillas con delicadeza, igual que una cabra. Se había apartado los cabellos de un rostro que, al emerger de las tinieblas, aparecía afeado por el desasosiego.

—¡Polly!

Karyn sintió, consternada, que la orina se le escapaba por entre los muslos prietos. Emitió un gemido.

Polly parecía divertida. Extendió totalmente el brazo para ver mejor a Karyn con

la luz de la vela. Los ojos de Polly eran grandes, aunque habían perdido buena parte de su azul topacio original y ahora semejaban de hielo. Siguió su avance, esta vez de costado, casi bailando de excitación. A continuación se puso de puntillas, igualando la altura de Karyn. Mujer contra mujer. Había sendas manchas de color en sus pómulos. Las irregulares puntas de sus dientes brillaban entre unos labios levemente arqueados.

Mostró una boca voraz, y la piel de Karyn se contrajo como el tejido de una cicatriz.

—Polly, ten cu-cuidado con...

—Rich quiere estar conmigo —dijo la niña.

Su voz sonaba fina y distante, pero Karyn lo atribuyó a la debilidad que experimentaba mientras la sangre le bajaba de la cabeza a la ingle. Las pegajosas cortinas la sofocaban, y apenas sentía el suelo bajo sus pies. La neblina se estaba volviendo opaca, asumiendo una blancura nebulosa.

—Por favor, ¡ayúdame!

Polly volvió a bailar, dando unos cortos pasos laterales mientras agitaba la vela muy cerca del sombrío rostro de Karyn. Se puso a cantar, sin palabras, en voz baja.

—¡La-la, la-la, la-la!

Luego se interrumpió, se echó los enredados cabellos hacia atrás y dijo de buen talante, segura de sí misma:

—Rich viene hacia aquí.

—¡Oh, Dios mío! ¿De veras? ¿Dónde está?

—Viene para jugar con mi ratoncito.

Karyn se mordió el labio con frenesí. Cada vez le costaba más trabajo mantener una respiración regular. La llama de la vela no estaba a más de tres centímetros de las cortinas, hechas de un material muy inflamable.

—¿Ju-jugar con...?

Se había mordido el labio con mayor violencia de la que creía en un principio. Notó el sabor de la sangre, y vio que la cortina que le cubría la boca estaba manchada de rojo.

—Yo no..., no sé lo que tú...

El sabor de su propia sangre en el paladar, la humillación de estar desnuda, las sonrisas afectadas y las miradas de reojo de la niña, enervaron inopinadamente a Karyn.

—¡Maldita zorra! ¡Deja esa vela y ayúdame a salir de aquí ahora mismo!

Polly quedó estupefacta. Se puso rígida, y su lengua recorrió las comisuras de los labios en una actitud vacilante. A continuación se recobró de su sorpresa y esbozó una lenta y condescendiente sonrisa.

Lentamente también, con la mano libre, empezó a levantarse la bata, recogéndola en pliegues hasta la altura de su caja torácica, mostrando un vientre translúcido de náyade y una sombra de vello sobre el pubis.

—Éste es mi ratoncito —dijo con timidez.

Karyn se limitó a mirar a través de la neblina, cada vez más espesa, mareada de disgusto y miedo.

—¿Quieres ver algo más?

El rostro de Polly volvió a aparecer afeado, pecaminoso, mientras la pequeña y cálida boca se movía con éxtasis. Dio un súbito tirón a la bata para dejar al descubierto sus bonitos y virginales senos, que oscilaban como frutos pálidos colgados de una rama. Pero no eran los pechos lo que estaba mostrando.

Bajo el esternón, centrada entre los bien moldeados pezones, había una membrana globulosa. Latía de una forma inquietante, encendida como el carbón, y a través de su piel opaca se revelaba la vida. Karyn entrevió un ser enroscado y aletargado, como un feto de serpiente. Pero tenía plumas, ángulos agudos, espolones y unos ojos diminutos y repugnantes que se clavaron en Karyn con mirada salvaje.

—¡Rich se quedará conmigo! —exclamó la niña, bajando sus cándidos ojos. La incandescencia de la angustiada membrana se propagó a su rostro y le confirió una siniestra expresión—. Para siempre.

Karyn prorrumpió en un grito.

Polly dejó caer el dobladillo de la bata sobre sus pies. Ante los ojos falaces y la perturbada conciencia de Karyn, la niña parecía menos material, una imagen brillante entre la niebla. Sin embargo, la llama se mantenía alta y rígida como una hoja de acero. El hedor de la cera invadía las fosas nasales de Karyn.

Polly hizo una reverencia, hasta que su cabeza rozó el suelo. Seguidamente se incorporó, y se mostró inexpresiva mientras, con un movimiento casi imperceptible, acercaba la vela al cuerpo de Karyn. Un pequeño agujero de contornos ennegrecidos se abrió en la neblina. Aterrorizada, Karyn se precipitó hacia la ventana abierta. Sintió como las cortinas se rasgaban y se desprendían de la barra. Pero ya era tarde; el aire helado que entraba por la ventana aspiró la llama de la vela y provocó una explosión, y Karyn salió despedida como una mariposa abrazada por el hueco de la ventana a la oscuridad.

En el ala incendiada del hotel, Rich encontró el acceso a la tercera planta, al final de la escalera, obstruido por unos tabiques provisionales contruidos con madera contrachapada. Los obreros que se ocupaban de los trabajos de reconstrucción del edificio habían instalado una puerta en cada tabique, cada una equipada con sólidos pestillos y cerraduras.

Si había alguien detrás de esas puertas, estaba encerrado con las máximas garantías y probablemente debía de padecer más frío que el propio Rich.

Golpeó los tabiques con los nudillos un par de veces, a lo cual respondieron unos ecos distantes, y la llamó:

—¡Polly! ¡Soy Rich!

Escuchó con atención, preguntándose si alguien habría oído su voz, hasta que le sobrevino un ataque de tos. Apenas podía ver nada. La luz de emergencia del vestíbulo llegaba hasta allí en una tenue penumbra que parecía de otro planeta. Si no había luz, tampoco había calor. En caso de que Polly estuviese allí dentro, no lograría sobrevivir a esa noche. «¡Quiero a Polly!», había suplicado Windross, pero no era posible interpretar esa súplica retrospectivamente. ¿Significaba acaso que la habían dejado encerrada? Sin duda, su padre no dejaría que Polly pasara siquiera cinco minutos sola en un lugar como ése: oscuro, maloliente y peligroso.

Pero cabía considerar asimismo el incidente del medallón, y el del gato. A duras penas había conseguido verlo fugazmente, pero Rich estaba seguro de que el gato era *Katrinka*, la mascota de Polly. La enorme cabeza y el cuerpo rechoncho le resultaban familiares. Si *Katrinka* estaba allí... Pero, naturalmente, esa gata tenía el privilegio de la libre circulación por el hotel; tal vez había seguido a Windross hasta aquel edificio, donde debía encontrarse con su extraño consorcio.

Fuera como fuese, Rich presentía que no iba a descubrir nada más esa noche. Le dolían la cabeza y el cuello. Optó por regresar a la cama y permanecer en ella insomne hasta resolver qué debía hacer a continuación.

Recorrió el camino que conducía al ala principal del hotel. El conserje de noche había abandonado su puesto tras el mostrador y el vestíbulo estaba desierto. Rich subió la escalera y entró en la habitación que compartía con Karyn.

La cama estaba vacía, y la lencería se amontonaba en el suelo en una espesa maraña. Creyó notar un hedor a humo, pero pensó que se trataba de una ilusión olfativa; había respirado profundamente el aire fresco y puro en el camino de regreso, pero todavía se sentía contaminado por el ambiente del edificio incendiado.

—¿Karyn?

No obtuvo respuesta. Rich se quitó los guantes y la cazadora, los arrojó sobre una silla —ya se preocuparía de guardarlos a la mañana siguiente—, recogió la sábana y el edredón del suelo y los dispuso sobre la cama. El radiador emitía un silbido. La

puerta del cuarto de baño estaba cerrada. Karyn llevaba allí dentro mucho rato. Fue hasta la puerta y llamó suavemente.

La oyó respirar de una forma agitada y desesperada. Alarmado, abrió la puerta empujándola con el hombro.

Karyn estaba acurrucada, desnuda, en el suelo junto a la bañera. Tenía fuertemente cogida en una mano a la ardilla *Moses*. El baño apestaba a vómito. Algunos restos de la cena se habían apelmazado sobre sus piernas y pies desnudos. Ella lo miró con la mandíbula hundida y unos ojos gelatinosos.

—¿Qué te pasa? —dijo él estúpidamente—. ¿Te encuentras mal?

—Ayúdame —suplicó Karyn, e intentó levantarse en vano.

La chica cayó al suelo y emitió un gemido. Rich la restregó enérgicamente con una esponja húmeda, la ayudó a incorporarse y la llevó a la cama. Su cuerpo estaba frío y flácido. Tenía el labio inferior partido; estaba manchado de sangre. Karyn volvió a gemir. Él la arropó y le acarició las manos y las muñecas.

—Rich, ¿dónde estabas? ¿Por qué me has dejado sola?

—Salí a dar una vuelta. Por el amor de Dios, ¿qué ha ocurrido? ¿Ha entrado alguien en la habitación? ¿Alguien...?

Karyn sacudió la cabeza enfáticamente. Una extraña luz acudió a sus ojos, se echó a reír de un modo estertóreo, que desconcertó a Rich, y comenzó a dar arcadas. No obstante, el estómago de ella ya no contenía nada; sólo una pequeña cantidad de espuma amarillenta asomó a sus labios. Volvió a mirarle. Sus ojos giraban patéticamente.

—No era nadie. Nadie que te puedas imaginar. Quiero volver a casa. Ahora. No quiero quedarme aquí más tiempo.

Karyn se arrojó de repente a los brazos de Rich, y le estrechó con fuerza entre los suyos. Se echó a llorar. Su aliento era fétido por causa del vómito. Se agitaba y sollozaba bajo el cuerpo de Rich, que utilizaba a modo de protección.

—Ha sido horrible... horrible.

—Karyn, ¿qué ha pasado?

—Me he quemado. Me he quemado.

—¿De qué estás hablando?

—Me desperté. La ventana estaba abierta. Me levanté de la cama para cerrarla. Las cortinas empezaron a envolverme. Me envolvían cada vez más... hasta que no pude moverme. Luego... se incendiaron y me quemé. Ha sido horrible.

Rich echó un vistazo a las ventanas. Las dos estaban cerradas, y las cortinas intactas en su sitio. Acunó a Karyn, hablándole, tranquilizador.

—Sólo ha sido una pesadilla, una de esas...

—¡No! ¡Era real, me ha sucedido de veras! ¡Conozco la diferencia! ¡Sé distinguir cuándo he tenido una pesadilla!

—No tienes quemaduras. No tienes nada, salvo que estás asustada y has vomitado.

—Sí, estoy asustada. ¡Estoy aterrorizada! Quiero que me saques de aquí. Prométemelo, Rich. ¡Prométemelo!

—No hay nada que temer. Otra vez lo de tu madre...

Ya había tenido antes esa clase de sueños, desde que era una niña. Cuando Karyn contaba siete años de edad, su madre se había quemado en un accidente en la cocina y había ardido literalmente ante los ojos de la niña, que contemplaba la escena petrificada. La rápida intervención de los bomberos había minimizado los daños y el consiguiente susto, pero el trauma persistía latente en el subconsciente de Karyn.

—¡No! No se parecía a esos sueños. —Se debatió en los brazos de él, irracional y con amargura—. ¡Vete! No me sirves de ninguna ayuda. No me comprendes.

—Explícamelo.

—No puedo explicártelo. Pero ha sido real. Todo era real.

—¿Estabas atrapada en esas cortinas? Escucha, Karyn, el edredón se encontraba en el suelo cuando he entrado en la habitación. Debes de haberte enredado en la ropa mientras dormías y se cayó de la cama.

Karyn no respondió. Sus lágrimas se habían secado.

—Vuelvo a tener ganas de vomitar, pero no puedo. ¿Me traes un vaso de agua? Tráeme a *Moses* también.

Rich le llevó un vaso de agua helada del grifo y la ardilla de juguete, que cogió, irreverente, de la punta del rabo. Regresó al baño. Karyn había dejado una masa maloliente en la bañera. Le provocaba náuseas tener que ocuparse de una persona enferma, pero no había nadie más que pudiera hacerlo en su lugar. Contuvo la respiración, enjuagó la bañera y la fregó con un estropajo.

Cuando volvió a la habitación, Karyn se había puesto un camisón, y parecía tan cansada que Rich confiaba en que se dormiría muy pronto. Se desnudó y se metió en la cama junto a ella.

—¿Rich?

—¿Qué?

—Odio este jodido lugar. Y te odio a ti por haberme vuelto a traer aquí.

Ya había tenido suficientes emociones aquella noche, de modo que le espetó:

—Cada día eres más niña.

Ella le dio la espalda.

—Si no me llevas a casa, cogeré el autobús.

—Son las tres de la madrugada.

—Algo terrible está ocurriendo, Rich. Lo sé. No te lo he contado todo.

Su voz sonaba tan desesperada que Rich se acurrucó junto a ella, y le levantó el camisón de franela hasta la altura de la cintura. Sintió que su pene se endurecía un poco. Acercó un dedo a la larga y estrecha pincelada de vello que se extendía desde la punta de la espina dorsal de aquel cuerpo femenino hasta la abertura de la vulva, semejante a una cola castamente escondida y sólo interrumpida por el tenso agujero del ano. Le acarició suavemente aquella zona con el glande endurecido, incapaz de

hacerle el amor de nuevo, convencido de que ella no lo desearía. Sin embargo, Karyn no le rechazó. Le besó un lunar marrón que tenía en un hombro.

—Ahora, cuéntamelo.

—No. No puedo. No me creo capaz de contárselo nunca a nadie.

Rich rodeó su cintura con un brazo.

—¿Estás bien así?

Ella se sorbió las lágrimas y respondió:

—Sí.

Él deslizó la mano entre sus pechos y encontró a *Moses*, la ardilla.

—Te quiero, Karyn. Sea lo que sea lo que ha ocurrido, lo siento.

—Y yo siento haber dicho que te odiaba. Pero he bajado a los infiernos, Rich. Es la única manera de describirlo.

—Está bien, está bien, ya ha pasado todo. Estoy aquí. Ahora, trata de dormir un poco.

Transcurrieron veinte o más minutos antes de que la tensión comenzara a abandonar el cuerpo de ella. Cuando por fin logró conciliar el sueño durmió mal, gimiendo, llamaba a su padre y golpeaba a Rich con los codos. Él se levantó en una ocasión y se dirigió hacia las ventanas, a través de cuyos batientes se filtraba una fina corriente de aire fresco. Advirtió una mancha húmeda en el borde de la alfombra. La tocó con un dedo y olió aquel líquido. Era orina. Examinó las cortinas con detenimiento. Exceptuando un pequeño agujero circular que debía de haber sido provocado por algún fumador negligente, no descubrió nada. No obstante, el pánico evidenciado por Karyn le había dejado insomne. Todavía podía oler el vómito que había limpiado en el cuarto de baño. Necesitaba un cigarrillo imperiosamente.

A las cuatro y media volvió a vestirse y bajó al vestíbulo. Allí encontró una máquina expendedora de cigarrillos, compró un paquete de Kent y se sentó a fumar en un rincón solitario de la sala, embargado por un sentimiento de avidez y culpabilidad. Se quedó allí escuchando el ritmo acompasado de un carillón, pensando, dejando que su mente escrutara la tensa calma ambiental, hasta que hubo luz suficiente para ver cómo las briznas emergían y despedían destellos rosados en el césped de Chadbury bajo el amanecer invernal.

Cuando Rich regresó a la habitación, Karyn ya estaba poniéndose el equipo de esquí.

—No quiero desayunar aquí —dijo, rehusando afectadamente el beso que él le daba.

Su labio inferior parecía curado, pero todavía tenía una costra de sangre seca que no había logrado limpiarse del todo.

—Estoy volviendo a fumar —confesó él.

Karyn hizo una mueca de desaprobación, pero no dijo nada.

Se dirigieron a la Montaña de la Ermita mientras el sol se elevaba sobre la resplandeciente hilera de árboles que delimitaba la carretera. Tomaron un frugal desayuno en una terraza cubierta del Refugio Davos, emplazado al pie de la montaña a no más de un centenar de metros de los telesillas.

La tos de fumador de Rich había vuelto, y apenas podía girar la cabeza. Una buena dosis de aspirinas mitigó el ataque, y mejoró así su libertad de movimientos. Pero Rich tenía otro problema. Karyn sabía esquiar prácticamente desde que aprendió a andar y había atesorado una vasta experiencia en infinidad de pistas del país. Rich se había consagrado al deporte en su etapa universitaria y se defendía bastante bien, pero sólo podía seguir a Karyn cuando ésta se apiadaba de él. Además, con el cuello dolorido, temía quedarse sin fuerzas antes de que la jornada concluyera. Explicó su problema a Karyn, y ambos se comprometieron a completar un par de itinerarios de dificultad media en la zona baja de la montaña.

Parte de su dolor remitió con el ejercicio y el sudor, y a última hora de la mañana Rich se sentía bastante mejorado. El día era soleado y la temperatura ascendía a los veinte grados. Karyn no estaba de humor para conversar, y procuraba sacar el máximo partido a unos itinerarios que eran para ella, básicamente, un juego de niños.

A la hora en que se concedieron un descanso en el bar adyacente a la tienda de esquí, el lugar estaba saturado de gente. La espera para tomar cualquiera de los telesillas era de casi media hora. Mientras Rich hacía cola para comprar chocolate caliente, Karyn charlaba con un par de antiguos compañeros de clase. Cuando regresó al lado de Rich, parecía haber superado ya del todo los efectos de su reciente pesadilla.

—Tam y Brooksie me han dicho que podríamos conseguir una habitación aquí. Algunos integrantes del grupo con el que han venido cancelaron sus reservas a última hora.

—¿Quieres quedarte aquí?

—Sí. En cualquier sitio menos en el hotel. Por favor, Rich, trata de arreglarlo.

Rich averiguó que la dirección del Refugio Davos había solventado un problema de *overbooking* habilitando algunas habitaciones privadas. La recepcionista que se

ocupaba de las reservas le informó que intentarían encontrarles algo para el día siguiente si regresaba más tarde. Rich no llevaba demasiado dinero y no estaba dispuesto a gastar veinte dólares más para asegurarse la cooperación de la recepcionista. Disponían ya de una magnífica habitación, y no veía la necesidad de atender a la recientemente asumida aversión de Karyn por el Hotel Post Road.

Cuando regresó a las pistas encontró a Karyn, como de costumbre, con un grupo de conocidos. Uno de ellos era tan alto como Frankenstein, calzado con sus enormes botas de esquí, aunque su creador había sido más generoso con él: tenía un rostro alegre y perfecto, resplandeciente como un penique nuevo y adornado con unos pómulos sonrosados. Las mujeres lo observaban. Karyn le rodeaba la cintura con su brazo, y parecía divertida por todo aquello que él decía. Rich se alegró al constatar el brillo y la belleza de sus ojos, y sintió celos al pensar que había sido otro quien había reparado su turbado espíritu.

—Oídmelos, éste es Rich. Rich, éste es Popper, ésta es Jill y ésta es Kristy. Y este chico tan grande es Trux Landall.

—Hola.

—Hola.

Rich sorbió su chocolate, ya frío, y siguió la alegre conversación sin participar en ella hasta que los amigos de Karyn se fueron en busca de nuevas montañas que conquistar.

—No has estado muy comunicativo que digamos —le espetó Karyn.

—Yo no soy de Preppie Land. Y no conozco vuestra jerga. ¿Quién es ese gigante?

—¿Trux? Le conocí cuando cursaba mi primer año en Smith.

—Debía de disfrutar de un permiso concedido por la mano derecha de Zeus. ¿Te gustaba?

—Creí estar enamorada de él.

—No te lo reprocho. Es un corpachón. ¿A qué se dedica?

—Estudia Derecho en Harvard.

—Además, listo.

—No seas sarcástico. Y no te pongas a la defensiva. Él no puede hacerte la competencia.

—Eso es lo que tú crees. Los tipos como ése me han hecho siempre la competencia.

Él vestía como ellos, y lucía el mismo corte de pelo que ellos. Pero él emitía vibraciones negativas. Los demás se conocían entre sí, a ciegas, como si fuesen hormigas del mismo hormiguero.

—¡Oh, vamos! Me extraña que no hayas dicho nada todavía de las peleas callejeras con los negros o de tu ficha policial por forzar parquímetros.

—Tenía sólo trece años de edad y me concedieron la libertad condicional. Y mi hermano ondeó el estandarte de Jesucristo sobre mí. Ya sabes a qué me refiero.

—Lo único que sé es que no puedes evitar esa mirada resentida cuando estás

cerca de alguien como Trux.

—O como Bates, o como Kyle, o como Justin. Ésos no tendrán nunca ningún problema para hacer amigos. —Acudió a sus labios una expresión mordaz que su vieja abuela irlandesa había utilizado en alguna ocasión—: *Hoi-poloi*.

La saboreó en silencio. *Hoi-poloi*. Tal vez podría comercializarla como una marca de camisetas.

—En Harvard no tienen tiempo de aburrirse. Cuando Trux contaba diecisiete años, navegó seis mil millas en un queche de cincuenta y seis pies con su tío. Se clasificaron quintos en una regata transoceánica. Trux salió despedido por la borda en dos ocasiones, una de ellas barrido por una ola de quince metros de altura. Naturalmente, llevaba puesto el arnés de seguridad. ¿Has visto alguna vez una ola de quince metros?

—Yo ni nado ni navego. Y me pongo histérico cuando el agua de la ducha no drena con rapidez.

—Trux se ha roto unos cuantos huesos sin ayuda de nadie. Tiene una cicatriz en la parte posterior del muslo...

—¿Cuánto mide?

—No importa. Es una persona que te caería muy bien si le dieras una mínima oportunidad. Lo contrario del esnobismo siempre te ha afligido.

—¿Afligido? —La palabra le hizo sentirse curiosamente incómodo, como si fuera una especie de paria—. Necesito un cigarrillo —murmuró, buscando con la mirada algún sitio donde poder comprar un paquete de Kent. Pero ante la barra del bar se agolpaba una larga cola.

—¿Has conseguido habitación? —le preguntó Karyn.

—¿Qué? No. Tal vez mañana; es decir, eso si me decido a sobornar...

—¡Rich, no pienso pasar ni una noche más en el hotel!

Karyn estuvo a punto de golpear el suelo con el pie, pero llevaba botas de esquí. Él vislumbró la extraña imagen de la diva que debió de haber sido hacia los doce años de edad. Estaba perversamente obsesionada, y quería conseguir su objetivo a toda costa.

—¿Qué tienes contra ese hotel? Mira, sólo porque hayas tenido una...

—¿Pesadilla? ¡No, no lo fue! ¡Ya te lo dije! ¿Por qué te empeñas en discutir conmigo? ¿Por qué no te limitas a decir: «Sí, Karyn, sé que estás preocupada: sí, trataré de ayudarte, pasaremos la noche en cualquier otra parte»?

Capituló, desanimada, y se tocó el labio herido con una expresión agraviada y encolerizada.

Rich le puso una mano sobre el hombro. Ella lo rechazó con un brusco empujón de su mano abierta que abrió una cierta distancia entre los dos. Tenía la cabeza gacha y los ojos sombríos, como enmascarados. Rich protestó ruidosamente y, por un momento, dejó de pensar.

—Karyn, quiero enseñarte algo.

Enterró el vaso de chocolate en la nieve, abrió la cremallera de uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó el medallón y la cadena de oro. Los depositó sobre la palma de su mano. Karyn les echó un vistazo y en seguida apartó la mirada, concentrando su atención en las oscilantes sombras de los telesillas al ascender por la ladera de la montaña.

—¿Sabes qué es esto?

Creyó que no iba a responderle. Sus dedos, desprovistos de la protección del guante, estaban agarrotados y latían por efecto del frío. Le costaba mucho trabajo abrir el medallón para poder mostrarle a Karyn los números grabados sobre su propio rostro. La luz reflejada en la superficie dorada se proyectaba sobre la mejilla y la órbita de un ojo de Karyn. Desenmascarada, con sus pupilas negras y deliciosamente cálidas por la influencia del exceso de luz y de espacio que las rodeaban, la chica retrocedió un paso y dijo en voz baja:

—Sí, lo sé. Deshazte de él.

—Es el medallón que le regalé a Polly en agosto. Lo encontré anoche en nuestra habitación. —Algo a floró en la mejilla de Karyn, un hoyuelo en forma de signo de interrogación que no hizo más que acrecentar el entusiasmo de Rich por el misterio—. No sé cómo llegó hasta allí, pero creo que está tratando de decirme... Kare, estoy convencido de que la tienen prisionera en...

El brusco cambio de humor de Karyn lo pilló desprevenido. Ella le arrebató el medallón de la palma de su mano extendida y lo arrojó a la nieve, donde parecía la cabeza decapitada de una víbora dorada.

—¡Aparta esa cosa de mí!

—Karyn, ¿qué diablos...?

—Ya te lo dije. ¡No quiero saber nada más de esa niña chiflada! ¡No sé qué es lo que te ha hecho, no sé por qué te tiene tan obsesionado, pero te aseguro, Rich, que hay algo terrible en ese lugar y no pienso volver allí! ¡Y si eres incapaz de olvidar a Polly, más vale que te olvides de mí!

—Deja de gritar, por el amor de Dios —dijo él, furioso.

Karyn, con la expresión ceñuda y unos ojos llorosos como estrellas, húmedas en el torrente de su rabia contenida, hizo un gesto amenazador con el puño, una auténtica declaración de guerra; a continuación se contuvo y reconsideró su gesto hacia él. Sus voces podrían haber recorrido varios kilómetros en el fresco aire, prácticamente inmóvil, que ahora; parecía negativamente cargado, como enrarecido por la predicción de un siniestro profeta. Y, sin embargo, casi nadie de quienes se hallaban; en el bar o esperaban el telesilla los estaba mirando.

—Karyn...

Los ojos de Rich pasaron del inflexible rostro de ella a la vasta superficie del cielo que enmarcaba su cabeza, de un azul tan intenso que rápidamente asumió la tonalidad púrpura de las orejeras que llevaba Karyn. Rich se encogió de hombros, en una actitud defensiva.

—Me quedaré aquí con Brooksie y Tam —anunció ella, modulando su voz en un tono más íntimo para evitar oídos impertinentes—. Por una noche, no les importará que duerma con ellos. Quiero que regreses al hotel, recojas mis cosas y me las traigas. Además, no quiero verte más hasta que me prometas que no volverás a preocuparte por esa mocosa psicópata y...

—¡Oye! ¿Qué te da derecho a...? —empezó a decir Rich, con una voz forzada por el resentimiento.

Karyn sacudió la cabeza y lo interrumpió.

—Oh, no sé exactamente qué es —dijo entre dientes—, pero se trata de algo vil, repugnante y terrible, y nadie, absolutamente nadie, va a obligarme a pasar otra noche como la de ayer. No fue un sueño. Lo mejor que puedes hacer es aceptarlo y olvidarte de Polly para siempre. ¡Olvídala, Rich! ¡Olvídala!

«Vete al diablo», pensó Rich, pero no dijo nada.

Se miraron mutuamente, de un modo distante, durante varios segundos. Luego, Karyn se puso sus gafas de color bronce al tiempo que volvía la cara directamente al sol.

—Subo otra vez. Me voy al Rocket.

Era un itinerario para expertos, un tortuoso descenso a través de un bosque subalpino. Rich no era capaz de afrontarlo y se sintió rebajado por el indirecto desdén que la elección de ella implicaba.

—Ya nos veremos cuando estés dispuesto a considerar un cambio en toda esta situación.

Karyn fue a buscar los bastones y los esquís y se deslizó sin esfuerzo aparente sobre la nieve dura hasta el telearrastre, donde no tendría que esperar mucho. Rich trató de recoger el medallón del lugar donde había caído con un imprudente movimiento, pero calculó mal. Obstaculizado por el peso y la consistencia de sus botas, estuvo a punto de caer de bruces sobre una papelería. Una chica que había presenciado la escena se echó a reír con disimulo. Él no se atrevió a mirarla, pero su moral acabó de hundirse.

Cuando levantó la cabeza para mirar prudentemente a su alrededor, descubrió que todo el mundo había vuelto a su actividad. No quedaba nadie a quien intimidar, en quien descargar los vestigios de su justa cólera. Escuchó los gritos infantiles procedentes de la pista para principiantes, gritos y risas festivas por doquier. Permaneció inmóvil, expuesto al sol. Los amigos de Karyn se harían cargo de ella, y eso era lo que más dolía, más que sus irracionales ataques contra la indefensa Polly. «Karyn tuvo un romance con... ¿cómo se llamaba?». Un encuentro casual. «¿Qué verá en ese tipo?». Las sonrisas de complicidad, los asentimientos con espíritu de clan... Rich sentía deseos de golpear a alguien, de descargar su rabia rompiendo un esquí o lanzando un palo al techo del telesilla. Mejor aún, podía clavar uno de esos especímenes de mariposa social en una pared con ese mismo bastón puntiagudo, y ver cuánto tiempo tardaba en marchitarse y consumirse. «Hola, me llamo Trux. Yo

nací rico, al contrario que tú».

El estómago de Rich contenía un calor ácido, como el desprendido por una col hirviendo. Conor solía dejar en él esa misma sensación de indecisión y cansancio al finalizar un combate. Era un experto haciendo fintas para desequilibrarle, romperle la respiración, confundirle y frustrarle. Después de abatirle y dejarle indefenso sobre la colchoneta, Conor, crecido, le proporcionaba el suficiente dolor para hacerle gritar. Le hacía una presa de brazo, o le atrapaba la cabeza entre las piernas. «No serás nunca lo bastante ágil, pequeño». Los viejos y deprimentes sentimientos de impotencia. Había recorrido un millón de kilómetros desde la calle Mulrooney hasta Big Eli, y le quedaban otros tantos de regreso. ¿Sin Karyn? Optó por dejar a un lado su pretensión de afectar indiferencia y fue en su busca. Ella todavía aguardaba en la cola. Rich se sobrecogió, alarmado por lo magnífica que estaba con esos pantalones ajustados y los cabellos recogidos por una cinta para mayor comodidad en los rápidos descensos. «¿Has visto alguna vez una ola de quince metros, Rich?». No, no estaba dispuesto a capitular con tanta facilidad en ese combate. Tenía otras cosas mejores que hacer. Ya encontraría alguna otra distracción en que invertir el resto de la jornada.

Lo que hizo fue regresar al Hotel Post Road para recoger la ropa y los objetos personales de Karyn. Experimentaba la somnolencia provocada por el sol de media tarde. Se sentía malhumorado al pensar en las graciosas cristianías de la chica sobre la nieve en polvo mientras las sombras azuladas del crepúsculo se cernían sobre la ladera de la montaña. Se fumó el último cigarrillo del paquete que había comprado la noche anterior. Seguidamente se echó en la cama, con el medallón de oro envuelto en su muñeca derecha. Contempló el medallón, ligeramente magullado, lo abrió y volvió a cerrarlo. No se le ocurría nada, y se sentía más confuso que nunca.

Hacía ya rato que bostezaba, y se veía incapaz de mantener los ojos abiertos. Decidió dormir un par de horas. La espaciosa cama resultaba seductoramente confortable. El hotel estaba silencioso como la tumba de un faraón. Prácticamente dormido, pensó que no era posible que alguien hubiese entrado en la habitación y dejado el medallón en la columna de la cama. Pero él necesitaba, exigía, una explicación racional.

Entonces se le ocurrió una.

Despertó de repente, saltó de la cama y se dirigió, calzado sólo con los calcetines, hacia la puerta. Se agachó y descubrió un espacio de tres milímetros entre la parte inferior de la puerta y el suelo. El espacio era suficiente para introducir un ejemplar desplegado del *New Yorker Times* en aquellos días en que publicaba muy pocos anuncios, y más que suficiente para deslizar el medallón dentro de la habitación.

Hasta aquí, su versión resultaba verosímil. Ahora bien, ¿cómo había llegado el medallón hasta la columna de la cama?

Habían hecho el amor y se habían quedado dormidos. Karyn, siguiendo su costumbre, había ido al baño a ducharse. Fue entonces cuando encontró el medallón, investigó su interior y lo ató a la columna de la cama donde él pudiese verlo. De hecho, ella había reconocido el medallón cuando se lo había mostrado en la montaña. Había sido un error estratégico por su parte, conocedor de los sentimientos de Karyn hacia Polly.

Rich recorrió las cortinas, levantó el cristal de la ventana y abrió los batientes de par en par. Desde allí contempló el ala incendiada del hotel. Todo cuanto se divisaba desde ese ángulo eran tablones blancos de los que colgaba la hiedra, mecida por el viento, batientes quemados y algunos vestigios de la humareda. Se veía también un agujero de considerables dimensiones en el tejado, remendado de forma provisional a fin de prevenir los presuntos daños provocados por los elementos. Windross debía de haber empleado a una gran cantidad de obreros para restaurar el edificio antes de que terminase la temporada de invierno. Quizá el seguro incluía una cláusula que... Rich bostezó hasta que las mandíbulas le crujieron. Cerró la ventana y regresó a la cama. Se echó en ella y se durmió boca abajo.

Le despertó el teléfono, a la tercera o cuarta llamada. En el exterior, prácticamente había anochecido. Supuso que el autor de la llamada era Karyn. Reptó con los codos sobre la superficie de la cama y cogió el auricular. Se le había agarrotado el cuello mientras dormía. Tuvo que darse la vuelta cuidadosamente sobre la espalda.

—Rich, lo siento.

—Yo también.

—¿Qué hacías?

—Estaba dormido.

—¡Oh! ¿Has recogido mi ropa?

—Ya está en la maleta.

—Escucha, he conseguido una magnífica habitación en el Refugio Davos, con sauna y todo. —Había un tono de malicia en su voz—. En realidad, es la *suite* nupcial.

Rich hizo una mueca de desagrado.

—Sí, bueno. Todavía tengo que pagar esta habitación por dos noches más.

—No importa. Te ayudaré a pagarla. Ya sé que piensas que me estoy comportando... —Su voz resultaba ahora exasperada, pero más consigo misma que con él. En un tono más dulce, Karyn añadió—: Trata de tener paciencia conmigo.

—De acuerdo. No te preocupes.

—Podríamos encontrarnos en algún sitio a las ocho y media.

—¿A las ocho y media? ¿Dónde estás?

—En una pequeña ciudad. —Karyn se apartó un instante del auricular, preguntó a alguien y dijo—: Se llama Brewster Center. Es donde está esa vieja tienda que Tam descubrió una vez. Es fantástica, hay salas y salas repletas de dulces... Oh, gracias. —Sus palabras se hicieron un tanto incomprensibles, ya que se empeñaba en hablar con la boca llena—. Y he encontrado el mejor regalo de aniversario...

—¿Qué aniversario? ¿Qué estás comiendo?

—Dulce de nueces. —Karyn tragó—. Es delicioso. Me refería al aniversario de mis padres. Cumplirán treinta años de casados.

—¿Estamos invitados? ¿Qué día es?

—Claro. Tendrás que ponerte corbata negra. Es el veintiocho de enero. Hablemos de esta noche. Hay un restaurante a pocos kilómetros de Londonderry que se llama El Príncipe Rana. Dicen que está muy bien. Cocinan todos los platos en hornos de leña. Es muy difícil reservar mesa, pero hemos conseguido que nos guarden una.

—¿Has esquiado toda la tarde?

—Casi. Lo he dejado cuando ha empezado a dolerme la muñeca. He vuelto a torcémela. ¿Cómo está tu cuello?

—Agarrotado. Necesito un baño caliente.

—La sauna va mucho mejor para esa clase de cosas. ¿Por qué no vienes al refugio? Prácticamente ya estamos inscritos. No te preocupes por el precio, todavía

no he hecho efectivo el cheque que mi tía Bets me dio como regalo de cumpleaños.

—Pagaré yo, Karyn. Así lo acordamos, ¿no es cierto? Cargaré la cuenta en mi tarjeta Visa y no tendré que preocuparme más durante los diez próximos meses.

—Gracias por hacer esto por mí, Rich. Ahora, muévete.

—¿A qué viene tanta prisa?

—No me gusta que estés en esa habitación, eso es todo.

Una telefonista irrumpió en la línea para advertir a Karyn que si quería seguir hablando tendría que depositar más monedas. Ella optó por dirigir a Rich un rápido adiós.

Después de colgar, Rich entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de agua caliente de la bañera. Mientras ésta se llenaba, fue a la habitación y eligió la ropa que se pondría esa noche: un grueso suéter de lana color tostado que Karyn le había regalado por Navidad y unos pantalones también de lana color verde oliva. Los esquiadores empezaban a llegar al hotel procedentes de las pistas; en la zona de estacionamiento se oían portazos de coches y voces que se llamaban unas a otras. A través de la ventana, Rich vio unas cuantas estrellas resplandecientes en un cielo añil.

Algo más atrajo su atención cuando se disponía a apartarse de la ventana y a correr las cortinas: en una de las ventanas superiores del ala siniestrada brillaba una luz.

Al principio creyó que se trataba de un reflejo fortuito, provocado por los rayos del sol poniente al incidir sobre vidrio o metal. Fijó la mirada en la luz un buen rato, pero ésta no se desvanecía; al contrario, se intensificaba cada vez más a medida que caía la noche. La luz procedía de una habitación del tercer piso, en el sector oeste del edificio. Todas las habitaciones de aquella planta, en lugar de ventanas, tenían puertas que daban a unos balcones más ornamentales que útiles. Las puertas estaban cerradas, pero faltaban algunos listones en los batientes.

La luz era uniforme; no parecía emerger de una linterna, ni siquiera de una vela. Sin embargo, el resto del edificio persistía a oscuras.

Rich percibió un nudo en su garganta y una aceleración del ritmo cardíaco. Corrió las cortinas, regresó al cuarto de baño y cerró el grifo de la bañera. Recogió su cazadora al salir y comprobó que llevaba las llaves mientras descendía al vestíbulo, en cuyo hogar crepitaba un fuego alrededor del cual se congregaban los esquiadores recién llegados para combatir el frío.

Recorrió todo el trayecto hasta la zona de estacionamiento a la carrera, resbalando un par de veces en sendas placas de hielo. Cogió la linterna del maletero del Porsche. Cuando se disponía a cerrarlo, vio un destornillador grande, con el mango de plástico azul, y lo cogió también. Había olvidado los guantes, y los dedos empezaban a dolerle por efecto del frío. Se metió las manos en los bolsillos. Su aliento se traducía en espesas nubes de vaho. Subió con rapidez el camino que conducía al ala incendiada y encontró las puertas de entrada cerradas con candado.

Rich retrocedió unos pasos y estiró el cuello en busca de la luz que había visto

desde su habitación. A pesar de todo, el acceso hasta el tercer piso no resultaba nada fácil. Descartó la posibilidad de escalar la fachada del edificio desde el suelo. Decidió que el camino menos dificultoso consistía en saltar desde el tejado hasta el balcón, un desnivel de algo más de dos metros. Miró por encima del hombro hacia el ala principal del hotel, a unos cuarenta metros ladera abajo; las ventanas iluminadas parecían farolillos que pendían de las ramas de los árboles que se interponían entre el edificio y él. Tenía que encontrar una escalera, algo..., pero no podía considerar una aproximación frontal, ya que correría el riesgo de ser visto. Se preguntó dónde estaría Windross, qué le habría sucedido desde que se lo habían llevado en el viejo Cadillac.

Rich rodeó el edificio incendiado hasta la fachada trasera. La nieve era más profunda allí, y él no se había puesto las botas. Los pies se le estaban entumeciendo, y también la punta de la nariz. El frío era casi tangible; se sentía rodeado por una serie de paredes de hielo que lo aprisionaban. Cada uno de sus movimientos abatía una pared de forma invisible y silenciosa; pero inmediatamente se levantaba otra en su lugar. A sus espaldas se erguía una colina, seguida de otra más alta y la luna creciente. Tiritando, y al tiempo que golpeaba el suelo con los pies, levantó la vista hacia el edificio. Los daños provocados por el fuego eran más evidentes en ese sector. Del techo colgaba un trozo de lona alquitranada, agitada por el viento. Probablemente estaba fija a algo, pero no estaba seguro. Tampoco podía alcanzarla, puesto que el extremo de la lona más cercano al suelo pendía a más de tres metros por encima de su cabeza.

Corriendo sobre el terreno por efecto de su impaciencia y del intenso frío, Rich miró a su alrededor con la ayuda de la linterna. Vio un montón de tablones recubiertos de una capa de nieve. De la superficie nevada asomaba la cabeza de algunos clavos de grandes dimensiones. Cogió uno de los pesados tablones del montón, lo puso vertical, tambaleándose por el peso, y lo apoyó sobre la pared del edificio, a medio metro de la oscilante lona. El tablón tenía unos tres metros de largo y no presentaba ángulo alguno. Sin embargo, le sobresalían una serie de clavos de cuatro o cinco centímetros, algunos de ellos lo bastante firmes para hacer las veces de peldaños. Aquello no se parecía en nada a una escalera, y cualquier resbalón podía resultar muy peligroso.

Pero no había otra manera mejor de intentarlo, y, al cabo de dos o tres minutos, Rich ya estaría demasiado agarrotado para realizar cualquier esfuerzo. La necesidad de subir, alcanzar el tejado y saltar al pequeño balcón era incuestionable. Rich estaba convencido de que Polly se encontraba allí, en esa habitación, y tenía que reunirse con ella. Tras la frustración y la humillación por las que había pasado, tenía que saber qué había estado ocurriendo en el hotel; tenía que averiguar el porqué de la desesperación de Polly y sus súplicas —directas e indirectas— en petición de ayuda.

Alcanzar la oscilante lona requería un delicado equilibrio sobre el tablón inclinado. Sus dedos iban perdiendo sensibilidad rápidamente. Rich se inclinó y asió la rígida lona con ambas manos, tiró fuerte, decidió que podría resistir su peso e

inició la arriesgada ascensión, una mano tras otra, hacia la cañería de desagüe de cobre. Izarse sobre la pendiente del tejado desde la vieja cañería exigió un esfuerzo ímprobo. Para lograrlo, tuvo que desgarrar buena parte de la congelada lona, que le servía de apoyo, hasta destrozarse las uñas. Hacía demasiado frío para que la sangre fluyera de inmediato. Tampoco podía evitar que los pies resbalasen peligrosamente sobre el tejado, cuya superficie estaba cubierta de varias capas de nieve fresca y helada.

Cuando hubo llegado al lugar donde el fuego había prendido en el tejado, le resultó más fácil avanzar: los montones de ceniza y escombros allí dispuestos para sostener la lona se habían congelado como si estuviesen soldados al tejado, y nada podría desprenderlos. Rich avanzó fácilmente sobre esos montones hasta el límite ondulado del tejado y se puso en cuclillas para mirar al balcón, mientras el pecho le palpitaba al tratar de recobrar el aliento.

El balcón parecía un objetivo muy reducido, de apenas dos metros por uno, y era fácil de errar la caída en caso de perder pie en el instante crucial de saltar.

Sacó el destornillador del bolsillo y lo utilizó para practicar algunos asideros en la capa de nieve dura que se extendía vertical bajo sus pies. Cuando ya no pudo llegar más lejos, inició un prudente descenso encarado a la pared. Calculó el último metro y clavó el destornillador en el hielo, empleándolo a modo de clavija.

Rich alcanzó así la cañería y, con los pies firmes, giró hasta apoyar la espalda sobre la vertiente del tejado, con las rodillas flexionadas y los pies peligrosamente apuntalados en el borde de la cañería. Se vio obligado a esperar para recobrar el aliento. Buscó con la vista su objetivo por entre las rodillas; arqueó la espalda, se impulsó con las manos y los pies y se dejó caer.

Los quince centímetros de nieve acumulada en el balcón amortiguaron considerablemente el impacto de la caída; pero, aun así, el dolor en sus pies semi-congelados fue insoportable. El balcón crujió con el ruido de un disparo y durante unos terroríficos instantes pareció oscilar. Rich temió que cediera y le precipitara nueve metros más abajo, sobre un montón de trozos de madera y hierros oxidados.

Rich esperó, apoyado sobre manos y rodillas, sin atreverse a hacer ni un movimiento. El aire frío que aspiraba por la boca le insensibilizaba el tejido de la garganta, pero no le parecía suficiente para llenar sus pulmones.

—¿Quién anda ahí?

¡De modo que estaba en lo cierto, y los esfuerzos realizados por llegar hasta ella habían valido la pena!

Rich se levantó, tembloroso, y se aproximó a los batientes de la puerta. Entonces la llamó.

—¡Polly, soy Rich!

Ella gritó de alegría, pronunciando su nombre una y otra vez. Rich rió y flexionó los dedos para tratar de normalizar el flujo sanguíneo; también, se echó el aliento a las manos disponiéndolas en forma de bocina, pero constató que era en vano.

—Vamos, cariño, déjame entrar, que me estoy congelando aquí fuera.

—No puedo.

En uno de los batientes, a la altura de su cabeza, había un listón roto. Rich hizo palanca en él, profiriendo maldiciones, hasta que consiguió arrancarlo del todo. A través del espacio abierto echó un vistazo al interior de la habitación.

La niña estaba de pie junto a la cama, con la expectación y la frustración reflejadas en su pálida carita ovalada. Era más alta de como él la recordaba. Pero ahora debía de tener doce años y medio, y caminaba ya decididamente hacia la pubertad. Vestía una falda de lana gris, un suéter con cuello de cisne y unos calcetines rojos hasta la altura de las rodillas. La habitación donde estaba encerrada era una espaciosa estancia cuadrada que el fuego y el humo habían respetado. Se preguntó cómo era eso posible, pero estaba demasiado entusiasmado por la visión de Polly para detenerse a considerar el prístino estado de las paredes, recubiertas de un papel de tonos ocres y plateados que reproducía una escena silvestre, o el del techo encofrado. El mobiliario era austero: una sola cama de madera de arce, una mesilla de noche redonda, una lámpara y un pequeño televisor sobre aquélla. Encima de la cama había una almohada y un edredón de distintos colores, varias muñecas y animales de peluche y una serie de revistas para adolescentes esparcidas por la cama y el suelo. Sonaba una radio, pero a tan bajo volumen que Rich apenas podía oírla.

Polly trató de dar otro paso hacia él, pero no podía mover el pie izquierdo. Tenía el tobillo atrapado en una anilla metálica con una cadena. Ésta, de unos dos metros de largo, estaba fija con un candado a la cama.

Profiriendo un grito de desesperación, Polly dobló su cuerpo a la altura de la cintura, mientras sus cabellos, suaves y rubios, caían en cascada sobre sus rodillas.

—¡Rich, no puedo!

Él había soltado el destornillador poco antes de saltar, y ahora tenía que escarbar en la nieve del balcón para localizarlo. Los batientes estaban clavados, juntos, con una pieza de hierro en ángulo recto. Por fin encontró el destornillador, lo hundió en la blanda madera e hizo palanca sobre la pieza de hierro hasta que logró separar los dos batientes.

Las puertas que daban al balcón no estaban cerradas. Rich entró en la habitación y, aconsejado por un súbito acceso de cautela, se tomó tiempo para volver a cerrar los batientes a fin de evitar que alguien pudiera ver la luz de la habitación y decidiera acudir a investigar. A pesar de su enojo, temía una situación semejante. Se sentía precavido y atemorizado a la vez, aun sin saber todavía a qué se enfrentaban Polly y él.

Segundos después, tenía a Polly entre sus brazos. Notaba punzadas en las puntas de los dedos, un dolor que empezaba a hacerse atroz. Los huesos del cuerpo de ella se palpaban a través del suéter, y la suave pelusa de sus cabellos rozaba una de sus frías y enrojecidas mejillas.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te tienen encadenada a la cama? Por el amor de Dios...

¿Es tu padre el responsable de esto?

—¡Sí!

Rich la acompañó a la cama. Polly escondía su rostro en él, como avergonzada por las circunstancias en que se encontraba. Las lágrimas fluían incontenibles por sus mejillas. Sobre la mesilla había una bandeja con comida intacta, y en toda la estancia flotaba un fuerte olor a amoníaco procedente de un orinal. Rich se agachó para echar una ojeada al candado que unía la cadena a la cama. No había nada que hacer. Tampoco podía mover la cama. Las patas de madera de arce estaban atornilladas al suelo.

Se incorporó, embargado por una oleada de indignación, mientras acariciaba con una mano la cabeza de la niña, que se había acurrucado en un nido improvisado con animales de peluche gastados y algunas revistas. Rich comenzaba a entrar en calor cuando cayó en la cuenta de que la habitación se mantenía cálida y seca, pese a que el resto del edificio era frío y oscuro como una catacumba.

Los pómulos de Polly habían asumido una coloración rojiza; sus ojos chispeaban a pesar de las lágrimas.

—¡Sabía que vendrías!

—¿Por qué te ha hecho esto?

Polly se enderezó en la cama con tal brusquedad que Rich pudo oír el crujido de sus vértebras.

—Porque cree que yo fui... que provoqué yo el incendio. ¡Pero no es cierto! Hace unos años estuve a punto de provocar uno, pero esta vez no fue culpa mía, Rich, te lo digo de veras. ¡No lo fue, y se lo dije! ¡Pero nadie quiere escucharme! Dicen que soy una pequeña bruja y que no... que no...

Polly empezó a sollozar y se aferró a la cazadora de él, deseando desesperadamente que la comprendiera. Rich abrió la cremallera de la cazadora y apretó a la niña contra su pecho. La besó en la mejilla, en la frente y en el lóbulo de la oreja. Ella se lamió los labios como un animalito enfermo; la húmeda punta de su lengua le hacía cosquillas en las ventanas de la nariz. Le temblaban los antebrazos por el esfuerzo de aferrarse tan fuerte a él.

—Anoche estuvieron aquí... ¡Me hicieron daño, Richard!

—¿Te hicieron daño? ¿Cómo?

—Me golpearon. Él me golpeó.

—¿Tu padre?

Se quedó mirándola, aterrorizado. Sus rostros estaban separados por escasos centímetros. Quizá hacía demasiado calor en aquella habitación. Rich no podía asegurarlo, pues no llevaba allí dentro más que algunos minutos; pero los párpados de Polly contenían gotitas de sudor y tenía algunos mechones de cabello pegados a ambos lados de la mandíbula. Pensó que sus orejas estaban demasiado pálidas, tal vez porque la sangre no las irrigaba lo suficiente.

—¿No me crees, Rich?

—Pero... ¿por qué?

—¡Para liberarme de la maldad! ¡Eso es lo que ellos dicen! Y también dicen... dicen que soy la encarnación del mal, y que puedo hacer mucho daño si no expulsan la maldad que hay dentro de mí. Dijeron una palabra... no me acuerdo... «Flagelación».

—¿Flagelación?

—¡Sí! Pero ya no puedo soportarlo más. ¿Por qué tienen que hacerme daño? ¡Me hacen tanto daño, Rich!

—¿Qué es lo que...? ¿Con qué te pegaron, Polly?

—Con un cinturón de cuero. —El recuerdo de aquello le causaba más dolor aún. Polly levantó la cabeza y la echó hacia atrás, al tiempo que se mordía el labio inferior—. Un cinturón con cosas metálicas, que es lo que más daño me hace.

—¿Clavos, por ejemplo?

Polly asintió.

—¿Quieres verlo? —preguntó con timidez.

—Yo... bueno, como quieras.

Polly se balanceó unos instantes sobre la cama, adquiriendo así una especie de terrible inercia mental. Luego, se llevó rápidamente ambas manos a uno de los calcetines, que se bajó hasta el tobillo. A continuación se giró sobre la cadera y el codo derechos a fin de mostrar con mayor claridad la pantorrilla de su larga pierna, marcada con franjas rojas y púrpura, lívida e hinchada por los múltiples azotes.

—¡Oh, Polly!

—Pero eso no es lo peor.

—¿No es lo peor? —repitió él, atónito, incapaz de dar crédito al daño que estaba viendo.

Polly volvió a cambiar de postura y abrió el cierre lateral de su falda. Se giró boca abajo, en tensión, presionando su rostro sobre el edredón multicolor y las sábanas de franela.

—Mira.

Vacilante, Rich asió la costura superior de la falda; Polly se levantó un poco de la cama y él le bajó la falda hasta la altura de las rodillas. Llevaba braguitas de algodón blancas, y daban la sensación de no haber sido mudadas en varios días. Él no estaba preparado para aceptar aquella redonda madurez, aquella plenitud de sus nalgas.

—Puedes quitármelas —dijo Polly al cabo de unos instantes. Su voz sonaba amortiguada, neutra—. Así lo verás mejor.

Rich le quitó las braguitas cuidadosamente. Parecían estar pegadas al cuerpo de Polly. La niña se encogía y golpeaba la cama con los puños. Rich percibió un hedor insano, de corrupción, acumulado. El cinturón de clavos había dejado allí unos cortes y picotazos espantosos. Los cortes habían sangrado en diagonales irregulares. Las manchas que había observado en el algodón eran de sangre coagulada, y el hedor procedía de la infección.

Rich la vistió, temblando, con los ojos nublados por la visión de aquella atrocidad.

—Te sacaré de aquí. Esto no... nadie tiene derecho a tratarte así. Haré que encierren a tu padre en prisión.

—¡No me dejes, Rich!

Abrazó a Polly para disipar cualquier sensación de abandono, con su mente todavía anclada en aquel terrible tormento, en ese cuerpo joven marcado. Era lo mismo que una violación. Rich sentía crecer en él el deseo casi incontenible de golpear una y otra vez el pálido rostro de Windross con sus puños.

—¡Rich, te quiero tanto! Nadie más se ha preocupado nunca por mí. Y no sé por qué. Yo no soy una mala persona, ¡créeme!

—Ya sé que no lo eres, cariño. —Acunó a la niña, murmurándole al oído—. ¿Cómo pudiste dejar el medallón en mi habitación; si estás encadenada...?

—¡Rich, no puedo respirar! Me abrazas demasiado fuerte.

—Lo siento.

Dejó a Polly recostada sobre un gran oso de fieltro negro al que le fallaba un ojo. Las rodillas de Polly eran anchas, huesudas y bien formadas. Sus dedos se entrelazaron con los de él. La cadena que la tenía prisionera se arrastró pesadamente sobre la pantorrilla de la pierna derecha de Rich.

—¿Qué medallón? Oh, el que me regalaste... No sé qué ha sido de él. Lo saqué para limpiarlo, lo dejé encima de la mesa... hace una semana... y... ¿Cómo lo has encontrado?

—Alguien lo dejó anoche en mi cama. Habían grabado el número de la habitación sobre mi foto.

Polly contenía la respiración al tiempo que movía los ojos.

—¡Qué extraño!

—Quizá lo hizo una de las personas que vinieron aquí con tu padre.

Polly frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. Pero es posible que una de ellas buscara un modo de ayudarte. ¿Cuántos eran?

—Generalmente son seis, pero a veces son más.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí encerrada, Polly?

—No estoy muy segura. Anoche vi *Dallas* en televisión, y fue la segunda vez que lo veía desde aquí.

—¿Y cuántas veces han venido?

—Déjame pensar... —Contó en silencio—. Cinco.

—¿Podrías identificar...? ¿Crees que serías capaz de reconocerlos a todos, fuera de esta habitación?

Polly asintió, enfática, con un brillo momentáneo de venganza en sus ojos de color azul pálido.

—¿Crees que podrían volver esta noche?

—No —respondió ella—. Nunca vienen dos noches consecutivas.

La niña escondió la cabeza entre los hombros, como temiendo haberlos oído fuera de la habitación.

Rich intentaba desesperadamente imaginar algún plan defensivo que la protegiese de aquella implacable crueldad. Ya había oído hablar de sucesos semejantes, y había leído pasajes acerca de los farisaicos verdugos de niños. *Bien; si se comporta mal, tendré que ponerle la mano en el horno para que aprenda a obedecer.* Había leído también cómo les metían las manos en agua hirviendo, o cómo les rompían las costillas con un palo de escoba. *Hay que escarmentar a los niños mientras todavía son jóvenes. Hay que librarles del pecado con eficacia y prontitud, antes de que se vuelvan contra ti. Porque todos somos pecadores al nacer. ¡Aquí lo dice, en tu Biblia y en la mía!*

Polly empezó a retorcerse, tratando de encontrar una postura recostada que no le molestase.

—No te preocupes —dijo Rich—. Cuando vuelvan, tú ya no estarás aquí... ¡No, no hagas eso!

Rich extendió la mano; la niña había hecho ademán de frotarse las laceradas nalgas.

—Me pica —se quejó Polly, frunciendo la barbilla y torciendo la boca—. Me hace daño.

Inopinadamente, los ojos de Rich se llenaron de lágrimas. Se inclinó sobre Polly para besarle las comisuras de sus labios contraídos. Luego la besó de lleno en la boca, que había empezado a relajarse. Las lágrimas corrían por sus mejillas. ¡Sentía tanta lástima por ella! Gracias a Dios y a la Virgen María, no había llegado a perder la lucidez mental. Era una niña muy fuerte, a su manera. Estaba sufriendo mucho, se sentía asustada y desesperada, pero se la veía íntegra todavía, desprovista de cualquier tendencia a la locura o a la histeria.

—Iré a buscar a la policía. Te llevaremos en seguida al hospital para que te curen esas heridas.

Conmovida por aquella demostración de interés, Polly le secó las lágrimas que le resbalaban por las mejillas con la punta de los dedos, y luego hizo lo propio con las suyas. Contenta entre sus brazos, entornó los ojos. Su cara, algo más serena, aparecía ahora tranquila; las ventanas de la nariz se ensanchaban ligeramente mientras respiraba y susurraba al oído de él.

—Estás llorando por mí. Oh, Rich, no tienes ni idea de cuántas veces he rogado: «Por favor, Rich, atiende mi mensaje. Por favor, escúchame».

—Tendrás que contarme cómo hiciste para contactar conmigo.

Polly arqueó las cejas; estaba asustada. Le miró y sonrió. Sus dos incisivos frontales eran más grandes que los demás, sutilmente desalineados, y estaban unidos entre sí. Sin embargo, Rich decidió que no tenía ningún sentido alinearlos, volverlos

demasiado perfectos.

—Lo haré. Pero antes sácame de este lugar. Ya no puedo esperar más tiempo... ahora que sé que tú estás aquí. ¡Me estoy volviendo loca de tanto esperar!

Rich pensó que el problema residía en salir él mismo de allí. Registró la habitación; apretaba sus doloridas manos y cojeaba ligeramente por las punzadas que experimentaba en los talones. No se había detenido a pensar en la posibilidad de invertir el itinerario que había recorrido a través del tejado. Entonces recordó que el acceso al vestíbulo estaba obstruido con tablones y que la puerta del tabique nuevo tenía candado. Ahora que podía pararse a pensar, se dio cuenta de que estaba casi tan prisionero en aquella habitación como Polly.

En el restaurante El Príncipe Rana, cercano a Londonderry, Karyn esperó hasta las nueve menos veinticinco antes de intentar localizar a Rich por primera vez.

Llamó al Refugio Davos, pero en caso de que se encontrase en la habitación debía de estar utilizando la sauna, de modo que no podía oír el timbre del teléfono. Tampoco recibió respuesta en el Hotel Post Road, y, para sorpresa de Karyn, le informaron que Rich no había pagado la cuenta. Le concedió el beneficio de la duda, y decidió que debía de estar en camino; pero quizá tenía dificultades para encontrar el restaurante, una granja transformada, situada en una zona donde casi todas las carreteras eran de orden local y muchas de ellas estaban mal señalizadas.

Regresó a la mesa, que daba a un porche lateral con ventanas con los cristales empañados, paredes empapeladas, un pequeño hogar de estilo Victoriano y ramos de flores de invernadero en jarrones esmaltados. El grupo, nueve en total, iba ya por la tercera botella de Beaujolais, en los preliminares de la cena. Karyn conocía a cinco de los presentes: Tam y Brooksie, con sus respectivos novios, y Trux Landall, quien se encontraba con un joven belga de aspecto robusto pero muy delgado que durante los dos últimos años había estado implicado en el tráfico de drogas en Amsterdam. Sabía mucho sobre estupefacientes; al menos, en ningún momento se preocupó de hablar de cualquier otro tema.

—La auténtica cocaína —explicaba—, la que es totalmente pura, no provoca aflujo en el cerebro. Ése es un error muy extendido, incluso en este país, donde la coca es un símbolo de *estatus* social y económico. El aflujo, el fogonazo, el asalto al cerebro no es más que un estímulo. Casi toda la coca que se vende en América, tal vez el noventa y nueve por ciento, está muy adulterada con alguna «basura»... ¿no es ésta la palabra que utilizáis? La alteran con anfetaminas, cafeína..., cualquier cosa que sacuda el corazón y electrocute los sentidos. La «sustancia pura» es un polvo rosado que viene de Perú, y azulado si procede de Bolivia; ambos proporcionan una sensación completamente distinta: un calor, una oleada de calor sensual que es totalmente beneficiosa. Uno se siente... ¿cómo podría describirlo...?

—Tierno —sugirió Tam.

—Sí, tierno. Elevado. Feliz. Lleno de los más nobles sentimientos y aspiraciones de la humanidad.

—¡Vaya!

—¿Dónde podríamos encontrar un poco? —preguntó Brooksie.

—Ah, bueno. —El belga extendió sus manos—. Ésa es la parte más difícil del asunto.

El novio de Tam, que se llamaba Larry, dijo:

—En Sligo hay un tipo con el que mi hermano ha hecho algún que otro trato. Llamaré a Clubber y trataré de conseguir su número de teléfono.

—La heroína es distinta, ¿no es cierto? —preguntó Trux a su amigo—. La heroína no tiene efectos secundarios.

—No, a menos que consideres la incineración como un efecto secundario —comentó alguien.

Todos se echaron a reír excepto Karyn, que miró a sus amigos con expresión ausente mientras ofrecía su copa vacía para que se la llenaran de vino.

Trux le sirvió de la botella de Beaujolais.

—¿Cómo estás?

Karyn forzó una sonrisa.

—Oh, bien.

—¿No vendrá Rich?

—Estoy segura de que se encuentra en camino. Éste no es un sitio fácil de encontrar. Hay que venir con alguien que haya estado aquí antes.

Trux apretó su mano derecha para tranquilizarla.

—Me alegra volver a verte, Karyn. Juntos lo pasamos bien, ¿no es cierto? ¿Cómo es posible que se fuese cada uno por su lado?

—Las personas vienen y se van. Si no recuerdo mal, tú ibas detrás de Penelope Wycherly.

—Pero tú no estabas enamorada de mí.

—Sí que lo estuve: durante nueve minutos de una tarde lluviosa, cuando me telefoneaste desde París y trataste de leerme un poema de Mallarmé en tu macarrónico francés.

—Debía de estar muerto de miedo. Ni siquiera ahora lo recuerdo.

—Por primera y última vez en nuestra relación, estabas haciendo algo tremendamente ilógico, inspirado por lo que sentías en ese momento. Supongo que habrás vuelto a tu famosa carrera, destrozándote el culo en los bancos de la universidad. ¿Cómo puede gustarte eso?

—Lo prefiero a ser despellejado vivo, pero no es que me guste. La facultad de Derecho sigue dominada por los mismos carcamales de siempre. Te pasan el método socrático delante de las narices. Te humillan muy pronto. Esa clase de demagogia docente convierte algunas mentes prometedoras en lameculos sin remedio. Luego despedazan lo que queda de tus ilusiones en la rueda del llamado método de la causa. Sólo me quedan dos años. Creo que podría aprender exactamente lo mismo mediante un curso por correspondencia. La gran mayoría aprobará, ¡qué diablos! No es el título lo que cuenta, sino el hecho de haber pasado por la universidad. Demos gracias a las papeletas de calificaciones.

Había dejado su mano allí donde estaba, cubriendo ligeramente la de ella. Durante unos segundos, Karyn había deseado fervientemente que la retirara. Brooksie no la miraba directamente, pero asumía la misma afectada indiferencia que las cotillas de la corte: su nariz parecía olfatear una aventura inminente. Al ver una nítida y familiar cicatriz en la mano de Trux, semejante a un sendero trazado en un mapa

borroso, Karyn recordó, no sin nostalgia, lo que habían sido el uno para el otro. Se fijó también en sus uñas, intactas. No había ningún asomo de nervios en él, pese al método socrático. Se alegraba de que Trux estuviera allí, y resolvió dejar de preocuparse por el retraso de Rich. Por un momento se permitió imaginar, embargada por el remordimiento, la visión del Porsche volcado en algún lugar. Rich tendido, inconsciente, en la cuneta de una carretera helada, luces que conferían a la nieve tonalidades rosadas y sanguinolentas, policía... En seguida borró mentalmente aquella imagen con un chasquear de dedos. Rich era un conductor prudente y experto, lo había demostrado en multitud de ocasiones, y ella estaba de excelente humor para disculpar su ausencia. El vino era delicioso, y se encontraba rodeada de amigos. Se preguntó si Trux tendría relaciones sexuales con su rubio amigo belga, pero decidió que no, que las drogas y los chicos jamás habían sido su fuerte, o de lo contrario ella lo hubiese sabido. El belga no era más que uno de esos estudiantes solitarios con los que Trux simpatizaba en ocasiones, guiado quizá por una curiosidad intelectual.

—¡Ay!

Karyn retiró la mano derecha, en un gesto de prevención, al tiempo que se asía la muñeca con los dedos de la mano izquierda. Trux la miró.

—¿Qué te ocurre?

—Me he torcido la muñeca esquiando.

Uno de los dedos de Trux le había golpeado accidentalmente un punto doloroso.

—Déjame ver.

Trux le cogió el antebrazo con delicadeza, le extendió la palma de la mano y palpó suavemente los tendones de la muñeca con las puntas de los dedos.

—¿Dónde te duele?

—Aquí. ¡Ay!

—Es una tendinitis. Te dolerá durante un par de semanas. Véndate la muñeca con un vendaje compresivo. Los próximos días tendrás que esquiarse con la mano izquierda.

—Eso sería como tratar de volar con una sola ala.

—Tú puedes hacerlo. Yo te enseñaré.

Trux inclinó la cabeza, solemne, y le besó la muñeca, y Karyn experimentó un hormigueo que no le sorprendió.

Larry se dirigió a Trux.

—Antes de que te comas eso —dijo—, debo advertirte que el guisado de conejo con albahaca que sirven aquí es más sabroso.

—Lo siento, yo he probado los dos y no puedo darte la razón —le replicó Trux.

—Estás chiflado —dijo Karyn de buen humor, agradecida por el cumplido, antes de apurar el vino que quedaba en su copa.

A las nueve y cuarto dedicó a Rich un nuevo pensamiento, esta vez de culpabilidad: ella estaba pasándolo en grande con todos sentados a la mesa desde hacía rato, y la llegada de Rich podía ser considerada como una especie de intrusión.

Además, aparecería de mal talante tras haber recorrido las montañas del sur de Vermont durante al menos hora y media tratando de encontrar el restaurante. Y esos no eran amigos de él, sino de ella, lo cual suponía siempre un punto de controversia con Rich. Tal vez a última hora hubiese decidido no acudir. Bueno, eso podía aguantárselo, al menos esa noche.

Y, al día siguiente, ya hablarían del asunto.

Rich tuvo que buscar durante bastante rato con su linterna en el tercer piso para descubrir una potencial salida del ala incendiada. Cuando la encontró, él estaba lleno de mugre y tenía las fosas nasales y la garganta llenas de hollín.

Regresó tosiendo a la habitación, donde encontró a Polly sentada en el borde de la cama, de cara a la puerta, vacilante, con la delicada expresión de una sirena que habitara una piscina de luz y calor mágicos. Él, en cambio, no traía del pasillo exterior más que corrientes frías y dolorosas.

—En el suelo de una de las habitaciones hay un enorme agujero —explicó a la niña—. Podría coger una sábana, atarla a algo y descender por ella al segundo piso. Allí, la escalera no está interceptada, pero las puertas de acceso a la casa están cerradas con una cadena, de modo que tendré que romper el cristal de una ventana para poder salir.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Quizá una hora. No temas por nada.

—¡Prométeme que vas a volver!

—Cariño, ya sabes que lo haré.

Rich se recostó sobre una de las columnas de la cama, y comenzó a calcular el esfuerzo que tendría que invertir en la empresa. Sus ojos se encontraron con los de la niña, pero estaba sumido en una profunda concentración, y esa falta de atención hizo que ella se acobardase y sucumbiera a la tortura de sentirse desamparada.

—Rich, ¿qué va a ocurrir conmigo? ¿Adonde me llevarán?

—No lo sé aún. Primero, es necesario sacarte de aquí. —Sus dedos levantaron un mechón de cabellos rubios que descansaba sobre el hombro de Polly y se deslizaron hacia la palpitante entrada de la sien—. Has sido muy valiente hasta ahora. Sólo tienes que serlo un poquito más.

Polly aceptó la recomendación con una leve mueca de dolor y un profundo suspiro. Luego se dejó caer sobre la cama con una mano sobre la otra. La cadena emitió un ruido metálico. La niña cogió el sucio oso de peluche y lo acomodó suavemente en su regazo.

—Hazlo por mí —dijo Rich.

—Date prisa, por favor. ¡Date prisa!

La cena en el restaurante El Príncipe Rana, que había empezado con unas ostras de Belon y culminado con unas sabrosas fresas, rojas como rubíes, se prolongó hasta las once de la noche. Karyn ya había perdido la cuenta de la cantidad de vino consumida por el grupo, pero sospechaba que cada uno se había bebido una botella, exceptuando al muchacho belga. Éste bebió con moderación y no quiso comer nada, aunque llegó a probar las mollejas y las ostras con limón y salsa verde que Trux había pedido. En tres ocasiones se le vio desmenuzar algo, probablemente galletas, en un vaso de Seven-Up que sostenía, por debajo de la mesa, entre las rodillas.

Se habló con insistencia de la posibilidad de ir a buscar un poco de cáñamo indio de calidad a fin de prolongar la velada con algo más de diversión. Una vez fuera del restaurante, estimulados por la fresca brisa nocturna, se distribuyeron por grupos en dos coches y fueron en busca del proveedor local que el hermano de Larry les había recomendado.

Karyn compartía el asiento trasero de un BMW deportivo de color gris oscuro con Trux y el belga, quien entornaba los ojos y daba cabezazos. Trux se hallaba en medio de los dos, y no tardó en besarla. A ella le gustó, pero tomó la precaución de recordarse a sí misma que él no era más que un viejo y buen amigo y que de ninguna manera tenía intención de ser infiel a Rich. No dejaría que la situación llegara más lejos. Karyn no quería sucumbir a una auténtica pasión, y Trux pareció leer sus deseos, por lo que no vio la necesidad de tantear el terreno y arriesgarse a recibir una negativa.

El proveedor de Vermont, que lucía una barba, rala y larga, y cola de caballo, vivía con su novia en una granja comunal situada junto a la pista que llevaba a East Jesus, un eufemismo local que significaba «a ninguna parte». Su vivienda era menos cómoda y estaba peor acondicionada que la casa que utilizaba para sus cultivos, equipada con doubles paredes de chapa ondulada y galvanizada entre las cuales mediaban veinte centímetros de material aislante; un tejado inclinado y translúcido de tres metros y medio de altura, construido de un material que absorbía el espectro de luz más favorable para el crecimiento de las plantas; un segundo techo, con un entramado de alambres de espino; puertas de acero reforzadas con pestillos ocultos, y un sistema de seguridad consistente en una ametralladora que llevaba siempre consigo. Las paredes interiores del vivero estaban revestidas de planchas de aluminio para garantizar la máxima reflexión de las lámparas de mil watios que había instalado. Desde el exterior, el vivero era prácticamente inexpugnable, puesto que en sus inmediaciones se hallaba la caseta del perro.

El especialista del grupo, que había recobrado nuevos bríos al verse inmerso en su jurisdicción, probó la hierba sin semilla y la variedad afgana del cultivador y expresó su opinión con palabras muy elogiosas.

—Básicamente, el secreto está en el abono —explicó el cultivador—. Un amigo mío tiene un restaurante vegetariano en Saxtons River, y me suministra todos los deshechos que necesito. He estado experimentando con algunos híbridos y he obtenido buenos resultados. Esta hierba es el resultado del cruce de un ejemplar masculino de la India septentrional (una variedad que da lugar a excelentes mezclas) y una sativa femenina de Perú.

Karyn bostezaba y se apoyaba en Trux, ya que se sentía un poco aturdida por el calor de aquellas lámparas y experimentaba los lúgubres remordimientos de estar en terreno ilegal. El mundo de los estupefacientes no le apasionaba, y el terrible aspecto de aquella ametralladora le asustaba. Los dedos de su anfitrión tamborileaban despreocupadamente sobre el arma. Los lánguidos ojos de la chica embarazada parecían reflejar una mente siempre congelada. Karyn se preguntó cómo sería el bebé que había de nacer de aquella pareja. Apoyarse en Trux no le resultaba fácil, ya que resbalaba sobre la piel de foca de su abrigo («Si sirve para mantenerme el trasero caliente, por mí pueden seguir cazando focas», había dicho él refiriéndose a ese abrigo). Trux se veía obligado a utilizar ambas manos para sostenerle. Las lámparas proyectaban unos grandes e intensos halos sobre los ojos de Karyn. La muchacha se preguntó si sería capaz de desmayarse a pesar del aromático ambiente.

El cultivador les ofreció varias muestras de su mercancía, incluido un híbrido crudo de un color oscuro, aspecto escamoso y una débil luminiscencia azulverdosa. Karyn mordisqueaba con prudencia. Larry y el belga conversaban animadamente, y cerraron un trato para adquirir algunas mezclas y unas cuantas bolsitas de cáñamo indio.

Poco después seguían su viaje por pistas desiertas y casi intransitadas. Los dos coches estaban invadidos por un humo de aroma fuerte y dulzón. La escasez de casas, las montañas, que se sucedían en tropel, todo tenía el aspecto de ancas, hombros y lomos delicadamente cubiertos por una sábana blanca. Los pensamientos de Karyn, alimentados por la marihuana, se hacían cada vez más extravagantes: parecían transitar por entre un nutrido desfile de elefantes blancos. En un arranque de ira albina, uno solo de esos elefantes podría aplastarles como un guisante. A los ocho o nueve años, Karyn había visto en el circo una mujer con un ajustado vestido escarlata, izada con el cuerpo horizontal por la trompa de un enorme y viejo elefante que a su vez, acompañado por un redoble de tambores, se había levantado sobre sus patas traseras y alcanzado más de cuatro metros de altura. Karyn, concentrada en ese lejano escenario presidido por la impertérrita sonrisa en el rostro euroasiático de la mujer, sintió un hormigueo al recordar los espasmódicos y tensos aplausos resonando sobre la pista en penumbra. El escenario se desvaneció para dejar paso a sus emociones, que la estremecían de un modo perverso y la sensibilizaban sexualmente en el interior de una vasta y desierta caverna.

Pero la imagen de Rich ocupaba los resquicios de su mente. En el escenario central, en medio de la oscuridad, se estaba preparando una actuación estelar. Ahora,

el trazo azul del foco expulsaba el pasado fuera del escenario. Un redoble de tambores precedió la voz del presentador: «Señoras y caballeros, tengo el honor de anunciarles la increíble actuación de... ¡POLLY WINDROSS!». La niña compareció en escena envuelta en su bata, con la vela letal en su mano, bailando a saltitos al compás de una música sincopada, con el rostro iluminado por la misma luminiscencia que Karyn había observado en la superficie del híbrido que les había ofrecido el cultivador. En sus ojos había un perverso guiño semejante al de las lentejuelas de los trajes circenses. Hizo un primer guiño, hizo un segundo guiño... y la niña quedó completamente desnuda, aunque su cuerpo no era todavía lo bastante maduro para justificar aquella picara insolencia. Pero no era su esbelta figura lo que Polly estaba mostrando, sino su hermana gemela, miniaturizada, frágil y repugnante a la vez en el interior de la mucosidad que le sobresalía de debajo del esternón. ¡Rich! ¿Podía ser tan loco como para pasar otra noche en aquella habitación del hotel, a pesar de que ella le había dicho...? Pero no se lo había contado todo, no se había atrevido a hablarle de los hostiles ojos de saurio del monstruo. Unos ojos capaces de abrasarlo todo hasta el alma como dos trozos de metal ardiente.

Cuando llegaron al Refugio Davos, Karyn insistió en detenerse para comprobar si Rich estaba allí. Trux se brindó a acompañarle. Ella corrió de un lado a otro. Rich no estaba en la *suite* nupcial. Ni siquiera su equipaje había llegado. Trux contempló la habitación: una cama cubierta con una piel de oso polar, paredes de madera de cedro, lisas y brillantes, una alfombra de borra amarillo mostaza..., todo ello reflejado en el espejo del techo.

—Una habitación preciosa —constató, mientras contenía una afectada sonrisa.

—¡Mierda, no tengo nada que ponerme! ¿Qué diablos se ha propuesto Rich?

Karyn reprimió un discurso sembrado de improperios y se dirigió al cuarto de baño. Cuando salió, sólo algo aliviada por la aplicación de trapos empapados en agua fría sobre la frente y la nuca, halló a Trux sentado en la cama. Se había despojado del abrigo de piel de foca y lo había dejado casualmente encima de un confidente.

Tomó a Karyn de la muñeca izquierda con suavidad y la guió hacia la cama, a su lado.

—Ya empieza a ser hora de apartarse de la multitud —sugirió.

Ella lo miró a través de una nube de alcohol. Sentía que la cabeza le daba vueltas, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerla en su sitio. Trux le devolvió la mirada. Entonces, en lugar de tratar de seducirla, tal como Karyn había previsto, se despeinó, bizqueó los ojos y sacó los dientes, asumiendo una estúpida mueca de tonto enamorado como la que adoptaba Jerry Lewis en sus viejas comedias. Se puso a tartamudear con una ridícula voz de falsete:

—Bu-bu-bueno, ya estamos a-aquí. Va-va-vaya, es la primera vez que estoy a solas con una chica.

Karyn soltó una risa tonta, que muy pronto se convirtió en un sollozo. Trux dejó sus dotes de actor para una ocasión más propicia.

—No va a venir esta noche, Karyn. ¿No te parece evidente?

—¡Vendrá!

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—No, no vendrá. Vamos, deja de llorar. Soy incapaz de hacer el amor contigo cuando te pones tan sensiblera.

—Yo no quiero hacer el amor contigo, Trux —dijo ella con voz temblorosa, sintiendo que la lengua acababa de traicionarle.

Entonces se echó a temblar, al tiempo que sus rodillas golpeaban entre sí. Él la rodeó con su brazo, en un gesto afectuoso y espontáneo.

—¡Sólo quiero a Rich! —vociferó Karyn.

—Lo sé, lo sé —dijo Trux, tranquilizador.

—¡Le quiero!

Él la abrazó más fuerte, y le hizo cosquillas en el lóbulo de una oreja con el dedo pulgar.

—Claro que sí. Y estás dolida porque esta noche no ha comparecido en el restaurante. ¿Tenéis problemas en vuestra relación? La discusión de esta mañana...

—¿Problemas? ¡Todo el mundo tiene problemas, qué diablos!

—Tranquilízate.

Trux le puso una mano sobre la frente febril. Le retiró hacia atrás el cabello, que olía a la hierba que habían compartido en el coche. A Karyn jamás le había gustado que la acariciasen como si fuera un perrito, pero las atenciones de Trux, en aquellos momentos de crisis, le parecieron una bendición.

—¿Quieres contármelo?

Siempre le había resultado fácil hacer lo que Trux quería. Cuando ella era estudiante de primer año, sus amigas de la escuela le reprochaban que Trux la manejara a su antojo, pero, en realidad, le tenían envidia. Su relación había sido siempre gratificante y sincera. Ni siquiera el sexo había complicado su primera aventura en el campus, aunque en aquel tiempo ella distaba mucho de ser una buena amante. Había mejorado mucho en este sentido, y era probable que él lo supiera. Trux lo sabía casi todo acerca de ella, sin necesidad de preguntarle nada. Y Karyn precisaba su ayuda, lo admitiera o no. Podía confiar en él.

—Se trata de esa chica —empezó a decir ella con timidez—. Se llama Polly Windross.

La comisaría de policía de Chadbury ocupaba dos pequeñas salas en la planta baja del ayuntamiento. Un cartel escrito a mano y fijado con cinta adhesiva al cristal de la puerta facilitaba los números de teléfono para urgencias registradas a partir de las diez de la noche. Eran las diez menos cinco cuando Rich entró, y una mujer próxima a los cuarenta años de edad se disponía a cerrar la puerta de la oficina. Tenía un rostro ovalado y agradable, cabello castaño, áspero, veteado de tonos grises y recogido en un moño, y unas marcadas caderas, que parecían exageradas merced al grosor de la cartuchera negra que llevaba. Lucía sobre el uniforme un raído chaleco azul.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

Los ojos de la mujer escrutaron fríamente su cara, manchada de hollín. Accionó un botón de un radiocasette sin mirarlo y retiró la cinta de guitarra clásica que había estado escuchando hasta entonces.

—Quiero denunciar un caso de abuso de una menor.

La oficial hizo un leve gesto de asentimiento y se sentó en una silla giratoria situada detrás de su mesa. Cogió un formulario de denuncia en blanco y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Richard Devon.

—¿D-E-V-O-N? ¿Eres de Chadbury?

—No, soy de New Haven. Me alojo en el Hotel Post Road.

—¿Cómo se llama la víctima?

—Polly Windross.

La mujer levantó momentáneamente la vista con el ceño fruncido, y, a continuación, anotó el nombre.

—¿Cuál es la naturaleza del abuso?

Rich aspiró profundamente a fin de concederse unos segundos para contener su irritación ante la deliberada interrupción de la oficial.

—La tienen encadenada a una cama en...

—¿Quién?

—Su padre y algunas personas más. Polly no las conoce. Se trata de una secta religiosa de fanáticos chalados. Leen la Biblia mientras la azotan con un cinturón. Tiene las nalgas destrozadas. Sólo quiero sacarla de allí tan pronto como...

—¿Dónde está la niña ahora?

—En una habitación del ala incendiada del hotel... Es la habitación 331.

—¿En el ala incendiada? ¿Cuánto tiempo lleva allí?

—Unas dos semanas. Ha perdido la noción del tiempo.

Rich empezó a pasearse por la estancia, incapaz de contener su nerviosismo.

—¿Y dices que está encadenada a una cama?

—Sí. Hará falta una sierra eléctrica para liberarla. Y conviene llamar a un

médico; tiene el cuerpo lleno de cortes, algunos de ellos infectados.

—Espera un momento —dijo la mujer.

Se volvió para descolgar un teléfono que tenía a su espalda. Apoyó el auricular sobre un hombro y empezó a marcar un número.

—¿A quién llama?

—A mi tío. —La mujer terminó de marcar y se volvió hacia él de nuevo; la silla giratoria emitió un chirrido—. Es el jefe de policía.

Consultó con la mirada el reloj colgado de la pared y volvió a dirigirse a Rich.

—Me llamo Stefanie. Sírrete una taza de café, si quieres. Iba a tirarlo.

Rich olió el ambiente. El café olía a quemado.

—No, gracias.

—¿Jim? Soy Stefanie. Tengo un problema. —Le describió los hechos y escuchó, mordiéndose una uña—. Eso creía yo; en Canadá, ¿verdad? Aguarda un segundo. —Se volvió hacia Rich y le preguntó—: ¿Desde cuándo conoces a Polly Windross?

—La conocí en agosto.

—¿Estás seguro de que es ella?

—Por completo.

Stefanie transmitió esta información a su tío. Escuchó de nuevo.

—Dos semanas —dijo. Volvió a escuchar durante algunos segundos más y añadió—: De acuerdo, allí nos veremos.

Stefanie colgó el teléfono y se incorporó. Después, cogió un manojito de llaves que descansaba sobre la mesa.

—¿Has venido a pie desde el hotel?

—He venido corriendo.

—Entonces, acompáñame. Cerraré en un momento.

Esperaron al jefe de policía, que se apellidaba Melka, dentro del coche patrulla, frente a la fachada principal del hotel. La calefacción no funcionaba y Rich, inactivo, empezó a tiritar de forma incontrolada. Stefanie parecía ajena al frío y a su malestar. Se pasó los cinco minutos de espera instruyéndole con sus conocimientos en materia judicial. De repente, el resplandor de dos faros surgió a sus espaldas.

El jefe de policía se apeó de su coche, recorrió a pie los metros que le separaban de ellos y llamó a la ventanilla de Stefanie. Ésta bajó el cristal. El jefe Melka llevaba una cazadora de camuflaje. Su rostro, encarnado como un salmón cocido, aparecía ceñido por la capucha de la cazadora. Tenía unas cejas espesas, en una de las cuales se podía apreciar una excrescencia semejante a una zarzamora. El hombre miró a Rich.

—¿Es éste el denunciante?

—Richard Devon —anunció Stefanie.

—¿Cuánto tiempo estuviste con la chica? —preguntó Melka a Rich.

—Unos veinte minutos.

—¿Dónde está?

—En el ala incendiada.

—Tienes frío, ¿verdad? Entremos en el hotel. Nos entrevistaremos con Windross y ya veremos qué conclusiones podemos sacar.

Rich y Stefanie siguieron a Melka al interior del hotel. El conserje de noche era el mismo del día anterior, el entusiasta de las fotografías de chicas desnudas.

—Deseamos ver al señor Windross.

—Creo que ha ido a acostarse.

—Despiértale.

—Sí, señor.

El conserje llamó a las dependencias de Windross mientras el jefe Melka se apoyaba en el mostrador de recepción y observaba a Rich.

—¿De dónde dijiste que eras?

—De New Haven.

—¿Eres estudiante?

—Sí, en la universidad de Yale.

—Has dicho también que ya habías estado antes aquí, ¿no es cierto?

—Sí, conocí a Polly en agosto.

—Windross es el propietario de este hotel desde hace poco más de un año. Se lo compró a Shields y Blanche Ripley. Ya eran demasiado mayores para administrar el negocio. Solíamos ver a su hija vagando por la ciudad, pero ya hace tres o cuatro meses que no ha dado señales de vida. Dejó de salir a la calle, ni siquiera ha ido a la escuela local. Corrieron rumores en el sentido de que estaba delicada de salud. Tengo entendido que un tutor se ocupaba de su educación.

—Polly no ha estado nunca delicada de salud. Su padre...

—¿No puedes localizarle? —preguntó Melka bruscamente al conserje. El muchacho se sobresaltó tanto que estuvo a punto de soltar el teléfono.

—Estoy llamando, pero nadie contesta.

—Me gustaría volver a donde está Polly por si... —sugirió Rich.

—Ya iremos más tarde —anunció Melka, con una seña de que esperara un poco.

Se volvió para coger el auricular del teléfono que el conserje le ofrecía.

—¿Señor Windross? Siento molestarle a estas horas. Soy el jefe de policía Jim Melka. Confío que nos pueda aclarar una denuncia que hemos recibido en la comisaría. Sí, le atañe a usted personalmente. Y a su hija Polly.

Melka escuchó la serie de graznidos proferidos por Windross con los ojos fijos en un punto situado a escasa distancia de la oreja izquierda de Rich; dio la impresión de que se le desenfocaba la vista. Con la mano libre, sacó una barrita de crema de cacao y se la pasó sobre sus labios resecos por el frío. A continuación interrumpió a su interlocutor en mitad de una frase.

—Nos han informado que en estos momentos se encuentra encadenada a una cama... Sí, encadenada, ha oído usted bien, y le agradecerá que no volviera a interrumpirme. Está encadenada a una cama en una de las habitaciones del ala incendiada...

—La tres treinta y uno —le apuntó Stefanie.

—La habitación 331. Me dispongo a ir hacia allá ahora mismo. Sí, señor, se trata de una alegación formal. —Los oscuros ojos del jefe de policía buscaron los de Rich, como para recalcar este punto. Rich experimentó un odio fulminante por el gordo propietario, quien se andaba con rodeos mientras Polly esperaba, sola y asustada, en aquel deprimente lugar—. Atienda a lo que le digo: quiero que se presente en el vestíbulo dentro de un minuto, o de lo contrario iré a buscarle. ¿Me ha entendido? Muy bien.

Melka colgó, consultó su reloj y sacudió la cabeza lentamente. Los tres se apartaron del mostrador de recepción para evitar que el conserje pudiera oírles.

—Considero que de todas las barbaridades con las que he debido enfrentarme en veinte años —dijo el jefe de policía—, la violación y otras formas de abuso infantil son las peores. Y parece ser que en sitios como éste es donde ocurren con mayor frecuencia. Quizá se deba a la duración y crudeza del invierno. ¿Qué lesiones presenta la chica, Richard?

—Por lo que pude ver, es posible que le queden cicatrices.

Un silbido de pesar se escapó por entre los dientes de Melka.

—Me alegra que te hayas tomado la molestia de presentar la denuncia. Teniendo en cuenta que sólo has venido aquí a esquiar, lo más lógico hubiese sido que optaras por no entrometerte.

—Polly es amiga mía.

Windross compareció en el vestíbulo en no más de un minuto vistiendo un pantalón arrugado, un par de botas desatadas y un abrigo de pana forrado de lana. Su rostro tenía el aspecto de un trozo de sebo en un comedero para pájaros. Le temblaba la boca.

—¡Pero si Polly no está aquí! ¡Dios es testigo! ¡Se encuentra con mi hermana, en Canadá! —Los ojos del propietario tropezaron en Rich—. ¡Tú! ¿Por qué te has propuesto crearme tantos problemas? ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Qué te he hecho yo? ¡Ni siquiera te conozco!

Stefanie había sacado un bloc de notas y un bolígrafo.

—¿En qué lugar de Canadá se encuentra? ¿Cómo se llama su hermana? ¿Cuál es su número de teléfono? —preguntó a Windross.

—¿Su número de teléfono? ¡No hay teléfono! ¡Es un pueblo todavía más pequeño que Chadbury! Se llama St. Janvier, y está en Quebec.

—Señor Windross —dijo Melka—, iremos a echar un vistazo a la habitación 331.

—¡Muy bien! ¡Vayan a donde quieran! ¡No hay nada que ver allí!

Windross arremetió contra Rich con las manos levantadas, aunque de una forma no demasiado amenazadora, como si quisiera capturar un raro ejemplar de pájaro antes de que se le escapara. Stefanie, de todos modos, intervino oportunamente y sujetó con firmeza el brazo de Windross para impedir que chocaran, puesto que Rich no tenía intención alguna de retroceder.

—¿Qué les has dicho? ¿Qué mentiras les has contado sobre mí? ¡No vas a sacar nada con fisgar en mi hotel!

—Sólo les he contado la verdad —dijo Rich, ceñudo.

Recibió una bocanada de aliento del hombre. Windross había estado bebiendo antes de ser importunado por el teléfono.

—Vámonos —dijo Melka—. Y usted, señor Windross, tenga cuidado con lo que hace, o de lo contrario tendremos que hacer constar el cargo de intento de agresión en la alegación.

—¿Qué alegación?

La voz del propietario se quebró; sus labios se movían sin llegar a emitir sonido alguno.

—El señor Devon ha alegado abuso de una menor.

—¡Dios es testigo! ¡No ha habido ningún abuso! ¿Cómo sería yo capaz de hacer una cosa así, aunque fuese un padre cruel y despiadado? Les digo... que ella es la niña de mis ojos.

Windross se interrumpió con un sollozo incontenible, y ocultó el rostro entre las manos. Aquel arrebató emocional les paralizó como por efecto de una onda expansiva. Melka hizo una mueca ante aquel espectáculo. Tomó al desconsolado propietario por uno de sus regordetes brazos y lo acompañó hasta la puerta.

—Señor Windross, quiero que controle sus impulsos.

Windross arrastraba el pie izquierdo, sin dejar de gemir y sollozar. Rich pensó que lloraba de puro terror, sin indicio alguno de piedad, ante la perspectiva de que muy pronto debería enfrentarse, en presencia de testigos, a la hija que había tratado de un modo tan inconsciente. Se preguntaba por qué, cuál era el motivo de que su relación hubiese degenerado hasta tales extremos. Pero Rich no se sentía demasiado interesado, como sí lo habría estado Karyn, por la psicopatología de Windross. A él sólo le preocupaba apartar a Polly de la influencia de su padre para siempre.

Se dirigieron en el coche patrulla hasta la entrada del edificio siniestrado. Melka cogió una sierra eléctrica del maletero del coche mientras Windross buscaba una llave que les permitiera el acceso al interior de la casa.

Melka observó la cadena con el candado y preguntó a Rich:

—¿Cómo lograste entrar? ¿Rompiste el cristal de una ventana?

—Fui a la parte trasera de la casa, improvisé una escalera, trepé por ella y alcancé el tejado. —Rich señaló el balcón del tercer piso sobre el cual había aterrizado—. Ésa es la habitación donde está.

—¡Ja! —exclamó Windross con nerviosismo. De su frente emanaba un vaho helado mientras trataba de soltar la cadena. Se restregó las manos desnudas, incomodado por el frío tacto del metal—. Le digo, jefe, que no hay ni asomo de verdad en todo esto. Sólo se trata de una especie de... truco publicitario. ¡Se lo demostraré! Luego ya veremos quién pone una denuncia a quién. Mis abogados...

—Vamos —dijo Melka, invitándole a entrar.

El jefe de policía llevaba una enorme linterna de color azul en la mano izquierda.

Mientras subían la escalera con lentitud, el policía alumbraba con la linterna todo cuanto había a su alrededor, evaluando mentalmente los daños. Rich avanzaba tras él, y a continuación seguía Stefanie.

—¿Cómo supiste dónde estaba la chica? —preguntó Melka.

Rich le explicó el hallazgo del medallón en su habitación y cómo había divisado la luz desde su cuarto. Exceptuando su respiración dificultosa al subir la escalera, Windross guardaba silencio; parecía atento a las explicaciones de Rich. Y, sin embargo, no se había atrevido a mirarle desde que habían salido del vestíbulo del hotel.

Inmediatamente después de que Windross hubiese abierto la puerta del tabique provisional de la tercera planta, Rich se precipitó, impaciente, al pasillo y corrió hacia la puerta de la habitación 331.

—¡Polly, soy Rich!

La puerta, que anteriormente había abierto sin demasiado esfuerzo, ahora estaba sólidamente cerrada. Rich la aporreó y la embistió con el hombro, pero lo único que consiguió fue despertar el dolor en su cuello.

—Cerrada —anunció a su espalda un fatigado Windross.

El obeso propietario, que había asumido una expresión sombría, trataba de recobrarse del esfuerzo realizado, respirando ruidosamente. Parecía detectar alguna molestia interna, tal vez un ritmo cardíaco anormal.

—No está cerrada —protestó Rich—. No es posible. Polly no puede moverse más allá de algunos centímetros alrededor de la cama.

—Tengo una llave —dijo Windross—. Alúmbrenme, por favor.

Stefanie enfocó su linterna por encima del hombro del propietario mientras éste volvía a buscar en su llavero. Los alientos entremezclados de los cuatro conformaban una nube considerable a la luz de la linterna.

Melka se entretenía investigando el pasillo.

—El suelo está lleno de huellas —observó, y dijo a Rich—: Algunas de ellas deben de ser tuyas.

—Sí, anduve buscando una salida.

Rich dirigió la mirada a la puerta de la habitación 331, y se preguntó por qué no le habría respondido Polly. No era posible que se hubiese quedado dormida. Volvió a llamar.

—Polly, soy Rich. No te asustes. He vuelto.

Windross encontró la llave que buscaba y se volvió lentamente hacia Rich. Le dedicó una mirada furiosa y llena de odio.

—No tienes idea de las molestias que me has causado —le dijo pausadamente—, del daño que has podido hacerme.

—Limítese a abrir la puerta —replicó Rich, pero ahora era él quien estaba preocupado.

—Con mucho gusto.

Windross insertó la llave en la cerradura y la manipuló unos instantes hasta que el pestillo cedió. Luego se hizo a un lado, retrocedió hasta el centro del pasillo e inclinó la cabeza.

Rich abrió la puerta, y se enfrentó a la oscuridad.

Experimentó un calambre en la nuca y una sacudida que hizo que la mandíbula se le desencajara. Aspiró el hedor rancio de los vestigios de mi humo grasiento. Un pedazo de hollín se desprendió del techo y fue a parar junto a sus pies. La estancia estaba helada y vacía, como todas las demás habitaciones de la planta. Se volvió con torpeza, chocando contra Stefanie, y verificó los manchados números de latón en la parte exterior de la puerta: 331. Bajó los ojos y observó las huellas que había dejado antes sobre la mugrienta alfombra del pasillo. Seguidamente buscó a tientas la linterna de Stefanie, se la arrebató de la mano y enfocó con ella el interior de la habitación. No había mobiliario. Tan sólo un sucio aplique en el techo y algunos restos de cortinas sobre las puertas que daban al balcón.

Rich se volvió de nuevo y encontró la mirada escéptica de Melka.

—Yo..., esto..., ¡era como les he dicho! La habitación era cálida y limpia. Y había una cama. —Volvió a enfocar con la linterna—. Allí, junto a la pared. Y al lado de la cama había una mesita, con un pequeño televisor Sony encima, y una bandeja con comida..., aunque apenas la había probado. Y también una..., una colcha de colores sobre la cama. De color naranja y azul. Y sábanas de franela. Polly llevaba una falda de lana y un suéter. Ésta..., ésta no es la habitación. Debo de haberme...

—Veamos la habitación de al lado —dijo Melka con voz cavernosa—. ¿Señor Windross?

Windross suspiró y abrió, servicial, la puerta de la habitación contigua. Ésta se hallaba en similares condiciones que la 331: sucia, oscura y vacía. Al azar, abrieron otras puertas que daban al mismo pasillo. Windross aguardaba con aire despreocupado, las manos enfundadas en los bolsillos de su abrigo de pana y el mentón pegado al pecho, como si se hubiera quedado dormido, mientras Rich iba de habitación en habitación.

Tardíamente, recordó un detalle importante.

—Venga —le gritó a Melka—. Le mostraré cómo salí de aquí. ¡Me serví de una de las sábanas de la cama de Polly!

Les condujo a la habitación en cuyo suelo había un boquete. El rostro de Rich ardía, pero el resto de su cuerpo estaba frío como el hielo. El nuevo sobresalto apenas le impresionó físicamente, pero aceleró su ritmo cardíaco durante algunos segundos.

No había ni rastro de la sábana de franela. Sin embargo, alrededor del agujero se apreciaban sus pisadas sobre el hollín. Era como un pozo de los deseos devastado, como en un cuento de hadas sin un final feliz.

—¿Puedes explicarnos esto? —le preguntó Melka en un tono de voz sin hostilidad, aunque ese detalle no sirvió para tranquilizar a Rich.

—No —repuso Rich, que se dejó caer contra la pared exterior de la habitación, respirando ruidosamente por la boca—. Yo estaba... aquí, como pueden ver. Ésas... son mis huellas. Pero no salté. Até una sábana, lo juro...

Melka asintió, paciente.

—Yo... no comprendo... qué pueden haber hecho con Polly.

Se incorporó y volvió a coger la linterna de Stefanie. Pasó por delante de Windross, quien levantó la cabeza y lo miró. La inquietud se había escurrido del rostro del propietario como la tinta de un calamar.

—¿Adonde vas ahora? —preguntó Melka abruptamente.

—Encontraré algo que pueda explicar todo esto. Esperen.

Entró de nuevo en la habitación 331 y paseó el haz de la linterna de rincón a rincón. La linterna de Melka se sumó también al escrutinio, proyectando la sombra decapitada de Rich sobre las ennegrecidas paredes. Windross empezó a quejarse en voz alta. Rich seguía deambulando por el cuarto mientras su alterada respiración se convertía en sollozos, presa de la desesperación y del temor a volverse loco.

De repente tuvo un mareo, y empezó a ahogarse y a sentir náuseas. Se precipitó al pasillo, vomitando, y cayó de rodillas.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ocurre? —preguntó Stefanie.

Rich la miró con ojos húmedos.

—¡Ese olor! ¿No lo notan?

—¿Qué olor? —Stefanie se asomó a la puerta de la habitación y olió ruidosamente.

—Un olor pútrido, de podredumbre..., como de pescado en descomposición.

Rich volvió a tener náuseas y expulsó por la boca un chorrillo de un líquido

repugnante.

—Es un lunático —dijo Windross a Melka, al tiempo que gesticulaba enfáticamente con las manos—. ¿No se da cuenta? Yo he cooperado. Ahora, ¿por qué no se ocupan de él? ¡Denle su merecido! ¡No tenía ningún derecho a importunarme de esa forma, a acusarme, a perturbar mi tranquilidad de espíritu!

Rich arremetió contra él, en un intento de arrancar a ciegas la cabeza de Windross de los hombros. Melka le golpeó en la nuca con la mano abierta antes de que Rich lograra tocar al propietario. Rich cayó al suelo. Melka le enfocó su linterna directamente a los ojos, inmovilizándolo.

—Tranquilízate, Richard, o de lo contrario complicarás tu posición en el juicio.

—¿Yo?

—Yo no quiero demandarle. ¡Sólo quiero que se marche de mi hotel! ¡Déjenme en paz!

Melka ofreció una mano a Rich y le ayudó a incorporarse.

—¿Te he hecho mucho daño?

Rich se frotó la nuca, resentido. Estaba manchado de hollín y de vómito, y seguía jadeando a causa del nauseabundo hedor que había invadido su nariz. Pero el golpe contribuyó a restablecer su equilibrio, su obstinada fe en la posibilidad de demostrar que lo que sabía era verdad. Polly tenía que estar allí..., en algún lugar. Todo cuanto necesitaba era un poco de tiempo. Buscaría en cada habitación.

—Yo no he oído nada —explicó Stefanie, y dirigió a Rich una mirada y un gesto con los hombros que pretendían pedir excusas.

—¡Al diablo! Salgamos de aquí —les dijo Melka.

—Esperen... Hay docenas de habitaciones que todavía no...

—Richard, voy a hablarte con plena sinceridad: si persistes en tu actitud, dentro de treinta segundos te llevaré al calabozo para que puedas analizar este asunto..., esta obsesión que afecta a tu mente, durante toda una noche.

—Pero le digo que...

—Muchacho, creo que tienes algún tipo de problema. ¿Qué problema? Ni siquiera me atrevería a dar un diagnóstico. Sólo te recomiendo que trates de resolverlo fuera de mi jurisdicción. El señor Windross acaba de solicitar que hagas el equipaje y te marches. Hazlo. Stefanie te acompañará hasta que estés listo. No se te ocurra regresar.

Richard alzó un dedo acusador hacia Windross.

—Él lo sabe..., créanme, ¡él lo sabe todo! Tiene escondida a Polly. ¡Pregúntenle a él!

Windross se mostró asombrado y agraviado. Melka dio a Rich unos golpecitos sobre el hombro derecho con el mango de su linterna. A pesar de su agitación, Rich se dio cuenta de que estaba pisando una capa de hielo muy frágil, de modo que optó por callar.

—Quiero terminar con este asunto —dijo Windross—. ¿Queda algo por resolver?

—No, a menos que desee presentar una queja formal contra el señor Devon.

—Sólo deseo olvidar este maldito asunto —dijo el propietario con voz cansada, dirigiendo a Rich una última mirada, en apariencia indiferente, antes de que Stefanie se lo llevase.

Stefanie concedió algunos minutos a Rich para que se duchara. Mientras él estaba en el baño, procedió a un ilegal y vano registro en busca de alguna sustancia estupefaciente.

Bajo el humeante chorro de la ducha, Rich se restregó con furia para desentumecerse; combatió una lasitud que amenazaba con hacerle perder el conocimiento. Concentrándose en Polly, en la veracidad de su contacto, de sus lágrimas, su rabia se avivó en forma de un calor consistente que consolidaba su posición: la sutil posibilidad de decidir regresar allí y encontrarla.

Después de ducharse, se vistió. Sus manos estaban casi tan rígidas como rocas, y todavía temblaba. Se sentía incapaz de aspirar una bocanada de aire sin revivir el nauseabundo olor que le había asaltado en la habitación 331: era como si todas las células de su cuerpo estuvieran saturadas de él. Reconoció vagamente los síntomas de la histeria. Las terribles heridas en el cuerpo de Polly desprendían un vago olor a corrupción; la ansiedad había acrecentado esa impresión en forma de alucinación olfativa.

—Es hora de irnos —le advirtió Stefanie.

—De acuerdo —dijo Rich amargamente.

En el exterior, se detuvo un instante a observar el ala abandonada. Una nube oscura ocultaba en ese momento la luna y, en su mente, adoptó la forma de una cabeza de pantera que giraba; su siniestro ojo amarillo alienaba la razón. Rich tosió, jadeó, y, sintiendo su rostro insensible de nuevo, subió al Porsche.

Todo cuanto había en el interior le resultaba vaga e intrascendentemente familiar: la funda de cuero del volante, los forros de piel de oveja de los asientos, la vieja medalla de San Cristóbal colgada del retrovisor. Sin embargo, era incapaz de recordar cómo se conducía. Subió la ventanilla, sobre cuyo cristal se había acumulado una capa de hielo. El rostro vigilante de Stefanie se diluyó hasta semejar el semblante de una persona de edad avanzada. Todos parecían figuras de cera. No se oía nada. En medio de aquel vacío, palpó en busca de las llaves. El extremo de la del contacto emitió una mecánica respuesta. La hizo girar y pisó el acelerador. El motor arrancó. El trepidante y ampuloso ruido del tubo de escape le acercó un poco más a la realidad, aunque seguía misteriosamente dividido en dos personas, una de las cuales estaba imaginando a la otra. Al accionar el cambio de marchas y apartarse de la inmóvil Stefanie, Rich se imaginó en el interior del edificio siniestrado del hotel, vagando por las ennegrecidas habitaciones, sus movimientos ralentizados por el horror de la inexplicable ausencia de Polly.

No obstante, ella había estado allí. ¡Había estado allí! Recordaba el familiar azul pálido de sus ojos, los labios que había besado. No podía tratarse de un error. Los

dedos de ella, cuando le presionaron el brazo. Ahora podía oírla llorar por él, un ardiente lamento, mientras se alejaba lentamente del hotel, derrotado, incapacitado por los efectos de una mapa cruel. «¡Rich, no me dejes!». Su voz sonaba tan real que se vio obligado a volver la cabeza un momento. Pero eso era todo cuanto podía hacer, tenía que concentrarse en la carretera. También él estaba llorando.

«Tú no estás loco», se dijo a sí mismo. «Sean quienes sean, te han engañado. Windross se halla implicado en esto. Se llevó a Polly de allí, y, de algún modo, cambió el aspecto de la habitación. Pero no podrán tenerla escondida siempre; siempre».

En los alrededores de Talbot, una ciudad universitaria situada a once kilómetros de Chadbury, le llamó la atención el rótulo azul de un bar emplazado a pie de carretera. Tomaría una bebida fuerte que le reanimara. Había algunos coches aparcados en la zona de estacionamiento. Dejó el suyo frente a la puerta y entró.

Se trataba de un establecimiento muy popular en la zona, aunque no demasiado concurrido a esa hora. Todos los olores y adornos resultaban tranquilizadores. «No estás loco. Debes meditar este asunto. Tienes que encontrar una respuesta». Debajo del televisor, en uno de los extremos de la barra, había una colección de banderines. Dos mujeres negociaban ruidosamente las peligrosas curvas de una máquina simuladora de un auto de Fórmula 1. Por el salón se distribuían algunas parejas, más jóvenes y más discretas. Rich compró cigarrillos de una máquina y se sentó en un rincón solitario y alejado de la barra. Por encima de su cabeza había una ventana octogonal que daba a la carretera. La camarera que se ocupaba de servir las mesas llevaba pantalón tejano, botas y un pañuelo al cuello de cachemira. Rich pidió una copa de Jameson's. Las manos le temblaban aún, por lo que las mantuvo ocultas bajo la mesa. Acababa de aquejarle una feroz jaqueca.

Por primera vez en varias horas, Rich pensó en Karyn y recordó, con un sentimiento de culpabilidad, su cita para cenar. ¿Cómo se llamaba el maldito lugar donde debían encontrarse? No lograba recordarlo. Estaba en Londonderry, según ella le había dicho. Consultó su reloj. Eran más de las once. Londonderry se hallaba a más de media hora hacia el norte. El restaurante ya debía de estar cerrado. De nada serviría llamar, aunque lograra recordar el nombre. Se quedaría allí un rato y trataría de reanimarse hasta adquirir una lucidez mental que le permitiera meditar sobre aquel asunto.

Rich se tomó el primer *whisky* en un par de tragos. Tal vez era un método un tanto drástico, pero quería resultados rápidos. Rara vez bebía alcohol, disuadido por los ejemplos de su padre y de varios familiares próximos que se habían destrozado el hígado en cuestión de pocos años. Pero cuando necesitaba una copa, muy pocas veces quería un *whisky*. Hizo una seña a la camarera y pidió uno doble.

—No debes interferir —dijo la mujer, amable.

Durante unos segundos, Rich no estuvo seguro de si alguien le había hablado. Su cabeza, envuelta en una sustancia enrarecida y semejante al algodón de azúcar, se inclinaba sobre el vaso, casi vacío, que tenía ante sí, sobre la mesa. Había estado estudiando el intrincado diseño de la superficie de formica de la mesa, comparable a la mejor obra de Jackson Pollock. Un descubrimiento sorprendente, en un bar perdido en las regiones salvajes de Vermont.

Alzó la mirada, boquiabierto. La nueva posición de su cabeza le desequilibró y estuvo a punto de caer lateralmente de su asiento. Se aferró al borde de la mesa y parpadeó en un intento de enfocar la imagen de ella. El local se movía, giraba lentamente, se inclinaba como un inestable tiovivo. En la máquina de discos sonaba ZZ Top. *Gimme All Your Lovin*. Se humedeció los labios, reseco por el tabaco y los varios whiskis dobles que había ingerido en menos de una hora. Apenas era consciente de la presencia de otros clientes en el bar. Se sentía distanciado de la humanidad, como un cuco cansado que hubiera escapado de la caja de su reloj.

Ella se acercó algo más, aunque manteniéndose fuera de su alcance. Era alta y vestía con elegancia, en un tono negro o azul oscuro. Lucía suéter, falda y botas del mismo color. Los únicos adornos que llevaba eran sendos diamantes en los lóbulos de las orejas y una cicatriz en forma de hoz en una mejilla.

—¿Cómo ha dicho? ¿Quién es usted?

—Me llamo Inez Cordway. Estuvimos a punto de conocernos anoche; pero, en última instancia, decidí que no merecía la pena. Creo que me equivoqué.

Él se tocó su propia mejilla, esbozando con la punta de un dedo el dibujo de la cicatriz de la mujer. Ella asintió.

—Sí. Era yo, con Windross.

—¡Dios Todopoderoso!

La mujer le replicó con una sonrisa fría y tolerante.

—Veo que esta noche te has tomado un descanso.

—Dígame. —El odio trasladó a Rich hasta un estado próximo a la sobriedad en escasos segundos. Empezó a incorporarse—. Usted..., ¿usted debe saber dónde está Polly!

La mujer le detuvo con un leve gesto de su cabeza que revelaba, a la vez, una mirada turbadora en sus ojos. Su semblante aparecía tan severo e implacable como la mordedura de una víbora.

—Ya no es Polly —repuso Inez Cordway.

Rich se dejó caer pesadamente sobre su asiento. Jadeaba y se ahogaba en los efluvios del alcohol. El rincón que ocupaba parecía aislado del resto del local, bañado por un fuego de Santelmo. Le escocían los oídos y la frente. Las uñas de los dedos se

veían enrojecidas sobre la mesa. Su vista, cansada, se desenfocaba; la imagen de la mujer se difuminó en una sombra angulosa. En cambio, su voz le llegaba lúgubrementemente nítida.

—La niña está totalmente poseída por un demonio. Quizá por más de uno. Eso no se ha podido comprobar aún. Los ritos no han hecho más que empezar. Pueden pasar varias semanas antes de que sepamos exactamente contra qué estamos luchando.

El crudo sabor del *whisky* acudió a la garganta de Rich, quien se llevó una mano a la boca. Parte del líquido rezumó entre sus dedos.

—Has tenido buenas razones para beber —dijo ella con tono desapasionado—. Pero emborracharte no era lo peor que podía haberte ocurrido esta noche.

De repente, Rich empezó a gritar, presa de frustración y de furia.

—¿Qué diablos quiere decir, con que «ya no es Polly»? ¡Yo la vi..., hablé con ella!

—Sí, lo sé. En la habitación 331 del hotel.

—¿Cuando regresé ya no estaba allí! ¿Qué hicieron con...?

—Escúchame. —Se aproximó un poco más. El movimiento reveló a Rich, inesperada y desagradablemente, algunos rasgos de su rostro. Advirtió un resplandor de oro en varios de sus dientes, y unos ojos negros, penetrantes como cuchillos—. Polly nunca ha estado allí. Lleva más de cinco semanas ausente del Hotel Post Road.

—¿Usted no sabe lo que dice! —Rich sintió el latido acelerado de su corazón. Improvisó una amenaza—. Pero voy a descubrir lo que está pasando allí.

—Déjame garantizarte una cosa: Polly, la hija del propietario, se encuentra en un lugar seguro donde la quieren y la protegen. Tenemos una posibilidad de redimir a la niña: salvar su alma inmortal. Pero, e insisto en ello, no debes interferir.

—¿Interferir en qué?

Ella se apartó un momento y adoptó una actitud autoritaria.

—En el exorcismo.

Rich trató, con excesiva rapidez, de levantarse, pero fue obstaculizado por el borde de la mesa y volvió a sentarse. Presa de un cansancio y una pesadez infinitos, su cerebro, medio aturdido, se sintió envuelto por una vasta oscuridad como un animal herido en la carretera.

—¡Quiero ver a Polly!

—Le harás a ella, y a todos nosotros, un gran favor si la olvidas. Es el único modo como puedes ayudarla.

—Si Polly no es..., no está... en el hotel, ¿qué hacían ustedes anoche?

—La estricta obediencia del ritual requiere una visita al escenario de la posesión, como es sabido.

—¿Posesión? ¿Cómo sabe usted que ella está...? Dios bendito, ¿quién es usted?

—Ya te he dicho mi nombre. He pasado la mayor parte de mi vida luchando contra Satanás. Oh, estoy segura de ello. Por eso he venido a decirte que nos dejes en paz. Es obvio que estás demasiado susceptible respecto a Polly. El demonio lo sabe,

y, de hecho, ya te está utilizando. La situación podría hacerse extraordinariamente peligrosa. Por favor, cree lo que te estoy diciendo. Es mejor que vuelvas a casa en seguida.

Inez Cordway se volvió y, entre las brumas de su visión, se alejó con rapidez, como un acorazado en medio de una oscura marea saliente. Su partida fue tan abrupta que pareció un truco de prestidigitación. Hacía un momento estaba allí, aleccionándole con formidable erudición sobre temas que le evocaban los terrores de su infancia, y, al momento siguiente, había desaparecido.

El local seguía moviéndose, pero no de un modo tan turbador como antes. Rich se incorporó de su asiento, tambaleándose, y se obligó a mantener el equilibrio; pescó unos cuantos billetes de su bolsillo y dejó sobre la mesa lo que creyó que era un billete de veinte dólares. A continuación se fue en busca de la mujer.

El Cadillac negro dejaba la zona de estacionamiento para tomar la carretera cuando Rich salía del bar. La bocanada de aire fresco que sus pulmones recibieron lo reanimó, como si alguien le hubiese disparado a quemarropa. Notó el flujo de la adrenalina, que le proporcionaba una falsa sensación de sobriedad; pero sus reflejos eran torpes. Se dio un doloroso golpe en la cadera contra otro coche mientras trataba de llegar al Porsche. Sentado al volante, giró la cabeza frenéticamente, intentando concentrar la mirada en el viejo Cadillac mientras encendía y aceleraba el motor.

Cuando abandonó la zona de estacionamiento, Inez Cordway había desaparecido por el este, en dirección a Talbot.

Rich aceleró el Porsche a ochenta kilómetros por hora en tan sólo medio minuto. Sabía que podía alcanzar al Cadillac en cuestión de segundos. El Porsche subía, vertiginoso, una cuesta. Dibujó una curva cerrada. No había tráfico en ninguno de los dos sentidos. Delante, vio una señal intermitente roja que anunciaba la proximidad de un cruce. Rich emitió un gruñido de frustración y redujo la velocidad.

Advirtió, a una distancia aproximada de un kilómetro, las luces del pueblo. La visibilidad de la carretera era lo bastante buena para poder distinguir las luces de posición traseras del Cadillac en caso de dirigirse a Talbot, pero el único vehículo en esa dirección era un camión con un dispositivo quitanieves, y venía hacía él.

Tenía dos posibles opciones.

Rich tomó una decisión instantánea y giró el volante a la izquierda, hacia el norte, por una estrecha carretera escoltada por sendos muros de piedra casi enterrados bajo la nieve. A ambos lados de la calzada desfilaban casas aisladas y montones de leña. Rich se sentía algo mareado por la velocidad y el *whisky* que había bebido; tiritaba y sudaba al mismo tiempo. Aumentó la velocidad hasta el límite reglamentario, a partir del cual cualquier pequeño inconveniente podía acarrear graves consecuencias: existía siempre la eventualidad de una placa de hielo sobre una carretera desembarazada de nieve, un vehículo lento mal iluminado invadiendo el centro de la calzada...

Cuando ya había decidido que su intuición le había fallado y empezaba a aminorar la velocidad, Rich llegó a la cima de una colina donde la carretera se bifurcaba en una intersección no señalizada. La nieve acumulada por las máquinas quitanieves formaba un muro de casi dos metros en torno a los gruesos troncos de unos abedules. De no haber pisado el freno, habría colisionado de frente contra la pared de nieve y los árboles. Sin embargo, al frenar demasiado en seco, el coche efectuó dos trompos y fue a impactar de costado contra la nieve. La consistencia de la nieve apelmazada amortiguó el golpe y evitó que el Porsche chocara contra los árboles.

Rich salió del coche, aquejado de un aflujo de náuseas, y vomitó un chorro de

whisky sin digerir, lo que agravó el estado de su ya dolorido estómago. A continuación, demasiado débil para incorporarse, o incluso apoyarse en un árbol, se desmoronó sobre la nieve.

Pasaron varios segundos antes de que tomara conciencia del traqueteante ruido del motor del Cadillac.

Cuando levantó la cabeza, vio el coche a menos de cien metros pasada la intersección, en el ramal izquierdo de la bifurcación. El conductor estaba pisando el freno; las luces traseras así lo indicaban. Todo cuanto podía distinguir del vehículo eran las luces de freno y los intermitentes de emergencia. El vehículo se hallaba detenido prácticamente en el centro de la calzada. Rich se preguntó si le habría estado aguardando allí, en espera de un accidente ya previsto.

Rich se puso en pie y se dirigió hacia el Cadillac, caminando con dificultad y entre jadeos. Era incapaz de avanzar en línea recta, pero aun así no perdía el equilibrio, de modo que siguió su camino inexorablemente.

Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto al arrancar de repente, con brusquedad. El Cadillac empezó a alejarse.

—¡Espere! —gritó Rich, al tiempo que echaba a correr.

Pero ella no esperó. Tal vez sólo había querido comprobar que no estaba herido de gravedad. El Cadillac tomó la curva, todavía con los intermitentes de emergencia encendidos. Las luces destellaron fugazmente entre un bosque de árboles, y seguidamente Rich se detuvo para recobrar el aliento, sudando por el esfuerzo.

De regreso al Porsche, observó que éste no presentaba ningún daño de consideración. No obstante, los neumáticos traseros estaban muy hundidos en la nieve, de modo que era imposible sacarlo de allí. Fumando casi sin interrupción, permaneció sentado al volante cerca de cuarenta minutos, durante los cuales la errática calefacción le proporcionó el calor suficiente para no quedar congelado, hasta que llegaron dos universitarios en un *jeep* Renegade de techo rígido y se ofrecieron a llevarle a Talbot.

—¿Alguno de vosotros sabe dónde vive Inez Cordway?

Rich repitió el nombre. Los dos muchachos se miraron y negaron con la cabeza. Se la describió.

—Yo no la conozco —dijo el conductor del *jeep*—. ¿Y tú, Ted?

—No, no recuerdo haberla visto nunca.

Rich les describió el Cadillac de los años cincuenta, deseando poder recordar el número de la matrícula.

—Estoy seguro de que al viejo Bob Thurlow le encantaría para su colección —comentó Ted.

—Debe de tener un par de docenas de cacharros en reparación.

—Pero ¿no habéis visto el coche de Inez Cordway por las carreteras de esta zona? —preguntó Rich al conductor.

—No, y te puedo asegurar que si yo hubiese visto un Cadillac tan viejo como ése,

me acordaría muy bien. Ninguno de nuestros conocidos tiene uno, eso es cierto.

Rich invirtió dieciséis dólares de su menguado presupuesto en un taxi que le llevó al Refugio Davos, en la Montaña de la Ermita. Preguntó en recepción por el número de la *suite* nupcial y subió su equipaje y el de Karyn hacia allí sin tomarse la molestia de llamar antes. Era la una y veinte de la madrugada. Se sentía tan agotado que estuvo a punto de quedarse dormido en el ascensor.

En la mitad del bien iluminado pasillo vio a una pareja besándose en un umbral. Casi había llegado a su altura cuando observó que la chica, de espaldas a él, era Karyn. Trux Landall la abrazaba fuertemente, con una mano sobre su hombro y la otra acariciándole, lenta y posesivamente, el trasero.

—¡Oh, mierda! —exclamó Rich.

Ambos lo miraron. Karyn todavía tenía los labios entreabiertos, hinchados y enrojecidos, y la mirada veladamente ansiosa, por efecto del sostenido beso. Ella se metió en la habitación y Trux dio un paso adelante. Llevaba un abrigo de piel de foca, oscuro y lustroso, que le cubría casi de la cabeza a los pies. Cerraba con una mano la abertura del abrigo, como para ocultar algo que podía resultar ofensivo a los ojos de Rich.

Este dejó caer una bolsa y arrojó la otra, la bolsa de deportes marrón de Karyn, a la cabeza de Trux, quien la esquivó sin dificultad y frunció el ceño.

—Calma, chico.

—¡Lárgate inmediatamente de aquí! —gritó Rich.

—Iba a hacerlo.

Rich intentó propinarle una patada en la abultada ingle. Trux la eludió pacíficamente; pero levantó las manos por si acaso. Rich recogió la otra bolsa, su bolsa de lona verde, pero se abrió por la correa de cuero.

—¡Déjalo, Rich! —le pidió Karyn.

Él la miró, dejó la bolsa, demasiado pesada para ser utilizada como arma arrojadiza, en el suelo y se abalanzó sobre Trux golpeando furiosamente con puños y pies, una técnica callejera que le había hecho ganar no pocas peleas contra chicos más grandes. Pero estaba débil y algo torpe, de modo que Trux logró desembarazarse de él sin sufrir ningún daño. Entonces, éste dirigió una mirada desesperanzada a Karyn mientras trataba de mantenerse fuera del alcance de Rich.

—Yo no quiero tener nada que ver en esto, Karyn.

—¡Rich!

La chica lo agarró del brazo, pero él la apartó a un lado. Trux tuvo tiempo de apuntar y descargar el puño derecho bajo el esternón de Rich. Éste cayó aparatosamente. Con la boca entreabierta, empezó a debatirse en el suelo, mientras buscaba aire entrecortadamente.

—Lo siento, Karyn —dijo Trux.

—¡Oh, Dios! ¡Puede llegar a hacerse insoportable cuando se pone así!

Rich percibió vagamente el ruido de otra puerta al abrirse. Vio caras confusas. Más testigos para su derrota. Se puso de rodillas, decidió que el orgullo solo no bastaba para reanudar la pelea con un mínimo de garantías y permaneció allí, dándose un masaje en la región dolorida, consciente de que Trux volvería a derribarle si intentaba incorporarse. Dejó que sus pulmones se llenaran de aire. Jadeando, alzó los ojos en busca del rostro de Karyn. Estaba llorando.

—Lo tienes bien merecido —dijo Rich, a nadie en particular.

—Yo sólo me despedía de ella —explicó Trux al marcharse.

—¿Acaso no te habías despedido bastante... en la habitación?

Karyn, con la cara enrojecida, recogió el equipaje que Rich había tirado por el pasillo y lo llevó a la *suite*. Cerró la puerta con un golpe violento, pero al cabo de un momento volvió a abrirla loca de ira, sin importarle quién pudiera escucharla.

—¡Maldito estúpido! ¿Dónde has estado toda la noche? ¿No podías llamar? ¡Me he cansado de esperarte!

—He tenido un accidente —replicó Rich.

Estaba apoyado en la pared, pero era incapaz de incorporarse del todo, ni siquiera de lograr que los pies le respondieran. Trux seguía alegremente su camino hacia los ascensores. Se volvió para dirigir un gesto de despedida a Karyn, pero ésta no le vio.

—¡Oh, no! ¿Dónde? ¿Qué ha ocurrido?

—El coche... derrapó y se salió de la carretera.

Karyn le rodeó la cintura con el brazo.

—¿Te has hecho mucho daño? Oh, bueno, vamos.

Irritado, Rich se resistió a entrar en la habitación.

—Ese viejo zorro de Trux, ¿ha estado follando contigo?

—¡Basta, Rich! Trux sólo me ha hecho compañía. Tú no estabas aquí cuando he llegado, y no quería quedarme sola. Ahora, ¿quieres, por favor, entrar en la habitación?

Rich no podía hacerlo por su propio pie, y permitió a regañadientes que ella le ayudara. Sus pies se arrastraban por el suelo. Karyn le acomodó en la cama, que estaba arrugada pero no deshecha. Rich se tendió, esbozando una mueca de dolor. En otras circunstancias, habría podido con Trux. Tenía cuerpo, pero no agallas; él conocía bien a los tipos de esa calaña. Le habría derribado de un puñetazo.

—Mataré a ese bastardo —murmuró entre dientes.

Karyn hacía ímprobos esfuerzos por contener las lágrimas.

—¡Cállate! Era sólo un beso de despedida. Un poco largo, de acuerdo. ¡Por el amor de Dios, yo había salido con él! Trux es amigo mío.

Rich entornó los ojos, expresando así su incredulidad.

—Dime la verdad. ¿Has follado con él esta noche?

—No.

Al cabo de unos instantes, Rich dijo con acento generoso:

—Está bien, te creo.

—¡Me importa un cuerno que me creas o no! Estoy harta de la forma como te comportas. No sé qué te está ocurriendo. Todo cuanto deseo es ser feliz. Quiero que seamos felices juntos, Rich. ¿No podrías facilitar un poco las cosas?

Él guardaba silencio, con los ojos medio cerrados y el rostro marcado por una extrema fatiga.

Karyn se levantó, secándose las lágrimas, fue al cuarto de baño en busca de un pañuelo de papel, regresó a la cama y se sentó junto a él. La mano de Rich palpó a ciegas y encontró los fríos dedos de la chica. Karyn no le dio ánimos, pero no retiró su mano.

—Lo siento.

—El Porsche, ¿ha quedado averiado?

—No lo creo.

—En cuanto a Trux... Supongo que..., si no hubieses llegado..., quizá habríamos vuelto a entrar. No estoy segura de ello. Pero no importa qué hubiésemos hecho, no habría significado...

—Claro, claro. No quiero hablar más de eso. Ni de él. Necesito dormir, Karyn. Francamente, estoy muy, muy cansado.

Poco después, Karyn se acurrucó a su lado y le acarició suavemente el rostro. Rich le besó la palma de la mano.

—Has dejado la luz encendida —protestó Rich.

—Oh, no quiero dormir a oscuras.

—¿Por qué no?

—Porque hay cosas... que no pueden ocurrir con la luz encendida explicó Karyn, temblando ligeramente al apretarse más contra él, con los ojos abiertos y una expresión de tristeza en el rostro.

Karyn hizo cuanto pudo para levantarlo de la cama al amanecer, pero Rich protestó amargamente que estaba demasiado cansado y le dolía todo el cuerpo. Finalmente, ella le dio un beso de reconciliación, volvió a taparle y se fue a las pistas por su cuenta.

Hacia las nueve, cuando el sol irrumpió en la habitación e hirió la piel de su rostro como un rayo láser, Rich abandonó la idea de tratar de seguir durmiendo y fue al cuarto de baño, que estaba equipado con una ducha de chorro graduable, calefacción eléctrica y una sauna. Se pasó veinte minutos sudando en la sauna y tomó una ducha tan fría que le despertó el dolor de muelas. La activación del flujo sanguíneo le proporcionó una mejoría física, aunque la intensa depresión que había sentido en el momento de levantarse persistía. Había soñado insistentemente con la negra habitación, la ausencia de Polly, la dentadura de oro de Inez Cordway, su cicatriz nacarada y la presuntuosa advertencia que le había hecho.

«Estaban escondiendo a la niña, la torturaban de una forma brutal, ¡y todavía creían que les dejaría seguir así impunemente!». Rich no se sentía intimidado. Sin embargo, no tenía una idea clara de qué podía hacer, tan sólo la intuición de que debía actuar pronto, por el bien de Polly.

El café que tomó en la soleada cafetería mejoró un poco su estado de ánimo. Despachó un abundante desayuno mientras buscaba con la mirada a Karyn en los remotes que partían del pie de la montaña. La vio un par de veces, cerca del telesilla. Trux no estaba con ella. Rich temía que pudiese comparecer en cualquier momento con la intención de terminar lo que había iniciado la noche anterior.

Se sirvió más café y vio que Benny Childs se aproximaba a su mesa, ayudándose con una muleta.

—¿Qué te ha pasado?

—Me lesioné la rodilla ayer. Se ha terminado el esquí para mí, al menos por un tiempo. Me han dicho que tú y Karyn os alojáis aquí. Ojalá pudiera permitírmelo.

Benny se dejó caer en una silla y estiró la pierna izquierda, que aparecía hinchada por los vendajes ocultos debajo del pantalón. Trató de alcanzar un panecillo con nueces y miel, pero no pudo. Rich le acercó el plato.

—Sí. Ocupamos la *suite* nupcial. ¿Un poco de café?

—Gracias. ¿La *suite* nupcial? No sabía que os hubierais casado.

—Oh, no, todavía no. Es lo único que hemos encontrado, y tampoco yo puedo permitírmelo. Pero Karyn no quiso quedarse en el hotel.

—¿De veras? —Benny se dio cuenta de que Rich no tenía intención de decirle por qué. Tomó el tazón con ambas manos y sonrió a Rich por encima del borde—. ¿Cómo os van las cosas?

—¿De qué te has enterado?

—De que tuvisteis una riña, pero sin llegar a las manos.

—Ya hemos hecho las paces.

—Bien. ¿No vas a las pistas?

—No. Anoche dejé mi coche atrapado en la nieve. Debo empezar a pensar cómo sacarlo de allí.

—¿Necesitarás una grúa?

—No lo creo. Está en la cuneta de la carretera.

—Te prestaré mi Saab. Hay tres metros de cable en el maletero.

—¡Eso me servirá! Gracias, Benny.

—Te acompaño. Esta mañana no tengo nada que hacer, salvo leer un espeso tratado de filosofía.

En el trayecto hacia Talbot, Benny contó a Rich un par de chistes escatológicos con la intención de animarle, al verle serio, con la cabeza gacha y la mandíbula agarrotada mientras conducía. Rich se rió mecánicamente, como si hubiese perdido su sentido del humor.

Tras un par de kilómetros en silencio, Benny suspiró.

—Echo de menos tu compañía —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Tus brillantes discursos, tu cinismo socarrón. ¿No hay nada que te exaspere últimamente? ¿Los tejemanejes de Washington? ¿La terrible situación económica?

—Lo siento, Benny.

Éste vio un perro cojo vagando por la carretera, con la pata izquierda torcida a partir de la rodilla. Esa visión logró deprimirle.

—¿Estás seguro de que todo marcha bien entre tú y Karyn?

—Sí. No pensaba en ella ahora.

—Entonces, ¿qué tienes en la cabeza?

—Benny, ¿qué clase de gente cree en el diablo?

—Bueno —dijo Benny tratando de improvisar un discurso, visiblemente animado—. Para empezar, la gente como tú. La última persona que me habló del diablo no sabía nada acerca de la misa en latín, de la festividad de Santa Catalina ni del ayuno cuaresmal. El diablo sigue ostentando un papel muy importante en los artículos de fe, es el dogma esencial.

—Sí, pero ¿crees que existe?

—¿Me pides mi opinión personal, o la línea que sigue la política racionalista de Yale?

—¿Qué crees tú?

—Si me preguntas si pienso que existe una fuerza opuesta e igual a Dios, te diré que Dios es el único Ente no creado, que siempre ha sido y siempre será. Dios creó los ángeles y les otorgó una voluntad libre. Algunos de ellos abusaron de esa libertad y así se convirtieron en Sus enemigos e, indirectamente, en enemigos tuyos y míos. De manera que hay diablos, con *d* minúscula, y muchos, probablemente. Su líder se

llama Satanás, pero es el opuesto del Arcángel Miguel, no de Dios.

—Pero jamás ha habido pruebas de que los diablos, o Satanás, existan.

Benny se frotó tiernamente su hinchada rodilla, que no podía extender en el exiguo espacio del asiento delantero.

—Probar una negación no es nada fácil. San Pablo creía que Satán era el Dios de este mundo, y el Nuevo Testamento está lleno de alusiones a los demonios. Jesús los exorcizaba, probablemente con la teatralidad de uno de nuestros evangelistas modernos. Satanás, con Cristo, es el personaje mejor conocido por la tradición cristiana. Yo diría que esa creencia en los demonios es coherente con la racionalidad de las Escrituras, de la tradición cristiana y de la creencia común de la humanidad a través de la historia. Así mismo, y esto es muy importante, tal creencia no entra en conflicto con nada que la ciencia haya demostrado ser cierto.

—Suponiendo que los demonios existan, ¿cómo son? ¿Cómo pueden llegar a poseer a un ser humano? ¿Has presenciado alguna vez un exorcismo?

—Asistí a un intento, realizado por un predicador fundamentalista del sur que me pareció estar más loco que el pobre hombre que trataba de exorcizar. Tradicionalmente, los demonios son representados como deformaciones monstruosas del mundo animal, símbolos grotescos que la mente del hombre puede comprender. Pero, al fin y al cabo, estamos hablando de ángeles caídos, de criaturas que existen en un plano superior del orden natural. Por lógica, no tienen forma. Constituyen un estado enrarecido de energía intelectual, o vibraciones. Si desean adoptar una forma humana, y eso es lo que deben hacer, tienen que encontrarla.

—¿Por qué desean adoptar forma humana? —preguntó Rich.

—Porque están afectados por una especie de canibalismo espiritual, parafraseando a C. S. Lewis. Se devoran entre ellos y atacan objetivos más fáciles, como nosotros, los pobres humanos. Tienen un hambre insaciable de almas humanas. No hay ningún otro motivo que el hambre. Es un puro (o impuro, si quieres) deseo de encantar y dominar, de ser más poderoso. Por supuesto que eso es una paradoja. Sólo pueden despreciar a Dios, pero nunca llegar a igualarle. Son, simplemente, sombras emanadas de Su luz inmortal.

Rich localizó su coche sin ninguna dificultad. Entonces, merced a la robusta Saab de Benny como grúa, sacó el Porsche del muro de nieve. Parecía desequilibrado por la nieve y el hielo incrustados como lapas en el flanco derecho. Usó un mazo de caucho para retirar las placas de nieve y limpiar los depósitos obstruidos del parachoques; allí donde la nieve se había congelado, se resistía a los martillazos como si estuviera petrificada. Cuando terminó de limpiarlo, observó que el Porsche presentaba algunas abolladuras nuevas, aunque la carrocería parecía indemne. Había tenido más suerte de la que merecía por conducir de noche por carreteras desconocidas a gran velocidad.

Empapado en sudor, Rich devolvió el cable con funda de vinilo al maletero de la Saab. Benny se sentó al volante.

—¿Puedes conducir? —le preguntó Rich.

—Sólo tengo que usar el pie derecho. No te preocupes.

—Gracias por la ayuda, Benny.

—¿Por qué no salimos juntos los cuatro esta noche? Elise y yo iremos al refugio. ¿Te parece bien a las nueve o las nueve y media?

—De acuerdo.

Benny le preguntó, y no precisamente como una ocurrencia tardía:

—¿A qué viene ese interés por los demonios, Rich?

Éste vaciló, considerando la conveniencia de soltarlo todo acerca de Polly, su padre y la misteriosa Inez Cordway. Pero se dio cuenta de que habría demasiadas lagunas en la versión que podía facilitar a esas horas; Benny, inevitablemente, le formularía preguntas que él no sabría responder. Benny esperaba, con la tímida sonrisa de quien aguarda una revelación, pero Rich se limitó a encogerse de hombros.

—Leí un artículo sobre demonología que cayó en mis manos. Yo creo que todo eso son gilipolleces, pero me interesaba conocer el punto de vista teológico.

—Los demonios han sido desmitificados por la mayoría de nuestros eruditos más prestigiosos. Se han escrito montones de libros sobre cristianismo, como los de Hans Küng y otros, que ni siquiera mencionar a Satanás. Por otro lado, cuanto peor marchan las cosas, más se habla de él. El movimiento carismático es más fuerte que nunca. Todos queremos culpar a alguien o algo de los males y sufrimientos de la vida, y nuestro Dios no es Jehová. De modo que damos crédito al mal personificado: los judíos inventaron al diablo para justificar una crisis espiritual, su intento frustrado de alcanzar un nacionalismo que ellos sentían como suyo por derecho divino. Eso puede generar un problema muy delicado. Si existen los demonios, idea en la que yo creo, y desarrollamos un obsesivo e insano interés por ellos, encontrarán siempre un medio de responde a nuestras expectativas y necesidades. —Benny dio el contacto y metió la primera velocidad—. Elise debe de estar preocupada por mí. ¿Qué vas a hacer el resto del día?

—No estoy seguro. Tal vez asista a un exorcismo.

Benny se echó a reír.

—¿Matutino o vespertino? Ya me contarás esta noche.

En Talbot, lo primero que Rich hizo fue consultar la guía telefónica local, pero no figuraba en ella ninguna Inez Cordway ni nadie con ese apellido. Tampoco estaba en los censos del ordenador de las oficinas de la Central Eléctrica de la Montaña Verde. Ni siquiera aparecía registrada como votante.

Compró un mapa de carreteras del condado en la librería de la universidad e invirtió media hora en una cafetería fumando y estudiando las carreteras próximas a la bifurcación donde había sufrido el accidente cuando perseguía a la mujer. No había garantía alguna de que Inez Cordway habitase en las inmediaciones; tal vez le había tendido una trampa para confundirle. Los chicos que le habían acompañado a Talbot en el *jeep* no la conocían, a menos que no hubiera detectado en ellos una reticencia a facilitar cualquier información sobre un vecino a un forastero. No se había fijado en la matrícula del Cadillac, de modo que no serviría de nada acudir a los archivos de la oficina de tráfico del Estado. Tenía que empezar por algo, sin importar el tiempo que pudiera llevarle.

Rich pensó en Windross. Todavía se le erizaba el vello al recordar la frustración y humillación de que había sido objeto en el ala incendiada del Hotel Post Road. Había decidido que sería inútil tratar de obtener información de Windross, quien tenía buenas razones para guardar la mayor reserva respecto al tema. Cualquier tentativa en este sentido culminaría en su confinamiento en el calabozo de Chadbury, y era posible que diera pie a un proceso legal que a él no le interesaba para nada. De esa forma, además, tampoco ayudaría a Polly.

Cuando salió de la cafetería, el cielo se había nublado y soplaba un viento gélido que arrastraba partículas de nieve por todo el pueblo. Una inminente tormenta de nieve parecía venir del este. Rich recorrió el trayecto hasta la bifurcación y empezó a explorar sistemáticamente todas las carreteras locales en un radio de quince kilómetros. Había un verdadero enjambre de caminos, y muchas casas apartadas en medio del campo, sólo confirmadas por la presencia de los frecuentemente buzones anónimos a pie de carretera. Muchos caminos resultaban intransitables para un coche tan bajo como un Porsche, y entonces tenía que dejar el vehículo pegado a la cuneta y seguir a pie hasta la puerta de la casa.

—No, no. No la conozco. Nunca he oído hablar de ningún Cordway, al menos por esta zona. Lo siento.

Nieve profunda en el terreno, ráfagas de viento, montones de leña, olor a madera en el ambiente, un cielo prácticamente oscuro a las tres de la tarde... A causa del intenso frío, no había perros sueltos en aquellos parajes, y ello constituía su única ventaja. Más caras pálidas y recelosas tras las ventanas empañadas, rostros reunidos alrededor de una estufa de leña en algún almacén aislado. Funcionarios y funcionarias de Correos negando con la cabeza.

Y, finalmente:

—Me hablaron de unos Cordway que viven en Ripington Four Corners. Pero, ahora que lo pienso, lo pronunciaban con una *u* y una *e* al final. Courdewaye. Tal vez sean los que buscas.

Veintisiete kilómetros le separaban de Ripington Four Corners. Con los primeros resplandores de un temprano crepúsculo empezó a nevar. Se dirigió a la oficina de Correos, un edificio blanco situado junto a la iglesia congregacionista. Habían cerrado a causa de las inclemencias atmosféricas. En la parte de atrás vio una luz procedente de una sala. Una silueta encorvada se movía tras el cristal translúcido de la puerta. A fuerza de llamar con insistencia, Rich logró que le abriera un empleado, un anciano octogenario y reumático que llevaba un sucio delantal de color azul. Tras un minucioso examen de la credencial de prensa del *Register* exhibida por Rich, el hombre le dejó pasar.

—¿Courdewaye? Sí, señor. Los Courdewaye vivieron aquí durante ciento cincuenta años, si mal no recuerdo.

—Inez Cordway —dijo Rich, impaciente—. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Le acabo de decir que vivían aquí. No ha habido ningún Courdewaye por estos contornos al menos desde que terminó la guerra.

—¿Qué guerra?

—La segunda guerra mundial —dijo el viejo, tras encender una pipa de madera de brezo.

Rich le describió a Inez Cordway con todo detalle. El empleado le escuchaba, asintiendo de vez en cuando, envuelto en un humo azulado.

—¿Qué edad le calcula usted?

—Cuarenta y tantos.

—¡Vaya! Podría ser la hija más pequeña de Matt Courdewaye, pero dudo mucho que esté tan bien conservada. Tenía veintidós o veintitrés años cuando la guerra terminó, de modo que estamos hablando de una mujer de sesenta y tantos años, si es que aún vive.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no se sabe qué ha sido de ella. Verá, Leslie se fugó con un héroe de guerra llamado Dunstan, comandante Michael Dunstan, poco después de regresar del teatro europeo. Eso ocurrió, si mal no recuerdo, en otoño de 1945. Ella le apartó de su mujer y tres hijos pequeños y se fugaron juntos. Hubo un gran escándalo. La familia de ella, los últimos Courdewaye, repudiaron a Leslie. A partir de entonces, la mala suerte pareció cebarse en la familia. Matt fue atropellado en la carretera ese mismo invierno, y su esposa murió de cáncer el Jueves Santo del año siguiente. Los demás, los hermanos y hermanas de Leslie, se fueron yendo uno tras otro. Y, como puede usted suponer, Leslie y su héroe de guerra tampoco tuvieron una vida precisamente feliz. Él enloqueció debido a los traumas sufridos en combate. La trataba con violencia y era incapaz de conservar un trabajo estable. Recorrieron todo el país,

fueron hacia el sur y cruzaron la frontera con México. Una vez allí, la «maría» se ocupó de complicarles las cosas, ya sabe a qué me refiero.

—No exactamente.

—La «maría». ¿No es así como la llaman los jóvenes? La marijuana.

—Oh, sí, claro.

—Leslie y Michael conocieron en México a gente de dudosa reputación, metida hasta el cuello en asuntos de drogas y orgías. Parece ser que Leslie había dado a luz dos niños en el camino, pero no era una madre muy ejemplar que digamos. Un caso de total negligencia. Y las condiciones mentales de su marido empeoraban. Ella debió de contagiarse ya que, según tengo entendido, se apoderó del revólver de servicio de Michael y disparó al marido y a los niños en la cabeza. Luego los roció con gasolina y les prendió fuego.

—¡Dios mío!

—Desde entonces no se ha vuelto a saber más de Leslie. Supongo que murió allí en algún cuchitril, vendiendo su cuerpo para poder vivir, cada día más desesperada. Éste es el final de su triste historia. Creo que no es a Leslie Courdewaye a quien usted busca.

—No, estoy seguro de que no. Pero tal vez sea otro miembro de la familia... Usted ha dicho que varios de ellos se fueron.

—Por lo que yo sé, ninguno de los Cordewaye ha vuelto jamás ni por un solo día.

—¿Dónde vivían?

—En la carretera de Cutler. Al llegar al cuartel de los bomberos, gire a la derecha, y aproximadamente a un kilómetro encontrará la casa. Es una edificación de ladrillos, con tres chimeneas, situada junto a la carretera, al pie de un montículo, de forma que todo cuanto se puede distinguir de ella, tanto en invierno como en verano, son las chimeneas.

—¿Está abandonada?

El viejo empleado dejó escapar un bufido.

—¿Una propiedad como ésa? La compraron los Gannaway en el año cuarenta y nueve, una familia de Nueva York. Sólo la utiliza el hijo, que suele venir a pasar el verano y algunos fines de semana.

—Pero ahora la casa está desocupada.

El hombre asintió.

—Avery Myatt se ocupa de ella. De haber sabido que vendrían de la ciudad, me lo habría dicho.

—Bueno, creo que he encontrado unos Courdewaye que no me interesan.

—Eso parece.

Rich volvió al Porsche, ya cubierto de nieve, y siguió las indicaciones del empleado de Correos para llegar hasta la casa que los Courdewaye habían habitado durante generaciones. A pesar de haber sido advertido de la escasa visibilidad del edificio, estuvo a punto de pasar por alto las chimeneas en medio de la creciente

oscuridad y la tormenta de nieve.

Se vio obligado a seguir cuatrocientos metros más adelante hasta encontrar un sitio donde efectuar un cambio de sentido. De regreso hacia la casa, vio un acceso detrás de una voluminosa máquina quitanieves. El camino de entrada a la propiedad de los Courdeway se encaramaba a una loma desde un muro de piedra con una puerta de madera abierta por los embates del viento. El camino era empinado y parecía muy transitado, como si hubieran pasado varios coches esa misma tarde. Uno de ellos, no debía hacer más de diez minutos, puesto que las huellas de los neumáticos apenas habían sido borradas por la reciente nevada.

Rich permaneció unos instantes frente al camino, reticente, por algún motivo que no acertaba a explicarse, a la idea de investigar la identidad de los recientes visitantes de la casa. La historia que había escuchado de labios del chismoso empleado de correos le había impresionado.

«Tomó prestado su revólver de servicio y disparó al marido y a los niños en la cabeza».

Lógicamente, no podía existir ninguna relación entre la lunática Leslie Courdeway y la mujer que se había enfrentado con él en el bar la noche anterior, pero todo un día de búsqueda le había dejado agotado y con los nervios de punta. ¿Y si finalmente la había encontrado? Su advertencia había sido explícita: «No interfieras». Él no había creído la absurda versión de Inez Cordway sobre el mal que aquejaba a Polly ni por un solo instante, pero era evidente que la mujer había hablado muy en serio. Tal vez se tratara de una demente y, en consecuencia, constituía un peligro para Polly y para él mismo. Y, por supuesto, había más gente potencialmente tan peligrosa como ella: los seguidores de Cordway. Rich sabía que no tenía motivos para acudir a la policía, en el supuesto de que la mujer estuviese en el interior de la casa, pero tampoco le parecía prudente llamar a la puerta y preguntar por ella.

Debía encontrar un sitio donde dejar el Porsche sin que obstruyera el paso de alguien ni quedara medio enterrado en la nieve acumulada por las máquinas quitanieves a ambos lados de la carretera estatal. Después de considerar el tema durante un cuarto de hora, estacionó el coche junto a la pared lateral de una gasolinera fuera de servicio. El lugar distaba casi un kilómetro de la residencia de los Courdeway, y no había otro sitio por donde caminar más que sobre la resbaladiza carretera. Por fortuna, no había demasiado tráfico.

La mayoría de los conductores se detuvo para brindarse a llevarle. Uno de ellos no lo hizo, y él se vio obligado a lanzarse sobre la nieve amontonada en la cuneta para evitar que lo atropellaran. El coche era un Oldsmobile último modelo en el que viajaban en él varios pasajeros. Creyó ver que dos de ellos volvían la cabeza para mirarle. Él llevaba una gorra marinera de punto calada hasta las cejas y una bufanda de lana, pero, al no saber quiénes podían ser, apartó la mirada.

Rich apenas si se daba cuenta del frío y de la dificultad de la marcha. Nadaba en adrenalina tras haberse convencido de que, a cada paso que daba, más se acercaba a

Polly Windross. La coincidencia de los apellidos, la evidencia de actividad en una casa que solía estar deshabitada en invierno..., todo hacía presagiar que ése era el escondrijo de Inez Cordway y, por consiguiente, de Polly.

Sus sospechas se reforzaban a medida que se aproximaba a la casa por el transitado camino. Algunas ventanas, divididas con parteluces, estaban débilmente iluminadas, dos chimeneas humeaban y varios coches, incluido el Oldsmobile que le había rebasado a escasos centímetros en la carretera, aparecían estacionados ante la entrada. La residencia de los Courdewayne era una construcción atípica en aquella región: se trataba de una magnífica reproducción en ladrillo y pizarra de una casa solariega inglesa del siglo XVIII, lo bastante grande como para contener veinte habitaciones. Tenía jardines vallados, los contornos de los cuales apenas se distinguían en la nieve, un estanque helado en la parte trasera y un pequeño bosque de hayas y abedules en los terrenos de la propiedad.

Había también dos edificios anexos que imitaban el estilo de la vivienda principal. Uno era un chalé para invitados, y el otro un garaje.

No existía ninguna posibilidad de esconderse, pero Rich dudaba que alguien pudiera verle casualmente desde las ventanas de la casa, en medio de la nieve y la penumbra. No obstante, optó por seguir el desvío izquierdo del camino, en dirección al garaje, y eludir así la entrada principal.

Al alcanzar el garaje, limpió la nieve incrustada sobre el cristal de la puerta y espió el interior colocando las manos como si fueran anteojeras. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudo distinguir el estilizado diseño, propio de los años cincuenta, de la parte trasera del viejo Cadillac.

La confirmación del fin de su búsqueda provocó una sensación desagradable a Rich, en lugar de suscitar su alegría. Ahora que se disponía a afrontar la parte más difícil de su empresa, estaba menos seguro de sí de lo que había estado antes. La casa parecía inexpugnable a los curiosos, y era obvio que Inez Cordway estaba bien acompañada.

—Ya que has venido hasta aquí —dijo la mujer a sus espaldas—, me sentiré muy honrada si aceptas compartir nuestra cena.

Rich se volvió, desconcertado. Inez Cordway se hallaba a escasos metros de él. El viento agitaba la larga falda negra y la capucha del suéter de punto que llevaba. Tenía a su derecha un enorme perro con el morro afilado y curvo de un perro lobo, aunque su piel era de un color parda oscuro o negro. A pesar de su pelaje, espeso como el de un mamut, el animal tiritaba. Sus ojos sesgados y amarillentos, fijos en Rich, tenían una tonalidad pálida y un brillo encendido.

—Yo..., yo he estado...

—Tú has estado la mayor parte del día buscándome —lo interrumpió ella con gesto resignado—. Sí, ya lo sé. Eres un jovencito muy tenaz, y eso dice bastante a tu favor. Sin embargo, me parece que andas bastante mal del oído. Quizá debiste confiar en mi recomendación.

—¿Está Polly aquí? —preguntó Rich.

—Sí, está aquí.

—Bien..., déjeme verla.

—Acompáñame al interior de la casa. No podemos arriesgarnos a quedarnos helados hablando aquí fuera. ¡Hugo!

El lanudo perro regresó rápidamente a la casa. Inez Cordway aguardó a que Rich iniciara la marcha detrás de ella. La mujer tenía las manos enfundadas en los bolsillos del suéter. Pese al viento y la nieve, Rich pudo oler su perfume, acre y tropical.

—¡Qué tiempo más miserable! —exclamó Inez Cordway, con una mueca de disgusto—. Uno llega a acostumbrarse a él si no tiene más remedio. Yo nací en esta casa, pero han pasado muchos años desde que vivía en Vermont.

—¿Ya no vive aquí?

—Vivo en México.

Sus dudas cristalizaron en un terror punzante, como si una astilla de vidrio le traspasara el corazón.

—Luego usted...

—Yo era Leslie Courdeway; pero de eso hace ya mucho tiempo. —Rich creyó distinguir una sonrisa en el interior de la capucha, un resplandor áureo—. ¿Qué te han contado de mí en el pueblo?

—El empleado de Correos...

—Jud Sweeny. Ese viejo loco. Pero todos están locos aquí. Te aseguro que yo no maté a mi marido. Estábamos muy unidos, y nos gustaba el estilo de vida que encontramos en Paracuaro.

—Pero, sus hijos..., ¿están...?

—Murieron hace años, por causas naturales. ¿No puedes dejar nunca de hacer preguntas? —Hizo esta última observación con un tono humorístico.

A Rich le castañeteaban los dientes; se sentía frágil en el ojo de la tempestad,

como una simple caja de huesos.

—¿Po-por qué re-regresó a Vermont?

—Me eligieron —dijo ella, lacónica, mientras llegaban a una puerta lateral de la casa, ubicada en un pequeño porche cubierto con un enrejado de cobre a ambos lados del cual pendían enredaderas de vid.

Rich oyó voces procedentes del interior de la casa, una risa masculina y música sinfónica, una bulliciosa *tarantella* de una conocida ópera. Pero su cerebro estaba tan helado como su rostro, y no acertaba a recordar de qué ópera se trataba. El tembloroso perro se abrió paso entre ellos y se esfumó por la puerta antes de que Inez tuviese tiempo de abrirla.

—Pa-parece una fiesta —observó Rich.

—En absoluto. No tenemos nada que celebrar. Ni tampoco tenemos razones para llorar, al menos por ahora.

Inesperadamente, la luz de una vela surgió del interior, además de un delicioso aroma a guisado que despertó el apetito de Rich en cuestión de segundos. Habían entrado en la casa por una pequeña sala contigua a la cocina. El perro cruzó el umbral de una puerta batiente y Rich vislumbró unas fuentes de cobre y acero inoxidable, cocineros y criadas trabajando al tiempo que charlaban con animación, y espirales de humo. Vio un dorado lechón asado con una manzana en la boca y varios pasteles de fruta, que esperaban turno para ser introducidos en el horno. Su aprensión se desmoronó ante ese cuadro doméstico. No tenía nada que temer.

Inez Cordway se sentó en un banco para quitarse las botas. El perro, expulsado de la cocina, se le acercó entre gimoteos. Ella lo acarició detrás de la oreja y dirigió una mirada de impotencia a Rich.

—¿Puedes echarme una mano?

Rich la ayudó a quitarse las botas. Inez le pareció inopinadamente baja calzada sólo con unos calcetines negros. Rich golpeó el suelo con los pies para desprender la nieve de sus botas.

—Eso es. Hugo, tiéndete.

Rich la siguió por una escalera hasta la despensa, donde un hombre de edad avanzada, vestido con un chaleco a rayas, escanciaba vino, también a la luz de una vela.

—¿No funciona la instalación eléctrica?

—Claro que funciona. Simplemente, me gustan las velas.

La larga mesa del comedor había sido preparada para dieciséis invitados. La porcelana parecía costosa y antigua, y el tapete era de encaje de marfil vegetal, un delicado trabajo de artesanía. Inez se detuvo para señalar el tapete.

—Es español —explicó a Rich—. Procede de la corte de Aragón y data del siglo dieciséis.

—¿Cuándo podré ver a Polly?

Inez ladeó la cabeza, desaprobando sombríamente su impaciencia. La cicatriz en

la mejilla derecha dibujaba una sonrisa fantasmal y sempiterna.

—Polly está durmiendo. Necesita descansar. La prueba la ha fatigado mucho.

—¿La prueba? ¡Dios mío, no querrá decir que han vuelto a azotarla!

—¿Azotarla? —repitió Inez, como si la conversación hubiera dado un giro que era incapaz de seguir.

—¡Tenía cortes en la carne! —La hostilidad se reflejó en el rostro de Rich mientras miraba a la mujer. Su hipócrita actitud le indignaba. «Necesita descansar», había dicho. Inez había estado con Polly, y aunque no le hubiese administrado el castigo personalmente, era tan culpable como los demás—. Los cortes supuran..., están infectados. ¿La ha visto un médico?

Inez dio un paso hacia Rich y acercó su rostro al de él.

—No debes confundirte. —Hablaban con un tono suave y firme. El rostro de Rich enrojeció más aún, pero experimentaba el cosquilleo del miedo—. Todo cuanto crees que viste, oíste o tocaste, no existió en realidad. Fue sólo una ilusión. La auténtica Polly Windross está aquí. Y te puedo garantizar que nadie la ha azotado.

El flujo de sangre que invadió la cabeza de Rich le hizo sentirse mareado y enfermo. Tenía que asimilar sus palabras una a una para tratar de comprender su significado. Pensó en Polly y decidió que Inez mentía o estaba loca.

—¡Déjeme verla!

—No puedes darme órdenes en mi casa.

Ella le tocó levemente, apoyando sus rígidos dedos en el esternón. El peso de su autoridad, irresistible, pareció concentrarse allí. Rich se recostó sobre una silla de respaldo alto. Se humedeció los labios resecos. La nítida imagen de Polly encadenada en aquella habitación empezó a desvanecerse por los bordes, se diluyó como si alguien hubiera aplicado una llama al centro de esa visión. Su lengua estaba insensibilizada por el frío. La mirada de la mujer, implacable, le tenía allí clavado como una mariposa sobre el terciopelo carmesí de la silla.

—Yo..., lo siento... No puedo..., no sé qué pensar de todo esto.

Inez relajó su rígida postura. Dio un paso atrás y suavizó la mirada. Unas pequeñas arrugas se marcaron en las comisuras de los ojos.

—Lo comprendo. Has venido para aclarar tu mente. Lo lograrás, en el momento preciso.

—Yo sólo quiero ayudar a Polly —insistió Rich.

Inez emitió un suspiro y se volvió de espaldas.

—Dudo que puedas hacerlo. —Vaciló un instante, lo agarró del brazo y añadió—: De todos modos, ven conmigo. Conocerás a los demás. Bebe un poco y tranquilízate. Ya decidiremos más tarde.

Por una graciosa escalera de caracol y un pasillo, Rich la acompañó desde el comedor a la sala de donde procedía la música y en la que un crepitante fuego iluminaba unos rostros que le resultaron familiares. Inez sonrió abiertamente y lo presentó.

—Escuchadme todos. Quisiera presentaros a Richard Devon.

Un repentino silencio que, por alguna razón, le incomodó, siguió a estas palabras. Sintió como se centraban en él miradas curiosas, cuando no penetrantes. Rich saludó a los invitados uno por uno, acompañado de Inez. Tan sólo podía recordar algunos de los nombres que había oído: Jim Seaclare, Andrew Tyding, Rose Benidorm. Pero su nerviosismo fue anestesiado por la mediocridad de aquellos personajes: algunos de ellos, estaba seguro, habían participado en el exorcismo llevado a cabo en el ala siniestrada del hotel. La edad de los amigos de Inez Cordway oscilaba entre los cuarenta y sesenta años. Ninguno era especialmente delgado ni obeso, guapo ni feo. Los hombres tenían el cabello grisáceo; las mujeres, la barbilla hinchada. Todos bebían, y algunos de los invitados presentaban un color encendido en la cara. Rich fue recibido con toda corrección para, después, ser largamente olvidado.

Una doncella tocada con un gorro almidonado y vestida con un uniforme blanco y negro con muchos adornos le ofreció una copa de vino tinto. Inez le había dejado un momento para conversar con una pareja. El vino era seco y áspero, nada afrutado, y tenía un sabor desagradable. En la pared situada frente a él sonó un carillón: ya eran las siete. Experimentó una sensación punzante, de cierto desarreglo ante el desvanecimiento del día. Miró a las llamas del hogar, capaces ahora de conjurar los escalofríos que le habían sacudido, y sintió que el calor de la casa empezaba a filtrarse en sus huesos. El resplandor de dos docenas de cirios dispuestos por toda la estancia resultaba relajante para sus ojos escocidos.

Tomó más vino y le agradó sentir una disminución de la tensión que había acarreado durante todo el día. Sobre la repisa de mármol de la chimenea había un retrato en un marco de oro. Un hombre, de cuerpo entero, y una mujer sentada a su lado. El parecido familiar era evidente, pero cuando Inez se le acercó con los pies descalzos y le cogió del antebrazo anunció:

—Son mis padres.

—Creía que ahora esta casa pertenecía a otra familia.

Una mueca de disgusto arrugó la cicatriz y le dio una fugaz sensación de vejez, aliviada por la tersa suavidad de la piel del resto de la cara.

—No vienen nunca en invierno. Cuando llegué, modifiqué un poco la distribución del mobiliario, para que la casa fuese como yo la recordaba. —Ella le miró y su mano le presionó el brazo. La cadera de la mujer rozó la de Rich, y éste experimentó una agradable carga de sexualidad—. ¿Te gusta la casa de mi padre?

—Sí.

—Ya acabaré de mostrártela más tarde. ¿Te sientes más a gusto conmigo, Richard?

—Sí —respondió él, pero no pudo devolverle la sonrisa.

—No te hiciste daño anoche, ¿verdad? No debiste conducir en las condiciones en que estabas.

—Usted..., usted entró en el bar, y...

—Te pillé por sorpresa. Supongo que fui demasiado abrupta. Es uno de mis defectos. Pero habías empezado a incomodarme mucho. Al fin y al cabo, a los dos nos preocupa el bienestar de Polly. Ahora que estoy empezando a conocerte mejor, Richard, me doy cuenta de que te había juzgado mal. Podrías resultar útil. Quiero que te quedes aquí esta noche.

Había vuelto a pillar a Rich por sorpresa; pero antes de que él pudiera decir nada, Inez le había dejado para charlar con otro grupo, irrumpiendo en su conversación con un gesto y un comentario que provocaron risas.

Rich se encogió de hombros, miró el centímetro escaso de vino que quedaba en su copa y lo apuró de un trago. El fuego le abrasaba. Su mente, en cambio, permanecía templada. Se sentía algo cansado. Las siete y media. Karyn volvería a enfurecerse con él.

Miró a su alrededor con una expresión de culpabilidad, preguntándose si habría teléfono. Le pareció una buena idea llamarla para decirle dónde estaba, pero no vio ningún teléfono en el salón.

La doncella, que llevaba una bandeja con refrescos, pasó al lado de Rich. Él la siguió.

—¿El teléfono? Sí, ahora le acompañaré. ¿Quiere otra copa de vino?

—Gracias.

Rich se sirvió. La doncella cogió un candelabro y le mostró el camino. Rich la siguió a través del vestíbulo, embaldosado con mármol, y de una sala tenuemente iluminada hasta una habitación situada en el extremo opuesto de la casa, donde se hallaba el teléfono. Cuando Rich levantó el auricular, no recibió señal alguna, sino un extraño zumbido.

Pensó que tal vez las líneas estaban saturadas. Colgó y volvió a intentarlo, con idéntico resultado. Desconcertado, sostuvo el auricular pegado al oído, sorbiendo el vino con ayuda de la otra mano.

—¿Richard?

La voz, inesperadamente alta, le sobresaltó. Pensó que se trataba de alguien que hablaba por un supletorio desde algún lugar de la casa.

—Sí..., ¿quién es?

No hubo respuesta. Aguardó unos segundos, durante los cuales sólo escuchó la tenue resonancia de una línea telefónica inoperante.

—¿Hay alguien ahí?

—Soy Windross.

—¡Windross! ¿Dónde está?

Oyó la familiar respiración jadeante, y una especie de sollozo ahogado en la garganta del hombre.

—¡Por el amor de Dios..., por lo que más quieras..., sal de aquí! ¡Márchate en seguida! Antes de que...

—Richard —dijo tranquilamente Inez Cordway desde el umbral de la puerta—.

¿Qué ocurre?

Con el auricular del teléfono medio bajado, Rich volvió su rostro turbado hacia ella.

Después de cenar, como de costumbre, Avery Myatt se quedó dormido en su sillón favorito, delante del televisor, viendo *Disensiones familiares*. Su hija soltera, Min, terminó de fregar los platos en la cocina y fue cojeando, arrastrando sus ciento diez kilos de peso y con una arrugada bolsa de comida para gatos en la mano, hasta la puerta trasera. Allí, el viento desplazaba el cuenco del gato, que emitía un ruido metálico. El parte meteorológico facilitado por el avance informativo local de las seis de la tarde había predicho quince centímetros de nieve antes de la mañana del día siguiente.

—Ven aquí, *Figgy*. ¡*Figgy*, ven a comer!

El viejo gato doméstico acudió, arrastrando una pata rígida y artrítica, a despachar su cena. Min racionó severamente la comida, resuelta a sacar otras tres raciones de la bolsa casi vacía. El precio de la comida para gatos, como todo lo demás en aquellos días, estaba por las nubes.

Le sorprendió oír a su padre yendo y viniendo por el salón; oyó como se aclaraba la garganta, pasaba las páginas del periódico, cambiaba los canales del televisor una vez que *Disensiones familiares* hubo terminado, justo cuando la familia Delano, de Ukiah (California), se disponía a presentar un pliego de acusaciones contra sus oponentes gracias a la agudeza de su nuera, que sería mucho más bonita si se quitara esas ridículas gafas de arlequín. Los demás miembros de la familia Delano se caracterizaban por una estupidez fuera de lo común. Min se sentó a la mesa de la cocina y desde allí observó a su padre. Por lo general, dormitaba hasta alrededor de las diez, comía algo, veía las últimas noticias y se iba a acostar.

—No era eso lo que estaba viendo —le amonestó ella desde la cocina.

—No sabía que estuvieras viéndolo, Min. Debes de tener ojos en la nuca.

—Bueno, pero lo escuchaba mientras lavaba los platos. ¿Quieres unas galletas?

Supuso que debía de ser su estómago lo que le había despertado tan pronto. Para la cena, había previsto prepararle uno de sus menús favoritos: morro de cerdo frito, puré de patatas con salsa, galletas y pastel de chocolate. Pues cuando intentaba hacerle comidas más ligeras, se ponía de mal humor y se metía con ella y le criticaba sus hábitos alimenticios cuando todo el mundo sabía que era un problema de glándulas lo que la aquejaba.

Myatt fue a la cocina. Tenía un ojo medio cerrado como los ogros de los cuentos infantiles, barba incipiente y un ruidoso catarro que traspasaba las paredes y, en ocasiones, proporcionaba noches en vela a su hija. Abrió la puerta trasera y lanzó un espeso salivazo a la nieve. El gato arqueó el lomo al notar la entrada de aire frío, y meneó el rabo para mostrar su desagrado.

—¿Qué te ocurre, papá?

—No creo que me ocurra nada.

—Pues nunca te levantas así después de la merienda.

Myatt se llevó un mondadientes a la boca y permaneció parado delante de los viejos abrigos de invierno colgados de las perchas emplazadas frente a la puerta trasera.

—He estado pensando que sería una buena idea ir a casa de los Gannaway.

—¿Para qué?

—Hace tres o cuatro días que no voy. Debo asegurarme de que todo está en orden.

—No te pagan lo suficiente para que tengas que salir en una noche como la de hoy.

—Me pagan cien dólares al mes. Eso es como encontrar el dinero tirado en medio de la calle.

—Eso supone unos treinta centavos la hora, si calculas el tiempo que pasas allí. Te preocupas por su casa y te olvidas de la tuya.

Myatt cogió su chaqueta de lana, de cuyos bolsillos extrajo sus guantes de piel.

—¿Qué es lo que he olvidado de esta casa?

—Si todavía no lo sabes, no pienso decírtelo. Pero sí lo sabes.

—El tejado ya está reparado. Instalé la tubería nueva de cobre a finales de octubre. ¿Por qué me obligas a jugar al juego de las adivinanzas contigo, Min?

—Sólo tienes que echar un vistazo a mi cuarto de baño para darte cuenta de las condiciones en que se encuentra el linóleo.

—Oh.

—Sí, oh. No es la primera vez que te lo menciono, pero confío en que será la última.

—¿Qué mosca te ha picado?

—En primer lugar, podríamos cambiar el bidé. Pero me temo que nunca tendremos suficiente dinero.

Myatt se calzó los chanclos y salió hacia el garaje. Recorrió en su Isuzu, equipado con gruesos neumáticos para nieve y faros halógenos de cuarzo, los dos kilómetros hacia el sur que le separaban de la carretera de Cutler. Ni siquiera a bordo de su bien equipado camión se fiaba lo más mínimo de la nevada que estaba cayendo, de modo que circuló con cautela. No encontró ningún otro vehículo en el trayecto, y se preguntó cuál podía ser la causa del impulso nervioso que le había hecho salir de casa a esas horas cuando lo más prudente hubiese sido dejarlo para la mañana siguiente. La residencia de los Courdewaye estaba tan bien construida que, en opinión de Myatt, era indestructible: ni una excavadora bastaría para derribar sus muros. Había sobrevivido a embates mucho peores que el de esa insignificante ventisca, y seguiría resistiendo mientras sus propietarios continuaran depositando su confianza en él. Mantenía el termostato a dieciocho grados centígrados en invierno, temperatura suficiente para proteger el mobiliario y la instalación sanitaria. Podían permitirse el coste, a pesar del elevado precio del gas.

Pero a veces, cuando uno menos lo esperaba, se estropeaban las cosas. Repasó mentalmente la lista: las puertas, los batientes, la bomba del agua, los calentadores...

Avery Myatt quedó desconcertado al ver, conforme se acercaba al camino de acceso a la finca, que la puerta estaba abierta y atascada en la nieve. Había un sólido pestillo, y recordaba haberlo echado en su última visita. Tal vez había sido obra de los niños. El vandalismo era un problema que le preocupaba de manera muy especial. Liberar la puerta y cerrarla suponía demasiado trabajo para ocuparse esa noche. Lo dejaría para el día siguiente. Le pagaría al hijo mediano de Lars Tucker tres dólares para que le echara una mano y le evitara el esfuerzo de retirar la nieve con una pala.

Pese a utilizar neumáticos para nieve, el camino estaba casi intransitable; tendría que limpiarlo de nuevo. El Isuzu de Myatt subió lentamente por la arbolada colina, y los potentes faros iluminaron el oscuro edificio: primero el tejado y las altas chimeneas, luego la tercera planta, y cuando el camión empezó a descender desde una curva, las luces alumbraron la entrada principal, enmarcada por la hiedra. Observó que las ventanas de la planta baja aparecían intactas, con los batientes cerrados. Todo estaba en su sitio, a las ocho y cinco de la noche.

Sin embargo...

Aparcó frente a la puerta principal, se soltó el cinturón de seguridad y descendió de la cabina del camión. Sólo le separaban unos pasos de la puerta; pero el viento soplaba con una fuerza y velocidad pasmosas. Arrastrado como una pluma, se golpeó contra el parachoques del camión. Respirando con dificultad, se volvió de espaldas al implacable viento. Se encorvó sobre el parachoques para evitar ser arrastrado de nuevo. No recordaba haber visto un viento igual en toda su vida, y ya había sobrevivido a setenta y dos inviernos en Vermont.

Un pánico repentino e irracional afloró en su pecho; sentía que el corazón se hinchaba y deshinchaba como el cuello de una rana al croar. «De ésta no salgo», pensó. La nieve caía y le llenaba las orejas, la nariz, la boca (¿tal vez se desprendía del tejado?), asfixiándole.

Amparado por la puerta lateral del camión, y temiendo por su vida, se aferró al soporte del espejo retrovisor exterior. La ventisca que se había desatado a su llegada persistía constante. Volvió la cabeza hacia la casa. Por encima del clamor del viento había oído algo más.

Música.

Por un instante, a través de las ráfagas horizontales de nieve, vislumbró luz en las ventanas, las siluetas de hombres y mujeres en el interior del salón, un fuego en el hogar, los rostros serenos y vagamente aristocráticos de los Courdewaye sobre la repisa de la chimenea; unos rostros que él no había visto en los últimos cuarenta años.

Luego, todo quedó emborronado por la nieve que seguía cayendo. Entonces, la puerta principal se abrió en medio de la oscuridad. Myatt vio unos ojos suspendidos a más de un metro del suelo, unos ojos rojos y brillantes, con una separación de un palmo en una cabeza en forma de cuña. Los ojos emitían el resplandor suficiente para

iluminar un hocico peludo y unos colmillos largos y curvos. La bestia resultaba demasiado grande para ser un perro, aunque no alcanzaba las dimensiones de un oso. Tampoco sus características físicas se correspondían con ninguno de los dos animales: unos cuartos traseros pequeños y poderosos, como los de un gorila, y una masa enmarañada de pelo sobre el cuerpo. Myatt podía olerla a través del encrespado viento, y supo, horrorizado, que también la bestia le había olido a él.

Myatt trató de llegar a la portezuela del camión mientras la tempestad amenazaba con apartarlo del vehículo y arrastrarlo, rodando, directamente a las fauces de la bestia, que esperaba junto al porche. La música seguía sonando. Sabía que su corazón no podría soportar aquella situación mucho tiempo. De hecho, ya imaginaba su corazón frágil como una cáscara de huevo, y sometido a aquella presión; la crisis parecía inevitable. Pero era preferible tener un infarto a caer en las fauces de la criatura que había salido a la nieve con una actitud, más que curiosa, amenazadora.

Myatt se encaramó a la cabina del camión, cerró la portezuela, dio el contacto y accionó la palanca del cambio nada más oír el rugido del motor. Las ruedas giraron, y el vehículo se estremeció y patinó. Desesperado, encendió los faros, pero no pudo ver nada excepto la nieve que caía alrededor del camión.

Myatt trató de conducir a ciegas, aunque procuraba eludir los sitios donde la nieve parecía más profunda. Sabía que si se quedaba atascado, permanecería allí hasta que el combustible se acabara y él muriera por congelación. No debía abrir la puerta, no debía salir del camión para intentar ganar la carretera a pie. La bestia saturaba su mente y le eclipsaba la razón. Su feroz aspecto, vislumbrado en la violenta pureza de la tempestad, era capaz de paralizar los sentidos.

Milagrosamente, una vez la loma y la puerta abierta rebasadas, y ya de camino a casa, lo peor de la ventisca quedó atrás. Al mirar por el retrovisor, no vio más que el resplandor rojo de las luces de posición.

Los rostros. La música. La bestia. Sintió que sus mejillas ardían y el sudor goteaba bajo la gorra con orejeras que llevaba puesta. Pensó cautelosamente que su corazón acababa de resistir una dura prueba, y que había cometido una imprudencia saliendo de casa en una noche como ésta ni siquiera haber empezado a digerir una copiosa merienda. Ahora el estómago le dolía considerablemente, y estaba seguro de que la indigestión le había afectado los nervios e incluso la mente. El súbito empeoramiento de la tormenta le había asustado, provocándole toda clase de alucinaciones y espejismos. Los rigores extremos del clima entrañaban estos riesgos.

Ya volvería para investigar a la luz del día, pero no encontraría nada. No había ninguna necesidad de acudir a las autoridades: lo tomarían por loco. La música persistía en la mente de Avery Myatt, pero se desvanecía. Se desvanecía de forma gradual a medida que su fatigado corazón iba recobrando su ritmo normal.

—La cena está servida.

Rich acababa de servirse otra copa de vino. Su quinta o sexta copa, ya había perdido la cuenta. Le parecía extraño que no hubiese apreciado antes el sabor de aquel vino. Ahora, ya no podía dejar de beber: era el clarete más delicioso y aromático que había probado nunca, aunque Inez reivindicaba que ni la marca ni el precio tenían nada de particular. En realidad, no tenía nada que ver con los conspicuos caldos franceses que el insoportable y pedante padre de Karyn le había servido con ocasión de sus raras visitas a la finca que aquél poseía en Rye. Por lo general, cualquier cantidad de vino que tomara Rich le producía jaqueca, pesadez, un vago escozor en los ojos debido al flujo de sangre en las sienes y una ligera sensación de melancolía. Sin embargo, ese clarete le estaba provocando el efecto contrario. Se sentía sobrio, despierto, lleno de energía pero en modo alguno inquieto, aunque sí un poco impaciente por llegar hasta el fondo del asunto que lo había llevado hasta allí. Se estaba controlando, seguro de su capacidad —con Inez guiándole hábilmente— para liberar a Polly de su pesada carga, mayor de la que cualquier niño podía soportar a esa edad.

Pero Polly estaba durmiendo, y todavía no había llegado el momento oportuno. Ahora se prestaba relajarse con sus nuevos amigos, el grupo de gente más agradable que había conocido en mucho tiempo. Rich no era un muchacho tímido, y durante la última hora había sabido congeniar con los demás invitados, superando así las reservas experimentadas en un primer momento. A sus contertulios les encantaban las anécdotas que contaba de su niñez en el sur de Boston, de la vida en el seno de una estricta familia católica, así como sus divertidas peripecias en el colegio de los Padres Paulistas de St. Malachy, quienes jamás habían sospechado que lograría acceder a la universidad de Yale.

Incluso Windross demostró no ser tan mala persona como Rich creía, después de bajar a buscar una copa de vino y disculparse por su infantil comportamiento tratando de gastarle una broma por teléfono. Rich se convenció de la devoción de Windross por Polly. En el fondo, era un buen padre. Al cabo de unos minutos se excusó para regresar a una habitación del piso de arriba y seguir velando el sueño de la niña.

Rich estrechó solemnemente la mano del propietario y le prometió que antes de que terminara esa noche comprobaría personalmente que Polly estaba bien. Aquellas palabras hicieron aflorar algunas lágrimas a los ojos del hombre, rebotante de gratitud.

—No sé cómo nos las habríamos arreglado sin ti.

—No tiene importancia —dijo Rich.

Desde que le había acompañado de vuelta al salón, Inez no se apartaba de él, que había logrado acostumbrarse, hasta el punto de la dependencia, a la agri dulce

fragancia de su perfume, a la proximidad de su cuerpo firme y a la calidez de su aliento cuando le susurraba amigablemente al oído. Al mirar a Inez, la imaginaba desnuda en la cama esperándole, pero, por supuesto, esa situación todavía debería aguardar un rato, a pesar de que él ya estaba excitado, como lo evidenciaba el bulto marcado en su pantalón. Buscó una excusa que justificara el hecho de desear a Inez. Era una justa venganza contra Karyn, que se estaba convirtiendo —sin que a él le sorprendiera demasiado— en una furcia ávida de follar con Trux Landall o cualquier otro semental que pudiera demostrarle un cierto interés. A ella no le gustaría saber que todas las mujeres que había en aquel salón lo codiciaban: así se lo indicaban sus fijas y deliberadas miradas a la parte de su cuerpo que le revelaba como un hombre fuerte e infinitamente poderoso.

Pero Rich pertenecía, en cuerpo y alma, a Inez. Su cuerpo le parecía excepcional, pero la cicatriz resultaba lo más excitante del conjunto. Él había ideado un par de artimañas para tocarla, suscitando un destello en los ojos de ella y haciendo que la afilada punta de su lengua se acariciara el labio inferior, voluptuosamente rojo. Se sentía halagado por sus atenciones y risas insinuantes, provocado por la perspectiva de que Inez se supiera superior a él en materia sexual. Ella era mayor y tenía más experiencia que él; sin embargo, Rich estaba convencido de que antes del final de la noche, él le habría enseñado un par de trucos que le harían gimotear tendida a sus pies, sumisa bajo el altar de su insaciable miembro viril.

—La cena está servida.

Rich cayó en la cuenta de que tenía hambre: habría devorado con glotonería cualquier animal crudo, habría deglutido sangre caliente en lugar del estimulante vino que tanto había agudizado sus sentidos. Inez lo agarró graciosamente del brazo, rozándole la cadera con la punta de los dedos. El sensual ensanchamiento de las aletas de su nariz garantizaba a Rich que ella era consciente de todos sus apetitos, y los compartía.

Inez lo sentó a un extremo de la larga mesa del comedor, frente a ella. Tres criadas y el mayordomo desfilaron, llenando la mesa de carnes y aves selectas: un mofletudo cochinillo, un faisán con las plumas intactas y humeantes, venado adobado con cebolla y salsa fuerte. Mientras cenaban y bebían vino, Inez sonrió a menudo a Rich a través de los candelabros que decoraban el centro de la mesa. No existía ninguna otra fuente de luz; la estancia estaba invadida por las vastas sombras de los comensales.

La conversación mejoró, si cabe. Inez tomó la palabra. Era una fuente de anécdotas traviesas y divertidas. Rich enrojeció y respiró con dificultad cuando ella describió, con exquisito detalle, la disciplina que había impuesto a sus hijos. Arnold contaba diez años de edad cuando murió, y Mary, ocho. Los vestía, de la cabeza a los pies, con ropa vieja de lana y les obligaba a permanecer durante horas expuestos al infernal sol mexicano hasta que sufrían un colapso por insolación, bañados en su propio sudor. Luego, para combatir los efectos de la deshidratación, los duchaba con

una manguera hasta que, desnudos y abrazados uno a otro en la bañera, la orina les llegaba a la altura de los tobillos.

—¡Cuenta lo de los escorpiones! —propuso Rose Benidorm, con el pellejo de su barbilla oscilando de entusiasmo.

Inez miró con expresión maliciosa a sus compañeros de mesa, suscitando deliberadamente su expectación.

—Bueno, a los niños les asustaban mucho los escorpiones —empezó.

Rich se rió, presa de una especie de éxtasis.

—Dejábamos dos o tres escorpiones grandes y negros en hielo hasta que quedaban inmóviles, como muertos. Luego, los niños se sentaban en sus sillitas, y yo me sentaba entre los dos, poníamos música y jugábamos...

—¡A la patata caliente!

Todos observaron a Rich con mirada afectuosa por unos instantes, y seguidamente volvieron a concentrar su atención en Inez.

—A veces transcurrían tres o cuatro minutos, durante los cuales el escorpión pasaba de una mano caliente a la siguiente, antes de que el bicho se reanimara lo bastante para picar.

Inez hizo una pausa y mostró las palmas de sus manos a sus invitados.

—Jugaba muy limpio con los niños. A veces el escorpión incluso me picaba a mí.

—¿Por qué mataste a Arnold y Mary? —preguntó Rich una vez que se hubieron desvanecido las risas.

—Bueno, querido —dijo Inez, despachando un trozo de piel de cochinillo y limpiándose los labios con una servilleta blanca—, Mary no estaba bien de la cabeza, y el pobre Arnold... vivía aquejado de una tisis tan terrible que deseaba ardientemente el fin de su atormentada existencia.

—¿Lo hiciste con gasolina?

—Sí, Richard —respondió Inez, como si estuviera algo cansada de hablar sobre sus hijos—. La gasolina es el combustible que genera el fuego más caliente. —Inez miró a los demás invitados—. ¿Habéis cenado bien?

En un momento, el comedor se llenó de gruñidos de satisfacción y cumplidos a la anfitriona.

—¡Caramba! Me estoy divirtiendo mucho —dijo Rich.

Inez le dirigió una mirada indulgente.

—¿Más vino?

—No, gracias. Soy incapaz de beber más.

—Bueno, espero que sabrás comprender que el resto de la velada no será sólo juegos y diversión. Tenemos un asunto muy importante de que ocuparnos.

—Lo sé.

—¿Cómo te sientes, Richard?

—Estoy preparado.

—¿Lo estás? ¿De veras?

—Sí.

Inez se recostó en su asiento con un suspiro, cogió una campanita de cristal y llamó a las criadas, quienes quitaron la mesa. Una vez retirados los restos de la abundante cena, todos oyeron a Windross cantando con voz jadeante y ronca *La feria de Scarborough*, cuyas estrofas eran interrumpidas por unas excitadas risas infantiles. Windross entró en el comedor, prácticamente sin aliento, cargando a Polly sobre sus hombros.

—¡Aquí está! —anunció Inez con un grito de entusiasmo.

Windross acercó a su hija a la mesa y se agachó con dificultad. Los delgados brazos de Polly se aferraban a su cuello. La niña se inclinó hacia Inez y le dio un beso en la mejilla.

—¿Has dormido bien?

—Sí, Inez.

—Ahora baja de ahí y ven a sentarte conmigo.

Windross soltó a su hija e Inez la tomó en brazos para acomodarla en su regazo. El propietario tenía el rostro rojo y sudoroso. Miró a Rich y le dedicó una lastimera sonrisa. Rich estaba muy rígido en su silla, estremeciéndose de placer y entusiasmo al ver por fin a Polly. La niña llevaba un vestido blanco con chorrera abotonado hasta el cuello, calcetines largos blancos y zapatos de piel del mismo color. Sus cabellos, peinados con raya a la izquierda, reflejaban el amarillo pálido de las velas encendidas. El tono de su piel era casi exangüe; pero había sendas manchas oscuras bajo los ojos.

Inez susurró algo inaudible al oído de la niña, y Polly escuchó con atención. Inez dirigió sus ojos oscuros hacia Rich, y Polly le miró también.

—¿Conoces a ese muchacho sentado al otro extremo de la mesa? Esta noche te has vestido especialmente para él, ¿verdad?

Polly asintió, sonriendo con timidez.

—Sí. Hola, Rich.

—Hola, Polly. ¿Cómo estás?

Dos hoyuelos aparecieron en las mejillas de Polly, quien pareció ruborizarse. Volvió la cabeza hacia Inez, en busca de ayuda.

—Bien, vamos, díselo —la animó Inez, haciéndola saltar sobre sus rodillas.

Polly volvió a mirar a Rich, al tiempo que fruncía las comisuras de los labios.

—Dicen que estoy... llena de demonios.

Grandes carcajadas saludaron la ocurrencia de la niña. Jim Seaclare bramaba tan fuerte que consiguió apagar dos cirios que había delante de él, oscureciendo la estancia un poco más. Una sonriente criada miraba a hurtadillas desde la puerta de batiente del *office*.

Rich celebró la broma más que nadie. Señaló a Windross con un dedo acusador y le dijo:

—¡Usted les ha dado alojamiento en su hotel!

Windross se encogió de hombros e hizo un gesto de inocencia. Ahora sudaba copiosamente, y se enjugaba la empapada frente con la manga de la camisa.

Cuando todos se hubieron tranquilizado lo suficiente para prestarle atención, Inez levantó una mano autoritaria. En silencio, los invitados retiraron sus sillas, se incorporaron y se situaron junto a las paredes, lo más lejos posible de la mesa. Sus rostros quedaron sumidos en las sombras.

Rich permaneció sentado.

—¿Ahora? —preguntó Polly insegura, casi en un susurro, a Inez.

—Es Rich quien debe decidirlo.

Rich asintió con expresión resuelta, aunque un poco tenso ante el comienzo de la prueba.

—Richard, ¿tienes el coraje suficiente para aceptar tu obligación de liberar a Polly de la carga terrenal que ha soportado con tanta dignidad?

—Sí, lo tengo.

—Polly...

—Inez —musitó la niña lloriqueando, y escondió el rostro en el pecho de Inez—, tengo miedo.

—Todo saldrá bien, Polly —dijo Rich.

Su voz sonó inopinadamente fuerte y segura a sus oídos, en medio del absoluto silencio en el comedor.

Inez señaló el aparador con un gesto, y el mayordomo sirvió vino tinto en una copa de plata, que dejó sobre la mesa.

Nada más ver la copa, Polly hizo una mueca.

—No me gusta su sabor.

—Es un vino especial. Te irá bien para calmar los nervios, querida.

—De acuerdo.

Polly se volvió en el regazo de Inez y tomó la copa. Por dos veces tragó saliva antes de beber, con un ligero estremecimiento, y engulló el contenido. El vino dejó una mancha color ciruela en forma de cimitarra en su labio inferior, una réplica invertida de la cicatriz que adornaba la mejilla de Inez Cordway.

Los ojos de Polly, a través de la danza de la trémula luz de las velas, encontraron los de Rich.

En ese mismo momento, Inez se levantó lentamente de la silla y dejó a Polly sentada frente a Rich.

Polly depositó la pesada copa en el borde de la mesa, delante de ella.

—Te quiero, Rich —dijo, con los ojos entornados.

Él inspiró con fuerza antes de responder:

—Yo también te quiero, Polly.

—¿Te gusta mi vestido blanco? —preguntó la niña, mientras las lágrimas empezaban a asomar en sus ojos.

—Estás preciosa, Polly.

La niña cogió la copa y la vació sobre sí. Algunas gotas de vino se derramaron sobre su corpiño, manchándolo. Volvió a dejar la copa sobre la mesa y le dio un pequeño golpe con el dedo. La copa se tambaleó, pero conservó su estabilidad.

Las manchas de vino se expandieron sobre el vestido blanco.

Los que observaban la escena, ocultos entre las sombras, apenas pudieron reprimir un orgiástico suspiro. El corazón de Rich se encogió. Se incorporó lentamente de su silla, con la mirada fija en aquel vestido cuyo color pasaba con rapidez del blanco al negro azabache. Le asaltó un temblor y se sintió muy debilitado. Tuvo que aferrarse al borde de la mesa para no caer.

Los ojos azules de Polly habían palidecido como si fuesen de hielo. La niña miraba a un punto situado por encima de la cabeza de Rich, y en las profundidades de aquellas dos simas de hielo sin fondo se insinuaba un enigmático resplandor rojo.

Las sombras que los rodeaban se intensificaban también a medida que la negrura iba extendiéndose sobre el vestido. Una vela se apagó y desprendió una espesa bocanada de humo; otra la siguió. El vestido y los cabellos de Polly se agitaban como por efecto de un viento huracanado. La atmósfera del comedor, en cambio, era cada vez más fétida y bochornosa por la unión combinada del aliento de los presentes.

Los labios de Polly se separaron, para dejar al descubierto unos dientes graciosamente irregulares. La niña temblaba; la carga de los presentes se estaba acumulando en la mesa. Polly empezó a proferir gritos en lenguas extrañas; pronunciaba palabras distintas, aunque desconocidas, que conformaban un discurso ininteligible y confuso. Las comisuras de sus labios empezaron a chorrear sangre.

Rich gruñó, incapaz de apartar la mirada. El cuerpo de la niña inició una serie de contorsiones, como si fuese una bailarina excéntrica con los pies clavados en el suelo. Ahora, su vestido era completamente negro. Los movimientos espasmódicos de sus rubios cabellos se sucedían a un ritmo frenético. Sus ojos despedían un resplandor rubí; pero no tenían pupilas.

—Es el momento, Richard —le recordó Inez desde las sombras.

Rich se había quedado sin habla en aquellos críticos instantes, incapaz de moverse o respirar siquiera mientras contemplaba, atormentado, a la transformada Polly.

Polly, cuyo rostro aparecía iluminado por el encendido resplandor de sus ojos, empezó a arder sin llama: el humo emanaba de sus manos gesticulantes y de toda su piel expuesta al aire, que había enrojecido intensamente e incluso había empezado a chamuscarse. La niña seguía gritando, ahora con un tono tan agudo que los oídos de Rich apenas podían percibirlo.

—¡No!

Su garganta estaba tan agarrotada por el horror que el grito apenas resultó audible para los demás.

Inez compareció a su lado, y le oprimió el brazo.

—Date prisa. Él está preparado. Acéptale y libera a Polly.

—¿Quién es «él»?

—Ya lo sabes, Richard —dijo Inez, algo impaciente pero todavía capaz de sonreír.

Rich volvió la cabeza despacio y vislumbró su propia imagen en la brillante superficie de los ojos negros y reconfortantes de la mujer. Asintió.

—Pero...

Inez lo interrumpió con una risita ahogada. La cicatriz parecía retorcerse con lentitud en su mejilla.

—Es muy simple. Piensa, Richard. Abraza a Polly con todo tu amor. Llámala, y ella vendrá a tu encuentro.

—¿Qué... ocurrirá... después?

—Después, la unión se habrá consumado. Oh, Richard. Ya sé que te he hecho beber mucho. Te prometo el momento supremo de tu vida: el éxtasis. ¿Qué es lo que has temido siempre? ¿Qué es lo que más te preocupa en la vida? El riesgo de pasar inadvertido, de ser tan sólo un rostro más entre millones de ellos. Bien, Richard. Ahora ha llegado el momento que has estado esperando toda tu vida. Serás único entre los hombres. ¿Y qué debes hacer para alcanzar la unicidad? Abrázate a Polly. Abrázale a Él.

—No sé... si yo...

La circulación sanguínea de su brazo se había detenido bajo la presión de la mano femenina. El entumecimiento se extendía por todo su cuerpo como el negro de la noche se había extendido sobre el casto vestido de Polly.

—Por supuesto que puedes hacerlo —dijo Inez en un intento de animarlo. Su aliento resultaba excitante, aunque rancio y ligeramente nauseabundo—. No tienes más que llamarla. Hazlo ahora. Ella está angustiada, y todos hemos tenido una velada muy agitada.

Prisionero de la poderosa mano de Inez, a Rich no le quedó más elección que volverse para mirar a la sufriente Polly.

—Yo... te... quiero..., Polly —susurró Inez.

—Yo te quiero, Polly —repitió Rich.

La náusea se intensificaba.

—Ven a mí, y estaremos juntos para siempre.

Rich repitió sus mismas palabras. Polly, ajena a todo, se debatía y gritaba de una manera terrible.

—Más fuerte —le urgió Inez.

—Ven a mí, y...

—¡Más fuerte!

—¡VEN A MÍ, Y... Y ESTAREMOS JUNTOS... PARA SIEMPRE!

—¡Eso es! —exclamó Inez, complacida. Le soltó y retrocedió unos pasos, desapareciendo de su campo visual.

Al otro extremo de la mesa el vestido negro salió volando, humeante, sobre la

cabeza de Polly, y la niña fue izada por la fuerza del mismo, impulsada por una oleada de energía que la transportó sobre la mesa. El vestido se hizo jirones, convertido en unos estandartes ondeantes que, a los ojos de Rich, parecían alas que se moviesen con languidez en un aire húmedo mientras chisporroteaban en una especie de fuego de Santelmo. La crepitación provocada por la electricidad descargada viajaba por todo el comedor e iluminaba los lívidos rostros sobre las paredes del fondo.

Entonces otra cara apareció allí donde Polly había estado; los jirones seguían aleteando en el aire, y se manifestó una extraña criatura con características de pájaro, de murciélago y de algún ser remoto llegado de los albores de la Tierra dando bandazos sobre un cielo oscuro a la luz de volcanes en erupción. La criatura tenía unos ojos siniestros y rojos como la carne fresca, centenares de dientes afilados en un morro que recordaba a un cocodrilo y un pecho peludo, pero prominente como el de una mujer. Estiró el cuello para mirar a Rich y se debatió en el aire con sus dos alas terminadas en punta.

—Lo sé —dijo Inez. Su voz sonó nítida y fuerte en su mente mientras el monstruo seguía dilatándose para conformarse de un modo espantoso—. Esta es la parte más dura; pero habrá terminado dentro de unos segundos.

Rich gritaba sin poder reprimirse, y sólo se interrumpía para vomitar.

Y cuando se sentía más desamparado, con el estómago revuelto y los intestinos vacíos, la criatura se desvaneció con un gemido semejante al del viento, y todas las velas que seguían encendidas encima de la mesa se apagaron por efecto del violento paso de una presencia alada.

Durante unos instantes, Rich experimentó una intensa sensación de calor y un dolor en el plexo solar como si hubiera recibido una cornada. Y, a continuación, un renovado entumecimiento, una sensación de alejamiento de todo aquello que acababa de aterrorizarlo y oprimirlo. En medio de la oscuridad, un flujo cálido y relajante le transportó... al lecho nupcial.

Era una habitación de marfileña pureza, con cirios por todas partes.

Polly estaba allí. Desnuda entre sábanas de satén, y con un ramo de flores en la mano.

Un ramo de aciano azul, a juego con sus ojos.

Había un toque de maquillaje en su rostro; los pómulos presentaban una sombra artificial de excitación. Tenía el labio inferior atrapado entre los dientes mientras suplicaba el acto sexual, palpitando como su pedio, que subía y bajaba.

Rich se hallaba encorvado sobre ella, de rodillas, con las manos sobre sus hombros. Polly movía las caderas, recostadas en una almohada, sin arte en sus movimientos. Su caja torácica era frágil y luminosa como un farolillo de papel. La húmeda vulva de Polly, pura como la porcelana, tenía un color rosado intenso allí donde encerraba el sexo de él, veteado de venas. Él actuaba grosero y brutal donde ella se mostraba más exquisita. Le asestaba embates vigorosos, y cada suspiro de ella

era como un grito fantasmal.

Cuando tomó plena conciencia de lo que estaba haciendo a la niña, Rich, horrorizado, trató de retirarse. Se trataba de un error..., no era eso lo que él había querido o pretendido. Ella sólo tenía doce años de edad. Pero Polly reaccionó a su vacilación y reticencia con un arrebató de pasión femenina: le rodeó los testículos con una mano y retuvo con la otra el pene dentro de su cuerpo. Sólo tuvo que cogerlo así, evidenciando su deseo, para que él volviera a concentrarse en el acto sexual. Ella saltaba a cada espasmo como si le dispararan con una escopeta, con la espalda arqueada, la cabeza echada hacia atrás y rodeada de las flores desparramadas.

Él recibía en su oreja suspiros, la humedad de la punta de su lengua, besos de dicha que no podía devolver. Eyaculó, avergonzado, dentro de la húmeda oquedad del sexo de la niña. Ella restregó su cuerpo con el brillante flujo de semen, que se mezcló con un poco de saliva que se había escapado de su boca. Fluía como un río de plata entre los montículos de sus pechos hacia el ombligo. Polly se humedeció los pálidos labios, con los párpados cerrados. El pulso en su garganta se hacía cada vez más imperceptible a la vacilante luz de las velas: llamas sin cuerpos, ojos sin almas. Él la contempló fascinado hasta que el pulso remitió del todo. Los músculos de su mano se relajaron, y los dedos resbalaron sobre su cuerpo.

Una última caricia; ella respiró profundamente e, instantes después, pareció dejar de respirar.

Al cabo de un minuto, Rich consiguió soltarse poco a poco. Una leve sonrisa de complacencia se dibujaba en el rostro durmiente de Polly. Desembarazada del peso de él, la niña giró sobre su costado derecho, subió un poco las rodillas y colocó las manos debajo de la mejilla.

Rich la cubrió con una sábana y se incorporó con dificultad. Su sexo seguía rígido como si no hubiera eyaculado. Miró a su alrededor y descubrió, sorprendido, a Inez, que llevaba una bata de tela fina y se apoyaba, bostezando, en una pared de la habitación.

—Creía que no ibas a terminar nunca con ella —le dijo con un tono quejumbroso. Su cuerpo apenas disimulado dejaba al descubierto sus partes íntimas, velludas como la garra de un oso bajo el vientre, y sus nacarados senos—. Ya es muy tarde, Rich. Pero ha dejado de nevar. Será mejor que te vistas.

—¿Qué... haces aquí?

—Esperarte. Es hora de apagar las luces e ir a acostarse. Pero tú no puedes. Todavía no. Ya has recibido tu premio; ahora te quedan varias cosas por hacer.

—¿A qué te refieres?

Inez se encogió levemente de hombros y se frotó con gesto distraído uno de sus senos.

—No tengo el privilegio de saberlo. Todo lo que hagas a partir de ahora será en su servicio, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Rich mecánicamente—. Necesito una ducha.

—Como quieras. Pero no te entretengas mucho.

Cuando salió del cuarto de baño contiguo con una toalla decorosamente enrollada en su cintura, el aspecto de la habitación había cambiado. Inez había apagado todas las velas excepto una, que velaba el sueño de la niña en su cama.

Mientras se vestía, Rich contempló a Polly. Le pareció que no respiraba, aunque era evidente que estaba exhausta. Su pene se había encogido como si hubiese experimentado diez orgasmos en lugar de uno, empalando a la niña, matándola. La cama en que había violado a Polly parecía haber asumido las dimensiones de un ataúd considerablemente espacioso. El cuerpo de la niña, boca arriba, descansaba sobre un lecho de satén. Rich se dirigió con paso lento hacia el ataúd, pero Inez se interpuso en su camino.

—No es momento para despedidas emotivas.

—¿Está...?

—Polly vivirá siempre en tu memoria, Richard.

Tragó saliva, vagamente apenado, y aceptó lo inevitable con un asentimiento. Creyó que iba a echarse a llorar, pero los ojos tan sólo le escocían. Inez le sostenía la gorra marinera, la bufanda y el abrigo. Rich no volvió a mirar el rostro de Polly y siguió a Inez por una escalera hasta el vestíbulo de la residencia de los Courdewaye. A medida que descendían, Inez iba apagando las velas que encontraban en el camino, dejando tras ellos la oscuridad.

Rich abrió la puerta principal y vio una blancura ondulada, una luna naciente y las tenues sombras de los árboles desnudos. El perro lobo echado en el porche, desprendía un espeso vaho. Volvió su majestuosa cabeza hacia Rich, como la debutante corta de vista que trata de identificar el rostro de su siguiente pareja de baile. El perro tenía sendos pliegues de color negro colgando a ambos lados de la boca, y una mirada penetrante.

—Buenas noches, Rich —dijo Inez, danzando con los pies descalzos sobre el frío umbral. Le dio un beso en la mejilla—. Todo ha ido bien, ¿no crees?

—Supongo. ¿Volveremos a vernos?

—Eso nunca se sabe, ¿no te parece?

Susurró unas palabras al oído del perro, que dio media vuelta y entró en la casa. Rich vio cerrarse la puerta, una sonrisa de despedida en el rostro de Inez, la temible cimitarra de la cicatriz en su mejilla y un fugaz fulgor rojo en sus ojos, una especie de efecto mágico. Luego bajó los peldaños, desembarazados de nieve, e inició el trayecto hacia la gasolinera donde había dejado el Porsche varias horas antes.

Karyn estaba furiosa con Rich, y no se molestaba en disimularlo ante los demás. Ya había encubierto su enfado demasiado tiempo, hasta la hora de cenar, evitando hablar del tema con nadie, ni siquiera con Benny y Elise. Por lo general, cuando estaba con sus amigos lograba concienciarse a sí misma para pasar un buen rato sin importar qué atormentaba su mente. Esa noche, pese a la compañía de un alegre y bullicioso grupo en la taberna del Refugio Davos y la presencia de una banda llamada «Sons and Lovers» que tocaba viejos temas de rock, Karyn no podía olvidar sus problemas ni borrar el descontento de sus ojos.

—Ya aparecerá —dijo Elise para animarla.

Karyn miraba hacia Trux Landall. Se encontraba sentado a una mesa vecina, muy cerca de una dentuda rubia cuya cara estaba tan intensamente bronceada por el sol que parecía radiactiva. Karyn se sintió doblemente abandonada. Trux la había visto y la había sonreído, pero sin acercarse a ella a pesar de que Rich no estaba allí. Entonces, ¿qué trataba de demostrar? ¿Eran o no amigos? El pequeño incidente que Trux había tenido con Rich carecía de la más mínima importancia.

—Richard dijo que estaría aquí —comentó Benny con una amargada sonrisa.

Benny se hallaba en uno de sus raros momentos de mal humor porque quería batir su propio récord de resistencia bebiendo.

—¿Dijo? ¿Acaso has visto hoy a Rich, Benny?

Benny asintió.

—A la hora del desayuno.

Volvió a tomar su vaso. Elise le hizo una mueca de advertencia que dejó al descubierto su metalizada dentadura.

—Más vale que sea tu última copa. No se te ocurra pedir otra.

—Elise está siendo muy mala conmigo —se quejó Benny.

—Yo no me acuesto con borrachos.

—¡Callaos los dos! —les urgió Karyn—. Benny. ¿Benny?

—A tus órdenes.

—¿De qué hablasteis Rich y tú esta mañana? Quiero decir, ¿te dio alguna idea...?

—Le ayudé a sacar el coche de un montón de nieve.

—Bien, ¿a qué hora?

—No me acuerdo. A última hora de la mañana.

—¿Te dijo qué iba a hacer durante el resto del día?

—No.

—¿De qué hablasteis?

Benny se encogió de hombros, tratando de hacer memoria.

—De demonios.

—¿Demonios? ¿No eres capaz de contestar en serio? —dijo Elise, y le propinó un

codazo en el estómago.

—Es la verdad. Richard evidenciaba una línea de pensamiento muy trascendental esta mañana.

—¿Qué comentasteis sobre los demonios? —preguntó Karyn.

—Richard dijo que había estado leyendo un libro sobre demonología, un tema acerca del cual tenía serias dudas... Creo que utilizó la palabra «gilipolleces» para describir su reacción al respecto. Pero, al mismo tiempo, algo le preocupaba. Quería saber... mi opinión.

—¿Y cuál es tu opinión? —dijo Elise.

Benny emitió una risita.

—Bueno, todos somos un atajo de pequeños demonios con cuernos, ¿no es cierto?

Elise dirigió a Karyn una mirada de desesperación mientras Benny asentía.

—Benny —insistió Karyn—, Rich debió de comentarte algo sobre adonde iría. ¿Puedes recordarlo?

—Oh..., tan sólo meaba fuera del tiesto, estoy seguro.

—¿Qué quieres decir?

Benny levantó la cabeza y se inclinó hacia Karyn. Se quitó sus empañadas gafas y las limpió con el suéter de Elise. Seguidamente volvió a ponérselas y miró a Karyn con sus dulces ojos azul turquesa.

—Dijo que iba a asistir a un exorcismo. Y yo le pregunté: «¿Matutino o vespertino?».

Benny se echó a reír y palpó la mesa en busca de su vaso, que Elise alejó de su alcance con el dorso de una mano.

—Recuerda lo que te he dicho, cariño.

Benny emitió un suspiro de desaliento.

—Sólo porque... anoche lo eché a perder. ¿No puedes darme otra oportunidad?

—No hace falta que proclames al mundo todos tus problemas, Benjamín.

Uno de los presentes preguntó:

—¿Qué ocurrió anoche, Benny?

Benny apretó los labios y asintió, considerando una respuesta. Se frotó su frente arrugada y estalló en otro acceso de risa.

—Llegué demasiado pronto... —dijo en un susurro.

—Cállate, Benny —le ordenó Elise, furiosa.

—... otra vez —concluyó Benny dócilmente.

—¡A nadie le interesa, Benny!

—Bienvenido al club —dijo alguien.

—Bueno, tú ni siquiera llegas —dijo Benny con expresión maliciosa a Elise, cuyo rostro, vuelto hacia él, evidenciaba una vacuidad mortecina, como los incisivos de un vampiro.

—Déjale tomar otra copa —sugirió una de las chicas a Elise.

Benny se dejó caer en la silla, indefenso, y la conversación se extinguió cuando la banda de rock regresó de un descanso. Karyn consultó su reloj. Eran las doce y cuarto. Tenía necesidad de ir al servicio, pero para hacerlo debía atravesar la pista de baile, que volvía a estar abarrotada de cuerpos en frenético movimiento. Miró a la mesa de Trux y observó que se había girado en su silla para mirarle. Él le sonrió, y esta vez la saludó con la mano. La rubia con quien compartía su mesa estaba en la pista de baile, los cabellos revoloteando alrededor de su bronceado rostro y los senos rebotando hasta casi la altura de la barbilla.

—Disculpadme —dijo Karyn a sus compañeros de mesa, y se puso en pie.

Trux le salió al encuentro a medio recorrido por la pista de baile. Karyn llegó al otro lado jadeante. Trux la guió hacia la puerta con una mano en el codo.

—Hola.

—Hola. Hay ciertos asuntos que no vamos a discutir esta noche.

Karyn le presionó suavemente los labios con dos dedos para insistir en su advertencia.

—De acuerdo. ¿Qué quieres hacer?

—¿Qué se puede hacer en Vermont pasada la medianoche? Pero no quiero hacerlo. ¿Ha parado de nevar?

—Eso creo.

Karyn lo dejó un momento para ir al servicio. Cuando regresó, deslizó una mano en la de él, y juntos atravesaron el vestíbulo.

—Recojamos los abrigo y las botas y salgamos fuera —sugirió Karyn—. El ambiente de la taberna estaba muy cargado de humo. Todavía me escuecen los ojos.

Hicieron un alto en la habitación de un amigo de Trux, donde éste había dejado su abrigo y un pellejo gris lleno de borgoña. Trux destapó la bota, dirigió hábilmente un chorro hacia su boca desde prácticamente la longitud de un brazo y bebió sin dejar caer ni una gota sobre su suéter blanco. A continuación sostuvo el pellejo a tres centímetros escasos de los labios entreabiertos de Karyn.

—Debo aprender —dijo ella, encaprichada por el rojo y grueso chorro de vino y por un sentimiento de primitiva comunión: bebe y sé feliz.

—Es muy fácil. Yo te enseñaré. Vamos afuera.

En las inmediaciones del refugio, caminaron sobre la nieve fresca hacia los telesillas dobles. Trux llevaba la bota cogida por la correa, y rodeaba los hombros de Karyn con el brazo izquierdo. Persistían aún algunos copos de nieve en el aire, pero la tormenta ya había pasado y dejado tras de sí una atmósfera pura y sin viento y una porción de cielo que temblaba con titánica violencia tan lejos que apenas resultaba visible al ojo humano. Karyn volvía a sentirse bien, tan bien como para reírse de cualquier tontería que él pudiera decir. Siempre lo pasaba bien con Trux. ¿Sería una equivocación lo suyo con Rich? Sus extrañas obsesiones y sus desapariciones durante los dos últimos días la tenían en ascuas. Ella no estaba dispuesta a seguir soportando esa clase de tratamiento. Quizá fuese más conveniente dejarle por un tiempo, citarse

con otros hombres, poner tierra de por medio entre ella y Rich hasta estar segura de lo que quería.

Explicó a Trux todas sus inquietudes y convicciones a medias.

—A veces aceptas ligarte a alguien sin que se trate de lo que realmente deseas — concluyó él.

—No es que no quiera a Rich. Sé que lo quiero.

—Eso no implica que sea bueno para ti.

—Rich y yo debemos tener una larga conversación. Ya lo he decidido.

—Bien, si cortas con Rich una temporada, me gustaría que me acompañaras a Cambridge algún fin de semana.

—¡Oye, eso sería estupendo!

—¿Un poco más de vino?

—Claro. Déjame sostener la bota esta vez. Esta chaqueta puede lavarse.

Aunque el vino se derramó en abundancia, la mayor parte del borgoña fue a parar a la boca de Karyn. Se relamió los labios y se limpió la barbilla con el dedo índice, riendo de nuevo. Por primera vez en varias horas respiró feliz.

Siguieron su paseo, tambaleándose ligeramente sobre la nieve en polvo, reclinados el uno sobre el otro, solos. Nadie los observaba, excepto el conductor del Porsche que acababa de llegar al Refugio Davos y estaba haciendo su entrada en la zona de estacionamiento este.

A los ojos del Poseedor, el mundo al que acababa de regresar era un lugar odiado.

Era cierto que se trataba de un mundo bañado en la sangre de las matanzas acontecidas durante decenas de siglos, un mundo en el cual hombres libres se condenaban al infierno día tras día por actos de codicia, traición, sadismo, esclavitud y asesinato, a menudo en nombre de un bien superior, en nombre de dioses desde Él e Ishtar hasta Baal y Jehová. Pero nunca habría suficiente sangre derramada y huesos corrompidos como para satisfacer el apetito del Poseedor, nunca se precipitarían suficientes almas a sus tinieblas. Porque el Poseedor era insaciable.

Esta noche, sus ansias eran bastante modestas. Se las había comunicado al poseído, sofocando todos sus escrúpulos hasta que la resistencia era tan débil que no importaba lo más mínimo.

«Richard».

—Los veo.

El poseído veía, de hecho, con los perfectos ojos de un animal. Figuras de juguete a la luz de la luna, siluetas negras recortadas sobre la resplandeciente nieve, que pasaban por debajo de la torre terminal de los telesillas dobles. Se detenían, cara a cara, cogidos de las manos. Y, dotado con los poderes aumentados de un animal, el poseído sentía el flujo eléctrico entre el hombre y la mujer, una comunicación sensual. Sus instintos de celo y de odio hacia el rival se intensificaban. Respondía con los celos de un hombre al esclavizador apetito del Poseedor.

—Pero no puedo...

La resistencia había sido prácticamente suprimida.

«Ella es infiel». Eran palabras pronunciadas en una lengua antigua, sonidos discordantes, casi exclusivamente consonánticos, que reverberaban en la mente cautiva. «Pero ¿crees acaso que sólo es infiel?».

—Es una mentirosa, una zorra, una furcia, una puerca.

Cada una de esas palabras abrasaba la lengua y los labios como nodulos de fósforo, quemándole la sangre. El cuerpo del animal se crispaba expectante, el cazador instintivo estaba al mando.

«¿Qué quieres hacer, Richard?».

La respuesta fue silenciosa, pero intensa como un orgasmo.

«Deberás invertir un cierto tiempo con él. Quiero decir que tal vez no te resulte fácil. Es mucho más grande que tú. Y fuerte. No queremos que te ocurra nada, porque eso desbarataría nuestra causa».

—Lo sé.

«Piensa qué otra cosa puedes hacer. Es a Karyn a quien de verdad te interesa hacer daño, ¿no es cierto?».

Karyn y Trux estaban juntos en la ladera, casi fundidos con la columna negra del

soporte del telesilla, inmóviles, ahora cara contra cara, y se besaban apasionadamente. El ojo del animal era grande y miraba con fijeza, sin un parpadeo. Vio el modo de deslizarse solapadamente sobre la nieve y atacarles por sorpresa. Pensó en los besos largos y juguetones de Karyn, en su lengua aventurera, en esa boca capaz de extasiar cualquier otra. Su mano buscó el tirador de la puerta del Porsche.

«No. Espera. Todavía no».

La mano de Rich se relajó. Cerró la portezuela del coche.

¿Cuándo?

«Ya lo sabrás».

A causa del vino que habían consumido, más del que ella solía tomar, Karyn no tenía nada de frío. Trux y ella habían conversado un buen rato, paseando lentamente sin perder nunca de vista el refugio. Sus besos y ardorosos abrazos, eran dulces, y sentirse amada de esa forma se hacía necesario en el estado actual del examen de conciencia de Karyn. Al cabo de un tiempo, quedó asombrada y un tanto regocijada, fortalecida por la luz de las estrellas; el paisaje, tan absolutamente bello en su composición de blanco y negro, le exigía una resolución, una decisión rápida y comprometedora. Cuando se dijeron buenas noches en la entrada del hotel, Karyn ya sabía que no seguiría viviendo con Rich y que la nueva situación empezaría esa misma noche, aunque él hubiera regresado mientras ella paseaba con Trux. Le parecía extraño cómo una relación podía terminar de manera tan drástica en sólo un par de días. Sin embargo, aquella idea debía de haber estado rondando por su cabeza durante mucho tiempo; no había querido afrontar el trabajo, y el dolor, de la separación. Trux le había apuntado que no tenía por qué ser el fin. Una vez liberada de las frecuentemente tediosas interconexiones de una relación sentimental dilatada, precisaría varios meses o incluso un año para reflexionar sobre lo que él significaba para ella, al cabo del cual, quizá decidiera reanudar su relación con Rich. Entretanto, si él podía servirle de alguna ayuda, accedería encantado.

Aunque era casi la hora de cerrar, después de dejar a Trux fue apresuradamente a la taberna, confiando encontrar allí a Rich. La banda se había retirado a dormir, y dejado los instrumentos desconectados. Sus amigos se habían marchado también. Sólo quedaban dos parejas abrazadas y un chico solitario que daba cabezadas junto a la barra. El ambiente estaba muy viciado, y Karyn empezaba a acusar los efectos del vino en la sangre, que enviaba oleadas de bruma al cerebro.

El esquelético y barbudo camarero, que se dedicaba a colocar los vasos limpios en el estante situado por encima de su cabeza, sonrió con expresión cansada al ver acercarse a Karyn.

—Si quieres tomar algo, tendrás que darte prisa.

—Sólo estoy buscando a una persona.

El muchacho que daba cabezadas junto a la barra se levantó y le dijo, tratando de resultar encantador:

—Y yo he estado buscándote a ti... toda mi vida.

Karyn lo ignoró.

—Debe de haber entrado durante la última hora —dijo al camarero—. Es un chico así de alto, de cabello corto y rubio, con un cierto parecido a Paul Newman cuando era más joven. Tiene acento de Boston.

—No, no recuerdo haberle visto.

—Oh, está bien, gracias.

—¿No quieres tomar nada?

—Ya he bebido bastante —respondió Karyn.

El chico borracho se dejó caer de rodillas desde su taburete y apoyó la cabeza contra la barra, canturreando suavemente. Karyn pasó por su lado. A su espalda, oyó unos rápidos golpes en el cristal de las puertas de la terraza.

—¡Karyn!

Era la voz amortiguada de Rich que la llamaba.

—¿Es ése? —preguntó el camarero al volverse Karyn.

Al principio no pudo reconocerle. Sólo era una imagen borrosa en la terraza, y las puertas estaban cubiertas de hielo y bloqueadas por masas de nieve congelada, lo cual dificultaba su visión aún más si cabía.

Él volvió a golpear el cristal y le hizo señas.

—¡Karyn!

Viendo que ella no respondía, la figura volvió la cabeza con impaciencia y exhaló una nube incandescente a la luz de la luna. Karyn distinguió la familiar silueta de su barbilla. Era Rich, en efecto.

La chica corrió hacia las puertas y trató de abrir una. No estaba cerrada, pero no conseguía moverla.

—Están obstruidas por el hielo —la advirtió el barbudo camarero—. No se pueden abrir hasta la primavera.

Rich había retrocedido unos tres metros, donde se quedó esperándola, con los brazos cruzados sobre el pecho. ¿Por qué actuaba así? Karyn hizo un gesto de desesperación.

—¡No puedo abrir las puertas, Rich! Entra por el vestíbulo.

Pero él permanecía allí, inmóvil, mirándola. Por lo menos, eso creía ella, porque no podía verle el rostro, ni los ojos. ¿Acaso estaba borracho? Seguía en pie, completamente rígido. Karyn miró al camarero.

—¿Hay otra forma de salir?

—Por el pasillo de los servicios. Verás una puerta que no está cerrada.

—Rich, ahora salgo —le gritó, y abandonó la taberna.

—Bien, señores —dijo el camarero a los demás—. Tengo que cerrar.

Rodeó la barra y miró exasperado al muchacho que estaba arrodillado, abrazado al taburete y roncando ruidosamente.

—¿Alguien lo conoce? —preguntó.

Nadie lo conocía. Se inclinó y zarandeó al muchacho, sin obtener más que una respuesta ininteligible.

Donald Ray Stemmons se quedó allí parado, mesándose la barba con los dedos mientras pensaba el modo de incorporar al robusto muchacho y echarle de la taberna —entonces se convertiría en problema de otro—, cuando oyó el primer grito procedente de la terraza.

—Rich —dijo Karyn—, ¿qué te ocurre? ¿Dónde has estado durante todo el día?

Se le acercó por la terraza rectangular arrastrando los pies sobre la capa de nieve reciente, bajo la cual el suelo estaba recubierto de hielo. La dirección del refugio no se preocupaba de limpiar la terraza en invierno. Las suelas de sus botas tenían dibujos, pero no obstante resbaló y cayó sobre una rodilla. Se hizo daño, pero él no se movió para ayudarle, ni siquiera dijo nada. Karyn se sonrojó de rabia y lo miró desde el suelo.

—Me he hecho daño en la rodilla, Rich.

Su voz sonó más quejumbrosa de lo que Karyn pretendía, como si, perversamente, deseara ser consolada. Sin embargo, no podía moverse. El comportamiento de Rich le resultó tan extraño que hubo de levantarse por sí sola, cargando la mayor parte del peso sobre la otra pierna. Aventuró un par de pasos hacia Rich. La rabia dio paso a la inquietud, y a una primera y leve pincelada de miedo.

—¿Te encuentras bien, Rich? ¿Qué te ha ocurrido hoy? ¡Háblame, por el amor de Dios!

Karyn se le acercó cojeando. Él tenía la cabeza gacha, cubierta con el gorro de lana que le gustaba ponerse cuando hacía mal tiempo. Rich le dijo algo, pero en voz tan baja que ella no logró entenderle. Su irritación se tornó culpabilidad. Ahora ya había olvidado su valiente resolución de poner término a su relación con él, de apartarlo de su vida. Su corazón latía a un ritmo frenético. Estaba siendo invadida por una fría y triste sensación de pérdida que se iba convirtiendo en miedo.

Karyn chocó contra él y lo abrazó.

—Oh, Rich, ¡qué...!

Él levantó la cabeza, sólo un poco. Escasos centímetros separaban los ojos de ambos, y Karyn se dio cuenta, con un sobresalto que le inmovilizó la lengua en el paladar, que no podía ser Rich aquél a quien abrazaba.

Karyn gritó y dio un gran paso hacia atrás antes de que él descargara sobre ella un golpe con la barra de hierro del gato del coche.

La alcanzó con el extremo más estrecho del arco de la barra, pero con la fuerza suficiente para clavársela en el pómulo situado bajo el ojo derecho. Instantáneamente, sintió correr la sangre a borbotones de la nariz a la garganta.

Karyn se tambaleó y cayó sobre la nieve en posición sentada. Con delicadeza, se llevó las puntas de los dedos a su rostro herido. La visión del ojo derecho se había nublado. No sentía dolor, sino un terrible entumecimiento, pero era consciente de que estaba herida de gravedad.

Él se inclinó ceremoniosamente sobre ella con la barra de hierro en la mano y evaluó con la vista dónde debía descargar un segundo y más devastador golpe.

—¡Zarach! —exclamó, y la golpeó.

Karyn alzó ambos brazos y uno de ellos recibió el golpe, que le destrozó el codo derecho. Esta vez, el dolor recorrió vertiginosamente su cuerpo hasta la bóveda del cráneo y estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento. Todo cuanto podía pensar era en aquellos ojos rojos y en su propio e impotente deseo de escapar a la condena que veía abatirse sobre ella.

Su garganta estaba inundada de sangre. Al ponerse en pie, balanceando el brazo herido, escupió un espeso coágulo. Gritó en la cara de él, y le salpicó de sangre al hacerlo. Él apartó concentradamente una gota que le había caído en las pestañas y reculó un paso en el siguiente movimiento de su extraña y viciosa danza: le tomó la medida y la golpeó desde el cielo.

El tercer golpe le rompió todas las articulaciones de los dedos de la mano izquierda, que había levantado para protegerse el rostro. Le sacó también un ojo, que se quedó sobre su mejilla como una enorme pepita exprimida de una naranja. Él se detuvo, jadeante. Karyn se apartó unos metros de él y luego volvió, inexplicablemente, completando así su movimiento de la danza. Fue golpeada en el mismo brazo, ya roto, y cayó. No pensaba en la muerte; por contra, se sentía abrumada por sentimientos de traición y pesar. Y enloquecida de dolor. Se incorporó y gritó, y él la golpeó una vez más como silenciosa respuesta. Con cada arco que la barra de hierro describía, más estrellas caían, más luz se derramaba de su ojo sano.

El terrible crujido de su cráneo al partirse en dos ensordeció a Karyn, quien, despiadadamente, ni siquiera entonces perdió la conciencia. Cayó por última vez y, con el sentimiento de que todo estaba perdido, quedó tendida sobre la espalda presa de aceleradas convulsiones mientras la barra de hierro seguía descargando golpes. Sus lóbulos frontales estaban apretados en su frente seccionada como los puños de un recién nacido. Se hundió lentamente, sin experimentar ninguna sensación más de ansiedad, en un colchón de nieve, humeante al mezclarse con su sangre caliente.

Su ojo intacto jamás se cerró, y lo escrutó borrosamente entre golpe y golpe. Buscaba a Rich, pero jamás lo encontró.

Por fin, los últimos vestigios de luz se escaparon de su ojo hacia la oscuridad exterior. Los ojos de él, todo cuanto quedaba de un universo desolado, estaban muy abiertos. No eran más que sendos gigantes rojos hacia los cuales su cuerpo, sosegado, era atraído en una órbita de pesadilla.

«¿Quién?», pensó Karyn al morir. Y nunca, jamás, supo la respuesta.

SEGUNDA PARTE

ZARACH

Varias horas antes de la muerte de Karyn Vale en el condado de Haden, Vermont, un luchador profesional llamado Bob O'Hooligan «el Irlandés», de metro ochenta de estatura y 110 kilos de peso, se unió a su compañero, el luchador de Matamoros, Chico Panache, para dar una paliza a sus oponentes en un combate preliminar al gran acontecimiento en el gimnasio de la escuela superior de Dempster (Massachusetts). El combate duró catorce minutos y se resolvió en una vibrante pelea cuyo objetivo principal consistía en fustigar al rival y sobrevivir en el estado más óptimo para volver a luchar la noche siguiente. En un momento determinado, cuando aplicaba una persuasiva, pero ilegal llave, al apuesto muchacho que se hacía llamar Reno Studaway, recibió una patada accidental en los riñones de la bota del compañero de Reno, y sospechó que ese incidente le haría masticar aspirinas y orinar sangre durante los dos siguientes días.

Después, Bob «el Irlandés» y Chico percibieron la bolsa de los vencedores, doscientos cincuenta dólares, y cada uno contribuyó con el diez por ciento para pagar a su apoderado, el ex campeón del mundo de lucha libre en la categoría de pesos pesados, Buddy Dilworth. Buddy les había prometido una oportunidad en el campeonato interestatal de Nueva Inglaterra si seguían ofreciendo espectáculo en los cuadriláteros de poca monta donde se ganaban un sueldo decente.

El dolor en los riñones persistía después de una ducha de agua caliente, y Bob «el Irlandés» consideró prudente incrementar sus ya considerables gastos en asistencia médica y visitar a su doctor de cabecera a la mañana siguiente. Cuando lo hubo pensado bien, decidió no preocuparse. Sólo contaba treinta y siete años de edad, pero su médico le había aconsejado en tres ocasiones que dejara la lucha libre. Esa especialidad se había cobrado sus víctimas a partir de lesiones en puntos invisibles como tendones, articulaciones y órganos blandos e irreemplazables. Algunos luchadores podían seguir actuando en el cuadrilátero, y otros no. Él sabía que se encontraba en el ocaso de su carrera, pero todavía podía amañar algunos combates. Como si pudiese elegir. En aquellos días no era factible encontrar nada interesante para abandonar los golpes nocturnos y los agotadores desplazamientos. El año anterior había percibido treinta y seis mil dólares, sin deducir gastos. Eso suponía un negocio bastante rentable, y la oportunidad de promocionarse.

Jackie Bailiff, que le había golpeado con excesiva vehemencia desde el exterior de las cuerdas del cuadrilátero, fue a las duchas a disculparse ante Bob «el Irlandés». Jackie presentaba un hematoma en un ojo como resultado de haber sido golpeado reiteradamente contra uno de los tensores de las cuerdas por Chico, que en ocasiones llegaba a enloquecer en el cumplimiento de su oficio. Y todo en una noche de trabajo. Era aquélla una cofradía de individuos grandes, hinchados por egos tumultuosos, por la conmovedora vanidad de los muy ignorantes. Siempre había pequeñas ofensas que

saldar, choques de personalidad, pero el odio sincero era una rara excepción. Reparaban sus calculados ultrajes y apetitos de sangre delante de las cámaras de televisión con ocasión del rodaje de espacios publicitarios para promocionar la lucha libre. El dolor real se sumaba al sórdido encanto de su rutina.

Los luchadores realmente con talento y carisma podían llegar a percibir mucho dinero. Pero Bob «el Irlandés» era realista en lo concerniente a su carrera. No volvería a luchar en escenarios como el Boston Garden o el Centro Cívico de Hartford. Prefería inscribirse en el circuito de Nueva Inglaterra del que Dilworth le había hablado, que rara vez le exigiría trabajar a más de ciento cincuenta kilómetros de casa.

Dempster (Massachusetts). La temperatura oscilaba entre seis y siete grados, y la nieve se había retirado con la veloz tempestad que había afectado el sector occidental de Nueva Inglaterra varias horas antes. Bob «el Irlandés» se vestía con rapidez en el vestuario de la escuela superior, deseando poder disponer de tiempo suficiente para beneficiarse de la máquina diatérmica que había en la sala de entrenamiento. Los chicos de aquella zona todavía contaban con enormes ventajas pese a las restricciones impuestas por la propuesta Dos y Medio, que había recortado los fondos destinados a los programas de atletismo en las escuelas públicas de todo el Estado. Esa misma propuesta le había dejado sin su segundo trabajo como preparador adjunto de lucha libre en la escuela superior de Joshua, donde él vivía. La dirección de la escuela había considerado que un solo preparador ya era suficiente y había optado por prescindir de él y de sus conocimientos en medicina preventiva, adquiridos durante su estancia en Inglaterra. Diez mil dólares al año echados a perder. Pero todavía seguía vistiendo la bonita chaqueta de lana de los Jaguares de Joshua, con ribetes de piel en las mangas y parches en los codos. Tal vez algún día podría volver a entrenar a plena dedicación. Era una pena que el Señor no hubiese visto la necesidad de obsequiarle con un solo hijo dotado con una dentadura sana.

Trató de ignorar el dolor en la parte baja de su espalda. Salió del gimnasio por una puerta lateral y dejó tras de sí los ecos de aullidos y silbidos. Dos luchadoras ocupaban ahora el cuadrilátero, enfrentándose en un combate programado a veinte minutos. Conor Devon también dejó atrás, sin ningún reparo, a Bob O'Hooligan «el Irlandés» para dirigirse hacia el epicentro de su vida.

Gina lo esperaba en el furgón Ford, con el motor en marcha y las luces encendidas. No había demasiado riesgo de error a la hora de identificarlo, pero quiso asegurarse antes de abrir los seguros de las puertas para dejarle entrar en el vehículo, y aun así acunó en su regazo el revólver Colt Python, que había aprendido a manejar con excepcional precisión, hasta que él se hubo acomodado en el asiento junto a ella y las puertas volvieron a cerrarse.

—Hola, preciosa.

Conor la besó y le entregó el dinero. Ella era una rubia de nariz chata y respingona que se llamaba Travitano antes de casarse con él. Su piel tenía el tono

oscuro del norte de Italia, pero su baja estatura y sus grandes senos denunciaban su origen meridional. En el asiento trasero, alguien roncaba por efecto de un catarro crónico.

—¿A quién has traído?

—A Dean. No tenía deberes para el lunes y ha querido venir a pasar unas horas con papá. Más vale que lo despiertes y le digas algo.

Hizo más que eso. Se inclinó hacia atrás, tomó al dormido muchacho de diez años de edad en brazos y lo izó sobre el asiento. Dean bostezó y parpadeó.

—¿Cómo te ha ido?

—Me alegra hacerte saber que hemos ganado los malos.

Dean reprimió una risita.

—Tú no eres malo.

—¿Quién soy yo?

—Tú eres mi papá. ¿Adonde tienes que ir mañana?

—A Albany, en Nueva York.

—Está bien.

Dean se acurrucó en el regazo de su padre y cerró los ojos mientras Gina hacía recular el furgón y lo sacaba de la zona de estacionamiento del gimnasio. A la luz de un vehículo que pasó en sentido contrario, Conor advirtió que parecía cansada: tenía unas ojeras muy marcadas. La tienda de modas que administraba en Joshua con una amiga había padecido una campaña navideña decepcionante, y algunas de sus cuentas ya llevaban un retraso de sesenta días. Gina y su compañera, Kay Finlay, se habían reunido esa misma tarde con el contable para decidir si podían quedar en paz. A Gina le gustaba esa tienda, y había invertido cinco años en ella. Conor confiaba en que lograría salvarla.

—¿Qué ha dicho Di Falco?

—Seguiremos vendiendo hasta fin de mes. Si sacamos dinero suficiente, podremos sobrevivir hasta la primavera. Hay una buena oferta en moda de primavera, pero para beneficiarnos tendremos que anunciarnos en la radio, en el periódico...

—¿Cuánto puede costar eso?

—Unos cuatro mil dólares, me imagino.

Él emitió un suspiro.

—Tal vez podríamos...

—¡Ni pensarlo! Ya lo hablamos al principio. La Perla tiene que salir adelante por sus propios medios. No tocaremos los ahorros personales para nada, Conor. No tiene sentido arriesgar el dinero de esa manera.

Permanecieron en silencio durante los tres kilómetros siguientes, hasta que tomaron la carretera 495 en dirección norte, hacia casa. Volvía a nevar, ahora con mayor intensidad que antes; los limpiaparabrisas trabajaban frenéticamente. Gina se había puesto sus gafas, pero aun así no veía bien de noche, y la carretera interestatal estaba muy resbaladiza.

—¿Quieres que conduzca yo, cariño?

—No, no, voy bien. Sólo estaba pensando. ¿Sabes cuántos pequeños negocios quebraron en este país durante el pasado año? Más de veintisiete mil.

—Las cosas todavía tienen que mejorar —dijo Conor.

—Me olvidaba. ¿Tú estás bien?

—Ya no soy el mulo de antes —admitió Conor.

El peso del niño durmiendo en su regazo le hacía daño, pero no quería moverle. Los momentos como éste eran demasiado preciosos. Acarició suavemente los cabellos rubios de Dean, de un tono rojizo, como los de su madre. Los mismos ojos, severos e inteligentes, y unos labios que tenían tendencia a cortarse en cualquier clima.

Hillary, Dean y Charles, el más pequeño, de ocho años de edad, integraban el clan Devon. Habían llegado con sorprendente regularidad durante los primeros años de matrimonio. Quién sabe cuántos hijos tendrían ahora si el cuarto no hubiese nacido muerto; los médicos habían aconsejado a Gina que se hiciera un ligamiento de trompas. No estaba mal para un ex sacerdote, pensó. Todavía recordaba vivamente el golpe moral que experimentó al renunciar a sus votos, los sentimientos de impotencia y desamparo. Lo dejó sin más, llevándose los pocos bienes mundanos que pudo meter en un pequeño maletín, sin tener idea de qué hacer. Al cabo de seis meses, todavía sin perspectivas, se casaba con la primera chica que se había cruzado en su camino y le había gustado, aunque Gina reivindicaba haberse fijado en él desde que coincidieron en el quinto curso en San Ignacio. Una historia plausible, pero Conor sabía que él había tenido suerte. No demasiadas mujeres hubieran estado dispuestas a soportarle en sus accesos depresivos, en sus neurosis y en sus ataques de alcoholismo. En el aspecto espiritual, Gina era la mujer más fuerte que había conocido en su vida, incluida su madre, que había sobrevivido a tres maridos y a la amputación de una pierna antes de que una apoplejía pusiera fin a sus días.

Agradecido por no tener que conducir durante los cuarenta y cinco minutos de trayecto, Conor dormitó hasta que el furgón embocó el camino de la casa que tenían en Revere Park, la mejor zona de Joshua. El edificio, de estilo colonial, con cuatro dormitorios y un estudio que él había convertido en gimnasio, estaba emplazado sobre un montículo que dominaba la calle adyacente. El empinado camino constituía el único acceso a la propiedad, y en invierno los dos vehículos de la familia debían utilizar cadenas para transitar por él. Gina maniobró junto a la Honda de la chica que cuidaba a los niños e introdujo el furgón en el garaje.

Conor entró a Dean en la casa y le llevó a la habitación de los niños, que se encontraba en el piso de arriba. Se tomó su tiempo antes de acomodarlo en la cama superior de la litera, confiando en que despertaría y querría bajar a la cocina para tomar una taza de chocolate caliente y charlar un poco, a pesar de lo avanzado de la hora. Pero fue Charles quien despertó, y le pidió un vaso de agua. Conor fue a buscarlo a la cocina, de donde cogió cuatro aspirinas para masticar, dio un beso de

buenas noches a su hijo menor y volvió a bajar.

Gina le estaba preparando la cena: seis huevos revueltos, salchichas fritas, galletas, un tazón de café y un vaso de *whisky*. Él se sentó cuidadosamente en un taburete acolchado frente a la barra del desayuno, y cuando ella le sirvió el abundante plato ignoró la comida por un momento, pues prefirió rodearle la cintura con un brazo y atraerle hacia sí.

—Deberías recortarte la barba.

—Ya lo sé.

El humo de las salchichas viciaba el ambiente. Gina abrió la puerta trasera, no más de un dedo. Una ráfaga de aire frío se deslizó dentro de la casa.

—Mañana por la mañana echaré un vistazo a ese extractor. No ha funcionado bien durante toda la semana.

Conor engulló medio tazón de café antes de probar la cena. Gina se sentó a su lado, con los codos sobre el mostrador y la barbilla apoyada sobre sus manos entrelazadas, y lo observó mientras comía. Él la miró de reojo, esperando ver en ella lo que sabía inusual en aquellos días: la calma de una madona, la serenidad reflejada en su rostro. En lugar de ello, sólo vio arrugas, una oscura agitación y sombras caprichosas en sus ojos.

—¿Estás preocupada por la tienda?

—La verdad es que sí. Las mujeres ya no compran tanta ropa como antes. ¿Quién puede permitírselo? Ya encontraré otra cosa que hacer. Tampoco es que nuestros ingresos dependan exclusivamente de la tienda.

—¿Cómo estamos ahora?

—Con nuestras facturas actualizadas. Y las acciones generando unos beneficios de algo más del doce por ciento.

—Es una buena noticia —dijo Conor, sonriendo al constatar su competencia.

—¿Sabes dónde creo que podría ganar una fortuna, vendiendo al por menor?

—¿Dónde?

—En el nuevo centro comercial que han abierto en Lowell.

—Tengo entendido que los precios de los alquileres son abusivos.

—Los constructores han terminado su trabajo con seis meses de retraso, ahora estamos en invierno y sólo han conseguido un setenta por ciento de ocupación. He oído decir que están dispuestos a hacer concesiones.

—¿Pretendes trasladar La Perla a Lowell?

—Si continuamos siendo solventes, creo que podremos conseguir un préstamo.

—Estamos hablando de un trayecto de treinta kilómetros diarios. Y muchas noches has tenido abierto hasta las nueve o nueve y media. Tendrás que contratar más dependientes.

—Hoy he estado en Nueva York para resolver este tema. En realidad, he aprovechado muy bien el tiempo, Conor.

Él volvió a sonreír.

—¿De veras?

Gina rara vez iba a acostarse antes de medianoche, y se levantaba temprano cada mañana para asistir a la primera misa en la iglesia del Santo Sacramento. Se pasaba todo el día atareada en diversas asociaciones y un trabajo a jornada completa en un azaroso negocio que no le proporcionaba un salario estable desde hacía más de un año. Además de visitar dos veces por semana a su madre inválida en Mattapan, Gina todavía se ocupaba de cocinar y de buena parte de las labores domésticas que requería una casa de cien metros cuadrados. Para colmo, salían dos noches al mes: jugaban a bolos con los amigos, cenaban fuera y asistían a un partido de los Bruins en el transcurso del cual ella vociferaba invariablemente hasta quedarse afónica.

—Sí. Ya te lo enseñaré más tarde.

Gina se inclinó para limpiarle una miga de huevo de la barba.

Conor se sirvió otro vaso de *whisky* y la miró, inquisidor. Ella meneó la cabeza y se echó más azúcar en el café. A continuación, con la ayuda de una cucharilla, pescó un terrón de azúcar y lo chupó pensativamente.

—Creo que podemos recaudar cerca de cien mil dólares brutos durante el primer año. Desde luego, tendremos que pagar un porcentaje de los beneficios al centro comercial. Pero valdrá la pena. Nuestra ubicación actual nos está matando; no logramos hacernos con una clientela estable. ¿Tú qué crees?

—Yo creo que deberías haber tenido gemelos.

Ella lo besó e hizo girar su taburete.

—Tengo que coser un rato antes de acostarme. ¿Quieres algo más?

—Nada más. Gracias, cariño.

Conor se ocupó de fregar sus platos, pasándoles agua en el fregadero de acero inoxidable, recreándose en el modesto quehacer doméstico. Lo metió todo en el lavaplatos, ya medio lleno con los de la cena; la ahorrativa Gina sólo lo conectaba cuando había mucha vajilla acumulada. Miró la botella de *whisky*, que descansaba sobre la barra del desayuno, y decidió llevársela a escondidas a la cama. Hacía mucho tiempo, a fin de prevenirle contra su devoción por la bebida, Gina había establecido una severa norma: «Lo único que quiero oler en tu aliento una vez en la cama es mi coño».

Este pensamiento le hizo sonreír a la vez que experimentaba un calor en la ingle. Dejó el *whisky* irlandés en su sitio y subió al piso de arriba.

Gina, vestida con un camisón azul pálido largo hasta los pies, estaba sentada en la alcoba de la habitación de matrimonio, dedicada a coser un parche en los leotardos color púrpura de Hillary con la vieja Singer que había pertenecido a su familia durante cincuenta años. Conor se desvistió y fue, malhumorado, al cuarto de baño, donde descubrió, aliviado, sólo un tenue vestigio de color rojo en su orina. La parte inferior de la espalda seguía doliéndole. A la altura del riñón tenía un bulto duro y doloroso semejante a un hueso prominente. Se puso un pijama con la inscripción BOB EL IRLANDÉS y su caricatura en la espalda (donde se parecía mucho a Yosemite Sam en

los dibujos animados de Bugs Bunny), conectó el televisor para ver las noticias de la CNN y se tendió con agradecimiento en la cama, ya confortablemente caliente por la acción de la manta eléctrica. Gina pensaba en todo. De hecho, lo mimaba.

Los Celtics habían ganado por una amplia diferencia, mientras que los Bruins habían empatado en San Luis. Conor bostezó.

—No te quedes cosiendo toda la noche —dijo a Gina.

—En seguida termino.

Esa noche, por una vez, ella se acostó antes de que él se quedara dormido. Conor le quitó el camisón en medio segundo.

—¡Oh! —exclamó Gina, y se tendió en una postura de odalisca, con los ojos chispeantes por efecto de la intriga sexual—. ¿Qué ocurre? ¿Acaso no has hecho suficiente ejercicio echando a ese par de grandullones fuera del cuadrilátero?

—Con éstos no he tenido ni para empezar.

Con su grueso anillo de boda, ella le rozó la parte inferior del hinchado glande. Los dedos de él jugaron con sus grandes senos, tirando de los pezones. Se besaron intensamente; los cabellos de ella caían sobre las mejillas de él. La lengua de Gina era cálida como un baño de espuma. Cómo le gustaban a Conor los rizos rojizos y la profunda oquedad del coño, la flexibilidad y consistencia de aquel músculo insistente que le tragaba como la boca de un bebé muerto de hambre. Y el pulso de su sangre. Y el contacto de los dedos de los pies caminando sobre sus tibias. Y la leve protuberancia de una vena azul en el muslo. Y su risa. Y su glotonería.

«Estás follándome follándome follándome... me. No, espera un momento».

Gina miró a hurtadillas por encima del hombro.

—Tal vez será mejor que cierre la puerta. Dean ha vuelto a andar en sueños.

Se ocupó de cerrar la puerta y apagar las luces, y regresó a la cama. Una vez allí, cubrió el cuerpo de Conor de caricias, con los labios ávidamente entreabiertos, como si cantara en silencio.

«¿Puede hacerse más grande? ¿Más grande? ¿Qué quieres que haga para que se haga más grande?».

«Chúpamela».

«Oh, sí, te la chuparé. Y luego, ¿qué quieres que haga?».

«Ponte encima».

«¿Te gusta que me ponga encima?».

«Me encanta».

Le chupó el pene durante varios deliciosos minutos y a continuación se lo introdujo en su interior. Para entonces, él ya había perdido agradablemente la cabeza. Ella le hacía el amor con lentitud, y todo cuanto él debía hacer era sostenerla, sintiendo los músculos de sus pequeñas nalgas en tensión, unas nalgas que no habían perdido ni un ápice de su firmeza después de diez años y cuatro hijos. Cuando ella empezó a gemir suavemente a cada jadeo, largo y sostenido, él le introdujo con sumo cuidado un dedo humedecido en el ano, abriéndole las nalgas, procurando no hacerle

daño. Los dedos de ella escudriñaban la espesa mata de vello sobre su pecho, y le tiró de la barba al alcanzar el orgasmo. Él la siguió poco después, como una fuente de esperma brotando a varios kilómetros de altura para condensarse en una nube blanda.

Gina se acurrucó junto a él, y se durmieron reconfortados, uno en los brazos del otro. El televisor seguía encendido, murmurando y proyectando sombras multicolores sobre los rostros serenos de hombre y mujer.

Lo primero que Conor oyó en sueños fue el teléfono.

Cuando abrió los ojos al tercer timbrazo, la habitación estaba a oscuras. Gina se había levantado en algún momento después del acto sexual, tal vez para sentarse en la taza del retrete a leer su misal antes de volver a ponerse el camisón y apagar el televisor. Ahora estaba tendida de costado en el otro extremo de la amplia cama de matrimonio. Se incorporó sobre un codo, que se le había clavado en la espalda. Hizo una mueca de dolor y se inclinó sobre Gina para coger el auricular. El reloj luminoso indicaba las tres y treinta y cinco de la madrugada.

Gina se levantó de pronto por delante de él.

—Está bien. Yo lo cogeré.

Conor gruñó malhumorado y se dejó caer sobre la cama.

—¿Diga? Sí..., sí. Bueno, ahora está durmiendo. ¿Quiere que...?

Conor había temido que fueran malas noticias sobre la madre de Gina; pero al parecer, la llamada era para él, lo cual no le causó inquietud alguna. No era la primera vez que ocurría algo semejante. Algún desconsiderado entusiasta de la lucha libre, que habría encontrado su número de teléfono a pesar del alias que utilizaba y quería desafiar a Bob «el Irlandés» a un combate en la trastienda de la taberna preferida del aspirante. Se despreocupó por completo de la interrupción telefónica, y ya volvía a quedarse dormido cuando oyó gritar a Gina:

—¿Cómo? ¿Está usted seguro? ¿Richard Devon?

Conor volvió a incorporarse y puso una mano sobre el hombro de Gina. Ella estaba rígida, mientras sostenía el auricular con ambas manos.

—Sí. Sí. ¡Oh, Dios mío! ¡No puedo creerlo! ¡No puede tratarse de Richard!

—Gina... —dijo Conor.

Sentía un grumo oscuro y caliente como el alquitrán recorriéndole la garganta. Su espalda se arqueó violentamente.

Ella se volvió hacia él. A la tenue luz procedente de una farola distante de la calle, el rostro de Gina aparecía asustado. Peor aún, la luz que proyectó su mente y surcó la oscuridad del dormitorio fue tan aterradora como un grito. Sin decir ni una sola palabra, Gina pasó el auricular a Conor y, tan pronto como su marido lo cogió, su mano buscó el rosario, que dejaba siempre a su alcance sobre la mesilla de noche.

—Soy Conor Devon —dijo Conor, que notó el aliento de Gina cernirse en torno a su cuello como una bruma. Tembloroso, vagamente agraviado, presintió que la vida que habían edificado con tanta meticulosidad y habían cuidado con tanto esmero estaba siendo amenazada por fuerzas que escapaban a su control. Se aclaró la

garganta y añadió: ¿Qué le ha ocurrido a mi hermano?

El condado de Haden, Vermont, limitado por el río Connecticut al este y por las Montañas Verdes al oeste, cuenta con un censo de 35 000 habitantes. La cordillera de los Apalaches divide en dos el extremo noroccidental del condado de Haden, y varias de las pistas de esquí más populares del este de los Estados Unidos se hallan en esa zona. Famosos y viejos hoteles en pueblecitos pequeños y tranquilos atraen a multitud de turistas tanto en verano como en invierno; y, en algunos días del año, la población del condado prácticamente se duplica gracias a la afluencia de forasteros, la mayoría de los cuales procede de las cercanas áreas metropolitanas de Boston y Nueva York. Los crímenes mayores son todavía excepción en el condado de Haden, aunque los delitos se han cuadruplicado en los últimos años. La libertad de adquirir y consumir drogas se ha convertido en un problema muy polémico en este sentido. En los últimos cuatro años, se han cometido en el condado seis homicidios, con frecuencia relacionados con traficantes locales de droga. Los homicidas han sido procesados en el condado de Haden, tanto en el tribunal superior como en los de distrito.

Pero el asesinato de Karyn Vale fue atípico, en parte por su excepcional naturaleza y en parte porque involucraba a personas no residentes, concretamente estudiantes de la universidad de Yale que se encontraban allí de vacaciones. El padre de Karyn era corredor de Bolsa y presidente de una gran empresa fundada por su abuelo; la adinerada familia presentaba unas credenciales sociales impecables y tenía muchas amistades influyentes tanto en el interior del país como en el extranjero. El homicidio, por consiguiente, recibió un tratamiento informativo especial en la prensa y en los noticiarios de televisión durante las veinticuatro horas siguientes.

Antes de que la noticia hubiese trascendido fuera del condado de Haden, y antes de que los equipos de televisión comenzaran a llegar a la zona para grabar los reportajes preliminares en la escalera del Palacio de Justicia o delante del Refugio Davos, donde el asesinato había tenido lugar, Conor Devon conducía hacia Chadbury poco antes del amanecer del sábado, veintiuno de enero, y recibía las indicaciones de dos empleados de la compañía telefónica que estaban reparando un cable dañado por el hielo para llegar a la jefatura de la Policía del Estado.

El edificio de ésta se hallaba rodeado por una valla anticiclones. Era bajo, con ventanas estrechas y oscuras dispuestas en diagonal y un equipo de comunicaciones en el tejado. Había un helicóptero en una pista de despegue situada en un área contigua a la zona de estacionamiento, donde se concentraba un enjambre de vehículos. Conor encontró un hueco donde dejar su Lincoln, que mimaba desde hacía diez años a causa del amplio espacio que tenía para las piernas, y entró en el edificio.

Preguntó al oficial sentado tras el mostrador por el capitán Moorman, nombre que llevaba anotado en un trozo de papel que se sacó del bolsillo. El oficial le respondió

que el capitán estaba ocupado, que todos estaban muy ocupados esta mañana. Las luces de la consola del teléfono estaban encendidas, con cerca de una docena de líneas ocupadas, y, aun así, el aparato seguía sonando.

Indicó a Conor que esperara en el vestíbulo y le ofreció café, que éste aceptó. El café estaba pasado y la silla de plástico, de un anaranjado vivo que no armonizaba con el tono azul pastel de las paredes, no se adaptaba a su corpulencia. Optó por esperar de pie, recostado de espaldas sobre un frío muro de hormigón junto a un retrato enmarcado del gobernador, un hombre de patillas plateadas y cauta sonrisa, flanqueado por las banderas del Estado y del país.

Conor cogió un arrugado y atrasado ejemplar de un periódico sensacionalista local y observó unos rostros que ya había visto una tarde en televisión mientras trabajaba tenazmente en el acondicionador de aire que tenía en el estudio de casa. Captados por el resplandor casi nuclear del *flash*, semejaban curiosos ejemplares de fósiles, condenados a la estratificación en un sinfín de ejemplares del *National Enquirer*. Él mismo vivía al límite de esa clase de popularidad, diversificada en un arco de varios kilómetros; era un dinosaurio que bramaba en los abismos de ciudades estancadas, a quien le respondían los silbidos e insultos malintencionados de desconocidos hostiles. No pudo reprimir encogerse de hombros, conocedor como era de la velocidad con que se estaban extinguiendo los miembros de su especie. Sintió el estómago vacío, y un horrible borborismo en su interior. Resultaba doloroso, amenazador. Pensó en su hermano. Notó que se le congelaba la mente ante la concurrente idea de un asesinato, y de Karyn, muerta, en algún lugar.

Por las puertas automáticas de cristal, salió una pareja joven, de algo más de veinte años de edad. Una bonita muchacha de nariz respingona y cabellos oscuros y enredados, y un chico desgarrado de hombros estrechos como los de un macho cabrío y pelo rizado de color zanahoria. Ambos daban la impresión de haber pasado la noche en vela respondiendo a un largo interrogatorio. Conor sintió un hormigueo en el cuero cabelludo. Debían de ser testigos; habían presenciado la escena. Los contornos de las fosas nasales de la chica aparecían enrojecidos. Se detuvo para encender un cigarrillo con filtro mientras el chico temblaba, quizá por los nervios sobreexcitados por el café, con una mirada vaga y exhausta en sus ojos.

Ella expulsó el humo y se quejó de que el cigarrillo no tenía sabor.

—¡Mierda!

—Vamos, salgamos de aquí —murmuró el chico.

—¿Crees que tendremos que volver hoy mismo?

—No lo sé, Caitlin.

—¿Qué es lo que hace un jurado de acusación? ¿Es como un juicio? Mierda. Esto puede llevarnos varios meses. —Hizo un gesto con la mano abierta, como para indicar la inmensidad de un período al que ella, una chica inocente, había sido injustamente sentenciada—. Tengo que estar en el campus mañana por la noche.

El muchacho se encogió de hombros.

—Quisiera no haber visto nada —dijo Caitlin, y se aplicó un vaporizador nasal.

Miró a Conor, enrojecido y despeinado junto a la pared, quien se apresuró a apartar la vista cuando sus ojos se encontraron. En ese instante, él hubiera querido dar un paso adelante y preguntar a la chica: «¿Es cierto que ha sido mi hermano?». Pero algo en él (su estatura, la desesperación reflejada en su cara) la había turbado.

—Pido a Dios que pueda olvidar lo que vi —replicó el muchacho.

Abrió la puerta que daba al exterior y la chica cruzó el umbral con grandes zancadas. Echó su cigarrillo a la nieve y se envolvió en su elegante chaqueta de piel.

Detrás de Conor, las puertas automáticas volvieron a abrirse.

—¿El señor Devon?

Era una mujer policía, con galones verdes y ribetes amarillos en su manga caqui. Lucía un peinado de duendecillo, busto de valquiria y complexión recia, pero era bonita a pesar de sus defectos. Sus botas la hacían lo bastante alta como para casi alcanzar a mirarle directamente a los ojos.

—Soy la sargento Wilde. ¿Sería tan amable de acompañarme, por favor?

—¿Podría decirme...?

—El capitán Moorman responderá a todas sus preguntas. Yo sólo he venido a avisarle.

Sonrió, esperándolo. Conor se puso en movimiento. Ella le indicó que girara a la izquierda. Recorrieron el trayecto, pasando por delante de un sinfín de puertas cuya madera pretendía imitar la del roble, hasta un despacho con persianas venecianas cerradas y una luz fluorescente y deslumbrante que ocupaba la práctica totalidad del techo.

—¿Ha tenido que viajar mucho?

—Unos doscientos kilómetros, creo.

—¿Quiere un café?

—No, gracias. ¿Dónde...?

—El capitán Moorman le atenderá en seguida —dijo la mujer, que sonrió de nuevo.

A continuación salió y cerró la puerta tras de sí.

Conor se quedó solo en medio del despacho, apretándose las manos. Había dos sillas metálicas delante de un pequeño escritorio, sobre el cual reposaba un terminal de ordenador, con su correspondiente pantalla y *modem*. Completaban el mobiliario una carpeta verde de papel secante, un fichero y un teléfono. No había rótulo alguno en la puerta. La mayor parte de las teclas de la consola del teléfono estaban encendidas. Le pasó por la cabeza descolgar el auricular y escuchar indiscretamente, tal era su necesidad de información. «¿Qué diablos estaba pasando?». Sin embargo, fue hasta las ventanas, abrió los batientes y se asomó al exterior. El día era nítido, y el sol parecía una tímida naranja que se escondía tras la pantalla de altos árboles que delimitaba la carretera. Su reloj señalaba las ocho y cinco de la mañana.

La puerta se abrió y el capitán Moorman hizo su entrada. Apenas alcanzaba la

estatura mínima exigida para ser policía. Conor podía habérselo metido en el bolsillo y aún le quedaría espacio para un par de agentes novatos. Moorman tendría unos cincuenta y cinco años de edad. Su rostro estaba intensamente bronceado por los fines de semana que consagraba al esquí. Lucía un pulcro bigote negro y no demasiado cabello en la cabeza, semejante a la pelusa de un oso de felpa.

Conor se apartó de las ventanas. Las lágrimas corrían por sus mejillas. El capitán quedó sorprendido.

—¿El señor Devon?

—Sí.

—¿Se encuentra usted bien?

—¿Usted qué cree? —repuso Conor, con el rostro contraído.

Buscó un pañuelo. Era propenso a llorar cuando se sentía frustrado o desgraciado, y no le importaba que los demás lo vieran. El llanto le sonrojaba el rostro, lo cual le confería siempre el aspecto de un hombre peligroso e imprevisible.

—Dadas las circunstancias, yo..., lo siento de veras. ¿Quiere sentarse?

—No. Quiero que me hable de mi hermano.

—Por supuesto.

Moorman sacó un informe fotocopiado de un pequeño maletín negro de piel que llevaba en la mano y se dispuso a comentarlo rápidamente.

—Puedo decirle que, en estos momentos, su hermano se encuentra bajo arresto, sospechoso de homicidio. La víctima...

—Todo eso ya lo sé. Pero ¿por qué lo hizo? ¿Qué le impulsó a...? ¿Por el amor de Dios, qué le ocurrió? —Conor sollozó e hizo una pausa para sonarse la nariz—. Todo esto no tiene ningún sentido. En realidad, Rich es mi hermanastro; teníamos el mismo padre. Pero fui yo quien le hizo de padre, a pesar de que estuve en el seminario un tiempo durante su etapa adolescente. Él no es..., no ha podido... ¡Por Dios, ella era una chica tan dulce! ¿Por qué?

—Mucho me temo que Rich no ha sido muy claro acerca de sus motivos. Cuando, hace unas horas, le tomamos bajo nuestra custodia se hallaba en un estado de turbación, que era casi incoherencia.

—¿Incoherencia?

—Parecía incapaz de llegar a comprender lo que había ocurrido. Cuando hablaba, según los oficiales que lo arrestaron, en ocasiones utilizaba palabras extrañas, un lenguaje incomprensible.

—¿Qué fue lo que dijo cuando le fueron leídos sus derechos?

—Pareció comprender.

—Bien, entonces, ¿debe saber lo que hizo!

—No necesariamente. Ya habían transcurrido cuarenta y cinco minutos. Le fueron leídos sus derechos por segunda vez al llegar aquí. Sabía que estaba bajo arresto. Pidió que nos pusiéramos en contacto con usted, y nos facilitó su número de teléfono.

—¿Estaba bebido?

—Eso todavía no ha sido confirmado. En opinión de los primeros oficiales que se presentaron en el escenario del crimen, no mostraba síntomas comunes de intoxicación por alcohol o por narcóticos. Tendremos que esperar a ver el informe del laboratorio. Su hermano dio su conformidad para que se le practicara un análisis de sangre.

—¿Qué fue lo que hizo, capitán? Quiero decir, ¿cómo...?

Moorman volvió a consultar el informe.

—Cinco testigos le vieron golpear reiteradamente a Karyn Vale con una llave de hierro, que creemos pertenece al maletero de su propio coche. Sucedió en la terraza exterior de la taberna del Refugio Davos, en la Montaña de la Ermita, hacia las dos de esta madrugada. La víctima no tuvo ninguna opción a defenderse o huir. Supuestamente, Richard la golpeó más de veinte veces. La víctima ya estaba muerta cuando ingresó en la unidad de urgencias del Hospital del Buen Pastor en Braxton. Se le practicará una autopsia a fin de determinar la naturaleza exacta de...

—¿Dónde tienen a Richard?

—En la cárcel del condado, bajo sedantes.

—¿Puedo verle?

—No, hasta las dos de esta tarde. Entretanto, podría proporcionarnos una gran ayuda...

—¿Cómo?

—Nos gustaría saber más acerca de su hermano. Sabemos que es un estudiante graduado en Yale, trabaja en el departamento de publicidad de la universidad y a dedicación parcial en el *Register* de New Haven. Todo esto lo hemos deducido de los documentos que llevaba en su cartera. Pero tal vez usted podría contarme algo que..., digamos que contribuya a aportar alguna luz a los motivos que le impulsaron a esa acción. ¿Ha tenido algún problema de inestabilidad mental?

Conor vaciló unos instantes.

—Dejémoslo. Creo que no quiero hablar de Rich con nadie hasta después de haberle visto a él y de consultar con un abogado.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Moorman—. Dado que tanto usted como su hermano no son de este Estado, es posible que precise alguna orientación para elegir un abogado. ¿Por qué no se pasa por el despacho del defensor del pueblo cuando abran por la mañana para que le recomienden uno?

—Gracias —respondió Conor de un modo mecánico—. ¿Cuáles serán sus cargos, homicidio en primer grado? ¿Existe la pena de muerte en este Estado?

—Eso es competencia del tribunal de acusación. ¿Pena de muerte? No. El homicidio en primer grado conlleva una sentencia de treinta y cinco a cuarenta años de presidio.

—¿Se le puede conseguir la libertad bajo fianza?

—Lo veo muy improbable, dadas las circunstancias: la naturaleza del crimen, la inexistencia de vínculos locales y todo lo demás. Si desea asesorarse mejor, el juez

del Tribunal Superior del condado de Haden es Sam Bracken. Pero antes de entrevistarse con él procúrese asistencia legal.

—Lo haré. ¿Saben los padres de Karyn...?

—Acaba de serles notificado. Nos ha llevado un cierto tiempo poder localizarles. Estaban de vacaciones en Barbados.

—Yo..., creo que los llamaré. Pero no sé cómo ponerme en contacto...

—En esto no puedo ayudarle, señor Devon.

—¡Qué tragedia! Él quería de veras a esa chica. Yo no..., no puede ser. Porque... algo..., algo debe de haberle impulsado a ello. No ha sido culpa suya, no ha podido ser Rich.

Moorman le miró extrañado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quizá alguien le echó algo en la bebida. PCP, o alguna de esas drogas que enloquece a la gente. Rich no era un drogadicto, eso puedo jurárselo. Por Navidad estuvo dos días y medio en mi casa, creo que le conozco bastante bien. ¿Quiénes fueron los testigos? ¿Quién vio lo que ocurrió? ¿Es legal que yo hable...?

—No sé hasta qué punto resulta oportuno. Sin embargo, no podemos impedírselo. Todavía estamos interrogando a dos de los testigos presenciales. Todos ellos eran empleados o clientes del Refugio Davos. ¿Piensa quedarse en Chadbury?

—Sí. No sé dónde. Acabo de llegar.

—Una vez se haya registrado, háganos saber, por favor, dónde podemos localizarle.

—De acuerdo.

—Su rostro me es conocido. Sé que lo he visto antes en algún lugar.

—Soy luchador profesional. Bob O'Hooligan «el Irlandés».

—Exacto. Mi padre no se pierde ninguno de los combates de lucha libre que dan por televisión. Permítame expresarle de nuevo cuánto lo siento. Intentaremos ayudarle tanto como nos sea posible. Pida a la sargento Wilde que le facilite la dirección del despacho del defensor del pueblo. La tercera puerta que encontrará a su derecha al salir.

—¿Gina?

Conor volvía a llorar. Había tenido dificultades para marcar el número en las teclas de acero inoxidable del teléfono público.

—No me dejarán verle hasta las dos. Ahora estará durmiendo, probablemente; le han suministrado sedantes. La policía afirma que dijo cosas incoherentes. Parecía no saber dónde estaba ni qué había hecho. ¿Puedes imaginártelo? Quizá Rich ni siquiera sabe aún que ha matado a Karyn. Tendré que decírselo.

—¡Oh, Conor! —También ella luchaba por contener las lágrimas—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me he registrado en un hotel de Chadbury llamado Waites. Estoy en la habitación número 16. Quiero hablar con los chicos que vieron lo que ocurrió. Hay una joven llamada Caitlin..., y luego... No sé lo que haré. Tengo una lista de abogados para elegir. Abogados criminalistas. Rich debe tener un abogado cuanto antes, no creo que el defensor del pueblo pueda ocuparse de esto.

—Si no sabía lo que estaba haciendo, ¿no se podría alegar...?

—¿Demencia temporal? Supongo que sí. No logro entender qué puede haberle pasado. Rich es un muchacho temperamental, pero siempre ha jugado limpio. Así fue como yo lo eduqué. Se cortaría la mano antes de golpear a nadie con una piedra o un palo. Gina, no hay razón; no existe razón alguna que pueda haberle empujado a... A menos que él me diga lo contrario, pensaré que estaba drogado.

Gina acabó por estallar.

—¡Madre de Dios misericordiosa! Quiero estar allí contigo, Conor.

—Lo sé. Yo también te necesito. Reza por él, Gina. Si hay algo que pueda ayudarle, es rezar.

—Eso haré. Rezaré con todas mis fuerzas. Te quiero. Cuídate. Llámame cuando le hayas visto. ¡Pobre chica! ¡Rich la adoraba! Conor, ¿cuánto puede costar todo esto? Pagar a los abogados, quiero decir, ¿podremos afrontarlo?

—Eso es lo último en lo que se me ocurre pensar ahora, Gina —respondió él, con una sombra de irritación.

Se secó los ojos, inundados por el llanto.

—Perdóname, sé que no tengo derecho a decir eso. Rich es lo primero, tenemos que ayudarle. Podemos hipotecar la casa si es necesario. Estoy segura de que saldremos adelante. Escucha, tengo que llevarle la comida a Charley y acompañar a Hillary a su clase de *jazz*.

—Te llamaré más tarde a la tienda. Intenta no preocuparte demasiado.

Era la una y media de la tarde cuando Caitlin Miller despertó en la calurosa habitación del refugio que había compartido durante sus vacaciones en la nieve con su prima de Biloxi (Mississippi). Unas placenteras vacaciones que habían finalizado de una forma desastrosa. Décimas de segundo después de incorporarse en la cama regresó el recuerdo, atormentándola como la escena de una truculenta película de terror que estaba condenada a seguir viendo eternamente con el ojo de la mente. Respiraba con dificultad y padecía una descomunal jaqueca. Se llevó ambas manos a la congestionada cabeza y gimió lastimosamente.

Crystal salió del cuarto de baño, todavía mojada después de ducharse. Un leve barniz de pecas se extendía sobre sus hombros; no obstante, su piel era fresca y sonrosada como el corazón de una fresa recién cortada. Tenía unas pestañas húmedas, espesas y largas, y unos ojos de color marrón claro. Por debajo de su gorro de ducha asomaban unos achispados mechones.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó Crystal con voz cansina.

Caitlin, que hablaba y reía con un sonido nasal, lo cual la sacaba de quicio, había deseado durante mucho tiempo tener una voz parecida a la de su prima: lánguida, arrastrada, con inflexiones coquetas. Pero para eso tenía que haber nacido allí, entre los extensos maizales de Mississippi, un buen trecho al sur en la tierra del algodón.

—Hecha polvo.

—Yo también.

Pero los ojos de Crystal evidenciaban demasiada viveza para que Caitlin la tomara en serio.

—Quiero marcharme de aquí cuanto antes.

—Dijeron que podríamos irnos después de firmar la declaración. —Crystal se llevó un dedo a la sien en actitud reflexiva—. No importa lo que diga esa declaración.

Había una Crystal tímida y soñadora que los chicos perseguían en ruidosas pandillas, y por otro lado estaba la Crystal aplicada, con talento, estudiante en Rutgers, capaz de dominar desde la pizarra las mismas asignaturas que para Caitlin eran un tormento en el instituto: Química, Biología, Física...

Crystal se sentó en la cama junto a Caitlin, y apoyó las manos sobre sus rodillas.

—¿Quieres comer algo?

—No. ¿Por qué hace tanto calor en esta habitación?

—Esta mañana me he despertado tiritando, de modo que subí la temperatura del termostato. Bien, yo tengo hambre. —Miró interrogativamente a Caitlin—. ¿Por qué no nos vestimos y bajamos? Disfrutaremos de un poco de compañía, del calor del sol, de una reconfortante taza de chocolate caliente en la terraza...

—Eso si conseguimos eludir a los chicos, porque de lo único que se les ocurrirá hablar es...

Caitlin describió un trazo con el dedo índice sobre su garganta, en un gesto harto elocuente.

Crystal la miró, compasiva.

—Lo primero que debes hacer es olvidarlo. Yo lo hice.

—Pudo haber sido cualquiera de las dos —dijo Caitlin con una expresión lúgubre en su mirada, mordiéndose el labio inferior.

—¡No, Señor! Él no era un psicópata. Es decir, todas las intenciones que llevaba en la cabeza tenían que ver con su novia. Quién sabe qué es lo que ella hizo para merecerlo.

—¡Merecerlo! Su cabeza estaba partida por la mitad y los sesos le rezumaban por la cara. Tenía los huesos tan triturados que...

—¡Cálmate! Fue un crimen pasional. Ahora ya está hecho, y él recibirá su castigo. Aunque lo lamentemos no conseguiremos que esa chica regrese a la vida. Ahora, el único modo de que logres olvidarlo es haciendo meditación.

—¡Mierda! Yo no sé.

—Todo el mundo puede hacerlo.

—Tú sabes hacer todo cuanto yo no puedo hacer. Te tengo tanta envidia...

—¿Por qué me tienes envidia? Fíjate en la manera en que te deslizas por esas pistas. Dios, yo soy tan torpe con unos esquís que da risa verme. Vamos, te enseñaré a meditar. Sólo nos llevará unos pocos minutos. Te sentirás mucho mejor. Tienes la garantía de Crystal Kinsman.

Caitlin esbozó una sonrisa.

—Me gusta oírte hablar así.

—Afloja las manos y descruza las rodillas. Tiéndete y relájate.

—¿De veras te gustaba Warren? ¿Lo hice bien por esta vez, Crys?

—Lo hiciste de maravilla. Ahora escucha lo que voy a decirte. En primer lugar, ¿sabes lo que es...?

Sonó el teléfono. Caitlin se puso tensa y frunció el ceño.

—Más vale que no lo cojamos.

—¿Por qué no? Probablemente es tu familia, o la mía. Deben haberse enterado del asesinato y quieren saber si estamos bien.

Crystal se estiró sobre el cuerpo de Caitlin para descolgar el auricular y contestó al segundo timbrado. Escuchó.

—Sí, soy yo. Sí. Sí, fuimos nosotras. ¿Quién dice? —Sus ojos se ensombrecieron por un momento—. Entiendo. Sí, señor. Créame que lo siento mucho. ¿Cómo podemos ayudarlo? Bueno, ahora mismo estábamos tratando de olvidar...

Caitlin se cubrió la cabeza con las sábanas y se abandonó en la cama con un grito mudo de desesperación. Crystal escuchaba, hablaba y volvía a escuchar.

—¿Quién era? —preguntó Caitlin con voz amortiguada una vez que Crystal hubo colgado.

—Ha dicho que se llama Conor Devon. Es el hermano de ese chico. Quería saber

si disponíamos de unos minutos para hablar con él.

—No me lo digas. ¡No me digas que le has prometido...!

—Pobre hombre. Estaba hecho un mar de lágrimas. Es una tragedia terrible, Caitlin. Para la familia de ella y para la de él. Nadie comprende nada acerca de por qué o cómo sucedió. Yo creo que teniendo en vista que Dios quiso que estuviésemos presentes en esa taberna anoche, es nuestra obligación ayudar en todo cuanto nos sea posible.

—¡No pienso moverme de esta cama hasta que sea la hora de regresar a Mount Holyoke!

—No seas así.

—No había ni un solo centímetro cuadrado en su cuerpo que no estuviese...

—Ya basta. Ahora, vístete.

—¿Quieres decir que vendrá aquí, al refugio?

—Nos espera abajo, querida.

Caitlin permaneció inmóvil unos instantes. Después, retiró las sábanas y se dirigió resueltamente al cuarto de baño.

—¡Voy a volverme loca!

Dio un portazo. Crystal se volvió hacia la puerta y levantó algo la voz.

—Caitlin, ¿quieres ponerte el mono de color calabaza, o prefieres una falda de lana y una blusa?

Conor se dio cuenta inmediatamente de que Crystal Kinsman, de Biloxi, Mississippi, era en quien más podía confiar. La otra chica, Caitlin, que estaba recostada en su silla en la terraza de la segunda planta del hotel, parecía deprimida, malhumorada e irritable. Se tomó dos *bloody mary* con una pajita, cubriéndose los ojos con una mano a modo de visera, y observaba a Conor como si fuese el responsable de lo que Rich había hecho. Crystal cortó un emparedado Monte Cristo en pequeños trozos y comió tranquilamente mientras respondía a las preguntas de Conor.

—Estábamos tomando una última copa con nuestros amigos cuando ella entró en el bar.

Conor consultó sus notas.

—Los chicos son Warren Hasper y Jeff Pepperdine, ¿no es cierto?

—Sí. Warren era mi pareja, y Caitlin ha estado saliendo con Jeff durante un año.

—Es estudiante de último año en Williams —explicó Caitlin, removiéndolo caprichosamente su vaso.

—Como decía, la chica entró en la taberna, y no pude evitar fijarme en ella porque, siendo tan atractiva, no iba acompañada, ¿comprendes lo que quiero decir? Y el chico de la barra, no sé cómo se llama...

—Donald Ray Stemmons —dijo Conor.

—... le dijo que si quería tomar algo tendría que darse prisa, porque iba a cerrar. Ella le respondió: «No, sólo busco a una persona». Entonces describió a su novio al señor Stemmons, pero como estaba vuelta de espaldas no pude oír lo que decía. El señor Stemmons movió la cabeza en señal de negativa. En ese mismo momento, un chico borracho que estaba sentado delante de la barra se cayó del taburete y se quedó en el suelo, en una postura realmente cómica. —Crystal respiró hondo, se humedeció bien los labios y apartó la vista hacia los esquidores que evolucionaban por la ladera de la montaña—. Luego, tu hermano golpeó los cristales de las puertas de la terraza para atraer la atención de su novia.

Caitlin hizo una mueca y se encogió, hundiéndose un poco más en su silla, y se tocó un molesto grano que tenía en la base de su respingona nariz.

—Rich golpeó las puertas desde el exterior de la terraza. ¿Pudisteis verle la cara? —dijo Conor.

—No, señor, era imposible distinguirlo. Sólo se trataba de una silueta oscura. Y él la llamó.

—¿A qué distancia se hallaba Karyn de él?

—Oh, debía de estar a unos cinco metros. Al principio, ella no pareció reconocerle, o identificar su voz. Vi como dudaba. Luego, cuando volvió a llamarle con una voz amortiguada, como si llevara una bufanda tapándole la boca, la chica fue

directamente hacia las puertas y tiró un par de veces de ellas para tratar de abrirlas. Pero estaban congeladas.

—¿Y Rich siguió esperando allí fuera durante todo este tiempo?

—Sí, quizá a medio metro o un metro de las puertas. Pero ella no pudo moverlas, de modo que le dijo que entrara dando la vuelta por el vestíbulo. Él no se movió. Entonces ella preguntó al camarero si había otra forma de salir al exterior. El camarero se lo dijo, y la chica se fue. El señor Stemmons salió de detrás de la barra y nos dijo que tenía que cerrar. A continuación oímos gritar a la chica.

—No entiendo por qué tenemos que contar todo esto otra vez —se quejó Caitlin—. Ni siquiera quiero pensar en lo que ocurrió entonces.

—Es muy importante —dijo Conor— que yo sepa con toda exactitud lo que pasó.

Crystal se tomó tiempo para partir un pastelito por la mitad y bañar los dos trozos en una taza de chocolate caliente y humeante. Caitlin la contempló con exasperación y envidia.

—Lo que ocurrió a continuación fue bastante confuso para todos nosotros —explicó Crystal—. Porque al oír el primer grito, lo único que supimos fue que estaba ocurriendo algo terrible. Miramos al exterior, pero no se distinguía gran cosa. Tan sólo sombras.

—Yo sólo le veía a él —intervino Caitlin—. No podía ver a la chica porque él ya la había derribado; supongo que ella estaba en el suelo. Entonces él se inclinó sobre ella, o tal vez se arrodilló en la nieve, y levantó la mano. El camarero exclamó: «¡Mierda!», o algo por el estilo. Él se hallaba más próximo a la terraza que nosotros, y dijo que tu hermano llevaba algo en la mano y se disponía a golpearla de nuevo.

Conor se rascó su dolorida cabeza y dio un largo trago a la cerveza que había pedido.

—Pero —dijo Crystal— ella volvió a gritar antes de que él la golpeará por segunda vez. Y los demás, que nos habíamos quedado inmóviles unos segundos después de oír el primer grito, nos levantamos de un salto y corrimos hacia las puertas. Tiramos y empujamos como locos. Entretanto, los gritos se sucedían en la terraza. Ella se levantó un par de veces, Dios sabe cómo, tambaleándose y describiendo círculos en la nieve; trataba de mantener la cabeza erguida mientras él se tomaba un descanso. Luego volvió a golpearle con el objeto que llevaba en la mano. Finalmente, la chica no se movió. Nosotros gritamos también, al tiempo que golpeábamos las puertas. Él no nos prestó atención, ni siquiera se fijó en lo que hacíamos. Siguió descargando golpes sobre la chica con esa porra, o llave, o lo que fuese...

—Era una enorme barra de hierro —dijo Caitlin. La tensión se extendía por todo su cuerpo—. La vi algo más tarde, después de que él la hubiera dejado caer. Estaba recubierta de sangre, trozos de piel y sesos.

Caitlin tosió ásperamente y apartó su bonito rostro de los otros dos. Conor miró a Crystal con ojos tristes y enrojecidos.

—Ya sé que escuchar todo esto tiene que resultar muy duro para ti —dijo Crystal, comprensiva.

—¿Cómo actuó Rich entonces?

—No puedo decírtelo. Nunca llegué a acercarme a él. El señor Stemmons hizo que nos apartáramos y rompió los cristales de las ventanas con un taburete. Seguidamente salió a la terraza, con los chicos tras él. Fueron muy valientes, porque todos creíamos que tu hermano podía llevar también un cuchillo o un rifle. Yo fui a buscar un teléfono y llamé a la policía. Cuando regresé al bar, todo había terminado. Había llegado más gente, deseosa de averiguar qué ocurría allí. Aquello era un manicomio. Confieso que no me atreví a acercarme más. Ella estaba tendida sobre la nieve, boca arriba según creo, pero como si se hubiera caído de lo alto de un edificio de veinte pisos. Tu hermano... bueno, estaba rodeado por tres chicos robustos: Warren, Jeff y el camarero. Caitlin también estaba allí.

—Yo... —Su voz traicionaba una cierta tendencia a graznar. Se aclaró la garganta, no sin esfuerzo—. Yo traté de ayudar a la chica, pero, para entonces, ya no había nada que hacer. Era un amasijo de carne y sangre. Cuando yo tenía quince años, volvía a casa de un partido de fútbol que unos amigos habían jugado; íbamos en varios coches en caravana, y el primero chocó de frente con un camión enorme. En ese coche viajaban seis chicos, y creo que tres de ellos murieron en el acto. Nada más verlos, inmóviles sobre la calzada, me di cuenta de que ya no había esperanza.

—¿Cómo actuaba Rich? —preguntó Conor a Caitlin.

Pero ella estaba inmersa en sus pensamientos sobre la muerte, esa ruleta funesta que obligaba a apostar a todos los usuarios de las carreteras. Se hallaba sumida en la contemplación de su propia vulnerabilidad, y era incapaz de seguir hablando.

—Warren dice que actuaba como un loco —apuntó Crystal.

—¿Como un loco?

—Al parecer, hablaba consigo mismo. Dijo que ella era una furcia y merecía morir, que se acostaba con el primero que le salía al paso, y cosas por el estilo. Discúlpame, pero esas fueron las palabras que quienes lo rodeaban pudieron entender. Otras veces hablaba en una lengua extranjera, o quizá tan sólo farfullaba. Los chicos lo tenían bien cogido, pero aun así, intentaba acercarse a ella cada cierto tiempo. Decía: «Vamos, Karyn. Levántate», como si estuviese realmente sorprendido de verla allí tendida. «Vamos a la cama», dijo también. Quiero decir con esto que se comportó de una forma irracional, después de lo que le había hecho a la chica. No quisiera herir tus sentimientos, Conor.

Él escuchaba con el rostro entre las manos.

—Continúa.

—Los polis tardaron mucho tiempo en llegar, aunque no sabría decirle cuánto. El señor Stemmons volvió a abrir el bar, gracias a Dios. Nos interrogaron allí, y luego nos llevaron a la jefatura hasta... ¿A qué hora hemos salido esta mañana, Caitlin?

—No me acuerdo. —Aspiró por la nariz y miró severamente a Conor—. Tu

hermano sabe muy bien lo que hizo. Sólo estaba representando una escena. Ahora, es probable que le suelten. Por eso estoy tan..., tan disgustada. Ningún castigo es lo bastante duro para él, y sin embargo... —sintió un nudo en la garganta y empezó a sollozar—, sin embargo, todo el mundo dirá: «Pobre chico, no sabía lo que hacía». ¡Mierda!

—Supongo —dijo Crystal, ignorando a su prima— que no tienes ni idea de cómo pudo hacer algo tan terrible.

—Yo sólo sé que quería mucho a Karyn.

—¿Lo has visto ya?

—No. —Conor consultó su reloj—. Ahora regresaré a Chadbury.

—Voy a telefonar para que me digan si tienen esa declaración lista para firmar —anunció Caitlin.

Se levantó, nerviosa, se echó un chubasquero sobre los hombros y abandonó la mesa sin dirigir a Conor una sola palabra o una mirada.

—Por lo general, no se muestra tan antipática —explicó Crystal—. Es sólo que está muy afectada por todas las emociones de estas últimas horas. Claro que eso no es nada comparado con la situación que tú debes de estar pasando. Créeme que lo siento mucho. Me doy cuenta de que tu hermano y tú estabais muy unidos.

—Será mejor que me vaya. Gracias por hablar conmigo, Crystal. Cuídate mucho.

Crystal despachó el último trozo de su emparedado Monte Cristo y lo miró. En esa tez delicada y sonrosada, que ni los bocadoillos ni la devoción por el chocolate habían logrado estropear, en esa sonrisa ilusionada como la de un niño diciendo sus oraciones, Conor adivinó una ternura y una pureza de espíritu que lo conmovieron hasta lo más profundo de su ser. Ambos se estrecharon fugazmente la mano y se separaron.

Antes de abandonar el refugio, Conor quiso echar un vistazo a la terraza, pero la Unidad de Investigación Criminal había acordonado la zona. Tampoco desde el interior de la taberna podía observarse gran cosa; el cristal roto de la puerta había sido cubierto. Averiguó que Donald Ray Stemmons no se reincorporaría a su trabajo hasta la noche siguiente. Conor deseaba tomarse un *whisky*, pero se lo negó. Cogió su Lincoln y se dirigió hacia Chadbury con la intención de visitar a Rich.

La cárcel estaba ubicada en un ala del Palacio de Justicia del condado. Conor tuvo que dejar en la entrada casi todo lo que llevaba encima, incluido el dinero y una bolsita de caramelos de menta. Le permitieron llevar el crucifijo con la gruesa cadena de oro alrededor del cuello y su breviario de bolsillo.

Luego le hicieron pasar a la pequeña sala de visitas, prácticamente desprovista de mobiliario exceptuando un par de bancos de metro y medio de largo atornillados al suelo y enfrentados entre sí. No había ningún tabique que separara los dos bancos. La puerta era de acero, y tenía una ventanilla que permitía observar el interior de la estancia. El fluorescente estaba empotrado en el techo y cubierto con una reja de alambres, y las dos sucias ventanas tenían rejas semejantes. El suelo aparecía enlosado con gastadas baldosas de asfalto de un deprimente tono grisáceo. No había nada que mirar, mientras aguardaba a que su hermano compareciera, salvo un rótulo en una de las paredes que prohibía fumar. No tardó en caer en la cuenta de que aquel lugar era una sutil sala de tortura, provista de una arquitectura equivalente a un cilicio. Conor se había pasado el día transpirando a pesar de la fría climatología del mes de enero, y notaba su propio olor. La piel bajo su barba estaba irritada y le escocía. Le dolía demasiado la espalda después de tantas horas tras el volante como para permitirse el lujo de sentarse. Empezó a deambular por la habitación e intentó leer las Escrituras mientras esperaba, pero las reverberaciones evangélicas, en lugar de tranquilizarlo, le exigían una excesiva concentración y le producían jaqueca.

Finalmente las puertas se abrieron con un fuerte ruido metálico de llaves y cerrojos. Un guardia escoltó a Rich al interior de la sala y cerró la puerta tras de sí.

Los dos hermanos permanecieron distanciados a un par de metros entre sí, sin atreverse a hablar durante unos instantes. Conor estaba demasiado turbado como para decir nada. Rich llevaba el mono caqui reglamentario de la prisión y una chaqueta de algodón con una capucha muy ajustada a la cabeza que le confería un aspecto de monje. Su rostro estaba pálido como el mármol y tenso por el sufrimiento. Tenía los pies desnudos, protegidos tan sólo por un par de zapatillas de pana. Se oía el castañeteo de sus dientes. Sobre el labio superior había restos secos de mucosidades. Necesitaba un afeitado. Parecía encogido sin sus zapatos. Tenía los labios azulados, y había confusión en sus ojos. La visión de su hermano, presente en carne y hueso, chorreando sudor, presa de la ansiedad, le había cegado momentáneamente.

—¡Conor!

—Oh, pequeño. ¡Que Dios te ayude!

Se abrazaron. Rich lloraba. Sus sollozos emergían como del fondo de un pozo abandonado del espíritu. Las exhalaciones de dolor resultaban tan conmovedoras que asustaron a Conor y le recordaron por qué había dejado el sacerdocio.

—Karyn está muerta.

Podía haber sido una pregunta. Conor se limitó a asentir, desconfiando de su propia voz.

—Pero yo..., ¡no sé cómo pudo ocurrir! Yo estaba allí..., sólo que, en realidad..., no era como... estar allí.

—¿Qué quieres decir?

Conor frunció el ceño y puso una mano sobre el hombro de su hermano, dándose cuenta de su desconcertante comportamiento. Los ojos de Rich reflejaban un fervor enfermizo, un intelecto inocente.

—¡Es la verdad! —exclamó Rich—. Se lo dije al doctor. No le dije nada más. Pero no me creyó.

La emoción se encendió un instante en su rostro como por efecto de un hilo incandescente. Se escrutaron mutuamente. Conor se mordió la lengua para reprimir los dolorosos retortijones que sentía en el vientre.

—Tú tampoco me crees.

Rich estrechó las manos de Conor entre las suyas. El contacto fue peculiarmente desagradable, como si las manos de Rich no tuvieran piel y fuesen muñones de carne muerta. Las uñas eran de color morado, todavía manchadas con la sangre y los tejidos de Karyn. Conor luchó con el nudo que le obstruía la garganta. Su sangre estaba helada. Entonces aborreció a Rich con una intensidad que hizo reaccionar al muchacho; sus ojos brillaron evidenciando un aterrado reconocimiento.

Conor experimentó una oleada de vergüenza que arrastró la destructiva emoción, la traición a su relación fraterna.

—Te sacaré de aquí, Rich. Te conseguiré un abogado condenadamente bueno, y un sacerdote.

Rich desvió la mirada.

—Eso no servirá de nada —dijo con frialdad. Conor tuvo la sensación de estar hablando por momentos con dos personas completamente distintas—. Yo maté a Karyn. ¿No crees que merezco morir?

Rich miró a Conor y volvió a apartar el rostro con una evasividad repentina y espeluznante. Sus ojos estaban muy abiertos, anclados en un ensimismamiento demencial, y tenía la boca torcida en una mueca que denotaba diversión.

Para combatir aquella sonrisa, Conor zarandeó a Rich, reajustando su expresión como la de un astuto muñeco de tamaño natural.

—¡No, Rich! Te equivocas. Lo que ocurrió no fue responsabilidad tuya. Debías de estar drogado. Mírate. Todavía surte efecto en tu organismo. Alegaremos eso en el

juicio. Ningún jurado...

La ronca risa de Rich le perforó los tímpanos. Conor estuvo a punto de empujarlo.

Vislumbró un rostro amorfo vigilándoles desde la ventanilla de observación de la puerta, un ojo redondo y suspicaz que le recordó, irracionalmente, el concepto infantil del Dios omnipresente y omnisciente como el ojo del calamar gigante de la película *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Al cabo de unos instantes el rostro se apartó de la ventanilla, dejando en Conor una fría sensación de opresión.

—¡Rich! ¡Rich! ¡Vuelve en ti!

El muchacho había estado murmurando palabras que a los oídos de Conor resultaban desconocidas y paganas. Rich alzó la mirada, desconcertado ante la brusca interrupción de la voz de su hermano. Enmudeció, y la expresión de su rostro se relajó. Los ojos se le entornaron y la coloración del rostro se hizo más pálida de lo que ya estaba. Al cabo de un largo rato lleno de incertidumbre, durante el cual Conor se sintió irresistiblemente atraído hacia las tinieblas y profundidades donde había desaparecido su hermano, Rich regresó a la vida. Era como un rostro medio ahogado que se asomase de forma gradual a la luz del día.

—¿Drogado? Es posible. Quisiera que... la causa de lo que sucedió se limitara sólo a esto. Aunque es peor, Conor. —Se recreó en esa palabra—. Peor. —Tomó asiento en uno de los bancos, con las manos cruzadas entre sus rodillas—. Y tú eres el único que... que puede ayudarme ahora.

—Haré todo cuanto esté en mi mano, pequeño. Y con la ayuda de Dios sé que podremos...

Rich despreció la sugerencia con un significativo gesto de los hombros y una mueca de desdén. Ahora se parecía más a como era él por lo general. Sus músculos faciales se contraían irregularmente bajo la piel como si fuesen gusanos. Los rasgos de personas ajenas se habían desvanecido. Ciertas drogas producían esa clase de efectos, Conor lo sabía bien. Había visto la acción de gran diversidad de drogas tanto durante su infancia, en el barrio de Boston donde vivía, como ejerciendo el sacerdocio. Conocía de primera mano los efectos esquizofrénicos que el LSD, la heroína e incluso la cocaína podían generar en muchachos que habían sido normales. Quienquiera que le hubiera hecho esto a Rich, tenía el infierno bien ganado. Sintió un pequeño hormigueo en la espina dorsal, y una corriente eléctrica en los huesos. Se sentó frente a su hermano, inclinándose hacia él.

Rich miró hacia la puerta. Nadie les observaba.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó con calma.

—No lo sé. De algunos minutos más, supongo. Pero volveré.

—Él también volverá —replicó Rich. Se estremeció, aunque no tenía frío. Sus poros se habían abierto y el sudor corría por su rostro. En el dorso de sus manos brillaban pequeñas gotas de transpiración. Habló atropelladamente, casi en un susurro—. Encuéntralos, Conor. Hazlo por mí. A Windross. A Polly. Bueno, creo que Polly está muerta también. Escucha la cinta que llevo en el coche, la cinta del contestador

automático. Así es como empezó todo, con Polly.

Hablaba cada vez más rápido, sin detenerse a tomar aliento. Parecía estar sometido a una tremenda presión interna.

Conor, aunque apenas comprendía una sola palabra de lo que Rich le estaba diciendo, sufría por él. Se acercaron más uno a otro hasta que sus cabezas casi se tocaron en una postura confidencial.

—¡Y a Inez! Inez Cordway. Así se llama ahora, pero antes su apellido era Courdewayne. —Deletreó el apellido y asintió, humedeciéndose los resecaos labios con la lengua—, Inez sabe la verdad. Ella es real. Sé que es real. De los demás..., no estoy tan seguro. Busca a Inez, de todos modos. Puede contarte todo lo que me ocurrió. Pero si te ofrece vino..., ¡por el amor de Dios, Conor, no bebas! —Conor se recostó en su asiento. El tono de voz de Rich estaba consiguiendo aterrorizarle. Los ojos de Rich topaban con los suyos y los rehuían de inmediato—. ¡Yo sólo quería ayudar a Polly! Hay muchas cosas que no logro recordar. No creo que él quiera llevarse a mi también.

El rostro de Rich adquirió un color rojo intenso. Hizo una pausa para respirar.

—No puedo seguirte... ¿De quién estás...?

—¡No, Conor! Escúchame. Recuerda bien esto. Ahora él no está aquí. Pero sé que volverá, y entonces... no sé lo que me incitará a hacer. Soñé..., soñé que era una mosca que revoloteaba por el techo de mi celda. Creo que sólo era un sueño. ¿Me estás escuchando? Ve a la residencia de los Courdewayne, en Ripington Four Corners. Pregunta en la ciudad..., cualquiera puede indicarte el trayecto hasta la casa. Todo cuanto recuerdo es... que nevaba. Nevaba intensamente. No puedo..., ahora es sólo una imagen borrosa.

Rich volvió a ponerse rígido. Sus ojos estaban cerrados, retirándose detrás de los párpados como atraídos hacia el vacío. Las tinieblas, grandes masas de oscuridad, se cernían a su alrededor. Empezó a tambalearse a ambos lados. Conor le sujetó.

La cabeza de Rich se movía de una forma vertiginosa: parecía tratar de seguir las evoluciones de algo invisible que volaba velozmente por la habitación. Pero sus ojos permanecían cerrados.

—¡Mira! ¡Mira! —gritó—. ¿Qué es? Una especie de...

Se sacudió como si hubiera recibido un fuerte golpe en el plexo solar. A continuación, durante quince o veinte segundos, permaneció en un estado cataléptico, sin respirar, perdido en las profundidades donde estaba Dios. O algo condenado por Dios a persistir eternamente oculto. Los sentidos de Conor se devanaban como un sedal; apenas podía controlar su propia respiración.

—Señor, sálvale —rezó.

—Me siento mal, Conor —gimió Rich, recobrando el aliento, aunque todavía inmóvil.

—¡Señor! —volvió a decir Conor.

Era la voz de un niño lo que acababa de oír.

El semblante de Rich regresó a la claridad, manchado por un estigma de dolor. Sus ojos se abrieron, y miró a su hermano mayor.

—¡Volaba hacia mí, Conor! Haz que se marche. —Contorsionando el rostro, el valiente muchacho estaba determinado a contener el llanto. No obstante, un hedor a orina flotaba en el ambiente. Se lo había hecho encima, y el líquido descendía por su pierna—. Me tiene en su poder. ¡Está dentro de mí, Conor! Mató a Karyn. Me obligó a golpearla, una y otra vez..., hasta que murió.

—¿Qué estás diciendo?

Conor levantó la cabeza de su hermano. Advirtió que algo desaparecía de los ojos de Rich. Esa rápida y sombría huida de una influencia maligna hizo temblar a Conor. Pero la expresión infantil de Rich persistía.

—¡El demonio!

—¡Madre de Dios! ¿Intentas decirme que estás... poseído?

Rich lanzó un histérico grito, golpeándose contra el banco. La capucha se le cayó de la cabeza. Su mirada parecía fragmentada en mil pedazos, dividida en haces de luz. Su voz volvió a cambiar.

—Polly. Traté de ayudar a Polly. Pero ella también murió. Eso fue..., después se apoderó de mí. Pobre Polly. ¡Pobre Richard! Se incorporó de un salto. Sus manos palparon el rostro de Conor, su barba. Tú eres sacerdote, Conor. Puedes ayudarme, ¿verdad? ¡Expúlsalo de mí! ¡Antes de que me obligue de nuevo a hacer algo terrible!

La puerta se abrió e irrumpió el guardia, con una porra colgando de su cinturón de piel.

—¿Qué está pasando aquí?

Conor le dirigió una mirada de impotencia, mientras sostenía a Rich por las muñecas.

—Ha sufrido un ataque. Está enfermo. ¡No haga eso!

El guardia había desenfundado su porra.

—¿Cree que se recuperará?

—Sí. Sí.

Conor acomodó a Rich en el banco. El muchacho se abandonó en él en una patética postura, estremeciéndose. Tenía una mejilla amoratada que empezaba a hincharse por efecto del impacto de la mano de Conor. Una única lágrima descendía lentamente por su dolorida mejilla.

—Debería estar en un hospital, no en la cárcel —dijo el atribulado Conor.

El guardia miró con prudencia a Conor, todavía con la porra en la mano.

—Tengo que llevármelo.

—¿Para meterle en una celda? ¡Mírele!

—Yo no puedo hacer nada. —El guardia sacó el pecho y añadió en un tono de piadosa crueldad—: ¿Acaso ha olvidado por qué está aquí? Dijeron que la chica ni siquiera tenía rostro cuando él hubo terminado.

—Cállese —le ordenó Conor con calma, aunque las venas de su frente latían

considerablemente hinchadas.

El guardia, manteniendo el banco entre Conor y él, se inclinó y levantó a Rich. Le esposó con una sola mano con la destreza del mago que inmoviliza a su ayudante. Conor no se atrevió a mirar.

—Te has meado en los pantalones, ¿eh? —dijo el guardia, malhumorado—. Vamos.

—Recuerda —susurró el muchacho—. Windross. Courdewaye. Ayúdame.

Rich siguió al guardia tropezando y arrastrando los pies, con la cabeza gacha. Chocó contra una pared y se golpeó en el codo, lo que le hizo gritar de dolor. El grito liberó a Conor de su parálisis y trató de seguirles, pero fue detenido por una puerta blindada y cerrada.

—¡Te conseguiré ayuda, Rich!

Pero ya sólo vio la espalda del preso. Los contornos de sus hombros bajo el mono sobresalían exageradamente por la tensión de las manos esposadas detrás de la espalda. Conor no tuvo la certeza de que el muchacho le había oído mientras era conducido por una ruidosa escalera de hierro.

La visita de Conor al padre franciscano, el único sacerdote de la pequeña parroquia de Chadbury, fue decepcionante. Para empezar, el padre Gregus vio interrumpida su siesta por el ama de llaves de la rectoría, una mujer suizo-alemana que hablaba un inglés casi incomprensible y que reprochó la ignorancia de Conor de la rutina del lugar. El horario en que el sacerdote atendía a los fieles de su parroquia estaba claramente anunciado en un cartel fijado en la puerta de la rectoría. Conor adujo que se trataba de una urgencia y fue recibido en un minúsculo despacho cuya única luz procedía de las llamas azules de una estufa.

El padre Gregus, vestido con sotana marrón y sandalias, era un hombre de avanzada edad y algo duro de oído. Sólo le faltaba un año para jubilarse. Había escuchado algo sobre el asesinato, por el cual sentía una gran repulsión. Los constantes aclaramientos de su garganta, variados en tono, duración y profundidad, componían una especie de lenguaje que sugería una absoluta falta de simpatía. Sin embargo, cumpliría con su deber mientras siguiera siendo un alma católica en peligro. Se brindó, después de prometer que haría una visita a Rich, para escuchar la confesión de Conor. Éste declinó el ofrecimiento y prefirió invertir su tiempo rezando ante el altar del santuario.

Solo, de rodillas, experimentó una terrible debilidad; su mente estaba bloqueada, se negaba a funcionar, y ni siquiera le capacitaba para rezar sus oraciones. En aquella capilla acusó las consecuencias de su desapego religioso como si la sombra del ángel de la Anunciación que presidía la puerta del presbiterio hubiese caído sobre su espalda con el peso de una roca. Encarado a la sublime agonía del Señor, no hacía más que oír la voz de su hermano.

«Courdewaye. Windross. Polly. ¡Encuéntralos, Conor!».

Regresó al edificio de la jefatura de policía y allí preguntó por el capitán Moorman, que ya se había marchado a su casa hasta el día siguiente. Conor contactó con él por teléfono.

—¿Ha visto a su hermano?

—¡No sé a quién he visto! Se le parecía tan poco... Quisiera comentarle una cosa. Sé que no le corresponde estar en una celda de la cárcel. Es obvio que está muy enfermo. Sufre alucinaciones. Precisa asistencia médica. ¿No pueden trasladarle a un hospital?

—Los servicios sanitarios son limitados en esta ciudad. Sólo el hospital psiquiátrico del Estado dispone de un pabellón equipado para tratar a pacientes homicidas. Pero en este caso se requerirá un análisis psiquiátrico, y esto escapa a mi jurisdicción.

—¿Quién era el doctor que le vio esta mañana?

—¿Harbison? Todo cuanto puede hacer es tranquilizar a su hermano.

—Es mejor que nada —murmuró Conor.

—¿Se ha entrevistado ya con un abogado?

—No he tenido tiempo. ¿Qué ha ocurrido con el coche de Rich?

—¿El Porsche? Lo tenemos en el depósito.

—Me gustaría echarle un vistazo.

—¿Para qué?

—En el interior del coche hay algo que Rich quiere que recoja. Una cinta de cassette. Dijo que era de su contestador automático.

—¿Por qué quiere que la recoja?

—Tiene algo que ver con una chica llamada Polly. Rich quiere que la encuentre.

Moorman consideró el tema y dijo:

—Los objetos que había en el coche fueron recogidos junto con la ropa que tenía en la *suite* del Refugio Davos. Todo ello fue depositado en el departamento de objetos personales de la policía. Yo no puedo restituírselos, pero tal vez consiga que le dejen escuchar esa cinta mañana. Ni que decir tiene que también a mí me interesa escucharla.

—Gracias.

—Esa Polly, ¿es acaso otra novia suya?

—Nunca le había oído hablar de ella hasta hoy. Pero Rich mencionó los nombres de varias personas que al parecer conoció aquí: Inez, Windross y Polly. Dijo que ellos sabían la verdad de lo que le ha sucedido.

—¿Qué quiso decir con eso?

—No lo sé, capitán. Dijo que había estado tratando de ayudar a Polly, sea quien fuere. Los dos se hallaban en un lugar conocido como la residencia de los Courdeawaye, en Ripington Four Corners. ¿Le sugiere algo ese sitio?

—Ripington Four Corners está a unos treinta kilómetros al norte de aquí, pero jamás he oído hablar de ninguna residencia de los Courdeawaye. ¿Es un hotel?

—No tengo ni idea. Pero, después de haber hablado con Rich, estoy convencido de que algo le ocurrió allí que tuvo... unos drásticos efectos en su comportamiento, y que, probablemente, le impulsó a matar a Karyn.

—Si se está refiriendo a drogas, le puedo asegurar que no se trata de eso. El análisis de sangre ha revelado la presencia de alcohol, pero en una proporción muy inferior al nivel establecido legalmente para hablar de embriaguez.

A Conor no se le ocurrió nada más que decir. Al otro extremo de la línea telefónica, en casa del policía, ladraba un perro, unos niños se peleaban y funcionaba un televisor. Sintió un nudo en la garganta al pensar en su propio nido, en esa reconfortante confusión de la vida familiar. El capitán acababa de comunicarle que Rich no estaba drogado. Era un duro golpe, una pérdida de esperanza. ¿Acaso Rich se había vuelto loco, sin una razón aparente? ¿Tal vez estaba aquejado de un tumor cerebral? Se resistió a considerar la tercera posibilidad, en la que el propio Rich había insistido.

«¡El demonio!».

La palabra estalló como una bomba dentro de su cerebro, y proyectó un resplandor cegador que hizo palidecer a Conor.

«¡Me tiene en su poder! ¡Está dentro de mí, Conor! ¡Mató a Karyn!».

—¿Oiga?

—Oh..., disculpe. Gracias por dedicarme su tiempo, capitán Moorman. ¿A qué hora puedo verle mañana para escuchar esa cinta?

—Las nueve de la mañana sería bastante buena.

Conor regresó al Hotel Waites. Eran poco más de las seis, y la hora del cóctel había terminado. Una campanita llamaba a la bulliciosa multitud de esquiadores al comedor para la cena. Percibió el sugerente olor a asado y a pan cocido y sintió hambre, pero el acto de comer suponía un ritual que le exigía una cierta preparación. Pidió un *whisky* en el pequeño bar ubicado en un rincón del amplio vestíbulo, donde el humo de los cigarrillos flotaba espectralmente en el ambiente, y se sentó en un sofá situado ante el fuego para degustar su bebida. Sabía que debía llamar a Gina, pero no tenía idea de qué decirle.

—¿El señor Devon?

Conor se volvió, disgustado. Vio a un hombre de unos treinta años de edad que vestía un traje marrón de tejido de lana, camisa azul con el cuello desabrochado y corbata de reps. Tenía el cabello castaño, cortado a navaja, y un espeso bigote que amenazaba con ocultarle el labio superior. La mujer que estaba junto a él aparentaba la misma edad, y era bastante bonita. Sus incisivos superiores, separados de una manera frívola, compensaban en parte el peso de sus pobladas cejas. Ambos lucían la sonrisa reglamentaria de los mormones, o de los periodistas de la prensa sensacionalista.

Conor quiso mostrar rudeza con ellos, pero se limitó a encogerse de hombros y a desviar el rostro en dirección al fuego. Un tronco se partió, desprendiendo chispas incandescentes que volaron como meteoritos hacia la negrura de la chimenea. El joven rodeó uno de los brazos del sofá y le ofreció su mano.

—Me llamo Adam Kurland. Y ésta es mi asociada, la señorita Lindsay Potter.

—Encantado —dijo Conor sin ningún entusiasmo, demostrando un cierto esfuerzo al estrecharles la mano.

El joven no se amilanó. Era más musculoso y robusto de lo que Conor había creído a primera vista. Decidió dejar de ser descortés, relajó su mano y saludó amablemente a la chica con la cabeza.

—¿Son periodistas?

—Abogados —respondió Kurland, al tiempo que le pasaba su tarjeta, grabada en relieve en dos colores: azul marino y oro. Asumía una digna presencia entre los dedos de Conor, sugiriendo formalidad y confianza—. Somos de la Kurland Bates Harpold, de Braxton. ¿Conoce Vermont?

—He luchado aquí algunas veces, en Burlington y Rutland.

—Oh —dijo Lindsay Potter, arqueando levemente sus pobladas cejas—, ¿es usted profesional?

—En efecto. Utilizo el nombre de Bob O'Hooligan «el Irlandés».

Debería encargarse de sus propias tarjetas: «Rompedor de huesos y espectáculos diversos».

Ella asintió, pero era evidente que el nombre no le decía nada. Conor advirtió que la chica le gustaba. Tenía el cuello largo y adoptaba una postura de marimacho. Sus ojos eran vivos e inteligentes, de color de avellana, aunque tendían a un tono cobrizo por la incidencia de la luz del fuego. Los huesos de las muñecas, los lóbulos de las orejas, perfectamente vulgares, el triple collar de cuentas azules..., todo en ella revelaba el mismo origen social que Conor. Él había conocido muchas mujeres como ésa, nacidas con la suficiente vitalidad intelectual como para escapar de su barrio en Dorchester, que acababan comprometiéndose en un sofocante matrimonio con muchos niños. Algunas se metían a monjas. La que tenía ante él, concretamente, había estudiado en un buen colegio, lo cual había contribuido a mejorar su acento. Sin embargo, nadie le había enseñado aún cómo debía vestirse. Llevaba un discreto traje, demasiado pardo para el tono de su piel. El color de labios resultaba inadecuado. La elección de su atuendo, no obstante, no limitaba sus encantos, sino que incluso la hacía más interesante.

—Braxton es la tercera ciudad de Vermont —le explicó Kurland—. Está a unos veinticinco kilómetros de aquí, en la orilla del río Connecticut.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Conor, no muy interesado.

Kurland no vaciló:

—Quiero defender a su hermano.

Conor respiró profundamente y se acomodó mejor en el sofá. Decidió ignorar las punzadas de dolor procedentes de su región renal. Alzó su vaso, miró el fuego a su través, ahora de color ámbar, y bebió un trago.

—Parece usted muy joven para dirigir su propio bufete.

—Fueron mi abuelo y mi padre quienes fundaron la sociedad. Pero ahora soy el único Kurland que trabaja en ella. Tengo treinta y dos años de edad. Mi oficio se restringe al derecho criminal.

—¿Traficantes de droga? ¿Violadores?

—También he defendido a tres supuestos homicidas en los últimos dos años. Dos de ellos fueron absueltos, el tercero está internado en el hospital psiquiátrico.

—Este caso podría escaparse de su jurisdicción, señor Kurland. ¿Sabe quién era Karyn? Me refiero a si conoce a su familia.

Esta pregunta no desconcertó al joven abogado.

—He reunido bastante material sobre los Vale desde las ocho y media de esta mañana. —Miró hacia el comedor, donde se estaba sirviendo el primer turno de la cena—. ¿Ha cenado ya, señor Devon?

—Todavía no.

—Linds y yo conocemos un buen restaurante en Talbot especializado en bistecs. Se llama Morecambe's. ¿Ha comido allí alguna vez?

—No.

—Le ruego que acepte ser nuestro invitado. Me gustaría convencerle de que soy el hombre más adecuado en todo el estado de Vermont para defender a su hermano.

Estoy dando por supuesto que no ha consultado a ningún otro abogado.

—Acabo de llegar.

Conor observó a Kurland, quien se mostraba serio y sosegado, excepto por el hábito de hacer girar su reloj de correa elástica alrededor de su muñeca, como si estuviera dándose cuerda a sí mismo para afrontar una nueva fase de su metódica estrategia de venta. Miró también a la joven Lindsay, que sonreía con amabilidad y parecía solidarizarse con Conor en su dilema.

Aunque no contratara los servicios de Kurland, pensó que podía obtener algunas orientaciones gratuitas acerca de lo que debía hacer y a quién podía consultar sobre las condiciones mentales de Rich. Conor se incorporó del sofá y les acompañó fuera del hotel.

Morecambe's no era más que una cervecería cuyas paredes estaban chapuceramente decoradas con revestimientos de madera, sin ventanas ni apenas luz suficiente para leer la carta. Pero el caso es que ni siquiera había carta. El cliente elegía su bistec de un aparador, lo hacía asar o freír, se servía una guarnición de arroz si lo deseaba y lo acompañaba de una ensalada escogida de la variedad que ofrecía un mostrador situado al final del local. Todo el mundo tomaba *whisky* mientras esperaba su bistec.

—Ahora, convénczame —dijo Conor.

—Fui el tercero de mi promoción en la facultad de Derecho de Georgetown. Allí me inscribí en todos los cursillos de derecho criminal que se ofrecían. Ya sé que eso no basta para formar a un buen profesional. En primer lugar hay que tener talento, y en segundo lugar es necesario perfeccionarlo en la sala de un tribunal. Yo he tenido la ventaja de crecer viendo cómo trabajaba mi padre en los tribunales. Era uno de los mejores abogados criminalistas de Nueva Inglaterra. Cualquiera podría garantizárselo a usted.

—¿Cuánto tiempo lleva en esto?

—Ocho años.

—¿Y usted, Lindsay? ¿Es también abogada?

—Sí. Me licencié en la universidad de Boston. He trabajado con Adam, quiero decir, en la Kurland Bates Harpold, durante cuatro años.

En el centro de la mesa había una enorme vela. La chica se hallaba sentada delante de Conor. Sus ojos, como los de una adivina, estaban iluminados mientras que la mayor parte del rostro persistía en la vacilante penumbra. Empezaba a sentirse un adicto a esos ojos. Eran tan poderosos como la mostaza china.

—¿Por qué quiere defender a Rich? —preguntó Conor a Adam—. ¿Cree que tiene alguna opción a ser defendido?

—Por supuesto. Antes de explicarle el cómo y el porqué de mi interés por defenderle, quiero hacerle saber que existe una posible alternativa al juicio. Considerando la violenta naturaleza del crimen, Richard será acusado sin duda de homicidio en primer grado. Si le condenan, no hay una sentencia obligatoria, sino una

sentencia mínima de treinta y cinco años de reclusión, que el juez responsable de la sentencia puede incrementar de manera considerable. Pero una vez que su hermano haya sido acusado, podemos recurrir a la negociación del alegato. ¿Sabe lo que es?

—No estoy muy seguro.

—Nosotros acordaríamos presentar un alegato de culpabilidad a cambio de una recalificación de la acusación, que pasaría de homicidio en primer grado a serlo en segundo grado, lo cual en Vermont está penado con diez años de reclusión, con opción a la libertad condicional al cabo de seis años y ocho meses.

—Eso no está tan mal —dijo Conor, esperanzado—. Ahora sólo es un niño. Dentro de seis, siete años..., sólo tendrá treinta cuando...

—Por desgracia, mucho me temo que no obtendríamos gran cosa si negociáramos el alegato. El fiscal del Estado probablemente no accedería, pese a los costes que ello pueda implicar para su bufete, a rebajar la acusación de primer grado, sobre todo si consideramos que puede haber mucha publicidad en torno a este caso. Existe otro factor a tener en cuenta. Vermont dispone de un sistema digno de elogio para elegir a los magistrados que deben asistir a los jueces principales en nuestros tribunales supremos, que les autoriza a fallar en cuestiones de hecho y sentencia en los procesos criminales. Y estos «jueces secundarios», como los llamamos aquí, han tenido enorme influencia a la hora de desalentar la negociación de alegatos en casos capitales.

—Entonces..., ¿qué puede usted hacer por Rich?

—A partir de lo que he averiguado sobre el caso, el único alegato lógico es la enajenación mental temporal. Cabe tomar todas las precauciones posibles para que no llegue al tribunal supremo. En el tribunal del distrito no hay jueces secundarios que puedan complicarnos las cosas. Tengo plena confianza en que puedo obtener la absolución de Rich, siempre que el caso no trascienda más allá del tribunal del distrito.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque sé que deberé enfrentarme a Gary Cleves como fiscal del distrito. Gary es un profesional competente. Trabaja muy duro. Pero la verdad es que yo soy mejor que Gary en la sala de un tribunal, en especial cuando se trata de un caso de enajenación mental.

Lindsay asintió demostrando su aprobación después de hacer una mueca cuando el nombre de Gary Cleves fue mencionado. Conor admiraba cada vez más a Lindsay, y le gustaba que le manifestara sus impresiones. También le gustaba la manera como bebía su *whisky*, sin mezclar. Ella escuchaba atentamente, y era obvio que no sentía ninguna necesidad de hacerse publicidad ni de matizar las explicaciones de Adam Kurland. Hasta este momento, a Conor le gustaba todo de ella. Conor estaba experimentando, después de un día de tensión, dolor y desconcierto, una creciente atracción hacia Lindsay. Eso le ocurría a veces, con la misma intensidad: un despertar inmediato de su deseo. Pero nunca lo daba a entender a las mujeres que le

estimulaban. Y tampoco insinuaría nada a Lindsay Potter, a menos que ella le pidiera explícitamente que lo hiciera.

—De todos modos —prosiguió Adam—, me interesa el caso no sólo porque creo que su hermano es inocente en cuanto a premeditación, sino porque considero que estamos corriendo el riesgo de perder el alegato de enajenación mental en muchos casos capitales. Muchos Estados han enmendado ya sus leyes con el fin de desautorizarlo. Este retroceso procede en parte de Hinckley. Pero entiendo que es un alégalo válido y necesario. Hay personas mentalmente enfermas que cometen crímenes porque son incapaces de controlar sus actos, pero es posible que no constituyan más del dos por ciento del conjunto de criminales que son procesados. La utilización de este recurso por parte de la defensa no supone en modo alguno un abuso de nuestro sistema legal. El caso de su hermano podría constituir un buen ejemplo para un libro de texto.

—Así pues, ¿Rich no tendrá que ir a la cárcel? —preguntó Conor, un poco aturdido por las emociones vividas en un solo día.

—Sabemos que su comportamiento fue del todo incoherente una vez cometida la fatal agresión. Al menos cinco testigos lo corroborarán así. Creo que podré demostrar que en el momento de la agresión, Rich actuaba bajo un impulso psicopático. Sí, quería castigarle, ése era su móvil. Pero una vez consumada la acción, tengo entendido que ni siquiera era consciente de que la había herido de consideración.

—¿Cree que Rich está enajenado ahora?

Adam extendió las manos.

—No he hablado con él. Usted sí lo ha hecho.

—Está realmente desconcertado. Desequilibrado, tal vez. No sé qué decirle. No es el Rich que yo conozco.

Adam se inclinó hacia adelante en una actitud confidencial.

—Yo de usted haría que fuese examinado por un psiquiatra. Hoy mejor que mañana.

—¿Por qué dice usted que quería castigar a Karyn?

—En el Refugio Davos hay varios testigos que la vieron a solas con otro chico.

Conor apuró su *whisky* e inmediatamente pensó en pedir otro. Lindsay leyó su deseo e hizo una seña a la camarera. Él le sonrió. Ella le miró directamente a los ojos. Esto molestó a Conor y le hizo ruborizarse.

—Es difícil de creer, tratándose de Karyn.

—El chico, lo crea o no, se llama Trux Landall.

—Es un inmigrante —murmuró Lindsay, haciendo pequeños nudos en la pajita que habían servido con el *whisky sour* de Adam.

—Karyn conoció a Trux y es probable que tuviera una aventura con él cuando ella era estudiante de primer año en Smith. Luego, Trux se dejó caer por Vermont, y Rich tuvo una disputa con él la noche anterior al crimen: sorprendió a Trux besándola en el pasillo que conducía a su habitación. Intentó darle un escarmiento, pero quien se

llevó la peor parte fue él.

Conor le miró con admiración.

—¿Cómo ha descubierto todo eso?

—Hay que dar crédito a quien le corresponde —sugirió Lindsay.

Adam esbozó una sonrisa y levantó la mano derecha de la chica por encima de su cabeza. Lindsay apretó el puño en señal de triunfo.

—Lindsay es una investigadora excelente. Es obvio que Rich no podía tolerar esa competencia. Y estalló.

—¿Un crimen pasional? Resulta difícil de creer. Es cierto que Rich quería a Karyn. Pero no puedo imaginar que se volviera loco sólo porque había otro chico.

—Loco es la única forma de describir su comportamiento. Y ya conocemos los resultados.

—Sí —admitió Conor, sombrío.

Llegó el *whisky* que había pedido, y otro para Lindsay. Ella bebió del suyo al mismo tiempo que él. En la máquina de discos sonaba *Misty Blue*. Los tres se olvidaron del tema de Rich por unos minutos. Adam les amenizó con algunas anécdotas de su abuelo, un hábil magistrado que seguía la tradición de Daniel Webster. Les sirvieron los bistecs. Conor devoró el suyo y sintió la tentación de encargar otro. Consumieron más *whisky* durante la cena; Lindsay no hacía más que pedir uno tras otro y, algo increíble, Conor constató que la chica aguantaba tanto o más que él.

Al cabo de un rato, Conor no tenía ojos más que para el rostro de ella: sus marcados pómulos, el precioso intersticio entre sus dientes... Se imaginó el contacto de sus labios alrededor de su miembro viril. Había de ser un placer supremo. Algunas veces, después de luchar una noche tras otra durante semanas, con sólo algún domingo ocasional libre, se había sorprendido en medio de un cuadrilátero en una ciudad de la cual ni siquiera recordaba su nombre, exhausto, sudoroso, ensangrentado, magullado, mirando a su alrededor durante largos instantes y pensando: «Esto no tiene ningún sentido». Ahora experimentaba la misma desorientación. Estaba a punto de contratar a un equipo de abogados, crucial para el futuro de Rich, básicamente porque quería volver a ver a Lindsay Potter al día siguiente después de una noche vacía, y porque le obsesionaba el reto de imaginar su sexo y sus senos desnudos en su propia cama.

—No dispongo de mucho dinero —dijo Conor, consciente de que su voz no sonaba muy nítida—. La gente cree..., bueno, que soy un luchador. Y es cierto, pero también es cierto que somos los deportistas profesionales peor pagados de este país. Me arriesgo cada noche a sufrir una hernia o una fractura discal por poco más de doscientos pavos.

—La forma de pago no tiene importancia alguna para mí —dijo Kurland—. Dejémoslo en cinco mil dólares por el contrato, gastos aparte.

—Cinco mil. Bueno, creo... que debería discutirlo con mi esposa.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Quiere que le llame mañana por la mañana?

—De acuerdo.

Se estrecharon la mano por encima de la mesa. Conor derribó torpemente un vaso de agua mineral, que empapó el vestido de Lindsay.

Ella le dijo que no tenía por qué preocuparse. Conor estaba tan nervioso que empezó a gritar. No pudo evitarlo. Lindsay entendió que era un hombre muy emotivo. Él se sintió reconfortado por su comprensión.

Una vez que el vestido de la chica se hubo secado, se encaminaron hacia el coche de Kurland, un Sevilla de color blanco, si bien Conor hacía denodados esfuerzos por mantener el equilibrio durante todo el trayecto sin ayuda de nadie. En el asiento posterior del vehículo, adormecido por la calefacción y el olor a coche nuevo, se tendió y se durmió en un par de minutos. Al cabo de breves instantes roncaba ruidosamente.

Lindsay sintonizó una música suave y relajante en el excelente aparato de radio del coche y se arrimó a Adam.

—Pobre diablo —dijo.

—¿Conor? ¿Por qué?

—Es probable que hoy haya sido el peor día de toda su vida. Y todavía no tiene ni idea del suplicio que le espera.

—Mañana puede levantarse de distinto humor y despedirnos.

—No, no lo hará. Es leal a sus amigos. Y nosotros nos hemos convertido en los mejores amigos que haya tenido nunca.

Adam le presionó la rodilla.

—Eso espero. Esto no va a resultar nada fácil, Linds.

—Estoy un poco asustada. —Se echó a reír, insegura—. En realidad, estoy muy asustada. ¿Cómo vamos a conseguir la astronómica cifra que necesitamos para montar una defensa decente? No creo que Conor disponga de mucho dinero.

—Lo primero que haremos mañana será poner un cerrojo a los derechos de publicación.

—¿Servirá de algo?

—¡Quién sabe! La profesión de Conor le conviene en un tipo interesante. La chica era adorable. Contactaremos con un buen agente de Manhattan. Más vale que convoquemos una rueda de prensa para el lunes al mediodía.

—¿En el despacho o en el Palacio de Justicia?

—En el Palacio de Justicia —respondió Adam—. Después de que hayamos hablado con nuestro nuevo cliente. Llama a Maggie Renquist y pregúntale cuándo podría venir desde Hartford para hacer unos tests psicológicos.

Silbó unas notas discordantes y deslavazadas, suavemente, como siempre que se disponía a anunciar una idea extravagante.

—Si nos damos prisa, podríamos conseguir que declaren a Devon incompetente para prestar declaración ante el jurado.

Lindsay sonrió, escéptica.

—La parte contraria solicitará la intervención de su propio psiquiatra tan pronto como presentemos nuestra petición. Y tal vez sea Ingersoll. No ha colaborado con un abogado defensor desde hace años. ¿Recuerdas ese pobre chico que fue encontrado masturbándose sentado sobre la cabeza de su madre muerta? Ingersoll consideró su comportamiento como neurótico, no como psicopático.

—Ah, aquí es donde reside el verdadero interés de este caso —sentenció Adam, flexionando los dedos al volante.

Adam Kurland era un conductor rápido y seguro. Había una sonrisa en su rostro mientras escrutaba la oscuridad que se perdía a ambos lados del resplandor de los faros, camino a Chadbury.

Conor despertó, con un atroz dolor de cabeza, a las ocho menos cinco de la mañana del día siguiente. Era Gina quien le llamaba por teléfono.

—¿Por qué no me llamaste anoche? —preguntó con un deje de inquietud en su voz.

—Estuve..., tuve una larga conversación con los abogados de Rich.

—Oh. ¿Quiénes son?

—Él se llama Kurland. Pertenece a una distinguida familia de abogados de Vermont. Ella se llama Lindsay, Lindsay..., no me acuerdo.

Sintió un cascanueces abierto sobre su cabeza, y el cerebro apergaminado y rancio.

—¿Ella?

—Trabajan juntos.

—¿Cuánto va a costar? La defensa de Rich, quiero decir.

—Todavía no lo hemos determinado.

—Contrátales.

—Lo haré.

—Quiero leer el contrato antes de que lo firmes. —Gina había seguido unos cursillos de derecho en la universidad de Boston cuando estaba embarazada de Charley—. ¿Viste a Rich?

—Sí. Pobre muchacho. Él..., su mente... —La única palabra que se le ocurría era «caos»—. Rich no está muy lúcido que digamos, Gina.

—Me gustaría poder ir. Tal vez charlar un rato conmigo le haría bien.

Conor no lo creía así. Y no se imaginaba a Gina hablando con Rich en su estado actual. Preguntó cómo habían tomado los niños la noticia.

—Oh, ya sabes cómo se comportan los niños cuando algo grave ha ocurrido. No saben encontrar el modo de abordar el tema. Se vuelven ruidosos y exagerados cuando quieren expresar la más mínima queja; sus emociones subyacen a flor de piel. Espero que te acuerdes de cancelar el vuelo a Albany.

—Llamé a Dilworth. Él se hizo cargo de todo. Creo que me sustituirá Kurowski. Le dije que se ocupara de buscar a otro para el combate del martes en Worcester.

—Conor, ¿ocurre algo malo? Lo noto en el tono de tu voz.

—Tengo resaca.

—Eso ya lo noto también —exclamó Gina, con una falta de delicadeza que rozaba el mal carácter—. ¿Qué es lo que Rich te dijo?

—No dijo gran cosa. Dijo... —Conor, a esa hora, se sabía incapaz de transmitir adecuadamente la esencia de lo que había oído de labios de Rich. El esfuerzo por concentrarse tuvo como recompensa el dolor físico: un espasmo en los ya tensos músculos de la nuca, inmediatamente debajo del cráneo. El dolor hizo acudir las

lágrimas a sus ojos—. Todo está confuso en mi mente —murmuró, tratando de disculparse.

—Cuéntamelo, Conor.

—Gina, no sé..., no le encuentro sentido..., tiene la estúpida idea de que está poseído.

Oyó un brusco bufido al otro lado del hilo telefónico, seguido de una rápida y ardiente exclamación en italiano que no pudo entender. Traduciendo al inglés, Gina exclamó:

—¡Madre de Dios misericordioso! ¿De dónde ha sacado semejante idea?

—No lo sé.

Ella no pudo reprimir un sonido tembloroso y agudo, inusual en Gina, que recordó a Conor el lamento de las plañideras en los velatorios irlandeses.

—Se me está poniendo carne de gallina. Esto no me gusta, Conor.

—No es nada. El chico no sabía lo que decía. Karyn está muerta, él no logra recordar qué pasó y busca una respuesta. Como todos los demás.

—¿Seguro?

—Gina, acabo de despertarme. No estoy seguro ni de cómo me llamo. Esta mañana volveré a ver a Rich y hablaré con todo aquel que pueda facilitarme cualquier información. Anoche me enteré de que un antiguo novio de Karyn había estado rondándola. Rich se puso celoso, ya sabes...

—¿Y qué? Si se sentía provocado, podía haber propinado un puñetazo a ese chico. Pero Rich no tocaría ni un solo cabello de Karyn por el mero hecho de estar celoso. —El tono de su voz volvió a cambiar; ahora sonaba cansada, fatalista—. Conor, quizá sería mejor... que tomases precauciones. Cuando vuelvas a visitar a Rich, hazte acompañar por el párroco local. Y... agua bendita.

—Gina, no sigas.

Ella guardó silencio durante unos segundos. Conor podía oír su respiración.

—Pero no existe ninguna explicación racional para lo que hizo, ¿no es cierto? Todo cuanto te pido es que tengas cuidado.

—Rich no es peligroso.

—¡Pero el diablo sí lo es! Y tú eras un sacerdote. Ya sabes que esto me ha preocupado siempre.

Conor no pudo evitar reírse.

—¿Quieres decir que desde que lo dejé soy más asequible a la tentación?

Conor se cambió el auricular de posición y se miró en el espejo situado frente a los pies de la cama. Su espontánea risa se convirtió en una risita hueca y poco convincente. «Padre, perdóname porque he pecado: anoche desee a una mujer que no era mi esposa».

—No te rías. ¡Te echo mucho de menos! No puedo dormir. Ninguno de los chicos quiere desayunar. Y eso que les he hecho barquillos de nueces. ¡Es todo tan deprimente aquí! Después de misa iremos los cuatro a ver a monseñor Raines. Espero

que pueda aclararles un poco las cosas.

—Sé que lo hará. También yo hablaré con ellos cuando vuelva a llamarte. Digamos a las seis de esta tarde.

—Te estarán esperando. ¿Dónde podré localizarte en caso de urgencia?

—Llama a la Jefatura de Policía de Chadbury. Si no estoy allí, me dejarán un mensaje.

—¿Te han ayudado en algo?

—Sí, pero debo tener presente de qué lado están. Lo principal, lo que a todos nos interesa saber, es por qué Rich hizo eso.

¡Richard, soy Polly! Te acuerdas de mí, ¿verdad? Me dijiste que te llamase siempre que necesitara algo. Bien..., me están haciendo daño, Rich. ¡Y temo que me hagan mucho más daño si nadie les detiene! Tú eres el único que puede ayudarme. Sé que puedo confiar en ti. Ven, por favor. No les dejes...

El capitán Moorman pasó la cinta del contestador automático dos veces, recostado en su asiento mientras estudiaba fríamente las reacciones de Conor. Éste se limitó a mover la cabeza.

—Desconozco de qué se trata. No sé quién es la chica.

Después de rebobinar la cinta, el policía la extrajo del aparato que tenía en su despacho y la guardó en un sobre, que metió en una carpeta con el resto de efectos personales de Richard Devon.

—Nosotros hemos averiguado quién es —dijo Moorman—. Se llama Polly Windross y tiene doce años de edad. Su padre es Henry Windross, propietario y director del Hotel Post Road, donde Rich y Karyn se alojaron cuando llegaron aquí hace tres días con la intención de esquiar.

Con un asomo de emoción, que suscitó el retorno de la jaqueca que había padecido al levantarse, Conor dijo:

—Windross. Ése es uno de los nombres que mencionó Rich.

Moorman estaba entretenido en cargar su pipa. El tabaco era negro, fuerte y muy aromático. Para Conor, en sus ansias de recuperarse de la resaca, resultaba fétido como el hedor de la gangrena emanado de uno de los bolsillos de su cuerpo maltratado y corrupto.

—El jefe de policía de Chadbury se llama Jim Melka. Disponía de una interesante información acerca de su hermano. —Conor esperó, asomado a la ventana, donde la frágil atmósfera de la mañana persistía envuelta en una sábana neblinosa, al amparo de los rayos del sol. Moorman saboreó su pipa y prosiguió—: Parece ser que Rich compareció en la comisaría de policía poco antes de las diez de la noche del pasado jueves. Sus ropas estaban llenas de barro y tenía las manos ennegrecidas por manchas de carbón. Según la oficial de servicio, Stefanie van Zant, estaba muy desquiciado y quería presentar una denuncia por malos tratos a una menor.

—¿Era Polly Windross la niña maltratada? Entonces Rich debió de haberla visto.

—Su hermano afirmaba que había visitado a Polly en una habitación del ala incendiada del hotel. Dijo que estaba encadenada a una cama en esa habitación, y que mostraba señales de haber sido azotada, presumiblemente por su padre y unos fanáticos religiosos que él había visto. La oficial Van Zant llamó a Melka, quien se reunió con ellos en el hotel. Allí hablaron con el señor Windross, el cual negó categóricamente todas las acusaciones. Les dijo que su hija vivía con su tía en un

remoto pueblecito de Quebec.

—¿Por qué tuvo que contarles una mentira tan evidente?

—¿Usted cree? En realidad, Polly no se encontraba en la habitación 331 ni en ninguna otra habitación del ala incendiada, como Rich había declarado. La habitación estaba vacía; no había ni un solo mueble. Melka se puso furioso, y estaba dispuesto a encerrar a Rich. Lo único que le contuvo fue que Rich parecía tan convencido y tan asombrado de que la niña no estuviera allí, que el propio Melka me dijo que si había fingido aquello, era toda una lección de expresión teatral. Y Rich seguía manteniendo su versión, aunque, dadas las circunstancias, carecía de todo sentido.

—Tiene que tener algún sentido. La niña telefoneó a Rich. Tenía miedo de que le hicieran daño. Todo esto encaja con lo que Rich contó al jefe de policía.

—Pero no tenemos la certeza de que la voz de la cinta sea la de Polly Windross —objetó Moorman.

—¿Su padre tiene que saberlo! ¿Puede hacerle venir?

—Lo haré —concedió Moorman con cierta frialdad.

—Yo no creo que esa chica se encuentre en Canadá.

—Jim está trabajando en el tema, pero todavía no ha recibido respuesta alguna de las autoridades locales de allí.

Conor se tiraba de la barba, presa de frustración.

—Volviendo a la versión de Rich...

—Era plausible —admitió Moorman—. Logró convencer a dos experimentados oficiales de policía de que existía una emergencia. No había nada anormal en su comportamiento. Pero yo estoy seguro de que hay trastornos mentales difíciles de diagnosticar a primera vista, incluso para los psicólogos más expertos. Algunas personalidades psicopáticas pueden resultar las personas más sinceras y convincentes del mundo. Como ese tal Bundy, condenado por haber matado a una comunidad de chicas en Florida. No quiero decir con esto que Rich sea un psicópata, usted ya me entiende.

—Sé que no lo es. A pesar de lo que..., de lo ocurrido con Karyn. —Conor miró a Moorman, preguntándose hasta qué punto le creía—. Pero ayer Rich me comentó dos cosas que pueden ser significativas. Antes de sugerirme que escuchara la cinta del contestador automático, dijo: «Creo que Polly ha muerto también».

—¿Estaba insinuando que la había matado?

—No. No me dio esa impresión. Intentaba decirme que algo realmente terrible había sucedido en esa casa de Ripington Four Corners.

—¿La residencia de los Courdeawaye?

—¿Han averiguado algo al respecto?

—Sí. Dejó de pertenecer a la familia Courdeawaye hace muchos años. Y según el vigilante, nadie ha pasado por allí desde estas últimas Navidades.

Conor parpadeó.

—Rich, sí; estoy seguro de ello. Es como..., como una pauta, aunque muy

confusa, porque...

—¿Qué más dijo de la niña? —Moorman se golpeó los incisivos con la boquilla de su pipa—. Quizá podamos conseguir una orden de registro para ver qué hay en esa casa.

—Sí, creo que merecería la pena.

—Iba a contarme algo más que podía ser significativo...

—Ah, sí. Debe usted saber que Rich me dijo que estaba poseído.

Moorman aspiró una bocanada de humo desmesurada que le hizo toser.

—¿Qué significa estar poseído?

—Rich es católico. En la Iglesia Católica, eso sólo puede tener un significado: una manifestación sobrenatural, la posesión demoníaca de un ser humano por parte del diablo, o de varios demonios.

—Eso es una aberración mental bastante común, ¿verdad? Me cuesta creer que pueda sacar a colación esa clase de cosas.

—Estoy hablando de un espíritu no humano, imbuido de un mal indescriptible, que ejerce el poder de invadir un cuerpo físico y manipular al individuo poseído según la voluntad del diablo. Es un caso raro, condenadamente raro. Pero la Iglesia reconoce la realidad de la posesión demoníaca. Hay en el Vaticano un oficio consagrado a investigar los principales casos de posesión.

—¿Cree usted en eso?

—Yo fui sacerdote —respondió Conor, y el policía arqueó levemente las cejas—. La demonología constituye un tema académico en los seminarios y las universidades pontificias de Roma. Yo creo en lo que me ha sido enseñado. Y me han enseñado que el diablo existe, que ninguno de nosotros, ni siquiera el más santo de los hombres, está a salvo de la influencia del Maligno y de sus legionarios. Permítame que le diga una cosa. Rich estaba claramente tratando de ayudar a esa niña. Ahora él cree que está muerta. No requiere un gran despliegue de lógica suponer que Polly y su padre se hallaban implicados en un culto demoníaco. Y la niña se convirtió en una víctima involuntaria. Esa gente debe de ser muy hábil a la hora de encubrir sus huellas; no obstante, están ahí, existen. Me gustaría mantener una larga conversación con Henry Windross, porque están ocurriendo cosas muy extrañas en su hotel, y también en la residencia de los Courdeawaye, diga lo que diga el vigilante. Podría estar mintiendo.

Conor se dio perfecta cuenta de que Moorman no le prestaba demasiada atención. Había una paciente sonrisa en su semblante, que, por otra parte, evidenciaba huellas de cansancio.

—Todo el mundo miente menos Rich murmuró el policía. Rich es el único inocente. ¿Es así como lo ve usted?

—Lo que veo es que usted no está tomando nada de esto con demasiada seriedad.

—Yo no he cursado estudios que me permitan ejercer la psiquiatría o interpretar los efectos de la teología en una mente desquiciada. Seguiré investigando los hechos relacionados con el asesinato de Karyn Vale porque para eso me pagan.

El capitán Moorman cogió el auricular del teléfono.

—Trata de localizarme a Henry Windross —ordenó—. Es el propietario del Hotel Post Road.

Conor permaneció junto a la ventana haciendo crujir sus nudillos, que producían un ruido detonante y molesto. A continuación caminó lentamente hacia la puerta. Moorman lo siguió con la mirada.

—Espero, por el bien de todos, que no haya otra muerte antes de que esto termine. Por cierto, ¿se ha entrevistado ya con algún abogado?

—Con Adam Kurland. Esta mañana me acompañará a ver a Rich.

—¡Vaya! —exclamó Moorman, con un gesto de asentimiento. Ese gesto no implicaba precisamente una recomendación del joven abogado, si bien no parecía desaprobárselo. Sonrió a Conor, absorto—. ¿Durante cuánto tiempo fue usted sacerdote?

—Durante tres años.

—¿Por qué lo dejó?

Le habían formulado esta misma pregunta muchas veces, ingenuamente, como si pudiese existir una simple respuesta que bastara para satisfacer el interés momentáneo de alguien. Cuanto más abundaba en detalles, más vagos parecían sus motivos. Pero, por esa vez, se le ocurrió la respuesta perfecta:

—Cuando hice la transición de la teoría a la práctica —dijo—, me di cuenta de que no serviría. Por la misma razón que me impediría ser policía.

Al atardecer del veinticuatro de enero, tres días después de la muerte de Karyn, Thomas Horado Harkrider se hallaba acomodado en un sofá de la sala de estar de la residencia de los Vale, en Rye (Nueva York), escrutando los rostros de los padres de la chica. Unos rostros todavía radiantes y festivos por efecto del sol tropical que contrastaban con el dolor que los deformaba como el peso y la tensión de una soga invisible en torno al cuello. El padre se llamaba Martin, y la madre Louise. El bronceado de ella aparecía estropeado por la ondulada blancura de las viejas cicatrices que presentaba bajo la garganta y en el dorso de brazos y manos. Cicatrices ardientes. Afrontaba su sufrimiento directamente, sin necesidad (según presumía Harkrider) de píldoras ni alcohol que pudiesen sofocar las punzadas de dolor que le traspasaban el corazón varias veces por minuto: la copa de jerez que sostenía en su mano izquierda estaba intacta desde que una de las criadas se la había servido. Miraba fijamente a Harkrider, con demasiada intensidad quizá, como si le encontrara falto de sustancia, como si fuera un fantasma encantador decidido a decepcionarla.

Martin Vale paseaba, errático, por la estancia impulsado por breves accesos de energía, incapaz de contener sus ojos y manos. Había sido corredor de Bolsa en Wall Street en su juventud, y sus hábitos, acentuados en períodos de tensión, permanecían indelebles. Era un hombre de estatura considerable, dueño de unos amplios hombros y una suntuosa cabellera negra, a excepción de dos ondas de pelo cano sobre las sienes que le caían sobre las orejas. Gozaba de una firme mandíbula, y tenía unos ojos pequeños como los de un gorrión, que proyectaban destellos de ira con cada giro de su cabeza.

—Fue un asesinato premeditado —declaró ante Harkrider.

—¿Cómo lo sabe?

—Habían estado discutiendo..., peleándose en público. Karyn quería romper con Rich y todo el mundo lo sabía.

Louise Vale, asintió levemente con la cabeza e intervino en la conversación:

—Hace tan sólo una semana me dijo por teléfono que no era tan feliz como quería. Tenía un montón de dudas acerca de ese chico.

—¿Estaban comprometidos?

—No. Por lo menos, no de forma oficial —respondió Vale.

Necesitaba un cigarrillo. Hurgó en sus bolsillos y seguidamente se precipitó hacia una mesa pintada al duco donde descansaba una pitillera de plata, que recogió sin siquiera detenerse.

—¿Karyn era hija única?

Esa vez fue Louise quien respondió:

—También está Norma, nuestra hija mayor. Esta noche vendrá en avión desde Kansas con Frank, su marido.

Se llevó un pañuelo de lino a los labios, vaticinando la dificultad de una reunión familiar en unas circunstancias tan terribles. Le faltaban las primeras articulaciones en dos dedos de su mano derecha, quizá a consecuencia del mismo incendio que le había dejado unas cicatrices tan visibles.

Tommie Harkrider levantó el vaso de *bourbon* y tomó un sorbo. Resultaba una figura poco elegante, recostado sobre las tiras amarillas de piel del antiguo sofá. Parecía una ballena varada en una cala. Sus zapatos carecían de lustre, y su traje daba la sensación de haber sido comprado de segunda mano a un revisor del metro. Su esposa le arreglaba la blanca melena siempre que conseguía retenerle un cierto tiempo en el mismo sitio. Su nariz era muy semejante a una patata asada; tenía unas cejas blancas semejantes a sendos paracaídas flácidos, una boca amplia y los ojos introspectivos de un filósofo de parque. Era uno de los tres mejores abogados criminalistas de Estados Unidos, y las mansiones opulentas, las grandes fortunas y la importancia social no le impresionaban lo más mínimo. Sus propios ingresos se aproximaban a los dos millones de dólares al año.

—Antes de venir aquí hice una llamada al despacho del fiscal del Estado en el condado de Haden. Por supuesto que no pueden decir gran cosa antes de que se anuncie la acusación, pero esa acusación, basándome en mis escasos conocimientos sobre el crimen y el estado de la relación alegado entre Karyn y Richard Devon, es casi seguro que sea de homicidio en primer grado. La muerte de la víctima fue el resultado de la clara intención por parte del acusado de causarle esa muerte.

Su voz resonaba en el espacioso salón, imbuida del tono de un orador, aunque Harkrider no hacía el más mínimo esfuerzo por que trascendiese del de una mera conversación. Pero aquélla era una casa muy silenciosa aquel día.

—¿Pueden condenarle a muerte? —preguntó Martin Vale.

El corredor de Bolsa hacía malabarismos con el cigarrillo y la pitillera de plata mientras paseaba ante la ventana arqueada que dominaba un bosque invernal y la superficie grisácea, salpicada de blanco, del estrecho de Long Island.

—En Vermont, no. La evidencia de premeditación a sangre fría por parte de Richard Devon podría entrañar la posibilidad de una sentencia a cadena perpetua sin libertad provisional, aunque es tradicional que los jueces de Vermont no lleguen tan lejos a la hora de condenar a un homicida. Considero que una negociación del alegato, reduciendo el homicidio a un segundo grado a cambio de una declaración de culpabilidad, está fuera de lugar. Pero es aún prematuro especular sobre la sentencia. El fiscal ya tendrá suficiente trabajo para conseguir una declaración de culpabilidad.

—¿Qué? —exclamó Vale.

El padre de Karyn estaba inopinada y amenazadoramente tranquilo. Incluso la primera ansiosa bocanada de su cigarrillo se resolvió en una nube de humo casi inmóvil en el aire. El teléfono sonó, con un timbre apagado y musical. Ninguno de los Vale se preocupó de él. Todas las llamadas estaban siendo atendidas por un familiar que se encontraba en otra estancia de la casa.

—El abogado de Devon no vacilará y, si es mínimamente competente, intentará obtener la absolución alegando que Devon sufría de enajenación mental cuando cometió el homicidio, acogiendo así al alegato de no culpable por causa de enajenación mental temporal.

Louise Vale enderezó ligeramente su postura delante de Harkrider. Su radiante rostro conservaba la serenidad, si bien había algo inquietante, incluso mortecino, en el modo como su mano derecha sujetaba el pañuelo, con una paralizada presión que parecía contener una tormenta de dolor y agravio.

—¿Y qué le ocurrirá entonces? —preguntó.

—Lo internarán en un sanatorio para criminales enajenados y le someterán a un tratamiento. Posteriormente, con toda probabilidad, le dejarán en libertad. Según un informe publicado hace unos años por el Departamento de Salud Mental del Estado de Nueva York, que criticaba el uso del alegato de enajenación mental, las personas declaradas no culpables por esa causa deben estar confinadas, como medida preventiva, durante los doscientos treinta y ocho días siguientes al juicio.

Harkrider aguardó la inevitable reacción, y prefirió no decir nada sobre los individuos a los que no se consideraba beneficiarios de libertad en ningún caso.

—¡Ocho meses!

Martin Vale cruzó el salón y se apoyó en el respaldo de la silla que su esposa ocupaba. Ella, sin apartar los ojos de Harkrider, balanceó lenta y desesperadamente la cabeza entre los nudillos de las manos de él.

—No es justo... No es justo.

El abogado hizo una mueca de conmiseración.

—Aun así, el alegato de enajenación mental es un recurso legítimo a disposición de la defensa, y, como tal, es utilizado. Su uso no siempre supone una obstaculización a la justicia. Probar un caso de enajenación no es una tarea fácil en un tribunal. No hay dos psiquiatras que se hayan puesto de acuerdo sobre una definición precisa de enfermedad mental. —Bebió otro traguito de *bourbon*—. No podemos desestimar la posibilidad de que Devon sea, de hecho, un enfermo mental.

—O lo simule. Debería conocer a Richard para entender lo que quiero decir. —Harkrider levantó una ceja, pero no hizo ningún comentario. Vale prosiguió—: Usted nunca logrará convencerme de que está loco. Pero, en primer lugar, ¿qué clase de cínico bastardo querría ocuparse de su defensa? No hay duda de que Richard asesinó a mi hija. ¡Por el amor de Dios, sus manos estaban manchadas con la sangre de Karyn, y media docena de testigos lo vieron!

Louise jadeó, de un modo casi inaudible. Su marido la miró. Atormentado, retrocedió unos pasos. Se quitó el cigarrillo de la boca y lo contempló como si estuviese tentado de estamparlo contra la palma de su mano en un acto de contrición.

—El muchacho es de hecho culpable del crimen, y como tal será acusado. En cuanto a nuestros cínicos bastardos, todos los abogados criminalistas defienden a clientes culpables, ya que, de lo contrario, les costaría mucho trabajo ganarse la vida.

La triste realidad es que hay muy pocos defensores de clientes inocentes en los tribunales de nuestro país. La fuerza del sistema legal angloamericano reside en la base de los derechos inalienables: el derecho a juicio ante un jurado y el derecho de cualquier persona acusada de homicidio a tener una adecuada defensa.

—¿Usted lo defendería? —preguntó Louise con sutileza y un dejo de acusación en su voz.

—Nadie me ha pedido que defienda a Richard Devon. Nadie me ha pedido nada más que mi opinión, que ahora mismo les he ofrecido de una forma desinteresada.

—Tommie —dijo Martin Vale—. Quiero que usted represente a mi hija. Quiero que los muertos disfruten de los mismos derechos que los vivos. No quiero que sea olvidada, como lo fue esa pobre chica de Scarsdale cuando soltaron a su asesino con unos golpeitos en la espalda.

Harkrider asintió. Conocía el caso al que su interlocutor se refería, que también había tenido como protagonistas a dos estudiantes de Yale.

—«El pueblo contra Richard Devon» estará en manos del fiscal del estado por el condado de Haden. A menos que sea invitado específicamente para asistir en el proceso de este caso en el tribunal, yo no puedo hacer nada.

—En tal caso, represéntenos. Ayúdenos. Usted es el mejor, Tommie. Y yo quiero castigarle. Quiero que Richard reciba el justo castigo que la ley esté en condiciones de imponerle. Si se trata de dinero...

—Siempre se trata de dinero. Y no lo digo pensando en mis honorarios. Dudo que demasiada gente ajena al ejercicio de mi profesión tenga la más mínima idea de lo caro que resulta preparar el juicio de un caso capital, sobre todo cuando se contempla la posibilidad de un alegato de enajenación mental. El juicio puede durar varios meses. Son esenciales investigaciones exhaustivas que requieren pagar a peritos expertos. Sólo el coste para el condado de Haden, quizá exceda del presupuesto total de la oficina del fiscal previsto para los próximos cinco años. Pero si no se encuentran los fondos necesarios, la acusación podría desentenderse del caso.

—Entonces, ¿cómo podemos ayudar?

—Puedo entrevistarme con el fiscal del Estado. Es un joven llamado Cleves. No lo conozco personalmente, pero presumo que tiene ambición, y no demasiada experiencia para acceder a las demandas que se le presenten. Le haré observar hasta qué punto su carrera puede servir para determinar la condena, y cuán ignominioso resultaría dejar a otro homicida en libertad gracias al alegato de enajenación mental. Me creo capaz de convencerle de que el trabajo que mi equipo está dispuesto a llevar a cabo sólo mejorará su preparación previa a los tribunales, y le transmitiré mi firme intención de no entorpecer ni usurpar su labor. Para cuando haya finalizado nuestra conversación, confío en que ambos habremos adquirido un cierto conocimiento mutuo.

Harkrider rió entre dientes y apuró el contenido del vaso, indicando así que se había consumido su tiempo.

—¿Cuándo puede empezar? —preguntó Martin Vale.

—Echaré una ojeada a mi agenda y efectuaré algunos reajustes. Estaré en el condado de Haden al comienzo de la semana que viene.

Lo acompañaron hasta la puerta principal. El coche de Harkrider estaba aparcado frente a la fachada del edificio. Era un Cadillac de color azul metalizado con una antena instalada en la puerta del maletero y cristales ahumados. Tommie Harkrider había compartido diecinueve minutos y medio con la familia Vale. Habían reaccionado tal como había previsto, autorizándole a defender legítimamente su causa. No tenía demasiado interés en el desenlace del caso Devon, pero se trataba de un caso que había estado buscando durante muchos años. Todos los elementos, incluida la pequeña ciudad donde había de tener lugar el proceso, eran ideales. Su inapreciable asistencia no sólo permitiría que se hiciera justicia, sino que ésta fuera exaltada si se aceptaban sus modestas propuestas. Y confiaba en que sí serían aceptadas. Además de un reconocido maestro de la caza mayor, los juicios que habían suscitado una mayor polémica entre el público, era también un experto en manipular los medios de comunicación para conseguir sus propósitos.

—Que Dios le bendiga —murmuró Louise Vale, ya completamente convencida.

Thomas Horatio Harkrider abrazó enérgicamente a los afligidos padres, superando en un palmo al más alto de los dos, con sus cabellos blancos meciéndose al viento y una sonrisa serena en el rostro mientras sus dos nuevos clientes sollozaban con enorme desconsuelo entre sus brazos.

Después de pasar por segunda vez por delante de la casa donde habían vivido varias generaciones de los Courdewaye, y consciente de la poca visibilidad que ofrecía la carretera, Conor desestimó ir a ver a Avery Myatt, el vigilante, y tratar de convencerle para que le franqueara el paso al interior de la finca. Por una vez, carecía de una autorización oficial y de un motivo mínimamente razonable para querer entrar. Las aseveraciones medio delirantes de Rich en el sentido de que algo terrible le había ocurrido allí no justificaban una intrusión en la casa, ni siquiera estando deshabitada. Pero Conor estaba decidido a entrar, por la fuerza si era necesario, aun sabiendo que se exponía al riesgo de ser acusado de allanamiento de morada.

El anciano empleado de la oficina de correos de Ripington Four Corners había ayudado a Conor a tomar una determinación, una vez que el hombre hubo estudiado durante un buen rato la fotografía de Rich que Conor llevaba en su cartera.

«Sí, lo recuerdo. Vino poco antes de empezar la tormenta, el jueves por la tarde. Me hizo un montón de preguntas sobre los Courdewaye..., sobre Leslie en particular. Yo le respondí que hacía mucho tiempo que se marcharon de aquí. ¿Y dice usted que es su hermano? Pues no se parecen mucho».

«En realidad, somos hermanastros».

«¿De veras? ¿Por qué lo está buscando usted? ¿Acaso ha desaparecido?».

«No. Conozco su paradero».

Conor encontró sitio para estacionar su Lincoln delante de una gasolinera con supermercado, a un kilómetro de la casa. Compró una Diet Pepsi para calmar la sed y emprendió el camino hacia la finca por la cuneta de la carretera, donde la nieve acumulada había disminuido por la acción de la sal y se había apelmazado en forma de gradas afiladas. El terreno no se prestaba a un paso excesivamente firme. El sol, que incidía directamente en su frente, le deslumbraba hasta producirle dolor de cabeza.

La puerta de acceso a la propiedad había sido liberada de la nieve a fuerza de paladas, y estaba cerrada con un candado nuevo de cobre. Tras aguardar a que no circulara ningún vehículo por la carretera, Conor saltó la puerta y se abrió camino sobre la nieve, que le llegaba hasta la parte superior de las botas, hacia el edificio de ladrillo. El camino de acceso no había sido transitado durante varios días. Bajo un cielo intensamente azul, la casa conservaba su propia oscuridad, una imagen de noche perpetua. Las chimeneas aparecían frías. Las ventanas, cubiertas de escarcha. Conor se vio metido en nieve blanda hasta las rodillas y se detuvo para secarse la húmeda frente y sonarse la nariz. Cerca de él había algunos pájaros negros, inmóviles y mudos como piedras, posados sobre un árbol seco. Conor empujó la puerta.

La puerta principal de la casa, como ya esperaba, estaba cerrada. Miró a través de una estrecha ventana que había junto a la puerta, pero no pudo ver mucho más que el

recibidor o las espaciosas salas abiertas a cada lado. Empezó a rodear, trabajosamente, el edificio, deteniéndose una y otra vez para fisgar el interior a través del doble espesor de los cristales de las ventanas. No vio más que la trémula luz del día procedente de espejos que reflejaban en la lejanía su propia imagen, con las manos colocadas a los lados del rostro a modo de anteojeras, contemplando las refinadas y suntuosas habitaciones y una mesa con dieciséis sillas a su alrededor.

La puerta lateral también estaba cerrada. Llegó ante la puerta trasera, precedida por dos peldaños y enmarcada por un porche revestido de cobre y adornado con carámbanos a modo de puentes y emparrados a ambos lados con hojas de un verde macilento recubiertas de hielo. La altura de una colina que se levantaba directamente detrás de la casa impedía la entrada del sol en el porche durante todo el día. En la parte inferior de la puerta había una trampilla con un pestillo de caucho que debía de servir para que los animales domésticos entraran y salieran.

En la superficie de la nieve que precedía el umbral de la puerta se veían las huellas grandes y bien definidas de algún animal, un perro tal vez. La nieve formaba allí una capa dura, y, a juzgar por la profundidad de las huellas, el animal pesaría unos cuarenta o cincuenta kilos. Este descubrimiento hizo vacilar a Conor.

Miró por encima del hombro y vio, a unos cuatro metros de los peldaños, un agujero en la nieve y un reguero de gotitas brillantes de orina.

Conor razonó que si había un perro en la casa, a pesar de la ausencia de huellas en el camino y de vehículos en las proximidades, alguien debía de estar en la residencia.

Dudó unos instantes, y seguidamente llamó con aire de resolución a la puerta.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Conor esperó, aguzando el oído, una respuesta, y pasó la carga de su cuerpo de un pie a otro al tiempo que exhalaba un vapor glacial que le congelaba los pelos del bigote.

Procedente de detrás de la puerta, oyó un gimoteo.

Era el perro, sin lugar a dudas. Bajó los ojos hacia la trampilla para animales y retrocedió, intranquilo. Pero el perro no le había ladrado o gruñido, como hubiera hecho cualquier bestia de vigilancia mínimamente atenta en el preciso instante en que se hubiera aproximado a la puerta. Tal vez éste era, a pesar de su presumible corpulencia, un can particularmente tímido, o quizá estaba enfermo. Conor volvió a llamar a la puerta, con más suavidad esta segunda vez.

—¡Hola!

Tampoco obtuvo respuesta, si se exceptuaba un rumor de arañazos, probablemente producido por una garra contra el interior de la puerta. Sonaba de un modo desesperado. No obstante, a Conor se le erizaron los pelos de la nuca porque no podía ver el perro y tenía que conformarse con esos indicios sonoros de su presencia, a no más de un metro de distancia.

Conor se acercó a la puerta y se arrodilló junto a la trampilla. Con cuidado, agarró el pestillo de caucho entre sus manos enguantadas y lo abrió, dispuesto a apartarse

rápidamente en el caso de que el perro asomara la cabeza. Pero nada de eso sucedió. Abrió la trampilla y espió el interior.

Por un momento, oyó unos chasquidos, como si el animal corriera sobre una superficie dura. Luego, el silencio. A través de la abertura, Conor vio una cierta extensión del suelo de una cocina pavimentado con azulejos y el fulgor satinado de sendas neveras de acero inoxidable. Oyó el zumbido de sus motores, y el lento goteo procedente de un grifo. Le llegó el lejano sonido de un carillón que daba la media hora. Sin embargo, ya no se percibían los chasquidos de antes, aunque podía oler el persistente hedor del perro que había estado allí, un olor repulsivo que denunciaba la suciedad de su pelaje. Al lado de la puerta, en el suelo del recibidor, se veían algunos charquitos de nieve fundida.

Conor hizo una mueca y se enderezó apoyándose en la manija de la puerta.

Ésta cedió bajo el peso de su mano y la puerta se abrió.

Aquel hecho inesperado suscitó estupor y nerviosismo en Conor. Mordió el hielo que se había acumulado en su barba, contemplando, vacilante, el espacio existente entre el marco y la puerta entreabierta.

Finalmente, abrió la puerta y entró.

—¿Hay alguien en casa? ¡Tienen la puerta trasera abierta!

Aguardó una respuesta, una invitación, con el deseo de no sobresaltar a nadie para ahorrarse cualquier sorpresa desagradable; por ejemplo, un disparo procedente de la escopeta del vigilante.

—¿Señor Myatt? ¿Está usted ahí? ¡Me llamo Conor Devon! ¡Me gustaría hablar con usted, por favor!

Transcurrió otro medio minuto. Ahora se preguntaba si, después de todo, no se hallaba en una casa vacía. Vacía a excepción del tímido perro. Vio algunas huellas más del animal, restos de hielo que se fundían en el suelo y un pasillo que arrancaba del recibidor y llevaba a una breve escalera, la cual, a su vez, desembocaba en lo que parecía el *buffet*. Los ojos de Conor iban acostumbrándose a la pobre cantidad de luz del interior de la casa. «Ya que me encuentro dentro —pensó—, no estará de más echar una ojeada». Tenía la conciencia muy limpia: habían dejado la puerta trasera abierta.

Quizá... por descuido.

Golpeó los pies sobre una estera de cáñamo que había junto a la puerta para desprender la nieve de sus botas, y utilizó un pañuelo para secarlas. De ningún modo tenía derecho a ensuciar los suelos, aunque el perro hubiera dejado huellas por todas partes. Se quitó los guantes y los guardó en los bolsillos del abrigo. A continuación, subió la escalera hacia el *buffet*. Encontró allí una ventana descubierta en la pared norte, tres vitrinas, una fresquera de plata empujada y vajillas y cuberterías sobre los mostradores. Había también un frasco de abrillantador de metales y una máquina pulidora; alguien había trabajado allí hacía muy poco, el olor a líquido abrillantador persistía aún en el ambiente. Su reflejo pasaba de una sopera a otra mientras se

encaminaba hacia la puerta de batiente que daba acceso al comedor.

—¿Señor Myatt?

Conor se detuvo a escuchar, con una mano apoyada en el respaldo de terciopelo de una silla. Miró la lujosa araña suspendida sobre la mesa del comedor. Era un objeto horrible y, obviamente, muy valioso. Parecía temblar y oscilar mientras él la miraba, pero sus ojos todavía estaban afectados por el intenso frío del exterior. Pensó que el balanceo que había advertido se debía a una ilusión óptica.

O tal vez alguien lo había provocado al cruzar la habitación de arriba.

Conor volvió a alzar los ojos, aspirando profundamente y frotándose la humedecida nariz con el dorso de una mano. El techo del comedor tenía un artesonado pintado de blanco, con profundas molduras talladas en su superficie; no quedaba ni un solo centímetro por tallar. Cuando logró concentrar la vista en la decoración, distinguió figuras diminutas: bestias mitológicas, desde graciosos unicornios y caballos alados hasta sátiros hermafroditas agazapados, entrelazados con ninfas y pastorcillos que tañían laúdes y otros instrumentos musicales sencillos, mientras gratificaban a las hembras de todas las especies con sus desproporcionadas erecciones.

Conor sonrió con desdén, mientras se preguntaba por qué había alguien de necesitar semejante profusión de detalles en la estancia destinada a las comidas.

Oyó el ruido producido por el descorche de una botella, y se volvió convulsivamente hacia la puerta más distante. Luego avanzó con rapidez, casi a la carrera, haciendo crujir el entarimado del suelo bajo su peso. Abandonó el comedor y cruzó un pequeño cuarto de comunicación, con tres puertas: una, a su izquierda, que daba al exterior; otra puerta al pie de una escalera de caracol, y una tercera que se abría a la fachada de la casa.

Esta última aparecía entreabierta, y revelaba un suelo enmoquetado con alfombras de felpa de color gris paloma y unas paredes revestidas con sólida madera de cerezo en cuya lustrosa superficie se reflejaba el cálido resplandor de un fuego en el hogar. Era un estudio muy acogedor. Entró sin más dilación.

—¡Hola!

Al parecer, en esa casa, Conor no dejaba de encontrar puertas que alguien —o algo— había dejado abiertas. Se sintió frustrado y molesto. ¿Qué sentido podía tener aquel juego? Tras un instante de duda, cruzó el estudio en diagonal hasta una puerta, flanqueada por sendas librerías, que abrió. Llegado al vestíbulo de la entrada principal, vio otra escalera, más amplia y oscura que las anteriores. Abrió la boca para gritar de nuevo, pero supo que su llamada sería ignorada.

Cerró la puerta del estudio, casi de golpe, y se volvió hacia el hogar, donde ardía un fuego, amarillento merced a cristal de color. Había una gran cantidad de confidentes y butacas en torno al hogar, y varios atizadores de cobre sobre la piedra grisácea. Una bandeja de plata que descansaba sobre una mesita de café cubierta con un mantel a rayas contenía una botella abierta de vino clarete, el correspondiente

tapón, y dos copas llenas hasta un par de centímetros del borde.

¿Dos copas?

Levantó los ojos hacia el retrato colgado sobre la repisa de la chimenea.

La mujer llevaba un traje de montar español enteramente negro: un bolero, falda larga, botas de tacones altos y un sombrero plano de ala ancha. Sostenía en una mano, a la altura de la cadera izquierda, una fusta. Lucía en uno de sus dedos una turmalina del tamaño de un huevo de petirrojo. La otra mano, vacía, tenía la palma extendida como en señal de bienvenida, ofreciéndole una copa de vino y diciéndole: «¿Por qué no me acompaña?». Había una sonrisa engreída en su semblante, con el fulgor de un diente de oro propio de un forajido, y una cicatriz en una mejilla. El estilo de la pintura transmitía fielmente su vitalidad, con pinceladas gruesas y enérgicas cuchilladas de espátula. A la luz del fuego, la pintura daba la impresión de no haberse secado: había un toque húmedo en los labios y una inopinada viveza en las pupilas de sus ojos.

—¿Inez? —se preguntó Conor a media voz, consciente de que ésta había de ser la mujer de quien Rich le había hablado.

«Cordway. Así es como se llama ahora. Pero antes se apellidaba Courdewaye... Ella es real. Sé que es real. De los demás..., no estoy tan seguro».

Al recordar las palabras de su hermano, Conor tuvo dificultades para tragar saliva. Notó la garganta reseca. Desvió la mirada hacia la botella de vino y volvió a concentrar su atención en la mujer del cuadro. No le parecía amenazadora ni le producía intimidación. Pérfida era la palabra apropiada..., una mujer provocadora y despiadada.

Si ésa era su casa —y tenía que serlo—, debía encontrarse en alguna parte. De eso también estaba seguro. Y hablaría con ella, aunque le costara todo el día, hasta que la mujer se cansara de jugar al escondite y se mostrara dispuesta a enfrentarse a él cara a cara.

Conor se dejó caer en un confidente y se desabrochó la cremallera del abrigo. En uno de los extremos de la mesita de café había varias revistas. *Architectural Digest*. *Town and Country*. Ninguna de ellas le suscitaba interés alguno. Se reclinó sobre el respaldo y contempló las copas de vino. A continuación cogió la botella y echó un vistazo a la etiqueta. Era un clarete español. Olió el cuello de la botella. Un poco fuerte y rancio, pero quizá el contenido de las copas ya se había aireado bastante. Se humedeció los agrietados labios. Dejó la botella, con una sonrisa, una copa y observó a la mujer del retrato.

—Es un placer —dijo, y bebió un sorbo.

El vino era bueno. Tal vez un poco...

«Si te ofrece vino... ¡Por el amor de Dios, Conor, no bebas!».

Parte del vino fue a parar a su nariz e hizo que se atragantara. Dejó la copa sobre la mesa antes de que su contenido se derramase; sacó un pañuelo y tosió violentamente sobre él, manchándolo, mientras su rostro enrojecía cada vez más.

Pero, por lo menos, había salvado la valiosa alfombra.

Tan pronto como se hubo repuesto, volvió a oír el gimoteo del perro.

Conor se incorporó de un salto y se dirigió hacia la puerta que daba al vestíbulo de la entrada principal. Allí, los gemidos se oían con mayor claridad. Avanzó con paso lento por aquel suelo de mármol. Según avanzaba, intentaba abrir las puertas que encontraba a su paso, todas ellas cerradas, hasta que se halló al pie de la escalera de caracol.

Entre las sombras del primer rellano, junto a la barandilla, vio el fulgor de los ojos de un animal.

Conor se detuvo y lanzó un suave silbido.

No hubo movimiento alguno. Cuando sus ojos se hubieron adaptado a la oscuridad, distinguió un atisbo del pelaje rojizo del animal. Los ojos de éste fijos en él, y percibió una mirada lastimosa en ellos.

—Ven aquí, chuchó. ¿Qué te pasa? No voy a hacerte daño.

El gimoteo se había apagado; ahora apenas resultaba audible. Conor subió los peldaños lentamente, sin perder de vista la forma acurrucada en la oscura escalera.

Cuando ya se había aproximado a menos de un metro del animal, advirtió que no se trataba del perro que esperaba encontrar. Era un animal de juguete, una réplica con ojos saltones de *Bambi*, el célebre personaje de la película de Disney que había visto más de una vez con sus hijos. El juguete tendría medio metro de alto, grandes orejas, un cuerpo leonado de felpa y la insinuación de una cornamenta. Su hija Hillary, que ahora avanzaba con paso firme hacia los trece años de edad y un aspecto casi adulto, tenía también su *Bambi*, guardado en un estante del armario de su habitación junto con otros tesoros infantiles de los que se había separado sólo de forma provisional.

Conor recogió el juguete y pasó su pulgar sobre la pelusa. Después, volvió a dejarlo donde estaba, aspiró hondo y miró a su alrededor, malhumorado, en busca de algún indicio del perro que había oído.

En el pasillo del primer piso todas las puertas permanecían cerradas menos una. Ésta se hallaba al final del pasillo, a su derecha, y daba a la fachada de la casa. La difusa luz del día iluminaba débilmente la pared opuesta a la puerta; un tenue resplandor con un asomo de arco iris. Conor echó un vistazo al interior de la estancia.

Había sido un cuarto de juegos o una habitación infantil. No contenía mobiliario alguno; tan sólo un papel pintado a rayas, un póster del ratón Mickey en una de las paredes, y osos y ardillas danzantes de aplicación en otra pared. Las cuatro tenían hendiduras y arañazos, y en algunos sitios aparecían grasientas debido a la impresión de diversas manos infantiles. Junto a la ventana había un asiento y unas cortinas medio desprendidas de una barra de cobre deslustrada.

La habitación era fría, mucho más fría que el resto de la casa. Al subirse la cremallera del abrigo, Conor percibió un olor crudo e intenso. Toda la estancia estaba impregnada de él.

No era un olor a perro...

Gasolina.

Conor miró a su alrededor con un movimiento lento, y empezó a temblar, pero no por efecto del frío. Apenas se sentía capaz de mantener el equilibrio sobre sus pies; estaba atenazado por la emoción, por la tristeza y el miedo. Esta habitación infantil no había sido un lugar feliz. Empezó a retroceder hacia la puerta, con un nudo en el estómago que le presionaba el diafragma y le dificultaba la respiración... Los vapores eran sofocantes. Se enjugó sus húmedos ojos.

En el suelo, cerca del asiento que había junto a la ventana, vio algo. Estaba seguro de no haber observado nada cuando entró en la habitación, pero allí estaba: una tarjeta cuadrada de color blanco...

«No importa».

Sin embargo no podía, pese a su intenso deseo de salir de la habitación, ignorar la tarjeta más de lo que habría podido ignorar una carta depositada en su buzón. Conor se cubrió la nariz con el pañuelo —los vapores eran ahora tan fuertes que amenazaban con derribarle— y cruzó la sala hacia la ventana, donde se inclinó para recoger el rígido trozo de cartulina, que era como..., sí, exacto, como el dorso de una instantánea hecha con una Polaroid. De la pared que tenía al lado procedían unos ruidos secos, pero no levantó los ojos porque ya había vuelto la fotografía del derecho y había visto...

La gasolina le abrasaba los ojos, inundados en lágrimas.

Había visto...

¿Qué...?

«¿Qué?».

¡Oh, Jesús, María y José! ¿Qué era aquello?

Conor levantó los ojos de la fotografía y, todavía aturdido, se dio cuenta de que los alegres osos, vestidos con chalecos y sombreros de copa baja, y sus amigas las ardillas se disponían en la pared, iluminados por un resplandeciente sol, para formar letras que a su vez componían una palabra de...

Conor, ahogándose en efluvios de gasolina, tenía que salir de allí cuanto antes.

... una palabra de advertencia: «¡CUIDADO!», decían los rechonchos animalitos.

El sol se difuminaba y su luz se iba materializando en una amenazadora tempestad de color rojo que Conor atravesó, tambaleándose, con la mente en blanco, en dirección al pasillo. La puerta se cerró de golpe tras él, y casi le atrapó los dedos de la mano izquierda, que había apoyado en el marco de la puerta un instante antes.

Con los ojos húmedos y las pestañas pegajosas como por efecto de una conjuntivitis, Conor se abrió paso, prácticamente a ciegas, hacia la escalera. Sus fosas nasales seguían obstruidas por el hedor a gasolina... Tal vez la casa entera saltaría por los aires. Tenía que salir de allí. La foto de la Polaroid se estaba doblando por la mitad, aprisionada en su puño.

«¿Quiénes eran?».

Había alcanzado el rellano de la escalera. Buscó a tientas la barandilla.

Fue entonces cuando Conor oyó un gruñido a sus pies. Notó el contacto de una piel animal, de unas pezuñas, y un cálido aliento entre las piernas. Chocó contra la barandilla con tal fuerza que estuvo a punto de romperla, y rodó por la escalera perseguido por unos afilados dientes que amenazaban con arrancarle los testículos de un mordisco. La rugiente bestia golpeaba, escarbaba, trataba de destrozarle con sus garras —¡no, eran cuernos!—, y sólo el resistente abrigo a prueba de desgarrones mantenía la carne de Conor a salvo de las acometidas de esos cuernos. Vio un ojo grande y despreciable, un largo hocico que parecía de terciopelo y una piel rojiza mientras los dos rodaban escalera abajo hasta el suelo de mármol de la planta baja. Era *Bambi*, ¡y *Bambi* estaba tratando de matarle!

Conor se golpeó la espalda al caer con un impacto suficiente para cortar la respiración, y, antes de que sus ojos se cerraran, vio aquella bestia inverosímil y desproporcionada erguirse sobre él con las patas extendidas y la cabeza baja en una postura imponente, toda carne y músculos detrás de las pezuñas puntiagudas que se cernían a escasos centímetros de su rostro y su garganta.

En el mismo momento en que recobró el aliento, Conor quedó inconsciente, pero tan sólo unos segundos. Cuando volvió a abrir los ojos seguía con problemas para respirar y braceaba en busca de aire, pero *Bambi* había desaparecido. Tampoco notaba el repugnante hedor a gasolina.

Levantó la cabeza, y el dolor se extendió por ella desde la nuca. Su mente consciente era una confusa masa de terror. Le dolía mucho el estómago. Pronto comprendió que incorporarse del marmóreo suelo resultaba tan penoso como intentarlo sobre una superficie de hielo. Se recostó contra la barandilla y empezó a distinguir vagamente los daños que había provocado al rodar por la escalera. Miró a su alrededor, lleno del más completo desconcierto.

El muñeco con el que había tropezado estaba caído en el suelo, y lo observaba con ojo acusador. Tenía una pata doblada, y de la costura rota se escapaba la espuma de que estaba relleno.

Conor, aturdido por lo absurdo de su situación, se echó a reír, pero tuvo que llevarse una mano a la boca y obstruir la garganta para reprimir el vómito.

«Esto es una locura».

El camino más corto hasta el exterior pasaba por la puerta principal. Conor llegó hasta ella, pero una gran profusión de cerrojos le impedía salir. Tuvo que volver sobre sus pasos, cojeando, hasta la cocina. Apartó la vista del retrato colgado sobre la chimenea del estudio y de la bandeja con los vasos de vino. El acompasado y tranquilo tictac del carillón ensordecía sus oídos.

Nada más salir de la casa, las náuseas empezaron a remitir. Se arrodilló para recoger un poco de nieve y se refrescó con ella el rostro febril. El frío tuvo un efecto beneficioso para su circulación sanguínea. Rápidamente puso tierra de por medio entre la casa y él. Las huellas que había dejado, los daños..., tendría suerte si no le arrestaban. Pero su mente estaba colapsada por un sentimiento de vergüenza e

irritación. Había permitido que se burlaran de él, no tenía la menor duda. ¿Acaso alguien —la mujer del retrato quizá— lo observaba desde una ventana, para reírse a su costa?

A medio camino de la puerta de acceso a la finca, en la cima del montículo, se detuvo para echar una larga ojeada a la casa de los Courdewaye.

No podía dejar de tiritar. Tenía las manos congeladas, y la garganta reseca por el frío.

«Bien —pensó, dispuesto a sincerarse consigo mismo—, ¿qué me ha sucedido en realidad?». ¿Qué había sido producto de los nervios, y qué había sido real?

Hurgó en uno de los bolsillos de su abrigo y encontró la arrugada foto Polaroid. De modo que eso era real. No tenía intención alguna de volver a mirarla pues podía recordar con precisión lo que la cámara había impresionado.

En la foto que había recogido del suelo del antiguo cuarto de juegos aparecían dos niños: un niño y una niña..., o por lo menos parecía una niña; tenía el cabello más largo y parecía más delicada. Pero cuando un niño padece malos tratos, quizá pocas semanas antes de morir de hambre, tiende a manifestar una salud delicada. Los niños aparentaban ocho, tal vez diez años de edad, y ambos vestían pantalones de pijama, o (a Conor se le ocurrió una segunda probabilidad) uno de esos pantalones blancos de algodón que todo el mundo usaba en las zonas rurales de México que él y Gina habían visto durante su luna de miel. Esto tenía más sentido, porque recordaba que los niños llevaban sandalias. Estaban esqueléticos de cintura para arriba: costillas muy marcadas y rostros pálidos y chupados. Sus ojos hundidos parecían muertos, carentes de luz, como los ojos de los supervivientes de los campos de concentración nazis que mostraban las fotos históricas. Estaban sentados y miraban de frente a la cámara, muy juntos, casi como si se tratara de hermanos siameses, unidos por un cabo de cuerda deshilachada que tenían atada en torno al cuello de cada uno.

Aquella imagen le había helado la sangre al evidenciar el horror de la situación de esos niños, palpable en la torturada inexpresividad de sus rostros. Pero había algo más en esa fotografía que la hacía particularmente terrorífica, detalles que, combinados con los que Conor había visto, olido y sentido en la residencia de los Courdewaye, confeccionaban un tapiz de perversión. La mano de la mujer, por ejemplo, colocada en una actitud posesiva sobre la cabeza del niño, con los dedos estrechando literalmente la superficie rapada de su cráneo como si tuviera intención de arrancárselo y arrojarlo al resplandeciente mar del fondo, un mar que tenía el mismo tono azulverdoso de la prominente piedra del anillo que lucía en uno de sus dedos.

Conor había visto el mismo anillo en la mano que sostenía la fusta en el retrato del estudio.

El espesor del vino rojo en su garganta, los efluvios de gasolina...

«¡Por el amor de Dios, Conor, no bebas!».

Los animalitos, en la pared. Su caída en la escalera. Los golpes y magulladuras

que todavía le dolían. ¿Qué había sido real y qué no lo había sido? *Bambi*. Volvió a ahogarse de tanto reír. De modo que se había vuelto un poco loco y se había dejado asustar. Por quién o qué, eso no lo sabía. Sólo estaba seguro de una cosa: él no había tenido nunca mucha imaginación, al menos no tanta como para soñar con algo tan repugnante y despreciable como esos niños atados..., y la gasolina todavía era visible en las largas sombras de los cactus que aparecían en segundo término en la foto Polaroid.

Con los ojos fijos en la casa, cada vez más oscura a medida que anochecía, Conor se sacó la fotografía del bolsillo y la alisó entre sus manos. La miró con desgana y aversión, y esta vez estuvo a punto de desmayarse.

Todo seguía allí: la mano de la mujer, la terraza junto al mar en aquel paisaje soleado y remoto, las sombras, la perversión implícita...

Sólo que ahora había tres niños en lugar de dos.

Eran sus hijos: Hillary, Dean y Charley.

Conor profirió una ahogada blasfemia, dejó caer la foto y empezó a golpear la nieve con el tacón de su bota.

Tenía el sol a su espalda, iluminando momentáneamente las ventanas del edificio con un resplandor bronceado e intenso. Sus ojos volvieron a cegarse, y ya no pudo ver más.

Ahora, ¿a quién iba a convencer, como él mismo estaba convencido, de que Rich tenía razón sobre esa casa, de que el mal lo estaba esperando allí?

Temblando, muy turbado, Conor se agachó para recoger la foto.

La imagen se había desvanecido casi del todo. Sólo persistía una pálida mancha de color allí donde había estado la mano de la mujer.

Conor rompió la rígida cartulina cuadrada en varios trozos y los tiró al aire.

Se preguntó qué encontraría, qué le esperaba esta vez si osaba volver a la casa.

Pero sabía que jamás regresaría a la residencia de los Courdewaye. Ninguna fuerza sería lo bastante intensa como para obligarle a hacerlo.

Tenía que encontrar otros medios para ayudar a su hermano.

Desamparado, solo hasta la desesperación, Conor se alejó de allí.

El oficial Michael O'Donnell, del Departamento de Policía de Casterbridge, recibió una llamada informándole del hallazgo de un cuerpo junto a la vía férrea al sur de la Avenida Hungerford a las ocho y veintitrés de la tarde. Se dirigía a cenar al restaurante New Daisy, situado en la carretela Nueve. Contrariado por lo inoportuno de la llamada, encendió las luces azules, hizo un cambio de sentido y se encaminó hacia el lugar indicado.

La temperatura en las colinas de Berkshire, en la zona oeste de Massachusetts, rozaba los cero grados, mientras que el gélido viento tendía a los 28 bajo cero. La Avenida Hungerford era una vía industrial monstruosa y poco concurrida por la noche. La calle consistía en una capa de asfalto que recubría unos adoquines centenarios surcados por un sinfín de vías muertas de ferrocarril. En el sector norte de la calle se erigían sucursales de fábricas, viejas barracas y solares sin edificar delimitados por oxidadas vallas de alambre. Al sur de la vía férrea principal, cuya infraestructura se hallaba en unas condiciones tan penosas que los trenes que transitaban por la zona de día no podían hacerlo a más de cuarenta kilómetros por hora, había un terraplén y un riachuelo, un insignificante afluente del río Queetoosuc. Sobre toda la zona se extendía una capa de veinticinco centímetros de nieve, con una superficie de hielo dura y brillante como un embaldosado de cerámica.

Cerca de la confluencia con la calle Seis, dos hombres con chubasqueros y gafas de esquí, accesorios casi obligatorios en aquella climatología, le hicieron señales con banderas. Sin embargo, a O'Donnell le disgustaba no poder ver los rostros de la gente. Media manzana antes del cruce, redujo la velocidad, desató la correa de la funda de la pistola y consideró la posibilidad de pedir refuerzos. En lugar de ello, hizo destellos con los faros, y vio un camión levantado con un gato con una rueda delantera pinchada. Utilizó el altavoz.

—Pongan las manos donde yo pueda verlas —ordenó a los dos hombres.

Su voz tuvo un eco metálico en los muros que se levantaban a su derecha. Los hombres obedecieron.

O'Donnell salió del coche patrulla, con la pistola cargada y montada en una mano y una enorme linterna en la otra, y se aproximó a los dos hombres.

—Hola, Mike —dijo uno de ellos—. ¿Eres tú?

—Sí.

—Soy Jack Surrey. Este es mi cuñado, Pete Contardi, de Woonsocket.

O'Donnell guardó el revólver en su funda. Conocía a Surrey: jugaba con los Knights de Pythias.

—No le reprocho que haya tomado precauciones —dijo Contardi.

El aire que había entre los tres se estaba llenando de espesas y luminosas nubes de vaho. O'Donnell experimentaba un hormigueo en su nariz expuesta al frío.

—¿Qué os ha pasado, muchachos? —preguntó, mirando al camión.

—Hemos pinchado —le respondió Surrey—. No llevamos rueda de repuesto. He pensado que el servicio de asistencia de la Gulf en Brookman estaría todavía abierto y podríamos comprar un neumático nuevo. Empecé a atravesar las vías, hacia el este, y entonces lo vi.

—¿Encontraste un cuerpo?

—Eso creo. Será mejor que le eches una ojeada.

O'Donnell acompañó a los dos hombres hacia la calle Cinco, donde finalizaba el tramo de vías muertas. A unos cincuenta metros del cruce donde habían dejado el camión, Contardi pidió al policía que enfocara la pendiente con su linterna, puesto que la potencia de la suya era mucho menor. El haz de la linterna de seis baterías iluminó el sólido hielo en que se había convertido el lecho del río y algunos arbustos medio enterrados en montones de nieve. Sobre la dura superficie del terraplén se extendían varias manchas de un color rojo oscuro desde el límite de las vías hasta la orilla del riachuelo.

Entre los matorrales había algo curiosamente fuera de lugar, semejante a un gran saco informe. Cuanto más lo observaba O'Donnell, más le parecían unos restos humanos envueltos en un abrigo de piel de camello. Bajo la luz de la linterna, no se distinguía nada que fuese humano: ni piernas, ni pies, ni brazos, ni cabeza. No obstante, el abrigo presentaba unos bultos que de algún modo sugerían la forma de un cuerpo.

O'Donnell golpeó la dura capa de nieve con el tacón de una bota, practicando unos peldaños que le permitieran descender hasta allí; de otro modo, tendría que recorrer la distancia de veinte metros que le separaba del hielo del río deslizándose sobre el trasero. Pidió a Jack Surrey que fuera a echar un vistazo a los tramos de vías que se dirigían hacia la calle Cinco. Luego descendió con lentitud, hundiendo los tacones en la nieve. Mientras balanceaba, para mantener el equilibrio, se protegía la cara con una mano enguantada del viento que acababa de levantarse. Contardi le siguió.

—Estas manchas sobre la nieve parecen de sangre.

—Podría ser —gruñó el policía, tratando de ahorrar energías.

Alcanzaron el fondo de la pendiente. Era un abrigo de piel de camello, en efecto, y había una buena razón por la cual ni brazos ni piernas eran visibles: habían sido arrancados.

O'Donnell miró hacia las vías. Los trenes de mercancías avanzaban lentamente por ese tramo, e incluso un ciego podría salir del paso de cualquiera de ellos. Pero aquel pobre diablo no lo había conseguido. O'Donnell apartó unas rígidas ramas y descubrió la cabeza de la víctima. Era una cabeza magullada y deformada, cuyos huesos formaban un entresijo con el hinchado tejido cerebral debajo de la calva. De la cavidad de una oreja emergía una masa de sesos. Ni su propia madre podría reconocerle. No obstante, tenía ambos brazos pegados al cuerpo. Llevaba unos

guantes de ante prácticamente nuevos. Se trataba de una persona que nadie esperaba hallar en una zona como ésta. Una mano sostenía una bolsa de papel marrón llena de (O'Donnell se agachó y palpó su contenido con un dedo enguantado) cristales rotos. A pesar de su congestionada nariz, podía oler los efluvios que emanaban de un desgarrón en la bolsa: *whisky* escocés.

El policía se incorporó e improvisó una teoría preliminar. En algún momento durante las tres últimas horas, después de ponerse el sol, la víctima había abandonado uno de los tres bares abiertos en la Avenida Hungerford con una botella de *whisky* en la bolsa; entonces, había intentado atravesar el tramo de vía férrea. Aquél no era uno de los lugares más indicados para ello, lo que hacía pensar que el hombre no estaba familiarizado con la zona. Hasta aquí, todo encajaba. Un tren en tránsito lo había atropellado y lo había matado. Cómo podía estar tan bebido para no advertir la presencia del tren, o tan borracho para ser incapaz de moverse, constituía un misterio que O'Donnell no tenía intención de plantearse. O tal vez se trataba de un borracho feliz con una extraña devoción por los trenes a quien le gustaba acercarse a la vía para verlos pasar. Esa vez se había aproximado demasiado. Si había bebido más de la cuenta del contenido de la bolsa de papel, se había desplomado para ir a parar bajo las ruedas de un tren. No vio mucha sangre. Hacía demasiado frío, y por el aspecto que su cabeza presentaba había muerto en el acto.

Siempre existía una tercera posibilidad: el suicidio. O'Donnell había visto cuerpos de personas que se habían quitado la vida con procedimientos más peregrinos que éste. El simple hecho de ahorcarse requería, probablemente, muchas agallas y determinación; más, se imaginaba, que arrojarle medio borracho debajo de un tren en marcha.

Por otro lado, tendría que notificar a alguien que ese hombre no regresaría a casa esa noche.

O'Donnell tuvo suerte: descubrió la cartera de la víctima al primer intento, sondeando el bolsillo interior de su chaqueta de lana. Abrió la cartera y encontró su permiso de conducir.

—¿Es alguien de la zona? —preguntó Contardi.

—No, es de Vermont. De Chadbury, en Vermont. Su coche tiene que estar por estos alrededores.

—¡Eh! —gritó Jack Surrey desde el tramo de vías muertas. Ambos se volvieron hacia él, enfocándole con sus linternas. Sostenía por la rodilla una pierna rígida, impecablemente vestida, con el zapato de piel negro en su sitio—. ¿Qué hago con esto?

—Déjalo donde estaba —dijo O'Donnell, disgustado—. Y no se te ocurra tocar nada de lo que encuentres.

Conor Devon estacionó el sucio Lincoln en el camino de acceso a su finca, junto a la puerta de la cocina, y entró en la casa. Ya habían terminado de cenar, y él dijo que no hacía falta que le esperaran. Olió a lasaña, algo chamuscada. En el porche trasero acondicionado para el invierno que utilizaban como sala de juegos, el televisor estaba encendido, a pesar de que era día laborable y estaba prohibido ver televisión entre las seis y media y las ocho y media de la tarde, el tiempo que los niños dedicaban a sus deberes escolares. El inmortal Archie Bunker estaba castigando a su yerno con uno de sus rimbombantes discursos.

—¿Gina?

—Estoy aquí —respondió ella desde el porche.

Conor atravesó la cocina y la encontró sentada en el sofá a cuadros con las piernas enfundadas en unos leotardos rojos y apoyadas sobre la mesita de café. Como el resto del mobiliario de la casa, la mesita estaba hecha con tablas de madera de arce, de estilo neo-colonial, con un lustroso acabado robusto que constituía una garantía a prueba de niños. Gina tenía la cabeza recostada de lado sobre un cojín en una actitud de abatimiento, los ojos fijos en el televisor. Sostenía en una mano un vaso de vino, Chianti rebajado con un poco de agua. Conor quedó sorprendido y un tanto inquieto; rara vez había visto a Gina tan rendida como en ese momento, por lo menos nunca antes de las once de la noche.

—Hola, querida.

Se sentó junto a ella. Gina esbozó una triste sonrisa, y deslizó su cabeza desde el cojín hasta el fornido pliegue del brazo de él.

—Creí que no ibas a volver nunca.

—¿Cómo están los niños?

—En sus habitaciones. Tuve que separarles después de cenar, me estaban volviendo loca con sus peleas. Supongo que son los nervios, por todo lo que se está diciendo sobre el crimen en el *Globe* y en televisión. No hay forma de que se queden al margen de todo esto. Y se trata del «tío Rich». Están tan desquiciados, que me parece que si tú y yo nos divorciáramos no lo pasarían peor. Ya conoces a Hillary cuando está deprimida.

Conor asintió. Hillary era la melancólica de la familia; era igual que él. Incluso antes de la pubertad había pasado épocas de crisis que les tenían muy preocupados. A menudo, la encontraban tendida en la cama a horas desacostumbradas del día, sin ningún motivo aparente, con el semblante cariacontecido por el sufrimiento, retorciéndose los largos cabellos entre los dedos como una princesa enferma.

—Lo que debemos hacer es mantenerla ocupada, eso es lo que necesita. Hablaré con los niños dentro de un rato. Antes tengo que relajarme.

—¿Quieres una copa? He podido aprovechar lasaña; pero la temperatura del

horno estaba demasiado alta, no sé cómo ha podido ocurrir, y se ha quemado. Lo siento. —Se frotó un ojo con el dorso de la mano. La sombra de ojos se había corrido sobre los pequeños pliegues de sus párpados adoptando el aspecto de unas diminutas huellas de neumáticos—. Todavía queda asado del domingo, si quieres un bocadillo.

—No sé... Bueno, comeré algo. Pero sólo tomaré un vaso de cerveza.

Gina apuró su Chianti y se puso en pie. Estaba despeinada, y en el incierto resplandor de la pantalla del televisor parecía tener el rostro hinchado. Gina advirtió que él la contemplaba con detenimiento y se encogió de hombros en un gesto de autocrítica.

—Hoy no me sentía con ánimos para adecentarme mínimamente —explicó—. Pero me arreglaré para ti más tarde.

Conor murmuró unas palabras tranquilizadoras.

—Te quiero —le dijo Gina, y se fue a la cocina.

Charley, que contaba ocho años y medio pero aparentaba doce, entró silenciosamente en el porche llevando su pequeño jerbo en el espacioso bolsillo de su chándal. A Conor no le gustaban las mascotas de la familia de los roedores. Los jerbos y hamsters, generalmente confinados en las jaulas que descansaban sobre dos estanterías de la habitación de los niños, habían sido un compromiso para satisfacer la necesidad infantil de ocuparse de un animalito peludo.

—Hola, papá.

El niño se acercó a su padre para besarle y luego retrocedió, acariciando con una mano la puntiaguda cabeza del jerbo.

—Hola. ¿A quién llevas ahí?

—A *Pandora*. No se encontraba muy bien. Hoy me han puesto un nueve en «mates».

—Eso es formidable. Durante cuatro años, mis notas en «mates» no fueron tan buenas como las tuyas. —Observó con atención un enorme parche en una de las abigarradas mejillas del niño—. ¿Cómo te has hecho eso? ¿En el hockey?

—Fue un chico de los Rangers que levantó demasiado el stick. Pero les ganamos seis a cero.

—¿Cuándo vuelves a jugar?

—El viernes, a las ocho y media.

—De la tarde, espero.

—No, de la mañana.

Conor gruñó, y acarició los rojizos cabellos de su hijo.

—Haré todo lo posible por acudir.

Gina regresó con un espumoso vaso de cerveza para Conor. Miró a Charley con expresión severa.

—Son las ocho menos diez. ¿Me ha parecido oír el grifo de la bañera?

—No —respondió el niño con una cierta obstinación—. Quería hablar con papá.

Conor intervino para aplacar la discusión:

—Ve a bañarte. Subiré en seguida.

Nuevamente solos, Gina se sentó en el borde de la mesita de café delante de Conor, con las rodillas rozándole las espinillas, el rostro ovalado estilizado en una sombra satinada como si se tratara de una talla religiosa. Encarnaba la viva imagen de una madona abatida y devota, con los cabellos encendidos por la incandescencia blanquecina producida por el contraluz del televisor, carcomida por el presentimiento de la amarga madurez. Conor sintió que también el corazón envejecía en el pecho femenino.

—He visto a ese abogado en el telediario de las seis —dijo ella.

—¿Adam Kurland?

—Es joven; muy joven, e imberbe. Parece que no haya roto jamás un plato en su vida, ¿sabes lo que quiero decir? ¿No crees que Rich estaría más seguro si lo defendiera alguien como F. Lee Bailey?

Conor recordó el rostro del conocido abogado, que había aparecido en la primera página de los periódicos durante muchos años.

—¿Cómo podemos permitirnos contratar a Lee Bailey? —Conor se acobardó—. Además, Adam y Rich ya se conocen. Resulta difícil afirmarlo, pero creo que Rich confía en él. Eso es importante.

—Así pues... —Gina hizo un gesto de resignación con las manos—. Rich y tú ya os habéis decidido. ¿Cómo está Rich?

—Bien..., está mejor. Le van dando tranquilizantes. Hoy ha comido algo, pero últimamente no ha demostrado demasiado interés por la comida.

—¿Todavía se comporta como si estuviera loco?

—¿Loco? Rich parece y actúa bajo los efectos de una enorme tensión y tienen que administrarle sedantes. Hay momentos en los que permanece quieto, fumando, sin llegar a estar tranquilo, sólo inmóvil; al cabo de un instante, experimenta el efecto contrario y se mueve constantemente. Se pasea por toda la habitación, muy concentrado, pero frenético, como un ratón dentro de un laberinto. Cuando le hablas, nunca tienes la certeza de que te escucha. Sus comentarios más coherentes son los que se refieren a cosas que le ocurrieron hace cinco, diez años. Entonces se muestra muy animado y hablador. Se refiere a su madre como si todavía viviese: «¿Cómo se lo está tomando mamá?». En una ocasión abrió el maletín de Adam y empezó a revolvérselo todo, incluidos sus documentos. Los revisaba uno por uno y los dejaba a un lado. Ponía una expresión tan triste... Era como si... hubiese renunciado a su militancia en la raza humana. Aunque me resulte muy doloroso verle así, hasta el punto de hacerme llorar, Adam dice que debo admitir la posibilidad de que haya una cierta afectación en su actitud.

Gina, habiendo asimilado penosamente la evidencia de la desorientación de Rich, cuando no demencia, encontró esta inopinada contradicción, o acusación, muy difícil de creer.

—¿Quieres decir que tal vez está fingiendo? Pero... tú te darías cuenta, ¿no es

cierto?

Conor se encogió de hombros.

—Yo intento verle así, como una persona astuta, falsa e inhumana, y no consigo hacerme a la idea. No hay demasiadas opciones a considerar, salvo la posibilidad de una enfermedad..., de un tumor cerebral. Pero por muy tristes y trágicas que resulten todas estas cosas, prefiero creer en cualquiera de ellas. Hará falta un psiquiatra, quizá varios, para emitir un diagnóstico. Adam conoce uno. A finales de esta semana, efectuará unos tests de análisis psicológico a Rich.

—Eso debería demostrar algo. ¿Ha vuelto a hablarte sobre... que está poseído?

Conor había ensayado esa mentira durante todo el día, y le salió con asombrosa espontaneidad.

—No.

Con faltar a la verdad pretendía tranquilizar su mente; pero la virtud pugnaba por aflorar a la punta de su lengua.

—¡Gracias a Dios! —Gina parecía algo aturdida por el alivio—. Sin embargo quizá sea algo de lo cual no quiera hablar en presencia del abogado.

—Yo no me preocuparía. Es sólo... un muchacho muy enfermo. —Conor dejó el vaso de cerveza sobre la mesita y se inclinó sobre ella para abrazarle unos instantes—. Saldremos de ésta, cariño. Ya verás como saldremos de ésta.

—¿Y qué me dices de Rich? ¿Cuáles son sus posibilidades?

—Yo confiaba que no tendría que comparecer a juicio, pero Adam no está tan seguro. Hay fases de una aparente estabilidad. Rich es consciente de su situación; sabe por qué está en la cárcel, y sabe que ella ha muerto. Pero guarda silencio cada vez que le mencionan a Karyn. ¿Es capaz de contribuir a su propia defensa? Hasta ahora, se trata de una pregunta sin respuesta.

Algo se movió en uno de los ángulos de su visión. Conor volvió un poco la cabeza y vio la silueta de su hija recortada en el umbral, con los hombros encorvados. Durante unos instantes se quedó allí, observándoles, pensando cómo debía recibir a su padre. Después, se irguió.

—¿Se puede entrar? —preguntó en tono resuelto.

Conor sonrió y extendió un brazo hacia Hillary, quien se sumó al abrazo de sus padres, apretándose más a él que a Gina. Llevaba un voluminoso suéter, un chal y unos leotardos; su indumentaria favorita para andar por casa. La mano de Conor encontró una cadera sutilmente pronunciada. Las caderas, así como el contorno del busto, eran características que Conor acababa de descubrir en su hija. Pero el rostro de Hillary conservaba la redondez de la infancia, un brillo de etérea pureza en sus ojos violeta, la piel reluciente como el papel de calcar, inviolada por el maquillaje; Gina no se lo permitía aún.

—¿Te ha hablado mamá de las llamadas? —preguntó Hillary a su padre. Miró a Gina—. Me olvidé de decirte que mientras estabas en el cuarto de baño llamó el tío Vito. Comentó que si se trata de dinero, no te preocupes. Eso es lo que me pidió que

te dijera.

—Hillary —repuso Gina con un tono de exasperación en su voz—, todavía tienes que aprender muchas cosas sobre tu tío Vito. Deja que me ocupe yo de atender las llamadas, ¿de acuerdo?

Como queriendo eludir un desaire, Hillary desvió los ojos hacia el televisor y reparó en la agresiva aspereza de Archie Bunker.

—¿Se supone que ese fanático es divertido? —preguntó.

Se puso de puntillas y recostó la cabeza sobre el hombro de su padre, moralmente altiva.

—La risa ha sido siempre el mejor antídoto para el fanatismo.

—Me gustaría que no fuese tan..., tan irlandés.

En realidad, Hillary pareció decir: «Me gustaría no ser irlandesa». Conor deshizo instintivamente el abrazo. Ella volvió a apoyar los pies en el suelo y le dio un fugaz beso en la frente.

—Ya he rezado el rosario. He probado de rezar por Rich. —Se interrumpió un par de segundos, con la respiración contenida—. Pero ha sido en vano. No he podido.

—Hillary... —empezó a decir Conor, mirando con remordimiento a esa hija suya que estaba a punto de sumergirse en un mundo de adultos que mataban (a traición) a aquellos a quienes afirmaban amar.

Advirtió que estaba furiosa, y muy asustada. ¿En quién podía confiar? Conor extendió su mano, que ella encerró entre las suyas, en un gesto conciliador, pero con una fuerza que denunciaba su pánico. Al cabo de unos instantes, le soltó la mano.

—Me voy —dijo—. Tengo que llamar a Debbie.

Hillary los dejó y desapareció detrás de la puerta.

—Está bien —anunció Gina, tocando madera.

Ambos intercambiaron sendas miradas fugaces y preocupadas. A pesar del carácter ausente de su hija, su fragilidad parecía reverberar en el porche como un cristal sometido a vibraciones ultrasónicas.

—En un momento está en la cumbre; al siguiente la encuentras bajo tierra.

—Son cosas de la edad, como dice el doctor Wersheba. No son crisis graves; bueno, por lo menos pueden tratarse con medicamentos siempre y cuando confesemos la necesidad de un tratamiento.

Conor tragó saliva, nervioso, pensando en la posibilidad de que su hija fuese arrastrada por alguna de las malsanas corrientes que habían engullido a Rich.

—Lo único que le pasa es que no puede soportar mucha tensión —explicó Gina—. A mucha gente le ocurre lo mismo.

—No todo el mundo es tan fuerte como tú y yo —replicó Conor, con una sonrisa casi partida en dos por el esfuerzo que hacía por reprimir el llanto.

Gina se incorporó con decisión.

—En seguida te traeré ese bocadillo. ¿Quieres otra cerveza?

—De acuerdo.

Conor se levantó también, con el vaso en la mano. No quería quedarse solo en el oscuro porche. Las contraventanas golpeteaban por efecto de las ráfagas de viento. Archie Bunker había dado paso a los Jefferson. Apagó el televisor.

—¿Cuánta gente ha llamado hasta ahora?

—No estoy segura. Hay una lista junto al teléfono de nuestro cuarto. Todos dicen que si necesitas algo, o si tienes ganas de hablar, no tienes más que llamarles. Deberías telefonar a Milt Kramer, y a Lou Kopnisis. ¿Vas a volver al trabajo?

Conor se frotó la oreja izquierda.

—Llamaré a Dilworth. Creo que Chico y yo tenemos que luchar contra los Increíbles Orlandos el jueves por la noche en Pawtucket.

—¿Ganaréis o perderéis?

—Les destrozaremos los hígados. Lucharemos hasta morir.

Conor bostezó, cansado de antemano ante lo que se le avecinaba.

Después de servirle el bocadillo, asado de buey poco hecho con tomate entre dos rebanadas de pan rancio, Gina se excusó para ir a tomar una ducha y lavarse el pelo. Conor dio un par de buenos mordiscos al bocadillo, que tuvo dificultades para tragar, y seguidamente llevó el plato y una botella de cerveza al piso de arriba. Se asomó a la habitación de los niños. Charley se preparaba lentamente para acostarse mientras explicaba, autoritario, a Dean los méritos que los Bruins estaban conquistando para Winnipeg. Había veces en que Charles, el esbelto atleta de la familia, parecía el dominante en la relación que mantenía con su intelectual hermano mayor. Pero otras veces se deshacía en un llanto infantil al más mínimo ultraje, como cuando sus dos hermanos se aliaban contra él en una competición de provocaciones; o en ocasiones sabía divertirse de maravilla en la bañera con su colección de estrellas de mar y marsopas de plástico.

En su dormitorio, Conor se sentó delante del escritorio y repasó la relación de nombres y números de teléfono que Gina había anotado con su impecable caligrafía. Colocó el teléfono ante sí y extrajo del bolsillo de la camisa una agenda con tapas de piel ennegrecidas y grasientas por el uso. Algunos de los nombres que figuraban en la agenda se remontaban a veinte años antes. Las deterioradas páginas estaban llenas con las actualizaciones de los domicilios de los amigos, la mayoría del seminario, con los que había tratado de establecer contacto. Conor ya había efectuado varias llamadas con su tarjeta de crédito aquella misma tarde, la más lejana de ellas a Roma. Junto al número de teléfono del Instituto de Obras Religiosas de la Santa Sede había una anotación reciente, que contempló ensimismado mientras oía el ruido de la ducha en el cuarto de baño contiguo y las risas de Hillary, sentada delante del televisor del salón. Conor trataba de imaginarse el baile de serpientes venenosas que tendría que combatir para impedir que infestasen las vidas de los suyos. Entonces hizo la última llamada del día, casi con el deseo de no recibir respuesta.

—He estado llamando todo el tiempo a Roma y acabo por localizarte en Boston —dijo Conor.

Monseñor Paul Joseph Garen alzó los ojos del ejemplar del *Osservatore Romano*, que había recibido por correo y estaba leyendo con sus lentes de abuelita, y sonrió con agrado y sorpresa.

—¡Conor! ¡Qué alegría después de tantos años sin verte!

Se puso en pie, llegándole a Conor hasta la altura del nudo de la corbata, para estrechar las manos de su viejo amigo. En aquel santuario donde el buen gusto era tradición, con cuadros que reflejaban bucólicos paisajes ingleses en las paredes y antiguas arañas de cristal, las comidas constituían un rito social. Algunos hombres de negocios, invariablemente vestidos con traje oscuro, habían presenciado con mudo descrédito cómo Conor se abría camino hasta la mesa del clérigo, que brindaba una amplia panorámica del río Charles, obstruido por el hielo. Su estatura, su barba rojiza y su chaqueta de pata de gallo conferían al clérigo la espectacularidad de un estruendo de platillos introducido en una fuga de Bach.

—Estás más imponente de como te recuerdo —prosiguió Garen—. Claro que sólo he visto fotos tuyas con barba.

—Forma parte de mi imagen de gladiador —dijo Conor, con una risa tal vez demasiado enérgica.

Estaba nervioso, y esa risa lo delataba.

—Oh, sí. ¿Sigues luchando? Creí que te habías hecho instructor y entrenador.

—Y es cierto, pero me obligaron a dejarlo.

—Siéntate, siéntate. Bien, más vale que entremos en materia.

—No había estado nunca aquí —dijo Conor sin demasiada convicción, al tiempo que disponía una silla tapizada frente a Garen.

—Yo tampoco, pero el arzobispo es un asiduo, y Su Eminencia fue tan amable de tomar las disposiciones pertinentes... Creo que siempre elige esta mesa.

Ambos miraron, como si respondieran a una señal, hacia la amplia ventana, parpadeando ante la intensidad de la luz. A través de una hendidura en las capas estratificadas de nubes grises se filtraba un resplandor que incidía sobre el helado río como augurando un día veraniego. Conor se sobresaltó al oír la voz del *maître*, dispuesto a tomar el pedido.

—¿Conor?

—Tomaré cerveza.

—¿Nacional, o... importada? —preguntó el *maître* con un vago sarcasmo en su sonrisa.

—Narragansett —gruñó Conor, mirándose una verruga que le había salido en el nudillo del pulgar izquierdo.

—Un Campari con soda para mí —añadió Garen.

El clérigo se quitó sus pequeños lentes plegables y se los guardó en un bolsillo interior de la chaqueta, junto a una calculadora. Conor advirtió que el forro de esa chaqueta era de seda, de un majestuoso color púrpura. El resto de la pieza resultaba igualmente bello por la calidad de la tela, con el corte y confección distintivos del sello de la casa Gammarelli, de Roma. Experimentó un anhelo momentáneo pero intenso, como el de aquel que no ha fumado en veinte años y, sin embargo, no puede evitar detenerse ante un estanco para admirar los artículos que se exhiben en el escaparate. De modo que Paul era monseñor a los treinta y siete años de edad, y todavía estaba lleno de vida, aunque tenía unas pronunciadas ojeras y una mancha gris en las aseadas patillas parduscas. Paul Joseph Garen había sabido sacar el máximo partido a una promoción caracterizada por avatares de todo tipo.

En sus días de seminaristas en Nueva York, si bien cualquiera de ellos podía tener dudas, celosamente escondidas, sobre su propia capacidad y porvenir, ninguno de los compañeros de Paul había dudado de que éste, algún día, llegaría a arzobispo, como mínimo. Roma había constituido siempre su objetivo. De hecho, había sido descubierto por un buscador de talentos del Vaticano en los albores de su carrera, y ahora acababa de cumplir su décimo año en la Santa Sede. Llevaba una vida astutamente ordenada en el laberinto de la burocracia curial. Mantenía buenas relaciones con otros jóvenes y prometedores administradores colocados en diversos despachos del Vaticano. Era tan hábil en los matices como sensible a la tolerancia crítica. En términos económicos era progresista, sin que se le considerara un iconoclasta. Un genio de las finanzas, especializado en propiedades, se había convertido en el miembro de más categoría del personal del obispo. Durante el seguimiento de los fraudes y malversaciones de Sindona, Garen había propuesto algunas ingeniosas maniobras que reducirían de manera bastante sustancial la pérdida de setenta millones de dólares sufrida por la Iglesia. Sus estrategias en materia de impuestos sobre las propiedades del Vaticano depositadas en varios países habían enderezado un serio problema de movimientos de efectivo. De haber obtenido un contrato en cualquiera de los más prestigiosos bancos de Europa e Inglaterra, no habría percibido menos de doscientos mil dólares al año, para empezar.

—¿Estás aquí de vacaciones? —preguntó Conor.

—¿En Boston? ¿En el apacible mes de enero? No, participo en unas negociaciones un tanto complicadas en representación de la archidiócesis. —Se frotó uno de sus fatigados ojos—. Me fastidia tener que tratar con banqueros; son unos malditos engreídos. Estas negociaciones pueden prolongarse durante otras seis semanas. Aun así, no dispondré de tiempo suficiente para hacer todo lo que me gustaría hacer, ni ver a todo el mundo que me gustaría ver.

—Te agradezco que hayas dedicado un poco de tu tiempo a comer conmigo —se apresuró a decir Conor.

—No digas eso, *Silencioso*.

El mote con que era conocido en el seminario, olvidado por Conor durante muchos años, lo sobresaltó. Garen sonrió divertido.

—Se me ha ocurrido de repente. Los motes que nos poníamos unos a otros me hicieron siempre mucha gracia. Vamos a ver, yo era...

—*El Rey Serpiente*.

Garen asintió, y el tono rojizo de su tez se intensificó.

—Fue una extravagancia excesiva por parte de Dios, considerando mi vocación.

—No creo que hubiera ni uno solo de nosotros que no ganara unos cuantos pavos apostando por ti los sábados por la noche en el bar de Ed e Irma.

—Tengo que admitir, al cabo de todos estos años, que he sabido aprovechar mi fama. ¿Crees que todavía se celebran en el bar de Ed e Irma animadas reuniones como las nuestras? Ah, el juego del tejo, y esas hamburguesas con cebolla chamuscada, y la cerveza de barril... Supongo que Ed e Irma siguen prosperando, aun en el caso de que el Arcángel Miguel haya cerrado las puertas de su local para siempre.

Garen miró a la mesa unos instantes, en actitud contemplativa, soñadora, tal vez entristecida. Conor volvió a hurgarse la verruga, y ésta empezó a sangrar. Llegaron las bebidas, que restablecieron sus ánimos.

—A tu salud, Conor. Vamos a ver. ¿Vives cerca de aquí?

—En Joshua, a diecisiete kilómetros al sur de Lowell.

—¿Cómo está esa zona? ¿Sigue afectada por la depresión económica?

—No, la revolución del microchip nos ha salvado. Supongo que seguiría viviendo en Dorchester si los negros no la hubiesen hecho suya. Mi esposa y yo nos criamos en Southie. Pero incluso las escuelas parroquiales tienen problemas allí; las escuelas públicas son las peores. En Joshua vivimos bien. Los dos trabajamos sin levantar cabeza, pero merece la pena.

—¿Tenías cuatro hijos?

—No, tres. Dos chicos y una chica.

Conor buscó sin dilación las fotos que llevaba en la cartera y se las pasó a Garen.

El monseñor se acercó el rostro de cada uno de los niños a los ojos para examinarles con detenimiento.

—Éste se te parece mucho.

—Éste es Charley —dijo Conor.

Tras haberse tomado unos cuantos tragos de cerveza, finalmente empezaba a tranquilizarse.

Garen observó una instantánea de Polaroid donde aparecía Gina, a la salida de la misa de Pascua del año anterior.

—Y ésta debe de ser tu esposa. Una *signora* adorable.

—Gracias.

Garen le devolvió las fotos y dio un sorbo a su Campari, mirando a Conor con el sonriente y distante orgullo de un tío rico que se dispone a denegar un sablazo. El

esbelto dedo que tamborileaba sobre su nariz sugería una advertencia de castigo.

—Creo que la vida de casado encaja con tu forma de ser —observó Garen.

—Sí, yo también lo creo. —Conor se aclaró la garganta, obstruida por el nudo de la corbata—. Me pregunto, Paul, si no me lo reprochas. El hecho de dejarlo, quiero decir. Tuve que hacerlo.

—No me cabe duda. —El dedo estaba inmóvil, los intuitivos ojos grises medio cerrados—. Es comprensible que no todos estemos capacitados para dar respuesta a nuestros problemas de identidad al servicio de Nuestro Señor Jesucristo. Tú fuiste listo, Conor. Y tuviste suerte, por lo que veo. Víctor, por ejemplo, está en conflicto continuo con su arzobispo. Bebe demasiado. A James lo mataron por un puñado de dólares en una casa de citas de Nueva Orleans. Era muy conocido en los círculos de homosexuales adolescentes. Andrew... —Garen frunció el ceño, en un esfuerzo por hacer memoria—. A Andrew le he perdido la pista. ¿Sabes qué le pasó a Glen?

—Se suicidó.

—Y Walter... se casó, pero tengo entendido que era incapaz de mantener relaciones sexuales con su esposa. Se divorciaron hace poco. Son muchas bajas. Más de trece mil hombres dejaron el sacerdocio en los seis años siguientes al Concilio Vaticano II.

—El Papa Juan Pablo II está adoptando una postura más dura.

—Sí. «Se trata de comprometerse con Cristo y con la Iglesia». Pero las peticiones de exención de los votos son cada vez más insistentes, y cada año hay menos jóvenes que escuchen la llamada del sacerdocio. Wojtyla es un hombre brillante y valiente, pero inadecuado para los tiempos que corren. Dispensa del dogma a los indiferentes, mientras que la supervivencia de la Iglesia exige un equilibrio. Sus intentos de aplastar a Lefèbvre y de silenciar a los teólogos radicales quizá sólo sirvan para hacernos más indefensos en medio de las corrientes sociopolíticas que se levantan sobre nuestras cabezas. El futuro de la Iglesia se está escribiendo con la sangre de la guerra civil en Iberoamérica, o en la Polonia de Wojtyla. Dudo que la fuerza espiritual pueda resistir a estas corrientes por sí sola, y tampoco una ingenua fe en la escatología. La Iglesia vive en la voluntad del pueblo, no a través de la ciega obediencia a la ortodoxia arcaica. Si se le niega esa verdad a esta Iglesia viva, el sol del tercer milenio de nuestra historia tal vez ilumine un planeta desolado, un mundo en ruinas, privado de consuelo y esperanza. Oh, vaya. Te he puesto violento, y ésa no era mi intención. Dios sabe, Conor, que siempre te he considerado un hombre sereno y válido. Estoy encantado. Quizá puedas responder a una pregunta que me he planteado durante todos estos años. Esos terribles castigos que os infligís los luchadores, ¿son de verdad?

Conor esbozó una sonrisa.

—Pregunta a cualquiera de tus vecinos sobre cualquier combate —respondió—, aunque un título esté en juego, y ya verás cómo se ríe de ti. Eso da una idea de cómo es el juego. Básicamente, trabajamos en el negocio del espectáculo, como los payasos

del circo Barnum y Bailey. Por otra parte, muy a menudo no tengo necesidad de exagerar mis sensaciones cuando alguien más grande y fuerte que yo trata de retorcerme un brazo. El mundo del espectáculo entraña siempre un precio, por muy bueno que seas.

—¿Puede considerarse un oficio?

—Lo es.

—Espléndido. En tu casa hay felicidad, te gusta tu trabajo, vas a misa con frecuencia y tienes unos hijos preciosos. De veras lo son. No puedo reprimir una cierta curiosidad acerca del por qué te has tomado tantas molestias para localizarme después de tantos años sin vernos.

—Hace una semana, mi hermanastro, Richard, mató a su novia en Chadbury, en Vermont. El caso ha salido publicado en la prensa. El telediario de hace dos noches ofreció imágenes del funeral. Rich la golpeó reiteradamente con una barra de hierro. En las tres ocasiones en que he ido a verle en la cárcel me ha dicho que está poseído por un demonio, y que fue el demonio quien le impulsó a matar a Karyn.

Monseñor Garen se quedó mirando a Conor con fijeza por espacio de medio minuto. Su rostro, en perfecto equilibrio entre la consternación y el descrédito, aparecía inexpresivo mientras analizaba la última revelación de su interlocutor. El vaso de Campari, que había levantado a medio camino de sus labios, fue rápidamente olvidado. Una gaviota asomó por un ángulo de la ventana y se desvaneció con un luminoso batir de alas que perturbaba las pupilas del observador como gotas de lluvia cayendo en un charco de agua estancada. Garen recobró el aliento, y el vaso de fino cristal que sostenía en la mano se agitó un momento.

—¡Vaya papeleta! —exclamó.

—Paul, no sé qué hacer.

—Yo tampoco. Sugiero que encarguemos la comida, y ya hablaremos de esto más tarde.

Mientras Conor y el monseñor elegían sus platos de la carta del Club Storrow, la doctora Margaret Renquist se entrevistaba con Richard Devon en una mal ventilada habitación del Palacio de Justicia del distrito, en Chadbury. Él llevaba seis días en la cárcel y seguía sometido a un tratamiento de sedantes, una dosis de Thorazine que la doctora creyó apropiada. El tranquilizante no impediría a Rich efectuar los tests de inteligencia que ella había traído, y no afectaría de un modo significativo en los resultados de las pruebas.

Renquist era una mujer gordinflona, pero hermosa, que rebasaba la cincuentena, y gustaba de lucir joyas en su traje a rayas y en la blusa de color mayonesa con volantes. Sus cabellos tenían una iridiscencia rojiza, como el plumaje de un gallo de pelea. Usaba gafas sin montura para ver de cerca, que deslizaba arriba y abajo del puente de su nariz con la destreza de un joyero. Las gafas estaban fijas a la solapa de su chaqueta mediante una cadena de oro.

Sus ojos se enfrentaron al problema sin más dilación. Su paciente parecía tímido, cansado, susceptible e irritado.

—Necesito un cigarrillo —murmuró Rich, mirando a Adam Kurland.

—Mira, hijo, yo soy asmática de toda la vida, pero si de veras lo necesitas... Quiero que te sientas cómodo.

—Está bien.

Rich se apartó del paquete sin abrir de Marlboro que el abogado le ofrecía y miró a la silla de madera donde debía tomar asiento. Renquist estaba ya sentada enfrente de la silla vacía, ante una pequeña mesa cuadrada. Rich contuvo un bostezo y se humedeció los secos labios con la afectación de un niño desgraciado. Se sentó, calmoso, y trató de encontrar algún entretenimiento para las manos. Sobre la mesa había dos carpetas, un bolígrafo, un bloc de notas, una botella llena en tres cuartas partes de agua y dos vasos de plástico. Finalmente, Rich se recostó sobre un codo y protegió un poco su rostro del intenso resplandor de luz que se filtraba a través de las persianas venecianas. Sus ojos, de un vago tono plateado y con las pupilas dilatadas, inmóviles. Adam se apoyó sobre la pared con los brazos cruzados, observándole.

—¿Te hemos despertado? —preguntó la psicóloga, indulgente, en respuesta a la lasitud del muchacho.

Rich volvió a bostezar y asintió.

—No tengo gran cosa que hacer aquí. Duermo la mayor parte del día.

—¿No duermes por la noche?

—No me deja —respondió Rich, en un tono de voz tan bajo e inexpresivo que la doctora tuvo que inclinarse sobre la mesa para poder captar las últimas sílabas.

Adam se agitó, incomodado.

—¿Quién no te deja dormir? —preguntó Renquist con una sonrisa maliciosa y

agresiva—. ¿Hay alguien en la celda contigo?

El abogado, mejor informado que la doctora, negó con la cabeza. Rich pareció no haber oído la pregunta. Volvió la cabeza de un modo extraño, estirando el cuello. Sus labios dibujaron una sonrisa, pero no era de felicidad. Los músculos faciales estaban contraídos en un gesto horrible, y sus ojos danzaban en una especie de delirio. Pero casi tan pronto como la sonrisa había aparecido, se desvaneció; sus labios se fundieron en una expresión fría. No dijo nada. Los otros dos ocupantes de la estancia estaban esperando. Oyeron una voz amortiguada que explicaba un tema de derecho en una sala próxima, además de los ecos procedentes de otras partes del edificio: la estrepitosa puerta de un viejo ascensor, unos tacones resonando en el suelo de mármol del pasillo... Renquist puso fin a aquella tensa situación; emitió un sonoro suspiro y destapó su bolígrafo de oro.

—Te llamas Richard Devon. ¿No tienes un segundo nombre?

—Padraic —dijo Rich con prontitud, añadiendo, con un tono admonitorio—: Pero nunca me ha gustado que me llamen Paddy.

—Richard Padraic Devon. ¿Edad?

—Veintidós años.

—¿Recuerdas tu número de la seguridad social?

Tras vacilar unos instantes, lo recitó de un tirón. Miró a Adam y le preguntó:

—¿Va a venir mi hermano?

—No, hoy no, Rich. Está en Boston.

Él recibió la noticia con una solemnidad que rayaba en tristeza.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—Comprendo.

—Richard —dijo la psicóloga, reclamando su atención—, ¿cómo duermes?

—Boca arriba.

—Quiero decir, ¿duermes tranquilo o agitado? ¿Te despiertas con frecuencia?

—Sí.

—¿Tienes pesadillas?

Rich la miró con una intensidad casi cegadora. Luego, de repente, bajó la vista, se estiró por encima de la mesa y abrió una de las carpetas. Echó un vistazo a los tests Stanford-Binet.

—Esto va a ser una pérdida de tiempo. Puedo decirle que mi coeficiente de inteligencia es ciento treinta y seis, lo que no está nada mal.

Tenemos que hacerlos.

—Si son necesarios...

—Son muy necesarios.

—Si usted lo dice... Yo ya no veo ninguna diferencia.

—¿En qué, Richard?

—Entre lo que es pesadilla y lo que no lo es. Entre el sueño y la vigilia. ¿Cree

usted que estoy loco?

—Esa es una palabra que nunca utilizo.

Habiendo perdido su interés por la conversación, Rich fue atraído por el ruido que Adam hizo al tratar de contener con la mano un ataque de tos.

—Algo ha ocurrido —dijo al abogado—. Y usted no quiere decírmelo. ¿Se trata de Conor? Se encuentra bien, ¿no es cierto?

—Claro, Rich. ¿Por qué no había de encontrarse bien?

—Está amenazado.

—¿Conor? —dijo Adam, alzando la barbilla y tocándose un corte que se había hecho en la garganta al afeitarse.

El abogado miró a Renquist, quien jugueteaba con sus gafas, que proyectaban pequeñas elipses saturadas de los colores del arco iris sobre la pared. Tenía los ojos entornados, tan sumidos en una intensa concentración, que los párpados sólo dejaban entrever un punto de luz en sus pupilas.

—¿Quién le amenaza? —preguntó Adam.

Rich rechazó la pregunta con la sacudida triste de la cabeza.

—Pero es su hija, Hillary. Es la más vulnerable; puede tener problemas. Quizá debería pedirle a Conor que no venga a verme más. Sin embargo..., tengo que avisarle. Han enterrado a Karyn esta semana, ¿verdad?

—Sí.

Su dolor, frío y condensado, destelló con el sigilo de un cometa en un funeral.

—Karyn ha muerto y se ha ido. Polly, en cambio, no se ha ido. Le digo que tenemos un gran problema en perspectiva.

Renquist escribió algo en su bloc de notas y levantó la vista con una sonrisa rígida y carente de sentido. Se estiró sobre la mesa para alcanzar un vaso y la botella de agua, apartando momentáneamente sus ojos de Rich.

—Más vale que no toque eso.

Ella detuvo su mano.

—¿Por qué no?

—No se puede beber. Está congelada.

La psicóloga, como aceptando un desafío, cogió resueltamente la botella. Pero el peso de ésta venció su muñeca, y la botella cayó sobre la mesa, haciendo un ruido metálico y rodando en semicírculo.

—¿Lo ve? Está congelada.

La sonrisa de la doctora se amplió, si bien parecía desconcertada por aquel fenómeno.

—No estaba congelada antes. ¿Cómo lo has sabido?

—Yo sé muchas cosas —respondió Rich, seco—. Ninguna de ellas es buena. Trato de saber todo aquello que... sé que no puede hacerme daño. —Desvió la mirada hacia el abogado—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué trata usted de ocultarme?

—No creo que tenga nada que ver con el caso —contestó Adam—. Sólo sé que la

policía estaba interesada en hablar con él. El propietario del hotel, Windross, fue encontrado hace tres noches junto a unas vías de ferrocarril en Massachusetts. Había sido arrollado por un tren de mercancías.

—¡Dios mío! —exclamó Rich, momentáneamente afectado por las implicaciones del suceso.

Poco después, la noticia pareció desvanecerse en su mente. Se hundió en la depresión y aspiró hondo. Su motor había empezado a funcionar. Sus labios temblaron, y finalmente dijo, casi a gritos:

—Aquí no hay vivos ni muertos. Sólo hay aquí y allí. ¿Se dan cuenta? A veces las líneas se entrecruzan. No sé cómo sucede. Tal vez lo pedimos nosotros mismos. El lugar de acceso es el plexo solar, o algún punto situado a la izquierda, en la base del cerebro, donde el cuello y la espina dorsal se unen. Sé que me castigará por hablar tanto, pero... Crean lo que les estoy diciendo. La raza humana está más amenazada que nunca. Él ha estado esperando mucho tiempo. El tiempo..., ¡mierda! El tiempo no significa nada para él.

—¿Otra vez él? —se apresuró a decir Renquist, dando golpecitos con el bolígrafo sobre el bloc de notas.

—Sí —repuso Rich, y se inclinó un poco hacia ella, con los codos apoyados en la mesa.

—¿Puedes decirme su nombre?

—Él no quiere que lo haga. Todavía es pronto.

—¿Por qué es pronto?

—Yo no hago planes ni establezco reglas —respondió Rich con firmeza—. Tengo la lengua atada.

—¿De veras lo está?

—¿Quiere verlo?

—Sólo si quieres mostrármelo.

Rich entreabrió la boca y enseñó tímidamente la punta de la lengua.

—A mí me parece normal —observó la psicóloga.

Rich abrió más la boca, por donde asomó otro centímetro de sarrosa lengua.

—Un poco sucia, ¿no? Debes de tener problemas digestivos, lo cual es incomprensible.

—Ah, aaahh.

Rich había echado la cabeza hacia atrás y hundía un dedo en su glotis. Los anillos cartilaginosos de la tráquea eran visibles bajo la piel de su garganta.

—Ahora, Richard.

—¡Oooog!

—Ya lo veo. No hay nudo alguno en tu lengua, de modo que puedes hablar.

La psicóloga se quitó las gafas y sonrió, expectante, contemplando el hinchado rostro de Rich, cuya coloración había pasado del carmesí a un tono ciruela. La saliva se escurría por su barbilla.

—Nada de lo que digas saldrá de esta habitación —le garantizó.

Se oyó un fuerte estampido. Adam dio un paso atrás al ver un resplandor blanco que salía disparado de la boca de Rich como una bala.

Maggie Renquist sacudió la cabeza y profirió un grito de dolor y consternación, llevándose ambas manos al rostro.

Y un instante después, en un abrir y cerrar de ojos, Rich hizo algo sorprendente: dio un salto mortal hacia atrás, desde la silla que ocupaba, y fue a aterrizar en el suelo, boca abajo, con los brazos rígidos junto al cuerpo.

Adam quedó atónito ante este hecho, no podía creer lo que acababa de presenciar. Renquist carraspeó varias veces. El abogado desvió su atención hacia ella.

—¿Qué ha ocurrido, Maggie?

—¡Dios mío, no lo sé! —exclamó la doctora—. Algo me ha impactado en la cara.

—Déjame ver.

Renquist bajó sus temblorosas manos, y vio a Rich postrado en el suelo.

—¿Qué hace ahí tendido?

La mujer se palpó el objeto que sobresalía más de un centímetro de su mejilla derecha.

—No lo sé, sólo vi que..., bueno, se caía de la silla..., o algo así. No, no te lo toques. Déjame verlo.

Al examinar el objeto, Adam advirtió que se parecía a un incisivo; incluso resultaban visibles sus largas raíces. El extremo cortante estaba firmemente incrustado en la carne de la mejilla de Maggie Renquist. Sin embargo, no acertaba a llegar a una conclusión mínimamente plausible.

—Bueno, parece un..., un diente.

Su voz se quebró de un modo infantil. Recordó que no le había ocurrido nada semejante desde que tenía quince años de edad.

Ella se puso en pie, y apartó la silla, con los ojos fijos en Rich.

—No te preocupes, estoy bien. Veamos qué le ha pasado a Richard.

El muchacho se hallaba en un estado de catalepsia, completamente inerte. Moverle fue una empresa equiparable a levantar la losa de piedra de un sarcófago. Ambos aunaron sus fuerzas y lograron colocar a Rich boca arriba. Tenía los ojos cerrados, pero la boca, todavía abierta, mostraba una lengua encogida como una serpiente asustada, aunque no se la había tragado. Ahora, la coloración de su piel era pálida. Adam no detectó el menor vestigio de respiración o pulso. El abogado estaba sufriendo palpitaciones. Era obvio que uno de los incisivos superiores de Rich había desaparecido de su encía.

—Ve a buscar ayuda —dijo Renquist, con sensatez.

La psicóloga se tambaleaba, respirando dificultosamente. Se tocó la mejilla herida y miró al muchacho tendido en el suelo..., inerte, pero no muerto.

Renquist sonrió cuando Adam hubo cerrado la puerta. Seguidamente, inició una lenta retirada hasta alcanzar las moteadas franjas de luz procedentes de las persianas

venecianas. Una gota de sangre resbalaba por su mejilla desde la herida. Los volantes de su blusa se agitaban como las agallas de un pez al dilatarse su pecho con los improbables esfuerzos que hacía por respirar. Había algo orgulloso y maligno en la postura extática de Rich. Ella sentía una presencia, algo que la observaba a su vez; el vestigio de un tercer ojo calculador oculto en la carne. Se buscó el corazón con una mano a tientas. Maggie Renquist estaba sufriendo un ataque de asma. La sonrisa persistía en su semblante, aunque los ojos se le cerraban por los efectos de un dolor creciente y de su pánico de toda la vida ante la posibilidad de morir por asfixia.

Conor, con la garganta dolorida de tanto hablar, volvió a coger el tenedor, y aprovechó una pausa, para pinchar los restos de la ensalada de marisco que había pedido como segundo plato. La evidencia de su desmesurado apetito le sorprendió. Tenía la sensación de no haber probado más que unos pocos bocados. Su vaso de cerveza volvía a estar casi vacío; no quedaba más que espuma y una media luna dorada en el fondo. Quiso pedir otra, pero no se vio con arrestos para hacerlo. Él ya había perdido la cuenta, pero tal vez monseñor Garen sí las había contado.

Garen se había conformado con una ensalada verde y un tazón de gazpacho frío. Durante la mayor parte de la comida había sido una presencia muda, afectadamente encorvada, que rara vez alzaba la mirada del plato ni siquiera para formular cualquier pregunta. Al otro lado de la ventana, una bandada de gaviotas revoloteaba en una silenciosa confusión, creando un universo frenético ante los pensativos ojos de Conor. Cuántas veces habría estado tentado Dios de decir: «Volvamos a empezar, y esta vez procuremos que salga bien».

El cosquilleo que Conor experimentaba en la garganta se tradujo en una tos seca. Tomó un sorbo de agua de su vaso.

—De modo —dijo— que es como un fenómeno de... doble personalidad. Veo a Rich, y, al cabo de un instante, ya no le veo. Al parecer, hay alguien más a quien presta atención y trata de agradar. O, simplemente, de apaciguar. De repente, una luz extraña y siniestra surge en sus ojos y entonces sé que voy a ver... a la persona que no es Rich. La sensación es... más que intrigante. Es terrorífica.

Garen se llevó la servilleta a los labios, la dejó, arrugada, al lado del plato y tocó reflexivamente el pequeño crucifijo que llevaba colgado del cuello por fuera del chaleco.

—Sé que lo que acabas de describir puede ser un caso clásico de doble, o múltiple personalidad. En los últimos años, la psiquiatría no ha tenido más remedio que admitir que estos casos son mucho más frecuentes de lo que se creía en un principio.

—La psiquiatría es todavía una ciencia en pañales —dijo Conor con escasa admiración—. Y eso, siempre y cuando se pueda involucrar a una ciencia en todo este asunto. Un par de siglos atrás, Rich habría sido juzgado y ejecutado por brujería, sin más preámbulos.

—Juana de Arco está viva y es una médium —murmuró Garen, con una sonrisa que revelaba mayor cantidad de oro que la que podía contener su crucifijo; el cuerpo de Cristo encarnado en un enorme molar.

Esa visión hizo que Conor se sintiera un poco mareado por el disgusto.

Garen, al interpretar mal la aflicción de Conor, se apresuró a añadir, con el entrecejo algo fruncido:

—¡Lo siento! Lo leí en un cartel en la calle hace un par de días. Insensible de mí,

se me ha escapado.

Conor rió entre dientes.

—Lo que trataba de decir...

—Oh, sí, sí. Estamos en la época de la lectura empírica. Ningún comportamiento es tan extraño como el que no puede expresarse de forma binaria. Nuestros demonios son todos ellos emocionales, debidos a disfunciones en los engranajes de la mente.

—Pero eso no es lo que nos han enseñado.

—El diablo existe, no cabe duda, y está dotado de una autoridad pontificia. Y el diablo nos perseguirá a todos, y, para hacerlo, se aprovechará de la envidia y la maldad que hemos recibido de la imperfección de no ser Dios. Su nombre es Legión. La humanidad se hallaría en un estado lamentable de no existir el amor del Padre para protegernos de esos espíritus traidores y corruptores.

—Lo que yo no entiendo es cómo alguien como Rich puede ser afectado.

—Tu hermano, ¿es un buen católico?

—Relativamente. Pero no está en contra de la Iglesia, como tantos chicos en nuestros días.

—¿Quieres un café, Conor?

—No, gracias.

El monseñor consultó su reloj.

—Tengo que estar en la mesa de negociaciones dentro de unos minutos.

Hizo señas al camarero con un dedo alzado.

—Ha sido muy amable de tu parte prestarme tu atención —dijo Conor.

—En absoluto, me ha alegrado mucho hablar contigo. Créeme que lo siento mucho, es una prueba terrible para ti y tu familia. Debo decir que la mayor parte de las pruebas que me has presentado para determinar la posesión son circunstanciales. Esos mismos síntomas podrían corresponder a un caso de esquizofrenia paranoica, por ejemplo. Claro que yo no soy ningún experto. Debes meterte en la cabeza que los casos verídicos de posesión demoníaca son raras excepciones, gracias al Señor. Cada año se investigan miles de peticiones, pero sólo un pequeño porcentaje requiere la intervención de un exorcista.

—Yo creo honestamente que ésta es una petición que debería ser investigada.

—Conor, te garantizo que pediré consejo sobre este asunto. Y si puedo ayudarte en...

Presentaron la cuenta. Garen se volvió bruscamente para firmarla.

—¿Hablarás con un exorcista? —insistió Conor, consciente de parecer un niño grande y obstinado.

—No conozco ninguno —dijo Garen en un tono un tanto exasperado. Se apretó la boca con el puño, tal vez porque el picante gazpacho le estaba repitiendo—. La Iglesia no es distinta a la CIA en este aspecto. Claro que tenemos sacerdotes cuyas raras facultades les han convertido en exorcistas, y discípulos del *Mysterium Iniquitatis*. Pero su trabajo es secreto; sus investigaciones, peligrosas. Se desconoce

quiénes son hasta que se demuestra una necesidad. Y tengo entendido que debe observarse un estricto protocolo, empezando por un nivel diocesano. Exigen pruebas concluyentes. Puede llevar muchísimo tiempo, Conor.

En el vestíbulo del Club Storrow, el monseñor asió las manos de Conor con entusiasmo, en señal de alivio al ver concluida una comida que había resultado bastante sombría. Después de todo, los putañeros banqueros constituirían un descanso tras el relato de los infortunios de Conor.

—Que Dios te bendiga. Da muchos recuerdos a tu señora y a tus encantadores hijos. Ya recibirás noticias mías.

Tomó el ascensor, volviéndose, una vez en su interior, para mirar a Conor cara a cara, con una sonrisa correcta y jovial. Hizo el signo de la bendición mientras se cerraban las puertas.

El corazón de Conor se escapó con ese ascensor que descendía de forma invisible. «Ya no soy un sacerdote». Era un hecho consumado. Durante un año o más después de renunciar a su vocación, había padecido molestos accesos de insensibilidad en las extremidades: los pies, los dedos de las manos, incluso en una ocasión la totalidad de su pierna izquierda.

Enfrentándose a sus limitaciones, y a una tarde poco halagüeña, fue al servicio de caballeros y permaneció un rato sentado en el retrete, casi convulsionado, consciente de que había introducido demasiada comida en su delicado aparato digestivo. Eructó, para, a continuación, aspirar el aire cargado de los efluvios del líquido antiséptico de los urinarios e intercambiarlo por un aire más viciado aún, ventoseando de forma ininterrumpida. Al cabo de unas horas tendría que luchar, y una semana apartado de su rutina de entrenamiento le había hecho vulnerable. Además, era propenso a las lesiones. Una caída en mala posición podía poner fin a su carrera de segunda fila. Supondría la hospitalización, y un corte de suministro de dinero en la economía familiar. Todo dependía de él: la salvación de Rich, el sustento de los niños..., ¿y qué podía hacer? Las paredes metálicas de color gris del retrete eran un sepulcro de culpa. Tenía que vomitarla u orinarla. Optó por esto último. El líquido, de un color amarillo intenso, malsano, indicaba que los riñones volvían a hacer de las suyas. La efusión pareció vaciar tanto su vejiga como su cabeza. Se le estaba secando el cerebro, cuyas células superaban el ritmo normal de desgaste. En ese momento era menos listo de lo que había sido a esa misma hora el día anterior. Mañana sería un bloque de granito que tendría que partir con un escoplo para alcanzar su interior. El tiempo le obsesionaba, atormentado por la sombra de la muerte proyectándose sobre su nuca. Cuando vio el chorro de orina reducido a un simple goteo, se sacudió el pene para desprender las últimas gotas. «Ya recibirás noticias mías». Pero Paul tenía razón: ¿dónde estaban sus pruebas para captar la atención de los profesionales escépticos? No por ello estaba menos seguro de sus conclusiones, y una prolongada espera sería un tormento, en especial para Rich. Tenía que actuar. Seguramente había libros publicados sobre el tema de la posesión demoníaca. Incluso podría encontrarlos en la

Biblioteca Pública de Boston, accesibles a todo el mundo.

El viernes por la noche, el primer viernes del mes de febrero, Lindsay Potter llegaba procedente de New Haven y estacionaba su Mazda color chocolate, veteadado de la sal esparcida sobre la carretera, junto al Cadillac de Adam, en el garaje cubierto y con calefacción, adyacente al caserío que compartían a ocho kilómetros del centro de Braxton, en Vermont. El río Connecticut resplandecía a la luz de la luna a cuatrocientos metros escasos de la casa, al otro lado de los muros de piedra y los huertos que delimitaban una finca de cuatro hectáreas y media. La chica recogió el equipaje que iba en el asiento delantero: una maleta, un voluminoso maletín que contenía su máquina de escribir, dos aparatos para grabar y una gran cantidad de cintas miniatura. En medio del intenso frío, subió una escalera que conducía al amplio porche de acceso. Entró en el oscuro caserío, con una altura de ocho metros desde el piso de madera hasta el tejado. Todas sus dependencias estaban al aire libre, a excepción de unas galerías donde se habían instalado unos jergones y que podían cubrirse por medio de unos paneles de madera de nogal corredizos. La luz era muy tenue, y dejaba la mitad de las habitaciones y el despacho a oscuras. Era un lugar digno de ser visitado, pero terriblemente frío. Mantenían el termostato muy bajo en invierno y confiaban en otras fuentes de calor: bañeras de agua caliente, fuego en el hogar, mantas eléctricas por la noche...

El teléfono sonó dos veces. Un contestador automático atendió la llamada. Un solo foco aislaba la bañera de agua caliente situada a un lado de la chimenea de piedra original. Lindsay podía oír el burbujeo del agua, y entre el vaho de vapor emergente vio a Adam sumergido hasta el pecho, con la cabeza recostada sobre un cojín neumático. Se oía música ambiental: Crystal Gayle conmovía con su encantadora y desgarrada voz.

—Hola, ya estoy en casa —dijo Lindsay, y él se sobresaltó, mirando, atónito, a su alrededor.

—¿Eres tú, Linds?

—Sí. ¿Quién te esperabas, tu madre?

—Ven aquí.

—En seguida, antes necesito un trago.

Dejó caer el equipaje sobre un sofá y se quitó las botas, brincando sin detenerse en su trayectoria hacia la cocina.

—¿Estás cansada?

—Estoy muerta, cariño.

Sus exhaustos ojos recorrieron la hilera de botellas almacenadas sobre la barra.

—La ginebra. ¿Qué has hecho con la maldita ginebra?

—Está en el frigorífico.

—Oh, sí, claro.

Se dirigió hacia la descomunal nevera de acero inoxidable y la abrió. Cogió la fría botella de Tanqueray's y revolvió el cajón de bebidas en busca de una limonada. Dejó ambas botellas sobre un bloque de madera de arce y escogió un vaso alto. A continuación, se quitó la chaqueta de punto, la blusa y el sostén, y los dejó caer al suelo. Se estremeció y frunció el ceño. Mezcló la ginebra con la limonada, añadió unos cubitos de hielo, probó la bebida y chasqueó la lengua. Se bajó la cremallera de la falda y también la dejó caer. Esa vez se estremeció hasta que los huesos le crujieron. Dejándose puestas las medias de color negro, se dirigió hacia la bañera, dio su vaso a Adam para que se lo sostuviera y se introdujo feliz en la efervescente agua. Se sentó junto a él, balanceando una mano sobre su hombro húmedo y caliente. Se besaron. Las manos de Adam recorrieron lentamente su caja torácica hasta la goma de la cinturilla de las medias y se las quitó, dejándolas, completamente empapadas, sobre la repisa de piedra que había por encima de sus cabezas. Ella buscó su pene a tientas, lo cogió y dijo:

—¿Sabes una cosa? Creo que hoy estoy demasiado cansada.

Adam sonrió con malicia e inclinó el vaso hacia los labios de ella.

—Ya te recuperarás.

Lindsay bebió y se frotó la mejilla, escocida por el cosquilleo del bigote masculino.

—Escucha, muñeco —dijo con aire severo—. Estás adoptando una mala costumbre, durmiéndote en la bañera. Una de estas noches llegaré realmente tarde y tendré que despegar tus huesos del fondo.

—Oh, no estaba dormido. Sólo adormilado. Y tampoco llevo aquí mucho rato, créeme.

—Te creo, pero si sigues este proceso de reblandecimiento casi podré mirarte al trasluz.

El teléfono volvió a sonar, convertido en una gotita sonora en el amplio espacio que los rodeaba. El segundo timbrazo quedó interrumpido.

—Así pues, ¿qué sabemos de Richard Devon que no supiéramos hace una semana? —preguntó Adam.

—No ha sido nunca hospitalizado ni tratado por ningún tipo de enfermedad mental. Era un muchacho muy temperamental, se peleaba a menudo. Sufría el clásico complejo de inferioridad por causa de su estatura. Tuvo algún problema sin importancia con la ley: un par de arrestos, pero lo soltaron sin cargos.

—Uno a cero para el ministerio fiscal —dijo Adam, sin parecer intimidado—. No es que esté loco, simplemente es malo. Ella lo rechazó y él no supo encajarlo. La mató con premeditación. Quería darle una lección inolvidable. Si no puede ser mía, tampoco será de nadie.

—Contamos con cinco testigos que jurarán que se hallaba en un estado de locura más intenso que la hidrofobia cuando mató a Karyn. Además, tenemos los testimonios de los oficiales que lo arrestaron y del doctor Arthur K. Harbison, todo lo

cual no nos servirá para que nos dejen entrar gratis en el concurso de Miss Octogenaria Desnuda en la residencia de ancianas, y...

Lindsay hizo una pausa para recobrar el aliento. Adam se había hundido en el agua, riendo; en torno al círculo negro de sus cabellos estallaban enormes burbujas. Ella sonrió, aguardó a que reapareciese y prosiguió:

—Y contaremos con el testimonio de tantos médicos dispuestos a cooperar como podamos permitirnos. A propósito de dinero, últimamente voy de un lado a otro con sólo dos pavos en el billetero.

—Parece definitivo que el condado nos dará la misma cantidad de dinero que cuando defendimos a DuBois.

—¿Setenta y siete mil? ¡Pero aquél fue un proceso de doce días! Esta vez pasarán semanas antes de que hayan seleccionado el jurado, sin tener en cuenta...

—Está bien, está bien. Me he pasado toda la tarde en Montpelier tratando de averiguar cuánto puede arrancarnos el mecanismo del Estado. Spru Norfleet me ha prometido que me llamará a comienzos de la próxima semana. Siempre le he gustado, a Spru.

—Sí, a ella y a su padre. —En los ojos de Lindsay se encendió un destello de celos femeninos—. Espero que no le hayas dado la impresión de estar dispuesto a compartir su saco de dormir en alguna de esas excursiones de fin de semana en el mes de agosto.

—Ya ha superado con mucho mi concepto de la mediana edad, y, de todos modos, entiendo que sería una aventura bastante incestuosa.

Lindsay advirtió en esa afirmación la ausencia de engaño, de afectada franqueza. Lo miró complacida y empezó a peinar su empapado bigote con una de sus largas uñas.

—Hablando de mecanismos sucios —dijo Adam—, ayer comí con Gary Cleves.

—¿Cómo está nuestro Viejo Cruzado?

—Pagado de sí mismo en relación con lo que él llama su «caso cerrado». Me citó Powell contra Texas. Llevaba algunos Martini de más. Le vi tan presuntuoso que estuve a punto de perder los estribos y empezar a negociar el alegato antes incluso de que la acusación sea hecha pública.

Lindsay apuró las últimas gotas de su vaso.

—Gary es tan reaccionario —dijo con una sonrisa maliciosa y oportuna— que se ha convertido en un estúpido. ¿Acaso no sabe que mucha gente de los alrededores todavía cree en brujas? Oh, sí, están firmemente convencidos de su existencia. Y cuanto más pienso en ello, más segura estoy de que lograremos meternos a cualquier jurado en el bolsillo.

—Pero la publicidad previa al juicio puede perjudicarnos. Ésa es la baza de Gary.

Lindsay le mostró el vaso vacío y, mordiéndose el labio inferior, pidió con voz zalamera:

—¿Me haces otro?

—Claro.

Adam se incorporó de la bañera y cogió una larga bata rayada de felpa. Los ojos de Lindsay revolotearon como sendos avispones con insolación, admirando su trasero y sus musculosas pantorrillas. De camino hacia la cocina, él se detuvo a avivar el fuego en el hogar. A los dos les disgustaba el humo, que saturaba el mobiliario y las cortinas de un olor acre. Preparó una limonada con ginebra. Luego abrió un armario y sacó una colchoneta de color naranja de su interior, que dejó delante del fuego junto con varios botellines de ungüentos, aceites y bálsamos. A renglón seguido se quitó la bata y esperó, arrodillado, a que Lindsay saliera de la bañera y se secara.

Compartieron la bebida y, después, ella se tendió boca abajo, desnuda.

Él empezó el masaje; empleaba el método Shiatsu, presionando en los puntos de tensión. Empezó por los fríos pies, tan tensos que el contacto de sus dedos hacía que Lindsay se crispara y aullase al recibir el masaje. Los huesos de aquella zona parecían puntas de flecha enterradas, o cuchillos de pedernal, las puntas de los pies unidas en un manojo arracimado, los talones duros, con cortezas callosas en cada uno. Adam había sido gimnasta y había practicado el esquí de fondo. Era un adorador del cuerpo humano y la musculatura. Anunciaba a Lindsay los nombres de los músculos como un vendedor de periódicos, en una letanía silbante, mientras trabajaba sobre el cuerpo de ella, avanzando de manera constante y entusiasta hacia su corazón. Sus manos sólo se apartaban de la revitalizada piel de Lindsay para aplicarle una nueva capa de aceite. Sin interrumpir el ritmo, él se inclinaba de vez en cuando para relajarse, conservando una dureza de hierro mientras las gotas de su esencia se mezclaban con el suave aroma del aceite de sésamo. Para cuando empezó a ocuparse de sus hombros, que eran como dos corazas bajo la piel, ya se había colocado a horcajadas sobre las espléndidas caderas de ella, y presionaba frenéticamente su pene contra la base de su espina dorsal.

Lindsay, con la cabeza decantada a un lado sobre la colchoneta y la cara estupefacta como la de una zorra en un campo de amapolas, gruñó al sentir el poderío de él, pidiéndole más. Adam la volvió con delicadeza, y se colocó entre sus rodillas. El vientre de ella estaba húmedo de sudor. Su pubis no tenía excesivo vello, tan sólo una leve mancha que apenas escondía los febriles labios de su vulva. La punta del miembro viril acariciaba la superficie de aquella salobre sensualidad, balanceándose, provocativa. Y algo corrupto, feroz y putaño penetró rápidamente en sus entrañas, haciéndole torcer la boca. «Follame, follame. ¡Te mataré si no me lo haces ahora!».

Se recuperaron, ataviados con sendas batas de terciopelo con capucha que les confería el aspecto de dos *sparrings* mal emparejados, uno al lado del otro. Calentaron bollos y tortillas en unas pequeñas freidoras cuadradas, las tortillas ligeramente chamuscadas por los bordes, rellenas de champiñones y aceitunas negras y sazonadas con una cucharadita de salsa de chile. Hicieron café con un oído atento a la voz de Stevie Nicks. Cenaron amigablemente sentados a la barra del desayuno en sendos taburetes.

—¿Crees que era Conor quien ha llamado antes? —preguntó Lindsay.

—Lo dudo. De un tiempo a esta parte sólo llama media docena de veces al día. La última vez que hablé con él fue esta tarde; me localizó en el despacho de Spru. Dijo que mañana pasará aquí todo el día, para ver a Rich. También me dijo que está más convencido que nunca de que Rich no está loco. Descartó la posibilidad de un tumor, pero comentó: «Ya sé lo que debo hacer. Sé cómo llegar hasta el fondo de todo esto».

Lindsay extendió una cucharada de miel sobre un bollo cortado por la mitad y lamió la gota de miel que se había derramado sobre su delgado pulgar.

—¿Hasta el fondo de qué?

—Del comportamiento de Rich, supongo. No logré que entrara en detalles. Me llamaba desde un teléfono público de la autopista de Nueva Inglaterra; pasaban muchos camiones y apenas podía oírle. Creo que se dirigía a un combate. ¿Averiguaste los motivos por los que dejó el sacerdocio?

—No. ¿Por qué? ¿Me dijiste que lo hiciera?

—Creí que alguien pudo haberlo mencionado.

—Oí el comentario de siempre, que me pasaron en calidad de información confidencial. Sé que Conor padeció lo que podríamos llamar una crisis nerviosa transitoria después de abandonar la Iglesia. Bebió mucho en esa época, pero no llegó a ingresar en Alcohólicos Anónimos. El matrimonio y el amor de una mujer buena lo redimieron. Una historia trivial, aunque yo no me canso nunca de oírla.

—La noche que le llevamos a Morecambe's engullía los vasos de Cutty Sark como si fuese agua.

—Se tomó seis whiskis, lo mismo que yo.

—Tú tienes un estómago mucho más resistente que el corpulento irlandés. Sólo he advertido este defecto en Conor. Es grande, puede llegar a ser feroz y tiene más pelo que el abominable hombre de las nieves, pero dentro de ese corpachón hay un organismo muy frágil, y se romperá. Pronto. Concédele una semana más, a lo sumo.

—Apuesto diez pavos a favor de Conor. Por el honor de mi gente, aunque yo sólo soy irlandesa de adopción.

—Trato hecho.

Juntaron los dedos de las manos para sellar el pacto.

Lindsay, todavía enrojecida por el ejercicio, con el rostro y el cuello sudorosos, se inclinó sobre el lado izquierdo para darle un beso.

—Averigüé que Rich no tiene ningún historial epiléptico. Con todo, no habrías podido utilizarlo en el juicio.

—Vaya. Sin embargo, estoy convencido de que fue un ataque epiléptico. Ya había presenciado otros antes. Hizo el salto de la carpa desde su silla y se quedó rígido en el suelo.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis o siete minutos.

—Debiste pedir un reconocimiento médico de inmediato.

—¿Pedir? Grité hasta quedar afónico. Ese maldito Harbison se pasó horas mirando a Rich, y todo cuanto hizo fue enfocarle una luz a los ojos y darle una aspirina. —Adam sacudió la cabeza, presa de temor y desagrado al recordar lo que había visto—. Entonces solicité al Distrito Sur la posibilidad de sacar a Rich de la cárcel e internarle en el hospital durante dos días como mínimo, pero Bracken me dijo que no existía ninguna necesidad demostrable, como un pulmón colapsado, por ejemplo, ni podían garantizarse las medidas de seguridad. Harbison dijo que había sido un simple desvanecimiento. ¿Cómo puede gustarte ese hombre? ¡Menudo cerebro de mosquito! Él no estaba allí. Yo, sí. No sé quién de los dos parecía estar peor, Richard o Maggie Renquist. Ella sufrió uno de sus ataques de asma, ya sabes. Y algo la había asustado de veras.

—Creo —dijo Lindsay severamente— que yo también me asustaría si alguien me escupiera un diente con la fuerza suficiente como para sacarme un ojo. Tuvo suerte de que no le pasara eso. ¿Cómo diablos crees que pudo Rich hacer una cosa así? ¿Y dices que era un incisivo? ¿Crees que lo hizo adrede?

—No se me ocurre explicación alguna. Es uno de esos prodigios que suceden de vez en cuando. Como cuando llueven sapos verdes de un cielo sereno.

—No te lo tomes a broma.

—Los hechos son que a Rich le falta un incisivo, que tengo guardado en mi despacho dentro de una bolsa, y que fueron necesarios tres puntos de sutura para cerrar el corte que presentaba la mejilla de Maggie. Le quedará una buena cicatriz. Ya he perdido demasiado tiempo considerando este asunto, y no voy a volver a pensar en ese maldito diente nunca más. La verdad es que Rich está loco, y sé que puedo demostrarlo en la sala del tribunal.

La expresión que Lindsay podía ver en el rostro de Adam, semejante a un cuarto de luna encerrado en la capucha, parecía impregnada de una soñolencia beatífica en la frente; la boca, en cambio, se veía humanamente preocupada, insegura. Se empeñaba en pinchar una galleta con el tenedor. Ella se acurrucó junto a él, sintiendo las duras formas de sus huesos bajo el terciopelo.

—Ni decir tiene que Maggie no quiere saber nada más de nuestro cliente.

Él dejó el tenedor.

—Te equivocas. Es muy testaruda. Y está fascinada con Rich. No creo que Maggie haya conocido un paciente semejante en toda su vida. Después de este... período de convalecencia, volverá a encontrarse con Rich dentro de un par de días y le hará los tests prescritos.

Lindsay sirvió más café descafeinado, y cuando se disponía a recoger las cosas, el timbre de la puerta sonó. Miró a Adam, quien se estiró sobre la barra y accionó el mando a distancia de la cámara de televisión enfocada a la zona de la puerta principal. Una resplandeciente imagen en blanco y negro apareció en uno de los cuatro monitores de nueve pulgadas del sistema de seguridad.

La cámara, instalada a poco más de dos metros de altura sobre el nivel del suelo,

les envió la imagen de un hombre solo, grande, sin sombrero, vestido con abrigo oscuro y bufanda, aguardando sobre la esterilla del umbral. Lucía una poética melena larga y desordenada, de cabello rubio claro o blanco, que le caía sobre el rostro, y tenía una nariz prominente. Al cabo de unos instantes miró a la lente de la cámara, y levantó, confiada, la cabeza a fin de facilitar su escrutinio a los ocupantes de la casa. Su expresión irradiaba afabilidad y buena voluntad. Vista desde aquel ángulo, su cabeza parecía esferoidal y desproporcionada con respecto al resto del cuerpo; sus pies podían estar pisando otro planeta.

—Dios mío —dijo Lindsay, mirando sobre el hombro de Adam y cociéndole del brazo—. ¿Sabes a quién se parece? Se parece a... ¡No puede ser. Dios mío!

—Es él —corroboró Adam, tan desconcertado que la barbilla le temblaba, un reflejo infantil que, al igual que el hipo y los accesos de rabia, es difícil que desaparezca en la edad adulta. Adam pulsó un botón y dijo—: ¿Quién es?

Aquel rostro familiar esbozó una sonrisa.

—¿Tengo el honor de dirigirme al señor Adam Kurland? —dijo la voz radiada.

—Sí, soy Adam.

—Le ruego disculpe mi intrusión a estas horas. Le he telefoneado varias veces, y finalmente he considerado la posibilidad de encontrarle todavía despierto. Soy Tommie Harkrider. ¿Puedo entrar?

Adam ya había hecho una señal a Lindsay, y la muchacha subió la breve escalera que conducía al rellano del vestíbulo. Adam abrió la puerta por medio del control remoto nada más ver que Lindsay había llegado hasta allí. Harkrider se volvió, la saludó con un gesto de la cabeza y pasó al interior.

—Usted debe de ser Lindsay Potter.

Ella liberó la mano derecha de la pesada manga de la bata y se la ofreció al mismo tiempo que echaba una ojeada al exterior.

—¿Es suyo ese coche? ¿Ha venido alguien más con usted? Pueden pasar también, si lo desea.

—No, no, es mi chófer. Bernie estará cómodo con la calefacción encendida, y dispone de varias cintas de vídeo para entretenerse. Además, no me quedará mucho tiempo. Debo regresar pronto a la ciudad porque mañana tengo un desayuno de negocios, pero no quería perderme esta primera oportunidad de conocerles a ambos.

Caminaron uno al lado del otro hasta Adam, que había salido a su encuentro con una sonrisa tensa y extraña y una pizca de cautela. Harkrider agitó los hombros de una forma un tanto desmañada para desprenderse de metros y metros de bufanda, que Lindsay recogió, al igual que su informe abrigo de alpaca con unas anticuadas solapas de terciopelo.

—¿Señor Kurland?

—Es un placer, señor.

Harkrider miró a su alrededor, admirado.

—Es asombroso lo que se puede llegar a hacer con uno de estos viejos caserones.

¿Es suyo el diseño?

—Se lo compré a un amigo que tuvo problemas con el banco. ¿Desea tomar una copa?

—Gracias, señor. Dos onzas de Drambuie, si tienen.

—Tenemos Drambuie —dijo Lindsay, complacida, y se dirigió presurosa hacia la barra para servírselo.

Adam, con su tazón de café en la mano, acompañó a su visitante, que se movía con lentitud, como si le doliesen los pies, a una salita decorada con unos sofás de respaldo bajo tapizados de lona azul eléctrico. Se volvió hacia una lámpara de forma acampanada suspendida de una caña de pescar fija a un bloque de mármol de Cariara. Harkrider se inclinó, parsimonioso, hasta asegurarse de que el cojín del sola que le correspondía no se deslizaría bajo su cuerpo.

Esbozó una sonrisa amable e interrogante que todavía conservaba algún vestigio del viejo y cauteloso lobo que había sido siempre, y miró con detenimiento a Adam.

—Tengo la impresión de que ya nos hemos visto antes.

—Sí, es cierto, en Virginia Beach, hace tres veranos, con ocasión de los seminarios del Instituto Nacional de Abogacía. Consideré su disección de Arnold Sondheim sobre el tema del interrogatorio muy... —Adam vaciló, sustituyendo rápidamente la palabra «brillante» para no parecer demasiado adulador—... muy instructiva y provechosa.

Harkrider asintió, pensativo.

—Oh, sí. Sondheim. Uno de mis chivos expiatorios predilectos, aunque, por supuesto, no pretendo jamás mostrarme seriamente irrespetuoso con un reconocido estudioso de la ley del testimonio. No obstante, yo entiendo que el proceso adversarial no tiene por qué ser un fórum donde se descubran «verdades», como él pretendía. En calidad de abogados de sala, muy a menudo nos encontramos inmersos en discusiones apasionadas, y un juicio bien llevado es un mecanismo de pesos y contrapesos muy sutiles que puede verse reducido a una chapuza por culpa de interrogatorios faltos de utilidad e innecesarios. El interrogatorio, en nuestro sistema legal, es una herramienta muy útil para el litigante listo y prudente, pero la mayor parte de nuestros jóvenes abogados creen que su credibilidad pasa por la necesidad de decir «No quiero preguntas». Cabe recordar que tu testigo puede resultar más perjudicial que beneficioso.

Lindsay compareció con una copa de licor para el visitante y se sentó junto a Adam con las piernas cruzadas y los ojos muy abiertos.

—¿Cuándo va a salir su libro sobre los tribunales? —preguntó a Harkrider—. Tengo la impresión de haber oído hablar de él desde hace años.

El viejo abogado lanzó una risita contenida.

—Empezó siendo una recopilación de artículos y ensayos breves para acabar convirtiéndose en una obra maestra, pero me alegra comunicarles que la última parte acaba de entrar en la imprenta. Creo que mi labor de investigación ha concluido...,

aunque no consigo liberarme nunca de mis poderosas convicciones acerca del monstruo que hemos creado y recreado durante tantos años en las salas de nuestros tribunales. Tan pronto como el libro salga a la luz, tendré mucho gusto en mandarles un par de ejemplares.

Adam y Lindsay murmuraron unas palabras de agradecimiento. Tras un corto intervalo, durante el cual Tommie Harkrider probó el oscuro licor y miró en torno suyo como si hubiese olvidado cómo había llegado hasta allí, se dirigió a Adam de pronto.

—Me temo que usted está tratando de coger al tigre por la cola. Tengo mucho interés por ver cómo va a llevar la defensa del señor Devon.

—Sólo hay una forma. Estoy seguro de que no se trata de una simple coincidencia que esté usted viajando por el sur de Vermont, señor Harkrider.

—Por favor, llámeme Tommie, si no le importa.

—Bien, Tommie, no deja de ser un alivio constatar que no he sido reemplazado.

Harkrider rió de buena gana.

—Ya veo que usted y yo vamos a mantener una relación profesional muy franca, Adam. Tiene razón, represento a la familia de Karyn Vale. Creo que debería presentar mis respetos al fiscal del Estado por el condado de Haden y brindarle toda la ayuda y consejo que esté en mi mano, si bien el señor Cleves no necesita ayuda alguna. No me cabe duda, según los informes que he obtenido hoy, de que es usted un joven abogado muy competente. Sin embargo, el fiscal declarará a su cliente culpable, pese a los denodados esfuerzos de usted por evitarlo. Ni siquiera pienso que salga bien parado de la sentencia.

Adam recibió esta profecía, o advertencia, como si se tratara de una dosis de aceite de ricino, y adoptó una expresión ampulosa antes de recordar que debía sonreír.

—Según los estatutos vigentes en el Estado de Vermont, que tal vez no le resulten a usted demasiado familiares aún, Richard Devon no es culpable atendiendo a los tests legales que le declaran afectado por la enfermedad conocida como enajenación mental. Su actuación respondió a un impulso incontenible.

—Ese es un punto de vista cada vez más impopular, un veredicto muy discutible. Y no me cabe duda de que el argumento liberal de la enajenación mental ha tenido como resultado buen número de casos de abuso legal.

—Bueno, no somos moralistas, Tommie, ni tenemos por qué serlo. Además, usted ya sabe que el sistema legal no suele premiar a los abogados innovadores.

—Sin embargo, el uso popular puede convertirse, bajo determinadas circunstancias, en ley. Hoy en día, el punto de vista reaccionario respecto a la enajenación mental es mucho más fácil de vender a los jurados de lo que fue anteriormente, puesto que el pueblo ya empieza a estar harto de asistir a la liberación de homicidas bajo ese supuesto. Según parece, «Vermont contra Devon» será un caso clásico, seguido muy de cerca; como usted sabe, hay ya una nube de publicidad que puede resultar perniciosa. Creo que debería refrescar el caso de «California contra

Cromer». La defensa tenía todas las cartas a su favor, como usted cree tener ahora. Una mujer mató a su hijo; fue un crimen concebido por una mente decididamente perturbada. Cronier había sido internada por enajenación mental, y fue sometida a un tratamiento constante durante varios años, sin períodos de remisión. No obstante, el jurado consideró que el hecho de su perturbación no la exculpaba, y fue condenada por homicidio.

—Desconozco el caso —admitió Adam.

—Entiendo que hemos llegado a una coyuntura crítica en el terreno de la jurisprudencia moderna. Los criterios de enajenación mental han dejado ya de ser criterios. Ésa es la razón principal por la cual estoy tan interesado en la conducta a seguir en este inminente proceso: presiento una oportunidad, mediante un análisis exhaustivo de los resultados, para establecer una alternativa válida a los criterios tradicionales sobre la locura, un cuadro clínico de la enajenación mental que separe, con claridad, el grado de responsabilidad del grado de punibilidad.

Lindsay, cansada pero fascinada, se hizo una idea de los poderes que habían convertido a Harkrider en un gran litigante. Su influencia resultaba poderosa, exasperante. La chica se sentía como bajo el influjo de una luna llena más persistente de lo habitual, que se negase a menguar.

—No estoy muy seguro de seguirle —dijo Adam cuidadosamente.

—Abogo por un proceso a dos niveles. En el primer nivel, el jurado será llamado a decidir si el acusado es, de hecho, el autor de la muerte de Karyn Vale, sin tener en cuenta sus desarreglos mentales. En un segundo nivel, el jurado decidirá, en función de la gravedad de esa perturbación, si la pena por el crimen debe subordinarse al tratamiento y posible rehabilitación del acusado, contando con la protección del público como principal consideración a la hora de pronunciar el veredicto.

—Ya fueron sugeridos cambios similares a su propuesta en el pasado.

—En efecto —reconoció Harkrider.

—El resultado es que ya no se acepta la ausencia de reos como una negación de intencionalidad y, en consecuencia, la enajenación mental queda abolida a todos los efectos. Lo cual facilita la tarea del fiscal, cuando no la del jurado. ¿Ha hablado usted con Gary Cleves de esto?

—Sí, y lo ha acogido con buenos ojos.

—No me extraña. Me pregunto si la ley de Vermont admitiría o no la posibilidad de un proceso a dos niveles.

—Ya he investigado sobre ello. Esa posibilidad se contempla en los estatutos de muchos Estados, no sólo en Vermont. Pero la decisión de organizar un proceso semejante compete al juez principal.

—Y al abogado defensor —apuntó Lindsay.

—Su cooperación resulta esencial.

—Todo esto implica la renuncia a los derechos de mi cliente bajo las leyes existentes. Entraría en la sala del tribunal como un hombre culpable de antemano, sin

nada más que hacer sino asistir a lo que dispongan de él. No tengo intención de ser conocido como el abogado criminalista que accedió a convertir a su cliente en la cobaya de un experimento de laboratorio y recibió más tarde los parabienes en calidad de pionero mientras su cliente era condenado a cuarenta años de cárcel.

Adam hablaba pausadamente, sin sarcasmo, alisándose el desordenado cabello con una mano. Las comisuras de sus labios aparecían más marcadas por la ubicación de la lámpara que presidía la escena. Lindsay se miró las manos —que adoptaban una pálida tonalidad marfil bajo esa luz, con la vaga sordidez de un bronceado descolorido— y las uñas, astilladas, que nunca tenía tiempo de arreglarse. Tommie Harkrider hacía girar la pequeña copa de licor entre el pulgar y el índice, meditando, con las piernas cruzadas y un viejo y estropeado zapato en frenética danza. No obstante, parecía muy tranquilo y seguro de sí mismo. Aunque apenas llevaba un cuarto de hora allí, su voluminosa presencia había evolucionado hasta convertirse en algo permanente; de ahora en adelante, sus vidas estarían decoradas con ese algo, indeseado pero difícil de retirar, como un gran piano negro e inservible, legado por un pariente lejano.

—Su suposición es comprensiblemente irreflexiva —observó Harkrider, levantando un dedo en el aire como para rechazar una progresiva tensión entre ellos—. Creo que estará de acuerdo conmigo en que esta propuesta requiere más consideración por el simple hecho de proporcionar una alternativa viable a una anulación casi efectiva. En términos de lo más conveniente para su cliente, y para su prestigio personal, un enérgico rechazo del alegato liberal de enajenación mental por parte del jurado tendría, dada la coyuntura actual y el estudio que inevitablemente derivaría de este caso, consecuencias muy graves. ¡Abriría las compuertas de la reforma de par en par! ¿Sería Adam Kurland apreciado por su sensatez y valentía, o bien sería rápidamente olvidado? No me considero capacitado para responder a esta pregunta..., acabo de conocerle a usted. No he venido esta noche aquí a venderle nada, sino con la sana intención de mantener una pequeña charla entre colegas. Sólo he pretendido ampliar algo más su ángulo de visión. El tema que nos ocupa nos llevará bastante tiempo; requerirá la entusiasta colaboración de todas las partes implicadas. Pero yo estoy plenamente convencido de que, de uno u otro modo, Adam Kurland está destinado a entrar en los anales de la historia legal antes de que «Vermont contra Devon» haya alcanzado su resolución final.

Sonó un «buscapersonas» que llevaba fijado al cinturón. Tommie Harkrider se incorporó con presteza al tiempo que braceaba ligeramente para mantener el equilibrio sobre sus pies.

—Hay una llamada esperándome en el coche. De todos modos, ya tendría que estar en la carretera. Me gustaría mucho que un día de éstos nos reuniéramos los tres en la ciudad para almorzar juntos. A mí no me gusta volar, pero les enviaré la avioneta de mi compañía a fin de ahorrarles un poco de tiempo. Sé que van a estar muy ocupados durante las próximas semanas.

—Gracias —respondieron Adam y Lindsay, casi al unísono.

Ambos intercambiaron una mirada de indecisión, y Lindsay fue a buscar el abrigo y la bufanda del viejo abogado.

—Mi actor favorito de siempre —dijo Harkrider a Adam mientras se encaminaban hacia la puerta— es Spencer Tracy. Es anterior a su época, murió en 1967 o 1968, pero usted tal vez le haya visto en su último papel, en una película con Kate...

—*Inherit the Wind*.

—Es uno de sus mejores papeles. Interpreta a Clarence Darrow, y, ¿quiere que le diga una cosa?, Spencer pudo haber sido uno de los mejores abogados criminalistas de la historia. No se puede decir lo mismo de otros grandes actores. ¿Brando? ¿Bogart? No. En cambio, Spencer... Le representé una vez en un caso sin importancia, no recuerdo de qué se trataba. Un día le pregunté: «Spencer, ¿qué es actuar?». Reflexionó unos instantes, sacando el labio inferior como tantas veces le había visto hacer, y me respondió: «Actuar es escuchar como si tu vida dependiera de ello». Es una definición igualmente apta para un buen abogado. Pero ¿cuántos aspirantes a buenos abogados poseen la capacidad legada por Dios? Usted me recuerda un poco a Spencer, no por el aspecto, sino por su modo de comportarse. Me siento muy satisfecho de nuestra pequeña conversación, porque sé que me ha escuchado. Me gusta también lo que hace usted con las manos. Quiero decir que no gesticula mucho cuando habla. Es algo condenadamente difícil de controlar cuando se es un actor o un abogado que se halla ante un jurado. ¡Buenas noches! Adiós, querida.

Dio a Adam un golpecito en el hombro, se inclinó para besar la mejilla de Lindsay, su boca apestando al sabor salado de sus puros, y avanzó sobre el entarimado con pasos cortos y enérgicos. Cerraron la puerta, volvieron la cabeza y sus ojos se encontraron. Lindsay, algo debilitada como por efecto de las secuelas de una terrible tempestad que se desplazara a cámara lenta, dijo:

—Deberías ver tu expresión.

Adam rió sin demasiada convicción, pero no hizo ningún comentario.

—Me temo que quiere negociar —añadió Lindsay, desviando ligeramente la mirada por efecto de la fatiga.

—¿Por qué ahora? —meditó Adam en voz alta—. ¿Por qué conmigo? Bueno, no dará resultado. No logrará intimidarme. De modo que va a ser Harkrider... Sabía que sería inevitable. No podíamos esperar de Martin Vale, con toda su energía, que se quedara con los brazos cruzados. Quiere sangre.

—¿Tenías la impresión de que Tommie iba a eructar pedacitos de Gary Cleves?

El espacio que les rodeaba, que había parecido extrañamente dilatado para acoger la majestuosidad de su visitante nocturno, vibraba con las repercusiones de aquella presencia. Adam preparó sendas copas: dos *gimlets*. Exprimió limones frescos. Para entonces, un denso efluvio de adrenalina flotaba en el ambiente como una cometa

japonesa, desde cuya ventajosa posición Adam podía otear un nuevo terreno de desafío y confrontación..., retos para los cuales se había estado preparando a conciencia, y que era seguro condicionarían su vida futura. Él quería hablar y Linds dormir; pero ella accedió, resignada, a escuchar sus opiniones como al vendedor a domicilio de panfletos religiosos. Investigación judicial, ley de pruebas, un jurado fantasma... Para cuando Adam hubo terminado, ella estaba inmersa en una caverna de insomnio donde no hacía más que asentir con la cabeza, las pestañas revoloteando como murciélagos, pero de un modo gracioso, como si ya hubieran superado el juicio y conocieran un veredicto favorable.

Sin embargo, el cúmulo de discusiones y experiencias puestas en común entre sus jóvenes vidas no les había preparado lo suficiente para lo que les esperaba al día siguiente.

A las diez de la mañana, Conor los esperaba en la escalera del Palacio de Justicia ataviado con su habitual gabán a cuadros y orejeras de color rojo. El despejado cielo predecía una jornada fría, pero apacible; sus ojos, ensombrecidos por un velo de tristeza, revelaban un clima sensiblemente más tempestuoso en su espíritu. Estrechó la mano de Adam, miró severamente a Lindsay, y les dijo:

—Esta mañana he estado en el despacho del capitán Moorman, y me ha comunicado algo que ya debéis de saber. El pasado catorce de enero, es decir, hace tres semanas, Polly Windross abandonó St. Janvier, en Quebec. Su tía la dejó en un autobús que iba a Montreal. Allí estaba previsto que la esperaría su padre. Pero la última persona que vio a Polly, a excepción de Rich, lo hizo cuando ella se apeó de ese autobús en la estación terminal de Montreal. Y ahora, como también debéis de saber, su padre está muerto, arrollado por un tren.

Adam miró pensativo al corpulento hombre y le puso una mano en el codo para invitarle a entrar en el edificio. Conor subió los restantes peldaños en medio de los dos abogados.

—Nunca he tenido claro por qué crees que existe una conexión entre Polly Windross, su padre y el homicidio por el cual arrestaron a Rich —dijo Adam—. ¿Acaso nos has ocultado algo, Conor?

Éste abrió las puertas del Palacio de Justicia y respondió:

—Existe una conexión, pero aún no he podido comprobarla. Creo que hoy lo lograré.

—Bien, entonces, ¿por qué no nos cuentas lo que pasa por tu cabeza antes de ver a Rich? —sugirió Lindsay.

—Quiero que escuchéis la historia de labios de Rich, con sus propias palabras.

Dejaron los abrigo en una antecámara de la sala donde Richard Devon se había entrevistado con la psicóloga Maggie Renquist una semana antes, y los dos abogados abrieron sus maletines para que inspeccionaran su contenido. Conor llevaba un cartón de cigarrillos Kent con filtro para Rich, y un crucifijo de oro de quince centímetros de largo. El guardia, receloso, sostuvo el crucifijo en la palma de su mano durante unos instantes. No tenía ángulos cortantes, pesaba escasos gramos y habría constituido un arma muy precaria. Entonces, autorizó a Conor a llevarlo en el bolsillo.

Se sirvieron un café de una máquina de bebidas calientes y pasaron al interior de la sala de entrevistas mientras el guardia telefoneaba a la cárcel. Conor se dirigió directamente a la única ventana existente y dispuso las persianas de modo que dejaran entrar el máximo de luz. El cristal, que llevaba incorporado un entramado de alambre, aparecía recubierto de pequeñas partículas de escarcha. En el exterior de la ventana había una reja con gruesos barrotes. Conor devolvió su atención a la pareja de abogados, con algo de reserva, mientras Adam le ponía al corriente sobre la visita de

Tommie Harkrider la noche anterior. Lindsay introdujo una cinta en su grabadora de bolsillo e hizo unas comprobaciones para asegurarse de su correcto funcionamiento.

—¿Acaso pretenden hacerte renunciar a tus métodos para defender a Rich? —preguntó Conor.

—Eso parece. Inútil decir que no tengo intención alguna de...

—Tal vez existe la posibilidad de una defensa mejor. Porque, tal como te he estado diciendo durante todo este tiempo, mi hermano no está loco.

—Si existe otra posible línea de defensa —replicó Adam, evidenciando sus esfuerzos por contenerse—, no he oído...

La puerta se abrió y Rich fue escoltado al interior de la sala de entrevistas. Vestía el reglamentario mono de algodón y una camiseta de la cárcel con capucha incorporada, que le caía en desorden detrás de la nuca. Empezaba a llevar el cabello bastante largo. Esa mañana no se había afeitado. Tenía un aspecto demacrado y con cierto desaliño, acostumbrado ya al severo régimen alimenticio de la cárcel. Su mirada era mate y dulce, y los labios parecían cosidos entre sí. Adoptaba un aire de resignada desilusión. Los brazos le colgaban a ambos lados del cuerpo, asimétricamente, la palma de una mano hacia dentro y la otra del revés, como si nada tuviesen que ver con el resto de su anatomía. Se quedó en el centro de la habitación con la cabeza algo inclinada para protegerse de la luz, sin hablar hasta que hubieron cerrado la puerta a su espalda, mirando de reojo a Conor, quien se volvía lentamente desde la ventana.

—Hola, Conor. Hace tiempo que no te veía.

No había recriminación en su voz, sino una mera constatación, una aceptación de las cosas tal como eran.

—Bueno, tengo que ganarme la vida, muchacho —respondió Conor un tanto incómodo, esforzándose por tragar saliva.

—Claro.

Rich, todavía inmóvil, paseó sus ojos sobre Adam y Lindsay, quien sonrió; sus labios reaccionaron, como si hubiera tomado prestada esa sonrisa y la hubiese devuelto por inservible. Finalmente, vio el cartón de tabaco sobre la mesa.

—¿Son para mí?

Conor se había vuelto de cara y observaba a Rich con los ojos inyectados en sangre. Su aspecto resultaba tan trágico que consiguió alarmar a Adam.

Con un movimiento hacia su hermano, Conor había creado un campo de tensión que Adam experimentó como algo interior, sólido y punzante como un ataque de apendicitis. El abogado miró a Lindsay para confirmar su sensación. Quizá no había sido una buena idea llevar a Conor allí dentro antes de mantener una conversación seria con él para tratar de averiguar qué estaba pasando por su mente.

Pero todo cuanto dijo Conor fue:

—Toma los cigarrillos que quieras, Rich.

—Creo que yo me fumaré uno —dijo Lindsay.

La abogada era una ex fumadora dotada de una enorme fuerza de voluntad; Adam no le había visto encender un cigarrillo durante semanas.

Rich asintió, y Lindsay abrió el cartón, tomó dos cigarrillos de un paquete y le ofreció uno. Adam decidió que también él podía fumar, y sacó un paquete de Dunhill bajo en nicotina. Conor, meditabundo, permaneció al margen de este ritual sin articular palabra.

—Sabe muy bien —dijo Rich, con un asentimiento de complacencia.

Inhaló de nuevo, y dejó que el humo azul se filtrara por las ventanas de su nariz. Se sentó en una silla y cruzó una pierna sobre la otra. La zapatilla cayó de su pie para dejar unas uñas amoratadas al descubierto. Su mirada volvió a buscar a Conor. Había algo hostil en la luz, que incidió en sus pupilas, borrándolas.

—Rich —dijo Conor—, tú me pediste que te ayudara. Y yo he hecho cuanto he podido. Esta mañana he vuelto a ver al capitán Moorman. Windross está muerto, y no hay ni rastro de Inez Cordway. Y Polly Windross parece haber desaparecido. Es probable que tú fueses el último que la vio.

Rich, sin admitir nada, aspiró una espesa bocanada de humo, inclinó la cabeza y escondió la barbilla hasta que su frente y el flequillo de cabello rubio quedaron iluminados por el resplandor del sol. Su mirada, en escorzo, parecía la de un invidente.

—Lo que necesitamos saber, lo que tienes que contarnos ahora para que podamos ayudarte a salir de aquí, es todo lo que ocurrió la última noche en que viste a Polly. ¿Lo recuerdas?

Lindsay tomó asiento cerca de Rich, a su izquierda, con la pequeña grabadora en una mano mientras fumaba con la otra. Adam tomó posición en un punto desde el cual podía observar a Rich y a Conor. Seguía sintiéndose dolorosamente aprensivo, pero ignoraba por qué razón.

—Lo recuerdo.

Como enronquecida por el humo del cigarrillo, la voz de Rich sonó con un tono gutural.

—Cuéntanos qué pasó —dijo Conor, tranquilo en apariencia.

Rich levantó bruscamente la cabeza. Sus ojos, muy abiertos, parecieron penetrar en la luz con una velocidad de vértigo. Luego la luz se convirtió en un halo de misterioso ardor mientras su boca saboreaba un bocado de suficiencia. Su voz parecía el gruñido del animal importunado mientras come.

—Sodomice a esa cochinilla. Del agujero rosado de su ano salieron mierda y sangre. Me corrí en su cara, teníais que haberla visto cómo se bebió todo el semen a lengüetazos. Luego le penetré la almeja y la follé hasta que perdió el conocimiento.

La mano de Lindsay se había detenido a medio camino de sus labios. Tenía el rostro tan encendido por la turbación y la sorpresa que el peso parecía hacerle asentar involuntariamente. Parpadeó, avergonzada, cuando la cabeza de Rich se volvió hacia ella, oscilando. Su boca abierta mostraba el boquete que su incisivo había dejado. Ese

detalle le confería el aspecto de una bestia.

Él volvió a hablar desde las profundidades de su garganta mientras Lindsay sentía extenderse sobre su cuero cabelludo una capa de hielo que amenazaba con congelarle los huesos. ¡Los labios y la lengua de Rich no se movían!

—Pregunta a Conor qué es el deseo; pregúntale en qué consiste la sodomía. Lo averiguó la otra noche, a solas en un motel, mientras pensaba en tu pequeño y cálido coño.

—¡Tú no eres mi hermano!

La cabeza volvió a oscilar, con los ojos drásticamente cerrados. Se había quitado la otra zapatilla y puestos ambos pies en el suelo, contraídos como si fuesen garras, mientras las uñas raspaban y arañaban. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas; el cigarrillo se consumía entre sus dedos.

—Quédate donde estás. ¡No me toques, cura frustrado! Métete las manos en los bolsillos. ¡Vete! No vuelvas, no te necesito para nada.

Conor empezó a desplazarse marcando el paso, como si estuviese en un cuadrilátero en pleno combate, con la mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta y la derecha levantada y dispuesta para la lucha. No se movía en dirección hacia Rich, sino a su alrededor, obstinadamente absorto en la desordenada cabellera rubia de su hermano, y cuando se topó con Adam en su camino, éste se apartó sin necesidad de que nadie se lo ordenara.

Rich giraba levemente en su silla a cada paso que Conor daba, sin perderle de vista en ningún momento. Su frente se cubrió de arrugas y la boca se retorció en una angustiosa mueca.

—Eh, ¿qué te pasa, Conor? —dijo en un tono de voz algo más familiar, aunque nasal y lastimero. Sus manos se agitaban nerviosas—. ¿No sabes aceptar una pequeña broma? Claro que soy yo: Rich. ¿Por qué actúas así? No vas a hacerme daño, ¿verdad? —El gimoteo era cada vez más intenso, al tiempo que el cuerpo del muchacho se encogía—. Yo no te he hecho nada. ¿No sabes que te quiero, Conor?

Éste, todavía marcando el paso, avanzó hacia Lindsay para obligarla a incorporarse de su silla, lo cual hizo con precipitación, golpeándose una rodilla contra el borde de la mesa. Retrocedió cojeando hasta donde estaba Adam, quien la agarró del brazo.

—Conor —dijo—, escucha, yo creo...

Pero éste miró fijamente a Rich y dijo con voz muy fuerte:

—En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo...

—¡Cállate, montón de basura! Vas a morir de cáncer, déjame que sea el primero en decírtelo. ¡No vivirás lo suficiente para ver a Charley graduarse en el instituto!

Con un movimiento demasiado rápido para los ojos de los dos abogados, Conor se estiró, izó a Rich sobre la silla y lo estampó contra la pared más alejada de la estancia. A continuación extrajo el crucifijo del bolsillo de su chaqueta. La habitación estaba cargada de violencia. El oro del crucifijo emitió cegadores destellos de luz.

Conor se inclinó sobre Rich, quien había rebotado contra la pared y se había desmoronado sobre el suelo y ahora trataba, aturdido, de ponerse en pie. Sostuvo el crucifijo a escasos centímetros de la nuca del muchacho.

—¡Demonio, Serpiente, Tirano del Mal, yo te muestro la cruz de Nuestro Señor! ¡Dios, Padre de todos nosotros, te conmina! ¡Obedécele! ¡Revélate, pronuncia tu nombre, espíritu inmundo, desterrado del cielo! ¡Impío Satanás: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo abjuran de ti! ¡Vete!

Uno de los recuerdos más vivos de Lindsay era el de un desastre que presencié a los diez años de edad en una feria en el Estado de New Hampshire, en el transcurso de un fin de semana del mes de septiembre. El temprano crepúsculo había teñido los árboles de color naranja mientras truenos y relámpagos se aproximaban a través de una lánguida atmósfera. Sobre los terrenos ocupados por la feria, donde el movimiento era intenso, enloquecido y elíptico, el cielo se oscureció de repente, rajado por un enjambre de rayos a los que el invisible sol confería un espinoso resplandor. El aire era sofocante y se cernía, inmóvil, sobre la tierra. Una fina polvareda flotaba en torno a los pies como los efluvios de un pantano y manchaba los cables negros que animaban los cuerpos metálicos de las distintas atracciones. Lindsay había estado paseando por la feria con uno de sus hermanos mayores, llamado Robert, también adoptado, quien había logrado deshacerse de ella para sumergirse por su cuenta en el pandemónium de una de las atracciones con la intención de jactarse más tarde de su hazaña. Con los labios secos de tanto comer pasteles, la dulzura del algodón de azúcar recubriendo su dentadura, insensible a la cacofonía e inmersa en su elemento, la pequeña Linds vio de reojo un filamento de majestuosa brillantez en el incoloro ciclo y oyó los aterrados aullidos de la multitud. Vio una noria llena de gente que se desmoronaba como si fuese de palillos. Eso sucedió con una velada lentitud, como si se tratara de la última emoción que el día podía ofrecer, una progresión lógica de impregnante realidad, aun cuando su propia mente rehuyera delicadamente la cruda verdad de la catástrofe. Robert la había cogido en brazos y había echado a correr antes de que la realidad se invirtiera, pero, posteriormente, Lindsay se anclaría en aquellos fantásticos momentos en sueños que rememorarían el rayo de la muerte, la desarticulada noria, los cuerpos predestinados que caían...

Esta vez, en una sala de apenas veinticinco metros cuadrados donde no había espacio para correr, el rayo de la muerte volvía a carecer de sonoridad, si bien la había dejado sorda de inmediato, como si se le hubieran colapsado ambos oídos; más bien lo experimentó en su interior: un grito incontenible que le raspaba sin cesar los huesos con la hoja de un cuchillo.

Aconteció una serie de cosas absurdas, grotescas y aterradoras, tal vez al unísono, mientras la realidad lo impregnaba todo a su alrededor.

Rich pareció saltar en el aire, como si se hubiera impulsado sobre una cama elástica, y, una vez en pleno vuelo, su cuerpo formó una bola con la cabeza metida

entre las rodillas y las manos cogiéndose los tobillos; sus ojos, como los de un feto, estaban serenamente sellados, con el rostro imperturbable ante el trauma del alumbramiento. Fue rebotando con maníaca velocidad por toda la habitación, del suelo a la pared, de ésta al techo y desde el techo al suelo de nuevo. Conor, en un intento desesperado por atraparlo, recibió un golpe que le rompió la nariz, la cual empezó a sangrar.

La persiana veneciana de la ventana se alzó de pronto en forma vertical, quizá por una atracción gravitatoria del cuerpo que describía órbitas excéntricas. Luego, los listones empezaron a separarse con un ruido sordo y se convirtieron en sables de metal ligeros que silbaban sobre sus cabezas. Adam agarró a Lindsay y la obligó a echarse al suelo, pero no antes de recibir un tajo en la frente.

El cartón de tabaco que descansaba sobre la mesa estalló. Filtros encendidos salieron despedidos junto con los crujientes restos de papel de sus cajetillas, que desprendían llamaradas. Una espesa humareda se extendió por toda la sala.

Y Rich seguía rebotando al tiempo que su carne iba adquiriendo una repulsiva tonalidad púrpura por efecto de los impactos y su cráneo golpeaba con violencia contra todas las superficies.

Mientras Conor luchaba por sujetar su crucifijo del derecho, éste empezó a reblandecerse y derretirse en su mano, abrasándole la carne.

Conor se arrastró hacia la puerta impulsándose con las manos y las rodillas como si avanzara por un barrizal. Abrió la puerta, y el huracán que soplaba en el interior de la estancia cesó de inmediato. Rich cayó al suelo cuan largo era a medio metro escaso del rincón donde Adam y Lindsay estaban acurrucados; sangraba copiosamente por la nariz, los oídos, la boca y el ano. Su uniforme aparecía desgarrado en una docena de sitios. Presentaba moretones en toda la superficie de su carne expuesta. Parecía muerto.

Lindsay logró zafarse de los brazos de Adam y trepó por encima del cuerpo inerte de Rich. Luego se arrastró por entre la confusión de listones retorcidos de persiana, cigarrillos todavía humeantes y restos de papel esparcidos por el suelo, movió los párpados con fuerza en un intento de ver a través de la sangre que manaba de su frente y enmarañaba sus pestañas; después, se incorporó al otro lado del umbral de la puerta con una lastimera sucesión de gemidos.

Rauda, atravesó la antecámara en presencia de los desconcertados guardias, que la llamaron sin recibir respuesta. Se le rompió el tacón de una de sus botas de nieve y estuvo a punto de caer de bruces en la escalera de mármol, pero logró aferrarse a una barandilla de cobre y prosiguió su carrera, con la visión borrosa por la sangre, a través del sombrío vestíbulo hacia las puertas, y salió al aire limpio, fresco y silencioso de la mañana. Una vez en el exterior, se sumergió de cabeza en un montón de nieve y se agitó, atormentada, manchando la nieve de rojo y sofocando el intenso dolor de su frente en el frío elemento. Sobre su cuerpo, sintió unas manos que intentaban levantarlo y consolarlo, pero sabía que no eran las manos que ella

necesitaba.

Finalmente, llegaron las manos de Adam y se confió a él; entonces, se atrevió a incorporarse y a mirarle a la cara.

Él estaba pálido, pero no derrotado. Sus ojos castaños parecían desconcertados, pero milagrosamente indemnes. Adam le habló. Ella consiguió oír por fin, aunque no su voz: era el estridente aullido eléctrico de una sirena de policía. Vio por encima del hombro algunos policías del Estado corriendo hacia el interior del Palacio de Justicia con sus pistolas en la mano. ¿Por qué? Miró de un modo suplicante a Adam y movió sus entumecidos labios, se pasó una mano sobre el rostro, húmedo y frío, y se abandonó en los brazos de él.

Hillary Devon hablaba por teléfono con su compañera de clase, Beth LeMaster.

—Mira, Beth, es la misma fórmula. Sólo tienes que analizar el problema y descomponerlo para ver la información que te da. Conoces el tipo de interés y conoces el porcentaje. Por lo tanto, m representa la incógnita. Cinco es a cien como trece es a m . Sólo tienes que multiplicar. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo cuando tú me lo explicas, pero luego no me acuerdo de las operaciones. Oh, Dios, odio los comienzos del álgebra.

—Si quieres, te lo enseñaré durante el primer recreo de la mañana. Ya verás como es muy sencillo.

—Todo es sencillo para ti, Hillary —dijo Beth en un tono que no era sarcástico, sino más bien frívolo y despreciativo, suficiente para excitar los nervios de Hillary.

Habían sido amigas desde primer curso, pero ahora atravesaban una fase de simple compañerismo por el hecho de compartir la misma aula. Beth podía resultar fría y desagradable y soltar, sin previo aviso, un comentario difícil de pasar por alto. Era una manipuladora por naturaleza. Hillary la soportaba en parte porque sus madres eran buenas amigas. Además, Beth tenía un hermano, Dan, de catorce años de edad, y Hillary no tenía demasiadas excusas para verle salvo cuando iba a visitar a Beth.

Ésta bostezó, indicando así un cambio de tema.

—¿Qué te parece el nuevo padre?

—No está mal para ser un jesuita. ¿Te has creído eso de que contó ese chiste de Superman en la playa nudista a Barb y a Conni?

—Claro. ¿Qué tiene eso de malo?

—Bueno..., es un poco sucio, ¿no te parece?

Beth tosió antes de decir:

—¿Quieres decir que no lo has cogido?

—Ya sé lo que es un polvo —dijo Hillary a la defensiva.

—Pero ¿has echado alguno? —preguntó Beth con una risita disimulada que molestó a Hillary.

«No, y tú tampoco», quiso contestar, pero no estaba muy segura de ello. Beth tenía trece años y medio y ya había menstruado. Era una mujer. Hillary se sentía desagradablemente llena de remordimientos sobre su ambiguo estado. Ahora le tocaba a ella cambiar de tema.

—Samantha y yo no hemos podido abrir nuestro armario esta mañana. Ha sido como si alguien nos hubiese cambiado el cerrojo. El señor Eccles tendrá que volver a instalar el cerrojo antiguo. A Samantha casi le da un ataque. Tenía sus mejores fotos allí dentro y estaba citada esta tarde en Boston con esa mujer de la agencia de Nueva York que descubrió a Brooke Shields.

—¡Oh, Samantha! No logro entender por qué todo el mundo cree que es tan

guapa. Si sus ojos llegan a estar un poco más separados, los tendría detrás de las orejas.

Hillary alzó la vista y vio pasar a Dean por delante de la puerta de su habitación. Lo llamó.

—Si vas a la cocina, ¿me podrás traer una manzana?

—¿Por qué?

—Porque anoche yo lavé los platos en tu lugar. Porque tengo hambre y me apetece una manzana. ¿Necesitas noventa y nueve razones perfectas para hacer un favor a alguien, muñeco?

—Yo no hago favores a nadie que me llame muñeco.

—Lo siento. Perdóname. Por favor, Dean, tráeme una manzana.

—¿Quién es tu nueva amiga? —preguntó Beth al otro lado del hilo telefónico.

—Estaba hablando con Dean.

—No, me refiero a la chica que te acompañaba a casa al salir de clase de jazz. ¿Vive en tu calle?

—¿Qué chica? No vine a casa. Anduve dos manzanas hasta la plaza y allí mamá me recogió al cabo de unos minutos. Nadie estuvo conmigo.

—Pero has estado en la calle Sorenson hacia las cuatro y media, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Entonces te vio Judy McRudd. ¿Acaso es un gran secreto? Yo sólo te he preguntado quién era la otra chica. Judy no la conocía.

—Beth, ya te lo he dicho: iba sola.

—No seas terca. Judy dice que era una chica rubia, un poco más alta que tú. Llevaba una boina escocesa de color rojo con un ribete verde oscuro, como las chicas de la Academia McMorro. Sólo quiero saber quién era. ¿Va a tu clase?

—Hay muchas chicas rubias en mi clase —respondió Hillary tras unos instantes de ominoso silencio—. Lo único que sé es que hoy iba sola, y que sólo me acerqué al supermercado. Quizá Judy vio a alguien que se me parecía.

—Está bien —concedió Beth, dando a entender que ese asunto no le importaba lo más mínimo.

Las mejillas de Hillary se encendieron, como si se sintiera culpable de algo. Pensó que se convertiría en la comidilla de todos los cotilleos adolescentes que correrían por Joshua aquella noche. ¿Por qué, si era digna de toda confianza, se empeñaban en hacer que se sintiera como una mentirosa? Deseó que la madre de Beth irrumpiera en escena y regañara a su hija por hablar tanto rato por teléfono.

—Mira, Beth, ya hemos charlado bastante, y todavía me quedan seis capítulos de *David Copperfield* por leer antes de ponerme a estudiar para el examen de mañana.

—Hillary, ¿cómo puedes soportar esos libros tan aburridos?

—Porque me gusta leer. Buenas noches, Beth.

Después de colgar el auricular, Hillary permaneció unos minutos tendida en la cama boca arriba, con los pies elegantemente levantados, contemplándose los dedos

de los pies que asomaban por los agujeros de sus calcetines de deporte. La depuradora del agua de la enorme pecera que había en su habitación, emitía un suave susurro, pero su mente discrepaba. Definitivamente, esa tarde no se había acercado a menos de cinco metros de cualquier chica rubia con gorra escocesa en la calle Sorensen. Sólo porque Beth se empeñaba en encontrar el más mínimo detalle para criticarle, aquel asunto debía resultar misterioso... ¡Al diablo! Tenía que olvidarlo. Había sido su más enérgica promesa de Fin de Año: «No dejaré que Beth LeMaster meta las narices en mis cosas durante mil novecientos ochenta y...».

Dean, al pasar de nuevo por delante de su puerta, le tiró una resplandeciente manzana McIntosh del tamaño de una pelota de béisbol. La manzana golpeó a Hillary en la parte interior de un muslo. La joven cerró las piernas.

—¡Ay! Dean, ¿por qué no tienes más cuidado?

—Cuando no hay cerebro, no hay dolor —replicó Dean, enigmático, y desapareció en dirección a la habitación que compartía con Charley, al otro extremo del pasillo.

Hillary localizó la manzana, que había caído al suelo tras rodar sobre la cama. Se disponía a darle un mordisco cuando cayó en la cuenta de que Dean, despistado como siempre, no había lavado la manzana después de cogerla del frigorífico: había huellas secas de insecticida sobre la piel. Aunque se daba por supuesto que los insecticidas eran inocuos para los seres humanos al cabo de unos minutos de su aplicación, Hillary pensó que merecía la pena tomar precauciones. Llevó la manzana al cuarto de baño, la lavó con agua del grifo y la secó con una toalla. Entonces decidió tomar una ducha e ir a acostarse; se comería la manzana mientras leía las restantes páginas de *David Copperfield*, cómodamente instalada en la cama.

Dejó la manzana en la repisa situada encima de la porcelana rosada del lavabo, abrió el grifo de la ducha y reguló la temperatura del agua. Se despojó del jersey, los leotardos negros y el pantalón de gimnasia que llevaba encima de los leotardos, se recogió el cabello y lo protegió de la humedad con un gorro de plástico. Sacó una toalla de baño limpia del armario y la dejó, plegada, encima de la cómoda. A continuación, volvió a abrir la puerta corredera de la ducha, de cristales opacos, levantó la pierna sobre el borde de la bañera y se expuso al humeante chorro de la ducha. Por espacio de casi diez minutos, Hillary remojó y restregó su cuerpo con la resbaladiza barra de jabón de olor a lilas, recubriendo sus pezones, cuyo reciente desarrollo la fascinaba de una forma irresistible, de círculos de espuma. Ahora tenía una auténtica hendidura entre sus pechos, en la cual, cuando movía los hombros hacia adelante, desaparecía la espuma.

Sin embargo, en la región del pubis no había advertido grandes cambios, a excepción de una incierta velloidad de color moho. Había descubierto que si se pasaba la barra de jabón con insistencia por entre los muslos cerrados, podía llegar a experimentar una intensa y cosquilleante sensación que la hacía sentirse luego engreída, adormecida y torpe. A veces permanecía mucho rato lavándose así y se veía

obligada a apartarse, asustada, de la orilla de algo que sabía imperativo y prohibido a la vez; entonces se sentía miserable e irritada, incapaz de renunciar fácilmente a ese insinuante cosquilleo que le erizaba el vello de la espalda. Ésas eran las noches en las que no podía dormir hasta que se tendía de costado, con la almohada entre las piernas, meciéndose suavemente hasta descender del pináculo en el que se había confinado previamente.

Una vez se hubo aclarado el jabón, cerró el grifo y abrió la puerta corredera. Entre el denso vapor que llenaba el cuarto de baño se movía algo de color oscuro; Hillary apenas podía verlo, pero se sintió intranquila. Se estiró para coger la toalla de baño y la restregó, todavía doblada, sobre su cara y senos.

Mientras avanzaba casi a ciegas por el cuarto volvió levemente la cabeza hacia el empañado espejo y distinguió, sobre la repisa, la piel castaña y arrugada de la manzana que había dejado allí. Parecía infestada de moscas. Mientras intentaba averiguar el sentido de aquello, una de las moscas, grande y de color verdoso, le golpeó el pezón izquierdo con un zumbido. Hillary no pudo reprimir un breve chillido de consternación y disgusto. En lugar de marcharse, la mosca pareció desintegrarse en una sustancia pulposa. Se le cayeron las alas. Resbaló sobre el pezón de la niña y dejó un nauseabundo rastro sobre su piel, que la impulsó a sacudírselo involuntariamente. Los restos aterrizaron sobre la esterilla del baño. Otras moscas se apartaron de lo que quedaba de la manzana y revolotearon en medio del vapor, que empezaba a disiparse, próximas a la cabeza de la muchacha. Hillary las espantó con la toalla de baño. ¿Moscas en el mes de febrero? Jamás había visto moscas como ésas en casa, en ninguna época del año. Algunas de ellas, alcanzadas por el impacto de la toalla, cayeron dentro de la bañera, cuyo fondo estaba todavía recubierto de una capa de espuma. Hillary dejó la toalla y abrió el grifo de la ducha al máximo. Aquellas moscas empezaron a desintegrarse también. Cogió una toalla más pequeña y se lavó el escocido pezón, se quitó el gorro y se encaminó desnuda, a medio secar, hacia su habitación, cerrando antes la puerta del cuarto de baño. Jadeó durante algunos instantes, frenética y desorientada, mirándose en el espejo colgado tras la puerta del armario. Luego, con el rostro sonrojado, se sumergió en el armario del tocador, de donde extrajo unas braguitas y un pijama, y se los puso.

Volvió a abrir la puerta del cuarto de baño, poco a poco, y echó un vistazo a su interior. No había ni rastro de las moscas. La manzana seguía allí. Hillary entró y la recogió de la repisa. A continuación, recorrió el pasillo hacia la habitación de los chicos, abrió la puerta, y vociferando airada, tiró la manzana a la cabeza de Dean.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad, Dean? ¡El cuarto de baño está infestado de moscas!

La manzana pasó a una cierta distancia del niño, rebotó en el cartel anunciador de la película *El retorno del Jedi* y fue a aterrizar sobre la jaula de los hamsters. Los animales saltaron y patinaron en el suelo de su habitáculo, yendo a caer en una agitada confusión junto al bebedero.

Charley levantó los ojos, atónito, del stick de hockey que estaba reparando con cinta adhesiva.

—¿Qué es lo que te pasa? —le espetó Dean.

—¡Ya lo sabes! ¡Lo sabes muy bien! Has entrado en el cuarto de baño mientras me duchaba, invadiendo mi intimidad, te has llevado mi manzana para dejar esa basura podrida, ¡y ha atraído a un montón de moscas!

—No he hecho nada de eso —dijo el niño, irritado por esas absurdas e injustas acusaciones.

—¡Eres un maldito embustero!

—¡He estado aquí todo el tiempo! Pregúntaselo a Charley.

—Los dos sois unos grandísimos embusteros. Voy a contárselo a mamá. Estoy más que harta del trato que me dais a todas horas. Creéis que porque soy sólo una chica tenéis derecho a burlaros de mí. —Golpeó el suelo con los pies descalzos mientras el semblante de Charley esbozaba una sonrisa de perplejidad—. ¡No ha tenido ninguna gracia!

—Ya basta.

La voz de su padre, totalmente inesperada (acababa de regresar a casa hacía escasos minutos sin que ellos lo hubieran advertido), arruinó los argumentos de la niña. Todos los ojos se clavaron en él, los de Hillary todavía húmedos por el llanto.

Conor estaba en el umbral, y ocupaba casi todo el espacio de la puerta. Los observaba, febril, con unos ojos rasgados por los párpados, hinchados y amoratados. Tenía la nariz tapada con esparadrapo. Los extremos de la tira de éste aparecían asimétricamente pegados sobre sus pómulos. Además de los dos bultos que tenía por ojos, parecía llevar una máscara sofisticada y profana, indescriptiblemente siniestra en su crudo simbolismo, imbuida de un amor pagano a la muerte. Su mano izquierda había sido tan a conciencia vendada que sólo eran visibles las embotadas puntas de los dedos. Conor levantó su mano, con bastante dificultad, hasta la altura del pecho. En tantos años ganándose la vida como luchador profesional, nunca se había presentado en casa con un aspecto tan demacrado.

Hillary, consciente del ritmo trepidante y atormentado de su corazón, vio el rostro de su madre asomando detrás de él, pálido y sin expresión por un susto tan enorme, que Gina parecía estar recobrándose aún de las angustias de un grito que nadie había podido oír. El nivel de sangre del cuerpo de Hillary descendió hacia sus rodillas, y le dejó una insoportable pesadez en su cabeza. Oscuridad; el miasma de la profunda melancolía que conocía tan bien. Miró, como desde la distancia de la luna, al precioso centro de su vida, ahora invadido por una corrupción sin objetivo: la podredumbre de una manzana, el cuarto de baño infestado de moscas... Desentonado del resto de sus sensaciones, sintió que uno de sus fríos senos latía acompasadamente con su acelerado ritmo cardíaco. Se cubrió la boca con una mano para impedir la entrada a la muerte. Las pupilas de sus ojos adoptaron un tono cretáceo. Presa de un ataque de histeria, Hillary sintió náuseas, y cayó al suelo en medio de convulsiones.

A las seis y cuarto de la mañana era todavía de noche cuando el padre James Merlo entraba al volante de un Honda Accord en la zona de estacionamiento del Centro de Deportes de Invierno de Arcadia, al pie de la carretera treinta y ocho, en el confín septentrional de la ciudad de Joshua. Ya a esa hora había aproximadamente tres docenas de coches más y vehículos recreativos en el aparcamiento, agrupados cerca del acceso al edificio de acero.

Se apeó del coche de alquiler. Era un hombre de color, sorprendentemente zanquilargo, que vestía un chaquetón de marinero, pantalón de pana y un suéter con cuello de cisne. Penetró en el recinto del pabellón, que reverberaba con los ruidos de un partido de hockey de la liga infantil que se estaba jugando en una de las pistas de hielo. La otra pista permanecía ocupada exclusivamente por patinadores que parecían, incluso los más jóvenes, muy experimentados, dotados con la gracia fascinante de cisnes adormecidos que se deslizaban sobre la superficie de un espejo. En contraste con los bulliciosos jugadores de hockey, los patinadores evolucionaban en un silencio helado, casi etéreo, sólo perturbado por las bruscas observaciones de los entrenadores, quienes grababan la sesión en vídeo, y los siseos, semejantes a una tela de seda al rasgarse, de las hojas de los patines sobre el hielo.

Merlo permaneció unos instantes admirando el estilo de un muchacho con una abundante cabellera rubia; parecía ajeno a las leyes de la gravedad mientras ejecutaba saltos y piruetas cuyos nombres el sacerdote desconocía. Él nunca había tratado de patinar; a sus padres jamás se les ocurrió regalarle unos patines.

Se dirigió al bar para comprar un vaso de chocolate caliente y una rosquilla con canela, y degustó su desayuno mientras se iba hacia la pista donde unos pequeños guerreros con cascos se golpeaban contra las vallas y caían desgarradamente en persecución de la pastilla de caucho. Un árbitro patinaba raudo de un extremo a otro de la pista, silbato en ristre, para interrumpir el juego cuando lo creía oportuno. A un lado de la pista se erigía un graderío pintado de verde que alcanzaba prácticamente los puntales del ondulado techo. Merlo levantó los ojos y vio pequeños grupos de espectadores, todos ellos presumiblemente familiares de los jugadores, y dos equipos más sentados entre un bosque de sticks de hockey alzados, en espera de que terminara el encuentro para saltar a la superficie de hielo. Los padres y las madres estaban efectuando un admirable despliegue de moral y entusiasmo, teniendo en cuenta que la mayoría de ellos se habrían levantado a las cuatro y media de la mañana para acompañar a sus hijos hasta allí.

El sacerdote no tuvo ningún problema para identificar a su hombre: esa barba constituía un provocador estandarte en el resplandor levemente empañado que bañaba las gradas superiores. Merlo se lamió los restos de canela y azúcar que manchaban sus dedos, tomó un par de tragos de su bebida, que tenía un vago sabor a chocolate, y

subió los peldaños del graderío de tres en tres.

—¿Conor Devon?

Conor escrutó con mirada interrogativa, y acto seguido, devolvió su atención a la pista, donde un espigado muchacho emprendía una feroz carrera hacia la portería contraria controlando la pastilla con el extremo de su stick.

—¡Muy bien! —gritó—. ¡Espera, Charley, finta hacia la derecha!

Conor se levantó de su asiento, ignorando a Merlo, quien también había vuelto la cabeza para contemplar la acción. Charlie encaró la puerta contraria desde el flanco izquierdo, dudó, luego amagó de repente hacia la derecha, lo que hizo desequilibrar al portero en la dirección adonde había hecho intención de tirar. El guardameta cayó sobre el hielo. Charley clavó los patines, tambaleándose, aspiró profundamente y lanzó la pastilla desde una distancia de cinco metros. El disco de caucho entró en la portería.

—¡Gol! —estalló Conor, regocijado.

Merlo echó un vistazo al marcador. Los Halcones Negros vencían a los Arces Plateados por siete tantos a dos en el tercer período.

—¿Es su hijo?

Conor volvió a mirar al sacerdote, asintiendo. Sus ojos, tan ennegrecidos dos semanas antes, ahora presentaban un aspecto casi normal, a excepción de unas listas verde manzana y amarillo oscuro en sus carnosas órbitas. Su nariz, ya curada, volvía a recuperar las proporciones humanas. La mano izquierda, que evidenciaba señales de piel renovada, seguía envuelta en un vendaje elástico que le permitía extender y flexionar los músculos mientras protegía las heridas en la palma y el pulgar, que habían requerido injertos de piel.

Merlo le ofreció su mano.

—Soy el padre Merlo —dijo.

La sorpresa de Conor no lo incomodó; de hecho, ya la esperaba. Tampoco le importaron los instantes de vacilación hasta que Conor estiró su cuerpo para estrecharle la mano.

—¿Es usted un exorcista?

—En efecto. Parece un poco decepcionado. ¿A quién esperaba, a Max von Sydow?

—Yo..., yo no sé qué..., a quién esperaba.

Conor trató de escrutar a Merlo en el nimbo de luz reflejado en la pista de hielo. Su piel era de color berenjena. Tenía las mejillas enjutas, sin afeitar, con barba de dos días. Los ojos despedían un brillo sardónico, y había un asomo oriental en la tensión de los párpados. Su rostro conservaba el lustre, la serenidad, y la turgencia de un joven favorecido por la naturaleza. Sin embargo, su cabello había quedado reducido, como por efecto de un incendio, a una capa de color ceniza. Las orejas estaban casi pegadas a la piel. Su amplia frente parecía un ariete.

—¿Quiere que me siente —dijo Merlo, paciente—, o ya ha decidido que no me

necesita? En tal caso, no hay ningún problema. Me retiraré a descansar un poco. No he dormido nada durante las últimas sesenta horas.

—Yo..., sí, le necesito a usted. Discúlpeme. No esperaba que viniera nadie aquí, a estas horas de la mañana. Por favor, padre, tome asiento.

—Gracias. —El sacerdote indicó la mano izquierda de Conor con un gesto de la cabeza—. Parece que sufrió quemaduras muy serias.

—Ahora ya estoy mejor.

—Su chico es un buen patinador. ¿Cómo se llama..., Charley? Veo que abundan los deportistas en su familia. Monseñor Garen me dijo que es usted luchador profesional. Lo creo: da sobradamente la talla, amigo. Yo estuve un año en la NBA, en los Bullets. Cursé mis estudios en el colegio de San Pedro, y fui el tercer anotador en toda la historia del centro. Sin embargo, era demasiado lento para jugar en la liga profesional. No podía tirar nunca, porque siempre había un gigante parecido a King Kong a mi lado que me ponía un tapón o me robaba la pelota. Eso sin tener en cuenta la cantidad de pasos que me pitaban. Resultó una experiencia bastante humillante.

No parecía estar hablando de una forma egoísta, o con la intención de trabar conocimiento, sino para relajarse. La palabrería constituía un modo de reconstruir su integridad psíquica tras una larga estancia en algún reino oculto de los desesperados y los afligidos. Parecía también, por la manera de sentarse en la grada, con las rodillas levantadas y separadas y los talones de las botas apoyados sobre el tablón verde de la grada inmediatamente inferior, un hombre nómada y terriblemente cansado.

—¿Qué más le gustaría saber de mí? Nací y crecí en el distrito sur de Newark, en un barrio que en aquel tiempo confería un cierto prestigio social. Mi padre trabajaba en la jefatura del puerto y mi madre es vendedora de productos de belleza. Serví en Vietnam y regresé en 1966; y entonces fue cuando empecé a replantearme mi religión, tratando de decidir si podía ser útil a la Iglesia. Bien, al salir del seminario me asignaron la parroquia del Santo Rosario, en la calle Ciento Cincuenta y Tres del sur del Bronx. Esa parroquia es, por alguna extraña razón, un vivero de casos de brujería, vudú y magia negra; siempre nos llamaban para liberar a alguien del dominio de Satanás. A veces, las sesiones eran tan terribles que me parecía encontrarme de vuelta en Saigón. Mis experiencias en el Santo Rosario sirvieron para que me destinaran a la Penitenciaría Apostólica. Estos últimos años he estado estudiando lenguas muertas. También he participado en un centenar de exorcismos; el más reciente ha concluido hace seis horas.

—¿Cerca de aquí? —preguntó Conor, incrédulo.

—En Providence, en la isla de Rhode. Era una infestación, no una simple posesión. Demonios. Esbirros menores sin importancia en el escalafón de su reino, desprovistos de fuerza de voluntad. Les mostré la Biblia y huyeron como murciélagos que regresan a su guarida a la salida del sol.

El sacerdote hizo una pausa y miró a Conor directamente a los ojos.

—Tengo entendido que su problema es más grave.

—Yo..., eso creo.

—Antes de que me lo cuente —dijo Merlo—, quiero que sepa que si estoy aquí esta mañana es para hacer un favor al amigo de un amigo. Soy un sacerdote romano y no tengo estatus oficial en ninguna diócesis. Éste es mi día libre, por así decirlo.

—¿Qué importa eso? —dijo Conor, al borde de la exasperación—. Yo necesito ayuda, y la Iglesia...

—La Iglesia, como usted y yo sabemos, está regida por el Canon. En mi línea de trabajo se sigue un reglamento interno más estricto aún. Es posible que mi preparación sólo sirva para darle consejo. Teniendo en cuenta lo que acabo de decirle, ¿quiere contarme lo que ocurrió? Prefiero formularle mis preguntas durante su explicación, si no le importa.

Conor empezó por relatarle su primera entrevista con Rich en la cárcel del condado de Haden, abundando en las desesperadas súplicas de su hermano para que encontrara a Henry y Polly Windross y a la misteriosa Inez Cordway.

—Exactamente, ¿cómo implicó Richard a esas personas en su presunta situación?

—Eso no supo aclarármelo del todo. Dijo que había estado tratando de ayudar a Polly, pero murió. Éstas fueron sus palabras.

—¿No ha aparecido ninguna de ellas después de la noche del crimen?

—Windross fue arrollado por un tren y murió en el acto hace unos días. Polly, según la policía, desapareció incluso antes de que Rich asegurara que la había visto en esa habitación del Hotel Post Road. Figura en listas oficiales como desaparecida.

—¿Ha estado usted en el interior de la casa en..., dónde ha dicho que estaba?

—En Ripington Four Corners. Sí, fui a la casa, y entré. No sé si había alguien dentro ese día. No vi un alma. La casa parecía estar ocupada, pero... no vi a nadie que me interesara conocer. Creo que no me explico demasiado bien. Allí ocurrieron ciertas cosas que... me desconcertaron.

Conor relató el suceso del vino, la aparición del misterioso animal gruñón, el cuarto de juegos siniestramente iluminado por el sol, el olor a gasolina, la terrorífica fotografía.

—No sé, es posible que estuviera demasiado excitado y sugestionado por la advertencia de Rich, y... no saqué ningún provecho de mi visita. Tengo muy claro que no regresaré jamás a esa casa a menos que me pongan una pistola en la cabeza.

—Muy bien, prosiga —dijo Merlo con severidad tras una larga pausa.

El sacerdote tenía los dedos firmemente apretados contra su alta frente, sus manos reflejaban el resplandor procedente de la pista de hielo. Allí, los equipados niños bufaban, se hacían la zancadilla y se empujaban a medida que el partido se acercaba a su conclusión. Los pitidos del árbitro, los fueros de juego, se sucedían sin cesar.

Conor, contemplaba el hielo con fijeza como si tratara de interpretar los fantasmales jeroglíficos que los patines inscribían en él. Entonces, narró lo que le habían contado sobre la primera entrevista de Rich con la psicóloga: el diente escupido, el aparente ataque cataléptico... Volvió a interrumpirse, por si el sacerdote

deseaba hacer algún comentario. Merlo, en cambio, parecía haberse quedado dormido.

—¿Padre Merlo?

—Sí, lo escucho.

Conor refirió los pormenores del desastroso encuentro que había protagonizado con Rich trece días antes, cuyos sucesos habían sido básicamente responsabilidad suya por su imprudencia.

—¿Qué dijo de Polly? —preguntó el sacerdote de repente, y levantando la cabeza al ver que Conor se resistía a reproducir el lenguaje empleado por Rich—: Necesito conocer las palabras exactas, si es usted capaz de recordarlas.

—No, no me acuerdo. Fueron muy groseras, es todo cuanto puedo decirle. Pero Lindsay Potter grabó todo lo que se dijo con su dictáfono, y Adam hizo copias.

—¿No le ocurrió nada a esa cinta? Eso sí que es suerte. Tendré que escucharla. ¿Qué hizo usted luego?

Abajo, en la pista, un robusto muchacho, responsable de una infracción, patinaba a gran velocidad sobre el brumoso hielo sonriendo como una gárgola: le habían roto dos dientes. Conor prosiguió, mientras su angustia se acrecentaba. El vaho de luz que se extendía ante él era como una nube informe de aprensión emanada de su cráneo. Sus ojos lloraban piadosamente por el alma de su hermano, que temía se encontrara ya fuera de toda posibilidad de redención.

Cuando comentó el hecho de sujetar la cruz detrás de Rich, Merlo, alarmado, dijo inmediatamente:

—¿Dónde aprendió este truco?

—Lo leí en un libro de demonología.

—Pero usted no podía confiar en expulsar así todas las criaturas para desterrar los espíritus malignos. Es tan fácil como limpiar las manchas de *pizza* de una camisa.

—Quería asegurarme de que Rich decía la verdad —replicó Conor, a la defensiva—. Y no creía que la Iglesia fuera a prestarme ningún tipo de ayuda.

—Pues ahora ya lo sabe, y es más de lo que usted había negociado.

—Si hubiera tenido una mínima idea de lo que iba a ocurrir...

—Muy bien, descríballo. Despacio, con el máximo detalle.

—Sujeté la cruz detrás de su cabeza. Oí un ruido como..., no sabría describirlo, como una sólida roca resquebrajándose por la mitad, un chirrido ensordecedor que me dañó los oídos. Sentí como si los huesecillos de allí dentro se fragmentaran en astillas y se me clavarán en el cerebro. Fue una sensación terriblemente dolorosa, y no pude oír bien hasta tres días más tarde.

—¿De dónde procedía el ruido?

—De Rich. Estaba tendido en el suelo, boca abajo. Después, se hinchó. No quiero decir con eso que se convirtiera en un globo, pero su cuerpo se hinchó hasta flotar, literalmente hablando, a ocho o diez centímetros del suelo. Durante todo ese tiempo no dejó de emitir ese ruido chirriante y penetrante. Ya tendrá usted ocasión de oírlo.

Luego..., saltó de repente en el aire, dio un giro y se comprimió en una bola, como un acróbata de circo; entonces, empezó a rebotar por toda la habitación a un ritmo frenético, de la pared al suelo, del suelo a otra pared y de ésta al techo. Intenté atraparlo, pero fue como colocarse en medio de una avalancha. El impacto me rompió la nariz y algunos dientes, y me dejó moretones por todo el pecho. Ocurrieron varias cosas a la vez. Los listones de las persianas venecianas se desprendieron y revolotearon por la sala, los cigarrillos se encendieron en el aire...

—¿Fue así como se quemó la mano?

—No. La cruz se fundió parcialmente. Era de oro de dieciocho quilates.

—Muy impresionante —comentó Merlo, y emitió un pequeño silbido—. ¿Quiere contarme cómo salieron vivos de allí? Porque tuvieron suerte de sobrevivir a esa experiencia, dicho sea de paso.

—Me arrastré hasta la puerta y la abrí. En ese instante, todo terminó.

—Comprendo. ¿En qué estado se encuentra su hermano?

—Ha estado ocho días internado en el hospital. Tenía el hígado contusionado, una costilla fracturada, el cuello torcido, un hombro dislocado, más magulladuras de las que nadie pudiera imaginar y espasmos musculares en la región inferior de la espalda. Pero, a excepción de la costilla, no sufrió ninguna fractura ósea. Resulta difícil creer que no esté escayolado. Si le hubiese visto...

—Yo he visto muchos cuerpos humanos volar por el aire. ¿Cuánto tiempo tardó, después del incidente, en recuperar el conocimiento?

—Tres horas.

—¿Cómo reaccionó?

—Como un niño al despertar tras una larga fiebre. No recordaba nada de lo sucedido desde que habían cerrado la puerta de su celda para llevarle a la sala de entrevistas.

—¿Qué opinan las autoridades de todo esto?

—Supusieron, y nosotros decidimos no contradecirles, que Rich se había vuelto loco y había causado todos los daños. Ahora lo tienen encerrado en una celda de aislamiento, la única que existe en la cárcel. Las luces permanecen encendidas las veinticuatro horas del día. No le permiten salir sin ponerle antes una camisa de fuerza, y ni siquiera abren la puerta antes de apuntarle con un rifle.

—¿Han tenido lugar nuevas manifestaciones?

—Ninguna.

—Ha dicho que sólo había tres testigos: usted y los dos abogados. ¿Hubo más heridos?

—Lindsay recibió un corte en la frente, cerca del cuero cabelludo. Le dieron dieciséis puntos de sutura.

Sonó un bocinazo. Los desaliñados patinadores se agruparon según sus colores en uno u otro extremo de la pista para saludar al público y abandonaron el hielo. Charley miró a los grádenos, en busca de su padre. Conor se levantó y lo saludó; el muchacho

alzó su stick en señal de triunfo; había marcado dos de los siete tantos conseguidos por su equipo. Tenía el cabello, revuelto por el casco de color negro, pegado a la frente, y parecía tan húmedo como si se hubiese dado un baño. Sus pómulos eran como peniques blancos en un rostro sonrosado. Tomó un trago de un vaso de plástico con zumo de naranja que un compañero de equipo le ofreció.

Conor miró al padre Merlo.

—Tengo que marcharme. Charley aún tiene que ducharse y cambiarse para ir a la escuela. ¿Qué va a hacer ahora?

—Descansar —respondió Merlo con una leve sonrisa.

Una sombra de desdicha eclipsó la mirada de Conor.

—No se preocupe, siempre estoy diciendo lo mismo. En realidad, me gustaría ver a su hermano.

—¿Cuándo? —preguntó Conor, sin molestarse en disimular su alivio.

—Hoy, si es posible. El hecho de que esté en la cárcel presenta algunos problemas. Antes nos convendría hablar con los abogados. ¿A qué hora estará listo para marcharnos a..., cómo se llama la ciudad?

—Chadbury. Se encuentra a un par de horas de aquí. Pero usted ha dicho que no ha dormido nada desde hace muchas horas.

—Si no le importa conducir, echaré una cabezadita por el camino.

Tan pronto como sus visitantes se hubieron acomodado en su despacho del edificio del Banco Estatal del Valle de Deerhorn, en Braxton, Adam Kurland les dijo:

—Antes de proceder a discutir acerca del estado de Rich, creo que debo dejar muy claro que no comparto la convicción de Conor en el sentido de que su hermano está poseído por el diablo. Yo me crié en el unitarismo, y no estoy tan seguro como él de que el diablo exista.

Estaba sentado sobre el borde de su mesa de trabajo, un mueble ovalado de ónice verde con un marco de bronce estilo rococó. Tenía prácticamente el tamaño de una mesa de billar ruso y parecía pesar tanto como la bóveda del edificio. Todo el mobiliario existente en el espacioso despacho rectangular tenía el mismo aspecto antiguo y excéntrico, resultado de dos siglos de herencias familiares, si bien alguien había logrado una combinación armónica con todo ese eclecticismo. Las paredes, revestidas con planchas cuadradas de estaño, y el techo enyesado habían sido pintados uniformemente de un color crema claro. Las ventanas centrales que dominaban el césped estaban abiertas, dejando entrar el radiante sol matinal a raudales.

Adam se estiró para coger una carta que descansaba sobre la mesa.

—Maggie Renquist analizó los primeros tests psicológicos realizados por Rich cuando salió del hospital, y escuchó la cinta grabada por Linds hace dos semanas. A partir de los resultados, considera que se trata de un caso de personalidad esquizofrénica paranoica, capaz de un amplio abanico de expresiones de comportamiento. Una de esas personalidades es la que se conoce como «alma extraviada»: débil, confusa, incapaz de adaptar sus necesidades primarias a las exigencias de la sociedad. La segunda es una agresividad maníaca, manifestada en arrebatos de hostilidad y rabia, los cuales constituyen el único modo que conoce de resolver sus conflictos. Rich es muy fuerte y ágil, como ya sabemos, y desprecia la vida y la dignidad humanas. Él lo llama «el demonio». No es una denominación desafortunada. El impulso que le llevó a matar a Karyn fue demoníaco, titánico, irreprimible. Pero no existen implicaciones religiosas significativas, pese a la formación católica recibida por Rich.

El padre Merlo, sentado en un sofá en forma de trineo situado junto a una pared, y con una caja de huevos de chocolate en su regazo, asintió amablemente y desvió la mirada hacia Lindsay Potter, de pie junto a las ventanas. La joven llevaba un traje de lana, una blusa de color albaricoque y una venda blanca rectangular en la frente. La incidencia directa de la luz del sol confería una expresión austera a su rostro.

Consciente del escrutinio a que el sacerdote la sometía, la muchacha dijo con voz serena:

—No he sido capaz de explicarme a mí misma, ni a nadie, lo que vi, de modo que

he preferido mantenerme al margen de esto.

Adam doblaba y desdoblaba la carta de la psicóloga, con los labios apretados en señal de desaprobación ante la falta de apoyo evidenciada por su colaboradora. Un reloj de pared dio las diez y media.

—Tal vez sea un esquizofrénico —dijo Merlo a Adam—. Pero también existen muchas otras posibilidades. La psicología nunca ha sido mi fuerte, como tampoco lo ha sido la teología comparada. Estoy entrenado para tratar ciertos fenómenos de los que he podido comprobar su autenticidad, y he venido a petición de Conor para visitar a su hermano. Bajo determinadas condiciones o, de lo contrario, optaré por no verle.

—¿Cuáles son esas condiciones? —preguntó Lindsay.

Merlo dio un mordisco a un huevo de chocolate antes de hablar.

—Nadie entrará salvo Conor y yo —dijo—. Puedo proteger perfectamente a los dos, pero cuando hay más personas presentes resulta complicado. Tampoco quiero que haya guardias merodeando por los alrededores con pistolas. No quiero armas. Hablaré con Rich en una celda si no hay más remedio, pero no es necesario para garantizar la seguridad. Mientras permanezca conmigo, Rich será controlado por mí.

—Estará sometido a sedantes —le advirtió Adam.

—También lo estaba la última vez, cuando empezó a dar tumbos por la misma habitación donde estaban ustedes. Yo utilizo otra clase de tranquilizante: la Palabra de Dios.

—No creo que su cuerpo logre sobrevivir de nuevo a esa tensión —dijo Conor con vehemencia.

—No puedo prometerle la ausencia de manifestaciones.

—Hablé con Maggie Renquist de esa..., esa violenta actividad física —dijo Adam, haciendo girar sin cesar su reloj de pulsera en torno a su muñeca. Observó confiadamente a Conor, quien había empezado a pasear por el perímetro de una raída alfombra persa—. Maggie opina que, aunque Linds y yo somos buenos observadores, hay mucha diferencia entre lo que creemos que vimos y lo que ocurrió en realidad. Ninguno de nosotros hemos llegado a ponernos de acuerdo sobre lo sucedido, ¿no es cierto? Bien, reconozco que no soy un experto en determinar los efectos que esas situaciones altamente fatigosas pueden tener en la mente de una persona, de modo que estoy dispuesto a aceptar las hipótesis de Maggie. El término con el cual designa el fenómeno es histeria interactiva.

—¡Tonterías! —exclamó Conor—. ¿Cómo se explica el hecho de que los listones de las persianas se desprendieran solos? ¿Y lo de los cigarrillos? ¿Y esto? —Mostró su mano vendada—. ¿Sabes cuál es el punto de fusión del oro? Yo sí: me tomé la molestia de consultarlo. Mil sesenta y tres grados centígrados.

Adam emitió un suspiro.

—No quisiera recurrir a un viejo argumento, pero es lícito señalar que tres de los presentes habíamos estado fumando, que no es un cuarto demasiado espacioso y que

el aire estaba irrespirable por el humo. En cuanto a las persianas, Rich pudo haberlas arrancado fácilmente. La cruz estaba deformada, de acuerdo. No es inconcebible que alguien tan fuerte como tú pudiera haberlo hecho de un modo inconsciente, ofuscado por una enorme tensión. Las quemaduras pudieron producirse por autoinducción, y creo que puedo explicarlo. He pensado bastante en ello. Muchas personas que han padecido durante años dolores intensos, problemas de carácter nervioso o jaquecas, aprenden a controlar el dolor mediante reacciones biológicas que empiezan por condensar el calor corporal en las palmas de las manos. Estoy inclinado a creer que tu mano sufrió esas quemaduras por efecto de una reacción calórica desmesurada bajo una tensión nerviosa con una orientación psicorreligiosa. Estoy más que satisfecho de la interpretación que Maggie ha hecho del estado mental de Rich, y creo que nos proporciona una base sólida sobre la cual podemos empezar a construir una declaración de no culpabilidad por enajenación mental. Sin embargo, mucho me temo que las conclusiones del padre Merlo no nos ayudarán mucho en ese sentido.

—Quiero que Rich lo vea —insistió Conor—. Quiero salvarle la vida, pero estoy mucho más preocupado por la redención de su alma.

Adam extendió ambas manos, en un gesto que resultaba complaciente y arrogante a la vez.

—De acuerdo. Sólo quería ponerte al corriente de mi postura.

Lindsay intervino inopinadamente en la conversación:

—Yo estuve prácticamente sorda durante tres días. Conor también. Ese ruido infernal..., ¿cómo podía proceder de una garganta humana?

—Vamos, Linds. Tú estabas de acuerdo conmigo en...

—Adam, no creo haber estado de acuerdo en nada —replicó ella, sin acalorarse.

Lindsay, que experimentaba un vago dolor de cabeza, como si hubiera tratado de resolver mentalmente unas difíciles ecuaciones trigonométricas, se volvió hacia el padre Merlo, revelando, en el tímido movimiento de su mano hacia el rostro inundado de sol como pretendiendo estampar su firma en el aire, una especie de trance nervioso ante el poder que él representaba, aunque no llevaba el alzacuello y más parecía un ex jugador de los Harlem Globetrotters que un sacerdote. Lindsay se había desacralizado (podía haberlo imaginado), pero no más allá de las necesidades que su religión había atendido en el pasado.

Merlo despachó el resto de su desayuno adoptando una expresión vagamente malévola que recordaba a Ronald McDonald.

—Escuchemos la cinta —sugirió.

Adam colocó una de las copias que había hecho en un magnetófono de marca Nagra. El sacerdote escuchó la mayor parte del contenido de la cinta en silencio. Cuando una voz que en nada se parecía a la de Richard Devon dijo «Pregunta a Conor qué es el deseo; pregúntale en qué consiste la sodomía», Lindsay Potter apartó la mirada de los hombres presentes en la habitación y Conor permaneció inmóvil con su mano quemada flexionada sobre su labio inferior y las mejillas encendidas por la

humillación. Pero nadie, excepto Adam, lo miró.

«¿No sabes aceptar una pequeña broma? Claro que soy yo: Rich».

Mientras escuchaban, la intensidad de la luz del sol estaba siendo velada lentamente por las nubes; sus sombras superpuestas, que antes se proyectaban sobre las paredes de color crema claro, negras como el carbón, se desvanecieron en meras transparencias, imágenes negativas que se perseguían, impotentes, unas a otras. Y luego, el caos, cuando la cinta reprodujo el momento en que Conor había arrancado a Rich de su silla y lo había estampado como una efigie contra una de las paredes de la sala de entrevistas.

«¡Demonio, Serpiente, Tirano del Mal, yo te muestro la cruz de Nuestro Señor!».

—¡Baja el volumen! —suplicó Lindsay, con la mirada todavía apartada de los demás.

Su rostro se reflejaba en el ángulo inferior del cristal que cubría una colección de polvorientas mariposas, dando la impresión de que también ella estaba clavada, viva y fresca, sobre el enmohecido terciopelo negro. Irrumpió el ruido que tanto la había aterrorizado: intenso, estridente, ensordecedor, con el peso doloroso del plomo fundido endureciéndose en los pabellones auditivos.

Merlo se enderezó en su asiento.

—¡Déjeme escucharlo de nuevo! ¿Puede pasar la cinta a velocidad acelerada?

—Claro —dijo Adam, rebobinando la cinta y parándola.

El abogado pulsó un botón. Tras unos instantes de parloteo estridente, volvieron a oír el ruido.

«¡ZAAAARRRAACHHHHHHHHHHHH! ¡ROHHMMMMMMMMMM! ¡BRAAGHHHHHHH!».

Cuatro segundos, y se extinguió.

Adam volvió a parar la cinta y miró severamente al sacerdote con atención, seguro de que había llegado a alguna conclusión.

Merlo había entrelazado sus largos dedos detrás de la nuca. Las palmas de sus manos, de una tonalidad de regaliz púrpura, evidenciaban una fuerza que un sacerdote de raza caucásica no igualaría jamás. Escudriñaba el techo, obedeciendo alguna alarma interior. Ocultada la luz del sol, el enorme despacho resultaba más frío de lo que ya era.

—A mí me ha parecido como si fuera una voz —sugirió Conor al cabo de unos instantes.

—Era una voz —confirmó Merlo en un tono carente de énfasis, suave y relajado, como si hubiese estado evocando una canción de cuna. Su postura, en cambio, era rígida, y tenía el ceño fruncido—. Es un lenguaje muy, muy antiguo, que conozco de

vista pero apenas de oído, porque me imagino que sólo los que llevan mucho tiempo muertos o las almas no liberadas todavía lo hablan.

Adam suspiró, exasperado.

—¿Qué dijo la voz? —preguntó Lindsay sin demasiado entusiasmo.

—Tendré que estudiar la cinta —respondió el sacerdote; pero todos presintieron que ya lo sabía.

—¡Hillaryyyyyy!

Hillary Devon, recluida en la cama con fiebre, soñolienta por los efectos de la medicina que estaba tomando, creyó haber oído su nombre. El sonido se mezcló mordazmente con las últimas imágenes del sueño que había estado ocupando su mente semiconsciente: una visión de sí misma ataviada con un vestido blanco pasado de moda en medio de un campo sembrado de flores amarillas no muy distintas de las que decoraban el papel pintado de su habitación. En el sueño aparecía también su padre, mucho más delgado, que le autorizaba a afeitarse la barba; así estaba mucho más guapo. Se incorporó con lentitud, entre dolores y escalofríos.

Quizá era la televisión lo que había oído. Había estado encendida toda la mañana para que le brindara un poco de compañía. Seriales. Rostros preocupados y pasiones turbulentas, primeros planos de actores que presentaban un demacrado aspecto bajo una espesa capa de maquillaje. El pez de su acuario la observaba fijamente mientras nadaba por encima de la grava azul entre templos en miniatura sumergidos. Hillary sentía su mente tan distante de su cuerpo como las gráciles sombras de los nadadores del póster que presidía su escritorio lo estaban de la pecera. Se rascó un grano que le había brotado en el pecho en el lugar donde un botón del pijama había rozado su piel. No podía haber sido su madre, que estaba trabajando, o uno de los chicos, que se encontraban en la escuela..., ¿verdad? Parpadeó y miró los dígitos, de un rojo intenso, de su radio-despertador. La una y diez. No, los chicos aún no habían salido de la escuela y estaba sola en casa, de modo que nadie la había llamado desde el piso de abajo. Tal vez el grito procedía del exterior de la casa.

—¡Hillaryyyyyy!

Definitivamente, alguien la llamaba desde el exterior. Era una voz de chica, pero le resultaba desconocida.

Hillary miró hacia las ventanas. Detrás de las cortinas, las persianas, completamente alzadas, permitían ver un día gris; era una imagen invernal neutra, inalterada. Sin embargo, los pronósticos meteorológicos predecían nuevas nevadas al atardecer. Retiró la pesada lencería a un lado de la cama y se estiró para alcanzar un vaporizador nasal. El contacto de sus pies desnudos sobre uno de los lados de la cama generó una descarga de electricidad estática. Mientras se aplicaba el vaporizador en cada una de sus fosas nasales, palpó el suelo con los pies en busca de las zapatillas. Cuando las hubo encontrado, se levantó y se encaminó hacia la ventana. Arrastraba los pies al andar: mientras, tosía sobre un pañuelo de papel y experimentaba un sabor ácido en su garganta. Miró al exterior a través de las cortinas.

Un coche, que pasó por la calle Carroll, levantó fango con las ruedas traseras. Al otro lado de la calle, frente a la casa de los Capaletti, había una chica. No parecía esperar a nadie: miraba directamente hacia las ventanas del dormitorio de Hillary.

Tendría entre doce y quince años de edad. Llevaba un impermeable verde claro con ribetes oscuros, una boina escocesa roja, una bufanda y botas de nieve también rojas. Tenía las manos escondidas dentro del impermeable. Hillary estaba demasiado lejos para verle el rostro con claridad; pero estaba segura de que no conocía a esa chica.

—¿Hillary?

Era extraño: oía a la chica, pero no como si mediaran cuarenta y cinco metros y dos gruesos cristales entre ambas, sino con nitidez, como si estuvieran muy próximas. Hillary podía percibir cualquier matiz de su tono. La muchacha estaba contenta, tan contenta, que Hillary se había aproximado hasta la ventana para verle. Había estado esperando mucho rato allí fuera. Desde luego, tenía que conocer a esa chica. Pero ¿de qué? ¿Y qué era lo que quería? Era desconcertante.

Hillary ansiaba desesperadamente poder pensar con mayor precisión. Su cerebro estaba tan gris como el cielo plomizo. No obstante, recordó algunos fragmentos de la conversación que había mantenido con Beth LeMaster sobre la chica con la que se suponía ella había caminado desde el instituto de danza Erickson hasta la plaza contigua dos semanas antes. Beth le había facilitado su descripción: era esa chica, llevaba la misma indumentaria.

Pero aquel día, ella había caminado sola. ¿O quizá no?

Hillary se sintió corroída por la curiosidad. Ya no podía fiarse de su propia memoria.

«Baja y déjala entrar».

Ese pensamiento irrumpió de forma muy distinta en la mente de Hillary, era casi una orden. Tenía que descender al piso de abajo en seguida y...

Pero en casa de los Devon regía una norma muy estricta. Su madre se pondría furiosa y se mostraría implacable si violaba esa norma, y no volvería a confiar en ella nunca más. La norma era que si por alguna razón ella, Hillary, tenía que quedarse sola en casa, aunque fuese por unos minutos, no debía abrir la puerta a nadie salvo a un miembro de su familia más próxima. No había excepciones a esa norma, ni siquiera si era un policía quien llamaba a la puerta. Gina le había dicho que los uniformes de policía no eran difíciles de conseguir para la gente malvada.

«La gente malvada».

Hillary experimentó un nudo de preocupación en su estómago, y todavía peor, sintió un dolor envolvente, una contracción bajo el ombligo, la misma sensación que la embargaba cuando el pediatra tenía que examinarla sin las medias puestas y sabía que sus dedos le tocarían sus zonas secretas.

—¡Hillaryyyyy!

Esta vez, la voz de la muchacha resultó desgarradora, solitaria y desesperada, como necesitada de amistad.

Hillary volvió a mirar al exterior. La chica seguía allí, inmóvil, desprendiendo vapor, levantaba un pie, calzado con bota, y luego el otro. Una chica de su misma edad, poco más o menos, que se moría de ganas de hablar con alguien. Quizá no tenía

padres, o..., o acababa de mudarse a ese vecindario y aborrecía su nueva escuela. Hillary ya sabía lo que era sentirse forastera, a merced de las pandillas y la gente esnob. Ella había sabido salir adelante, pero todavía distaba mucho de ser la chica más popular del Santo Sacramento. En ocasiones se esforzaba demasiado por agradar a los demás, lo cual solía resultar fatal. Hillary experimentó un tierno sentimiento de responsabilidad por esa chica que aguardaba, esperanzada, algún gesto amable.

Un camión pasó a toda velocidad, y emprendió la ascensión de la cuesta. La chica se apartó apresuradamente del bordillo. Sacó una mano enguantada de debajo del impermeable y pareció saludar, dócil, como si tuviese la facultad de leer los pensamientos que cruzaban por la mente de Hillary.

«Estoy bien —pudo haberle dicho—. Soy una chica como tú. Seremos grandes amigas. Dame sólo una oportunidad».

Hillary ya estaba harta de su enfermedad. Aquél era el tercer día que guardaba cama, aburrida de los seriales y concursos televisivos y cansada de los largos ratos de soledad. Se apartó de las ventanas y recogió su bata, que descansaba a los pies de la cama. Estaba tan absorta en su decisión de salir a conocer a la chica que esperaba en la acera opuesta, que su propio reflejo en el cristal de la puerta entreabierta del armario, la sobresaltó. Vaciló unos instantes. Una gélida oleada de precaución despejó parte de las nubes que envolvían su cerebro. Se acordó de la norma.

«Hillary, por favor, date prisa».

Saldría sólo por esta vez. Su madre jamás lo sabría.

—Ya voy —murmuró Hillary, como si las llamadas que percibía dentro de su cabeza hubieran sido tan insistentes como unos golpes en la puerta principal.

Abandonó su habitación y descendió lentamente la alfombrada escalera de la casa de estilo colonial. El piso de abajo aparecía más oscuro, ya que las persianas de la sala de estar y el comedor, a ambos lados del vestíbulo central, se encontraban echadas para conservar el calor. Sin embargo, el encerado piso de madera del vestíbulo apareció iluminado a sus pies cuando alcanzó el final de la escalera; la luz procedía de los estrechos ventanales que flanqueaban la puerta principal, ventanales cubiertos tan sólo por sendas cortinas plisadas que colgaban de unas delgadas varillas de cobre. Al acercarse a la puerta nuevos recelos la asaltaron, incitados por la expresión de su madre cuando esa misma mañana le había vuelto a recordar la absoluta necesidad de permanecer en su habitación a menos que precisara algo de la cocina y de mantener todas las puertas cerradas con dos vueltas de llave.

«No contestes al teléfono. Cuando yo llame...».

«Dejarás que el timbre suene dos veces, colgarás y volverás a llamar. Ya lo sé, mamá. Ya lo sé».

Un beso en la ardiente frente de Hillary, un asomo de culpa en la comisura de los labios de Gina.

«No me gusta dejarte sola cuando estás enferma, aunque sólo sea por un rato».

«Estaré bien, mamá. No te preocupes».

La puerta principal estaba hecha de sólida madera de arce y tenía dos cerraduras, una de ellas inmediatamente debajo del pomo curvo de cobre con pestillo de seguridad incorporado. La primera cerradura no era muy sólida, y sólo tenía un sencillo cerrojo de forma ovalada en el interior. La segunda, instalada veinte centímetros más arriba, contenía un sofisticado cerrojo de la marca Medeco. En el centro de la puerta, a una altura que Hillary podía alcanzar si se ponía un poco de puntillas, había una mirilla que permitía ver parte de la entrada y la escalera que llevaba a la calle. Catorce peldaños en total, flanqueados por arbustos de azalea protegidos de los rigores invernales con sacos de arpillera, y dos niveles de terraza cubiertos de una capa de nieve dura y porosa, sembrada de huellas de pájaros y pequeños animales.

A través de la mirilla, Hillary vio a la chica aproximarse confiadamente, y subir la escalera en dirección a la puerta principal. Ahora, Hillary podía verle con mayor nitidez. Estaba sonriendo. Era bonita, tenía una cara delgada con pómulos muy marcados, pero muy pálida, casi translúcida en su palidez, como si hubiera estado enferma hacía poco tiempo.

—Hola, Hillary.

La chica estaba aún a unos seis metros de la puerta, subiendo la escalera con sus rojísimas botas. No obstante, la claridad de su saludo fue más que notable, como si las palabras se hubieran originado en la propia mente de Hillary.

Hillary experimentó una oleada de calor provocada por el resurgimiento de la fiebre. Se estremeció, presa de escalofríos. Deseó regresar a la cama, bajo la protección de las mantas, en la reconfortante seguridad de su habitación. No necesitaba compañía alguna, ni quería hablar con...

Pero su mano izquierda, mientras veía aproximarse a la chica rubia, se deslizó hacia el sofisticado cerrojo de seguridad.

Sabía que había decidido definitivamente alejarse de la puerta y subir la escalera, corriendo si era preciso, y no dejar entrar a la chica, ni por un solo minuto, para averiguar su nombre y su domicilio. «Oh, ¿de modo que acabas de mudarte a este vecindario? Escucha, he cogido la gripe, así que tendrás que disculparme». Sin embargo, su mano parecía ajena a esa resolución y ya había levantado el pestillo que liberaba el cerrojo. La sonrisa de la muchacha era más amplia y confiada, y volvió a saludarla como si pudiera ver el ojo de Hillary pegado a la mirilla de la puerta. Ya sólo le faltaban cuatro peldaños para alcanzar el pórtico de la entrada.

Y en la cabeza de Hillary se estaba formando una negra nube.

El teléfono sonó. Dos veces.

Hillary lo oyó, pero muy distante, mientras la oscuridad se extendía por su cerebro como impulsada por una mente sombría, una inteligencia estricta y autoritaria con una rigidez de intenciones terrorífica e inevitable. La oscuridad empezó a recorrer su espina dorsal. La niña sintió una resonancia que la insensibilizaba. Su mano izquierda abrió el cerrojo, que cedió con un chasquido.

El teléfono volvió a sonar, mientras su mano buscaba a tientas el otro cerrojo.

«¡Oh, mamá...!».

Apartó la mirada de la puerta, luchando contra su falta de voluntad.

—Abre la puerta, Hillary. Me llamo Polly. Quiero entrar.

Fue una orden fría y serena, que invitaba a la obediencia.

Pero el teléfono seguía con su sonido, insistente.

La otra cerradura, aunque más sencilla, resultaba difícil de manejar con una sola mano. Tuvo que empujar la puerta un poco, lo justo para que el cerrojo girase libremente. Pero Hillary estaba mirando hacia la parte posterior de la casa, donde tenían instalado el teléfono junto a una pared del comedor.

—Hillary, ya atenderás el teléfono cuando me hayas dejado entrar.

—Espera un segundo. En seguida estaré contigo.

—Seamos amigas, Hillary. Tú necesitas mi amistad. Y yo te necesito a ti.

Cinco timbrazos, seis. Su madre creería que se había quedado dormida. «Oh, por favor, no cuelgues, yo...».

—¡Ya llamarás luego, Hillary!

Hillary sollozó.

—¡Oh, Dios mío!

Sintió un desbocamiento de disgusto al otro lado de la puerta. La oscuridad se acurrucaba como un gato en la base de su espina dorsal, y entumecía todos sus nervios con sus invisibles garras. Todo cuanto quedaba de su voluntad era gritar.

—¡Dios! —gritó Hillary, y se sintió aliviada en ese mismo instante.

A continuación, dio la espalda a la puerta y salió corriendo hacia la parte posterior de la casa, concretamente hacia el comedor, con sus plantas colgantes y su papel pintado de color amarillo. Tenía la sensación de que alguien la perseguía mientras restallaba un látigo negro. Cogió el auricular del teléfono con ambas manos.

El látigo le alcanzó ligeramente en la espina dorsal y se retiró.

—¡Mamá!

—¿Hillary? Sí, soy yo. ¿Ocurre algo malo?

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Tuvo que hacer una pausa para recobrar el aliento.

—¿Algo malo? No, yo... Había alguien frente a la puerta. Una chica. Pero no la he dejado entrar.

Le resultaba imposible explicar su progresivo terror, la sensación de ser sutilmente presionada, en contra de sus instintos, a hacer algo que podía tener devastadoras consecuencias para ella, y para su familia.

—Mamá, ¿cuándo vas a regresar a casa?

—Ahora mismo; llamaba para decírtelo. Hillary, ¿estás segura de que te encuentras bien? ¿Qué quería la chica?

—No lo sé. ¡No la había visto nunca! Debía de ser alguien nuevo en el vecindario, tal vez se han mudado a casa de los Stolte.

—No creo que la hayan vendido aún. ¿Estás abajo?

—Sí.

—Bien, vuelve a meterte en la cama y estaré allí dentro de veinte...

Hillary empezó a jadear.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, nada. Supongo que estoy un poco nerviosa. —Pero la niña pensó que había oído un crujido, un ruido quebradizo como de algo rompiéndose en el piso de arriba. Sabía que iba a irrumpir en llanto por culpa de los nervios, y no quería que su madre la oyese—. Adiós, mamá. Me encuentro bien, de veras. Nos veremos luego. Te quiero.

—Adiós cariño. Estaré en casa dentro de veinte minutos.

«Date prisa».

Con esta tácita súplica, Hillary colgó el auricular. Había perdido una zapatilla al cruzar el vestíbulo a la carrera hacia el comedor. Su pie descalzo estaba frío. Apenas logró distinguir la zapatilla en el suelo del vestíbulo, a medio camino de la puerta principal. Por los estrechos ventanales que flanqueaban la puerta ya no se filtraba nada de luz. El pórtico estaba oscuro como la medianoche. En ese momento presintió que no podría alcanzar la escalera.

El timbre de la puerta sonó, y la sobresaltó.

En la pared, muy cerca del teléfono, había un grabado en madera muy antiguo, una versión renacentista de la Virgen y el Niño, en un marco de oro. Lo descolgó de la pared y lo apretó contra su pecho. Seguidamente, subió la escalera, de dos en dos, con él jadeando.

La puerta de su habitación estaba cerrada. Ella no la había dejado abierta. Hillary puso una mano sobre el pomo de cobre, sosteniendo aún el grabado. El pomo estaba tan inesperadamente frío que su húmeda mano estuvo a punto de congelarse. Se levantó un poco de piel al retirarla con rapidez.

«¡Oh, Jesús, María y todos los santos, protegedme, por favor!».

Al otro lado de la puerta oyó una especie de borboteo que no supo identificar. A continuación, en un momento de aterrorizada clarividencia, cayó en la cuenta de lo que debía de estar ocurriendo allí dentro. Metió la mano en uno de los bolsillos de su bata, e hizo girar el pomo de la puerta; entonces, entró en la habitación.

A un lado de su escritorio, donde había una lámpara encendida, el agua de la pecera y toda su colección de peces salían a borbotones por un agujero abierto en el cristal, inundando la alfombra. No había vidrios rotos ni astillas: el agujero se veía perfectamente redondo, de unos diez centímetros de diámetro. Sus bordes eran tan lisos que no parecían haber sido practicados con ningún instrumento; más bien daba la impresión de que el cristal se había disuelto o desintegrado, en el lugar por donde se vertía el agua.

Conor y el padre Merlo reservaron sendas habitaciones contiguas en el Hotel Holiday, situado al pie de la carretera interestatal Noventa y Uno en la confluencia con la avenida Greenleaf. Adam Kurland había insistido en acompañarles a la cárcel y en estar presente durante la entrevista del sacerdote con «mi cliente». Merlo le dijo llanamente que esperaba toparse con problemas. Adam le advirtió que tanto la policía como el despacho del fiscal estaban ahora muy reacios a permitir que Rich recibiera visitas, y que sin duda no autorizarían a Conor y al sacerdote a entrevistarse a solas con él.

—Trate de convencerles para que nos consigan una habitación sin ventanas ni mobiliario. Todo cuanto necesito es un taburete —dijo Merlo.

En su habitación del Hotel Holiday, el sacerdote tomó un baño, se afeitó, se puso su sotana negra de la talla cuarenta y seis y un cuello blanco, y se pasó una hora inmerso en solitaria meditación y plegaria. En la habitación contigua, Conor se impacientaba y Kurland, sentado en la cama, hablaba por teléfono. Lindsay Potter no había solicitado acompañarles.

El padre Merlo llamó a la puerta cuando se hubo preparado. No sonreía, y llevaba una bolsa negra en la mano. Conor ignoraba el contenido de esa bolsa.

—Ahora voy a bendecirles a los dos. No queremos que se repitan los sucesos de su último encuentro con Richard.

Recitó una breve plegaria, les ungió con aceite bendito e hizo la señal de la cruz sobre la cabeza de cada uno de los dos hombres. La de Conor permanecía muy agachada, y añadió sus propias plegarias a media voz. Adam, aparentemente desconcertado, miraba fijamente al exterior de las ventanas en absoluto silencio.

—¿Qué cree que ocurrirá? —preguntó Conor al sacerdote.

—Se sentirá provocado al verme.

—¿Se refiere a Rich? —preguntó Adam.

—No, no es a él a quien me refiero.

—¿Le exorcizará hoy mismo? —dijo Conor.

Merlo le puso brevemente una mano encima del hombro. Había un peso de simpatía en esa mano, y tristeza en sus ojos, lo cual provocó un vuelco en el corazón de Conor.

—Lo primero que tengo que verificar es si hay necesidad de un exorcismo menor o mayor, según el ritual romano, antes de solicitar la pertinente autorización. La Iglesia exige pruebas de posesión que sean irrefutables. Y prepararse para un exorcismo mayor equivale a prepararse para una guerra; existen necesidades previas, como el ayuno, y ningún exorcista trabaja solo si quiere sobrevivir a la experiencia. Por el momento, sólo pretendo recabar información.

—Vamos a llegar tarde —anunció Adam, consultando su reloj.

Adam los acompañó en su coche los veintitrés kilómetros que les separaban del Palacio de Justicia del condado, en Chadbury. Una vez allí, negoció, solo, con el oficial al cargo de la cárcel, Steve Wendkos, un hombre rechoncho, calvo y dueño de un sorprendente bigote, con tanto pelo incontrolado que parecía una explosión de filamentos de cobre debajo de su nariz. El carcelero salió de su despacho y estrechó la mano del sacerdote al tiempo que lo miraba con discreto asombro.

—El preso ha estado reportándose durante estos dos últimos días —explicó Steve—. Permanece sentado en su litera y habla consigo mismo la mayor parte del tiempo. No obstante, creo que uno o dos de nosotros deberíamos estar allí con usted, padre. Este hombre —señaló hacia Conor— es, según tengo entendido, luchador profesional, pero aun así recibió de lo lindo cuando el preso sufrió ese ataque. Le han duplicado la dosis de tranquilizantes. Sin embargo, nunca se sabe.

—Llevará puesta la camisa de fuerza, ¿verdad? —replicó Merlo—. Entonces, no creo que surja ningún problema. De todos modos, yo poseo un efecto tranquilizador.

—No lo dudo. Bien, de acuerdo. Entonces..., ¡Duke!

Un hombre joven y pequeño, con un ligero estrabismo en un ojo y modales bruscos, condujo a los visitantes al sótano por una escalera de hierro. Pasaron por delante de una sala de calderas maloliente y embocaron un pasillo donde la pintura gris de las paredes se desconchaba en forma de volutas apergaminadas. Varias bombillas desnudas que colgaban del techo proporcionaban una tenue iluminación. Sus pasos resonaban. Nervioso, Adam silbaba entre dientes. Lejos del radio de influencia de la sala de calderas y de las tuberías de la calefacción hacía un frío terrible.

—El otro día maté aquí una rata del tamaño de un perro *cocker* —explicó Duke.

De no haber llevado uniforme, Conor podía habérselo imaginado perfectamente en un supermercado cometiendo pequeños hurtos en compañía de una pandilla de indeseables de su misma calaña. Se detuvieron ante una puerta metálica pintada de rojo oscuro. Duke la abrió y encendió la única luz de la estancia, una bombilla de cien vatios enroscada en un soporte de cerámica sobre una viga de madera. Dejaba zonas en penumbra en los cuatro rincones de la habitación. El cuarto era malsano y húmedo. El suelo estaba sin barrer. Una única ventana en lo alto de una pared aparecía cubierta de suciedad y protegida por una reja. Bajo el techo se entrecruzaban cañerías oxidadas, pintadas de un color naranja chillón. La cabeza del sacerdote las rozó al entrar. Adam tosía sórdidamente en un pañuelo.

Merlo colocó su bolsa sobre el único taburete existente en la habitación y la abrió. Extrajo de ella una estola de seda púrpura, la besó y se la puso alrededor del cuello. Luego se sumió en un estado de meditación próximo al trance. Duke esperó con ellos, jugueteando con el cinturón de su pistolera, que contenía un enorme revólver, hasta que otros dos carceleros escoltaron a Rich al interior de la estancia.

Los guardias permanecían, vigilantes, a ambos lados del preso, fuera del alcance de sus pies por si se decidía a propinar puntapiés.

Ataviado con la sucia camisa de fuerza, Rich parecía torcido, angustiosamente deforme. Las camisas de fuerza consiguen que quien las lleva parezca un loco. Rich parecía más que eso. O quizá, pensó Conor, estaba influenciado por los prejuicios sobre las condiciones de su hermano que durante tanto tiempo habían asaltado su mente. El pálido rostro de Rich, un tanto soñoliento por la acción de los narcóticos, estaba bastante tranquilo, incluso cuando sus ojos tropezaron en el sacerdote, erguido como el mástil barnizado de un buque entre Adam y Conor.

—Hola, Conor. Hola, Adam. ¿Quién es éste?

—Soy el padre Merlo, hijo.

La boca de Rich se retorció ligeramente; y el tono de su voz enronqueció.

—No necesito ningún cura. Sobre todo, no necesito ningún cura negro que lame el coño de las monjas cuando menstrúan.

—¡Ojo con ese lenguaje! —le amenazó Duke.

Los otros dos carceleros levantaron sus porras, pero Merlo les contuvo alzando una mano.

—Está bien —dijo en un tono ausente, que rayaba en el aburrimiento.

Duke dijo por encima del hombro, con una mirada que traicionaba su anhelo de volar los sesos a Rich:

—Dispone de diez minutos, padre, eso es lo que Steve me ha explicado. Pero le aseguro que no le quedarán ganas de permanecer más tiempo en presencia de este pájaro.

Abandonó la habitación, mirando todavía a Rich. Los otros guardias le siguieron, y cerraron la puerta con llave desde el exterior.

Rich miró hacia la puerta, y seguidamente a sus visitantes. Esbozó una sonrisa preocupada.

—Voy a quitarme esto ahora mismo —dijo.

Empezó a doblarse, retorcerse y agitarse de un modo tan frenético, que Conor dio un paso hacia él. Merlo le obligó a detenerse. Su rostro permanecía impassible mientras contemplaba la feroz lucha de Rich para liberarse de la cruel vestidura. Adam, que había estado comprobando el funcionamiento de la grabadora, se detuvo para observar la escena con la boca abierta.

En menos de treinta segundos la camisa de fuerza descansaba en el suelo, desabrochada pero no rasgada, y Rich flexionaba sus agarrotados brazos.

—Así está mejor —dijo. Alzó los ojos hacia el sacerdote. Había en ellos un odio creciente. El tono de su voz se hizo más grave—. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero saber quién eres tú.

Más grave aún, la voz de Rich se convirtió en un gruñido.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para cumplir la voluntad de Dios.

Un nauseabundo hedor saturó la habitación. Era un olor a heridas recientes y a carne carbonizada, a bilis vomitada, a sentinas y a tumbas profanadas. Un olor

perteneciente a un mundo totalmente corrompido, devastado y muerto, como si cumpliera su última vuelta alrededor del sol. Conor se llevó ambas manos al rostro. Adam se tambaleaba, mareado.

El padre Merlo se apresuró a sacar de su bolsa negra unas máscaras blancas de cirujano empapadas en agua bendita.

—Respiren a través de esto —les ordenó, sin apartar los ojos del cuerpo de Richard Devon, que flexionaba los músculos de las manos y los brazos sin efectuar ningún otro movimiento.

—¿Quieres hacerme el favor de presentarte como es debido? —dijo el sacerdote con firmeza—. No disponemos más que de algunos minutos, y quiero aprovecharlos al máximo.

—¡Morirás, negro! Quedarás reducido a pedazos el primer día de la Gran Violencia llamado Armagedón. Verás tu sangre manchar los adoquines delante de la inmunda casa de San Pedro. ¡Y beberemos tu sangre y tus sesos del recipiente de tu cráneo destrozado!

El padre Merlo lanzó un suspiro casi imperceptible y sacó una cruz de madera.

Algo negro, vil e inmundo empezó a brotar del suelo de hormigón como si tuviese la porosidad de una esponja. Una de las cañerías del techo estalló y los salpicó de una sustancia amarillenta semejante al pus. Adam luchó ruidosamente en busca de aire.

—No puede ocurrirles nada —los tranquilizó el sacerdote. Luego añadió, dirigiéndose a Rich—: ¡Te ordeno que hables en el nombre del Altísimo! ¿Cuál es tu nombre? ¿Quién eres? ¿De dónde has venido?

La piel del rostro de Richard se transformó como una manzana asándose en un horno. La ennegrecida piel empezó a agrietarse y abrirse. Sus ojos, aumentados al doble de su tamaño, se desorbitaban. Sus cabellos se levantaban chisporroteando en las puntas. Y no cesaba de sonreír, lo cual dejaba unas encías negras al descubierto.

Adam resbaló y cayó al suelo. Se movió inconexamente, incapaz de levantarse de nuevo. Miró a Merlo en una actitud suplicante.

—No puede resultar herido. Él sólo quiere arrancarle la mente. Resista. La hora en que se manifiesta su máximo poder no ha llegado aún.

Devolvió toda su atención al ente que estaba deformando la cabeza (los huesos palpitaban bajo la piel, blandos como el sebo) y el cuerpo de Richard Devon. El pecho de Rich se hinchó hasta que el mono reglamentario de la cárcel se rasgó por las costuras. Con la entrepierna al descubierto, Rich empezó a orinar. La punta de su pene se agitaba como una serpiente de un solo ojo sobresaliendo de la bolsa rojiza de su ingle. La orina levantó nubes ácidas al tocar el frío suelo. Dejó escapar una sonora ventosidad, que emitió acordes orgánicos salvajes y blasfemos.

El padre Merlo pareció disgustado.

—En el nombre del Señor Jesucristo —dijo, con palabras precisas como balas de pistola en medio de aquella confusión—, ¡te ordeno que pronuncies tu nombre!

El hedor del pedo se extinguió, y las heces empezaron a volar por los aires,

procedentes del cuerpo poseído. Se oyó una voz, fría y estruendosa como una tempestad de invierno:

¡SOY ZARACH BAL-TAGH!

Simultáneamente, sonaron unas voces quejumbrosas, un excitado coro procedente de un paraje lejano alumbrado por un relámpago púrpura y reducido al polvo por las pezuñas de las criaturas menores del reino.

—¡BAL! ¡BAL! ¡BAAAAAAL!

Al otro lado de la puerta de acero, Duke y los otros dos carceleros fumaban tranquilamente con los oídos atentos, pero nunca escucharon nada de lo que sucedía en el interior.

—¿Y quién es Zarach Bal-Tagh? —preguntó el sacerdote.

Ahora ya lo sabía, pero lo que le interesaba seguidamente era conquistar la sumisión de aquel ente. Ya disponía de la información que necesitaba.

—¡EL HERMANO DE LUCIFER, ENEMIGO DE DIOS!

En los ojos del poseído, vacíos como agujeros de carcinoma, centelleaban chispas. Oscuras espirales de humo se movían en dirección al sacerdote.

Merlo, señalando a Conor, que permanecía a su lado, dijo:

—¿Qué es lo que quieres del hermano de este hombre?

—¡YO NO LO QUISE! FUE ÉL QUIEN ME BUSCÓ. ¡AHORA TODOS ME TENDRÉIS CON VOSOTROS!

—¿Qué quieres decir? —dijo Merlo con lúgubre acento.

—VUESTRO MUNDO CORRUPTO Y MISERABLE NECESITA UN REDENTOR... ¿NO ES ESTO LO QUE TÚ PREDICAS?

—Ninguno de nosotros está tan enfermo o atormentado como para necesitarte. Regresa al lugar del cual has venido, Maligno.

—REGRESARÉ CUANDO YO QUIERA..., CON TODOS MIS LEALES SEGUIDORES, CON LEGIONES DE ALMAS INCONTABLES. ESTA PÚTRIDA MASA DE CARNE ES SÓLO EL PRINCIPIO.

—Richard era (y es) un hombre bueno. ¿Cómo lograste engañarle?

—SU PROPIO DESEO LE TRAICIONÓ. DEL MISMO MODO QUE TODOS LOS PECADOS DE LOS HOMBRES GENERAN EL AMOR POR MÍ.

Incluso cuando hablaba, el ente que se hacía llamar Zarach incrementaba la velocidad e intensidad de su ataque psíquico sobre Adam Kurland, que de los tres interrogadores era el que disponía de menos fuerzas para resistirle. Adam se convulsionaba. Su mente perturbada se estaba haciendo añicos. Merlo decidió que debía concluir lo antes posible.

Sacó de su bolsa un aspersorio que contenía agua bendita.

—Volveré —prometió el poseedor—. Reclutaré el alma de Richard... al servicio del hermano de Lucifer.

Su rostro se contrajo en una risa semejante a la de un pajarraco negro con garras centelleantes.

—SI QUIERES A ESTE HUMANO, TENDRÁS QUE ARREBATÁRMELO. ¡ESO SI TE QUEDAN FUERZAS SUFICIENTES!

El sacerdote empezó a rociar deliberadamente la habitación y todos sus ocupantes con agua bendita. Gotas cristalinas cargadas con el poder del impávido amor. Las lágrimas de Cristo llovieron sobre el poseído, y se oyó un salvaje alarido, no de dolor, sino de humillación.

Rich sufrió un colapso repentino, convertido en un amasijo convulso de carne, con el rostro apretado contra el suelo cubierto de excrementos. Se arrastró unos instantes y luego se incorporó, como si una mano invisible lo hubiera levantado por los cabellos. Su repulsivo rostro deformado empezó a recobrar su aspecto normal, todavía lívido y palpitante por la presión de las venas. En las comisuras de sus labios quedaron unas manchas de color marrón después de vomitar parte de los deshechos que le habían obligado a comerse. Conor se persignó con fervor dos, tres veces, para contribuir a los denodados esfuerzos del sacerdote por establecer su dominio sobre el espíritu no humano. Entonces Rich se desplomó sobre el suelo, inerte. La sustancia pegajosa y los siniestros montones de excrementos se inmaterializaron en escasos instantes. Ya no se oyeron más ruidos, salvo la agitada respiración de Adam Kurland. Estaba tendido en el suelo en posición fetal, con una sonrisa ausente, que parecía cosida en los abultados ángulos de sus mandíbulas. Sus ojos giraban de un modo tan angustioso que Conor creyó oírlos chasqueando en su cabeza como bolas de billar. Pero su propia mente se agitaba en un torbellino, incapaz de asimilar por completo los horrores para los cuales se había creído preparado; ansiaba desesperadamente abandonar aquella habitación del sótano.

Levantó a Adam y le encontró rígido como una carcasa de caucho hueca por dentro. Su Dios unitario, que no había pasado de un simple ejercicio intelectual durante muchos años, le había abandonado a la hora de la verdad. Toda la vida de Adam era una estructura pragmática en la cual la razón y la lógica constituían su espada y su escudo. Ahora, su mente podía aguantar o no, como un coche con los frenos desgastados aparcado en una pendiente. Cada segundo resultaba vital, no había tiempo para andarse con remilgos. Conor le dio una bofetada. El impacto le rompió un diente, y la sangre empezó a manar sobre el labio inferior de Adam. Distinguió en lo más profundo de sus ojos una chispa de odio, al tiempo que su cuerpo se agarrotaba aún más. Conor consultó con la mirada a Merlo, quien asintió.

—Yo no puedo hacer nada más —dijo el sacerdote en tono apesadumbrado—. Salgamos de aquí. Y cuando Adam vuelva en sí, tenemos que hablar.

El sistema nervioso de Adam había pasado una dura prueba, pero sin lesionarse. Su mente, pisoteada por pezuñas hendidas, no estaba incapacitada. Durante las horas de la tarde fue recuperándose lentamente, como un hombre bajo los efectos de una desconocida modalidad de resaca. Tenía la mirada empañada en los bordes. Se recuperó solo, hallando alivio y una renovada voluntad de sobrevivir en el castigo físico. Hizo esquí de fondo hasta la puesta de sol, recorriendo treinta y cinco kilómetros bajo un cielo bruñido. Cuando regresó a su remodelado caserón, sentía un peso en los pulmones por la fatiga, la mirada vacía, y su sempiterna expresión infantil se había borrado de su rostro.

Conor, Lindsay y Merlo lo estaban esperando. Él los miró como a unos extraños, masculló unas palabras de salutación, tomó una ducha y fue a cambiarse. Lindsay había preparado *whisky* irlandés con soda en una enorme olla de hierro. Llevó una bebida, un Martini bien cargado, al cuarto de baño para Adam, y volvió con él cogiéndole de la mano. Todos se acomodaron en torno al hogar. Adam se quedó mirando largo rato a las llamas azules de la hoguera. Luego alzó los ojos hacia el sacerdote.

—¿Ha visto alguna vez algo parecido a lo de hoy?

El sacerdote se encogió de hombros.

—Bueno, he visto cosas mucho peores, pero generalmente durante el ritual romano, en el cual las... perturbaciones pueden prolongarse días y noches, a veces durante semanas.

—¿Cómo puede soportarlo? —dijo Adam con voz apagada, bebiendo con tal rapidez que parecía deglutir ginebra sólida.

Lindsay le puso una mano espontánea sobre la muñeca.

—Mi fe en Dios me condiciona a soportar todo cuanto el espíritu no humano, la inteligencia que maquina todos esos ataques, pueda depararme. Y sé que, al final, Dios acabará venciendo en un noventa por ciento de los casos.

—¿Y qué me dice del diez por ciento restante? —preguntó Conor en un tono casi ofensivo.

Estaba sentado en uno de los extremos de un sofá azul tomándose otro *whisky* irlandés con soda, uno de los muchos con los que, durante aquella tarde interminable, había calmado sus nervios y emborronado los terribles recuerdos que, en forma de llagas en su mente, persistían de diez minutos matinales durante los cuales había llevado a cabo un descenso inútil a los infiernos. Tenía la vista nublada y le fallaba su percepción de la profundidad: los rostros oscilaban adelante y atrás en sus órbitas, incluso el fuego parecía crecer hasta quemarle los ojos, y al momento siguiente, quedaba reducido al punto de luz de una estrella parpadeando detrás de una ventana, pero seguía bien la conversación, con una secuela de miedo terriblemente

inextirpable.

—El cuerpo poseído —explicó el padre Merlo con una sonrisa fatigada pero todavía compasiva— no está a la altura de la presión a la que es sometido, a los avatares de la batalla entre Dios y el diablo. En tal caso..., nadie gana.

Su bebida, una jarra de cerveza, se había calentado en su mano. Acababa de llegar al momento crucial en que ni siquiera podía levantar la pesada jarra del brazo del sofá. Y todavía debía afrontar un largo trayecto por carretera hasta Boston y un vuelo considerablemente más largo hasta Roma, impulsado por el sentimiento de la urgencia que ahora lo poseía del mismo modo que Richard Devon estaba poseído por el diablo en su celda.

—¿Podría ocurrir eso en el caso de Rich? —preguntó Lindsay.

La muchacha era la única que no bebía. Se había ofrecido como acompañante del sacerdote hasta Boston a tiempo para coger su avión, cuya salida estaba prevista para las diez treinta de la noche. Llevaba una cinta sobre el cabello para disimular el esparadrapo que cubría su frente, la cual lucía un abultamiento semejante a un pensamiento incompleto pero ansioso.

—Sí. Esta es la primera vez que me he enfrentado directamente a un demonio con el poder, el estatus en su reino, de Zarach. Es un caso prácticamente sin precedentes. Las entidades conspicuas que se ocultan detrás de posesiones demoníacas suelen mantener su identidad en secreto. De manera que estoy seguro de una cosa: no se trata de un caso típico de posesión...; en mi experiencia, por lo menos, es único. Todavía no conozco su significado. Pero Zarach Bal-Tagh estaba diciendo la verdad sobre su lugar en el escalafón jerárquico de los ángeles caídos. Antes de existir el mundo, su hermano, llamado Lucifer, se hallaba próximo a Dios en su majestad. Pero Lucifer no se contentó con ser algo menos que perfecto. Quería poseer lo que Dios poseía: el gobierno absoluto de los cielos. Por culpa de este pecado de codicia, él y Zarach, con todas las huestes de ángeles que codiciaban los poderes de Dios, fueron expulsados, o así lo creemos, de la mansión del Todopoderoso. Pero ninguno de ellos escarmentó en su destierro, y jamás pidieron perdón a Dios. Juraron odio eterno a su creador. Lucifer se convirtió en Satanás, que significa «el padre de las mentiras». Y el nombre de Zarach Bal-Tagh significa, en un antiguo dialecto de la lengua hitita, «el hijo de la noche infinita».

—El mismísimo infierno —murmuró Conor, inclinándose a pesar de sus esfuerzos, el vaso en una mano más abajo de la altura de sus rodillas extendidas y un tintineo del hielo.

El padre Merlo se puso en pie para ahuyentar una irresistible necesidad de dormir. Todavía no; quizá durante el vuelo hacia Roma. Advirtió que aún no se había sustraído al radio de acción del peligro que había provocado varias horas antes. Se frotó la amplia superficie de su frente con el dorso de una mano.

—No se trataba de eso con exactitud. La noche infinita es la sombra de Dios bajo la cual los ángeles caídos moran por toda la eternidad, la oscuridad de donde procede

todo su odio, todo su mal, toda su energía destructiva. Tal vez sea el infierno para nosotros, pero, en realidad, es su elemento. En la noche infinita está concentrada toda la energía negativa del universo. No se llamen a engaño por el hecho de que sean denominados «caídos». Poseen poderes inconcebibles. Son inmortales; no obedecen a las leyes físicas. Conocen todos los arcanos y místicos secretos de la existencia. Trabajan de manera incesante con el fin de destruir a la humanidad. En otras palabras, no hay que hacer tratos con ellos a menos que se tenga muy claro lo que se tiene entre manos. ¿Me está escuchando, Conor?

—Le escucho —murmuró el ex sacerdote—. Son demasiado astutos para nosotros.

—Exactamente —dijo Merlo, dando una brusca palmada.

Adam levantó la cabeza, sobresaltado, lo que hizo tintinear el hielo en su vaso. Se incorporó y fue a la barra a servirse otra bebida.

—Si son tan poderosos —aventuró Lindsay—, ¿cómo hemos logrado sobrevivir tanto tiempo?

—Los hombres tienen un pacto con Dios, y este pacto sirve para protegerles, mientras los hombres honren a Dios y obedezcan sus leyes.

Adam volvió a reunirse con ellos con un vaso lleno en la mano. Se dejó caer en el sofá al lado de Lindsay, con el labio inferior hinchado y una visible y fea magulladura en la mandíbula, allí donde Conor le había golpeado. Parecía atormentado y angustiado.

—Lo que vi esta mañana —murmuró— permanecerá en mi mente hasta que muera. De acuerdo, digamos que ahora estoy dispuesto a aceptar que Rich se halla sometido a la influencia de algo o alguien sobrenatural. —Respiró profundamente un par de veces antes de añadir—: Un espíritu. El espíritu lo ha... deshumanizado, y puede haber provocado directamente la muerte de Karyn Vale. La cuestión es: ¿cómo salvamos a Richard?

—La respuesta no resulta nada fácil —dijo Merlo—. El problema de la posesión de Rich está compuesto por el hecho de hallarse en la cárcel y por la naturaleza de su poseedor. Zarach es muy poderoso. Yo debería investigar sobre el tema en manuscritos antiguos, pero sé que apenas se ha oído hablar de él durante los últimos dos mil años. No obstante, siempre suele hacer su aparición justo antes de períodos de grandes trastornos, de una catástrofe mundial.

—Dijo algo sobre Armagedón —recordó Conor.

Parecía masticar las palabras envueltas en una masa de sebo. Sus ojos, al inclinar la cabeza para echar un trago, revelaban sendas manchas de sangre, causadas por el dolor, bajo los caídos párpados.

—Armagedón —repitió Adam, pero sólo como si le hubiese llegado el turno de proseguir la conversación.

Los músculos de la mandíbula del abogado, en la zona no afectada por el golpe, aparecían contraídos. Un inesperado miedo volvía a embargarle, en oleadas. Se limitó

a preguntarse si volvería a ser un hombre alguna vez después de haberse traicionado de un modo tan ignominioso aquella mañana. Su lengua se había fundido con el paladar. Se había orinado en los pantalones. Se echó a temblar por efecto de la desconfianza en sí mismo. Tan sólo Lindsay lo advirtió.

—El fin de la civilización moderna —explicó Merlo—, la cual se supone afrontaremos al sonar la última campanada de la medianoche del 31 de diciembre de 1999. Me temo que nunca me he tomado demasiado en serio ni ésta ni otras predicciones sobre desastres planetarios formuladas por los llamados médiums. La adivinación del porvenir es un negocio floreciente. Mucha gente cree que Dios está planeando una venganza terrible, mediante una guerra nuclear o alguna calamidad natural como el hundimiento de los polos terrestres. Con su miedo, por desgracia, se apartan de Dios. El maligno es atraído con facilidad por los espíritus negativos. Ha tenido lugar un resurgimiento tremendo de la creencia en lo oculto, en el satanismo. Podría decirse que resulta más seguro jugar con trilita. La Iglesia, bajo el pontificado de Juan Pablo II, ha alcanzado un momento de peligro real. Las apariciones de Zarach no pueden ser simples coincidencias. Es imposible que sus planes se limiten a una mera posesión. Por eso debo regresar a Roma esta noche, para hablar con mis superiores.

—No puede irse —gimió Conor, lanzándose a sus pies—. ¿Qué va a ser de Rich?

—Conor, liberar a su hermano de Zarach requeriría un exorcismo oficiado por los hombres más expertos y santos de la Iglesia. Le aseguro que las sesiones podrían prolongarse durante semanas, incluso meses. Sería una prueba terrible, sobre todo para su hermano. Eso en el caso de que pudiéramos hacerlo. Pero no podemos: está en la cárcel.

—Y sin ninguna posibilidad de libertad bajo fianza —añadió Adam.

—La Iglesia no puede hacer nada por Rich hasta que, o a menos que, sea liberado.

—Pero el juicio no empezará antes del mes de mayo, como muy pronto —señaló Lindsay.

—¡Bueno, arregladlo para que empiece antes! —bramó Conor.

—Necesitamos tiempo para prepararlo —replicó Adam, malhumorado.

—Tal vez lo que necesitamos es otro abogado.

El padre Merlo se acercó a Conor, le puso un brazo sobre los hombros y le invitó a volverse, sin mucho éxito, para evitar la discusión. Le habló con calma, y Conor asintió.

—Aunque Rich sea absuelto por el alegato de enajenación mental, será confinado en una institución. ¿Qué puede hacer usted entonces, padre?

—Dudo que nos concedan permiso para hacer nada. Nuestra única esperanza reside en que sea trasladado a una institución católica, como la de Santa Isabel, en Washington, donde podríamos ocuparnos plenamente de él. Pero para ello topáramos con problemas legales.

—Conor —intervino Adam—, estoy haciendo todo lo que puedo. Y tengo el convencimiento de que ganaremos. La mejor estrategia es desviar la atención del jurado de los hechos del caso a la complejidad del comportamiento de Rich. Los testigos serán muy importantes en este sentido, pero necesito también la opinión de los psiquiatras..., el testimonio de los expertos.

—¡No necesitarías nada de todo eso si el jurado viese lo que hemos visto hoy!

Adam murmuró unas palabras cuyo tono fue diluyéndose hasta convertirse en una letanía:

—Por desgracia, nadie en este país ha sido autorizado a alegar posesión demoníaca en un proceso de homicidio. No me importaría ser el primer abogado defensor que lo propusiera.

Lindsay se puso en pie y fue a la cocina. Una vez allí, removi6 con una cuchara de madera el estofado que estaba guisando y abri6 la puerta del horno. El olor a pan reci6n hecho la acompañ6 cuando regres6 con los dem6s.

—Si alguien tiene hambre —dijo, desesperanzada—, podemos comer ahora.

Adam contemplaba el fuego con una sonrisa tranquila e ir6nica. Conor, sin el largo brazo de Merlo por ancla, iba a la deriva de un lado a otro, como un buque grande y vaci6 a merced de una tempestad.

Merlo fue quien se atrevi6 a turbar el silencio:

—Ese estofado huele de maravilla. Me gustarí a probarlo.

El rostro de Lindsay se ilumin6.

—Padre, usted me ha arreglado el día.

Se volvi6 hacia la mesa, donde los platos y cubiertos estaban dispuestos alrededor de un jarr6n griego con flores secas. Se mordi6 el labio inferior y vacil6 un instante. Sonri6, con cierta malicia, sobre su hombro. Su coraz6n latía con fuerza.

—Todavía puede hacer que sea mejor —dijo.

—¿C6mo, Lindsay?

—Bendiga esta casa antes de marcharse.

Crystal Kinsman y su prima Caitlin se encontraron en Nueva York el viernes por la tarde para cenar juntas y asistir a una representación teatral: una comedia de Neil Simon. Caitlin había llegado a la ciudad en tren desde Springfield, Massachusetts, y Crystal se había desplazado en su Ford Tempo desde New Brunswick para reunirse con ella. Caitlin planeaba regresar a Rutgers con Crystal y pasar allí el fin de semana. Habría un partido de baloncesto y un baile; Crystal ya había conseguido sendas citas para las dos.

Una vez hubo descendido del tren en la Gran Central, se hubieron abrazado profiriendo chillidos de alegría y hubieron admirado sus respectivos conjuntos, la sonrisa de Caitlin se desvaneció.

—Estoy muy preocupada por Jeff —dijo—. Lleva tres días internado en la enfermería de Williams.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que le pasa, querida?

—No estoy segura. Tiene mucha fiebre y no logran que le baje. Traté de llamar, pero no me dejaron hablar con él. Imagínate lo enfermo que debe de estar.

Crystal había conocido a Jeff Pepperdine durante aquellas desdichadas vacaciones en la nieve en Vermont, y le había parecido un chico agradable, divertido y autocrítico, características inhabituales en un pelirrojo. Por lo general, resultaban bastante enojosos.

—Es una vergüenza. Pero ya sabes que se pondrá bien. No dejes que esto te estropee el fin de semana.

Cenaron en Las Cuatro Estaciones. Pagó la cena el tío de Crystal, Roy, quien acababa de llegar de la ciudad de Yazoo y les había reservado una mesa a su nombre. Crystal disfrutó a fondo de la comedia de Simon, la mejor que había hecho en muchos años. Durante los entreactos, Caitlin se fumó medio paquete de cigarrillos, aunque el exceso de tabaco ya había agravado una urticaria que resultaba tan difícil de disimular como un grano en el labio, y parecía incapaz de concentrarse en la conversación.

Crystal le daba palmaditas amistosas y se mostraba solícita con sus temores. Ella tenía una filosofía optimista de la vida, que parecía sacada de las homilías pronunciadas por las aspirantes a Miss América, pero le servía a la perfección: casi nada podía hundirla. Caitlin siempre había seguido una línea oscura de fatalismo y no se podía hacer nada al respecto. Estaba convencida de que Jeff había muerto mientras ella reía a regañadientes en la abarrotada sala del teatro, y ese sentimiento resultaba terrible para ella. Pero, una vez terminada la obra, no se atrevió a acudir al teléfono para purgar sus temores llamando a la universidad; quizá tenía un miedo especial a ver esos temores confirmados.

Crystal fue a recoger el coche, que había dejado en el garaje municipal de la

Octava Avenida. La ciudad estaba libre de nieve, pero soplaba un viento gélido. La constelación de luces de la ciudad resplandecía, nítida, sobre un cielo oscuro como la maldición de un hechicero. Siempre había vagabundos merodeadores por la Octava Avenida, y las casas que se erigían en la orilla oeste sugerían a Crystal el aspecto de mazmorras. Le gustaba disfrutar de los placeres que la ciudad ofrecía, pero no callejear de noche, y ni siquiera se atrevía a tomar nunca el autobús a Jersey.

Crystal embocó la Novena Avenida en dirección al Túnel Lincoln y pasaron bajo el curso del río Hudson. El tráfico fluía, moderado, por la autopista de Nueva Jersey, que tomaron a la altura de Secaucus. Caitlin registró la guantera y encontró una cinta de su grupo favorito. La introdujo en el radiocasette, pero ni siquiera la música logró distraerle mucho tiempo. Fumó dos cigarrillos más mientras viajaban hacia el sur por el aburrido tramo de autopista entre el aeropuerto de Newark y el río Raritan.

—Fue ese asesinato —se lamentó Caitlin—. Mira, no he conseguido alejarlo de mi mente en ningún momento. Sufro pesadillas terribles, Crystal, como no te puedes imaginar. A veces soy yo, y no ella, la víctima. —Crystal se estremeció, compasiva, pero Caitlin prosiguió sin advertirlo—. No sabes hasta qué punto ha afectado mi vida. Conozco a un chico nuevo y creo que es realmente encantador, pero no quiero estar a solas con él. ¡Oh, no! Ni un solo segundo.

—¡Vamos! Ya se te pasará.

—Quizá debería ir a un psiquiatra —dijo Caitlin, taciturna.

Miró en torno suyo, como si esperase ver aparecer uno a bordo de una furgoneta. Transitaban por una zona llana decorada con esqueléticas torres de refinerías de petróleo, bañadas de luz y coronadas con silbantes llamas que se elevaban hacia el cielo nocturno.

—Mira eso.

—¿Qué? —dijo Crystal, y lanzó un vistazo fugaz al rostro de Caitlin.

Rara vez apartaba los ojos de la carretera, y mantenía las dos manos firmes al volante. Todo cuanto se permitía rebasar del límite de velocidad indicado por las señales eran diez kilómetros por hora. Sabía que siempre resultaba más prudente conducir ella misma que permitir que Caitlin lo hiciera asustada o no. Caitlin corría como si tuviera que apagar un fuego.

—No es la poli —dijo Caitlin en un tono despectivo—. Nunca estarían interesados en ti. Es un viejo Cadillac. Más viejo que tú y que yo. Se ven muy pocos últimamente. ¿De qué año debe de ser? ¿De 1958? ¿De 1959? —Miraba, con los ojos entornados, por encima del hombro de Crystal—. El primo Bertie Armitage tenía uno como ése, hace tres veranos, en Pass Christian.

—Ah, sí, ya recuerdo.

Crystal volvió la cabeza para echar una rápida ojeada. La autopista tenía cuatro carriles, enmarcados por dos carriles de emergencia pavimentados con asfalto, todo ello delimitado por sendas vallas metálicas. Vio el Cadillac en cuestión, dos carriles más a su izquierda, que circulaba con lentitud, a la altura de su coche. Estaba hecho

una ruina, aunque no es fácil juzgar el estado de los coches negros por la noche. Pero los grotescos alerones de la cola resultaban evidentes, como también lo eran la pesada plancha y el parachoques de cromo delantero con sus salientes en forma de proyectiles.

Un ruidoso camión con remolque las rebasó por el carril que mediaba entre ambos coches, y el pequeño Tempo se balanceó en su rebufo. Cuando el enorme camión hubo pasado y Crystal volvió a mirar, no pudo ver el Cadillac. Quizá se había parado detrás de ella.

Seis kilómetros al norte del peaje de la salida Once y la confluencia con la carretera U.S. Nueve, el tráfico se incrementó de repente, y un febril resplandor de luces de freno ocupaba los cuatro carriles. Una gran señal por encima de sus cabezas advertía de un accidente más adelante y establecía el límite de velocidad en treinta kilómetros por hora.

—Siempre ocurre algo —dijo Crystal, mientras trataba de discernir lo que había ocurrido. Pero todavía estaban lejos del lugar del accidente; no se veían los coches de la policía estatal ni vehículos de emergencia—. Dejaremos la autopista en la salida Nueve, y sólo nos quedarán unos minutos más para llegar al campus.

Caitlin bostezó y se mordió la uña del pulgar, malhumorada.

Crystal permaneció en el segundo carril de la derecha. A medida que se acercaban al peaje y al paso elevado de la avenida Amboy se divisaban llamas y un humo espeso.

—Ha sido en el paso elevado —anunció Caitlin.

Bajó el cristal de la ventanilla de su lado. Un furgón cubierto de polvo que circulaba delante de ellas entorpecía su visión. Caitlin se asomó por la ventanilla.

—¡Oh, mierda!

Ahora podían oír sirenas.

—¿Qué es, Caitlin?

—No sabría decirte..., debe de ser..., creo que es un camión cisterna de gasolina ardiendo en el paso elevado.

—¡Cielos! —exclamó Crystal, intranquila—. ¿Crees que puede explotar?

—No, no lo creo. En ese caso no dejarían pasar a ningún coche bajo el paso elevado, ¿verdad? Sin embargo, nos estamos moviendo. Los polis están desviando todo el tráfico hacia los dos carriles de la izquierda. Mira a ver si puedes situarte.

Crystal se estremeció.

—Empiezo a tener frío.

—Oh, perdona.

Su prima subió el cristal de la ventanilla.

Crystal accionó el intermitente izquierdo, confiando en poder situarse en los carriles de la izquierda de inmediato; pero los coches y camiones avanzaban con lentitud sin dejar apenas espacio entre sí. No le gustaban los fuegos de ninguna clase, y el que se había declarado en el paso elevado (pudo verlo fugazmente cuando el

furgón que tenían delante arrancó, abriendo un hueco de unos diez metros) era importante: las llamas se elevaban a una altura considerable.

«Pobre conductor», pensó Crystal, y se estremeció de nuevo.

Siguieron avanzando, aunque muy despacio. Miró por el retrovisor lateral, vio un hueco y trató de situarse en el carril contiguo, pero un coche apareció de pronto por el carril izquierdo y ocupó aquel espacio. Era el viejo Cadillac de color negro que habían visto antes a pocos kilómetros al sur del aeropuerto de Newark.

—¡Maldita sea! —exclamó Crystal, dando un volantazo para regresar a su carril.

Su coche quedó encerrado entre el furgón y un camión que transportaba unas enormes bobinas de cable. El viejo Cadillac se hallaba a escasos metros a su izquierda, y Crystal lo miró a través de la ventanilla, advirtiendo las precarias condiciones de la pintura.

Conducía una mujer, que volvió su rostro hacia Crystal y sonrió brevemente. Era una mujer de facciones latinas, pálida, de ojos muy negros, pómulos bien moldeados, y lo que parecía una larga cicatriz curvilínea sobre una mejilla.

Esa sonrisa fue lo que más molestó a Crystal.

—Ojalá se te pincharan las cuatro ruedas y tuvieras que ir andando hasta Perth Amboy —murmuró Crystal, más furiosa de lo que habría podido imaginar.

Era cierto que esa mujer no le caía demasiado simpática, pero tampoco existía una razón concreta que justificase la instantánea antipatía que experimentaba hacia ella. Su coche le disgustaba aún más: parecía un vehículo fúnebre.

Caitlin había sacado otro cigarrillo y trataba de encender el mechero. A unos trescientos metros más adelante se podía ver el camión cisterna de gasolina volcado casi encima de la barandilla del paso elevado. Seguía ardiendo con voracidad, a pesar de que desde los camiones de bomberos detenidos delante y detrás no dejaban de dirigir chorros de agua a alta presión. El agua que caía del puente se había convertido en enormes carámbanos que prácticamente llegaban hasta el asfalto de la autopista. Había una gran cantidad de luces intermitentes y policías con impermeables y megáfonos.

—¿Qué te ocurre, querida?

—No consigo que este maldito mechero funcione —gruñó Caitlin, que sujetaba el cigarrillo con firmeza entre sus labios apretados.

Algo impulsó a Crystal a volverse hacia la ventanilla que tenía a su lado.

Además de la conductora, en el viejo Cadillac había ahora una pasajera, cuyo rostro estaba vuelto hacia Crystal. No las separaban más de dos metros de distancia, y Crystal podía verle a la perfección. Su cabello se erizó como por efecto de una descarga eléctrica. Tragó saliva.

Era el rostro de una joven, pero muy desfigurado, como si tuviera todos los huesos rotos. La boca, abierta, sólo mostraba astillas y pequeños restos de blancos dientes. Uno de sus ojos era como una luna llena con una mancha de sangre a modo de pupila. La otra órbita ocular estaba vacía y rezumaba sangre. Sólo su cabellera

negra y sensual parecía a salvo de tanta carnicería.

Crystal Kinsman sabía quién era: había admirado la consistencia y vitalidad de los cabellos de Karyn Vale momentos antes de que la chica saliera a la nevada terraza del Refugio Davos y muriera de una manera terrible.

De la cisterna ardiendo del camión accidentado una bola de fuego salió por los aires. A unos ciento veinte metros de altura respecto a los transitados carriles de la autopista de Jersey, la bola de fuego perdió impulso, describió un arco en el aire y, a continuación, volvió a ganar velocidad, para luego descender en picado.

Cuando Crystal chilló ante la aparición sentada junto a ellas, el Cadillac negro se hizo insustancial como una sombra. El parabrisas de su coche adoptó una tonalidad dorada, y, a renglón seguido, reflejó una luz cegadora. Caitlin también gritó ante la proximidad de la gran esfera de fuego.

La bola de fuego impactó en el centro del parabrisas, vaporizando la mayor parte del cristal, e irrumpió en el interior del coche disgregándose en miles de gotitas incandescentes tan brillantes como soles diminutos.

Las dos chicas ardieron luminosamente en medio de aquella atmósfera gaseosa y casi en un instante quedaron reducidas a pequeños montones de ceniza y algunos restos de huesos. El fuego, si es que se podía llamar así, se enfrió en décimas de segundo y se desvaneció como succionado por el vacío. El depósito de gasolina del Tempo, intacto, no llegó a estallar. Casi todo el interior del coche era de material sintético, y quedó completamente vaporizado o fundido en grotescas masas informes.

Para cuando los bomberos llegaron hasta el coche, ya no había nada por extinguir, y sólo unas volutas de humo blanco indicaban el lugar que las dos chicas habían ocupado.

Al cabo de unos minutos, Crystal había sido identificada, mediante la colaboración del Departamento de Vehículos a Motor de Nueva Jersey, como una de las infortunadas ocupantes. El equipaje de Caitlin, intacto, fue encontrado en el maletero del Tempo; en una de sus maletas había una carta dirigida a ella y remitida por Jeff Pepperdine, fechada el trece de febrero.

Exactamente a las tres de la madrugada, en la enfermería del campus de la universidad de Williams en Williamstown, Massachusetts, Jeff Pepperdine, internado para el tratamiento de una fiebre de origen desconocido, padeció un ataque convulsivo y murió en el suelo, junto a su cama, antes de que cualquier médico pudiera llegar a tiempo para ayudarlo.

El último día del mes de febrero, Adam Kurland se encontró con el fiscal del Estado por el condado de Haden, Gary Cleves, en el Palacio de Justicia. Cleves era un hombre pequeño y delgado que lucía una barba negra y bien cuidada. Tenía unos dientes desmesurados y unos labios demasiado finos para cubrirlos completamente; la dentadura resultante le confería una engañosa imagen de simpatía. Pero Gary, a pesar de su escasa corpulencia, se había convertido en un tipo duro. Estaba en posesión del cinturón negro de karate y llevaba siempre una pistola consigo para disuadir a los ex condenados que había mandado a la prisión en el pasado de tomarse cumplida venganza sobre él. Era uno de esos hombres con los que nadie puede entablar una conversación fortuita a menos que se establezca un contacto físico con el interlocutor: hombro con hombro, codo con codo, a modo de contraseña. Pero nunca mediante un contacto visual: Gary siempre estaba demasiado ocupado intuyendo la presencia de enemigos potenciales o matones a sueldo. Sin más formalismos, Gary tomó a Adam del codo y lo guió hasta un solitario rincón del vestíbulo. Todo cuanto dijo, vigilando absorto por encima del hombro de Adam, fue:

—¿Ya has desayunado?

—No.

—¿Me dejas invitarte a un café con pastas danesas en el Café Alemán? —Al ver que Adam vacilaba, Gary le dio un golpecito en las costillas—. Tenemos que hablar.

—No creo que sea necesario discutir el caso antes de ir al tribunal, Gary.

—¿Eso crees? He oído rumores de que has considerado la retirada como abogado defensor.

—Oh, sólo son estupideces.

Pero Gary había tomado la iniciativa sobre él. Con la sonrisa fija en sus labios, llevó a Adam calle abajo hasta el célebre café, donde se sentaron a la mesa favorita del fiscal. Adam inició una conversación intrascendente, a la cual Gary replicaba con monosílabos y leves asentimientos con la cabeza, hasta que se hubo tomado medio tazón de café y creyó llegado el momento de entrar en materia.

—Hasta ahora no has invertido demasiado tiempo con tu cliente —espetó a Adam, dándole un golpecito de reproche en la cintura. La mano de Gary era gruesa como si llevara un guante hasta las uñas de los dedos—. Casi diría que estás tratando de evitarle. Nadie ha ido a verle esta semana a excepción de ese cura de la parroquia Pío XII, y tengo entendido que tu cliente consiguió que el pobre padre se cagara de miedo. ¿Puedes explicarme qué ocurre?

—No te entiendo, Gary.

—El padre Gregus ha dicho que Richard Devon está poseído por el demonio.

Adam se restregó los ojos, que le escocían debido a que la luminosidad del sol se reflejaba en la empañada ventana que presidía la mesa.

—El padre Gregus es un viejo senil. Lo jubilarán este mismo año. Pero no tenía por qué visitar a Rich sin consultarme antes.

—Supongo que sólo pretendía ofrecerle un poco de auxilio espiritual. Tu cliente es católico, ¿verdad? Pero debo advertirte, Adam, que es una táctica muy rastrera. ¿Adonde quieres ir a parar con eso?

—¿Con qué?

Sus rodillas se tocaron bajo la mesa. Gary se encorvó sobre sus codos. Miró fijamente de lado, aguardando a que una camarera que se encontraba detrás de la barra se volviera de espaldas a ellos.

—Con lo de la posesión demoníaca.

—No sé de qué estás hablando —repuso Adam con firmeza.

Gary asintió con la cabeza gacha, como si esperase que Adam cambiara de actitud. Adam no se rindió.

—Piensas alegar no culpabilidad esta semana, por supuesto —dijo Gary.

—Por supuesto —repitió Adam.

—Y presentarás una petición de absolución por causa de enajenación o disfunción mental.

—Gary, sabes de sobra lo que pienso presentar.

El fiscal se encogió de hombros y se reclinó sobre el respaldo de su asiento.

—Claro. Tómate tiempo. A mí no me importa. Sólo pretendo ser útil, Adam. Al fin y al cabo, los dos compartimos la misma cama.

Adam tuvo que esforzarse para no echarse a reír.

—Nunca has tenido un don especial para las metáforas, Gary.

—Ya sabes a qué me refiero. Acepta un buen consejo y trata de que tu cliente se quite de la cabeza esta historia de que el diablo le impulsó a hacerlo.

—Yo no soy responsable de todo lo que Devon dice.

Ésa era una declaración absurda. A tales alturas, sabía que debía responsabilizarse. Gary resistió la oportunidad de reprenderle por ello. Le sirvieron una pasta de frambuesa caliente con un montón de mantequilla deritiéndose encima. Adam experimentó los síntomas de una indigestión sólo con verlo. Su estómago no funcionaba demasiado bien últimamente. Dormía poco. Deseó que su padre estuviese allí para poder hablar con él.

Gary hundió una cucharilla en la pasta.

—Tu cliente está sano, y tú lo sabes. Soy sincero cuando te digo que no me gustaría verte demasiado afectado por el resultado de este proceso, Adam. Pero lo estarás si no te muestras prudente... y honesto contigo mismo respecto a tus perspectivas. Por cierto que fue una auténtica tragedia lo que les ocurrió a esas dos chicas en la autopista de Jersey.

—Sí.

—Y ese otro testigo que murió en el acto. Trágico..., una trágica coincidencia. Tres testigos oculares muertos, la misma noche.

—Pero hay dos testigos más: Donald Ray Stemmons y Warren Hasper. Y también están los policías estatales que llegaron los primeros al escenario del crimen: Granger y Raff. No son sólo los testigos quienes van a hacerme ganar este caso, Gary.

—De hecho, los testigos harán que lo pierdas. Ya sé lo que vas a intentar. Te dio resultado con Brodkey, pero éste no es el mismo baile. No podrás vender a Devon como la víctima emocionalmente desquiciada de una historia pasional que le volvió loco al descubrir que ella le engañaba. Adam, no fue como en una película de ésas que proyectan los sábados por la noche. Golpeó a Karyn Vale hasta matarla, y disfrutó con ello. Y hasta el momento no ha demostrado ni un ápice de remordimiento por la pobre muchacha. Los carceleros dicen que se muestra frío como el hielo. Un asesino nato. Les causa muchos problemas, y eso que han pasado elementos muy conflictivos por esa cárcel.

—Pero está condenadamente asustado.

—¡Ja! —exclamó Gary sin hilaridad. Entonces miró con intensidad a alguien que acababa de entrar en el café. Una vez convencido de que no iban a asaltarle, sus ojos volvieron a centrarse en Adam—. Tienes un caso difícil, defensor. El eslabón más frágil es el propio Devon. El jurado lo odiará antes de que hayan transcurrido los dos primeros días del juicio. Ni siquiera le hubiera gustado a Atila, el huno. Creo que tú mismo le odias..., algo chispea en tus ojos cada vez que lo menciono. No creas que no me he dado cuenta de ello. Hay muy pocos detalles que se me escapan.

—Ya lo sé, Gary —dijo Adam, paciente.

—La cuestión es que, si no deseas retirarte, lo cual constituiría mi más sincera recomendación, puedo ofrecerte una alternativa que redundaría en beneficio de tu carrera.

—¿Qué tienes en la cabeza?

—Un juicio a dos niveles.

—Eso pensé que tenías en la cabeza. ¿Has estado hablando mucho con Tommie Harkrider últimamente?

—Estuvo aquí hace unos días. Desde entonces, he hablado con él varias veces por teléfono. Representa a la familia de Karyn Vale.

—Lo sé. Y no hace mucho ha estado abogando por la celebración de juicios a dos niveles en casos de alegatos de enajenación mental.

—También a mí me seduce la idea —reconoció Gary, como si fuese el titular de una licencia para el Estado de Vermont—. El alegato de enajenación mental se ha convertido en un cáncer instalado en el vientre del sistema legal. Nosotros..., quiero decir, tú, yo y el Estado, tenemos ocasión de hacer algo significativo al respecto. «Vermont contra Devon» podría ser más que uno de tantos procesos por homicidio, Adam. Sería un hito en la historia del Derecho. ¿No crees que eso es más importante que precipitar a Devon a una condena en primer grado? ¿O que una reclusión de dos años en el hospital del Estado?

—El juicio a dos niveles sería un experimento, y constituiría un perjuicio para mi

cliente el mero hecho de considerar esa posibilidad. En cuanto al alegato de enajenación mental, los dos hemos seguido este camino en alguna ocasión y ninguno tiene idea de cuál puede ser la reacción del jurado. A estas alturas, estoy seguro de dos cosas: Rich se hallaba fuera de control cuando mató a Karyn Vale y aún hoy requiere desesperadamente... ayuda profesional. Tengo la obligación de intentar procurarle lo antes posible la ayuda que necesita.

Adam bajó los ojos hacia la mesa, como si calculase de nuevo las probabilidades de las cartas que el fiscal le había mostrado, y, a continuación, alzó la vista de repente, y sorprendió la mirada de Gary. Este parpadeó, levemente ofuscado por una amenaza de genuina intimididad.

—Mira, Gary, hemos tenido algunas diferencias en los tribunales, pero debes admitir que siempre he jugado limpio contigo.

—Casi siempre —precisó el fiscal, con un dejo de petulancia.

—Tal vez podríamos llegar a un acuerdo aquí y ahora.

—No pienso negociar el alegato.

—Estoy dispuesto a aceptar la posibilidad de un juicio a dos niveles sujeto a un fallo apropiado por parte del tribunal.

—Ahora empiezas a mostrarte sensato, Adam.

—A cambio, quiero que suelten a mi cliente. Una fianza razonable y una custodia adecuada.

—¿Custodia de quién?

—En un sanatorio privado de confianza.

—¡Ja! Ni pensarlo. Es demasiado peligroso.

—¿Qué me dirías si pudiera garantizar la seguridad?

—Dadas las circunstancias, yo ni siquiera aceptaría encerrarle en un hospital. Es imposible. Pídemelo otra cosa.

—Richard Devon precisa atención ahora, Gary. ¿No te parece obvio a partir de lo que ha estado ocurriendo?

—Lo que me parece obvio es que se trata de un asesino a sangre fría. Si quieres que lo vean más psiquiatras, allá tú. Es tu problema. Pero debe ser examinado en la cárcel.

Adam se levantó y dejó un billete sobre la mesa para pagar el café que había dejado intacto.

—Nos veremos en el juicio, Gary.

—Espera un momento, Adam. Ni siquiera hemos empezado a discutir esto.

—No habrá discusión. Ya sabes lo que quiero. Llámame esta tarde a las cinco, Gary.

Adam regresó al Palacio de Justicia pisando la crujiente nieve, con la cabeza gacha para proteger su cara del frío viento. No había vuelto a mirar al fiscal desde el momento de abandonar la mesa, pero no confiaba demasiado en que su ultimátum fuera atendido. Ahora era competencia de Gary sacar a Rich de la cárcel, y Adam lo

sabía. Otra petición de libertad bajo fianza sería en vano, aun contando con el respaldo de la Iglesia católica.

Pensó que Gary Cleves había tenido razón en una cosa. El jurado, cualquier jurado, odiaría a Richard Devon. Adam no odiaba a su cliente..., sólo le tenía miedo, y sentía pánico ante la necesidad de compartir la misma estancia con él. Pero hoy no tenía más remedio que verle.

El preso fue escoltado a la sala de entrevistas por el pequeño Duke y dos guardias más. Adam les pidió que se quedaran, y se mantuvo tan lejos de su cliente como pudo.

El preso volvía a llevar puesta la camisa de fuerza. Se sentó con despreocupación en una silla, con la barbilla baja y los ojos fríamente insolentes. Adam miró esos ojos y no advirtió en ellos ningún vestigio de Rich. El preso le sonrió. Su voz, por lo menos, era casi familiar.

—No puedes sacarme de aquí, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué no abandonas el caso, Adam?

—¿Es eso lo que quieres?

—Necesito un abogado. Tú eres tan bueno como el que más.

—¿Por qué necesitas un abogado? Yo no puedo ayudarte a menos que tú quieras ser ayudado. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que Richard Devon pase el resto de su vida entre rejas? ¿Cómo te sentaría eso?

El preso no respondió. Su sonrisa crispaba los nervios de Adam. El abogado tenía las manos frías y húmedas, y el sudor le resbalaba por la nuca.

—¿Por qué estás tan complacido hoy? —preguntó Adam, presa de exasperación.

—Porque va a haber una muerte en la familia —respondió el preso, sin dejar de sonreír.

Donald Ray Stemmons, el camarero de veintiséis años cuya rubia barba de montañero aparecía manchada de tanto mascar tabaco, terminó su turno de trabajo en el bar del Refugio Davos, lo cual le proporcionaba tiempo libre para consagrarse a las mujeres y al deporte.

La primera semana de marzo, que seguía a varias tempestades de nieve, apareció con el mejor clima para esquiar de toda la temporada. También atrajo a la gente. Hubo que improvisar habitaciones, los esquiadores tropezaban unos con otros y el servicio era deficiente casi en todas partes. Los jóvenes empleados en los diversos establecimientos y restaurantes andaban sobrecargados de trabajo, exhaustos e irritables después de largas semanas haciendo de la noche día. Stemmons se había planteado muy en serio dejar su trabajo a menos que la dirección del Refugio Davos contratara a otro camarero para ayudarlo. Provisionalmente, estaba desasistido por su compañera: la camarera finlandesa de diecinueve años con la que él solía hacer el amor se había incorporado a un grupo de esquiadores que habían emigrado hacia el norte, al Desfiladero del Contrabandista. Pero ya a comienzos de esa semana de noches agotadoras en el bar infestado de humo y de días de gozoso descanso en las pistas más difíciles que la Montaña de la Ermita podía ofrecer, había echado el ojo a la mujer que tanto lo atormentaba y tan inaccesible resultaba a cualquier intento de establecer contacto con ella.

La vio por primera vez en la cola de la cafetería del Hotel Galeatry, a poco más de un kilómetro ladera abajo del Refugio Davos. Estaba sola. Eligió como desayuno uva, café y una bolsa de copos de cereal. Tenía una estatura notable y vestía toda de negro, un equipo de esquí que modelaba a la perfección el cuerpo de una corista o de una chica de alterne muy cara. Su piel era oscura. Incluso desde donde él se encontraba era obvio que no se trataba de una niña: debía de contar unos cuarenta años de edad. Stemmons siempre había preferido a las mujeres maduras para establecer relaciones sexuales, lo cual constituía una buena razón para que se sintiera atraído por ella de inmediato. Otra razón era, quizá, el salvaje arco que describía la cicatriz marcada sobre su mejilla izquierda, cerca de la boca, como si un amante atormentado se hubiera excedido en su beso sensual y la hubiese mordido. Las cuchilladas del amor. Ella asumía la serena, contenida expresión de riqueza, posición y talento.

Estaba fuera de su campo, por supuesto. Pero entonces ella se volvió hacia la caja registradora y lo vio. Sus ojos de obsidiana saltaron de las órbitas hacia él como cuchillos, y Stemmons experimentó un curioso hormigueo en los nervios de la espina dorsal, la sensación de dos destinos convergentes.

Una vez hubo elegido su desayuno, Stemmons se tomó su tiempo para buscar con la vista el lugar donde ella se había sentado en la espaciosa y ruidosa cafetería. Quedó sorprendido y disgustado al no verla en ninguna parte del salón. Había desayunado

con increíble rapidez. Se preguntó si sabría esquiar.

Era una esquiadora soberbia, como tuvo ocasión de comprobar los primeros días de la semana. Volvía a estar delante de él, esa vez en el telesilla de dos plazas. La siguió hasta la pista de alto riesgo número dos, y la habría alcanzado durante el descenso a no ser por un pequeño problema con una fijación que le hizo perder varios minutos. Sólo pudo conformarse con verla evolucionar, sola, describiendo giros de excepcional precisión, evocadores de la técnica depurada de un viejo maestro como Stein Erickson, levantando una ola de nieve resplandeciente en el aire alciónico. Ese mismo día, algo más tarde, la vislumbró desde la altura de un telesilla. Se encontraba en el Rabo del Diablo, convertida en una veloz sombra negra, sumergida en la espumosa nieve hasta las caderas, con tan voluptuosa gracia en sus giros que él deseó estar allí, complementando con su estilo directo su fluido descenso, su airosa excelencia.

Inesperadamente la divisaba en cualquier parte de las pistas, pero ella siempre se mantenía distante hasta la exasperación. Stemmons empezó a llevar un diario mental de todas sus visiones momentáneas para tratar de montar un programa de sus actividades que le permitiera interceptarla. Pero ella no seguía rutina alguna, tan sólo se mostraba constante en su carácter evasivo. Una noche, mientras estaba ocupado sirviendo jarras de cerveza, alzó los ojos y vio su rostro, vuelto hacia él, a la entrada del bar. Creyó verla sonreír, y, por un instante pensó que se disponía a entrar. Pero entonces la cerveza se derramó sobre su mano, y cuando volvió a levantar la mirada en su busca, la mujer ya no estaba allí. Experimentó una sensación de abandono que le dejó sumido en un humor de perros durante el resto de la noche.

La semana transcurrió con rapidez, y la mañana del viernes ya no la vio por parte alguna. Decepcionado, decidió abandonar su, para entonces, habitual escrutinio de las pistas subiendo y bajando una y otra vez mientras el sol reverberaba cegador en halos azulados. Stemmons esquiaba escuchando música clásica: un cassette sujeto a su chaqueta y unos pequeños auriculares bajo el gorro. Para dibujar con los esquís las rítmicas curvas y los nubosos altiplanos de los recorridos de alto riesgo elegía Tchaicovsky o Mozart; Beethoven y Wagner resultaban más adecuados para los trepidantes descensos desde el Cohete. Brahms le sosegaba durante los largos desplazamientos montaña arriba.

El sol poniente le sorprendió en el telesilla de dos plazas cuando ascendía una vez más a la cima de donde arrancaban y divergían las diversas pistas, entrelazándose por todas las vertientes de la montaña. La mayoría de esquiadores ya se habían retirado hasta el día siguiente, y había muy pocas sillas ocupadas. El servicio dejaba de funcionar al ponerse al sol, probablemente al cabo de unos diez minutos. Protagonizaría el último descenso de la jornada en medio del crepúsculo púrpura, a través de cuevas y túneles formados por los abedules cubiertos de nieve, mientras los postreros rayos de sol se filtraban por sus gafas de color bronce.

Cuando alcanzó la rampa del telesilla, a unos mil doscientos metros de altura

sobre el oscuro valle, se entretuvo un par de minutos antes de abandonar la estación del telesilla, en espera de que los pocos esquiadores que habían llegado tras él iniciaran el descenso. Luego se deslizó por la rampa y atravesó una pequeña depresión hacia el más difícil de los itinerarios de la montaña: el Rabo del Diablo. Allí había una señal con una picara caricatura de un cerdo con cuernos que observaba por encima del hombro su enroscada cola. ATENCIÓN: SÓLO PARA ESQUIADORES EXPERTOS. El cerdito señalaba a la izquierda, hacia una cueva de reflejos dorados bajo la incidencia de los rayos del sol.

Entonces la vio, recortada sobre un cielo añil intenso, con sus gafas subidas sobre la alta frente. Ella oyó sus esquís deslizándose por la pista y miró a su alrededor, inquisidora. Él contuvo la respiración, convencido de que la mujer desaparecería antes de que pudiese aproximársele. No obstante, ella sonrió y no se movió. Stemmons no lograba dar crédito a la suerte que había tenido.

—Hola —dijo, al tiempo que se deslizaba a su lado y ejecutaba un pequeño giro que le situó frente a ella, delante de la escarpada pista.

—Hola.

En el rostro de la mujer se formaron sendos hoyuelos. Sus grandes ojos tenían algo de burlones, y la cicatriz resultaba irresistiblemente seductora. En su cazadora negra, cuya cremallera estaba parcialmente abierta, llevaba un distintivo de color rosa con unas letras blancas que rezaban: HAY MUCHAS FORMAS DE DECIR TE QUIERO. JODER ES LA MÁS RÁPIDA. Su sonrisa se amplió al sorprenderle leyendo este mensaje. Una corriente de viento arrastró la nieve depositada en la copa de un árbol. Las partículas destellaban en sus cabellos, sobre la frente.

—Esta semana he estado observándote mientras esquiabas —dijo Stemmons—. Eres buena.

—Soy muy buena —le corrigió ella con tono amable—. Y tú también. Te llamas Donald Stemmons, ¿no es cierto?

—Exacto.

—¿Formabas parte del equipo de esquí de los Estados Unidos hace dos años?

—No. Ojalá pudiera decir eso. Mi mejor marca quedó un poco por debajo.

—¿Volverás a intentarlo?

—Ahora sólo esquío por diversión. ¿Estás aquí de vacaciones?

—Son más bien unas vacaciones de trabajo.

—Oh. —No estaba muy seguro de qué quería decir con eso—. ¿Cuántos días vas a quedarte?

—Bueno, eso depende.

—Podríamos cenar juntos.

—Eso también depende.

—¿De qué?

—Los hombres tienen que ganarme, Donald —dijo ella, de un modo incluso más amable que antes y con una cierta tristeza, como si ya hubiera decidido que había

sido un comentario desafortunado.

Debía haberlo imaginado: una prostituta. Era demasiada suerte. Podía invitarla a cenar en El Pozo del Nogal, pero no tenía dinero para más, y mucho menos para pagar una pieza tan selecta.

—No —dijo ella con tono brusco—. No soy una puta.

—Bueno, yo...

—La cena corre de mi cuenta. Con una condición.

—¿Cuál?

—Una carrera hasta abajo.

—Y si gano yo, ¿pagas tú la cena?

—Eso es.

—¿Y si pierdo?

Stemmons no pudo reprimir una sonrisa.

Ella meneó la cabeza, considerando la segunda parte de la apuesta.

—La cena sigue de mi cuenta, pero tú fregarás los platos.

—¿En tu casa?

—En mi casa.

—Me gusta la idea. Aunque, para ser justo, debería darte alguna ventaja en la salida. —Señaló la pista con la cabeza—. He estado esquiando aquí desde diciembre.

—Es muy generoso por tu parte, Donald. ¿Cuánta ventaja me concedes?

—¿Quince segundos?

—Oh, debes de ser muy veloz. Esto va a resultar muy excitante. Bueno, parece que nos vamos a quedar sin luz. ¿Estás listo?

Stemmons hundió los bastones en la nieve y giró impulsándose sobre ellos, para así apartarse del camino de la mujer. Ella le rebasó sin decir palabra y se precipitó ladera abajo, ya un poco vaga bajo la incierta luz crepuscular. Él esperó, contando a media voz mientras ella describía una serie de giros que la llevaron más allá de un espeso bosque hasta desaparecer de su vista. Esquiaba muy rápido, y Stemmons se mordía la lengua por el deseo de alcanzarla, pero se mantuvo fiel a la cuenta. A los quince segundos hundió sus bastones y se lanzó a través de unos abedules aislados, estableciendo un ritmo instantáneo casi sin esfuerzo sobre la pendiente todavía iluminada en parte por el sol.

A Stemmons se le ocurrió, aunque tarde, que no sabía su nombre. Conocía la pista tan bien que hubiera podido esquiarse por ella a la luz de la luna, y sabía los puntos donde la mujer podía cometer errores que le permitirían darle alcance. Confiaba en que no se cayera, puesto que entonces la diversión habría terminado.

Cuando hubo rebasado el bosque y efectuado un cerrado viraje a la derecha para afrontar el segundo tramo del descenso, no logró verla ante sí. La pista, que emitía un resplandor rojizo, estaba vacía, y podía ver una extensión de casi trescientos metros delante de él. Se detuvo en seco, alarmado, y miró más allá de unas grandes rocas y unos árboles oscuros, en el temor de que ella se hubiera salido de la pista y hubiese

sufrido un lamentable accidente.

Su aliento, congelado, era disipado por el viento. Oía, sin poder verles, algunos esquiables patrulleros en la lejanía. Se llevó sus enguantadas manos a la boca dispuesto a llamarla. Pero ¿cuál era su nombre?

Se preguntó si habría esquiado hasta el bosque y decidido no continuar. Debía de estar allí escondida, sonriendo después de decidir caprichosamente que no merecía la pena perder el tiempo con él. No había sido más que una broma. De pronto, se sintió irritado. Lamentó todo el tiempo que había invertido en especulaciones sobre ella, el arrebatado de deseo experimentado un minuto antes, cuando contemplaba sus grandes ojos, oscuros como el *brandy* viejo, humeando sutilmente. «Hay muchas formas de decir te quiero...».

«Bueno, que te folle un pez, guapa. Ya no quiero jugar más».

Stemmons volvió a impulsarse ladera abajo. Se deslizó por un paso estrecho, demasiado resbaladizo para su gusto, cada vez más peligroso a medida que caía la noche. Describió un giro a la izquierda y entró en un estrecho altiplano, casi llano por completo y desprovisto de vegetación.

Fue entonces cuando volvió a verla, a lo lejos: una diminuta figura en medio del crepúsculo. Estaba parada con los brazos en jarra y los bastones clavados en la nieve en sendos ángulos de cuarenta y cinco grados, y miraba el tramo por el que ella había bajado. Le observaba a él, con la cabeza ladeada de un modo sarcástico.

A pesar del susto que le había dado, y que le había obligado a una breve detención un poco más arriba, Stemmons no podía creer que ella hubiese completado todo ese tramo con tanta rapidez. Vaciló un instante, a continuación se precipitó hacia adelante ferozmente y se encogió sobre sus esquís deslizándose sobre la depresión.

La mujer se encogió también, aunque seguía encarada a él. Hundió sus bastones en la nieve y se impulsó hacia adelante.

«Ladera arriba».

Ella estaba esquiando ladera arriba, en dirección a Stemmons, a la misma velocidad que él había alcanzado.

Durante unos segundos, la mente de Stemmons se negó a creer lo que sus ojos veían. Era un fenómeno físicamente imposible. Y sin embargo, allí estaba ella, toda vestida de negro, con la inscripción rosada brillando sobre uno de sus pechos como un sol diminuto y romántico, los ojos escondidos tras las gafas oscuras, la pálida superficie de la cicatriz amenazadoramente encendida pese a la distancia que aún les separaba. A esa velocidad chocarían al cabo de unos segundos, sin poder hacer nada por evitarlo más que salirse del camino para ir a impactar contra las rocas. «Los hombres tienen que ganarme, Donald». Su cabello ondulaba como si fuera humo, agitándose en el aire sobre su cabeza gacha. Ahora todo su cuerpo había adoptado un resplandor oscuro y se hacía amorfo a medida que su velocidad iba en aumento. No había nada que pudiera detener su avance sobre la superficie helada, y nada podía detener tampoco a Stemmons salvo una caída deliberada. Había visto algunos amigos

suyos hendidos del ano hasta el ombligo por efecto de una de esas caídas, con las astillas sangrientas de vértebras y costillas asomando por la carne desgarrada.

Donald Stemmons gritó. Sus esquís dejaron la pista allí donde ambos se encontraron de frente. Pero no era una mujer de carne y hueso aquello contra lo que chocó, sino una nube negra en movimiento rotatorio, agitada y densa, una oscuridad más impenetrable de lo que había visto en su vida, incluido el seno materno. La nube le asimiló y le hizo girar a una velocidad vertiginosa que le arrancó la respiración de los pulmones y los esquís de sus botas antes de arrojarle a casi veinte metros más allá del límite de la pista. En un momento salpicado de luz crepuscular, fue a caer de cabeza contra una roca tenuemente recubierta de hielo con tal fuerza que todas las vértebras de su columna quedaron trituradas, su cráneo fragmentado, y los globos oculares fuera de sus órbitas. La mayor parte de su cerebro se desprendió hacia la boca y la garganta.

Incluso antes de que Donald Ray Stemmons expirara, la nube negra había empezado a disiparse sobre la superficie blanca y resbaladiza del Rabo del Diablo. Algunas listas brumosas flotaron hacia las copas encendidas de los árboles y se desvanecieron, en el aire puro y oscuro, sobre la cumbre de la Montaña de la Ermita.

Durante toda la semana anterior a la acusación de Richard Devon, prevista para el nueve de marzo, la actitud y el comportamiento del preso experimentaron una mejoría notable. Era amable con sus carceleros, aunque no más de lo que debía. Pedía material para leer y se pasaba la mayor parte del tiempo en su celda tranquilamente absorto en *Guerra y paz* y una biografía de Tolstoi. En dos ocasiones le autorizaron a ver televisión en compañía de otros presos, aunque ataviado con la camisa de fuerza.

Sin restricciones, pero en presencia de guardias, tenía también la oportunidad de hacer ejercicio. Gozaba de buen apetito. Mantuvo una entrevista con Maggie Renquist y un colega suyo. Se mostró servicial, pero no reveló ninguno de sus sentimientos cuando se le interrogó directamente acerca del crimen. Adam visitó también al preso la víspera de la acusación, y no supo en ningún momento si hablaba con el poseedor o con el poseído.

El nueve de marzo, el preso, vestido con traje gris, corbata azul y zapatos negros adornados con borlas, fue conducido esposado a la sala del juez Ralph D. McComb, donde permaneció callado y concentrado mientras su abogado hablaba en su lugar, interponiendo un alegato de no culpabilidad a la acusación de homicidio en primer grado.

Lindsay Potter lo vio por primera vez desde la accidentada sesión que había presenciado en la sala de entrevistas casi un mes antes. Mientras Adam hablaba, el preso volvió la cabeza para mirar a la joven. Había algo infantil, pero cruel, en la expresión de su boca, y una mirada de fastidio en sus ojos. Esa mirada suscitó en ella tales sentimientos de desesperación y temor por su vida, que tuvo que esforzarse por no echarse a llorar. El flujo de emociones pasó, pero dejó en ella una sensación de debilidad que era peor que cualquier depresión que hubiera conocido jamás.

—Rich se ha ido, ¿verdad? —dijo más tarde a Adam—. Es como si esa otra... cosa se hubiera instalado en su cuerpo, para meter todo cuanto quedaba de Rich en una maleta y lo hubiese guardado en el desván.

—¿Te has dado cuenta del modo como lo observaba McComb? No existe nadie más metódico, pedante y poco imaginativo que Ralph. Pero cinco minutos después de haber entrado Rich estaba tan nervioso que creí iban a castañetearle los dientes. Debe de estar contento por no tener que presidir el juicio.

—Ya sabes qué significa eso.

—Rich parece falto de conciencia, totalmente indiferente. Si sigue así cuando empiece el proceso, no sé cómo voy a vender un alegato de enajenación mental al jurado, con o sin testimonios expertos.

—Entonces tendremos que intentar vender la verdad: ése no es Rich, es...

—Establecer la «verdad» es un hecho inherente al proceso de la ley —la recordó Adam—. Un tribunal es un lugar donde se toma una decisión mediante el sistema de

oposición, que no equivale a distinguir lo verdadero de lo falso. Yo no soy un filósofo, soy un abogado. Olvídalo, Lindsay. Yo no puedo hacer mucho.

—¿Quieres decir que abandonas el caso?

Las manos de Adam temblaban, y derramó un poco de café sobre su manga. El joven abogado frunció el ceño.

—Odio esa palabra, Linds.

—Si tú no puedes..., si no lo defiendes debidamente, podrías pasar el caso al defensor de oficio.

—No, yo..., siempre podemos obtener demoras. Seguiremos trabajando, y espero que no perdamos ninguno más de nuestros testigos clave. Ya sabes que no puedo montar un caso de no culpabilidad por enajenación mental a partir de simples declaraciones. Necesito gente que suba al estrado para que describa ante el jurado cómo estaba Rich cuando mató a Karyn.

—Adam, yo no creo que éste sea un caso de no culpabilidad por enajenación mental. En cambio, a pesar de tus objeciones, sé que es posible alegar posesión demoníaca.

—¿Cómo? Recuerda lo que ocurrió en el caso de Johnson.

—Leí la transcripción. No sé quién fue más inepto: el juez que presidía el tribunal o el abogado defensor.

—De acuerdo, el proceso fue una chapuza; pero lo único que cuenta es que el juez denegó al abogado defensor la posibilidad de presentar su argumento, y mucho menos llamar al estrado a curas y otros testigos clave. De modo que el abogado de Johnson no tuvo más remedio que recurrir a un alegato de legítima defensa. Lo cual me resisto a creer que funcionaría en el caso de Rich.

—Pero los alegatos de posesión demoníaca han tenido éxito en Inglaterra. He pedido las transcripciones de dos de esos procesos. Llegarán dentro de unos días. Échales un vistazo, por lo menos.

Adam escrutó el rostro de ella con escepticismo e inquietud.

—Estás realmente preocupada.

—Sí. Créeme, no es lo que yo quisiera hacer. Me gustaría volver la espalda al caso y olvidar que he conocido a Richard Devon. Y tratar de superar el miedo que siento ahora mismo. Pero no puedo, Adam. Yo también quiero hacerme acreedora a mi propio respeto durante el resto de mi vida.

—Yo no quiero ser el primer Kurland que caiga en desgracia ante el Colegio de Abogados del Estado de Vermont.

—Tú eres un buen abogado. Todo cuanto necesitas son medios para poder trabajar.

Adam se aseguró de que sus manos estaban serenas antes de volver a levantar la taza de café.

—Leeré esas transcripciones —prometió—, aunque eso no significa que haya cambiado de opinión.

Pero ella parecía tan agradecida y decidida que él tuvo la impresión de que ya lo había hecho.

—Hoy trataré de localizar al padre Merlo para averiguar cuándo regresa. Y tenemos que informarle de la muerte de Donald Ray Stemmons.

—¿Por qué?

—Oh, Adam. Todas esas muertes... —Lindsay inició un encogimiento de hombros que se convirtió en un temblor. Le miró directamente a los ojos—. No creerás que fueron simples accidentes, ¿verdad? Yo, no. Lo necesitamos aquí; necesitamos su consejo y sus plegarias. Porque... podría ocurrirnos a nosotros. ¿No lo has pensado?

En un día desacostumbradamente benigno de finales de invierno en Roma, el padre James Merlo se entrevistaba con su inmediato superior, el investigador jefe de la oficina que atendía los exorcismos y las declaraciones de posesión demoníaca referidos casi a diario en el Vaticano por sacerdotes de todo el mundo. El investigador jefe era, además, el cardenal a cargo del tribunal conocido como la Penitenciaría Apostólica. La entrevista tenía lugar en el estudio del cardenal, que daba al patio de San Dámaso. Sirvieron la comida. Las ventanas ofrecían una panorámica de cúpulas y tejados renacentistas y nubes de color crema. Soplaban una fresca brisa que contenía tan sólo un ápice del miasma de monóxido que habitualmente envolvía la Ciudad Eterna.

El cardenal Bernardo Luis Cosme, un hombre de edad avanzada, pertinaz en su longevidad, había decorado su estudio con algunas obras de arte religioso muy antiguas y un dibujo enmarcado de un número reciente de *The New Yorker*. Mostraba un hombre de mediana edad bastante desconcertado que abría la puerta de su casa a un espectro encapuchado y vestido de negro con una guadaña sobre el hombro. El pie rezaba: «Tranquilízate. Sólo he venido a buscar tu tostadora».

El padre Merlo interpretó esta ilustración como un intrigante toque de ligereza en aquellas estancias donde lo monstruoso y lo diabólico eran temas frecuentes de conversación. La Penitenciaría Apostólica investigaba todas las formas de brujería, incluidas las misas negras oficiadas por sacerdotes de la Iglesia renegados. Merlo gustaba de pensar que no había perdido su sentido del humor en un trabajo que podía resultar abrumador, y se entendía mejor con el tranquilo Cosme que con monseñor Daviano, quien parecía reducido a cenizas incandescentes por las exigencias de su vocación, su persistente duelo con Satanás y el reino de los infiernos.

El padre Merlo estaba aquejado de conjuntivitis en un ojo, resultado de muchos días estudiando viejos manuscritos y registros detrás de una puerta de madera de roble cerrada en la sede del Archivo Secreto Vaticano, la institución que guardaba los archivos que contenían todo el saber sobre demonología. Durante los últimos días, mientras su informe sobre el fenómeno de Zarach Bal-Tagh era estudiado por Cosme y otras autoridades en la materia, el padre Merlo había aprovechado su tiempo libre para ir a jugar al golf en el selecto Club Aquasanta de Roma, para asistir a la ópera y para meditar. La estrategia de uno de los más acérrimos enemigos de la humanidad era clara, pero Merlo, hasta ese momento, no sabía cómo responder a la primera ofensiva de Zarach.

Su eminencia pospuso sus comentarios para el final de la comida, y prefirió extenderse en una reciente visita a su Andalucía natal. Monseñor Daviano comió demasiado de prisa su ración de pescado asado sazonado con salsa de limón, alimentando así su indigestión crónica. Tuvo que excusarse para ir a los servicios.

Cuando hubo regresado, con las mejillas pálidas sobre una papada ensombrecida por un asomo de barba, empezó la discusión.

—Es obvio —dijo el monseñor en inglés con su ronca voz— que la elección del poseído, Richard Devon, no fue producto del azar. Debió de haber sido seleccionado con sumo cuidado para ello, una circunstancia bastante inusual. Tratándose de Zarach, ha sido casi discreto en su posesión excepto cuando se ha visto obligado a comportarse de otro modo. Su actuación es la de vigilante, no se muestra con el habitual desprecio por el cuerpo en que habita. En consecuencia, pretende conservar a Richard Devon con un objetivo más ambicioso.

—Quiere ir ajuicio —dijo Merlo.

—Sí. Exactamente. Está aguardando un juicio público que genere sensacionalismo. Un fórum que garantice el máximo de publicidad cuando... se entregue al reino del terror donde ha sido una celebridad a través de los tiempos.

El cardenal Cosme se sacudió las migas de pan que habían caído sobre su sotana de lana antes de decir:

—También yo he llegado a esta conclusión, y he informado a Wojtyla del peligro que nos acecha. Es inútil decir que Su Santidad está muy preocupado y agradecerá cualquier sugerencia al respecto. ¿Cómo podríamos comprometernos más en todo esto?

—Eminencia —dijo Merlo—, me temo que es casi imposible. Hay una acusación de homicidio por medio, se trata de un asunto secular hasta que el juicio finalice. Lo cual, por supuesto, puede acontecer demasiado tarde, con independencia del veredicto del jurado. Pero no creo que Zarach permita que el juicio se desarrolle de cualquier otra forma ajena a su voluntad. Ninguno de nosotros puede permitirse las consecuencias.

Cosme lo observó con gravedad.

—¿Cree que no tenemos ninguna posibilidad contra ese monstruo?

—Hasta ahora, todos nuestros intentos han sido fallidos. Pero eso no quiere decir que no podamos disponer de los medios necesarios para enfrentarnos a Zarach.

—Explíquese.

—Necesitamos una combinación de ayuda legal y espiritual. Creo que deberíamos recurrir a Sundial.

El policía Norm Granger conducía su vehículo por el puente con el segundo coche patrulla de la policía estatal a escasos metros detrás de él, con las luces de posición encendidas, y se detuvo en un lugar situado fuera del campo visual de cualquier vehículo que circulara por la carretera de Marsham. Se apeó de su coche sin molestarse en abrocharse la cazadora de piel: hacía una noche muy benigna para la época del año en que estaban, y la temperatura era superior a los veinte grados centígrados. Caminó hacia el segundo coche policiaco, con las esposas tintineando en su cinturón.

Pete Raff había bajado el cristal de su ventanilla. La radio estaba muda. Era la noche del lunes, y su ronda, como era de prever, había sido tranquila durante las dos primeras horas. Pete observó bajo la luz de la luna la pequeña casa de campo situada a unos cincuenta metros más adelante, el resplandor de la antena de televisión instalada junto a la chimenea, el humilde porche frontal que parecía iba a ceder bajo el peso de los montones de leña almacenados sobre el tejado. Cogió su paquete de Marlboro.

—¿Es aquí donde ella vive? —preguntó a Norm.

—Sí.

Norm era un hombre corpulento y de carácter bonachón que sonreía a menudo, incluso en sueños. Tenía treinta y cuatro años de edad. Había sido un buen jugador de pelota por parejas en su juventud, aunque no podía golpear bien con los dedos para compensar la falta de velocidad y una tendencia a lanzar la pelota desviada. Ahora se estaba quedando calvo, si bien no era demasiado evidente todavía, y había desarrollado barriga. Era un entusiasta de los placeres sencillos de la vida: su mujer, sus hijos, los perros, las armas deportivas... De vez en cuando, echaba una cana al aire. Podría echar muchas más, porque las mujeres adoraban la forma como las sonreía, pero Norm era algo tímido y requería un cierto esfuerzo para relacionarse.

—No hay luces —anunció Pete—. Y no veo ningún coche.

—Tal vez se encuentre en ese cobertizo. Ella está dentro. Le dije que probablemente vendría esta noche.

—¿Cómo se llama?

—¿Lo sabes tú? Yo no se lo pregunté.

Pete encendió un cigarrillo y se reclinó en su asiento. Nueve años más joven que Norm, era rubio, delgado y de tez cetrina, y ninguna mujer le habría negado su número de teléfono tras un par de minutos de charla en la cola del supermercado. Norm era mucho más sereno y seguro de sí mismo en este sentido. Las atraía como si fueran mariposas nocturnas que pululaban, desorientadas, en torno a una luz brillante, las trataba con amabilidad y con clase, les inyectaba un renovado hálito de vida en sus aburridas existencias, y siempre las hacía sentirse mejor consigo mismas.

Norm Granger tenía una sola norma: no importaba lo tentado que pudiera sentirse, el caso es que nunca veía a la misma mujer más de una vez.

—Está bien, compañero, te cubriré.

—Gracias, Pete. Te debo una.

Norm tiró de su cartuchera y se la subió tanto como su barriga se lo permitió. A continuación emprendió el camino hacia la casa. La luna se reflejaba intensamente sobre la nieve congelada, de manera que no necesitaba su linterna.

Las ráfagas de viento silbaban en el porche mientras se encaminaba hacia la puerta. Oyó un ruido de pies diminutos que corrían por los montones de leña. Se quitó la gorra y la sostuvo bajo el brazo. Las cortinas echadas sobre una de las ventanas frontales dejaban un resquicio por el que pudo distinguir el parpadeo luminoso de una pantalla de televisión en color. Abrió la contrapuerta, de polietileno con un marco de aluminio, y llamó a la puerta. Ahora podía oír la televisión, la música que solía acompañar las secuencias de persecución en los telefilmes policíacos. Esperó, pero no hubo reacción alguna a su llamada. Y mientras aguardaba, tuvo la impresión de ser observado.

Norm volvió lentamente la cabeza. A unos cuatro metros detrás de él, al pie de los peldaños que llevaban al precario porche, había un enorme perro. Tenía el pelaje espeso y una cabeza estrecha y puntiaguda. Era una especie de perro lobo; ruso, tal vez irlandés. Superado el sobresalto inicial, Norm se dio cuenta de que el perro no tenía intención de importunarlo. Los perros o te asaltan directamente, o bien ya no lo hacen.

Mientras contemplaba al perro lobo, la puerta de la casa se abrió.

—¡Oh! Me había parecido oír que alguien llamaba.

El perro subió los peldaños y Norm se hizo a un lado para que pasara. El animal se introdujo en la casa rozando a la mujer a su paso.

—¡Hugo! —gritó ella—. ¿A qué viene esa prisa? —Miró a Norm, con las cejas levemente arqueadas, y esbozando una sonrisa—. Eres un hombre de palabra —dijo—. Pasa, por favor.

—Gracias.

Norm entró en la casa y miró a su alrededor. A tenor del lamentable aspecto externo no había esperado demasiado del interior: un mobiliario desordenado y vulgar, alguna que otra esterilla, manchas de humedad en el papel pintado, alcobas sombrías... Sin embargo, le sorprendió descubrir una habitación profusamente decorada. Un piso de relucientes baldosas mexicanas, un hogar con un reconfortante fuego encendido, paredes blancas, lienzos sin marco que representaban paisajes de cielos azules y escenas de mercados rurales, un robusto mobiliario tapizado con listas rojas, anaranjadas y doradas, jarrones y vasijas de cerámica y cobre sobre pequeñas repisas y mesas, flores y plantas por todas partes. Sobre una oreja, sujeta entre sus negros cabellos delicadamente peinados, la mujer lucía una flor encarnada de hibisco. Había visto muchas en Arizona y Florida durante su etapa de instrucción. Sus labios

tenían el mismo color que la flor. Los dedos de Norm sufrieron una ligera crispación mientras sonreía.

El perro lobo se había acomodado en un sofá y tiritaba con el hocico orientado hacia el azulado fuego del hogar. La mujer apagó el televisor y cerró las puertas de oscura y recia madera, trabajada a mano. Norm la observó mientras se dirigía hacia la barra, donde ardían varias velas en un candelabro de arte popular en forma de paloma.

—Estaba tomando un vino. ¿Quieres que te sirva uno? ¿O prefieres una cerveza? Es Dos Equis.

—Tráeme una Dos Equis. No he tomado ninguna desde que estuve en Tucson con la familia. Tienes una bonita casa.

—Fue una extravagancia, pero cada vez me siento más nostálgica.

—¿Nostálgica de qué?

—De Paracuaro, en México.

—Oh, ¿naciste allí?

—En realidad, adopté mi hogar allí. Yo nací en Vermont.

—Bueno, jamás lo hubiera sospechado. Más bien pareces... española, ¿comprendes lo que quiero decir?

La conversación prosiguió por esos derroteros, con alternativas diversas entre el jugador de pelota y la mariposa nocturna.

Ella sonrió y se pavoneó como si él hubiera encendido su vanidad en los puntos clave, y le sirvió la cerveza en un vaso alto. Norm pensó que ésa era *mucha mujer*^[1]. Ya había superado con creces la flor de la vida, pero se conservaba admirablemente. Sus caderas se marcaban bajo la seda sin revelar ni un ápice de protuberancias indeseables. Su vientre, desnudo, se mantenía plano, sin ondularse ni contraerse al andar. Los senos eran firmes para su edad, y los pezones aparecían bien definidos bajo la blusa de seda negra que llevaba anudada a la altura del esternón.

Ella se acercaba tanto a él que apenas le dejaba espacio para sorber su cerveza.

—¿Estás fuera de servicio? —le preguntó.

—Es la hora que nos conceden para cenar.

—No puedo imaginarme cómo debe de ser la vida de un policía.

—Monótona, la mayor parte del tiempo. Algunos accidentes de tráfico, coches robados, algún que otro atraco...

—Asesinatos... —dijo ella, al tiempo que se le ensanchaban las ventanas de la nariz.

—Un par o tres al año. Tuvimos uno escalofriante el pasado mes de enero. En el Refugio Davos. Raff y yo fuimos los primeros en llegar al lugar. Un chico golpeó a su novia hasta matarla sólo porque merodeaba con otro.

—Ah —dijo la mujer, mordiéndose el labio inferior—. ¿Acaso estaba loco?

—Supongo que sí. Nunca antes había visto un cuerpo tan destrozado como el de esa muchacha. Pero no creo que te interese hablar de esto.

—No —respondió ella, con un suspiro mientras se estremecía.

Puso una mano sobre la de él, la que sostenía el vaso de cerveza. Llevaba muchos anillos, con topacios y turmalinas montados en plata. Ella bebió del vaso de Norm, y unas gotas de cerveza se derramaron por la comisura de su boca dejando un rastro resplandeciente sobre la curvada cicatriz en su mejilla derecha. Él se inclinó y la besó, sorbiendo el rastro de cerveza. Ella volvió a estremecerse.

La siguiente ocasión que la besó, su mano fue hasta la flor sujeta en sus cabellos y la aplastó. Ya no podría terminar su cerveza.

Ella quería que se quitara toda la ropa salvo la cartuchera. Norm llevaba el arma reglamentaria: una pistola Smith and Wesson Highway Patrolman con un cañón de quince centímetros. Cargada pesaba casi dos kilos. La empuñadura, de madera de nogal, había sido hecha a la medida de su mano. Era la primera vez que hacía el amor a una mujer con un arma alrededor de la cintura, pero ella parecía excitarse de manera muy especial cuando sujetaba la culata de la pistola con una mano mientras le acariciaba los testículos con la otra. La mujer se había corrido ya tres veces cuando él alcanzó su primer orgasmo.

La experiencia la había dejado exhausta. Gimoteó y lloriqueó, y el perro gimoteó también, como excitado ante aquella demostración de celo humano. Norm no sabía qué debía hacer si el perro acudía a meter sus narices. Había situaciones en las que convenía trazar una línea de separación.

—Oh, cariño, cariño —murmuró ella cuando sus manos, al fin, abandonaron el cuerpo de Norm, y se quedó tendida de costado.

Él la sonrió, pero lo cierto era que no había gozado tanto como hubiera debido. Había hecho el amor a pesar de unas molestias en el estómago que ahora se traducían en retortijones.

—¿Has quedado satisfecho? —preguntó ella.

—Oh, claro, querida.

Norm se apartó de su lado y se incorporó, con ambas manos sobre el estómago.

—¡No irás a marcharte tan pronto!

—Voy al baño, si no te importa.

—Claro que no. —Ella se levantó, los senos temblorosos, y le indicó el camino —. Detrás de esa cortina, junto al dormitorio.

—Gracias...

Vaciló, como si fuera a decir su nombre y hubiese caído en la cuenta de que todavía no lo sabía. Se sintió algo violento ante la posibilidad de preguntárselo. Seguidamente, Norm dejó escapar un breve quejido al experimentar una punzada en su estómago.

Se puso en pie. El perro volvió la cabeza para mirarle con una cierta malicia. Norm advirtió que no le había caído demasiado simpático. Caminó unos pasos, todavía cargado con la negra cartuchera y la pistolera. Se detuvo para desabrochar la hebilla de la cartuchera, la dejó caer sobre una silla de mimbre con un sarape en el

respaldo y prosiguió su camino. Cruzó el umbral de la puerta y recorrió el corto tramo de pasillo que conducía al dormitorio, decorado con el mismo buen gusto que el resto de la casa.

Los retortijones eran cada vez peores, y apenas le permitían andar erecto. Entró en un cuarto de baño de estilo mexicano, con una bañera embaldosada, un luminoso tragaluz y un cesto colgante lleno de erizados cactus. El retrete era una costosa obra de lo más lujosa con accesorios de oro y un asiento acolchado en rojo. Más hibisco. Se sentó sobre la taza sujetándose el vientre, mareado y paralizado por los dolorosos retortijones. La casa estaba en absoluto silencio. No oía nada a excepción de sus quejidos y gruñidos.

Precisó varios minutos para evacuar todo aquello que le había causado molestias, si bien los retortijones desaparecieron casi de inmediato. Se limpió con papel higiénico y se volvió a medias para accionar la palanca de oro del depósito.

El ruido del retrete era inopinadamente fuerte. Experimentó una corriente de aire, frío y húmedo, en sus nalgas, y una succión que la sujetaba con fuerza al asiento acolchado.

Esa sensación fue tan inesperada que se asustó un poco. Era como si hubiese una aspiradora debajo de sus testículos. Trató de levantarse, pero constató con estupor que estaba firmemente pegado, como con cola, al asiento de la taza.

—¿Qué diablos...?

Colocó ambas manos sobre el asiento y empujó con fuerza, mientras flexionaba el torso, en su intento de desatascarse, como si sus nalgas fuesen el tapón de una botella de vino, pero todo su esfuerzo fue en vano. De hecho, experimentaba un intenso dolor por efecto de la compresión; estaba siendo tragado milímetro a milímetro por aquella increíble succión hacia el agujero del fondo. Asimismo, sintió una fuerte presión sobre sus genitales. Le dolían... ¡Dios, cómo le dolían!

Desesperado, se volvió y manipuló la palanca del depósito con la esperanza de poder cerrar el paso del agua. No funcionó. El retrete lo succionaba a través de una abertura de apenas treinta centímetros de diámetro. Un dolor insoportable aquejaba los huesos de sus caderas y la pelvis. Sus rodillas estaban unidas. Sus pies ya no tocaban el suelo. El retrete rugía como un ciclón.

Norm hizo lo único que le quedaba por hacer: gritó en petición de ayuda.

Pete Raff había dejado el cristal de la ventanilla abierto unos centímetros para dejar escapar el humo de los cigarrillos. Comía patatas fritas de una bolsa mientras trataba de imaginar lo que estaba sucediendo en el interior de la modesta casa. Sabía, a partir de lo que había oído decir a otros oficiales, que a las mujeres que ligaban con policías les gustaba que las esposaran y las pegaran suavemente en el trasero con la porra; el abuso de autoridad las enloquecía.

El grito que oyó lo sobresaltó. Algo iba mal. Era la mujer quien debería gritar a esas alturas, no Norm Granger.

Pete se apeó del coche de un salto y echó a correr hacia la casa con la linterna en

la mano.

La leña amontonada sobre el porche olía a podrido, como si no la hubieran tocado durante años. Las tablas del suelo se hundían. Había una puerta metálica, estropeada y oxidada, que se caía a pedazos. La puerta principal estaba cerrada con cerrojo y candado. Nadie la había abierto esa noche; Pete se dio cuenta de ello a simple vista.

Pero en el interior de la casa Norm Granger seguía gritando, presa de terror.

Con el vello erizado por el pánico, Pete dio un par de vigorosas patadas a la puerta. Después, se dirigió hacia una ventana y abrió los viejos postigos. Rompió los cristales con el mango de su linterna y accionó frenéticamente el corroído picaporte del interior, pero no consiguió abrir la ventana. Optó por no insistir más y fue en busca de un tarugo de madera que le permitiera derribar el marco. Trepó al alféizar y saltó al interior del recibidor de la casa. Los vidrios caídos crujieron bajo sus botas. Sacó su revólver y lo amartilló.

La estancia era más fría que la temperatura ambiente en el exterior. El suelo estaba recubierto de linóleo. Las paredes de yeso tenían manchas marrones de humedad. El único mobiliario lo constituían un raído sofá con suficientes agujeros como para convertirlo en un hotel para ratones, y una silla de madera con sólo tres patas recostada sobre la pared.

Vio la cartuchera y la pistolera de Norm sobre el asiento de la silla, y la camisa y los pantalones de su uniforme doblados encima de un radiador. Oyó gritar a Norm de un modo ahogado, como si le fallara la respiración.

Pete siguió el haz de su linterna hacia la parte posterior de la casa, donde encontró una puerta entreabierta. Oyó el ruido del agua de un depósito. Ahora apenas podía oír a Norm Granger. Sin embargo, percibía unos crujidos fuertes y secos, como los de un bosque de abedules tras una tempestad de nieve. Atravesó un pequeño dormitorio y localizó el cuarto de baño con la ayuda de su linterna.

Allí vio pies, tobillos, piernas; vio manos, muñecas y brazos, todo ello asomando de un viejo retrete de madera como si se tratara de una extraña y provocativa escultura viviente. Los dedos de las manos y los pies se movían. Pero el centro de la composición, aprisionado entre las blancas y velludas extremidades, era el rostro hinchado y congestionado de Norm Granger. Sus labios aparecían amoratados bajo la presión de una lengua monstruosa. Sus ojos reaccionaron a la luz, y se abrieron un poco, para luego cerrarse. El retrete rugía como un géiser, emitiendo ruidos de succión mientras los huesos de Norm seguían comprimiéndose y rompiéndose. Se hundió todavía más en el agujero de la taza.

—¡Aaahhhh! —gritó Pete Raff.

Se apartó con tal brusquedad de la escena que se golpeó el rostro contra el marco de la puerta y vio las estrellas. El impacto le hizo soltar la linterna, que se apagó al caer al suelo. Lágrimas de dolor surcaban sus mejillas cuando, en medio de la aterradora oscuridad, se agachó para recoger la linterna.

Los crujidos seguían sucediéndose. Pete sostuvo la linterna entre sus temblorosas

manos y volvió a encenderla. El potente haz de luz iluminó todo el cuarto de baño. No pudo resistir la tentación de ver qué ocurría en el retrete: los dedos de las manos desaparecían lentamente, los largos dedos de los pies de Norm iban siendo engullidos, hasta que sólo asomaba la negra uña del dedo gordo que se había lastimado al dejar caer la nevera que trasladaba cuando ayudaba a su cuñado. Luego, una última y fragorosa aspiración tuvo lugar y todo desapareció. El retrete empezó a enmudecer de forma gradual, pero entonces Pete ya no podía oír nada más que los ensordecedores latidos de su corazón.

Se aproximó al agujero con exasperante lentitud. Invirtió la mayor parte de su existencia para llegar hasta él.

Miró al fondo de la ensangrentada taza, donde el agua iba perdiendo progresivamente su tonalidad rosada.

Una enorme burbuja circuló por la tubería y le salpicó de agua. Pete dio un paso atrás. Las raíces de sus cabellos se habían convertido en carámbanos. Cuando volvió a mirar, un globo ocular flotaba en el agua, con los nervios oscilando como los tentáculos de una medusa. Pete no podía dejar de observarlo.

—Oh, Pete. —Oyó la nítida voz de su madre al otro lado del pasillo—. ¿Piensas quedarte allí dentro toda la noche?

Volvió la cabeza lentamente y replicó con voz infantil:

—No, mamá. Ya he terminado de bañarme.

—¿Te has lavado las orejas?

—Sí.

—¿Te has lavado el pito?

—Sí.

—Asegúrate de desatascar el desagüe de la bañera. Tu padre llegará a casa dentro de poco, y querrá darse un baño también.

—Ya lo he hecho.

—Me ha parecido oír a *King* en la puerta trasera hace un rato. ¿Quieres abrir la puerta para que entre? Yo debo terminar de zurcir la ropa.

—Está bien, mamá.

—Ponte las zapatillas antes.

—¡Ya me las he puesto!

—Bueno, ya sabes que siempre tengo que recordarte las cosas —dijo su madre con suavidad.

Pete cogió su pistola de juguete y fue en busca de *King*. Parecía una pistola de verdad. Si la veía un ladrón, saldría huyendo. Pete tenía seis años de edad y los ladrones no le asustaban. Aun así, le gustaba llevar siempre la pistola consigo.

King no estaba en el porche trasero cuando salió a buscarlo. Pete vio huellas frescas en la nieve que se alejaban de la casa, en dirección al jardín que replantaban cada primavera.

Allí vio al perro que brincaba y retozaba, levantando cúmulos de nieve. Pero ese

animal de largas patas no se parecía mucho a *King*, que era un rechoncho perro mestizo y con las orejas cortadas. Éste era larguirucho, lanudo y casi del tamaño de un *poney*, y tenía un hocico largo y puntiagudo. Llevaba una persona montada sobre su grupa, que se asía fuertemente a su espeso pelaje. Fascinado, el pequeño Pete apretó su rostro contra el frío cristal de la puerta trasera, y contuvo la respiración para no empañar el vidrio.

El jinete del perro era una señora de cabello largo y oscuro, y, mientras la contemplaba, advirtió que estaba desnuda. Se divertía de lo lindo. Pete podía oír ahogados estallidos de risa mientras el animal la llevaba fogosamente de un extremo del patio a otro, saltando con ella sobre la barbacoa de piedra cubierta de nieve. Era a la vez el príncipe de los perros y un payaso, lo cual hizo reír a Pete. No obstante, había en su hilaridad una sombra de inquietud.

Levantó la pistola de juguete hacia el cristal en un intento de ahuyentar este sentimiento.

—¡Bang! —dijo—. ¡Bang!

El peludo perro seguía, incansable, brincando de un montón de nieve a otro, iluminado por la incandescencia de sus ojos como si fueran fuegos de artificio.

La mujer advirtió la presencia de Pete, y su fascinación ante su desnudez, los grandes senos semejantes a huevos duros que dejaban la yema al descubierto, se tornó deseo y culpabilidad a la vez. No podía soportar el escrutinio de aquellos ojos negros y amenazadores. La mujer condujo deliberadamente al perro hacia la puerta trasera. Pete se dejó caer deslizándose sobre el cristal y se sentó de espaldas a la puerta.

Tendría que contar a su madre lo del ojo en el retrete. Algún día lo haría.

Había tirado de la cadena una y otra vez, pero el ojo se había negado a bajar hacia el fondo.

Su madre no se iba a creer que no había sido culpa suya que hubiera un ojo en el retrete.

Con el labio inferior salido y las mejillas ardiendo, Pete jugó con la pistola en su regazo. Le parecía más larga y pesada, desconocida. Pasó el dedo meñique por la mira y lo hizo descender hasta el agujero de la boca del arma; después, recorrió los quince centímetros del cañón hasta el seguro del gatillo. Rodeó con los dedos el hueco de la boca del largo cilindro. Tenía el mismo tamaño que la punta de su pito.

Entonces oyó los fuertes golpes de la pata del perro contra la madera de la puerta, y sintió miedo.

—¡No puedes entrar! No hasta que esté preparado.

En el lomo del animal había también espacio para él. Lo sabía. Pero si salía y montaba junto a la mujer desnuda, quién sabe si volverían a llevarle a casa.

Pete se echó a temblar. Sabía que nadie iba a creer nada de lo que pudiese contarles, sólo porque Norm tenía un inepto por compañero.

Trató de apretar el gatillo del revólver con el dedo índice, pero se le resistió.

La voz de su madre le llamaba desde la escalera, requiriendo su presencia. Ya había oído ese tono otras veces. Significaba..., significaba...

¡Estaba metido en un buen lío!

—¿De dónde ha salido el ojo que hay en el retrete, Pete Raff? No me gustaría estar en tu lugar cuando tu padre llegue a casa.

¡Pam! ¡Pam! El perro del hocico afilado quería hacerle salir. Pero Pete no necesitaba verle de cerca para averiguar que tenía dientes y garras poderosos.

—Lo que me gustaría saber —decía el capitán Moorman con severidad— es cómo estando usted allí, Raff, dejó que el pobre Norm se ahogara en ese retrete. ¿Me está escuchando, Raff? Más vale que encuentre una respuesta, y pronto.

—Oh, mierda —murmuró Pete, sabiéndose un hombre perdido.

Ya nadie lo quería. Lo mejor que podía hacer era ir a acostarse. Tal vez a la mañana siguiente las cosas volverían a ir bien.

Nunca le había gustado la oscuridad. En realidad, la odiaba. Quería luz, cuanta más, mejor. Cuando el sol resplandecía, rara vez sucedían cosas desagradables.

Su dedo volvió a apretar el gatillo de la pistola. Deliberadamente, con agresividad.

La luz del alba incidió de pleno en el rostro de Pete Raff, mientras los saludos, las despedidas y las banderas ondeaban en una brisa cálida y rojiza. Una silbante partícula de un meteorito llegado del espacio exterior describía órbitas alrededor de un ojo cansado y asombrado, en tanto que el cerebro, hirviendo con la efervescencia de un nido de avispas, entregaba sus últimos destellos de memoria y arrepentimiento en forma de estridente nota musical de corneta.

Hillary empezó a sentirse mal durante la clase de ciencias sociales. Los calambres la obligaban a encorvarse sobre el pupitre cuando el señor Rauscher lo advirtió e interrumpió sus explicaciones para preguntarle amablemente si deseaba que la excusaran para ir a la enfermería. Hillary sólo pudo asentir.

El profesor entregó al resto de la clase un pequeño examen que suscitó algunas miradas lascivas hacia Hillary cuando la niña abandonaba el aula sostenida por el brazo del señor Rauscher. En la cuarta planta, la enfermera de la escuela, la señora Groveman, se hizo cargo de ella e hizo que se echara en una litera. Después, bajó las persianas de las ventanas. Hillary no podía estirar las piernas.

—¿Crees que vas a vomitar? —preguntó la señora Groveman.

La enfermera colocó un cubo de desperdicios junto a la litera.

—No lo sé —respondió Hillary.

—No has empezado a menstruar aún, ¿verdad, Hillary?

—No.

—Podría ser eso —dijo la enfermera, jovial—. ¿Quieres marcharte a casa?

—Sí.

—Deja que te coloque un paño húmedo en la frente y llamaré a tu madre.

Groveman escurrió un trapo en el lavabo y cubrió los ojos y la frente de Hillary con él. La niña tenía los puños cerrados sobre el vientre, y se quejaba de un dolor especialmente prolongado. Un par de lágrimas asomaron bajo sus apretados párpados. Groveman le puso un termómetro en la boca y le advirtió que no debía morderlo.

—Volveré en seguida —dijo.

—Está bien.

El último calambre había sido el peor, pero ya no hubo más. Hillary se estiró con precaución en la litera y respiró hondo. Se sentía débil y soñolienta, apenas consciente del fino tubo de cristal que sostenía entre sus labios y del pequeño depósito plateado escondido bajo su lengua. La señora Groveman había vuelto, silenciosa. Hillary, al menos, creía oír a la enfermera de la escuela deambulando por la estancia. El trapo, que ya había dejado de estar frío, fue retirado de su rostro. Hillary suspiró, se quitó el termómetro de la boca y abrió los ojos.

—Hola, Hillary —dijo Polly Windross, y se inclinó sobre ella con una sonrisa en el rostro.

Hillary estuvo a punto de caerse de la litera. Los ojos se le salían de las órbitas. Las pecas de su cara se oscurecieron en contraste con la extrema palidez de su piel.

El cabello rubio de Polly caía en desorden sobre una mejilla y se enredaba como un bigote postizo bajo su expresiva nariz. Vestía su habitual boina escocesa roja y el chubasquero verde claro con ribetes oscuros. Sostenía el paño húmedo en su mano

izquierda. La derecha estaba escondida debajo del chubasquero.

—¿Qué te pasa? Pareces tan asustada... Sólo soy yo.

Polly tiró el paño húmedo al cubo de los desperdicios y describió con su mano un gesto autoritario.

—Vamos. Tenemos que irnos.

—Señora Grovemnnnnnn... —graznó Hillary, casi sin voz.

Volvió a echarse sobre la litera de imitación de cuero, lejos de los lánguidos dedos de Polly que la invitaban a salir, con la falda escocesa de su uniforme subida en torno a sus caderas. Miró, ansiosa, hacia la puerta de la enfermería, que permanecía cerrada. La sala estaba oscura en contraste con los brillantes rectángulos amarillos de las persianas de las ventanas.

—Oh, no seas tan niña —dijo Polly, torciendo ligeramente su boca infantil—. Ya te lo he dicho, tenemos que irnos.

—¿Adonde?

—Allí fuera. Todos nuestros amigos nos esperan.

—¿Quién... nos espera?

—Nuestros amigos, Hillary. Ven a ver.

Hillary no podía moverse. Estaba rígida por el pánico, pegada a la pared. Polly la observaba con un dejo de acritud en sus ojos azules. Había en ellos unas luces diminutas que jugaban en torno a sus pupilas. Hillary sintió algo, que debía de ser su tenue sombra proyectada sobre la pared, que se tornaba oscuro y musculoso, y lo bastante fuerte como para propinarle un pequeño empujón que la dejó, involuntariamente, al lado de Polly. Esta se encaminó hacia las ventanas con sus botas rojas, sin dignarse siquiera a volver la vista atrás hacia Hillary, quien seguía siendo impulsada, vacilante y a trompicones, un par de pasos detrás de ella. Cuando Hillary trataba de resistirse, la animada sombra la empujaba persuasivamente como un perro inconsistente y apremiante que le obligara a avanzar. Tenía que seguir moviéndose pese a la molesta pesadez de sus pies, la agradable sensación de quedar paralizada en la base de su espina dorsal y en la nuca.

Polly se detuvo para subir una de las persianas. Lo hizo en un abrir y cerrar de ojos. El cielo que se apreciaba en el exterior era gris, con vagas masas de nubes que flotaban en él. Hillary oyó, a través de la ventana, un clamor, un gran alboroto. Polly se hizo a un lado.

—Aquí están.

Hillary completó los dos pasos que la separaban de la ventana. Miró hacia el patio de asfalto de la Escuela del Santo Sacramento, que también se utilizaba como zona de estacionamiento de la iglesia. Una valla de hierro de color negro rodeaba la escuela y la rectoría. No había nadie en el patio, pero la calle adyacente estaba abarrotada de gente joven. Docenas de jóvenes, entregados a una especie de danza patética. Algunos de ellos tocaban instrumentos musicales, toscos y de fabricación casera, que gemían, vibraban y gorjeaban. Unos lucían vestiduras y maquillajes multicolores (el

efecto de sangre fresca resultaba muy convincente) y otros, para sorpresa suya, estaban desnudos. Hillary vio cabezas rapadas y rostros sin orejas; algunos se mostraban más espantosamente deformes. Tenían hocicos de cocodrilos, o pequeñas alas semejantes a las de los querubines.

Hillary experimentó un temblor amortiguado por el entumecimiento que se extendía por su espalda. Se volvió con lentitud hacia Polly.

—¿Ya es la víspera del Día de Todos los Santos?

—Qué boba eres.

—No me obligues a ir —sollozó la niña—. No quiero tener nada que ver con ellos.

—Tanto peor. Tu padre es incapaz de no meter las narices donde no le llaman. Es un perturbador. De modo que vendrás con nosotros para darle una lección. Todos éstos están aquí para eso.

Detrás de Hillary, la ventana empezó a abrirse con lentitud. Los oía, pero tenía miedo de volver a mirar, de apartar sus húmedos ojos de Polly.

—No. No.

—No seas tan testaruda. Mira, niña, estoy segura de que te gustará... cuando te encuentres allí. ¿Los oyes? Se están divirtiendo.

Pero Hillary sólo oía gritos atormentados, de degradación y dolor. Experimentó un acceso de rabia irlandesa.

—¡No iré!

—¡Oh, claro que irás!

Polly sacó la otra mano de debajo del chubasquero. No tenía carne. Un hueso anguloso golpeó a Hillary en la frente, propinándole una sonora bofetada. El chubasquero de Polly se agitó por efecto de una racha de viento que entraba por la ventana abierta y oscurecía su rostro. Hillary notó que el alféizar de la ventana impactaba contra sus muslos, y se encontró de repente cayendo hacia atrás. Sus manos extendidas buscaron algo a lo que asirse. Un rugido de enloquecido placer surgió de las gargantas de los seres que desfilaban obscenamente en la calle. Por encima de sus gritos, ella oyó la voz de un hombre que la llamaba con insistencia. Hillary, suspendida en el vacío, deseó no caer. Pero sus pies resbalaron y bajó en picado, de cabeza. Tuvo una borrosa e instantánea impresión de las ennegrecidas piedras del edificio de la escuela y del cielo denso y gris. Luego un fogonazo estalló entre sus ojos, y ya no sintió nada más.

A las dos de la tarde del doce de marzo una densa niebla situada sobre el puerto de Boston había obligado al aeropuerto internacional Logan a cerrar al tráfico por segunda vez en un mismo día. Los comandantes de los aviones en tránsito hacia allí, incluido el vuelo 60 de la compañía Alitalia procedente de Roma, que en ese momento se hallaba sobrevolando el Atlántico a 190 kilómetros al nordeste de Boston, fueron informados de un presumiblemente largo retraso y de las posibles opciones que podían considerar. El avión de Alitalia, un Boeing 747, podía desviarse hacia el aeródromo más próximo con capacidad suficiente para acoger a los jumbos, que era el aeropuerto internacional Bradley de Windsor Locks, Connecticut. Pero había un cincuenta y cinco por ciento de probabilidades de que el viento rolara y disipara la niebla en cuestión de minutos. El comandante estimó la reserva de combustible en un par de horas largas de vuelo y transmitió su intención de aguardar una mejoría en las condiciones climatológicas. Le asignaron un itinerario a unos sesenta kilómetros al norte de Logan, a una altura de tres mil seiscientos metros.

El comandante informó a los pasajeros, entre los cuales se encontraba el padre James Merlo, del retraso. Merlo había estado dormitando en un asiento con reposacabezas en el compartimento para no fumadores, donde disponía de algo más de espacio para estirar sus largas piernas. Oyó a medias el comunicado según el cual el largo vuelo estaba todavía lejos de finalizar, gruñó, volvió a disponer los cojines que se habían escapado de debajo de su cabeza, y siguió durmiendo.

En el edificio terminal de llegadas internacionales, Conor Devon vio un mensaje que parpadeaba en letras verdes en uno de los monitores de televisión: «Todos los vuelos retrasados por la niebla. Consulten a las compañías aéreas para más información». Conor interrogó a una esbelta muchacha napolitana con cabello corto, quien le dijo que el vuelo 60 estaba describiendo círculos a la espera de poder aterrizar en breve.

Conor compró una bolsa de cacahuets, consultó su reloj y efectuó una llamada con tarjeta a la tienda de modas La Perla. Kay Finlay fue quien respondió al teléfono.

—Oh, Conor, ahora no está aquí. La llamaron desde la escuela hacia las once y media o doce menos cuarto por algo relacionado con Hillary. Gina se marchó en seguida.

—¿Qué le pasa a Hillary? ¿Está enferma?

—Sufrió un accidente, pero dijeron que no era nada.

—Gracias, Kay.

La palabra «accidente» ocupó su mente, hinchada como un dirigible. Conor colgó el auricular, consultó su agenda en busca del número de teléfono del despacho de la directora de la escuela y volvió a marcar.

—Irene Wimbledon. Dígame.

—Señora Wimbledon, soy Conor Devon. Acabo de enterarme de que Hillary ha sufrido un accidente.

—Oh..., sí, pero se encuentra bien, señor Devon. No tiene por qué preocuparse. Se torció una rodilla cuando bajaba la escalera entre clases. La enfermera le aplicó una bolsa de hielo, y cuando su esposa llegó la hinchazón casi había desaparecido.

—¿Está Gina aquí?

—No, se marcharon hace una media hora. La señora Devon se llevó a Hillary a comer, y creo que luego querían salir de compras.

—Bueno, Hillary debe de estar bien si Gina tenía intención de ir de compras con ella.

—Oh, sí. Puede que cojee un poco durante un par de días.

—Es un alivio. ¿Cómo están los chicos?

—Los chicos están bien, señor Devon. Es un placer tenerlos en la escuela. Debo atender otra llamada, de modo que si es tan amable de disculparme...

—Claro.

Conor colgó el teléfono y consultó la hora en uno de los monitores. Las dos dieciocho. No apreció ningún cambio en la climatología. Si el padre Merlo tenía que desembarcar en Connecticut, debería esperarle allí y acompañarle hasta Vermont. No tenía sentido confiar en que tomaría un autobús que lo llevara hasta Boston. Pero mientras hubiera una sola posibilidad de que Logan volviera a abrir, tenía que esperar.

Se acomodó en un asiento demasiado pequeño para su corpulencia, abrió la bolsa de cacahuets y comió mientras hojeaba un estropeado ejemplar de una revista especializada en lucha libre que alguien había abandonado en el asiento vecino. Echó un vistazo a las mediocres fotografías en blanco y negro de hombres que conocía casi tan íntimamente como a su propia esposa. No encontró su ceñudo rostro por ninguna parte y dejó la revista a un lado. Acudieron a su mente pensamientos de Hillary y sonrió, sintiendo un profundo amor por ella. No tenía ni idea de que no había hablado con la Escuela del Santo Sacramento para nada, ni de que la voz que había oído al otro lado de la línea, tan convincente y tranquilizadora, no había sido la de la directora.

Gina había llegado a la escuela algunos minutos después de las doce, y encontró un sitio donde estacionar el vehículo en la calle adyacente a la rectoría. Era la hora de comer, y el patio de la escuela estaba abarrotado de niños que corrían y gritaban alocadamente, muchos de ellos en mangas de camisa debido a la elevada temperatura.

Mientras Gina atravesaba el patio, pasando ante la imagen de la Virgen erigida junto a la rectoría, escrutó con la mirada la marea de niños absortos en sus juegos, pero no vio a Dean ni a Charles. Todos los cursos tenían varias opciones para ocupar el tiempo libre que sucedía a la comida, y era probable que los niños se hallaran en algún departamento jugando con ordenadores o con animalitos.

Subió un tramo de escalera y pasó ante la puerta doble del jardín de infancia, que ya estaba cerrado. La directora del centro, Irene Wimbledon, la esperaba en los despachos situados frente a la sala de conferencias del primer piso. Era una mujer pequeña y rellenita que no hacía más que asentir y sonreír con una actitud servil. A pesar de la primera impresión, Wimbledon era una administradora inflexible que había sobrevivido cinco años en el cargo bajo la autoridad de un párroco caprichoso y temperamental que aborrecía a las mujeres a excepción de la Virgen María, por la cual sentía una especial devoción sobre la base de sus referencias.

—¿Dónde está? —gritó Gina, sin aliento—. ¿Se encuentra malherida? ¿Qué ha pasado?

Wimbledon puso una mano firme y tranquilizadora sobre el brazo de Gina.

—Hillary se ha salvado por los pelos de lo que pudo haber sido una caída fatal. Tiene algunas contusiones y erosiones, pero no está herida de gravedad, sólo terriblemente asustada por la experiencia. El padre Toomey se encuentra ahora con ella en el santuario. Me hago cargo de su impaciencia por verla pero, por favor, pase a mi despacho un momento.

Gina se dejó acompañar por un pasillo que discurría entre varias oficinas separadas por grandes cristalerías hasta un despacho con revestimientos de madera de color rosa y moqueta gris. La señora Wimbledon cerró la puerta y se sentaron frente a frente en sendas sillas de cuero con estructura metálica.

—He llamado al doctor Wersheba. Por desgracia, se halla en el hospital de San Antonio, pero me han asegurado que vendrá otro médico tan pronto como pueda.

—¿Por qué necesita un médico? —preguntó Gina.

Sentía su rostro entumecido como si se lo hubieran embardunado con una espesa capa de cola, y apenas podía mover los labios. El resto de su cuerpo temblaba visiblemente.

—Hillary se encuentra en un... estado de gran agitación. Creo que debo ser totalmente sincera con usted. Está histérica, y necesita que le administren tranquilizantes y la examinen. Existe la posibilidad de que alguien la haya atacado.

—¿Aquí? ¿En la escuela?

—Eso me temo.

—¡Yo misma la llevaré al hospital!

—Dudo mucho que Hillary quiera ir con usted. No saldrá del santuario. Cree que es el único lugar seguro para ella, al menos por ahora.

—Bueno, ¿qué le ha ocurrido?

—Sabemos que sufrió dolores de vientre durante la clase de ciencias sociales. El señor Rauscher la acompañó a la enfermería, donde la señora Groveman hizo que se tendiera en la litera. La señora Groveman dejó a Hillary sola un momento para venir al despacho a telefonarla. La línea estaba ocupada. Al terminar su clase, el señor Rauscher subió a interesarse por el estado de Hillary. Cuando abrió la puerta de la enfermería vio a Hillary muy cerca de una ventana que, creemos, ella misma había abierto. Estaba apoyada sobre el alféizar, echada hacia atrás, y el señor Rauscher asegura haber visto una expresión de pánico indescriptible en su rostro.

—¿Llevaba... puesto el uniforme?

Wimbledon asintió.

—Estaba completamente vestida. El señor Rauscher sólo dispuso de unos segundos para hacerse cargo de la situación. Su sexto sentido le indicó que iba a caer..., o saltar, desde la ventana. Usted ya conoce al señor Rauscher, ¿no es cierto? Fue un destacado atleta en su universidad, y goza de unos reflejos excelentes para un hombre de su fuerza y corpulencia. Alcanzó a Hillary en el preciso instante en que ella empezaba a caer y logró asirle por una pierna e izarle al interior de la habitación. Se libró por los pelos.

Gina permaneció inmóvil, mirando a la directora con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué cree usted... que alguien quería raptarla?

—Yo no he hablado de rapto, he dicho que tal vez alguien la atacó. La expresión de su rostro..., bueno, más vale que la vea y juzgue por usted misma.

—Espere..., espere un momento.

Gina hurgó en su enorme bolso en busca de un pañuelo de papel, dejando a un lado el revólver Colt Python que su licencia de armas le permitía llevar. Se secó las mejillas y se miró los ojos en un espejito; decidió que no merecía la pena recomponer el maquillaje. Asintió.

—Muy bien, estoy lista —dijo.

Gina pudo oír a su hija tan pronto como abrió la puerta lateral del santuario. La voz de Hillary tronaba en el interior del templo.

—¡BENDITA TÚ ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES Y BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE, JESÚS!

Hillary estaba arrodillada en el primer banco a la izquierda del santuario. El jesuita recientemente asignado al Santo Sacramento, el padre Toomey, estaba sentado junto a ella. Las luces instaladas sobre el altar habían sido encendidas.

—SANTA MARÍA MADRE DE DIOS...

La niña hizo una pausa para respirar. Su cuerpo temblaba presa de la agonía de una compleja emoción. Tenía un rosario enrollado en un puño.

—¡RUEGA POR NOSOTROS PECADORES, AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE, AMÉN!

Gina recorrió el santuario a la carrera. Hillary y el sacerdote la oyeron acercarse. Hillary alzó la vista y, en seguida, se agachó, como si se negara a reconocer a su madre. Tenía el rostro húmedo, por el sudor o las lágrimas. Había una marca rojiza en su frente semejante a una quemadura solar.

Gina, desconcertada, se detuvo junto al banco y se llevó las manos a la boca. El padre Toomey, un hombre joven y delgado, se puso en pie, rascándose perplejo el poco cabello que le quedaba.

—¿La señora Devon?

—¡NO PUEDO HABLAR CONTIGO! ¡TENGO QUE REZAR!

Gina no había visto nunca unos ojos tan cansados y torturados. Venció el irresistible deseo de desvanecerse, y supo conservar la calma. Hillary volvió la cabeza, contemplando la estatua que había a un lado del altar. Un cirio pascual de color gris había sido arrancado, tal vez por Hillary, revelando una Virgen esmaltada con un tono de piel opulento y unos ojos tristes y sombríos.

—SANTA MARÍA MADRE DE DIOS...

Las cuentas plateadas del rosario emitían un sonido metálico en sus manos temblorosas.

—¿Qué le ha ocurrido a Hillary en el rostro?

—No lo sabemos.

—No lo sabemos —repitió la señora Wimbledon, suavemente, a su espalda. Gina se volvió hacia ella.

—¿No pueden traer a un médico aquí?

—¡... AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE, AMÉN!

Gina se arrodilló delante de su hija.

—Hillary.

Hillary interrumpió su letanía, jadeando. Sus ojos giraban con éxtasis.

—Vete. Vete. Sólo quiero hablar con la Virgen María. —Se había mordido la lengua y había sangre en el labio inferior. Levantó los ojos hacia el alto jesuita. Gina hizo lo mismo. Su sonrisa parecía desesperada, dadas las circunstancias, pero sólo estaba nervioso—. Ella me escucha, ¿no es verdad? ¡Ella me protegerá! ¡No permitirá que se me lleven!

—¿Quién quiere llevarte? —preguntó Gina.

Trató, con maternal firmeza, de coger las frías manos de su hija, encadenadas por el rosario. Hillary se puso en pie gritando, y se apartó de Gina.

—¡NOOOOOO!

Trepó sobre el banco y echó a correr hacia el altar, donde se postró ante la imagen de Cristo crucificado que había junto a la pared. Mientras Gina se incorporaba

lentamente una puerta del nártex se abrió con un estruendo cavernoso. Recorrió la amplia nave con la mirada y vio una oscura figura que llevaba en la mano lo que parecía un maletín de médico.

—¡Hola! Soy el doctor Richards.

—Oh, gracias a Dios —murmuró Gina. Alzó la voz y dijo—: ¡Aquí, doctor!

Hillary se arrastraba por el suelo sin dejar de gritar. Gina se sujetó el estómago con ambas manos, sintiendo a su hija allí dentro como un peso largamente olvidado, fetal pero sereno. Eso intensificó su pánico; se sentía enferma de dolor.

El médico recorrió, desgarrado, la nave central. Llevaba un traje gris y unas enormes gafas de cristales rosados. No debía de ser mucho mayor que el padre Toomey. Apenas tenía rasgos faciales destacables: una nariz sembrada de espinillas y unas cejas finas y pálidas. En contraste, sus ojos eran de un negro intenso y parecían pegados a la superficie de los lentes, curvos y teñidos. A Gina le recordaba a algunos Teleñecos, pero éste no resultaba simpático y entrañable. Sintió repugnancia por Richards, por lo que presintió, de manera instintiva, era, en esencia, una naturaleza frígida. Con todo, se trataba de un médico.

Echó un vistazo a Hillary, quien se hallaba postrada sobre rodillas y codos, balanceándose y chillando. Luego miró a los adultos.

—¿Qué problema hay?

—Es mi hija —explicó Gina—. Alguien debió de atacarla. Actúa como si ni siquiera me conociera. ¿Puede usted hacer algo?

—¿Cómo se llama?

—Hillary Devon.

El médico asintió y abrió el maletín. Sacó de él una jeringa y un frasco precintado.

—Antes que nada tendremos que tranquilizarla.

—¿Qué es eso?

—Un sedante. Necesitaré un poco de ayuda... Usted distraiga a Hillary unos segundos. Ella tratará de resistirse. Sujétela con fuerza.

Volvió a hurgar en su maletín, esta vez en busca de un botellín de alcohol y un paquete de algodón hidrófilo. Los entregó a Wimbledon.

—Usted deberá limpiar con esto algún punto por encima del codo tan pronto como la señora Devon consiga sujetar a Hillary. Lo que menos nos interesa es asustarla más de lo que ya está.

—Yo ayudaré a sujetarle —se ofreció el padre Toomey.

—Oh, no, padre. Creo que ya habrá demasiada gente alrededor de la niña. Me hará un mejor servicio si me consigue una jarra de agua fría.

—Iré a la cafetería de la escuela por ella.

Richards observó al sacerdote con expresión pensativa mientras éste se encaminaba a la puerta lateral del santuario. A continuación, sonrió a las dos mujeres con los labios apretados, como si le dolieran los mofletes por el esfuerzo de sonreír.

Los tres se dirigieron hacia el embaldosado y alfombrado altar, donde Hillary rezaba a voz en grito.

—¿Qué es lo que tiene en la mano? —preguntó el médico, deteniéndose cuando se disponía a inclinarse sobre la distraída muchacha.

—Es su rosario —respondió Gina.

Cada vez que miraba el rostro del doctor, le parecía sutilmente distinto, como si fuese una imagen en la superficie del agua y no carne lo que estaba viendo. Pensó que se debía al nerviosismo.

—Tendrá que quitárselo.

El tono de su voz resultó algo brusco, y Gina frunció el ceño. Richards retrocedió un paso y sonrió. Sus inflexibles ojos giraban sin un objetivo concreto bajo los cristales de sus gafas.

—Podría hacerse daño, o herirnos a cualquiera de nosotros con él —explicó—. Debemos ser prudentes. Usted no sabe lo que puede llegar a ocurrir cuando se encuentran en este estado. De manera que, si es usted tan amable...

—Sí, doctor.

Gina se arrodilló de nuevo frente a su hija. Hillary gritó ante esa intrusión y trató de alejarse de ella.

—Cariño, cariño..., soy mamá. Todo irá bien. Nadie va a hacerte daño.

Hillary se quedó inmóvil unos instantes, rígida, con la cabeza gacha. Seguidamente, se dejó caer en el regazo de su madre y Gina le arrebató con destreza el rosario de su mano derecha. Se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta mientras acariciaba el rostro de su hija. Hillary tenía los ojos cerrados. Estaba muy caliente, sobre todo en la frente, donde conservaba la huella de una mano diminuta y esquelética en su delgadez. Su cuerpo se convulsionó y la niña comenzó a gimotear.

—¿Puede subirle la manga, señora Devon? —Hillary llevaba una blusa azul de manga corta bajo el uniforme escolar—. Muy bien, ya es suficiente. —Richards miró a la directora—. Ahora, ¿tendrá usted la bondad de restregarle el brazo con alcohol? ¿Está preparada, señora Devon?

Los párpados de Hillary aletearon. Gina puso un brazo alrededor de su cuerpo y le sujetó la muñeca con las dos manos. El médico hundió la aguja de la jeringuilla en la carne. Hillary jadeó y arqueó la espalda, pero al cabo de unos segundos, todo hubo terminado.

—El sedante tardará unos minutos en hacer su efecto. Háblele, señora Devon, mientras yo la reconozco.

—Doctor, su frente...

—Sí, ha recibido un golpe muy fuerte. Presenta una contusión en la pierna, pero no parece reciente. Déjeme echar un vistazo a la nuca. ¡Demonio! Puede sufrir una conmoción cerebral. Algo le ha producido un chichón... Hillary. ¡Hillary! Abre los ojos, por favor.

Hillary reaccionó lentamente. Parecía desconcertada. Intentaba hablar, o rezar,

pero sus palabras se hacían ininteligibles. Sus labios estaban agrietados e hinchados.

Richards había sacado una linterna de bolsillo de su maletín, y la enfocó hacia el rostro de Hillary.

—Mírame, Hillary. Eres una chica muy guapa, ¿lo sabías? Por cierto, yo soy el doctor Richards, pero todo el mundo me llama Pud. Es un nombre divertido, ¿no te parece? Puedes reírte, si quieres.

Hillary no se rió. Lo miró con fijeza, y se convulsionó aún espasmódica, mientras el médico la enfocaba con la linterna primero en un ojo, luego en el otro.

—Las pupilas son iguales y reactivas. Es un buen síntoma, pero quisiera hacerle unas radiografías. ¿Alguna de ustedes, señoras, sería tan amable de ir a llamar para pedir una ambulancia? —Gina se asustó. El médico puso una mano tranquilizadora sobre su hombro—. No quiero que Hillary se mueva más de lo estrictamente necesario. Es sólo por precaución, señora Devon.

—No funciona ningún teléfono de la escuela —dijo Wimbledon.

—¿Puede volver a intentarlo?

—Sí, claro. —La directora miró a Gina—. Hay un teléfono público en la estación de Exxon, a sólo dos manzanas de aquí. Si yo no consigo llamar...

Gina asintió.

—Entendido, yo probaré desde allí.

Hillary, la agarró de la mano.

—Mamá —dijo con una voz atona.

Al borde del llanto, Gina besó a su hija.

—Volveré en seguida. El doctor se quedará contigo.

—No se preocupe, señora Devon. El tranquilizante no tardará en hacer efecto.

Gina siguió a la señora Wimbledon a través de la puerta lateral y corrió a buscar su furgón Ford, estacionado en la calle. Al sentarse al volante y hurgar en el bolsillo equivocado en busca de las llaves del vehículo, encontró, en cambio, el rosario de Hillary; entonces, sintió que debía quedarse con su hija, aunque no tardaría más de cinco minutos en telefonar y regresar. Era un momento demasiado inoportuno para que ninguno de los teléfonos de la escuela funcionase.

Vaciló unos instantes, respirando profundamente, con una mano en la llave del contacto, pensando en lo vulnerable que le había parecido Hillary tendida cara arriba sobre el alfombrado suelo del altar, con los ojos vidriosos. «Pedid una ambulancia». Dio el contacto y apartó el vehículo del bordillo haciendo chirriar las ruedas, dobló un par de esquinas y se detuvo delante de la estación de Exxon, dejando el motor en marcha y la puerta abierta. Gina había memorizado varios números de teléfono locales, entre los cuales el de la policía, el de los bomberos y el del servicio de ambulancias. Marcó este último y habló con ellos. «Dense prisa». Volvió al Ford, hizo un cambio de sentido y regresó a la escuela. No tenía tiempo de buscar aparcamiento. Gina atravesó el patio a la carrera hacia la puerta trasera del santuario, entró y llegó al altar. La iglesia estaba desierta.

Gina gritó el nombre de Hillary.

—¿Señora Devon?

Se volvió y localizó al padre Toomey junto a la puerta del presbiterio.

—¿Dónde está?

El sacerdote parecía desconcertado.

—¿Hillary? El doctor Richards se la llevó en su coche. Dijo que no había tiempo para esperar a la ambulancia, y que les encontraría en...

—¿Les vio marcharse? ¿Qué coche lleva?

—Un..., uno de esos coches japoneses de importación. Un Toyota, creo. De cuatro puertas, azul oscuro.

—¿Hacia dónde se fueron?

—Hacia el este, a Oxendine.

Mientras Gina descendía la escalera hacia su furgón oyó la sirena de la ambulancia que se aproximaba. Se sentía enferma de terror. «No se atrevió a tocarle mientras sujetaba el rosario en la mano. ¿Por qué? ¿Adonde se lleva a mi hijita?». ».

Oxendine era una amplia avenida residencial donde estaba ubicado el centro comercial Watkins, un edificio lleno de tiendas de rebajas, autoservicios de comida rápida y un supermercado. La principal intersección que presentaba esta avenida era la carretera Treinta y Ocho de Massachusetts. El centro comercial se hallaba a poco más de un kilómetro de la parroquia del Santo Sacramento, y se apartaba claramente del trayecto más corto hacia el Hospital de San Antonio.

Gina cubrió la distancia hasta el centro comercial a noventa kilómetros por hora, con los ojos mirando a ambos lados de la calle en busca de algún indicio del coche de Richards.

A una manzana del centro comercial, Oxendine se convertía en tres carriles en direcciones distintas, uno de los cuales giraba a la izquierda, hacia la carretera Treinta y Ocho. Había un semáforo para cada carril, y la espera podía hacerse eterna: había siempre mucho tráfico hacia norte y sur. Unas tres docenas de vehículos se habían detenido delante de ella, en espera ante el semáforo en rojo. Uno de ellos, el tercero de la cola que aguardaba para girar a la izquierda, era un Toyota azul oscuro.

Gina se detuvo bruscamente en el carril izquierdo, siendo el séptimo vehículo de la cola. Dejó el motor en marcha, se apeó del furgón y corrió hacia el Toyota por la mediana central cubierta de nieve, pasando ante varios conductores sobresaltados. El viento agitaba sus cabellos sobre los ojos.

El hombre rubio de las gafas rosadas y la nariz llena de acné no la miró cuando aporreó la ventanilla del conductor del Toyota. Todas las ventanillas del automóvil tenían cristales ahumados. El rostro juvenil del médico aparecía pálido e inexpresivo como el de un pez en una pecera tras el cristal. Gina no podía ver quién ocupaba el asiento trasero. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con el seguro echado.

—¿Dónde está Hillary? —gritó.

La flecha verde parpadeó en el semáforo. El hombre que se hacía llamar doctor Richards ignoró a Gina, con las manos inmóviles sobre el volante y los ojos fijos ante sí. Daba la impresión de estar encerrado en una cámara desprovista de aire, de vida, como si la respiración hubiese dejado de constituir una de sus necesidades.

Gina miró a su alrededor, desesperada, en busca de algo que le permitiera romper el cristal de la ventanilla. Los dos coches que precedían al Toyota empezaron a moverse.

Richards se volvió bruscamente y la miró. Sus labios gordinflones se reunieron en un despiadado beso de desdén. Los lentes de sus gafas emitieron un resplandor rojo. Gina vio en esos lentes incandescentes, momentáneamente, imágenes de su hija, con los ojos cerrados como en un sueño eterno y los cabellos ardiendo.

Gina supo entonces exactamente a qué se enfrentaba. Desde la noche en que Conor había regresado de Chadbury con la nariz rota y Hillary se había sumido en

una crisis inexplicable, había estado tratando de prepararse subconscientemente para ello. Ahora disponía de dos opciones y unos pocos segundos para decidir: podía entregar a su hija y enloquecer, o bien, en aquella ventosa esquina de los suburbios, bajo un cielo sin sol, luchar por ella.

El rostro de Richards se volvió hacia el parabrisas, y una de sus manos se deslizó unos centímetros sobre el volante mientras se preparaba para arrancar. Gina buscó en su bolso, y sacó el revólver Colt Python. Lo empuñó con ambas manos y adoptó de una manera inconsciente la postura que le habían enseñado en el campo de tiro del Departamento de Policía de Joshua. Entonces, le disparó a la cabeza.

El proyectil magnum 357 practicó un pequeño agujero en la ventanilla. El impacto de la bala contra los huesos del cráneo proyectaron la cabeza de Richards adelante y atrás sobre el volante. La parte izquierda del parabrisas estalló en fragmentos ensangrentados de vidrio y los sesos del hombre se desparramaron sobre el salpicadero y el capó. Gina, reculó un paso por efecto del retroceso del arma, y ensordeció repentinamente presa de una conmoción. El día se tornó todavía más gris. Su campo de visión se estrechó hasta incluir únicamente el revólver niquelado que sujetaba con ambas manos, el hombre desplomado sobre el volante del Toyota y el mar centelleante de los vidrios destrozados. El torrente de sangre rojísima en el interior del Toyota.

Al otro lado de la mediana, un hombre había detenido una camioneta de reparto para observarle. Al menos doce personas más le habían visto empuñar el revólver y disparar al interior del Toyota, pero Gina ignoraba que existieran. Estaba sola en el mundo con un hombre al que acababa de matar.

Luego se quedó totalmente sola, porque Richards se incorporó con lentitud sobre el volante, con su destrozada cabeza erecta, y arrancó sin volver la mirada atrás. Giró a la izquierda para tomar la carretera Treinta y Ocho de Massachusetts.

Gina, para quien este suceso no resultó más difícil de creer que el hecho de haberlo matado en primer lugar, echó a correr detrás del Toyota, con el arma en la mano, y estuvo a punto de ser atropellada por un camión distribuidor de gasolina al cruzar la carretera. El Toyota la dejó rápidamente atrás. Levantó los ojos hacia el estupefacto rostro del conductor del camión, giró sobre sus talones y corrió sollozando hacia su vehículo.

Había dejado el motor en marcha, pero se había calado. Trató de volver a ponerlo en marcha sin apartar los ojos del Toyota azul, que prácticamente había desaparecido de su vista en dirección norte.

—¡NO, NO, NO, NO!

Gina recogió el revólver que había dejado en el asiento contiguo y saltó del furgón. Echó a correr por la avenida Oxendine, esquivando el tráfico que circulaba en sentido contrario, hacia la zona de estacionamiento del hipermercado Grand Union. Buscó un coche, cualquier coche, que le permitiera proseguir su persecución. Logró evitar el impacto de un carrito de la compra contra su estómago cuando salía de un

pasillo a otro.

—¿No podría mirar por dónde...? ¡Gina!

Gina se apartó del extremo del carrito cargado de bolsas, se apartó los cabellos de los ojos y vio una cara conocida de la parroquia del Santo Sacramento: Louise Briggens. Habían colaborado juntas en varios comités. Louise adoptaba una cierta tendencia despótica. Tenía seis niños y un trasero semejante a la popa de un remolcador.

—Hola, Louise.

—¿Qué..., qué estás haciendo con esa pistola? —dijo Louise, al tiempo que arqueaba sus teñidas cejas rubias.

—Louise, ¿es éste tu coche?

—No, el mío es aquel Cutlass Supreme. Gina, ¿estás...?

—Necesito que me prestes tu coche, Louise. El mío no arranca, y él se está alejando. Dame las llaves de tu coche.

—¿Las llaves de mi...?

Gina la encañonó con el revólver.

—No tengo tiempo para discutir contigo, Louise. Han raptado a mi hija y él todavía puede conducir, no sé cómo, porque le he disparado a la cabeza. Eso significa que no es humano, ¿te haces cargo de mi situación? Y no tengo a nadie que me ayude. —Había empezado a sollozar. Controló el tono de su voz y sacó el pecho—. Las llaves, ¿están en tu bolso? Dámelo, Louise. Voy a rescatar a mi hija y juro ante Dios que te dispararé también si no haces lo que te digo.

Las cejas de Louise Briggens oscilaban arriba y abajo, como pájaros nacidos en una jaula cuando tratan de volar en vano. Se echó a temblar y empezó a emitir unos ruidos ahogados. De repente, vomitó un trozo de coliflor sobre una de las bolsas de la compra.

Gina aprovechó este momento para arrebatarse el bolso de la muñeca derecha y echar a correr con él hacia el Cutlass Supreme color crema que Louise le había indicado, recelosa, antes de enfermar tan repentinamente. Gina encontró las llaves y se deshizo del bolso, abrió la portezuela del coche y se sentó al volante. Louise se había desplomado de rodillas junto a su carrito, chillando presa de un ataque de histeria. Gina no le prestó atención alguna. Una película de sudor le recubría el labio superior, acentuando la palidez que su rostro había adquirido. Los ojos, detrás de sus gafas de conducir, eran fríos, pero podían inyectarse de odio amenazador en un solo instante, como Louise Briggens había tenido ocasión de observar.

Gina volvió a dejar el revólver al alcance de la mano y metió la marcha atrás para sacar el vehículo de su lugar. Recorrió la zona de estacionamiento hacia la salida que daba a la carretera Treinta y Ocho, en el lado opuesto del edificio, sin hacer caso a las flechas pintadas en el suelo. La radio del coche estaba encendida, vomitando música rock por cuatro altavoces. Iron Maiden. Black Sabbath. Death Freak. Louise Briggens acababa de revelarse como una adicta secreta al heavy-metal. La estridente música

encajaba con el sentimiento de urgencia de Gina, con sus funestos pensamientos.

Gina no reparaba en el flujo de vehículos que le venían de cara. Sólo se preocupaba de hacer sonar el claxon y de acelerar por los tres carriles y la desigual mediana central de la carretera.

Alcanzó los cien kilómetros por hora en escasos segundos, eludiendo peligrosamente los vehículos lentos a medida que la carretera iba ascendiendo una cuesta, alejándose de la zona comercial para adentrarse en un paisaje semirrural, en una mescolanza de pequeños huertos, humildes establecimientos a pie de carretera y alguna que otra calle urbanizada esculpida en la ladera de la colina. El estanque Chopick se hallaba a unos seis kilómetros, y no existía ninguna intersección de primer orden en todo el trayecto. Gina se encomendó en voz alta a todos los santos patrones de su familia, y siguió adelante.

El proyectil que Gina había disparado a la cabeza de Richards apenas había sido ralentizado por el espesor del cráneo y por la densa masa del cerebro que contenía. Había sido desviado por dos veces, primero por el hueso y en segunda instancia por el volante, deformándose hasta parecer un pedazo de champiñón metálico. La bala perforó la fina capa protectora de plástico del tablero a la izquierda del odómetro y del cuentakilómetros, para finalizar su recorrido en el depósito de gasolina, donde empezó a causar problemas casi de inmediato. Richards no necesitaba el cerebro ni el sistema nervioso central para seguir funcionando hasta cumplir la misión para la cual había sido creado; tan sólo requería manos y pies, que podían ser dirigidos con facilidad por el ente que controlaba su cuerpo.

El Toyota azul era otra cosa. A diferencia del cuerpo de Richards, no se trataba de una materialización realista y pródiga en detalles. El dañado depósito de combustible chorreaba gran cantidad de gasolina, y el coche empezó a avanzar con dificultad, a desprender humo y a aminorar la velocidad muy cerca de su destino: la desierta orilla oriental del estanque Chopick. Richards recibió la orden de dejar la carretera Treinta y Ocho de inmediato. Pero, para entonces, Gina ya le había dado alcance y circulaba tras él, haciendo sonar el claxon, con la visión oscurecida por la humareda que emanaba del capó del Toyota mientras ambos vehículos avanzaban dando tumbos por un estrecho camino con paredes de nieve sucia a ambos lados.

El camino serpenteaba a lo largo de cuatro kilómetros de recorrido hacia la helada orilla del estanque, jalonado por alguna residencia de verano ocasional y una cabaña de madera construida por unos carpinteros tan entusiastas como inexpertos, carentes de cualquier sentido de la proporción. Frente a la cabaña había una zona de estacionamiento cubierta de nieve. Era el refugio veraniego de la Iglesia Evangelista del Verdadero Testimonio. Ante el edificio estaba aparcado un imponente y viejo camión con la cabina inclinada hacia adelante. Un desgarrado mecánico que llevaba una máscara de soldar y un soplete en la mano prescindió de levantar la cabeza al paso de los dos coches por el solitario camino. Pero otros ojos los observaban.

—Buddy Buck —dijo Zipporah, haciendo una pausa para echar una ojeada por la portilla abierta sobre la litera que compartía con su amante—, creo que ese coche que acaba de pasar por nuestro lado estaba ardiendo.

—Zipporah —gruñó Buddy Buck Mayhew—, ¿y eso qué importa en un clima como éste? Me has hecho perder el ritmo.

—Está bien, lo siento. Pero creo que nuestro deber de cristianos es ayudar a nuestros vecinos cuando tienen dificultades.

—Nosotros no tenemos vecinos aquí, Zipporah. Sólo hemos tomado prestada la zona de estacionamiento de la iglesia hasta que Sedalia haya reparado las bielas.

—Jesús dijo...

—Zipporah, no me gusta que me hables de Jesús cuando estoy intentando correrme. Haces que me sienta obsceno.

—Está bien —murmuró ella, dócil.

Su pequeño trasero había dejado de menearse presa de éxtasis. Buddy Buck hizo una pausa.

—¿No lo estoy haciendo bien, cariño? —preguntó de forma suplicante.

—Lo estabas haciendo bien hasta que me has tocado con tus dedos, y, ¿sabes una cosa?, últimamente tienes los dedos muy fríos. Y también los dedos de los pies. Resulta muy desagradable.

—No puedo evitar tener los dedos fríos. Estamos padeciendo un tiempo gélido.

—No sé por qué teníamos que viajar a Massachusetts en esta época del año. No consigo acostumbrarme a la nieve y el hielo. Y he tenido la garganta ronca durante una semana, no es broma. Creo que terminaré por quedarme sin voz. Me gustaría poder olvidarlo todo y regresar a Alabama. En casa estábamos mucho mejor.

—¿Olvidarlo? ¿Olvidarlo? Querida, soy consciente de que hace un frío casi polar, pero debes recordar una cosa: el demonio no duerme ni hiberna. Y no va a esconderse de Buddy Buck Mayhew, el guerrero de Dios sobre ruedas. ¡Aleluya!

—¿No podíamos haber viajado de costa a costa por Luisiana y Texas?

—Éste es el lugar ideal para iniciar nuestra Primera Cruzada Anual Interestatal. El demonio vino a este país a bordo del *Mayflower* con los padres peregrinos, y todavía no lo ha abandonado. ¿No has leído nunca nada sobre la caza de brujas en Salem?

—Oh, sí, creo que leí algo. ¿Todo eso sucedió por estos alrededores?

Zipporah se echó a temblar dramáticamente.

—Claro. Puede que me haya tomado demasiado tiempo en el hotel antes de lavarme con la Sangre del Cordero, pero eso no significa que sea un ignorante. Sé que hay muchas almas en Massachusetts que necesitan la salvación, si es que se atreven a salir de sus casas. Además, si la gente no me ve, tampoco va a escucharme por la

radio. Y si no consigo un espacio radiofónico de ámbito nacional, tendré que pasar el resto de mi vida a más de sesenta kilómetros de Sylacauga.

—Buddy Buck, se te ha encogido como una salchicha estropeada.

—Ya sabes que no me gusta hacerlo con demasiada conversación, Zipporah —alegó él, desconsolado.

—Lo siento. ¿Por qué no descansamos un rato? Ya lo hemos hecho dos veces antes del desayuno.

—No, hace demasiado frío para salir. Me vestiré e iré a echar una mano a Sedalia en sus reparaciones. Tenemos que estar en el establecimiento de compra y venta Motorama antes de las cuatro y media.

—No me parece muy ético predicar el evangelio por todas partes al mismo tiempo que él se empeña en vender coches usados.

—Todos los coches usados del primo Bob Pike están garantizados, y además, vamos a salir en directo por televisión durante los espacios publicitarios. ¿Sabes cuánta gente ve las reposiciones de *Starsky y Hutch* por estos contornos? Es lo que en el mundo del espectáculo se denomina una interrupción estratégica en la programación. Demos gracias a Dios.

Zipporah había bajado de la litera al pequeño compartimento del camión Peterbilt. Su blanca piel tenía carne de gallina, y sus grandes ojos castaños delataban un dejo de aprensión. Llevaba las manos entrelazadas bajo sus estupendos senos, los cuales, de haber estado desnuda a la luz del sol del mediodía, habrían proyectado suficiente sombra para cubrir el resto de su cuerpo.

—Buck, ¿sabes una cosa?

—Sé —dijo él, ensimismado— que si Dolly Parton pudiera verte de perfil se moriría de envidia.

—No, no. He oído algo en la lejanía, como una explosión. ¿No lo has oído?

—¿Cómo quieres que lo haya oído si estoy casi sordo del oído derecho?

Le dedicó una generosa caricia en el trasero mientras se estiraba para alcanzar sus calzoncillos largos.

El motor del Toyota azul ardía literalmente cuando llegó al final del camino y hundió el parachoques delantero en la pared de nieve congelada que delimitaba un prado.

Gina detuvo el Cutlass que había tomado prestado unos metros más adelante y se apeó con el revólver en la mano.

Vio como se abría la puerta del conductor del coche ardiendo y la figura de Richards abandonaba su asiento. Su destrozada cabeza aparecía envuelta en una humareda negra. Abrió la puerta trasera, moviéndose a trompicones, y estiró ambos brazos hacia el interior del vehículo. Reapareció con el cuerpo inconsciente de Hillary.

—¡Alto! ¡Déjala en el suelo!

Richards, sujetando a Hillary longitudinalmente a la altura del estómago, se volvió hacia ella. Gina lo vio mejor, y deseó no haberlo hecho. No tenía frente, tan sólo un boquete del tamaño de un puño en el cráneo desde las cejas hasta las sienes. Las gafas rosadas colgaban de una sola varilla sujeta en la única oreja sana. Tanta sangre había brotado sobre su rostro —y seguía manando de la boca en forma de regueros y grumos— que su cabeza sugería la imagen de un calamar que se balanceara en un mar agitado. Un ojo incapaz de fijar la visión sobresalía de aquella masa rojiza. El otro ojo había desaparecido.

Richards empezó a describir círculos; andaba con dificultad sobre la profunda nieve, como si tratara de orientarse; como si obedeciera a las instrucciones de algún ente sobrenatural. Gina presenciaba aquella sobrecogedora escena con lunática frialdad, su mente anclada en el Toyota, temerosa de que pudiera explotar y convirtiese al cadáver andante y a su hija en pasto de las llamas.

Pero, tal vez, también Hillary estaba muerta: de hecho, permanecía completamente inerte.

—¡Hillary! —gritó Gina.

Su voz rebotó en el pavimento gris del cielo, en el lago helado y en los desiertos bosques que les rodeaban.

Gina creyó ver palpar los pálidos párpados y pestañas de la niña. Era suficiente para ella.

Se dejó caer sobre la nieve amontonada a un lado del camino, sin saber qué hacer ni cómo poner término a esa situación. No moverse supondría congelarse eternamente, eclipsada por el mal que intentaba llevarse a su hija. Levantó el plateado revólver, pero no se atrevió a disparar. ¿Qué impresión proporcionaría el impacto de otra bala? En su ansiedad, además, podía herir a Hillary.

Ahora el cadáver viviente avanzaba por el prado, a grandes zancadas; se hundía en los bancos de nieve profunda y emergía con irreal estabilidad. Llevaba a Hillary

por el campo abierto hacia un altozano que se erigía a la orilla del estanque, en la cima del cual se divisaba una gran estructura de piedra parecida a un caserón y rodeada de árboles negros semejantes a pinceles estropeados con las cerdas recortadas sobre el cielo.

Gina, mucho más baja que Richards, tenía serios problemas para avanzar tras ellos a través de aquella profunda capa de nieve. Muy pronto se quedó sin aliento. Su ritmo no constituía amenaza alguna para aquel ser que no necesitaba respirar y que aumentaba la distancia entre ellos, pese a la carga que transportaba. Una bandada de siniestros pájaros sobrevolaba los árboles y el tejado del caserón. Gina oyó sus estridentes graznidos como si fueran expresiones de triunfo, de lúgubre bienvenida.

A unos cincuenta metros detrás de ella, el Toyota estalló en una violenta explosión. La luz diurna se oscureció de momento, y Gina acusó una oleada de calor en la nuca. Se estremeció y exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Ayúdame!

Los graznidos de los pájaros se intensificaron. Algunos de ellos sobrevolaron el prado, y le parecieron mucho más grandes y amenazadores. Gina se sentía desfallecer por el esfuerzo y el terror. Perdía terreno rápidamente. Tenía la sensación de que si perdía a Hillary de vista, no volvería a recuperarle jamás.

Richards se movía sin cerebro, pero su avance ¿podría seguir sin piernas?

Gina se detuvo junto a un tronco congelado y desprovisto de corteza y levantó el revólver, usando una rama a modo de soporte.

El cadáver viviente se hallaba a unos veinte metros delante de ella, y subía la cuesta con asombrosa agilidad. Gina sintió inquietud por la eventualidad de que la bala rebotara en una roca escondida bajo la nieve. Luego desterró de su mente los temores ante un posible fallo y apuntó con sumo cuidado mientras se concentraba en apretar el gatillo con lentitud y firmeza. Había sido una buena alumna, la mejor de su clase. «No te precipites, no...».

Gina disparó. Falló.

Volvió a disparar. Falló de nuevo. La dificultad de un objetivo en movimiento era nueva para ella.

Temblando, desalentada, cambió de postura. Bajó el revólver y disparó una vez más.

Lo alcanzó en la pierna izquierda, a la altura de la rodilla.

El veloz proyectil prácticamente le arrancó la parte inferior de la pierna. Richards se desmoronó hacia adelante y Hillary cayó de bruces sobre la nieve.

Gina corrió tan rápido como pudo. El intenso frío hacía que las lágrimas inundaran sus ojos y oscurecieran la visión de una mujer, vestida toda ella de negro, inmóvil en la cima de la montaña junto al caserón, con sus largos cabellos agitándose al viento como un estandarte negro. Sus ojos concentraban las tinieblas de una eternidad aterradora.

Aquella ominosa presencia, junto con el griterío de los pájaros posados en los

árboles sin hojas o bien revoloteando como pedacitos de papel emergidos de una chimenea caliente, distrajeron a Gina. Vio manchas de sangre ante sí sobre la nieve. El cadáver viviente se arrastraba con las dos manos, en un intento de alcanzar a Hillary. Una mano repugnante y codiciosa cayó sobre el muslo de la niña. Con los labios revelando las encías en una mueca de ímprobo esfuerzo, Gina cayó de rodillas junto a su hija y la retiró de las garras de Richards. Hillary respiraba. Sin aliento, Gina se concedió unos preciosos instantes de descanso. Experimentó la sensación de ser observada por la espalda, con curiosidad y creciente desagrado. No volvió la cabeza. Se concentró en rezar por conservar las fuerzas necesarias para llevarse a Hillary lejos de allí. Sus plegarias fueron interrumpidas de pronto y con brusquedad por una negra marea de odio que irrumpió en su mente.

«Ahora ella es nuestra».

—¡No!

Gina se volvió, con el dedo en el gatillo del revólver.

Esta vez no vio más que las bandadas de pájaros negros reuniéndose, ala contra ala, sobre los árboles, conformando un espeso sudario. De repente, sintió la mano del muerto en torno a su tobillo, asiendo con fuerza la empapada bota. Gina pataleó con violencia, se puso en pie y se guardó el revólver en el bolsillo. Necesitaba las dos manos para sujetar a Hillary. La nieve aparecía manchada de rojo a su alrededor allí donde Richards braceaba desesperadamente, sin emitir sonido alguno. ¿De dónde había procedido aquella voz hostil? Gina sintió la nuca congelada, no por el frío, sino por el terror.

Logró incorporar a Hillary y se la cargó sobre los hombros, asiéndola por los brazos y las piernas. Era el método que los bomberos utilizaban, y lo había aprendido en un cursillo de primeros auxilios. Había cargado un hombre adulto de un lado a otro del gimnasio. Aplausos. Claro que allí no había nieve, ni tuvo que soportar el peso suplementario del miedo. Tardaría casi toda una vida en llegar hasta el coche, detenido al otro extremo del prado, y no había otro modo de llegar a él más que desandando el trayecto que la había llevado hasta allí. La nieve removida describía una especie de sendero. Era impensable regresar por un camino distinto.

«Entréganosla».

—¡JÓDETE! —aulló Gina, irrumpiendo en llanto.

Se volvió, con una rapidez que casi le hizo perder el equilibrio, hacia donde había visto a la mujer junto al caserón. La mujer había reaparecido, y ahora tenía una compañera a su lado. Una chica rubia tocada con una gorra verde. Se palpaba la mejilla con aire ausente con una mano descarnada. Otros seres semejantes — nominalmente humanos, pero todos ellos caracterizados por alguna horrible deformación— parecían emerger del interior del caserón.

Gina se detuvo, se desabrochó la chaqueta y se abrió la blusa para mostrar la pequeña cruz de oro que llevaba colgada sobre el pecho. Seguidamente inició, tambaleándose sobre sus entumecidas piernas, el descenso hacia el coche, cargando

con el inestable cuerpo de Hillary sobre sus hombros encorvados.

—Tengo que conseguirlo, tengo que conseguirlo, tengo...

Oyó gritos a sus espaldas. Aquello le proporcionó una inesperada inyección de confianza, e incluso sintió ganas de reírse ante semejante demostración de rabieta infantil.

Gracias a Dios que sólo hacía dos días que había ido a confesarse. Se sabía fuerte en su fe y limpia de pecado. No había en ella ninguna debilidad que les permitiera vencerle.

Sólo Hillary seguía siendo vulnerable.

Delante de ellas, sobre la nieve, apareció una sombra, tenue al principio. Oyó un frenético batir de pequeñas alas.

—Aunque estoy andando por el valle... de la sombra de la muerte no debo... temer ningún mal...

Pero no avanzaba lo bastante rápido. La enorme sombra se extendía por todas partes. Gina vislumbró la huella casi incandescente sobre la frente de Hillary y alzó los ojos hacia el cielo. Presa de pánico y desconcierto, los vio acudir, una masa de pequeños pájaros que aleteaban grácilmente, una oscura nube de alas. Los pájaros revolotearon a su alrededor, picoteando y graznando, y al momento siguiente Hillary hubo desaparecido, arrancada de los hombros de Gina. Se la llevaron volando como si fuese una pluma hacia la cima de la colina, hacia el caserón, entre el entusiasmo de sus moradores.

Gina presenció todo este espectáculo sin experimentar ninguna turbación en su mente antes de tambalearse y desmoronarse de costado sobre la nieve por última vez.

—¡Dios mío! ¡De no ser porque lo he visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído! ¡Escucha! No vuelvas a cerrar los ojos. Tienes que levantarte, o de lo contrario morirás congelada. ¡Despierta!

Gina tuvo la vaga impresión de que alguien le estaba hablando, del impacto de una mano pequeña y firme en su fría mejilla. Hizo una mueca de dolor al recibir un segundo golpe y enfocó lentamente la cara que tenía delante. Era bonita. Si sus ojos no estuvieran tan juntos, ni sus blancos dientes tan separados, sería una auténtica belleza. Su rostro estaba enmarcado por la capucha de un abrigo forrado de piel. La punta de su nariz respingona era de color rojo. Ni siquiera este toque diabólico le confería parecido alguno con Satanás o con uno de sus seguidores. Sus ojos eran puros como el agua de lluvia.

Gina trató de hablar.

—¿Quién... tú?

—Me llamo Zipporah Honeycutt, y he visto lo que le ha sucedido a esa niña que llevabas. Se declaró una especie de gran tornado negro que la aspiró montaña arriba donde esperaban los otros. ¿Quién era?

—Hillary. Mi... hija. —Gina intentó incorporarse y cayó sobre los grandes senos de Zipporah—. ¡Oh, Dios! —sollozó—. ¡Han vuelto a llevársela!

—¿Se trata de algún culto demoníaco? ¿Sabe qué he visto también? Ese cuerpo, o lo que fuera, se fundió como un helado en una acera caliente y desapareció sin dejar rastro. ¡Pof! —exclamó Zipporah, imitando un estallido—, Buddy Buck tenía razón. El demonio está aquí, en Massachusetts, y tiene ganas de luchar.

Gina se estremeció en un nuevo intento de incorporarse.

—Despacio, querida —dijo Zipporah, en un tono más suave—. He visto dónde se escondieron. Están en esa casa que hay en la cima de la colina.

—Hillary...

—No te preocupes. La rescataremos. Pero necesitamos un hombre combativo a nuestro lado, un hombre sincero y justo a los ojos del Señor, ¡amén! Vamos, tenemos que regresar al Camión de la Buena Nueva de Dios ahora mismo, antes de que esos demonios decidan perseguirnos. Ya te he dicho mi nombre; ¿cuál es el tuyo?

—Gina.

—Gina, ¿puedes responderme a una pregunta? ¿Has sido rebautizada?

—Eh..., no, soy católica.

Zipporah retrocedió un paso, apartando sus manos del cuerpo de Gina como si repentinamente quemara demasiado como para tocarlo.

—¡Cielo santo! ¡Una papista! No sé cómo va a tomárselo Buddy Buck.

Gina se mostró herida y molesta.

—No quiero discutir de religión con nadie. Sólo quiero a mi hijita. La rescataré

yo sola.

—¡Oh, no, no puedes hacer eso! Mira allá arriba.

Gina volvió la cabeza lentamente hacia el caserón de la colina. Aparecía envuelto en un aura, una negrura emponzoñada y a punto de estallar. Se sintió tan horrorizada e intimidada que no tuvo más remedio que abandonar su idea. La cabeza le dolía de una forma atroz.

Zipporah la rodeó con un brazo.

—No sé nada de ti —dijo—, pero tengo el corazón en un puño. Buddy Buck sabrá qué hacer. Vamos.

Las dos mujeres avanzaron tambaleándose sobre la nieve, Zipporah en primer lugar, hacia el camino. En el trayecto, Zipporah se sintió obligada a poner a Gina en antecedentes de su historia reciente. Parecía ser una de esas mujeres que trabajan más de prisa, actúan con mayor decisión, cuando el motor de su lengua funciona al máximo de revoluciones.

—Tan sólo llevo con Buddy Buck los últimos ocho meses, pero hemos compartido varias experiencias gloriosas desde que decidimos asociarnos para transmitir las buenas nuevas del Evangelio a las gentes que viven alejadas de Jesús. Él reza y yo canto. De todos modos, el primo de Buddy Buck, Bardahl Tillman, de Opelika, tuvo un accidente con su *stock-car* en una prueba y padeció dos operaciones que lo apartaron para siempre del mundo de la competición. Sólo le quedaban dos letras pendientes para terminar de pagar el Peterbilt, y Joyzell, la esposa de Bardahl, no lo usaba para nada. El camión se pasó días y noches aparcado en los terrenos de la bonita propiedad donde residen, y un par de vecinos ya les habían pedido que le pusieran precio. De modo que una noche Buddy Buck tuvo una inspiración mientras nos disponíamos a asistir a una de nuestras reuniones en la Iglesia Evangelista. Se volvió hacia mí, vestido con su traje nuevo de predicador, y vi aparecer en su rostro una expresión radiante como la aurora; fue como una de esas misteriosas señales que te indican que alguien muy próximo ha sido tocado por la mano de Dios. Me dijo: «Zipporah, Dios quiere que tome el viejo camión de Bardahl y vaya a predicar de costa a costa, combatiendo el demonio a cada kilómetro del trayecto». Tras los instantes de regocijo inicial, se me ocurrió preguntarle: «Buddy Buck, ¿de dónde piensas sacar todo ese dinero? Ya sabes que Joyzell es más dura que la piel de una uva». Él replicó, sonriente: «Dios pondrá un benefactor en nuestro camino». Y, ¿sabes qué?, su predicción se cumplió en cierto sentido. Dos semanas después, el tío de Buddy Buck, Clemson Hobbie —me refiero a los Hobbie de Georgia—, se ahogó con un trozo de pollo frito, que constituía su cena habitual de los viernes en el café L y N, y murió de asfixia, pobre hombre. Nunca tuvo una bata decente que ponerse en toda su vida. Hay gente que, aun poseyendo todo el dinero del mundo, no puede permitirse gastar ni un centavo para comprarse un desodorante o un par de calcetines nuevos. Clemson era una de esas personas, pero el Señor, en Su sabiduría, vio que había hecho testamento, y Buddy Buck heredó seis mil dólares de aquella tragedia.

Una cantidad suficiente para acabar de pagar el Peterbilt a la compañía y acondicionarlo para la Cruzada. Buddy Buck firmó un contrato por el cual se comprometía a pagar a Joyzell otros trescientos dólares al mes durante medio año en concepto de traspaso. Todavía no ha incumplido ni un solo pago, pero tenemos que afrontar otro el jueves próximo y ahora mismo no sé de dónde vamos a sacar el dinero. ¿Es éste tu coche? ¿El Cutlass? Estoy tan agotada... Vámonos de aquí. ¿Quieres que conduzca yo?

Gina asintió y le entregó las llaves. A continuación se dejó caer en el asiento del acompañante con la cara pálida y la mirada ausente.

—No hay espacio para dar la vuelta, tendré que hacer marcha atrás hasta la zona de estacionamiento de la iglesia. Es un pequeño milagro que haya llegado en el momento oportuno. Ya estaba harta de pasar todo el día encerrada en ese camión mal ventilado y salí a respirar un poco de aire puro. Además, oí la explosión, y cuando hube andado unos metros vi ese otro coche ardiendo, y esa multitud de gente perversa en la cima de la montaña.

Zipporah, mirando sobre su hombro, condujo el Cutlass marcha atrás dibujando imprudentemente las cerradas curvas del camino. Gina escondía el rostro entre las manos.

—Resulta bastante solitario viajar con Buddy Buck. Yo nací en el seno de una familia numerosa y estoy acostumbrada a tener mucha compañía. A los dieciséis años de edad me asocié con dos de mis hermanas, Moxie Ann y Zelda Fem Honeycutt, y formamos un grupo de música *country*. ¿Te gustan las hermanas Mandrell? Nos hicimos llamar Las Honeycats. ¿Qué te parece? Pero muy pronto nos cansamos de los grandes productores discográficos de Nashville. Son un atajo de cabrones. Sólo piensan en acostarse contigo. No me importa admitir que me he descarriado del camino recto un par de veces, forma parte de la evolución hacia la madurez, supongo; pero no estoy dispuesta a acostarme con un hombre al que me acaban de presentar sólo porque tiene un pequeño estudio de grabación, luce un corte de pelo atrevido y conoce a Merle Haggard de vista. Ya hemos llegado.

Zipporah empezó a tocar el claxon mientras hacía retroceder el coche en dirección al Peterbilt. Echó el freno de mano y se apeó de un salto, con un frenético agitar de brazos.

—¡Buddy Buck!

Él salió de detrás del camión, con las piernas arqueadas y enfundadas en unos viejos téjanos. Llevaba un trozo de papel de lija en la mano. Un desgarrado hombre de color con una máscara de soldar subida horizontalmente sobre su cabeza estaba tras él.

—¿A quién has traído, cariño?

—Esta es Gina. Su hija ha sido secuestrada por Satanás y sus seguidores. Allí, al final del camino. Lo he visto con mis propios ojos, no hará más de diez minutos. ¡Tenemos que hacer algo ahora mismo!

—Cálmate. —Los ojos de Buddy Buck se desplazaron de un rostro a otro, mientras sus labios esbozaban una sonrisa de escepticismo—. ¿Has dicho Satanás? ¿He oído bien?

—¡Buddy Buck, te lo juro! Están todos reunidos en un caserón, y hay bandadas enteras de unos pájaros de aspecto siniestro posados en los árboles. Creo que son pájaros, pero no me he acercado lo bastante como para fijarme bien. Vi como se llevaban a la inocente hijita de Gina, y sólo Dios sabe qué es lo que planean hacer con ella.

Buddy Buck miró a los sinceros ojos de Zipporah, y empezó a tomar un color parecido al del puré de guisantes. Se humedeció los labios y escondió la cabeza entre los hombros. El trozo de papel de lija cayó a sus pies. Se golpeó la palma de una mano con el puño.

—Satanás, ¿verdad? No me digas. Bien, bien. De modo que se trata de él. Debí imaginar que recurriría a una de sus tretas para intentar estropear el comienzo de nuestra Primera Cruzada Interestatal Anual. —Los ojos de Buddy Buck parecieron difuminarse en su cara. Aspiró profundamente, echó la cabeza y sus oxigenados cabellos hacia atrás y gritó—: ¿Vas a permitir que el demonio arruine mi misión, Señor? No dejarás que lo consiga, ¿verdad?

Zipporah se volvió hacia Gina y le puso una mano sobre el hombro. Le dijo con voz tranquila pero emocionada:

—Ya está. Cuando se transforma así, se convierte en una persona muy enérgica.

—Pero ¿qué podemos hacer?

—Antes de hacer nada, deja que hable con Dios.

Las rodillas de Buddy Buck se estremecían. Dilató su musculoso pecho y alzó las manos al cielo en actitud implorante. Sus labios temblaban. Murmuró unas palabras en voz baja e ininteligible, y estalló:

—M’hubla mempsa shabeth. O sho lo wolla coshra dullabublum!

—¡Es la lengua desconocida! —exclamó Zipporah, exultante. Empezó a balancearse adelante y atrás, dando zarpazos al aire con sus pequeños y feroces puños—. ¡Ahora sí que vamos a tener un poco de acción! ¡Vamos, Buddy Buck!

—Sholum boshra aketh. Wassakallah settai condai!

Las rodillas de Buddy Buck cedieron y cayó sobre la capa de hielo que recubría la zona de estacionamiento, estremeciéndose violentamente. A continuación quedó inmóvil durante unos instantes. El viento agitaba sus cabellos hasta las rojizas raíces, y las uñas de sus dedos habían adoptado una tonalidad púrpura. De repente, arqueó la espalda y se puso en pie de un salto. Acto seguido, en cuclillas, sus ojos centelleando con ardor, efectuó un giro de trescientos sesenta grados antes de incorporarse, con el pecho hinchado y los brazos en jarra. Luego empezó a andar pavoneándose, con la mirada extraviada en el espacio. En ese momento parecía el guerrero que afirmaba ser.

—Sedalia —dijo—, ¿crees que el Camión de la Buena Nueva de Dios está listo

para partir?

—¡Lo está!

—¡Todo el mundo al camión! ¡Sedalia, ocúpate de las luces!

—¡Está bien!

Zipporah cogió a la pasmada Gina de la manga de su chaqueta y la llevó hacia la cabina del Peterbilt. Gina echó un primer vistazo al camión y al remolque pintado de verde. Sobre el techo de la cabina había instalados tres altavoces, y el cuerpo del remolque estaba sembrado de numerosas cajas planas de distintos tamaños. En el centro del remolque, en el costado izquierdo, había dos grandes puertas.

—¿Para qué sirve esta cosa? —preguntó Gina, mientras Zipporah la ayudaba a encaramarse a la cabina.

Buddy Buck se sentó al volante, alcanzó unos auriculares colgados de un gancho en la parte superior de la cabina y se los puso. Zipporah hizo lo propio. A sus espaldas, sobre un estante del compartimento interior, había dos grandes magnetofones. Zipporah comprobó su correcto funcionamiento. Los magnetofones iban conectados a los altavoces instalados en el techo de la cabina. Cogió un micrófono y cantó suavemente; su voz reverberó en la fachada de la iglesia.

—Esta lucecita brillará...

El motor del camión volvió a la vida con un estruendoso bramido.

Gina pensó que los dos estaban locos, y gruñó presa de desesperación.

Buddy Buck puso el camión en marcha y colocó brevemente su mano sobre la rodilla izquierda de Gina.

—Déjalo todo en nuestras manos —la tranquilizó—. Rescataremos a tu hija en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Hillary.

—¡Allá vamos!

Buddy Buck Mayhew se reveló muy pronto como un excelente conductor. Hizo pasar el remolque con experiencia por una entrada no demasiado amplia y salió al camino —que apenas era más ancho que el propio remolque— sin tener que detenerse para maniobrar.

—¿A qué distancia se encuentra ese caserón de que me has hablado? —preguntó a Zipporah.

—Quizá a un kilómetro y medio de aquí. Antes verás un Toyota incendiado.

—Pon «Adelante, soldados de Cristo».

—En seguida. ¿Piensas atacarles de inmediato con todo lo que tenemos?

—Eso ya lo veremos —murmuró el predicador—. Ten preparado el sermón sobre el regreso a la prisión de Parchman que pronuncié en la última asamblea evangelística.

—No recuerdo cuál es.

—Sí, mujer, ése en el que comparo el demonio y sus legiones con un ejército de cucarachas. «Sólo hay un producto mejor que todos los insecticidas juntos, y es la

Palabra de Dios» —dijo a Gina mientras ésta prácticamente salía despedida sobre él por los baches del camino—. El propio Jimmy Swaggart quedó tan impresionado por este sermón cuando oyó hablar de él, que me escribió para pedirme una copia. Nunca me había sentido tan halagado.

—¿Quién es...? —empezó a decir Gina, pero el camión dio una sacudida tan brusca que estuvo a punto de morderse la lengua.

Ya no trató de decir nada más, y se limitó a mirar a través del parabrisas en busca del caserón.

—Hay veces en que quisiera haber nacido con un par más de manos —dijo Zipporah, quejándose suavemente.

Estaba muy ocupada. Había rebobinado «Adelante, soldados de Cristo» en uno de los magnetofones mientras al mismo tiempo buscaba en una hilera de cassettes el sermón que Buddy Buck había solicitado.

—Ni siquiera logro entender mi propia letra... Aquí está.

—Sedalia —dijo el predicador al micrófono incorporado a sus auriculares, dirigiéndose al hombre de color que viajaba en el remolque—, ¿me copias?

—Te copio, Buddy Buck.

Su voz sonó nítida en la cabina procedente de un pequeño altavoz instalado en el salpicadero.

—Vamos a encender las luces. Acciona la número uno y la número dos.

—Ya las tienes.

Unas luces intermitentes, semejantes a las que se utilizan para decorar los árboles de Navidad, se encendieron en el remolque del camión, conformando la frase BUDDY BUCK MAYHEW y GUERRERO DE DIOS SOBRE RUEDAS.

—Yo todavía no tengo mi nombre en letras luminosas —dijo Zipporah—, pero pronto lo tendré. Será mi próximo regalo de cumpleaños.

—Adelante, soldados de Cristo, en marcha hacia la guerra...

—Ésa soy yo —anunció Zipporah—. Yo con la banda de la Escuela del Nuevo Damasco. —Se estremeció y sonrió, tímida—. Siempre siento escalofríos cuando me oigo cantar.

—¡El coche no está!

Zipporah asomó la cabeza por la ventanilla lateral de la cabina.

—Claro que no está —dijo, como si la ausencia del Toyota no tuviese nada de extraordinario—. Y todos los caminos que hemos abierto en la nieve han desaparecido también. Mira allí arriba, Buddy Buck. ¿Ves ese caserón en la cima de la montaña? Ahora todo parece muy tranquilo, pero hace unos minutos las negras llamaradas del infierno se extendían por todas partes.

—¡Dios mío, Dios mío, se han ido todos! ¡Y Hillary se ha ido también!

—Yo no estaría tan segura —dijo Zipporah, sosegada, absorta en el caserón—. ¿Sabes, Gina?, yo fui el séptimo hijo de mi familia, y dicen que el séptimo suele reunir poderes especiales. No pretendo decir con eso que vea fenómenos

sobrenaturales por todas partes, pero experimento sensaciones. Lo que ahora siento es que todos están allí escondidos, en espera de que nos dejemos vencer por la frustración y nos vayamos. Porque, ¿sabes?, tu hija todavía no es uno de ellos, ni mucho menos. Para ser uno de ellos debe renunciar a su fe y desear la asociación con el demonio. Es posible que Hillary sea susceptible a ciertas influencias, pero no creo que hayas negligido su educación hasta ese punto. De modo que van a trabajar muy duro con ella, van a tratar de comerle el cerebro y... ¡ohhhh! Buddy Buck, estoy experimentando una sensación muy horripilante, como una lluvia de odio que cae sobre mi piel con mayor intensidad a medida que nos estamos acercando. ¿Lo sientes tú también, cariño?

—Sí —repondió él, que redujo la velocidad y sujetó el volante con fuerza—. Siento una enorme resistencia cerniéndose sobre el Camión de la Buena Nueva de Dios.

—No dejes que nos detenga.

—¡Vaya! Creo que voy a capturar una bonita colección de demonios antes de que el día termine. Pon el sermón de las cucarachas, Zipporah, y deja que suene el himno también.

—De acuerdo.

Habían llegado a la altura de una puerta metálica oxidada, sujeta a un poste de madera casi enterrado en la nieve. Detrás de la puerta se veía un sendero —no merecía el tratamiento de camino— que llevaba, serpenteando entre los árboles, hasta el caserón, del cual sólo se distinguía el techo desde donde se encontraban.

—Sedaba —dijo el predicador dirigiéndose al micrófono del auricular—, prepárate para accionar la número ocho, «Lavado en la Sangre».

—Estamos gastando una gran cantidad de energía eléctrica; no sé si la batería podrá soportarlo.

—Sí podrá.

—¿Qué vas a hacer con la puerta? —quiso saber Zipporah.

—Derribarla. Vamos allá.

—Me pregunto adonde habrán ido todos esos pájaros. Bueno, creo que no eran pájaros de verdad. Gina, agárrate bien y prepárate para cualquier cosa que pueda ocurrir, porque es probable que ocurra.

El parachoques del Peterbilt se precipitó contra la puerta. Ésta parecía frágil, pero cuando Buddy Buck pisó el acelerador a fondo resistió con asombrosa firmeza. El camión no podía avanzar.

—AMIGOS, ¿SABÉIS QUIÉN ES SATANÁS? SATANÁS NO ES MÁS QUE UNA CUCARACHA EN LA COCINA DE DIOS QUE ROBA LAS MIGAS DEL TODOPODEROSO EN LA OSCURIDAD ETERNA A LA QUE HA SIDO CONFINADO. EN EFECTO, HE DICHO «CONFINADO», PORQUE AUNQUE SATANÁS Y TODOS SUS DEMONIOS SE CREEN MUY IMPORTANTES, AGENTES MALIGNOS QUE DESESTABILIZAN EL ESQUEMA CÓSMICO DEL UNIVERSO, YO QUIERO QUE ESTA NOCHE REPARÉIS EN UNA COSA: TODOS LOS PROBLEMAS QUE HAN CAUSADO DESDE EL ORIGEN DE LA

HISTORIA CONOCIDA NO PUEDEN COMPENSAR TODO EL BIEN QUE EL CREYENTE EN LA RESURRECCIÓN PUEDE HACER CUANDO SE LO PROPONE. ¡AMÉN!

—Jimmy también me pidió una fotografía mía dedicada vestido de lentejuelas —dijo Buddy Buck, apretando los dientes mientras el parachoques del Peterbilt seguía empujando la inexpugnable valla—. Sedalia, acciona la número doce.

—¿La número doce?

—¡Haz lo que te digo!

—Ya está.

—¿Zipporah? Pon «El arte más noble».

—¡Marchando!

El predicador accionó una sirena. Se oyó un silbido de cohetes y morteros que estallaban sobre sus cabezas y dibujaban flores de colores sobre el caserón, teñido de verde, rosa y ámbar. Al mismo tiempo se desplegaron dos paneles laterales en el remolque. Uno de ellos representaba La Última Cena, sorprendentemente pintada en un amplio repertorio de vivos colores sobre terciopelo negro. El otro panel mostraba, conformadas por tubos de neón, dos manos en actitud orante y la leyenda YO SOY EL CAMINO.

Buddy Buck Mayhew pisó el acelerador del Peterbilt hasta el fondo. La valla cedió y el camión rugió en dirección a la casa. De inmediato, fueron saludados por *Sturm und Drang*, por el caos. Una negra tempestad se abatió sobre el camión en forma de detritos. El granizo dejaba docenas de pequeñas marcas sobre el parabrisas. Se declaró un hedor que les revolvió los intestinos.

—¡No puedo respirar aquí dentro! —se quejó Sedalia desde el remolque.

—¡Resiste, esto terminará en cuestión de segundos!

Y, milagrosamente, terminó, pero sólo para ser sucedido por un horror de tal magnitud, que Buddy Buck detuvo el camión presa del pánico, con lo que casi provocó que el remolque volcara.

—¿Qué es esto? —dijo Gina entre jadeos.

El caserón distaba unos doscientos metros de donde estaban. Pero entre el camión y el edificio había algo, una barrera semejante a una ola suspendida a tres o cuatro metros sobre el suelo, que se agitaba con latente poder. La ola estaba enteramente formada por carne, seres humanos vivos que oscilaban juntos en una agónica marea. En medio de aquella muchedumbre humana había seres que los tres ocupantes de la cabina del camión habían conocido y querido en sus respectivas vidas. Gina identificó las caras de sus hijos, Dean y Charley, y de su marido Conor. Buddy Buck vio a su madre y a su padre, y a su segunda, cuarta y quinta esposas. Zipporah reconoció a sus hermanas Moxie Ann y Zelda Fern, a sus hermanos y a los hombres que había amado desde los quince años de edad. Todos les gritaban atormentadamente: «Parad. Deteneos. Marchaos de aquí».

Las lágrimas surcaban el rostro del predicador. Aquella visión resultaba demasiado espantosa y conmovedora.

—No puedo seguir adelante —dijo de repente a las dos mujeres.

—Buddy Buck, tienes que hacerlo. ¡No es más que una mentira, un truco! ¿No te das cuenta? Esa aglomeración de gente no es real.

Pero Buddy Buck ya había metido la marcha atrás.

—¡Te digo que no puedo hacerlo! —dijo entre gimoteos—. Mamá está allí. Y el pequeño Tommy, ¡descanse en paz!

—Escúchame, cariño. Es el momento de utilizar el número veintidós. Es lo único que puede dar resultado.

—¿El número veintidós? ¡Eso está reservado para el final de nuestra cruzada, en la cumbre del Monte de la Atalaya! Y ni siquiera lo hemos probado ni una sola vez. Sedaba dice que podría fundir la parte delantera de la cabina, o incluso provocar una explosión en el depósito de combustible. Dios sabe qué efecto podría tener todo ese calor en todos nosotros.

—Entonces sigue adelante, acelera al máximo a través de ese..., ese espejismo.

Los desgarradores gritos de las víctimas que conformaban la ola humana ante ellos se intensificaban en un crescendo aterrador.

—¡Es la voz de papá! ¿Lo oyes? ¿Cómo quieres que avance y aplaste la carne y los huesos de mi propio padre?

—No vas a herir a nadie. Te digo la verdad. —Comoquiera que él no respondía, Zipporah habló por el micrófono de sus auriculares—. Sedalia, ¿me copias? Voy a contar desde diez hasta cero, y cuando oigas la palabra «cero» quiero que pulses el botón número veintidós. —Se dirigió al predicador y le dijo—: Buddy Buck, si esperas de mí que sea tu afortunada séptima esposa, más vale que ahora no arrojes la toalla. ¡Golpea a ese demonio allí donde duele!

Aullando de dolor, el predicador accionó el cambio de marchas y el voluminoso camión avanzó sobre el campo helado. Vio ojos, orejas y lenguas, y dedos que se agitaban en una danza frenética. Cerró los ojos con firmeza.

—Siete..., seis..., cinco... —contaba Zipporah mientras se precipitaban hacia la ola humana interpuesta en su camino—. Ahora ya no puedes volverte atrás.

En el techo del remolque se abrió una trampilla, de la cual emergió una enorme cruz semejante a un periscopio saliendo de la torre cónica de un submarino.

—Tres..., dos..., uno...

—¡Mamá! —gritó Charley a Gina—. ¡Hazle parar! ¡Vas a matarnos!

Era una imagen tan real en toda su crudeza con todos los detalles de su rostro definidos a la perfección, incluido el pequeño lunar que tenía junto al ojo izquierdo, que Gina se encogió, presa de agonía, y se mordió la lengua. Ocultó la cabeza entre sus brazos.

—¡CERO!

Zipporah se cubrió los ojos con ambas manos.

Por un momento, el sol pareció resplandecer en las paredes del caserón con una intensidad veraniega cuando la cruz emergida sobre el remolque se encendió. Un total

de sesenta y cuatro bombillas dibujaban el contorno de la cruz. Cada bombilla valía seis dólares y medio y despedía 25 000 lumens de flujo luminoso durante un segundo antes de extinguirse. No se había visto jamás sobre la faz de la Tierra nada tan poderoso como esa cruz. Una sola bombilla bastaría para dejar ciega a cualquier persona expuesta unos minutos a su luz. La potencia de las sesenta y cuatro bombillas arrasó la barrera interpuesta en la trayectoria del camión, recorrió la fachada del caserón y alcanzó su interior en forma de millares de agujas brillantes. La ingente cantidad de sombras allí ocultas se desvanecieron al instante hacia la perdición.

—¡Para, Buddy Buck! ¡Vamos a estrellarnos contra la casa!

El predicador abrió los ojos y pisó el freno a la vez. El camión recorrió unos cincuenta metros y se detuvo en una posición un tanto inestable junto a la fachada de piedra del caserón.

Miraron a su alrededor en absoluto silencio. Sólo las innumerables rajaduras sobre el cristal del parabrisas persistían como testimonio de las pruebas que habían tenido que superar.

—Siento..., siento una intensa sensación de paz. Creo que todos han abandonado este lugar.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! —exclamó Buddy Buck.

—¡Pero todavía no hemos rescatado a Hillary! ¡Debe de estar dentro de la casa! ¡Dejadme salir!

—Espera —dijo Zipporah a Gina, con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre ahora?

—No lo sé. No estoy segura. Quédate sentada, ¿de acuerdo?

—Zipporah, esa puerta se está abriendo —anunció Buddy Buck.

—¿Puedo salir del remolque? —preguntó Sedalia, con un tono quejoso en su voz.

—Aguarda un poco —le respondió el predicador—. Puede que aún no haya terminado todo.

Vieron emerger el morro de un viejo Cadillac negro, con desagradable parsimonia, del oscuro interior del caserón. El amplio y curvo parabrisas estaba sucio y no pudieron identificar al conductor. Gina llevó una mano a la empuñadura del Colt Python que tenía guardado en el bolsillo de su chaqueta y contuvo la respiración.

El Cadillac, dinosaurio de los automóviles de lujo, describió un cerrado giro hacia ellos. Mientras se aproximaba, Buddy Buck metió la marcha atrás e hizo retroceder el Peterbilt lentamente.

—¿Vas a arrollarlo?

—No voy a dejar que él me arrolle —replicó el predicador.

Pero entonces vieron que el Cadillac empezaba a descomponerse en chatarra pieza por pieza. Los neumáticos se convirtieron en tiras de caucho, la carrocería adoptó un tono de herrumbre hasta comprimirse en un paquete metálico. El coche se detuvo a quince metros escasos del caserón en una masa desordenada de caucho, vidrio, plástico, cromo, hierro, óxido y algunos charcos efervescentes de fluidos

vitales.

En medio de aquellos restos, tendida sobre un estropeado asiento con su uniforme de la Escuela del Santo Sacramento, Hillary Devon reposaba, inconsciente, de cara al cielo. Desde su lejana posición, Gina pudo ver, con la garganta obstruida por el alivio, que la posesiva huella había desaparecido de la frente de su hija. Todo había terminado bien, al menos de momento.

—Gracias, Señor —dijo Zipporah Honeycutt con humildad a su lado, y los tres inclinaron la cabeza.

Cuando Conor Devon regresaba a su casa, a las cuatro y media de la tarde, con el padre Merlo a su lado en el interior del Lincoln, había un coche de policía estacionado delante del camino de acceso a la propiedad, bloqueando el paso. Detuvo su vehículo junto a él y se apeó, siendo abordado por dos policías. Conor, alarmado, miró hacia la casa. El furgón de Gina no estaba aparcado en el camino. No había luces en la casa, a pesar de que empezaba a anochecer rápidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Conor al policía más veterano, un hombre de pelo corto y gris y rostro arrugado.

—¿Es usted el señor Devon?

—Sí. ¿Ha ocurrido algo?

—Señor, seré yo quien haga las preguntas, si no le importa. ¿Ha visto usted a su esposa esta tarde?

—No. He estado en el aeropuerto Logan esperando la llegada del vuelo del padre Merlo. Ahora, por favor, dígame...

—Señor Devon, al parecer su esposa está metida en un buen lío. —Eché un vistazo a una página del bloc de notas que sostenía en una mano—. Se la acusa de haber robado un coche propiedad de Louise D. Briggens, residente en la calle Judson, 984, Joshua, a punta de pistola en la zona de estacionamiento del hipermercado Grand Union en el Centro Comercial Watkins a las doce cuarenta y cinco, aproximadamente, del mediodía. Si usted dispone de alguna información referente a su paradero...

—¿A punta de pistola? ¿Gina? ¿Qué diablos significa todo esto? ¿Dónde están mis hijos?

—Yo no sé nada de sus hijos, señor Devon. Asimismo, existe un informe no verificado según el cual se produjo un disparo en la misma zona a la misma hora. Una mujer que responde a la descripción de su esposa disparó presuntamente contra un Toyota azul que esperaba ante un semáforo en...

—Esto es una locura. Usted no está hablando de mi esposa.

—Sí, señor. La señorita Briggens la identificó, y dijo que la conoce de la escuela donde estudian sus hijos, a cuya asociación de padres y profesores ambas pertenecen.

Conor negó con la cabeza en señal de frustración y desaprobación. Durante varios segundos hubo un incómodo silencio, sólo interrumpido por los tonos agudos emitidos por el receptor de radio del coche patrulla.

—¿Posee su esposa un revólver Colt Python magnum de calibre 357?

La atención de Conor estaba centrada en algo más: un himno lejano que sonaba sobre el viento.

—«Está pisando la vid que contiene las uvas de la ira...».

Oía tres voces, amplificadas, cantando un himno religioso. La música se

intensificaba cada vez más. Conor y Merlo miraron a su alrededor, desconcertados, en busca de la fuente de esos cánticos. A lo lejos, aproximándose por la calle, vieron un enorme camión Peterbilt con unas luces resplandecientes en el crepúsculo como un carnaval ambulante.

—«Gloria, gloria, aleluya...».

Conor se volvió de cara al camión. Su claxon sonaba con insistencia, turbando la paz en el parque Revere y atrayendo al vecindario a los porches y ventanas.

—¿Quién es Buddy Buck Mayhew? —preguntó Merlo, perplejo—. ¿Otro luchador?

—Nunca he oído hablar de él. Pero quienquiera que sea, tiene un artefacto espantoso.

—¡Conor! ¡Conor!

Gina se asomaba por la ventanilla lateral de la cabina, agitando las manos. Conor contempló la escena sin dar crédito a sus ojos durante unos instantes, y a continuación echó a correr por la calle hacia el Camión de la Buena Nueva de Dios. Tras él circulaba el Cutlass que Gina había tomado prestado a Louise Briggens, con Zipporah Honeycutt al volante.

Tan pronto como la breve procesión se hubo detenido a media manzana, Gina saltó de la cabina del Peterbilt y se echó a los brazos de Conor, besándole con entusiasmo. Conor vislumbró a Buddy Buck, muy sonriente, y, junto a él, una lívida pero feliz Hillary Devon, envuelta en una manta. Hillary saludó a su padre. El coche patrulla se aproximó hasta ellos dando bandazos y haciendo sonar la sirena.

—¡Vaya, la poli! —exclamó Gina, vagamente contrita.

—¿Qué diablos has hecho? ¡Te buscan por intento de homicidio y robo de un coche!

—No pueden acusarme de nada —dijo Gina, inflexible. Y añadió, con la cabeza gacha y lágrimas en los ojos—: Supongo que te debo una explicación. Conor, ¿te importaría que esta noche vayamos todos a cenar al Pizza Hut? Tenemos invitados, y me siento demasiado cansada para cocinar.

Cuando Merlo hubo escuchado el escueto relato de lo acontecido a Hillary durante las últimas semanas, se apresuró a gestionar su custodia en un convento situado a unos treinta kilómetros de la ciudad, en una zona rural de New Hampshire, donde estaría protegida día y noche de ataques futuros y, posiblemente, más virulentos. Gina objetó que no había estado muy segura en el santuario del Santo Sacramento, un recinto que se suponía sagrado e invulnerable a la penetración de cualquier agente del diablo.

—Los recintos sagrados no siempre constituyen una garantía contra el mal, como tampoco el signo de la cruz, como pudo constatar Conor. El poder místico ha sido identificado siempre con la cruz, y no se puede negar que reúne virtud y bien a la vez. Pero contra un demonio como Zarach se requiere un poder más concentrado. La plegaria constante y dirigida creará un entramado de luz que protegerá a Hillary todo el tiempo que sea necesario. Las Hermanas de Mysala atesoran varios siglos de experiencia en neutralizar el mal, puedo dar fe de ello. Hillary estará a salvo.

—¿Un convento? —dijo Hillary, visiblemente contrariada.

—No resulta muy distinto de un internado —explicó Merlo.

—¡Mamá!

—Hillary —dijo Gina, con los dientes apretados—, ¿acaso te ha divertido lo que ha estado a punto de ocurrirte hoy? Porque puedo asegurarte que a mí no me ha divertido en absoluto. Y aún hemos tenido suerte de salir de allí con vida.

Los problemas de Gina con la ley habían durado un poco más que la discusión con su hija. Conor telefoneó a Louise Briggens de inmediato, la cual acudió para recuperar su coche, escuchó el relato de Gina sobre el secuestro de Hillary y decidió retirar los cargos. Gina, Buddy Buck Mayhew y Zipporah fueron interrogados durante hora y media en la comisaría de policía. Habían ensayado previamente una historia verosímil, de la que excluyeron cualquier referencia a lo sobrenatural, que sólo habría confundido, y quizá contrariado, a los oficiales encargados de investigar el caso. Buddy Buck dijo que había visto a Gina en frenética persecución del Toyota y se había sumado a la causa, obligando al coche azul a salirse de la carretera. «Richards», en obediencia a órdenes superiores, había huido a pie tras dejar a Hillary indemne, pero inconsciente, en el asiento trasero. La aparición y subsiguiente desaparición de «Richards» de la iglesia con Hillary fueron testimoniadas por el padre Toomey. La policía no pudo encontrar informe alguno en sus archivos sobre el supuesto médico. Tampoco halló ni rastro del Toyota azul. Se enviaron las descripciones de sospechoso y vehículo a los ordenadores del Centro Nacional de información Criminal, con sede en Washington. A Gina le fue retirado el revólver Colt Python y suspendida su licencia de armas, pendiente de revisión. No fue acusada de violar estatuto alguno.

A las dos y media de la madrugada, con todo el mundo cenado y acomodado para pasar la noche (Dean y Charley, como no habían encontrado a nadie en casa a su regreso de la escuela, habían ido directamente a casa de unos vecinos, una contingencia que Gina tenía prevista desde mucho tiempo atrás, y habían quedado encantados con la novedad y espectacularidad del Camión de la Buena Nueva de Dios), Gina dejó a su marido, con quien había hecho el amor apasionadamente, roncando en la cama y se dirigió al cuarto de baño. Una vez allí, se sentó en el retrete, con un pie descalzo sobre el otro, ocultó el rostro en una toalla y lloró presa de histeria durante un cuarto de hora. Luego, al cabo de un rato, también ella pudo conciliar el sueño.

TERCERA PARTE

SUNDIAL

La pesca en los ricos fondos submarinos del Canal de Fuerteventura había sido buena durante muchos meses; tan buena, de hecho, que había permitido a Francisco Aponte Olaya, capitán y copropietario con dos de sus hermanos del barco pesquero *San Patricio*, reunir dinero suficiente para sustituir una bomba irreparable, que había proporcionado bastantes quebraderos de cabeza en sus últimas salidas al mar, y la draga de babor, también una reciente fuente de problemas. Esa rara oportunidad coincidió con el funeral de un primo suyo en Tenerife, escenario de la adquisición e instalación de los nuevos repuestos. El martes siguiente a la Semana de Santa Olaya se llevó a toda su familia desde Heraclio, al norte de las Islas Canarias, a Tenerife. Era la primera vez que sus dos hijos más pequeños, de una descendencia de seis, salían de casa para embarcarse en una excitante aventura de una semana de duración. Cumplida la obligación de asistir al funeral, tuvieron ocasión de disfrutar de las fiestas que animaban la ciudad portuaria y atraían a buen número de turistas europeos..., y no pocos estadounidenses, entre los cuales había uno de los hombres más corpulentos que Olaya jamás tenía visto en toda su vida.

Dijo llamarse Conor Devon, un nombre muy difícil de pronunciar para el capitán. El barbudo norteamericano sudaba a mares pese a la fresca brisa que soplaba sobre el puerto. Le acompañaban dos estudiantes francesas, dos muchachas con camiseta y sandalias que sabían suficiente inglés y español como para servirle de intérpretes. Había llegado esa misma mañana tras un vuelo muy largo desde un lugar llamado Massachusetts. Tenía mucha prisa por llegar a Heraclio y no quería esperar uno de los dos vuelos semanales con destino en el pequeño aeródromo emplazado en las proximidades de Puerto Arroyo, la ciudad más extensa de Heraclio. Estaba dispuesto a pagar el equivalente a doscientos dólares para persuadir a Olaya de que acortara sus vacaciones familiares y regresara en seguida.

El capitán tardó muy poco en considerar la oferta. La instalación del nuevo aparejo a bordo del *San Patricio* era un hecho, ya habían pasado cuatro días en Tenerife, durmiendo en los abarrotados cuartos de la tripulación en el castillo de proa, y tanta compañía lo irritaba a menudo. Heraclio distaba a casi un día por mar, y juzgó la travesía como una conclusión del razonable viaje mientras el tiempo se mantuviera estable. Si zarpaban temprano, tal vez llegarían a Puerto Arroyo antes de medianoche. El extranjero, a pesar de su tamaño y su barba rojiza, se mostraba muy amistoso, un tanto fatigado por su largo periplo desde los Estados Unidos. Su piel ya había adquirido el tono encendido de una langosta tras una moderada exposición al sol tropical. Su pasaporte parecía en regla. Antes de iniciar la travesía, Olaya recibió la mitad de la tarifa convenida por adelantado. Era una cifra más que suficiente para cubrir los gastos de la estancia de su familia en Tenerife durante más de una semana. La aparición del «señor rojo» en un momento tan oportuno resultó providencial para

Olaya. Los motivos por los cuales su pasajero deseaba llegar a Heraclio sin pérdida de tiempo no le incumbían en absoluto para nada. Quizá se trataba de un turista más con el tiempo limitado que tenía una devoción especial por los lugares apartados y había oído hablar de las maravillas de Heraclio. Olaya invitó al estadounidense a subir a bordo y mandó a su hijo mayor, Socorro, a buscar a los demás componentes de la familia en los bazares del muelle.

El vaivén del *San Patricio* despertó a Conor de su sueño en una litera situada en la parte posterior del castillo de proa a las dos horas de travesía rumbo al nordeste. Notó el traqueteo del motor diésel y percibió un olor procedente de la reducida cocina. El castillo de proa estaba tenuemente iluminado por una bombilla oscilante que alumbraba por turnos los rostros de los niños agrupados en torno a una mesa empernada a la cubierta. Cuatro de ellos comían tajadas de melón, que conferían un color anaranjado a sus bocas como si fueran payasos. Los demás roían tiras secas de carne de tiburón. Un muchacho de cabeza grande y casi tan pálido como un sueco, aunque dueño de unos encantadores ojos color verde oliva, tocaba un curioso instrumento musical que generaba unas atractivas y borbollantes notas, no muy distintas de un coro de canarios posados en un árbol. La música de esa flauta tenía tan delicada belleza y resultaba tan lastimera que erizó los pelos de la nuca de Conor.

Este tuvo que incorporarse de costado en la litera para no golpearse la frente contra el bajo techo. De la cocina emergió una mujer con un vestido marrón que llevaba unos cestos con filetes de pescado fresco y rebanadas de pan caliente untadas con salsa de tomate. Dejó la comida sobre la mesa y le sonrió.

—*Coma usted*^[2] —le dijo, indicándole un sitio en el banco de babor.

Dos de los niños se apretujaron para dejarle espacio, y le escrutaron de una manera recelosa, como si fuera un oso mal adiestrado. El aire estaba muy viciado bajo cubierta con la escotilla del castillo de proa cerrada, y la oscilación del *San Patricio* sobre las olas no le sentaba nada bien. Él no era un marinero. Se frotó el estómago para dar a entender una leve indisposición. Uno de los niños le indicó el retrete, en la creencia de que deseaba excusarse para ir a hacer sus necesidades. No era una mala idea. Casi le faltó tiempo para meterse en el retrete y cerrar la puerta tras de sí. Oyó risas, y la abrupta voz de la madre que le reprochaba su comportamiento.

Al salir del retrete, vio a Socorro esperándole mientras engullía un bocadillo que había improvisado con el pan y el pescado. Era uno de los dos chicos más rubios y altos, además de su madre, una auténtica belleza de no ser por la excesiva prominencia de su dentadura. Adotaba una actitud solemne y parecía un poco enfadado, como todos los niños cuando se sienten confundidos. Ya tenía las manos y muñecas de un pescador, pero sus ojos hundidos soñaban y aspiraban a algo más que sal y fondos marinos familiares.

—Mi padre —murmuró con la boca llena— dice que estará más cómodo en la cámara del timón. Hay más espacio.

—Gracias —respondió Conor, sorprendido por el excelente inglés del muchacho.

Siguió a Socorro a través de la escotilla, donde necesitó encoger los hombros para poder pasar, y se sorprendió de nuevo, intimidado por la inesperada ausencia de tierra

y la visión de tanta agua, la inmensidad verde oscura de un océano que levantaba olas de hasta dos metros y medio de altura y empezaba a asestar amenazadores golpes contra el casco de lo que le había parecido un barco muy sólido cuando estaba amarrado en las tranquilas aguas del puerto de Tenerife. La embarcación medía veinticinco metros de eslora por unos cincuenta y cinco de manga, y acarreaba dos enormes jábegas con engranajes de acero, cada una de las cuales pesaría, cargada, el equivalente a un camión Brink. Conor se sentía en el interior de una frágil e inestable bañera a merced de un viento creciente que empezaba a gemir. El cielo era de un color amarillo pálido, manchado de unos negros nubarrones empujados por el viento. La espuma salpicaba a Conor, empapándole la barba, y sentía la cubierta estremecerse bajo sus pies mientras se encaminaban hacia la cámara del timón.

—¿Cuánto nos queda de travesía? —preguntó Conor, mientras Francisco Aponte Olaya, al mando del timón, se volvía para hacer un gesto con la cabeza a modo de bienvenida.

Socorro había llevado un bocadillo a su padre. El capitán dejó el gobierno del timón al muchacho y se apuntaló serenamente en un rincón dispuesto a despachar su desayuno.

—Cinco horas, quizá cinco y media con estas olas —respondió Socorro.

—¿Tenemos tormenta?

—Todavía no. Si hay suerte... —dijo, encogiéndose de hombros.

Olaya sonreía, sin comprender las palabras de Conor pero asumiendo, por la expresión de su rostro, que estaba preocupado por el clima. Avanzó unos pasos y le mostró lleno de orgullo, con una mano extendida, el moderno instrumental de navegación y el equipo de radio. A continuación extrajo un puro de un bolsillo de la camisa y lo encendió. El olor no contribuyó a mejorar el estado del estómago de Conor.

A fin de desterrar esta nueva incomodidad de su mente, preguntó a Socorro:

—¿Dónde aprendiste a hablar inglés?

—En la escuela.

—¿En Heraclio?

—Sí, en la Escuela Sundial. Estudié allí seis años, hasta hace unos meses, cuando mi padre dijo que había llegado el momento de salir a pescar con él cada día.

El chico frunció los labios en señal de insatisfacción. Olaya lo miró, sonrió y le dio una palmadita en la espalda.

—*Buen pescador*^[3] —dijo a Conor de su hijo.

—Esa escuela, ¿forma parte de la comunidad de Sundial? —preguntó Conor a Socorro.

—Sí. Hay muchas oportunidades de encontrar trabajo allí para los que sabemos inglés. A mí me gustaba la escuela. Pero mi padre cree que me llenarían la cabeza de pájaros.

—¿Conoces a Edith Leighton?

El muchacho consideró el nombre unos instantes, y negó con la cabeza.

—No. No he tenido ninguna maestra llamada así.

—Yo he venido para verle. Espero que esté dispuesta a recibirme.

Una ola desmesurada, mayor que el techo de la cámara del timón, los barrió hacia estribor. Socorro giró el timón, y el *San Patricio* cabeceó al abandonar la espumosa superficie. Conor tragó saliva y sintió que su corazón latía aceleradamente. Cinco horas más de sufrimiento. Tal vez hubiera debido esperar el siguiente vuelo, o tratar de alquilar uno por su cuenta.

—No hay problema —dijo Socorro, reanudando la conversación—. La comunidad acepta visitas. La única dificultad consiste en encontrar Sundial, a menos de ir acompañado por alguien que conozca la zona.

—¿Podrías llevarme?

—No lo sé. Tal vez sí.

Socorro echó una ojeada al barómetro del barco, frunció el ceño y llamó a su padre. Ambos dialogaron en castellano. Parecía evidente que no habían previsto la eventualidad de una tormenta. Estaban preocupados. «*Viento del diablo*^[4]», murmuró el padre. El viento aulló a modo de respuesta. Conor tuvo la impresión de que todas las tablas que formaban parte de la estructura del *San Patricio* crujían, y las olas habían empezado a golpearlas con furia. El cielo se oscurecía cada vez más. Conor sudaba y se sentía mareado. Necesitaba aire. Se encaminó hacia la puerta de la cámara del timón.

—¡Cuidado! —le advirtió Socorro.

—Yo sólo...

Conor se tambaleó adelante y atrás, impotente, mientras la proa se erguía hacia el amenazador cielo, ahora rajado por el verde resplandor de los relámpagos. Estaba aterrado. Vomitó antes de poder alcanzar la barandilla. Sus inseguras piernas se negaron a seguir sosteniéndole, y rodó por la cubierta arrollado por una ola. Vislumbró los rostros de los Olaya en el verdoso resplandor de la cámara del timón mientras los imbornales de la cubierta tragaban el agua con rapidez. Luego, postrado y tembloroso, fue izado por la cubierta sobre un horizonte oscuro que rociaba espuma como un extintor. La proa descendió con un terrorífico impacto. Conor estaba medio ahogado y muy enfermo. En el cielo, las llamaradas cegadoras de los relámpagos se sucedían. El viento era ahora un huracán y el *San Patricio* escoraba a estribor. Una de las dos jábegas se balanceaba sobre su cabeza.

Conor miró al mar abierto, y vio una tumba en él. Caía hacia las olas, pero consiguió aferrarse a un cable del cabestrante. Quedó suspendido unos instantes antes de salir despedido hacia la cubierta, envuelto, una vez más, por una ola que lo arrastró hacia babor. Aquella situación pareció durar una eternidad, sin otorgarle ni un solo instante de relativa calma para ponerse en pie y echar a correr hacia un lugar seguro. Oyó varios crujidos secos, semejantes a disparos, y pensó que el barco empezaba a resquebrajarse por efecto de los terribles embates que padecía. Cuando

alzó la vista vio que la botavara cedía y la acerada masa de la jábega se precipitaba sobre él. Aunque estaba vacía, tenía un peso más que suficiente como para aplastarle como un huevo sobre la cubierta.

Pensó: «¿Quién me mandaba venir aquí?».

Entonces notó unas manos que tiraban de él y, apuntalando los pies en la barandilla, se impulsó hacia atrás con las pocas fuerzas que le quedaban mientras la jábega impactaba con estruendo sobre la cubierta, a escasos centímetros de él. El extremo dentado de la botavara la siguió, oscilando frenéticamente de un solo cable. Pasó por encima de su cabeza y Conor oyó un grito.

Se volvió para ver a Socorro Olaya, arrodillado detrás de él, en el mismo instante en que la botavara, con unas astillas de casi medio metro de longitud, seccionaba el rostro y el cuello del muchacho y arrojaba su cabeza por encima de la borda a una efervescencia rosada y espumosa.

No era aquélla una de las noticias más espectaculares del día, que resultaba ser el primero de abril, como para competir por la atención de los lectores con el genocidio en una república iberoamericana, el precario estado de salud del líder del Kremlin, la muerte de una conocida estrella de la música *country* en un accidente de autobús y un escándalo de drogas que involucraba al hijo menor de un destacado personaje político de Washington. No obstante, el *Daily News* de Nueva York publicaba la crónica en la tercera página, ilustrada con fotos y encabezada por el titular ¡NO ESTÁ LOCO! ¡EL DIABLO LE IMPULSÓ A HACERLO! *The New York Times*, como era de suponer, titulaba la noticia con mucha mayor moderación en la página A7, presidida por un llamativo anuncio de modas: LA DEFENSA ALEGA POSESIÓN DEMONÍACA EN EL JUICIO DEL ASESINATO DE VERMONT. El *Boston Globe*, geográficamente más próximo, publicaba la noticia en primera plana, e incluía una breve entrevista con un abogado de la oficina del fiscal del distrito en que calificaba la estrategia de la defensa de «vergonzosa, humillante e indigna del sistema legal norteamericano». El *Cali* de Braxton, todavía más próximo, se mostraba cautamente crítico, si bien ensalzaba al fundador de la firma, el abuelo de Adam, por su contribución al mundo del Derecho. La noticia recibió una atención de entre treinta segundos y dos minutos y medio en el *Amanecer* de la CNN, el *Informativo matinal* de la CBS, el *magazine* de la NBC *Hoy* y el *Buenos días, América* de la ABC.

El teléfono particular de Adam empezó a sonar a las seis cuarenta y cuatro de la mañana.

Ya estaba levantado y afeitado; se había sentido demasiado nervioso para dormir de un tirón desde la medianoche. Optó por no atender ninguna llamada. Cuando Lindsay se levantó, a las siete, el contestador automático ya había registrado trece mensajes, dos de ellos del juez presidente Nathaniel «Natty» Eames, al parecer también un hombre madrugador. Lindsay vio una parte del espacio *Hoy* con Adam: una breve entrevista grabada en la calle donde se hallaba su despacho. El reportero, un joven rubio del Departamento de Informativos de la NBC en Nueva York, le formulaba una de las preguntas más inteligentes que había oído esa tarde.

—Señor Kurland, ¿qué se le va a requerir para probar un caso de posesión demoníaca en la sala de un tribunal?

—Bien, creo que se trata de probar la existencia de una fuerza maligna, o negativa, que opera en el mundo. Todo se reduce a la admisión de pruebas de carácter psíquico, en oposición a las de carácter físico.

—Un caso en el que los teólogos han trabajado durante cientos de años para tratar de resolverlo.

—En efecto. La Iglesia Católica conoce muy bien esa fuerza, que es tan antigua como el pensamiento y la motivación humanos, e implacablemente opuesta al orden

natural del universo, a las leyes de Dios.

—¿Qué tipo de ayuda confía recibir de la Iglesia durante la celebración del juicio?

—Testimonios expertos.

—Una pregunta más, señor Kurland. ¿Es usted católico?

—No, no lo soy.

Adam utilizó el mando a distancia para cambiar de canal. Vieron el cerdito *Porky* en una vieja película de dibujos animados de la Warner Bros diciendo: «Eso es todo, amigos».

Ambos se echaron a reír. Lindsay lo besó en la mejilla.

—Un beso para el hombre más valiente que he conocido nunca.

—O el más estúpido.

El teléfono sonó de nuevo.

—Será mejor que empieces a atender las llamadas, Linds.

La chica descolgó el auricular. No tuvo ocasión de decir una sola palabra durante aproximadamente medio minuto. Se frotó la oreja como si le quemara y pasó el auricular a Adam, que no tuvo necesidad de preguntar con quién se disponía a hablar.

—Sólo quiero hacerle saber que es usted una deshonra para la memoria de dos hombres que tengo en mi mayor estima: su padre y su abuelo.

—Lamento que piense así, señoría.

—Preséntese en mi despacho a las diez en punto.

—Sí, señor.

Adam sostuvo el auricular apoyado en su pecho unos instantes, con la cabeza gacha. Lindsay se recostó contra él en un gesto solidario.

—Me pregunto qué debe de estar haciendo Conor —dijo el abogado—. Si no nos consigue ayuda pronto, creo que mandaré el bufete a paseo.

Para Conor, ese día, el sol había salido en el infierno.

Tras la tardía llegada del siniestrado *San Patricio*, con toda su tripulación sumida en un estado de profunda aflicción, y el interrogatorio por parte de las autoridades de Heraclio acerca del trágico accidente que había costado la vida a Socorro Olaya, Conor se había quedado dormido, exhausto por completo, en su habitación de la Pensión del Papagayo con una botella de coñac casi vacía contra su pecho. Le despertaron los rebuznos de los asnos, un bramido no identificable pero sobrecogedor; el tintineo de los cencerros de un rebaño de cabras al pasar por el callejón bajo su ventana; voces alegres, las campanas de la iglesia, y el intenso resplandor que se filtraba en la habitación a través de un resquicio en los postigos. El día era ya muy caluroso.

Se incorporó de la baja cama donde había estado tendido con las rodillas flexionadas y casi de inmediato vació su alterado estómago en un amplio barreño esmaltado que había en el lavabo. Los remordimientos y la compasión que sentía por la desconsolada familia persistía en su interior como una nuez amarga. Se sabía responsable de la muerte del muchacho. Sólo la prodigiosa experiencia marinera de Olaya y la solidez de una embarcación que había resistido a un sinfín de temporales habían permitido salvarse a los demás. Secó sus húmedos ojos, abrió los postigos de las ventanas, que daban al norte y al este, y echó una primera ojeada a la isla de Heraclio.

Vio un paisaje nebuloso y sorprendente dominado en lontananza por los conos cenicientos de volcanes dormidos, desprovistos de árboles y salpicados de cráteres oscuros y desnudos como la piel de un elefante. La pequeña ciudad de Puerto Arroyo se extendía entre ese terreno yermo y el mar, convertido en una sábana plomiza e incandescente por el reflejo del sol sobre el horizonte, como si la bóveda del mundo se abriera de repente.

Conor se vistió y salió a tomarse un café con un bollo en una cafetería emplazada en la avenida principal de Puerto Arroyo, paralela al vasto puerto, con una faja de parque entre la calle y el muelle. El parque contenía los únicos ejemplares de árboles y arbustos floridos que había visto hasta entonces en la isla. Sus paseos acogían un mercado ambulante ese día, y los puestos ofrecían frutas y verduras de variedad y dimensiones sorprendentes. Se preguntó dónde y cómo las cultivaban.

Era viernes, y la ciudad estaba llena de gente desde primeras horas de la mañana. Autobuses procedentes de otros lugares de la isla llegaban a una estación cercana a la planta de desalinización, en el extremo sur del puerto. Conor fue a la estación llevando su única maleta y trató de encontrar a alguien que comprendiera su idioma.

Un caballero de edad avanzada sin más ropa que un pantalón corto color caqui había llevado a su jovencísima esposa heraclense a la estación en la parte trasera de

una mugrienta Vespa. Oyó a Conor intentando comunicarse, con la ayuda de un manual, con unos nativos sonrientes, pero incapaces de comprenderle, y se dirigió hacia él. Era un montón de huesos bajo una piel intensamente bronceada. Tenía una perilla blanca de chivo y un par de astutos ojos, además del acento inevitable de los políglotas europeos.

—¿Es Sundial lo que usted busca? Yo sé dónde está. Se encuentra en la otra punta de Heraclio, en la falda occidental de la Montaña del Fuego. Es el mayor de los volcanes que estuvieron a punto de borrar esta isla de la faz de la Tierra hace doscientos cincuenta años. Creo que sale un autobús a La Loma dentro de poco. Déjame echar un vistazo a los horarios, amorcito... Sí, aquí está. La Loma. Salidas a las nueve quince. Una vez haya llegado al pueblo deberá recorrer aún ocho kilómetros. La comunidad de Sundial se halla en lo alto de una loma que domina la laguna de Playa Cascajo. ¿Conoce a alguien que resida en la comunidad?

—No.

—En ese caso, no confíe en una bienvenida demasiado cordial. Son unos tipos raros. Se reservan muchas cosas. Están siempre muy ocupados, llevan vidas activas, de lo cual yo, personalmente, estoy a favor. Son devotos, pero resulta difícil asegurar a qué religión o filosofía. No invierten ninguna de sus energías en hacer proselitismo, si bien no tengo entendido que hayan rechazado a nadie que deseara establecerse allí mientras se acogiera a las reglas que rigen en la comunidad. Eso ya no lo comparto: la vida reclusa, los pueblos retirados..., toda esa clase de cosas. Mi filosofía es: piensa como un joven, actúa como un joven, y serás siempre joven.

El hombre rodeó con el brazo a su esposa, una chica deliciosa y en avanzado estado de gestación. A Conor no le pareció mucho mayor que Hillary.

—¿Puedo ir andando desde el pueblo a Sundial?

—Yo no se lo recomendaría. Hace muchísimo viento. Y si se pierde, corre el riesgo de ser devorado por la capa de lava de la Montaña del Fuego. A medio metro escaso bajo la superficie, la tierra está a ciento cincuenta grados centígrados. Tendrá que recurrir a alguien de la zona para que le lleve. Ah, creo que ese autobús azul y naranja es el que va a La Loma. Buen viaje.

Conor tuvo poca compañía en su trayecto hacia el oeste: un par de isleños que parecían pescadores y tres turistas alemanes, gordos, sonrosados y algo siniestros detrás de sus gafas oscuras. Llevaban una fortuna en material fotográfico y desayunaban bocadillos de salchichas que sacaban de una cesta. Conor, experimentando una enorme nostalgia, se quedó dormido, y confundió las sacudidas del autobús con los embates del mar. Vio los atormentados ojos de Socorro Olaya al timón del barco de su padre rumbo a su propia muerte. Siguió el lloroso rostro de su hija Hillary con la nitidez de una visión; lo llamaba desde el interior de las puertas del convento de las Hermanas de Mysala. «Ayúdame, papá». Recordó su tensa mirada de desesperación al alejarse de su lado camino de un confinamiento indefinido. Aquello era como una prisión para Hillary. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenían sus vidas

destrozadas. Gina estaba enferma de preocupación. Su última oportunidad para ayudar a Rich residía en una mujer que no había visto en su vida y que ya había dado una respuesta a la petición del padre Merlo: «Lamento no poder ayudarle esta vez»... «¿Cómo puedo aceptar un no por respuesta? —había preguntado Conor a Merlo—. Rich morirá... Quizá ya todos estemos perdidos».

El autobús efectuó una parada en un pueblo que era poco más que un cruce de carreteras, con casitas blancas de estilo mediterráneo recortadas sobre las extensiones rojas y parduscas de los campos de lava seca de la Montaña del Fuego, que consistía en una serie de picos volcánicos de 450 a 600 metros de altura. El cielo lucía un azul tan intenso que se fundía en un tono púrpura en las estribaciones de la montaña. Soplaban un viento constante de nordeste, y los granos de arena golpeaban contra las ventanillas de uno de los costados del autobús.

Todos los viajeros se apearon a excepción de Conor. El conductor había dejado el motor y el aire acondicionado en marcha. Junto a la carretera había un grupo de camellos arrodillados, que bramaron como leones al ver a los alemanes, a quienes debían transportar por las vertientes basálticas de la montaña. Un muchacho subió al autobús y trató de vender a Conor cigarrillos, zumos de frutas e higos. Conor meneó la cabeza en señal de negativa y esperó, con los ojos cerrados, a que el vacío autobús reprendiera su trayecto hacia La Loma. Los camellos, animales tercos por naturaleza, se comportaban con gran rebeldía. Uno de ellos se había escapado. Los demás bramaban sin cesar.

Se oyó otro bramido, más distante y subterráneo, seguido por un crujido semejante al de la cáscara de una nuez gigantesca al fragmentarse bajo presión. El autobús experimentó una brusca sacudida y se hundió casi un metro. Después, empezó a inclinarse de un modo alarmante.

Conor se incorporó de un salto en su asiento, golpeándose la cabeza en la rejilla para el equipaje, mientras una nube de polvo y calor envolvía la parte delantera del vehículo. La inclinación continuó hasta que el autobús describió un ángulo de cuarenta grados. Conor sintió como el vehículo se deslizaba con lentitud hacia abajo a medida que el calor iba intensificándose. Oyó chillidos y gritos de advertencia desde el exterior. Cogió su maleta del suelo, abrió una ventanilla y la arrojó a las manos de alguien. Pero el espacio que dejaba la ventanilla abierta era insuficiente para dejar pasar su cuerpo. Entonces supo que disponía de muy poco tiempo para encontrar una salida.

Sólo la puerta de emergencia, situada en la parte posterior, permanecía sobre tierra firme. El autobús seguía su desplazamiento en medio de crujidos, quejidos y detonaciones, como una superficie sembrada de botellas y vasijas de arcilla al ser apisonada por una máquina infernal. Conor subió el empinado pasillo, agarrándose a los respaldos de los asientos. El polvo y los vapores que se arremolinaban en el interior del autobús empezaban a sofocarle. El calor era insoportable. Ahogándose, asió la barra de seguridad de la puerta de emergencia y trató de abrirla. La barra se

resistió. Casi la partió en dos en un feroz despliegue de fuerza, dio un puntapié a la puerta y saltó al exterior.

El autobús se precipitó hacia el abismo. La camisa y el cabello de Conor ardían por efecto de las cenizas incandescentes que flotaban en el aire. Alguien lanzó una manta con un intenso olor a camello sobre él mientras rodaba por el suelo. Unas manos auxiliaadoras le ayudaron a incorporarse y corrió, dando traspiés, lejos del lugar donde el autobús había desaparecido en el interior de la tierra. Cuando se volvió para mirar, no vio más que una nube de humo y cenizas emergiendo del hoyo abierto en la carretera. Todos los habitantes del pueblo habían salido de sus casas para presenciar el fenómeno. Conor, encorvado, tosía de un modo incontrolable.

—Tome un trago de esto —le dijo una mujer con calma al oído—. Creo que lo necesita, querido.

Aceptó la botella de vino sin mirar quién se la ofrecía y bebió un buen trago. El vino le escoció la lengua y los labios y se llevó el polvo de su garganta reseca. Poco a poco, empezó a dejar de toser.

—Se ha salvado por los pelos. Supongo que ese autobús ha parado en este mismo lugar durante años y años sin que nunca ocurriera nada. De repente, un tubo de lava subyacente que nadie sabía que estaba aquí ha cedido. Bien, es la naturaleza de esta isla. Espero que no hubiera nadie más en el autobús.

—No —respondió Conor—. Esta vez no ha muerto nadie.

Devolvió la botella de vino a su dueña y le dio las gracias. Era una inglesa pequeña, rechoncha y arrugada, con el cabello corto y gris, revuelto por el viento, ojos clínicos y una boca obstinada. Tenía el aspecto de ser una mujer temperamental.

—¿Esta vez?

Él se encogió de hombros; no sentía ninguna necesidad de contar sus desventuras a una extraña. El chico que había querido venderle refrescos en el autobús momentos antes de que se abriera la tierra compareció llevando la maleta de Conor con ambas manos. Conor le entregó unas monedas. El rostro le ardía, y se tocó con cuidado. Ampollas.

—Deberían atenderle —dijo la mujer—. Siempre existe el riesgo de contraer una infección.

—Sí —dijo Conor, indiferente. Se había producido heridas más serias en barbacoas familiares—. Bueno, ahora ya no hay autobús —exclamó, mirando a su alrededor—. Y tengo que ir a La Loma. —Estaba más contrariado que asustado por este segundo accidente en menos de veinticuatro horas—. Supongo que no habrá taxis en esta zona.

—No lo creo. Yo no vengo mucho por aquí. Sólo cuando *La Duquesa* no está en forma. El veterinario local es muy bueno con los camellos, sobre todo con los camellos con dolor de muelas. En La Loma hay un taxi, que puede venir a recogerle o no, depende del humor de su propietario. Pero, si usted quiere, yo puedo proporcionarle un medio de transporte.

La mujer extrajo un sombrero de paja de ala ancha con una cinta negra de un cesto de mimbre que descansaba a sus pies. Se lo puso, atándose debajo de la barbilla. El sombrero ensombrecía todo su rostro.

—¿Quiere decir un camello?

—Cuesta un poco acostumbrarse, pero *La Duquesa* resulta muy útil, sobre todo donde no hay carreteras.

—Bueno, gracias. Yo... ¿por qué no? Su camello, ¿podrá con una persona de mi tamaño?

—Sí, siempre que quiera. Deberá pasar una inspección. Pero su dolor de muelas ha remitido bastante, y sabe que me debe un favor. Sígame.

—Por cierto, gracias por el vino.

Buscó la marca, pero no encontró ninguna. La mujer sonrió con acritud cuando Conor le devolvió la botella.

—El vino es de cosecha propia. Requiere mucho cariño. Una buena botella de vino constituye un excelente artículo de trueque. Siempre llevo algunas cuando voy a la ciudad.

—¿Cultiva vid en un lugar como éste?

—¿En este montón de cenizas dejado de la mano de Dios? —Su boca contenía una expresión divertida del mismo modo que el pico de un pájaro sujeta un apetitoso gusano—. Sí, cultivamos vid, y con bastante éxito. Una sola de mis viñas produce, por lo general, unos quinientos kilos de uva. Donde yo vivo producimos nuestro propio sustento; mucho más, en realidad, de lo que consumimos.

—¿Dónde vive usted?

—En una pequeña comunidad cercana a la Playa Cascajo —dijo la mujer, señalando con vaguedad hacia el oeste.

—¿Se refiere a Sundial?

—Sí.

—¿Conoce a Edith Leighton?

La mujer caminó unos pasos sin responderle, y Conor presumió que no le había oído a causa del incesante viento, el cual se había convertido en una especie de compañero invisible e incómodo, un gigante jugueteón que hablaba con una letanía paralizante. Luego, ella se volvió de repente, dejando que se acercara, y lo miró desde la sombra que el ala del sombrero proyectaba sobre sus ojos.

—He mantenido una relación muy íntima con ella durante sesenta y ocho años.

—Usted es...

—Sí. Pero ¿quién diablos es usted, querido?

—Me llamo Conor Devon.

—¿Devon? —Pronunció su nombre por segunda vez para sí misma, antes de manifestar cualquier indicio de reconocimiento—. Oh, comprendo. Es un poco injusto por su parte presentarse así. —Dejó el cesto a un lado y se encorvó para quitarse el polvo de su falda larga añil con ambas manos—. Debo decirle que no

tengo intención de reconsiderar la decisión que transmití al padre Merlo.

Alzó los ojos y advirtió la decepción en el rostro de Conor. Apretó los labios en actitud defensiva y se volvió en dirección al hoyo que se había tragado el autobús. Todavía humeaba.

—Ya que ha venido —dijo, tras considerar el asunto en su mente unos instantes—, supongo que tendré que ocuparme de usted durante el resto de su estancia aquí, de lo contrario mucho me temo que no le quedarían demasiadas probabilidades de abandonar Heraclio con vida.

El juez Natty Eames era un hombre de setenta años de edad. Tenía el cabello gris y reluciente, nariz chata, una sonrisa agresiva dibujada por unos dientes pequeños y afilados, y la mirada sombría y hostil de un perro pequinés. Como cualquier otro hombre, no se mostraba tolerante con aquellos que trataban de burlarse de él, en particular con los abogados jóvenes y ambiciosos. Su tribunal era un lugar sagrado donde él ocupaba el lugar de Dios Todopoderoso.

Siete segundos después de que Adam hubiera entrado en su despacho, le espetó:

—¿Adonde quiere ir a parar con el convencimiento de que va a convertir mi tribunal en un museo de horrores?

—Puedo garantizarle que no era ésa mi intención. Señoría, cuando yo...

—Siéntese y escúcheme.

—Señor, con todo respeto, estoy del todo convencido de que mi cliente...

—¡Siéntese!

Adam se sentó.

—Resulta que yo tengo ciertas influencias en el mismo Estado donde usted ejerce Derecho. Entiendo que usted desea seguir ejerciendo, y que ese alegato de «posesión demoníaca» que ha presentado no pretende ser una especie de autoinmolación que usted se ha empeñado en protagonizar en público. Si de verdad desea proseguir en el ejercicio del derecho criminal en Vermont, le aconsejo que se tome un tiempo, pongamos cuarenta y ocho horas, para reconsiderar su actitud, al término del cual deberá retirar su alegato y presentar otro más verosímil. Le aseguro que no diré ni una palabra más sobre sus criterios erróneos y su censurable comportamiento hasta hoy. No desperdicie su tiempo embaucando a los demás con sus ridículas nociones sobre cambios e innovaciones en el ejercicio del Derecho. Me creo autorizado a hablar por boca de todos mis colegas en la profesión jurídica al expresarle mi condena hacia esta parodia. En tanto no se haya decidido a seguir mi consejo ni haya recuperado la lucidez, le prohíbo que comente cualquier aspecto de este asunto con la prensa. Buenos días, caballero.

No había ningún secreto en el arte de montar en camello. Conor descubrió que todo se limitaba a guardar el equilibrio. Se subió a una silla de madera y lona con estribos ajustables, que colgaban a ambos lados de la considerable joroba de *La Duquesa*. Edith Leighton ocupó la otra silla. A causa de su tamaño, los pies de Conor quedaban al alcance de los grandes y afilados dientes, y *La Duquesa* había mostrado ciertas reticencias a la hora de soportar una carga desacostumbradamente pesada. Edith mantenía la atención del camello fija en el serpenteante camino que seguían al oeste de La Loma con algún golpe ocasional con la fusta que sujetaba en una mano. Como respuesta, *La Duquesa* se quejaba ruidosamente, pero en ningún momento hizo ademán de morder alguno de los pies de Conor.

El terreno por el cual discurrían era negro, de ceniza, sólo alterado por el verde de los cultivos que se extendían a ambos lados del camino.

—Se registra una cierta pluviosidad en esta zona —anunció Edith sobre el gemido del viento—, pero del orden de trescientos veinticinco centímetros cúbicos al año. No basta para garantizar el crecimiento de una vegetación que en Hawai, por ejemplo, transformaría el manto de lava en un suelo fértil. Esta isla es un desierto. Pero lo que parece estéril puede resultar una bendición. Los agricultores de aquí aprendieron hace mucho tiempo que las cenizas volcánicas son aprovechables para el desarrollo de los cultivos. Los *lapilli* forman una capa que se humedece con las lluvias invernales y el rocío nocturno e impide que esa humedad se evapore. No se desperdicia ni una sola gota, y durante los meses de sequía pueden lograrse grandes cosas con una mínima cantidad de agua.

Conor vio una ladera salpicada, semejante a un trozo de pelota de golf pintada de negro, de cráteres bien definidos de unos tres metros de diámetro por otros tres de profundidad. Cada cráter estaba protegido por un pequeño muro curvo de piedra negra. En su interior crecían vides con racimos de uva de un verde pálido.

—Los cráteres —siguió explicando Edith— protegen las vides del viento, que podría desenraizarlas. Pero aquí también sabemos sacar provecho del viento.

Atravesaron una zona salvaje y deshabitada de riscos y torrentes volcánicos. La tierra humeaba entre rocas de lava basáltica multicolores como abalorios de gitano. El olor a azufre resultó un sorprendente tónico para Conor, cuya resaca había empeorado durante los últimos kilómetros por efecto del balanceo en la exigua silla. El mar apareció a la vista a su izquierda, y muy pronto tomaron la dirección norte tras haber superado la arista de un risco tan árido que ni siquiera crecían líquenes en él. A sus pies se extendían molinos de viento y unos bancos de sal en proceso de desecación. Edith explicó que los molinos bombeaban agua de mar a los bancos, donde el sol la evaporaba para dejar en ellos depósitos de sal, la mayor parte de la cual era aprovechada por los pescadores de la isla para conservar las capturas destinadas a la

exportación.

—En otras islas del archipiélago canario, las flores crecen con profusión tropical y se utilizan en las festividades. Aquí lo más que poseemos es cenizas y sal. De modo que la sal es coloreada y empleada para elaborar pinturas para la fiesta de Corpus Christi y otras observancias religiosas. Es una cultura fascinante. El esfuerzo que se requiere para llegar a comprenderla tiene su recompensa. Los habitantes originales, llamados guanches, eran altos y rubios. Se remontan a la Edad de Piedra, pero disponían de una buena organización social a pesar de su *status* primitivo. Los españoles tardaron casi un siglo en conquistar y asimilar a los guanches. Todavía pueden verse indicios genéticos de esa raza en niños rubios con ojos muy azules. Supongo que lo más extraño, al tratarse de una cultura isleña, es que los guanches carecían de embarcaciones.

—¿De dónde procedían?

—De la Atlántida, estoy segura. En un tiempo, estas islas fueron el extremo más oriental del continente de la Atlántida, una civilización que floreció, como usted ya habrá oído o leído en alguna parte, hace unos veinticinco mil años, cuando las costas de África y América se hallaban donde ahora sólo hay mar.

Conor sonrió con escepticismo. El camino que seguían empezó a descender, abrupto, hacia una laguna con una amplia gama de tonos verdosos, todos ellos relajantes para la vista. Vio algunos bañistas en un arco de playa de arena negra, pequeñas embarcaciones y *wind-surfers*. Detrás de la playa, a unos cien metros de distancia, se erguía un risco rojizo parecido a un peine petrificado sobre el mar. En la cima del risco se veían las casas, pintadas con colores fríos, y los molinos de viento de la comunidad de Sundial. Los edificios y pabellones de estilo romano aparecían rodeados de jardines, algunas palmeras y bosquecillos de higueras y limoneros, plantados en grandes tinajas al abrigo del viento.

La comunidad ocupaba toda la extensión del altiplano que coronaba el risco entre el ojo de la laguna y el hocico granate del volcán central de la Montaña del Fuego que se levantaba al fondo. La ladera del volcán se veía alterada en ciertos sitios por profundas grietas, sembrada de feos y rojos promontorios cónicos, salpicada de manchas amarillentas de los depósitos de azufre. Conor pensó que ése era un extraño lugar donde vivir, con el infierno en la puerta trasera y un semi-paraíso en la puerta delantera. Y, sin embargo, allí no moraba nadie en contra de su voluntad. Merlo le había dicho que Edith Leighton había sido uno de los abogados más distinguidos de Inglaterra y miembro del Consejo de la Reina, auténtico club de los elegidos del sistema legal británico, que eran llamados sólo para los casos más importantes. Podía haberse permitido vivir en cualquier parte, y con compañía selecta. No obstante, parecía encantada con la pacífica atmósfera de aquella isla casi desconocida, con el trabajo diario en su huerto y con la compañía de un camello terco y quejumbroso. Bueno, *La Duquesa* suponía un considerable ahorro en gasolina, que a buen seguro escaseaba en aquel lugar. Conor vio unos pocos vehículos todoterreno estacionados

en los callejones sin asfaltar de la comunidad, y bastantes más camellos atados en cercados.

Edith golpeó a *La Duquesa* con la fusta para obligarla a apartarse del camino ante la proximidad de un viejo Land Rover, cuya pintura había sido prácticamente arrancada por la arena que los vientos arrastraban a sus espaldas. El cartero, que era quien conducía, sonrió y saludó a Edith.

—¿Cuántos residentes hay aquí? —le preguntó Conor.

—La cifra fluctúa. Quizá unos quinientos, sin contar los estudiantes que acuden durante la semana. La mayoría de los que habitamos aquí constituimos aún población activa, de modo que vamos y venimos constantemente. Otros nunca salen de aquí. Yo detesto conducir y rara vez me alejo ni siquiera para ir a La Loma, debido a lo accidentado del terreno. Espero que no le importe recorrer el último kilómetro a pie, puesto que a partir de este punto, el descenso es bastante problemático para *La Duquesa*.

Para entonces, ya habían llegado a la comunidad. Pasaron ante casas bajas situadas en el borde del risco, desde donde se divisaba el mar. Conor oyó voces infantiles, y vio algunos grupos de niños reunidos en torno a sus tutores. Rebasada la escuela había una gran plaza, recubierta de un mosaico de pinturas de sal enmarcado por zócalos de piedra. Una de las pinturas representaba un enorme pelícano que se había herido su blanco pecho con el pico y sangraba en el interior de un cáliz dorado. En el centro de la plaza se erigía un gran objeto de bronce de unos tres metros y medio de diámetro, elevado sobre un pedestal construido con bloques de granito groseramente tallados. Era un reloj de sol muy antiguo, conservado en perfectas condiciones, y tenía aspecto de pesar un par de toneladas. La combinación de las pinturas y el reloj de sol constituía un motivo religioso, pero no identificable con ninguna fe confesional.

—¿Religión? —dijo Edith cuando él le preguntó al respecto—. Nosotros tenemos Dios, pero no un Dios hijo, ni una «religión» con sus obligaciones y prohibiciones, sus rituales vinculantes de sangre y purgas emocionales, sus jerarquías sacerdotales. El liderazgo de nuestro sínodo es rotativo entre nosotros. Allí fuera —indicó el mundo existente más allá del risco con una mano extendida— está Satanás. Él es suficiente para inspirarnos temor y respeto. Y oposición, allí donde lo encontremos. Este ha sido el único objetivo de nuestra sociedad desde que fue fundada, hace casi dos mil años: la verdad de la condición humana expresada con libertad. En el mundo hay bien y hay mal. La lucha entre estas dos fuerzas no ha cesado ni un solo momento a lo largo de la historia. Lo que nosotros intentamos conseguir es intensificar la influencia del bien, no mediante rituales y conjuros deshumanizantes, sino mediante el poder de la plegaria y la intervención psíquica, que al fin y al cabo no dejan de ser lo mismo.

—¿Cómo se las arreglaron para bajar un reloj de sol de estas dimensiones por la montaña?

—Nadie lo trajo. Por lo menos, nadie de condición humana. Ocurrió cuando las grandes erupciones, terremotos y maremotos de 1730 a 1736, el reloj de sol emergió del fondo del mar y fue a posarse ahí, justo donde usted lo ve ahora. Ha permanecido en esta posición durante los dos últimos siglos. Las generaciones que lo han visto todo este tiempo no tenían idea de lo que era. Entretanto, se completaron ciertos cambios evolutivos en los modelos vibracionales de nuestros dos kilómetros cuadrados escasos de terreno, y los individuos de la comunidad cuyas vibraciones coincidían con la frecuencia intensificada de la zona fueron atraídos...

—¿Modelos vibracionales? No sé de qué está usted...

—Oh, ahora no tengo tiempo para explicar nada —dijo ella impaciente, con un tono casi descortés—. Quiero irme a casa. Usted está demasiado influenciado por el mundo exterior, y eso está originando toda clase de interferencias. Siento un desagradable zumbido en las sienes cuando me encuentro demasiado cerca de usted. Vamos.

La casa de Edith Leighton se hallaba en el borde del risco, y estaba delimitada por dos muros de cemento encalado, uno más alto que otro. Entre los dos muros varios naranjos y limoneros, imperturbados por el fuerte viento, llenaban el aire con su fragancia. En el huerto de Edith crecían tomateras, lentejas, pimientos, e incluso un bancal de sandías. Las frutas y verduras eran desproporcionadas; no parecían reales. La mujer se detuvo para recoger un tomate más grande que el puño de Conor, que rozaba el suelo junto al camino de acceso a la casa. Luego, después de atar a *La Duquesa* con un ronzal y darle una comida que incluía higos chumbos y cortezas de sandía, Edith llevó a Conor al interior del edificio.

La puerta de la entrada era baja, y Conor tuvo que agacharse un poco. Muy pronto comprobó que el interior de la casa tenía unas proporciones semejantes. Vio ventiladores en el techo. Un molino de viento que había junto a la casa proporcionaba la poca electricidad necesaria y agua corriente. La estratégica terraza, que parecía suspendida sobre la espectacular laguna, convertía los fuertes vientos alisios en brisas refrescantes, y unas persianas de tela tamizaban la luz vespertina. Atravesaron el interior de la casa hacia la espaciosa terraza. Conor advirtió la excelente calidad de los cuadros que decoraban las paredes.

Había dos personas en la terraza: un hombre de la edad de Edith y una chica que aparentaba poco más de veinte años. Él se hallaba sentado ante una enorme mesa redonda, encarado al mar. La chica confeccionaba una pintura de sal en una caja de madera plana. Sobre la mesa había una treintena de frascos con sal de distintos colores. El hombre no se volvió cuando Edith hizo acto de presencia, pero la chica, que había estado inclinada sobre la mesa con una rodilla apoyada en un taburete, se irguió y sonrió, mientras se limpiaba algunos granos de sal verdes y ocre que se le habían pegado en las manos. Medía casi un metro ochenta de estatura.

—Hola, Philip —dijo Edith a su marido—. Llego un poco tarde; lo siento. —Miró la bandeja de comida intacta que descansaba a su lado. La chica se encogió de

hombros—. Ha habido movimiento en la carretera —prosiguió Edith—. Un tubo de lava cedió y el autobús de La Loma fue tragado enterito. Este caballero se las arregló para abandonarlo justo a tiempo. Era el único pasajero, por fortuna. ¿No es cierto, Conor? Sí, éste es Conor Devon, de los Estados Unidos. Mi marido, Philip Leighton.

Las manos de Leighton permanecieron inmóviles sobre su regazo. El hombre hizo un gesto con la cabeza y sonrió, pero no miró a Conor. Tampoco dijo nada. Al cabo de un momento, su sonrisa se extinguió. Tenía los ojos de un caminante, sumidos en la permanente contemplación de horizontes inalcanzables.

—Esta mañana me ha hablado durante un par de minutos —dijo la chica—. Me dio algunas instrucciones muy útiles para realizar mi pintura. Oh, sí, y fue al retrete.

—Mi marido —explicó Edith Leighton, mirando a Conor— padece la enfermedad de Alzheimer.

—Creo que no he oído hablar nunca de ella.

—No hace muchos años, la enfermedad de Alzheimer no se diagnosticaba. Sus síntomas eran atribuidos a otro tipo de dolencias. Ahora es reconocida como una enfermedad mortal de evolución rápida: una forma irreversible de senilidad prematura. Su caso es particularmente triste porque Philip es un artista, y estaba ejecutando sus mejores obras cuando me di cuenta de que... empezaba a hablar menos y a manifestar un comportamiento extravagante que me alarmó. —Su marido asintió levemente—. Él es consciente de su condición, y durante los momentos de lucidez que aún experimenta discutimos sobre los efectos futuros de su dolencia. Acepta el pronóstico, pero ya no es capaz de sentir demasiadas emociones. Y no puede cuidarse de sí mismo. Siempre tiene que haber alguien a su lado.

—Comprendo. Lo siento mucho, no tenía idea...

—No se preocupe —dijo Philip Leighton inesperadamente con una ávida sonrisa. Las dos mujeres lo miraron, expectantes. Una pequeña arruga cruzó la frente de Philip—. Debo llamar a la galería antes de que cierre; recuérdamelo después del té, querida.

—Sí, claro que lo haré. Confiaba que hubieras comido algo.

No hubo respuesta. El hombre había vuelto a sumirse en su solemne silencio, y Conor sintió su propio ánimo sumergirse en las mismas aguas de inconsciencia donde Philip Leighton pasaba la mayor parte del tiempo.

Edith eligió ese momento para decir con pesar:

—Ahora comprenderá por qué no puedo considerar marcharme de aquí. Pero debo admitir que me intrigó el dilema planteado por la posesión de su hermano. Espero que sabrá perdonarme si le pido que me cuente algo más al respecto. Quizá se nos ocurra algún tipo de solución. ¡Oh, esto ha sido una experiencia terrible para mí! Quisiera presentarle a Sigrid Torgeson, sin cuya ayuda le aseguro no hubiera podido salir adelante.

Conor había estado dirigiendo miradas furtivas a Sigrid a cada momento. Puede que no fuese la mujer más bonita que había visto en su vida, pero su visión le

imposibilitaba recordar incluso el rostro de su propia esposa. No existía defecto alguno en las facciones de Sigrid, ni en el corte de su cabello, ni en la distancia entre sus ojos vivaces, ni en la silueta de su barbilla, ni en las dimensiones de cada hoyuelo que resplandecía con cálida palidez en sus mejillas bronceadas cuando sonreía. Su cuerpo, mínimamente cubierto —una blusa sin espalda y un pantalón vaquero corto— tampoco revelaba defectos, sino abundancia en cada curva y fragancia juvenil a carne. Conor pensó, consciente de que estaba estrechando la mano de la muchacha demasiado rato, que tal vez Sigrid tenía callos en las plantas de sus pies descalzos. Debía tener callos allí. Pero cuando bajó los ojos hacia aquellos atractivos pies se dio cuenta de que sus polvorientos dedos eran rectos y bien dispuestos, como si nunca hubiera usado zapatos. Quedó tan impresionado que fue incapaz de murmurar una sola palabra.

—He oído hablar de su hermano —dijo Sigrid—, y sé el infierno que está padeciendo. Rezo para que sea liberado pronto.

—Estuve un par de veces con él —explicó Conor con cansancio—, y no creo que ninguno de los dos llegase a comprender qué le ocurría a Rich. Ni siquiera sé si mi hermano todavía existe.

—Oh, sí, existe. Y está aterrorizado a la vez. Lo sé. Yo estuve poseída a la edad de dieciséis años. Se prolongó durante más de tres meses. Como es natural, no recuerdo nada del exorcismo. Pero sé que estuve a punto de perder la vida.

—¿Poseída? ¿Por el...?

—Sí. Tengo fotografías. No serviría de nada mostrárselas salvo para revolverle los intestinos, y sé que usted ya ha tenido bastante de todo esto.

Conor sonrió condescendentemente, sin acabar de darle crédito.

—Al parecer, salió bien librada.

—Más que bien librada —respondió la chica—. Aprendí que ni somos tan buenos como nos gustaría ser, ni tan malos como tememos.

Sigrid se volvió de espaldas a Conor. Parecía como si hubiese pasado los tres meses de posesión demoníaca tendida en un lecho de clavos en una sala de torturas. Las cicatrices, pequeñas muescas regulares que se extendían desde la nuca hasta la cintura de su pantalón, eran incontables. Su espalda se asemejaba a un trozo de piedra pómez.

Conor contuvo la respiración, sofocado por esa tragedia que había desfigurado la juventud y atractivo de la chica. Se sintió engañado. Experimentó un deseo por ella que hizo que la cabeza le diera vueltas.

Sigrid se volvió hacia él de un modo complaciente, como si hubiera adivinado las emociones de Conor antes de reconocerlas.

—Pero... ¿por qué no...?

—¿Hago algo? La cirugía plástica supondría un proceso largo y doloroso. Y, ¿sabe?, las cicatrices no me preocupan tanto como usted cree. Son las cicatrices de mi lucha, y quiero recordar que la lucha contra Satanás no es sólo la obsesión de mi vida,

sino de toda la historia de la humanidad. Ni siquiera deseo pensar que hubiera preferido no verme involucrada.

El preso tenía buen cuidado de su cuerpo, e invertía unos cuarenta minutos diarios a hacer ejercicio, solo, en la exigua sala de recreo de la cárcel, donde las posibilidades de entretenimiento se limitaban a una estropeada baraja de cuarenta y ocho naipes, un televisor en blanco y negro donde los programas del único canal sintonizado se veían en imágenes manchadas y ondulantes como una película de aceite en una superficie acuosa, y varios ejemplares sin tapas de revistas como *Yankee* o *The Rotarian*.

Mientras hacía sus ejercicios, el preso era custodiado por dos carceleros, uno de los cuales llevaba una escopeta de cañones recortados, modelo estándar M-10, cuya munición consistía en flechitas en lugar de balas. Las flechitas eran unas agujas de cobre que desgarraban la carne y tenían escasa capacidad de rebote, lo cual era deseable si se hacía necesario disparar la escopeta en un área encerrada entre paredes. El preso solía emplear sus cuarenta minutos en flexiones, tracciones y carrera sostenida. Rara vez se interrumpía para descansar. Cuando lo hacía, nunca hablaba ni reconocía la presencia de los carceleros.

Con todo, Duke Fridley tenía la impresión de que, uno de esos días, el preso volvería a insubordinarse. Y Duke estaba preparado para tal contingencia. Duke sentía tanto aprecio por el preso como por un gusano en un filete de ternera, y anhelaba que intentara algo. Por su parte, había contraído méritos suficientes para granjearse la hostilidad del preso por medio del abuso verbal, pero sólo había conseguido ser ignorado. La mayor parte de los días había tenido que contentarse con dejarle terminar sus ejercicios y conducirlo de regreso a su celda.

Ese día, sin embargo, Duke albergaba en su pecho un enconado rencor hacia su ex esposa, que había reunido todo el dinero que él tan ingenuamente le había pagado para mantener a los niños y lo había entregado íntegro a su amante, sin preocuparse de los chicos para nada. Al mismo tiempo, Duke imaginaba cómo reaccionaría si de repente el preso interrumpía su serie de tracciones para intentar arrebatarse la escopeta. Dos rápidos disparos, y a continuación le retorcería las orejas y el pescuezo. Ahorraría al condado una enorme cantidad de tiempo y dinero. «Vamos, rata de cloaca, mierda de perro. Veamos lo astuto que eres. Tú mírame con desprecio una sola vez».

—Tiempo —dijo el otro carcelero, llamado Parker.

Levantó los ojos de su reloj de pulsera y bostezó. El preso prosiguió sus ejercicios gimnásticos como si no hubiera oído a Parker. «¿Qué te parece esto?». Duke se situó detrás del preso y le propinó un puntapié en el trasero que le derribó.

—Vamos, Duke —dijo Parker, desconcertado—. ¿Qué te pasa, hombre?

—Este jodido cabrón cree que puede hacer lo que le venga en gana siempre que quiera. Y aquí las cosas no funcionan así. Este hombre ha dicho «tiempo», Devon.

Eso significa que debes interrumpir lo que estás haciendo, levantarte y extender los brazos para que te pongan la camisa de fuerza. ¿Entendido?

El preso miró a Duke. No había odio en su rostro al que Duke pudiera responder con otra patada de amonestación. De hecho, su rostro no contenía expresión alguna.

Duke vio, o creyó ver, unos pequeños puntos rojizos de luz en los ojos del preso. El carcelero experimentó una ola de calor en la cabeza que le turbó la mente hasta el extremo de no poder controlar su propio cuerpo.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que alguien controlaba sus actos. Advirtió que se volvía y se encaminaba hacia la pared más alejada de la sala de recreo, donde fue obligado a prestar toda la atención de que era capaz, con la boca del fusil en su mano derecha, sosteniendo la empuñadura en su axila izquierda con el dedo en el gatillo.

—Duke, ¿qué demonios estás haciendo? —gritó Parker.

El preso, apoyado sobre una rodilla, escrutaba a Duke con gran intensidad, levantando lentamente una mano hacia su frente para secarse el sudor.

—¡No sé lo que estoy haciendo! —chilló Duke—. ¡Quiero decir que no puedo evitarlo! Aléjate de mí, Parker. No me toques o el fusil... ¡Jesús! El fusil se disparará, Parker. ¡Esas malditas flechas me destrozarán el brazo! Ayúdame. ¡Por el amor de Dios, ayúdame! ¡El fusil va a dispararse contra mi propio brazo! ¡No, noooooo!

El preso bajó la cabeza unos instantes, imperturbable por el terror de Duke.

El fusil no se disparó. Pero la pérdida de un brazo hubiera sido un mal menor en comparación con el horror de las visiones que cruzaron por la mente de Duke durante los momentos siguientes.

Vio su mundo, la pequeña extensión rural de Vermont donde fanfarroneaba, se emborrachaba, acosaba a las mujeres y llevaba a sus hijos a la sesión de cine del domingo por la tarde, como un lugar permanentemente oscuro y olvidado, poblado por despojos humanos que se perseguían unos a otros entre las ruinas en busca de un pedazo de carne viva que llevarse a la boca. La cabeza de Duke se agitaba presa de estupor, y tenía los ojos vidriosos. Bajó el brazo derecho y el fusil cayó de su mano. El preso se estiró y lo atrapó antes de que tocara el suelo.

Duke se derrumbó sobre sus rodillas, gimiendo suavemente. Parker se apartó del preso, sin atreverse a desenfundar su pistola.

El preso le indicó con un gesto que no se moviera, y Parker obedeció, a excepción de la dentadura postiza que castañeteaba en su boca.

El preso se dirigió hacia donde se encontraba Duke, quien se encogió intimidado por el baño de sangre que imaginó iba a acontecer.

—Has dejado caer esto, Duke —dijo el preso, y le devolvió el fusil.

Duke lo cogió, tembloroso. Ahora sabía del preso mucho más de lo que hubiera querido saber. Se sentía incapaz de restablecer su beligerancia, el deseo de lanzarse sobre el preso y golpearle con la porra hasta dejarle sin conocimiento.

Porque Duke tenía muy claro que el preso les controlaba a ellos, a sus carceleros, y no al contrario. Podía marcharse cuando quisiera, y nada ni nadie sería capaz de

impedírselo.

Pero él no quería eso. Por alguna razón que Duke asociaba vagamente con la visión que había desmenuzado las ilusiones que le bastaban para mantener el motor de su vida en marcha, el preso se contentaba con permanecer donde se encontraba. Duke se humedeció los labios y saboreó el amargo conocimiento del insignificante y mediocre montón de basura que era en realidad.

Tan pronto como Steve, el carcelero jefe, hubo escuchado el informe de Parker, citó a Duke en su despacho.

—Duke, estás despedido. No quiero volver a verte por aquí.

Duke trató de sonreír con afectación, pero le exigió algo más que un simple esfuerzo. Se estaba hundiendo con rapidez en un pantano de desesperación de donde no poseía los medios para salir. Tras meditar unos instantes, dijo:

—No volvería a esta maldita cárcel ni dentro de un tanque M-60.

Conor habló mucho rato en la casa que Edith Leighton poseía junto al mar, hasta que su voz enronqueció y hubo que bajar las persianas del todo para combatir la incidencia de un sol cegador. Una luz de color de *whisky* inundaba la terraza y sumía los rostros de sus ocupantes en marcadas sombras. Edith le había pedido permiso para grabar su relato. Conor les refirió todo cuanto sabía o sospechaba acerca de cómo Rich había sido engañado, y más tarde poseído, por Zarach Bal-Tagh. Les habló de las aterradoras manifestaciones que él mismo había presenciado, y de las muertes o desapariciones de los testigos que habían visto a Rich, o Zarach, matar a Karyn Vale, demasiado repentinas e inexplicables para tratarse de una mera coincidencia. Habló también de la decisión crucial por parte de Adam Kurland de alegar posesión demoníaca, si bien era consciente de los desastrosos efectos que esta decisión podía tener en su carrera. Describió los ataques demoníacos contra Hillary y, posiblemente, contra él. Comentó algunos aspectos de su corta vida como sacerdote, los sentimientos de culpabilidad que persistieron durante varios años después de renunciar a los votos. Expresó el amor que sentía por su familia y los temores por su seguridad, así como el temor más específico de que, a pesar de todos sus esfuerzos, no había nada que hacer para salvar a Rich.

—Sólo existe un modo de salvarle —dijo Edith—, y es con un juicio. Pero no nos engañemos: un juicio entrañaría un gran peligro. Por una vez, la enorme publicidad generada por él podría muy bien extender el terror y el pánico entre los seres humanos que son mental y emocionalmente incapaces de soportar la idea de ver sus almas amenazadas por la legión del mal. Un efecto indeseable sería la muerte de la fe religiosa. Otro, una parálisis de la voluntad que redundaría en la incapacidad de creer en uno mismo y en la santidad de la vida humana, lo cual desautorizaría a la persona para combatir las fuerzas negativas. Esa sería una tragedia todavía mayor. La voluntad humana es nuestro recurso más precioso.

—Tal vez... si hubiera un modo de controlar toda la publicidad...

—Querido, la forma más simple de demostrar la existencia de Zarach en un tribunal consiste en hacer que se revele. ¿Se imagina lo que podría ocurrir? Usted ya ha tenido alguna experiencia con el Hijo de la Noche Infinita. Permítame garantizarle que es capaz de organizar un circo de terror mucho más espectacular de lo que ha sido hasta ahora. Pero un veredicto que exculpe a su hermano no tiene por qué salvarle necesariamente. No sólo su hermano debe ser exculpado, sino que Zarach debe ser desterrado de este mundo. No existen más que dos posibilidades de que Zarach pierda su control sobre Richard: mediante la muerte, o mediante la intervención de una poderosa fuerza positiva. Si Zarach ha accedido a revelarse, entonces tienen que existir los medios para controlarle. Ésa es la cuestión.

—Lo que usted dice es que la vida de mi hermano no importa tanto como las

consecuencias del juicio.

—¿Yo he dicho eso? Creo que no. Tan sólo he señalado que ésta no es una empresa para aficionados, por muy bienintencionado que sea el señor Kurland.

—¿Usted no puede hacer nada?

—Todos los habitantes de Sundial podemos formar un círculo de luz psíquica en torno a Richard, y rezar por su liberación. Eso podría tener un valor considerable. En lo que se refiere a mi contribución personal, aun en el caso de poder abandonar a mi marido, me temo que mi capacidad se ha diluido por los muchos años que han transcurrido desde que pisé un tribunal por última vez.

Sigrid meneó la cabeza en señal de desaprobación, pero no dijo nada. Edith puso una mano sobre el brazo de Conor.

—Bien, creo que ya hemos dado demasiadas vueltas a este dilema por hoy. Parece usted exhausto. Es hora de comer y retirarse a descansar. Esta noche debo asistir a una reunión. Tal vez mañana, cuando haya descansado lo suficiente, Sigrid podrá mostrarle más cosas de nuestra comunidad.

—Martin, todavía no te has vestido.

Louise Vale había descubierto, sin necesidad de adivinarlo, el paradero de su marido: la habitación de Karyn. Había encendido la lámpara de cristal y abierto las ventanas que ofrecían una vasta panorámica sobre el estrecho. Una gélida brisa de abril hacía oscilar las cortinas. La estrella vespertina brillaba como un solitario entre las desnudas ramas del roble. Martin Vale estaba sentado en el borde de la cama cubierta con un edredón de color rosa, los ojos fijos en la ventana y un vaso en la mano.

—Creo que no voy a salir esta noche.

—¿No quieres ir a la fiesta de cumpleaños de Bill? Es tu socio. Y éste es un hito muy importante en su vida. Si no asistes, nunca lo comprenderá.

Con la voz enronquecida por el jarabe del dolor, Vale dijo:

—¿Acaso comprende alguien lo mucho que la quería? Yo deseaba lo mejor para ella.

—Oh, Martin. Claro que sí. Todo el mundo lo comprende. —Suspiraba por sentarse a su lado, pero hubiera sido una violación de la intimidad que él intentaba restablecer con su hija en esa habitación—. ¿Qué te pasa, Martin? ¿Es el juicio lo que tanto te preocupa? El juicio no empezará hasta dentro de seis semanas, por lo menos. No puedes obsesionarte así..., sólo conseguirás acabar de hundirte.

—Algo va a ir mal. Lo presiento. Devon saldrá de la cárcel. No será castigado como se merece.

—Es esa absurda posesión demoníaca lo que te preocupa. Tommie te dijo que no debías pensar en ello. El alegato no será autorizado.

—Tommie es un buen hombre, pero tiene las manos atadas por un fiscal de pueblo que carece de la suficiente experiencia para tratar un caso como éste. Hay demasiadas puertas de escape por las que ese chico puede evadirse, y quedará libre en uno o dos años.

Vale volvió el rostro hacia su esposa con lentitud. El contorno de sus ojos, que adoptaba un color hepático cuando el ejercicio y el descanso compensaban la tensión, era ahora negro como el de un oso panda. El bronceado que lucía en el mes de enero se había tornado amarillento en las arrugas verticales que surcaban su cara. No había vuelto al club náutico para nadar sus cuarenta piscinas y charlar con los amigos en el bar. Tenía muy poco apetito.

—Daría cualquier cosa, incluso la vida, para que eso no ocurra.

Ella habló con severidad, presa de miedo:

—Debes terminar con esto. Todos sufrimos. La ley no puede ser tan cruel e indiferente como crees. Escucha a Tommie. Ahora tenemos que ir a cenar, y no aceptaré ningún tipo de excusas.

Un reloj del siglo XVIII ubicado sobre una cómoda francesa emitió un zumbido y empezó a dar campanadas. El tiempo pasaba por la habitación con la celeridad de balas de plata que se perdían en la oscuridad de las ventanas. Martin Vale extendió una mano como para pedir al reloj que se detuviera y volviera hacia atrás. La mano fue traspasada de forma invisible; Vale se la llevó a la boca, con los ojos desorbitados. Silencio. Karyn, inmaculada, lo contemplaba desde un retrato colgado en la pared. Recuerdos. Recuerdos.

La cueva a la que Sigrid Torgeson y Conor descendieron estaba bien iluminada y tenía unos veinticinco metros de profundidad. A diferencia de las cuevas formadas poco a poco en piedra caliza por la acción de las aguas subterráneas, ésta había sido creada con dramática furia por un río de lava que había fluido desde las alturas de la Montaña del Fuego. Las paredes dentadas de basalto asumían tonos grises y rojizos, y las estalactitas eran largas lanzas de lava solidificada.

—Después de la erupción —explicó Sigrid— la lava se enfrió y endureció rápidamente en la superficie, lo que hizo que se formase un tubo del cual siguió emanando mucha más lava. En algunos lugares hay tubos superpuestos sobre otros, y galerías mucho más grandes que ésta. No todas las cuevas han sido exploradas.

—¿Adonde vamos?

—Hacia el mar, a mi sitio favorito. Las vibraciones son particularmente buenas para mí a la orilla del Lago de la Ilusión.

—¿El qué?

—Ya lo verá. No quiero estropearle la sorpresa. Por aquí.

Ese día, Sigrid llevaba calzado: un par de botas rígidas de excursionista. Él también. La chica le advirtió que se fijara dónde apoyaba las manos. Había salientes de roca afilados como hojas de afeitar.

—No entiendo todo esto de las «vibraciones» —dijo Conor.

—La materia, ¿es sólida?

—Bueno..., en realidad no. Toda la materia está compuesta de moléculas.

—Y entre las moléculas existe un espacio, ¿verdad?

—Nunca fui un entusiasta de la física.

—La cantidad de espacio entre las moléculas determina la densidad. El aire, el agua, la carne, las piedras, tienen una densidad distinta según la disposición de las moléculas y la velocidad relativa de unas respecto de las otras. No hay nada inmóvil en la naturaleza. La frecuencia del movimiento equivale a vibración. La vibración determina lo que perciben nuestros sentidos; en otras palabras, la dimensión en que vivimos, la tercera dimensión.

—¿Existe una cuarta dimensión?

—Oh, por supuesto; hay cientos de dimensiones. Pero la inmensa mayoría de ellas sólo se encuentran lejos del plano terrestre. —No pudo evitar reírse, pero parecía un tanto aprensiva a la imprecisa luz de la caverna—. ¡Qué expresión más terrible tiene su rostro! ¿Le he ofendido?

—¿Qué? Oh, no..., siempre lo pongo cuando... trato de asimilar algo que no acabo de entender.

—Permítame contarle algo más sobre las vibraciones. Recuerde que usted me ha preguntado al respecto. Las vibraciones pueden ser armoniosas o disonantes. Dígame,

¿ha conocido usted alguna vez a alguien que le inspirase un disgusto inmediato, o ha estado en algún sitio de donde deseara marcharse lo antes posible?

—Por supuesto.

—Eso se explica por qué sus vibraciones chocaban con las de la otra persona o con las vibraciones del lugar. Nuestras vibraciones están armonizadas con la mente, y cuando ésta no se halla bajo control, nuestras vibraciones se desvían cada vez más de las de la naturaleza. Las consecuencias, a largo plazo, pueden ser drásticas.

Sigrid vestía una blusa de manga larga. Hacía frío en el interior de la caverna por donde andaban. Ambos llevaban un bastón para facilitar su caminar sobre el irregular terreno. Conor pensó en las cicatrices de la espalda de ella.

—¿Cómo fuiste poseída? —preguntó.

—Oh, ocurrió cuando era más joven y, no diré estúpida, pero sí ingenua. Tenía, además, una susceptibilidad que atrajo a los malos espíritus cuando les di la menor oportunidad de acosarme. Una tabla Ouija fue el catalizador. ¿Conoces la Ouija?

Conor asintió.

—No son los juguetes inocentes que la mayoría de la gente cree. Una tabla Ouija es un canal de comunicación a través del cual espíritus desconocidos pueden asociarse con los vivos. Existen unas leyes cósmicas de atracción o invitación que los espíritus están obligados a obedecer. Mis amigos y yo, mediante el uso de nuestra tabla Ouija, establecimos contacto con un espíritu que simuló ser positivo, angélico, con la finalidad de ganarse nuestra confianza. Bien, mis amigos pronto se cansaron del juego, pero yo continué y mantuve el contacto con ese espíritu durante varios meses, por la noche, cuando todo el mundo pensaba que dormía. La peor hora para relacionarse con los espíritus. Ese demonio era un perfecto adulator, y quedé cautivada por él, y por sus pequeñas predicciones sobre el futuro, que siempre se cumplían. Llegó un momento en que ya no tuve bastante con depender de sus mensajes nocturnos, y le pedí que se dejase ver. Así fue como empezó todo. Quedé infestada, no por un demonio, sino por muchos.

—¿Por qué estás aquí, Sigrid?

—Para hacer todo el bien que pueda con el fin de agradecer la ayuda carismática que Sundial me prestó. Y porque las vibraciones de aquí excluyen toda posibilidad de influencias malignas. ¿No ha advertido la diferencia hasta ahora?

—No lo sé. Anoche dormí mejor que durante las últimas semanas, y no necesité cuatro copas para dormirme. Ni siquiera tengo ganas de echar un trago.

—Se requerirían algunos días más, ¿quién sabe?, antes de que se encontrara tan a gusto aquí como para no desear marcharse.

—Pero tengo que hacerlo. Mi hermano va a morir.

La muchacha inclinó la cabeza como en actitud de arrepentimiento y anduvo en silencio durante unos minutos. Pronto tuvieron que escalar un montón de cascotes que bloqueaban el paso por la accidentada galería que habían recorrido hasta entonces. Desde la parte superior del montículo, Conor se asomó a un abismo, tan

bien iluminado como las paredes de la cueva.

—¿Ya no podemos avanzar más? ¿Qué profundidad tiene este hoyo?

Sigrid le entregó un trozo de basalto.

—Deje caer esto y cuente los segundos que pasan hasta que lo oiga tocar el fondo. Más física.

Conor lo hizo así, pero apenas el trozo de roca había abandonado su mano cuando el abismo se desvaneció trémulamente ante sus ojos como si fuera un espejismo. Oyó un pequeño chapoteo cuando la roca impactó en el agua de la negra superficie de un estanque, tan inmóvil que había reflejado con fidelidad plena el techo y las paredes de la caverna donde se encontraban.

—Sólo tiene diez centímetros de profundidad —anunció ella—. Podemos vadearlo sin problema y proseguir nuestro camino hacia los estanques que formó el maremoto. Verá en ellos criaturas marinas muy interesantes que no se encuentran en ningún otro lugar en el mundo. La playa queda muy cerca, y podremos darnos un baño.

—De acuerdo.

Pero Conor se sentía un poco reacio a abandonar tan pronto la cueva, fresca y al abrigo del viento, para regresar a la superficie. En ese lugar, a solas con ella, podía intimar con una mujer a la que adoraba en términos que satisfacían el corazón pero no involucraban el sexo para nada.

Ella intuyó su deseo de quedarse y, tras descargar la pequeña bolsa que llevaba, se sentó con los codos sobre las rodillas y le sonrió. Él se sentó también con mayor cautela, para asegurarse de que no había ninguna piedra que pudiera clavársele en el cuerpo.

—Sigrid, ¿qué crees que hará?

—¿Edith? Bueno, no sé qué decir. Usted debería de conocerla un poco mejor para darse cuenta de la preocupación que siente por la situación de su hermano. No crea, ni por un momento, que haya perdido su afición por la confrontación, o su odio hacia el mal que Zarach representa.

—Pero su marido se está muriendo.

—Sí. Según tengo entendido, la enfermedad anulará de manera gradual sus sentidos uno por uno, hasta que se olvide de respirar. Llevan cuarenta años casados. Piense en todo lo que habrán compartido en su amor mutuo, los placeres que la vida les habrá brindado: el arte, la música, los libros... —Sigrid señaló el estanque, cuya superficie volvía a estar inmóvil—. Todo cuanto le queda es una ilusión, que sólo se realiza las raras veces en que él es estimulado de alguna forma para hablar como si no hubiese estado nunca enfermo. Entonces Edith es feliz, y agradece esos momentos que todavía persisten de la vida maravillosa que compartió con él. Pero pronto llegará el día en que la piedra caiga y el agua tiemble, y ya no importará cuánto pueda esperar ella, porque la ilusión no reaparecerá. Él nunca volverá a hablar. Vivirá un poco más, pero la habrá dejado para siempre.

El juez Natty Eames consideró el segundo fin de semana del mes de abril —«época de lodo» en el sur de Vermont— demasiado frío para celebrar una barbacoa familiar, pero era el sexto aniversario de boda de su hija Olivia y durante el último año y medio había estado tan ocupado que él y su esposa no habían gozado de demasiadas oportunidades para ir a ver a sus dos nietos. Natty y Violet (aunque todo el mundo la llamaba «Buff» desde que tuvo uso de razón) partieron hacia Dorset temprano, para llegar poco después de la una de la tarde. Más de una brizna de forsitia asomaba en el camino de acceso a la propiedad. Grandes borlas de sauce se extendían por la orilla del estanque, donde los últimos hielos invernales se superponían en placas lisas y finas.

La casa había sido poco más que un pequeño chalé en proyecto cuando los niños llegaron, pero Greg era arquitecto y había trabajado muy duro en un original que Buff pretendía publicar en la revista *House and Garden*. Había limpiado, una vez vaciado, el fondo de un riachuelo de aguas casi estancadas para construir un dique, el cual se convertiría en el amplio estanque que tan bello lucía en primavera y en otoño, cuando los árboles perdían su follaje. Los nietos de Natty tenían prohibido jugar en las proximidades del estanque, que ocupaba casi toda la parte delantera de la casa. Su área de juegos estaba delimitada por un cercado en la parte posterior, donde había un bosque de abedules replantados por Greg y un sinfín de atracciones que permitían trepar, reptar, saltar y esconderse: cajones de arena, columpios y toboganes.

Greg y Olivia quedaron encantados con su regalo de aniversario, una vieja ponchera de cristal que Buff había adquirido en una tienda de antigüedades próxima a la estación de Chester. Ni siquiera había dicho a Natty cuánto había pagado por ella, aunque entendía más de antigüedades que la mayoría de anticuarios y era capaz de obtener piezas muy interesantes a precios de saldo.

Buff se ofreció a echar una mano a Olivia antes de que el resto de invitados llegase. El pequeño Thaddeus, de tres años y medio de edad, y Tussy, que acababa de cumplir los cinco, se disputaban la atención de su abuelo. Natty los llevó al patio de juegos y les hizo subir a los columpios, impulsando a cada niño por turnos. Tad aún se mostraba algo asustadizo, y se aferraba con fuerza a las cadenas sin atreverse a compartir los gritos de Tussy:

—¡Más alto, abuelito!

Mientras jugaba con los dos niños, Natty Eames reflexionó sobre el caso Devon. Sabía que había actuado debidamente cuando le leyó la cartilla a ese joven abogado defensor. Toda la publicidad giraba ahora en torno a Kurland; el lunes siguiente dispondría de un montón de huevos para lanzarle a la cara. Sólo Natty tenía las de ganar, si demostraba a todo el mundo que ese juicio sería conducido a su manera.

—¡Más alto, abuelito!

El viento se había avivado, y Natty tiritó en el interior de su preciado gabán, que había llevado durante tanto tiempo que Buff solía bromear asegurando a todo el mundo que Natty lo había mencionado en su testamento. Echó una ojeada por encima del hombro al huerto de Trent, el límite septentrional de la propiedad de Greg y Olivia, y a la cima de la colina que se levantaba algo más lejos. La temperatura había oscilado alrededor de los quince grados, pero parecía ya en franco descenso; tendrían que improvisar esa barbacoa en el interior de la casa.

—¿Puedo bajar ahora? —preguntó Tad.

Tuvo que repetir la pregunta antes de que Natty le oyera.

—Sí, claro.

Natty detuvo el columpio del niño en seco sujetando ambas cadenas sobre los pequeños puños de Tad. Tussy seguía volando alegremente, con las puntas de los pies orientadas hacia las desnudas ramas de los árboles. Los pájaros se alejaban de esos árboles en desordenada hilera, una firma de alas en el cielo que rubricaba el momento de falsa primavera del cual habían gozado.

Natty pensó que hacía bastante frío como para decidirse a entrar. Volvió la cabeza para seguir las evoluciones del pequeño Tad en el mayor de los toboganes que Greg había construido.

—¡Mírame, abuelito!

—Ten cuidado.

Natty se echó a reír, y, a continuación, los dientes le castañetearon. El viento soplaba desde la colina casi tan fuerte como para arrancar a Tussy de su asiento mientras la niña seguía impulsándose hasta quedar en posición horizontal respecto al suelo. La cadena que él sujetaba se estremecía por la fuerza que ejercía sobre el armazón del columpio.

—Tussy, te vas a caer.

Natty se estaba conteniendo los mocos. Hurgó con la mano que le quedaba libre en un bolsillo en busca de su pañuelo.

—¡No me caeré! ¡Te quiero, abuelito!

—Yo también te quiero, Tussy.

Tad bajaba por el tobogán, gritando. Natty volvió a reír, pero, de repente, la risa se tornó hielo en su garganta. La cadena que sujetaba con la mano derecha se había doblado, inexplicablemente, y se había enrollado en torno a su muñeca.

«¿Qué diablos...?», pensó Natty.

El asiento del columpio subió varios centímetros y la otra cadena formó un lazo. Aún no había tenido tiempo de pensar cómo liberarse cuando la otra cadena descendió con rapidez hacia su cabeza; le hizo daño en sus prominentes orejas, y luego lo cogió por el cuello, justo por debajo de la mandíbula.

Entonces, el columpio empezó a moverse: levantó al pequeño juez en el aire y lo balanceó adelante y atrás mientras su rostro se ponía del color del vino tinto. Estuvo consciente durante unos seis segundos más, tiempo suficiente para oír el primer grito

de terror de Tussy al columpiarse junto a él dos, tres veces, antes de ocurrírsele clavar los talones en el suelo para detenerse. El cuello de Natty estaba horriblemente torcido, pero tenía los ojos abiertos. Sonrió a Tussy. Su sonrisa se llenó de sangre. La niña echó a correr hacia la casa.

—Descansaremos aquí unos minutos, Philip —dijo Edith Leighton a su marido.

Había detectado en él un ligero resuello, una cierta resistencia a levantar los talones del camino de ceniza por el cual transitaban.

Él sonrió en señal de avenencia, como respuesta a la suave presión de los dedos de ella en la parte anterior de su codo. Habían seguido el borde del acantilado, de sesenta metros de altura, durante un cuarto de hora que Edith había llenado de conversación: sobre música; sobre una exposición retrospectiva de los cuadros de Philip, que estaban cubriéndose de polvo en su galería de Londres; de una nueva biografía de Leopoldo Mozart que ella había recibido por correo y estaba ansiosa por empezar a leer... Edith se preocupaba a diario de que su marido hiciera, por lo menos, media hora de ejercicio. En ocasiones, Sigrid lo acompañaba a la playa, pero esa clase de paseos inquietaban a Edith. Philip era un excelente nadador y ella temía que decidiera de repente dirigirse hacia mar abierto, donde las imprevisibles y fuertes corrientes podían arrastrarle en cuestión de segundos; no habría modo de rescatarlo hasta que quedase exhausto y se ahogara.

Se sentaron juntos en un banco de la plaza, bajo el amplio alero del tejado de uno de los pabellones de la escuela. Allí hacía sombra y el viento no era tan revoltoso. Los niños se habían retirado a sus casas para disfrutar del fin de semana.

Edith había llevado consigo una carpeta con dibujos recientes de un artista que había sido protegido de Philip varios años atrás y que ahora estaba adquiriendo un notable prestigio en Italia y América. Le mostró los dibujos poco a poco. A su lado, Philip los miraba y asentía. Luego alzó la cabeza para contemplar el mar, una paleta de sólidos y espesos blancos y cobaltos relucientes. Sus cabellos se erizaban en torno a las orejas.

—No recuerdo el nombre del joven con el que hemos pasado tanto tiempo —dijo él, excusándose.

Ella pensó que se trataba de una situación parecida a tener la radio todo el rato encendida sin saber cuándo vas a recibir señal a causa de un cambio favorable en las condiciones atmosféricas.

—Se llama Conor Devon.

—Oh, sí.

No volvió a hablar durante un lapso lleno de sol. Ella contemplaba una de sus orejas con el deseo caprichoso de tener el tamaño de una polilla a fin de poder deslizarse por sinuosos canales hacia su espaciosa y asombrosa mente para encenderse en el fuego de la riqueza que sabía aún existía allí dentro. Por fin, Philip interrumpió su silencio:

—Me parece un asunto muy importante, Edith.

—¿El qué?

—El juicio sobre la posesión demoníaca. Zarach Bal-Tagh está involucrado.

—Sí, por desgracia.

—¿Es por mí que no vas a ir?

—Claro que no quiero dejarte. Pero también tengo miedo de haber perdido la fuerza.

—La fuerza suele ser un problema de convicción y de fe. ¿Acaso has perdido la fe?

—No.

Ella observó su rostro. Había una leve sonrisa en él, un asomo de resplandor. Pero Edith se veía incapaz de adivinar qué estaba pensando, ni siquiera si pensaba en algo.

—¿Qué opina el consejo? —le preguntó él.

—Todavía no estoy preparada para exponer el tema ante el consejo.

—Pero lo harás.

—Sí. Y entonces...

—Creo que deberíamos guiarnos, como hemos hecho siempre, por la voluntad de la mayoría. —Philip se volvió y miró a Edith a los ojos. Sus manos estrecharon las de ella con firmeza. Edith se interrogó sobre el sentido de las palabras de su marido—. Ya sabes que estaré bien aquí. Sigrid me protegerá. Soy un hombre muy afortunado.

Y eso fue todo. Philip siguió mirándola con unos ojos grises sin fulgor pero desprovistos también de inquietud, de plácido recelo. Ella presintió que había doblado una esquina para embocar otro callejón largo y vacío. La intensidad del apretón de sus manos remitió. Edith inclinó la cabeza. Miró al mar y sintió temor por las distancias; había orientado su vida hacia adelante durante demasiado tiempo. Para viajar hasta tan lejos, para enfrentarse una vez más a la fuerza que tanto odiaba... Sus labios temblaron al pensarlo. Tenía miedo, un miedo real. Experimentó una furtiva rigidez en la espina dorsal.

«Tal vez», pensó.

Había catorce tribunales de justicia criminal en el Distrito Judicial del Sur de Vermont. Tras la desconcertante muerte de Natty Eames, el caso de «Vermont contra Devon» pasó a ser competencia del más joven de estos jueces, Knox Winford, de treinta y cuatro años de edad.

Durante los cinco años que llevaba ejerciendo en el cargo, Knox se había revelado como un joven que atesoraba probidad y ambición. Todo el mundo sabía que Knox contaba los días que faltaban para que el senador por el Estado de Green Mountain recalara, tras ocho mandatos, en Washington, a fin de ocupar la vacante. Pero no era un holgazán. Perseveró en su estudio del derecho y adquirió fama por su sensibilidad en materia de derecho constitucional. No era inmune al amiguismo, pero supo elegir los amigos adecuados. No había sido corrompido por las conveniencias. Jamás tuvo problemas económicos. Su abuela paterna había vendido jarabe de arce y ensaladeras de madera a los turistas con el único propósito de acumular un fondo sólido para Knox, la niña de sus ojos. La familia de su esposa era acaudalada, y tan ambiciosa como él.

Knox sabía, incluso antes de que su amigo Adam Kurland lanzara al juez Natty la pelota envenenada de un alegato de posesión demoníaca, que el caso Devon iba a resultar muy polémico. Entonces se sintió dichoso por no tener que presidirlo.

Una vez le asignaron el caso, disponía de varias opciones. Podía renunciar al mismo sin necesidad de aducir un motivo demasiado urgente. Podía aplazar el juicio por causas técnicas hasta el momento de renunciar para tomar posesión del cargo de senador. Podía llamar a Adam y proporcionarle el mismo trato, poco más o menos, que el abogado había recibido de Natty Eames. Podía aplicar presiones más sutiles e indirectas que supusieran una invitación sumaria a Adam para que compareciera ante el Comité de Ética de la Asociación de Abogados del Estado. Pero Knox Winford reunía un par de características que actuaban, según los casos, a favor o en contra de su labor como legislador. Era un hombre curioso, y creía que la ley era un proceso y no las Sagradas Escrituras. Por otro lado, no abusaba del poder que representaba.

De modo que concertó una entrevista informal con Adam para hablar sobre el tema. Lo citó en su despacho, donde comieron unas hamburguesas acompañadas con Coca-Cola. Esa vez, Adam estaba preparado para justificar su estrategia. Llevó dos cintas grabadas durante las manifestaciones de Zarach Bal-Tagh, además de declaraciones del padre James Merlo, de Conor y de Lindsay.

Fue una larga sesión. Knox quedó impresionado por la sinceridad de Adam y no creyó en ningún momento que estuviera afectado por una crisis nerviosa. Las cintas, sin embargo, no cumplieron su cometido de provocar una honda impresión en el juez: estaba familiarizado con acciones judiciales criminales en otros Estados que habían involucrado casos de múltiple personalidad. Knox se hallaba casi dispuesto a ofrecer

a Adam un trato que sacara a todo el mundo del apuro y les garantizara un juicio plácido, pero aplazó su decisión en dos días para visitar la cárcel con la intención de ver al preso y juzgar por sí mismo.

Antes habló con Steve, el carcelero jefe del mostacho cobrizo.

—Puedo asegurarle, señoría —dijo Steve—, que no es como los psicópatas que hemos tenido alguna vez aquí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nos está haciendo la vida imposible a todos. El otro día me vi obligado a despedir a uno de mis muchachos, un buen chico. Ya no podía seguir soportando la tensión a la que era sometido. El preso fue la gota que rebosó el vaso de su paciencia. Nunca ha sucedido algo parecido a esto en mi cárcel.

—¿Cómo se comporta? ¿Es difícil de manejar?

—No desde hace un par de meses, cuando destrozó la sala de entrevistas. Harbison duplicó la dosis de tranquilizantes y eso lo apaciguó considerablemente. Pero ahora está demasiado tranquilo.

Steve se tomó unos instantes para ponderar la mejor forma de expresar su insatisfacción e inquietud.

—Señoría, yo me dedico a cazar osos. Eso requiere un cierto acopio de valor, no me lo negará. Me he encarado con ellos y le garantizo que no es lo mismo que enfrentarse con perros: son una masa enorme de pelo, garras y colmillos, y cuando los ves a una distancia como la que ahora nos separa a usted y a mí te echas a temblar. Entonces tienes la impresión de que tu rifle está cargado con peladillas. Pero le voy a decir una cosa: prefiero estar en el bosque delante de un oso a permanecer aquí, consciente de que él está abajo... y entre rejas. Así pues, ¿desea que le acompañe, señoría?

—No es necesario. Lo veré en su celda.

Steve no pudo reprimir una sonrisa de alivio.

—Confiaba que dijera eso.

Las luces de la celda, empotradas, inaccesibles sin una escalera, brillaban con intensidad. Las paredes y el suelo habían sido recubiertos de unas planchas de poliuretano enfundadas en un tejido duro que ni uñas ni dientes podían desgarrar. El retrete carecía de tapadera. El catre, empernado a una pared, no tenía sábanas ni mantas, sino tan sólo un delgado colchón de espuma recubierto del mismo material que las paredes. El preso estaba tendido en el catre, leyendo. Cuando oyó el ruido de pasos en el suelo de hormigón que conducía a su celda bajó el libro, *El dios psicópata*, un ensayo sobre Hitler, y se cubrió los ojos con una mano a modo de visera para ver mejor a Knox Winford y al carcelero que lo acompañaba.

El preso no dijo nada, y tampoco el juez habló. No acertaba a explicarse lo que Steve había tratado de decirle. El preso era un hombre de estatura mediana. Lucía el corte de cabello reglamentario de la cárcel, que no le favorecía en absoluto, y estaba tan pálido que los hoyuelos de sus mejillas parecían translúcidos bajo aquella luz,

pero no presentaba ningún rasgo especialmente amenazador. Sin embargo, no se puede juzgar a un paciente mental en función de su aspecto. Son astutos y pueden llegar a demostrar una violencia terrible y una fuerza desmesurada. Más vale tomar precauciones con ellos.

Knox siguió observando al preso, fascinado por el inexplicable aspecto de aquel hombre. El preso parecía devolverle la mirada, pero sus ojos eran casi invisibles a la sombra de la mano que sostenía sobre la frente.

—Me llamo Knox Winford —dijo el juez.

—¿Cómo está Bonnie? —preguntó el preso.

Era hasta cierto punto concebible que el preso hubiera oído en la cárcel algún rumor sobre él, pero resultaba prácticamente imposible que supiera que Bonnie era la esposa de Knox Winford. Y había algo en la manera de pronunciar el nombre de Bonnie que detonó como destellos de aprensión sobre la piel del juez.

Eso fue todo cuanto se dijeron. Al cabo de unos momentos, el preso se volvió de costado en el catre y reanudó su lectura.

Esa noche, Knox trabajaba en el despacho de su casa e intentaba escribir una opinión que desautorizara el alegato de posesión demoníaca. Preparó varios borradores, pero acabó por romperlos todos. Ya era tarde y su mente, generalmente lúcida y racional por mucho que hubiera trabajado durante el día, era como una muela cariada. Fue a la cocina, se sirvió una cerveza y deambuló hacia la parte frontal de la casa, donde había un porche cubierto. Oyó el chirrido del columpio que en él había, suspendido con sendas cadenas de unas argollas fijadas al techo. Era un ruido rítmico. A veces lo producía el viento, pero sabía que esa noche no soplaba la más mínima brisa. Tenía visita.

Knox se dirigió a las ventanas del salón y se estiró sobre el alféizar para intentar subir la persiana, pero no pudo. Estaba congelado. Sentía un espeso grumo de terror en la garganta que no podía tragar. Se apartó de las ventanas y encendió las luces del salón y el vestíbulo. Regresó al salón y observó la sombra oscilante del columpio proyectada por las luces de la calle sobre las persianas del ángulo nordeste de su propiedad. En el columpio se veía la silueta de un hombre. No había lugar a dudas. Knox volvió al vestíbulo sin hacer ruido, abrió un armario y cogió la escopeta cargada que guardaba en una repisa alta, lejos del alcance de manos infantiles. A continuación salió al porche.

Halló el columpio vacío e inmóvil. Inspeccionó el patio sujetando el arma con ambas manos. Los altos árboles, que habían empezado a sacar hojas dos semanas antes, arrojaban sombras en forma de telaraña sobre el césped bañado por la luz de la luna. Sorprendió al gato de los Hubbard con el ala de un tordo en la boca, pero no vio ningún otro intruso.

Una vez en la cama, se agitó sin cesar hasta que terminó por despertar a Bonnie, quien se quejó.

—Bonnie, ¿cuándo ha sido la última vez que visitaste el Palacio de Justicia de

Chadbury?

—Hace meses, supongo. Tal vez un año. ¿Por qué?

—Por nada. He pensado que podríamos invitar al abuelo Perce a cenar el viernes.

—Como quieras, pero no tendré tiempo de ir hasta Ripton a buscarle.

—Yo lo haré.

—Si no estás muy dormido —dijo ella, dándole golpecitos en la nuca con el dedo

—, ¿te importaría traerme un vaso de leche y... mi diafragma?

El único abuelo vivo de Knox Winford, por parte de su madre, contaba setenta y siete años de edad. Vivía solo en una cabaña de troncos situada a la orilla de un arroyo de aguas limpias e impetuosas, en una zona poco poblada del Estado próxima a la Montaña de la Hogaza de Pan. Se había sometido a tres sesiones de tratamiento con rayos láser contra la degeneración macular, y la última de ellas no había tenido demasiado éxito. Todavía gozaba de suficiente visión en el ojo izquierdo como para ocuparse por sí mismo de su pequeña propiedad y para salir de pesca. Su segunda visión conservaba una agudeza impresionante. Era un clarividente.

En el trayecto en coche desde Ripton, Knox dijo a su abuelo:

—Nos desviaremos hacia Chadbury. Hay alguien que me gustaría presentarte.

—De acuerdo —respondió el abuelo Perce—. Dame un poco de tiempo para comprarles algo a los niños.

—Ya están demasiado mimados.

En la cárcel de Chadbury, Knox llevó a su abuelo a la celda de aislamiento. El preso estaba tendido en su catre. Abrió los ojos al aproximarse el abuelo Perce y esbozó una sonrisa.

Perce se quedó inmóvil delante de las rejas durante algo más de un minuto, con los ojos entornados y la nuez de Adán palpitando en su garganta.

—Quisiera que bajaran la intensidad de esas luces —dijo a Knox.

Redujeron la intensidad de las lámparas hasta que apenas hubo luz. El preso volvió a sonreír. Knox comenzó a experimentar un entumecimiento que le afectaba la parte anterior de la lengua. Sentía gran impaciencia, incluso ansia, por salir de allí.

—Ya he visto todo cuanto había que ver —dijo Perce al fin.

Knox se lo llevó escalera arriba.

Una vez en el coche de camino hacia Braxton, mientras el abuelo Perce se recreaba con el helado de chocolate con frutas y nueces con que su nieto le había obsequiado, Knox le preguntó:

—¿Qué has visto en esa celda?

—Un aura negra. Llamas negras, que emanaban de su cuerpo, a dos metros en todas direcciones.

—¿Habías visto antes algo parecido?

—Nunca en un ser humano.

—¿Y qué significa?

—Significa que hay dos espíritus en un solo cuerpo: un espíritu humano, pero tan débil que apenas he llegado a percibirle, y un espíritu inhumano.

—Oh, espléndido —murmuró Knox.

Siguió conduciendo varios kilómetros mientras su abuelo limpiaba plácidamente la copa del helado, pasando una y otra vez el dedo meñique hasta que el interior de la

copa resplandeció. Ya le encontraría una utilidad a esa copa; rara vez tiraba nada que hubiese ido a parar a sus manos.

—Ya sabes que nunca he creído demasiado en esas cosas, abuelo Perce —dijo Knox con tono quejumbroso. El viejo guardaba un respetuoso silencio, con sus pueriles ojos azules convertidos en sendos puntos resplandecientes en un mar de arrugas. Pero una dulce carga de diversión agitaba sus labios—. Yo acepto aquellas auras que pueden fotografiarse, y las auras que revelan cómo se siente una persona. Como el aura posterior a la muerte..., bueno, la acepto también. Pero no los espíritus malignos, los fantasmas... Ver es creer.

—Lo que estás diciendo es que hay cosas en este mundo, o fuera de él, que no te interesa conocer. Al menos por ahora. ¿Por qué se encuentra ese chico en la cárcel?

—Por asesinato. Mató a su novia. Los hechos no han sido debatidos.

—¿Vas a presidir el juicio?

—Aún no sé qué haré. La defensa alega posesión demoníaca, o trata de hacerlo.

—Para aquellos que disponemos de la facultad de ver, la presencia de espíritus de todas clases es incuestionable. Para aquellos que no poseéis esa visión..., bien, no cabe duda de que hay buenas razones por las que carecéis de esos conocimientos. ¿Te ayuda esto a alcanzar una decisión sobre tu deber?

—No.

Cuando llegaron a la casa, Perce, sin levantar la vista, manifestó una cierta tensión. Luego, sin apearse del coche, contempló el porche largo rato hasta el punto de sembrar la inquietud en Knox.

—Bien, ¿qué ocurre?

El viejo no respondió. Abrió la portezuela del coche y, después de salir del mismo, se estiró. El sol se reflejó en su rostro. Habían tenido tres días cálidos, el mes de mayo estaba a la vuelta de la esquina, la tierra se hallaba libre de escarcha y las azaleas a punto de florecer. Perce subió al porche donde deambuló por el entarimado; prestó especial atención al columpio.

—Knox, habéis tenido visita —dijo finalmente.

—Anoche creí que alguien...

Perce le indicó con un gesto que callara. Tenía los ojos arrugados por la meditación.

—Estuvo aquí, en efecto. Dejó una enorme mancha de corrupción, como un animal en celo.

—¿Quién estuvo aquí? ¿Quieres decir que...? Oh, vamos, abuelo Perce...

—Quisiera que nunca hubiese estado aquí. No me gusta. No, no me gusta nada en absoluto.

En aquel momento, Bonnie salió a saludar a Perce y a recoger el alegre ramo de junquillos que habían comprado para ella en la floristería de los hermanos Durwood. No se habló más de espíritus. El sombrío estado de ánimo del abuelo Perce mejoró cuando los niños llegaron, bulliciosos, de la escuela minutos después.

Pero Bonnie comentó a Knox en la cocina:

—Parece muy preocupado. No es el mismo de siempre. ¿Sabes si ha estado enfermo?

—Ha sido un invierno muy largo, Bonnie. Y el abuelo Perce está envejeciendo.

La oportuna respuesta que había improvisado para su esposa sirvió también para reducir su propia intranquilidad acerca de la silenciosa revelación que su abuelo había recibido en el porche. Ahora lamentaba haber llevado al viejo a la cárcel de Chadbury. ¿Qué había tratado de demostrarse a sí mismo? ¿Que había en Richard Devon un mal definible que afectaba de forma atávica a todo aquel que se le acercaba? ¿O que el mal era algo más que sólo el producto de una personalidad humana completamente rancia, en cuyo caso la defensa de Adam Kurland merecía una seria consideración? Ya que no quiso creerlo, ahora intentaba racionalizar la reacción de Perce. En esas fechas se adivinaba un sospechoso ápice de senilidad en el anciano, y el ambiente de la cárcel lo había deprimido. De modo que había hecho una traducción inconscientemente de sus deprimidas emociones en términos que facilitarían su comprensión, responsabilizando de ellas a auras, presagios y presentimientos de lo sobrenatural.

Después de cenar, Knox hizo una larga llamada telefónica. Perce ayudó a Bonnie a lavar los platos. Sabía un montón de anécdotas sobre Robert Frost, que había sido vecino suyo. Bonnie tenía intención de trabajar a destajo en su tesis sobre el maestro y tratar de encontrar algo que decir sobre el poeta que no fuese del dominio público. Cuando el juez salió del despacho, Bonnie escribía notas en la mesa de la cocina y los niños veían la televisión en el salón. Perce había desaparecido.

Knox lo buscó en los cuartos de baño y luego salió al exterior. El anciano tampoco se hallaba en el porche. Quizá había decidido ir a dar un paseo. Knox se encaminó hacia el patio lateral y se detuvo allí, a escuchar. Le había parecido oír un ruido, un gruñido de contenido pánico. Siguió un camino infestado de parras de vid que conducía al belvedere, decorado con celosías. Volvió a oír el misterioso gruñido, y se apresuró.

En el interior del belvedere encontró a su abuelo que, tendido en el suelo, movía las piernas muy despacio. A pesar de los años y de la progresiva pérdida visual, el abuelo Perce había retenido buena parte de su vigor físico y de la dignidad que ello implicaba. Ahora, sin embargo, aparecía sorprendentemente desvalido.

—Perce, ¿qué te ha ocurrido?

—Estaba aquí.

Los ojos del anciano, de un color azul claro, aparecían vidriosos y mostraban las repulsivas cataratas del interior. Volvía a estar obsesionado con los fantasmas.

—¿Qué?

—Ahora ya sé por qué.

—Escucha, Perce, fue un error por mi parte...

Las manos de su abuelo lo sujetaron; sus nudillos impactaron en el enjuto pecho

de Knox Winford.

—Te ha elegido a ti. Por eso debes hacerlo.

—¿Hacer qué? ¿Te refieres al caso Devon? —Knox ayudó a Perce a incorporarse, y le retiró las manos de las solapas de la chaqueta de pana que llevaba—. Ya he tomado la decisión de...

—Pero debes presidir este juicio por posesión. Es lo que quiere de ti. Si no lo haces, volverá aquí, una noche tras otra. Tú no te das cuenta de lo que puede llegar a hacerte, Knox. Convertirá tu casa en un lugar imposible de habitar. Aterrorizará a Bonnie, y a los pequeños. Convertirá todas vuestras vidas... en un infierno terrestre.

—¡Ya basta, Perce!

El viejo lloraba por su nieto. Sus ojos, humedecidos, recobraron su color natural.

—No tienes alternativa. Concédele ese juicio, y te dejará en paz.

—¿Quién? ¿De quién estás hablando? No te referirás a Richard Devon...

—No. —Algo emergió entonces de las profundidades de la psique de Perce. En la garganta de Knox Winford se cernió una presencia gélida y desprovista de alma, tan inmaculadamente letal como una viuda negra—. Se llama Zarach.

Knox retrocedió de repente, y se arrugó como si la respiración se hubiese escapado de su cuerpo. Ya había oído ese nombre antes, y le había preguntado a Adam Kurland cómo se pronunciaba. Pero su abuelo no sabía nada acerca de la reciente entrevista de Knox con el abogado, ni podía haber oído las grabaciones de las supuestas manifestaciones, ni leído las declaraciones guardadas bajo llave en los archivos del juez. En consecuencia, no tenía por qué conocer el nombre de Zarach.

Pero Perce lo conocía. Y volvió a mencionarlo.

Las respuestas que Knox buscó para explicar ese fenómeno resultaron absurdas y faltas de lógica en su totalidad.

La verdad, cuando consiguió aclararla por fin, fue devastadora en todas sus implicaciones.

Poco después de la histórica decisión de Knox Winford de autorizar a la defensa a alegar posesión demoníaca en el caso de «Vermont contra Devon», Tommie Harkrider se trasladó a Vermont con el propósito de reunirse con Gary Cleves.

El célebre abogado criminalista invirtió un día entero en pulir al fiscal como si Gary fuese una navaja de afeitar comprada en un mercadillo. Más tarde, Gary y Tommie ya estaban preparados para enfrentarse a la prensa.

La luz de los focos hacían que las manos de Gary temblasen mientras Tommie se mostraba sereno, buscando antiguos amigos entre las filas de periodistas y corresponsales de televisión. Gary leyó la declaración que habían redactado en un tono de voz que, en ocasiones, resultaba demasiado solemne. Tommie se esforzaba por no parpadear.

—Si bien entiendo que la decisión de admitir un alegato de no culpabilidad por razón de posesión demoníaca establece un peligroso precedente en los anales del derecho criminal de los Estados Unidos de América, no tengo intención alguna de recusar esta decisión mediante la solicitud de una revocación del fallo por parte de un tribunal de rango superior. Tal acción sólo implicaría una serie de retrasos indeseables a la hora de presentar el caso ante un jurado. Confío que disponemos de pruebas suficientes para demostrar que este denominado caso de posesión es, en realidad, un ejemplo clásico de comportamiento por personalidad múltiple, lo cual no es considerado, a la luz de las leyes que rigen en este Estado, una condición psicopática. Probaremos, por encima de cualquier duda razonable, que Richard Devon es culpable de homicidio en primer grado, y tengo la seguridad de que el jurado emitirá el veredicto apropiado.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho, Linds? —preguntó Adam Kurland desde detrás de una mesa cubierta de papeles y libros, llevándose una mano en torno a la oreja como si fuera un vejete—. Todavía estoy un poco sordo por los gritos de Gary.

—He dicho si no sería interesante que lográramos convencer a Zarach para que hiciera una visita a Gary en una noche tenebrosa y ventosa. —A continuación se cubrió la boca con una mano—. ¡Vaya! Quizá no resulte tan divertido, después de todo.

El teléfono sonó.

—¡Aquí lo tenemos de nuevo! Veamos, esta vez hemos disfrutado de veintitrés segundos de bendito silencio en esta casa. ¿Debo atender la centésima llamada del día?

—Acciona el contestador automático —aconsejó Adam.

—Creo que deberíamos poner otra cinta que dijera: «Apreciado caballero o señora: Le rogamos nos excuse por no atender su airada, degradante y posiblemente procesable llamada en esta ocasión. Si opta por dejar un mensaje al oír la señal, trate de reprimirse de usar términos como “maldito”, “hijo de puta” o “ateo”. Su cooperación será apreciada. Mientras espera a transmitirnos el mensaje que sin duda alegrará nuestros corazones y reforzará nuestra fe en la naturaleza humana, le sugerimos que se tranquilice, se arrodille en el suelo y respire hondo. Muchas, muchísimas gracias».

El preso aguardaba.

Lo hacía en silencio, encerrado en un cuarto, fétido, sucio y desprovisto de mobiliario del sótano del Palacio de Justicia del condado de Haden. Llevaba puesta la camisa de fuerza. Había tres guardias en el cuarto para custodiarle, todos ellos bien armados. Ninguno se atrevía a acercarse demasiado a él.

Sólo estaban allí algunos minutos, en actitud de espera, pero los tres hombres se alegraron al oír unos golpes en la puerta metálica. Uno de ellos se apresuró, con las llaves colgando de su cinturón, a abrirla.

El padre James Merlo, ataviado con sus vestiduras rituales, y Adam Kurland entraron en el cuarto.

El preso alzó un poco la cabeza y observó al sacerdote del cabello ceniciento. Desde ese ángulo, la distorsión del rostro del preso, como visto a través de un prisma, resultaba casi siniestra. Algo empezó a obstruir las pupilas de sus ojos como la floración que recubre un trozo de pan rancio. Su labio superior se levantó hasta dejar los dientes caninos al descubierto. Merlo le devolvió la mirada.

Kurland hizo un gesto con la cabeza a los guardias y éstos abandonaron la estancia.

La puerta quedó abierta.

Esa flagrante circunstancia distrajo al preso, como si fuese una invitación a cometer una travesura. O como un símbolo que indicara un relajamiento de su *status*. Su atención se desplazó por completo de Merlo a algo, o alguien, que se entrometía en el límite de su conciencia preternatural. Emitió un ruido semejante al de una gota de agua al caer en una sartén muy caliente y comenzó a retroceder hasta topar de espaldas con la pared. Fascinado, el preso no podía sustraer la mirada de la puerta.

Edith Leighton entró en la habitación.

El ruido silbante y escaldado continuaba. La mujer vestía un traje gris oscuro, de una severidad casi clerical. Llevaba un maletín negro y reluciente en la mano. De su cuello, sujeto con una cadena, colgaba un reloj de sol de oro en miniatura.

La puerta fue cerrada con llave desde el exterior.

—EDIIIIIIITH.

Él la escupió como una gárgola alada con hipo. Los ojos, de una tonalidad verdosa, desorbitados. El sinuoso chorro de saliva voló por el aire y se transformó en una sustancia parecida a una tela de araña pero con la consistencia del acero. Formó una red en torno a la cabeza y los hombros femeninos. Edith no apartó en ningún momento la mirada del rostro del preso, y cuando tocó la red, los brillantes hilos que la componían se disolvieron en sus manos.

A renglón seguido, el preso inició una serie de contorsiones orientadas a liberarse de la camisa de fuerza, que salió por los aires. Olores nocivos llenaron el cuarto, y

Adam no dudó en presionar un pañuelo humedecido en una solución de agua bendita contra su nariz. El sacerdote y la antigua miembro del Consejo de la Reina soportaron ese ataque olfativo con estoicismo. Merlo había dado un par de pasos para situarse a la altura de Edith. Llevaba un crucifijo de plata y marfil colgado del cinturón de su sotana.

El preso, todavía entumecido por los esfuerzos realizados para deshacerse de la camisa de fuerza, empezó a arrastrarse sobre la espalda contra la pared del sótano, retorciéndose y silbando. Su nariz dio la impresión de desaparecer. La lengua, dividida en dos, asomaba de su boca como un haz de relámpagos. Los ojos aparecían tan sombríos que eran abismos pustulosos, grandes ciénagas de odio.

Edith presenciaba la escena con una palpitación visible en su garganta, pero sin emoción alguna en sus ojos entornados.

—Sí —dijo Edith—. La Serpiente. Es un temor muy antiguo, nunca reprimido del todo. Pero yo te aseguro, Zarach, que no vencerás con tácticas como ésa.

El preso seguía reptando por la pared; se desplazaba de costado, a un metro del suelo. La única luz que iluminaba la habitación había adoptado una tonalidad ámbar.

Edith caminó despacio hacia el preso, que se detuvo en el acto. Sólo su cabeza y su abominable lengua se movían.

—Edith —dijo Merlo con un tono de advertencia.

—No tema —lo tranquilizó ella, sin volverse.

Escrutó al preso con una intensidad tal que pareció conferir a sus ojos un calor y una incandescencia de pureza tan potentes que obligaron a que el preso se encogiera y silbara con un ruido ensordecedor.

Luego, saltó de la pared y fue a caer sobre sus pies. Abrió la boca hasta que las mandíbulas crujieron bajo tanta tensión. En el lugar de la lengua apareció una segunda cabeza, la cabeza de una serpiente. El cuerpo del preso estaba rígido, y su corazón se perfilaba, frenético, bajo la pared desnuda del tórax.

La serpiente habló:

—ENFRÉNTATE A MÍ... Y LE ARREBATARÉ SU INFORTUNADA VIDA.

Edith no apartaba su penetrante mirada de la criatura bicéfala, que presentaba una cabeza escamosa y luminosa y otra hinchada y amoratada por la sangre.

—No lo creo. No te resultó nada fácil apoderarte de él.

El cuerpo saltó del suelo y se encaramó a una ancha y oxidada tubería que corría paralela al techo. Desde allí, se volvió hacia Edith. La cabeza que asomaba de su boca se deslizó a escasos centímetros del rostro de la mujer, que ni siquiera pestañeó.

Edith y Merlo dijeron al unísono:

—¡El alma de Richard pertenece a Dios, no a ti!

La serpiente respondió con una serie de obscenidades desdeñosas.

—¡Estás sujeto a la voluntad del Señor!

Más obscenidades.

—¡Tus poderes no son nada comparados con los Suyos!

—¡OS MATARÉ A LOS DOS!

—¡Obedece el mandato de Dios, Hijo de la Noche Infinita!

La serpiente silbaba, pero era en vano.

—¡Libera a Richard Devon, y déjalo en paz!

De repente, la cabeza de la serpiente estalló como las llamas de la boca de un cañón, y el cuerpo del preso impactó de lleno en el suelo. Merlo le dio la vuelta, no sin dificultad. Estaba rígido y frío. Al cabo de unos momentos empezó a respirar, y su carne cérica fue recobrando el color y el calor de la vida poco a poco. Sus párpados aletearon. Miró los rostros del sacerdote y de la miembro retirada del Consejo de la Reina.

Richard Devon comenzó a sollozar de terror y dolor, como si estuviera aún medio sumergido en una pesadilla.

—¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

Edith se arrodilló y le colocó una mano abierta sobre el esternón. La mujer cerró los ojos unos instantes y se estremeció. Las palpitaciones del corazón del preso disminuyeron.

—Nosotros te ayudaremos, Richard. Pero también tú debes ayudarte.

—Yo la maté. Maté a Karyn. ¡Merezco la muerte por lo que hice!

Edith Leighton permaneció arrodillada unos momentos más, con la mano derecha sobre el pecho del preso y la otra alrededor de su muñeca derecha. Su cuerpo violado halló la paz. Edith se incorporó, con un leve tambaleo y una grave expresión en su semblante, como si estuviera exhausta. Las manos colgaban a ambos costados de su cuerpo. Tenía el ceño fruncido.

—Hay crímenes peores que el asesinato —dijo—. El asesinato es sólo el principio.

Gary Cleves telefoneó a Tommie Harkrider tan pronto como recibió la noticia de la última incorporación al equipo de la defensa.

—¿Sabe quién es?

Tommie mordía un puro sin encender.

—El nombre me resulta familiar. Consultaré a mis amistades de Londres al respecto.

Al cabo de cuarenta y ocho horas ya tenía en su poder un informe completo sobre la ex miembro del Consejo de la Reina. Después de informarse acerca de la trayectoria profesional y la personalidad de Edith Leighton, un cierto pesimismo se cernió sobre su espíritu. Gary Cleves contra Adam Kurland en la sala de un tribunal era una cosa. Pero cuando Gary se inclinara a recoger el guante e irrumpiera en escena esa veterana curtida en mil batallas, se vería atado de pies y manos sin apenas darse cuenta.

Tommie ya era un profesional asignado al equipo del fiscal del condado de Haden (constituido por cinco miembros) sin derecho a percibir salario, y sabía que tenía la capacidad suficiente para enfrentarse a Edith Leighton. Pero también sabía que Gary Cleves no aceptaría jamás el insulto implícito de su competencia. Gary era un hombre competente, de acuerdo: podía reunir los hechos y ensamblarlos como si fueran tableros de madera para construir un puente delante del jurado. Pero ese juicio removería, en apariencia, aguas enlodadas e inexploradas antes de alcanzar su conclusión. El jurado debería pronunciarse sobre asuntos puramente teóricos, y el abogado no preveía tan sólo testimonios psiquiátricos. El acierto de seleccionar un jurado responsable de emitir un veredicto trascendental y orientarlo hacia el paradigma del veredicto «justo» requería talentos (Tommie despreciaba la modestia en favor de la pura verdad) investidos de la categoría de genios en materia jurídica: Darrow, Nizer, Harkrider. Y Tommie lo ansiaba. Le hervía la sangre. Les daría una lección magistral al desterrar el espectro de los alegatos de posesión demoníaca de los juicios venideros. Experimentaba una sincera inquietud por el futuro del ya denigrado y humillado sistema de justicia criminal de los Estados Unidos si no obtenía el triunfo en Vermont.

Presentía que Gary sólo estaría dispuesto a renunciar a su papel estelar en el ministerio fiscal en el caso de verse superado por la presión y el sentimiento populares en favor de su colega Tommie; si, en vísperas del juicio, su confianza en sí mismo estuviera amenazada hasta el punto de perder de vista toda posibilidad de éxito. Era aquélla una época de diabluras en Dayton, Tennessee. Por desgracia, sólo faltaban siete semanas para el comienzo previsto del juicio.

Pero Thomas Horatio Harkrider, amigo y confidente de presidentes, estadistas y personalidades de los medios de comunicación, podía recurrir a solicitar favores. Era

un auténtico especialista en explotar a los explotadores que creaban o manipulaban la opinión popular en su país.

Tommie pensó que una noticia en la portada de la revista *Time* sería un comienzo inmejorable. Sin más dilación, descolgó el auricular de su teléfono.

Richard Devon expresó el deseo de ver a su hermano. No habían establecido contacto entre ellos desde hacía más de cinco meses.

La petición tuvo una reacción irracionalmente nerviosa en Conor. Consultó el tema con Gina, pero no con Adam Kurland o Edith Leighton. Gina le dijo que debía ir, siempre y cuando los carceleros adoptaran las medidas necesarias para ahorrar a Conor el riesgo de una potencial tragedia.

—Yo rezaré mientras estés allí —le garantizó Gina.

Una vez en la cárcel del condado de Haden, Conor fue informado sobre las normas que regían en el edificio. Rich no podía abandonar su celda. Conor debía hablarle desde detrás de las rejas, y mantenerse lejos del alcance del preso en todo momento. Le concedieron diez minutos.

Rich estaba sentado en el borde del catre cuando los guardias escoltaron a Conor por el pasillo que conducía a la celda. Los guardias se retiraron hacia el otro extremo del pasillo y se quedaron allí, con los ojos fijos en Conor.

—Hola, Conor —dijo Rich inmóvil, sin levantar la mirada.

—¿Querías verme, muchacho?

—Sí.

—Dime una cosa. ¿Estás realmente solo ahí dentro?

—Soy yo, Conor. De veras soy yo.

Entonces volvió la cabeza hacia su hermano. Conor experimentó una oleada de felicidad al ver los ojos del preso.

El rostro de Rich se estremecía de emoción. La piel de las comisuras de ojos y labios estaba tensa.

—Oh, Conor. Soy hombre muerto.

—¡No!

—Quiero que creas lo que voy a decirte. No sé por qué ocurrió. Yo sólo quería ayudar a Polly. Bueno, ahora ya no hay nada que hacer. Y aquí estoy. Te echo mucho de menos. Y a Gina y los niños. Quizá te pido demasiado.

—¿De qué se trata?

—¡Quiero tu perdón!

Rich irrumpió en sollozos, y comenzó a tirarse de los cabellos, presa del remordimiento, al mismo tiempo que golpeaba el suelo de hormigón con los pies desnudos y se debatía sobre el catre.

Conor se aferró a las rejas de la celda y fue amonestado por uno de los guardias que lo vigilaban. Retrocedió un par de pasos. También sus ojos eran un mar de lágrimas.

—Rich, tienes que resistir. Pronto te sacaremos de aquí.

—Oh, no. No podréis. Porque... tú no lo conoces. Y espero que nadie en este

mundo llegue a conocerle nunca.

—Resiste, muchacho, resiste —murmuró Conor, mesándose la barba.

—Perdóname, perdóname.

—Te perdono. Y sé que Dios también te ha perdonado.

Ya no hubo opción para más. Conor siguió mirando a su angustiado hermano mientras uno de los guardias le advertía que el tiempo se había agotado y era instado a marcharse.

Tras su breve entrevista con Rich en la cárcel, Conor se dirigió a Edith Leighton con lágrimas de júbilo en los ojos.

—¡Ya no está poseído!

Edith le invitó a sentarse en el despacho que habían habilitado para ella en la compañía Kurland Bates Harpold e invirtió un cuarto de hora en tratar de explicarle con severidad que ése no era el caso.

—Zarach sólo se ha retirado por un tiempo. Habrá períodos frecuentes de, digamos, remisión a medida que el comienzo del juicio se acerque. Pero Zarach no ha renunciado al dominio sobre su hermano. Mientras ese ente demoníaco no haya sido desterrado, exorcizado, deberá observarse el protocolo de la posesión. Zarach es un monstruo de proporciones indescriptibles; también, un taimado estratega, y ya hemos accedido a la fase final de su ansiada conquista.

—Pero... cuando yo hablo con Rich..., el Rich que conozco, ¿dónde está Zarach?

—Con ustedes dos. Al acecho. Quizá los estudia de un modo que ustedes no llegan a advertir, en busca de puntos flacos que explotar. Piense en un huracán que se abastece de su propia energía. Piense en Zarach como una fuerza primaria, pero más devastadora que cualquier otra forjada por la naturaleza: cuando las condiciones le son favorables, Zarach es capaz de poseer un millar de almas en un suspiro. Esperará, porque el tiempo, tal como nosotros lo conocemos, no significa nada para él. Dispone de todo el que necesita. Pero nosotros sólo tenemos un corto período de tiempo para poder detenerle, en las circunstancias que él mismo dictará.

—¿Se refiere al juicio?

Edith asintió.

—Zarach desea que Richard suba al estrado. Y eso es lo que su hermano debe hacer, o no tendremos ninguna oportunidad. Sólo Richard puede referirnos los sucesos que le empujaron al asesinato: su relación con Polly Windross y con los demás miembros de esa perversa comunidad que con tanta astucia lo engañaron. Ése es el precio que Zarach me ha impuesto. Puedo salvar a Richard, pero sólo si consigo controlar a Zarach.

—¿Y cree usted que puede controlarlo?

—Sólo Dios puede hacerlo —respondió Edith con serenidad.

Edith declinó dos invitaciones para ir a cenar con Tommie Harkrider, alegando exceso de trabajo, y aceptó la tercera sólo cuando el viejo abogado se personó en su despacho con un ramo de flores de extravagante encanto. El chófer de Harkrider les llevó a un restaurante francés ubicado en medio de un bosque sembrado de cornejos y rododendros en flor, y se instalaron en una mesa situada en una terraza que dominaba una garganta por la que fluía un torrente.

Él manifestó su curiosidad por el pequeño reloj de sol que ella llevaba colgado del cuello. Edith le explicó su significado.

—El reloj de sol es símbolo de luz y sombra a la vez; es cósmico; es temporal; es eternidad, o la libertad respecto del tiempo; es también mortalidad, o la conquista del tiempo. Nuestros orígenes son gnósticos, dualistas por naturaleza, y participan de los cultos al Sol Invicto y a la Existencia. Parte de una sociedad que surgió en Alejandría en el primer siglo después de Cristo y sobrevivió a las tiranías del obispo Clemente y del Concilio de Nicea.

—Una sociedad de carácter eminentemente místico, presumo.

—El misticismo en sí es un estado que trasciende a la práctica; tiende a esclavizar la mente. A diferencia de los masones, el priorazgo de Sión o el de Rose-Croix, poseemos un mínimo de doctrinas, y no secretos enmascarados en forma de metáforas. Carecemos de intereses morales o políticos, y ninguno de nuestros miembros ha aspirado jamás a un trono. Creemos que la voluntad de Dios es la fuerza suprema en el universo, y que la voluntad humana es la fuerza suprema en la tierra. No obstante, existe una fuerza al otro lado de las leyes que intenta constantemente subyugar esa voluntad. Los resultados a lo largo de la historia han sido épicos y obscenos: Masada, Languedoc, Bizancio... ¿Queda algún territorio en este mundo que no haya sido asolado en su momento? Nosotros creemos, al igual que los egipcios anteriores a Cristo, en el poder positivo de la cruz como una fuerza surgida de la naturaleza. Nuestro único ritual, si quiere llamarlo así, consiste en la práctica continuada de la oración, que refuerza nuestro poder mediante el esfuerzo comunitario. Yo no represento más que un punto focal en el conjunto de esa fe y del espíritu que subyace en ella.

—Pero, además, usted es una abogada excelente. —Tommie parpadeó—. Me han dicho que tenga cuidado con usted, Edith.

—Creía que el fiscal iba a ser el señor Gary Cleves.

—Sí, lo es. Lo será. Yo he estado colaborando con él, y me gusta. Tengo depositada una gran confianza en Gary.

—Pero tiene mucha más confianza en sí mismo, como es natural.

—Eso, sin duda. La experiencia es lo único que cuenta. Tanto usted como yo llevamos un montón de años en la profesión.

—Yo creía llevar un montón de años en la lucha por la vida —dijo Edith, fingiendo sentirse ofendida.

Tommie se echó a reír.

—Bien, hablando de historias de caballería, de sociedades y de cosas por el estilo, yo diría que fue un poderoso impulso caballeresco lo que la trajo aquí. Ahora que hemos tenido ocasión de charlar un poco, lo comprendo algo mejor. Pero me considero obligado a advertirle que su empresa es una causa perdida. —Sacudió la cabeza agitando su larga cabellera blanca, un despliegue de severidad de magistrado—. Una causa perdida, Edith.

—¿Por qué?

—No existe ninguna posibilidad de que ese chico sea absuelto por un jurado, no importa cuál sea el alegato. Los habitantes de este país ya empiezan a estar hartos de violaciones a la justicia.

Edith pescó una ostra en la *crêpe* de marisco que había pedido y la abrió por la mitad con la punta del cuchillo.

—La absolución —dijo— puede suponer la resolución menos importante en este juicio.

Once días antes del inicio del juicio dos sucesos significativos tuvieron lugar. La revista *Time* publicó un perfil de Tommie Harkrider, incluyendo además un amplio análisis del sistema jurídico criminal en los Estados Unidos, la mayor parte del cual recogía el punto de vista de Tommie. El inminente caso de «Vermont contra Devon» mereció un reportaje de página y media.

Por otro lado, Gary Cleves, al tomar por un intruso lo que resultó ser un mapache, se produjo una herida fortuita en el pie izquierdo con su pistola Police Special.

Leyó la crónica de su accidente en la prensa local, junto con el *Time* donde aparecía Harkrider, desde la cama de un hospital después de ser intervenido en el pie lesionado. En las ocho páginas que *Time* dedicaba al perfil de Harkrider, él era mencionado una vez como «el joven y competente fiscal del condado de Haden». El *Cali* de Braxton publicaba su fotografía en primera plana. Era una vieja foto de archivo donde parecía medio tonto. Su confianza en sí mismo, que había ido erosionándose desde la incorporación de Edith Leighton al equipo de la defensa, empezaba a tocar fondo. Saldría del hospital al cabo de dos días, pero tendría que utilizar muletas durante cinco semanas, lo cual limitaría considerablemente su movilidad en la sala del tribunal. Era muy consciente de que si cometía algún error de bulto en su manera de tratar el caso de «Vermont contra Devon», que la revista *Time* y los espacios informativos de televisión calificaban como «el juicio más importante y apasionante del siglo», lo perdería. Y no sería responsabilidad de nadie más que de él.

Pero ¿cómo podía perder?

Pero si perdía...

El pie herido desarrolló una infección que lo retuvo en el hospital cuatro días más, lo cual supuso una enorme cantidad de tiempo para la reflexión. Su esposa acudía a visitarle con frecuencia acompañada de dos secretarias, lo que le permitía trabajar en los preparativos del juicio, que avanzaban muy despacio. Tres semanas antes, Tommie Harkrider se había hecho acompañar a Vermont por nueve miembros de su equipo para que asistieran al fiscal, y ellos eran quienes se ocupaban de casi todo el trabajo. Tommie había encargado también una encuesta telefónica y averiguó que el sesenta y seis por ciento de las personas entrevistadas consideraba que Richard Devon era culpable de homicidio y se burlaba de la posibilidad de una intervención sobrenatural. Había contratado además, por mil seiscientos dólares diarios, a dos profesionales encargados de entrevistar a eventuales miembros del jurado. El equipo de Gary, todos los integrantes del cual experimentaban un cierto temor ante el talento y la influyente personalidad del jurista que se había asociado con ellos, se cuidaban mucho de no expresar ninguna queja que les hiciera aparecer ingenuos y provincianos. Se trataba, en definitiva, de un caso muy importante. Gary se informó

de que trescientos treinta y siete representantes del mundo de la prensa habían solicitado credenciales para seguir la vista; la sala del tribunal sólo tenía capacidad para ciento cincuenta espectadores. Knox Winford había rechazado la posibilidad de efectuar conexiones televisivas en directo e incluso había negado el acceso a la sala a los fotógrafos.

Gary salió por fin del hospital, apoyándose en sus muletas, y descubrió que la ciudad había sido tomada por un carnaval de medios informativos. Vio unidades móviles de televisión por todas partes. Le entrevistaron en la escalera del hospital, junto al edificio donde se hallaba su despacho y frente a su casa. Su esposa ya había sido entrevistada dos veces y le había pedido permiso para comprarse un par de vestidos nuevos para el juicio. Gary se reunió con Tommie y trató de analizar con él lo que estaba pasando, pero se sintió desesperadamente postergado. El dolor en el pie y los nervios lo sacaban de quicio. Había dormido mal en el hospital y le costaba un esfuerzo terrible mantener los ojos abiertos y la mente concentrada.

—Toda esta publicidad previa al juicio, ¿no dificultará la elección del jurado? —preguntó a Tommie.

—Yo creo que redundará en nuestro beneficio. La conciencia no implica parcialidad de una forma precisa. Quiero que todos los hombres y mujeres elegibles como miembros del jurado sean conscientes de la enorme trascendencia de este juicio, incluso antes de ser seleccionados.

Gary no durmió en toda la noche, y a la mañana siguiente, al levantarse, constató que había perdido la voz.

Sus médicos, incluido un especialista de la garganta, no encontraron ninguna irregularidad orgánica en su laringe, y responsabilizaron de la situación a los efectos secundarios del tratamiento de analgésicos y antibióticos que le había sido prescrito para la herida del pie. Le aseguraron que recuperaría la voz al cabo de un día o dos, aunque también podía requerir más tiempo.

—Gary —dijo Tommie—, no se preocupe. Usted ha realizado un trabajo admirable en este caso, y todo su equipo ha estado magnífico. Es un inmenso privilegio para mí contar con la oportunidad de enarbolar su estandarte en el tribunal hasta que usted esté recuperado del todo para hacer lo mismo. Usted es un joven muy capacitado, y no me cabe duda de que juntos ganaremos el caso.

Tommie estaba convencido de que el problema de Gary era estrictamente psicológico, y uno de los psiquiatras que había contratado para que examinaran al acusado confirmó su sospecha.

—La seguridad de Gary en sí mismo ha sido mantenida por sus éxitos como fiscal en una zona rural por antonomasia, donde los casos a los que se ha enfrentado tenían poco de complejo o agotador. Ha desarrollado una paranoia benigna al tratar de sublimar su imagen en términos de un defensor de la ley a ultranza, un agresivo campeón de la verdad y la justicia. El héroe de su niñez pudo haber sido el *Llanero Solitario*. Se ha construido la imagen de un hombre que aparece en el momento

oportuno, vela por el bien en el mundo y se esconde misteriosamente en el cómodo y tenebroso reino de la psique. La atención que ha recibido en estos últimos días ha sido como un potente foco centrado en esa psique, y le ha hecho mucho daño. Ha agravado sus temores básicos por la incompetencia y la persecución por parte de una figura autoritaria, beligerante e intimidadora que se conoce por el nombre de prensa. En el caso de «Vermont contra Devon», Gary ha sido investido con una espada equivalente a *Excalibur*, si la hubiera manejado con heroico vigor, habría ascendido a la gloria. Pero Gary sabe, en el fondo de su corazón, que no es ningún héroe, y ha dejado caer la espada sobre él simbólicamente disparándose en dos dedos del pie izquierdo. El hecho de quedarse afónico con lo que declina toda responsabilidad de mantener su imagen en la sala del tribunal, le proporcionará tiempo más que suficiente para reparar el daño psicológico. En cuanto al pie herido, no le impedirá desplazarse a donde quiera, y, en cualquier caso, una leve cojera siempre sugiere un cierto romanticismo.

Tommie decidió que este psiquiatra se merecía con creces los honorarios que percibía.

La sala del tribunal era alta y estrecha, con un techo abovedado de yeso amarillento del cual colgaba, sujetos con cadenas de cobre, una sola hilera de fluorescentes de luz blanca. Estos fluorescentes tenían la misión, inadecuada en las cortas tardes sin sol del invierno o en los días lluviosos del verano, de iluminar los rincones de la sala, porque todo el mobiliario era de sólida y oscura madera de roble: los marcos de puertas y ventanas, los bancos de altos respaldos, el revestimiento de las cuatro paredes, la tribuna del jurado, la tarima del juez con sus grabados de la balanza y los platillos de la justicia. Las ventanas tenían cortinas de terciopelo marrón que impedían la visión del interior desde la calle.

El punto central de la sala consistía en un pequeño cuadrado de mármol color arena. Como un escenario de estilo isabelino, estaba casi completamente rodeado por los asientos reservados al jurado y a los espectadores. Incluso vacío, su visión resultaba fascinante porque auguraba dramatismo. No el dramatismo ofrecido por el inteligente artífice del teatro, sino el dramatismo, a menudo atroz, de un cuadrilátero de boxeo, de una trampa para osos o de la lenta carreta que conducía a los condenados a la guillotina. Ante su sorpresa, tras haber deambulado un rato por la sala, Edith se sentía como en su propia casa allí, en este tribunal de Chadbury, Vermont.

La selección del jurado empezó el cuarto día de junio. Llovió, no con mucha intensidad aunque sí con insistencia, todo el día. La sala del tribunal, la más espaciosa del Palacio de Justicia del distrito, disponía de ventiladores de grandes aspas en el techo, pero a medida que la jornada avanzaba, el aire se hacía cada vez más húmedo y viciado. Había, además, mucha gente en su interior, apretujada en los duros bancos de madera de la sala. Los candidatos a miembros del jurado, ciento treinta en total, ocupaban la mayor parte del espacio disponible. Se habían reservado veinticinco plazas para los representantes de los medios informativos.

El ministerio fiscal había solicitado al juez Knox Winford que no autorizara la presencia del preso en la sala del tribunal debido a sus episodios de comportamiento violento. Aunque Winford había denegado la petición, sí requirió un mayor despliegue de seguridad tanto en el interior como en el exterior de la sala a causa de las numerosas llamadas de chiflados que se autodenominaban instrumentos de un Dios vengativo y que amenazaban con matar a Rich. El acusado tomó asiento a la mesa de la defensa sin esposar, vestido con un traje azul y una corbata con franjas blancas y azules. A su lado estaban Adam Kurland, Edith Leighton, Lindsay Potter y la psicóloga Maggie Renquist. Durante los días siguientes, Lindsay y la psicóloga no apartarían la vista de cada uno de los eventuales miembros del jurado mientras eran interrogados, y analizaban cualquier reacción que pudiera implicar rechazo hacia los intereses de la defensa.

En la mesa del fiscal, a la derecha del estrado, el fiscal en funciones, Thomas Horatio Harkrider, presidía un equipo que incluía al afónico Gary Cleves, quien tenía un montón de carpetas de trabajo y una docena de lápices afilados ante sí; a Jean Landetta, un socio de Tommie que contaba también con una dilatada experiencia en los tribunales, y a los dos electores del jurado.

Conor Devon se sentaba, incómodo, en el mismo lado donde se hallaba instalada la defensa, en el segundo banco detrás de los periodistas, junto al pasillo, a fin de poder acceder con plena libertad a los servicios.

Desde el estrado, el juez Winford leyó a los presuntos miembros del jurado la acusación de homicidio en primer grado. Richard Devon lo escuchaba desde su asiento con los puños cerrados sobre la mesa y la cabeza algo inclinada. Casi todos los hombres y mujeres presentes en la sala lo observaban con visibles emociones que iban de la curiosidad a la incomodidad.

Edith Leighton se levantó para dirigir sus comentarios preliminares a los presuntos miembros del jurado.

—Ustedes han sido informados —dijo— de que se ha cometido un crimen. Nosotros no lo negamos. Una joven preciosa, amantísima de sus padres y de todos sus amigos, fue la víctima. Richard Devon, que tal vez la amaba más que nadie, está aquí sentado soportando el peso del dolor y la culpa. Karyn Vale, ¿murió a manos de él? Sí, en efecto. El corazón y el alma de Richard Devon, ¿estaban implicados en el asesinato de la muchacha con quien deseaba casarse? Nosotros creemos que no. La violencia que propició la muerte de esa víctima inocente procedía de una fuerza de incalculable brutalidad que ha existido desde la caída de los ángeles. Una fuerza que lo poseyó por entero la noche del crimen y le incapacitó para pensar y actuar con coherencia...

Hubo movimiento en las filas de los candidatos a miembros del jurado. Una corpulenta joven que llevaba una raída trinchera y gafas con montura de acero se levantó, con una Biblia en la mano, y empezó a blandir un dedo índice sentencioso en el aire.

—¡Ya no quiero oír más! —gritó, con el rostro sudoroso—. ¡El mandamiento del Señor dice «No matarás»! —Las inflexiones de su voz subían y bajaban, lo que era indicador de un ataque de histeria—. ¡Si el demonio te posee, Jesús es el único que puede expulsar a los demonios! ¡Entrégate a Jesús, Richard Devon, y serás salvado!

Rich se había incorporado de su asiento ante la mesa de la defensa y se había vuelto para mirar a la mujer. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Knox Winford golpeó la mesa con su martillo. Era sólo el primer día y las cosas ya empezaban a salirse de madre.

—¡Alguaciles!

La joven dejó caer la Biblia y abrió su trinchera. Estaba desnuda. Miraba fijamente a Rich.

—¡Aleluya! ¡Juntos nos entregaremos a Jesús! —gritó.

Intentó pasar por encima de la fila de presuntos miembros del jurado que tenía delante para alcanzar la mesa de la defensa. Varios alguaciles, entre ellos una mujer, la interceptaron.

Lindsay se acercó a Adam y le dijo al oído, con una sonrisa irónica:

—Una recusación menos que gastar.

—¡Tómame, Satanás! —exhortó la mujer, olvidándose de Jesús—. ¡Libera a Richard!

A continuación se apaciguó de repente, casi dichosa. Jadeaba y gemía mientras era sacada de allí por los alguaciles.

—Creo que esa pobre mujer acaba de experimentar su primer orgasmo —observó Maggie Renquist.

Rich volvió a sentarse despacio, y durante unos instantes, su semblante se mostró sombrío por efecto de una depresión. Luego, al mirarle Lindsay, su expresión cambió. Su maliciosa sonrisa era como una manifestación de siniestro júbilo. Lindsay notó la punzada de una flecha de terror en sus hombros cuando Rich se encorvó para acariciarse una instantánea erección; sintió que algo había emanado de él hacia la inconsciente mujer, como un espíritu aterrador que exigía, ansioso, el sacrificio. Se llevó una mano a la boca y creyó que iba a desmayarse.

Mientras la joven era envuelta en su trinchera y retirada de la sala, Adam contempló sus celulíticos muslos.

—Incluso Zarach parece tener su tipo —dijo.

No obstante, se le removían los intestinos con todo ese ajetreo. Estaba preocupado por la triste impresión que la mujer había dejado en los presentes, los cuales a partir de ese momento estarían dispuestos a considerar el tema de la posesión demoníaca como una extravagante comedia protagonizada por enfermos mentales y fanáticos reprimidos sexuales. ¿Cómo diablos había superado esa mujer la primera selección de candidatos a miembros del jurado? Sacudió la cabeza. Incluso los electores más avisados podían equivocarse de vez en cuando.

Rich tenía la cabeza inclinada en actitud contemplativa. Lindsay parecía aquejada por una especie de retortijones menstruales, y sus labios habían perdido el color. Edith se dirigió hacia ellos, conservando la compostura. Miró a Rich y luego a Maggie, que seguía sonriendo. Edith golpeó la mesa con los nudillos y amonestó a la psicóloga.

—No debemos dar la impresión de que nos divertimos.

Siguió paseándose durante cinco minutos más hasta que el juez Knox Winford hubo logrado restablecer el orden en la sala. Una vez los ánimos más calmados, Edith reanudó su intervención.

—Es una tarea formidable la que les aguarda a ustedes en calidad de miembros del jurado. Escucharán de labios de Richard la terrible historia de qué manera fue hecho prisionero dentro de su propio cuerpo, y de la pesadilla perpetua en que se halla sumido desde entonces.

Tommie Harkrider se enderezó un poco en su asiento al oír este comentario y casi sonrió por un momento cuando Edith, consciente de su reacción, le dirigió una fugaz mirada. Dijo a continuación, dirigiéndose de nuevo a los presentes:

—Les demostraremos que Richard Devon no es más que una víctima indefensa de un acto homicida como lo fue su amada Karyn. Escucharán el testimonio de otras personas poseídas de manera semejante pero más afortunadas que Richard, porque no fueron empujadas a cometer crímenes despreciables contra otros seres humanos. Verán fotografías de individuos poseídos por espíritus demoníacos tomadas durante la tortura del exorcismo. No será un bello cuadro el que vamos a describirles, sino la cruda realidad. La realidad de la guerra a muerte entre la luz de Dios y las tinieblas de Satanás, que cubren la totalidad de la faz de la Tierra en el momento presente, y la realidad de que debemos alistarnos al servicio de la luz si de veras deseamos que la humanidad sobreviva.

Tommie Harkrider parecía más desvencijado que nunca cuando atravesó con decisión el pequeño escenario formado por el estrado del juez, la todavía desierta tribuna del jurado y las mesas del ministerio fiscal y la defensa. El nudo de su corbata negra de punto estaba torcido, uno de los puños de su camisa aparecía decididamente raído y su traje sólo brillaba en los codos y los fondillos del pantalón. Pero su auténtica imagen residía en su voz, que lo investía con la radiante toga de un ángel exultante de poder, omisciencia y verdad. Era un orador de la vieja escuela que poseía el don de inspirar a cada miembro de una nutrida audiencia que él y sólo él era el destinatario de su mensaje, el confidente de Tommie Harkrider.

El magistrado disertó en términos no demasiado pesarosos.

—Acabamos de presenciar una demostración de los actos a los que las mentes y emociones alteradas pueden impulsar a realizar. El comportamiento de esa pobre mujer es digno de compasión, no de censura, pero ahora ustedes deben reflexionar sobre los impulsos que la han llevado a cometer esa obscenidad en público. Reflexionen también en todo cuanto una mente desquiciada es capaz de concebir, maquinar y ejecutar en nombre de la verdad o de la justicia. O del amor. O... de la venganza por un amor defraudado.

»El ministerio fiscal está dispuesto a refutar por medio de testimonios científicos, psiquiátricos, cualquier pretendida prueba de posesión demoníaca, un concepto puramente teológico que entendemos no halla base alguna en los hechos observables. Demostraremos que Richard Devon, lejos de estar “poseído” por “influencias demoníacas” —Tommie marcó las comillas en el aire con los dedos—, cualesquiera que éstas sean, se encuentra ahora mismo tan atormentado por su culpa que debe reprimirla, debe erradicar todo pensamiento en el crimen de su mente consciente, y recurre a un sustituto sobre el cual descargar su responsabilidad, un sustituto que, de hecho, no existe ni ha existido jamás.

»Damas y caballeros, sólo habrá dos puntos pertinentes al resultado de este juicio. Es muy posible que todos los homicidas estén trastornados en el momento de cometer

su crimen, un acto irracional y antisocial. Quizá estén “poseídos”, en términos metafóricos, por los demonios emocionales de su propia mente: los celos, la pasión, el odio... La cuestión reside en averiguar si ha tenido lugar un caso de homicidio, y los estatutos del Estado de Vermont así lo afirman, y si Richard Devon es culpable o no a la luz de esos mismos estatutos. El estado de su mente y sus condiciones emocionales en el momento de cometer el crimen no son más que circunstancias accesorias.

Al cabo de varias horas, durante las cuales la defensa y el ministerio fiscal no lograron ponerse de acuerdo en la elección del primer miembro del jurado, Winford aplazó el proceso.

Conor se acercó a Rich tanto como le fue permitido.

—Todo irá bien, ya lo verás —dijo.

—No lo creo —replicó Rich, abatido, mientras era sacado de la sala.

Conor, desesperado por encontrar algo que le proporcionara una mínima esperanza, se dirigió a Edith.

—¿Cómo le parece que ha ido?

—He tenido días mejores —respondió ella con una cierta aspereza—. Pero todavía nos queda mucho por hacer. Por ejemplo, ir a tomar una taza de té.

La selección del jurado requirió doce días.

La elección de un jurado por el método de la interrogación y recusación era casi desconocido en Inglaterra, donde sus miembros son designados por sorteo. Y el Consejo de la Reina limitaba su actividad a discutir casos especialmente preparados por abogados subalternos. Edith había agradecido a Adam su desinteresada colaboración al asumir la mayor parte del trabajo previo al juicio, y ahora se beneficiaba de su experiencia en la evaluación e interrogación de los candidatos a formar parte del jurado.

El ministerio fiscal y la defensa disponían de veinte recusaciones cada uno. Los potenciales miembros del jurado también podían ser rechazados sin necesidad de recusación atendiendo a razones tales como la edad. Para Tommie Harkrider el proceso de interrogación y aceptación resultó más agotador e insoportable de lo que supuso para Edith y Adam. Tommie habría aceptado, bajo circunstancias diversas, miembros con profundas convicciones religiosas, para quienes el acto de matar era un anatema. Pero los creyentes fervientes tendían también a creer en la existencia del demonio. Si creían, además, que los seres humanos podían ser poseídos por él constituía ya otro asunto, pero Tommie no tenía intención de conceder ventaja alguna al ministerio de la defensa. Los católicos, incluidos los no practicantes, debían quedar al margen junto con los fundamentalistas y los judíos ortodoxos. Los presbiterianos y congregacionistas eran aptos, y los unitarios todavía más. Sabía que la defensa no aceptaría ningún agnóstico ni ateo, y, de hecho, no puso mucho empeño en ello. Sus mayores dudas se cernieron sobre un contable afiliado a la Iglesia Científica, pero acabó por desestimarlos.

A Tommie no le gustaban los soñadores ni los estudiantes. Los artistas siempre resultaban difíciles de juzgar. Eligió a uno que poseía su propia galería desde hacía veinte años, y rechazó a otro que vendía sus obras en los rastros con una camioneta pintada a mano. Sus preferencias tendían a los individuos íntegros, más bien mayores, con educación y hechos a sí mismos que nunca hubieran fumado marihuana ni se hubieran inyectado ácido (no le interesaba nadie que guardara una experiencia mística secreta) y que dispusieran de la suficiente capacidad para seguir con la mente fría líneas de razonamiento y opinión psiquiátricas, a menudo complejas. Prefería los miembros del jurado con experiencia jurídica previa. Prefería las mujeres a los hombres. El color de la piel no le importaba; además, el condado de Haden contaba con una población compuesta casi íntegramente de individuos blancos.

Las necesidades de Edith eran más simples. No quería ningún miembro con un pariente femenino sometido en alguna ocasión a un peligro físico como atraco y secuestro. Perseguía la cualidad de la liberalidad, individuos con una personalidad difícil de intimidar. Tommie podía resultar bastante intimidador cuando hacía uso de

sus tácticas; como también podía serlo Zarach, que le preocupaba mucho más.

El primer miembro electo del jurado fue Mary Adelaide Hotchkiss, de treinta y seis años de edad, residente en Coldwater y madre de tres niños, todos varones. Era metodista y había sido catequista. No estaba segura de aceptar todo el contenido de la Biblia como hechos históricos, pero apreciaba las «lecciones morales que las parábolas proporcionaban». Era una mujer cívica y conservadora. Ya había formado parte de otros jurados, pero éste era el primer caso de homicidio al que asistía. Dueña de una graciosa nariz y una bonita sonrisa, llevaba gafas para corregir su astigmatismo. Gustó a Tommie porque había obtenido el título *summa cum laude* en psicología por la Universidad de Temple. Gustó a Edith porque su afición consistía en la práctica del piragüismo con kayak. En calidad de primer miembro elegido, Mary Adelaide fue designada presidenta del jurado.

El último miembro del jurado sobre el que las partes adversarias se pusieron de acuerdo fue Walter Durrah, de sesenta y ocho años de edad, residente en Glendinning. No fumaba ni bebía. Era republicano de toda la vida y ex concejal. No le gustaba que le llamaran Wally, ni siquiera Walt. Él y su esposa se dedicaban a la cría de *setters* irlandeses. Había ganado un buen número de trofeos de pesca con mosca. Leía la Biblia, que calificaba de «literatura», pero no iba a la iglesia. Entre otros oficios, había trabajado un año como sirviente en el sanatorio mental del Estado. Consideraba su experiencia como «fascinante». Edith recelaba de su actitud respecto a los «anormales mentales», como él los llamaba; insinuaba más de una pizca de condescendencia, una arraigada creencia de que la mayoría de los allí ingresados eran unos farsantes y unos haraganes. Walter Durrah no había estado enfermo ni un solo día en toda su vida, rara vez había sentido miedo y entendía que casi todas las personas observaban una clara tendencia a «autoconsentirse». Pero, para entonces, Edith sólo disponía de una recusación. Walter Durrah suponía un riesgo para la causa de la defensa, pero el siguiente candidato podía resultar del todo inaceptable. De modo que dio el visto bueno al criador de perros, y el jurado quedó completo. Ambos abogados devolvieron su atención al tema principal.

Poco después del amanecer del veintiuno de junio, el solsticio de verano, casi un millar de personas se concentraban frente al Palacio de Justicia y en el césped con la esperanza de ser elegidos por la suerte para asistir al juicio. Se veían relámpagos hacia el norte y se respiraba una fragancia húmeda en el ambiente, pero el sol venció a las nubes y la lluvia se alejó de Chadbury, para dejar una atmósfera sofocante a su paso.

Conor Devon entró en el edificio por una puerta trasera y ocupó su lugar muy temprano. Pocos minutos antes de las diez comparecieron Martin y Louise Vale, escoltados por Tommie Harkrider. Martin Vale miró a Conor; lo reconoció, pero no dijo nada. Se había pasado el fin de semana navegando y estaba bronceado por el sol, pero aún se le veía demacrado. Su esposa lucía un sombrero con velo, y asumía una actitud de profunda aflicción. Se llevó una mano a la garganta para tratar de reprimir una palpitación incontrolada. Mantenía los ojos fijos en las banderas de la nación y el Estado situadas detrás del estrado.

Los espectadores que habían conseguido una plaza entraron una vez que la prensa hubo ocupado la primera fila. A las diez y diez, Knox Winford tomó posesión de su asiento en el estrado e hizo un gesto con la cabeza al escribano forense, quien declaró abierta la sesión.

—Estamos dispuestos, señoría —dijo Tommie Harkrider en nombre de Gary Cleves.

Gary empezaba a recobrar la voz, pero sólo podía comunicarse en un áspero susurro. Gary, sentado al lado de Tommie, asintió.

—La defensa está lista, señoría —dijo Adam Kurland en representación de Richard Devon, quien vestía el mismo traje azul que había llevado en las sesiones de selección del jurado.

El acusado parecía un tanto aturdido por el resplandor del sol que incidía sobre él a través de una ventana situada sobre la tribuna del jurado. Lindsay pidió a un alguacil que modificara la posición de las persianas.

Knox Winford se aclaró la garganta y se dirigió al jurado.

—De entre unos cuatrocientos candidatos les ha correspondido a ustedes, damas y caballeros, emitir un veredicto cuyas consecuencias pueden trascender bastante más lejos de los confines de esta sala. No sólo es deseable, sino esencial, que dejen de lado cualquier consideración de compasión y simpatía, olviden los prejuicios que puedan tener ahora, mantengan su buen criterio durante todo el tiempo que dure este juicio y basen su veredicto con solidez en lo que su sentido común considere válido. El planteamiento de la cuestión es muy simple: ¿Es Richard Devon culpable del cargo de homicidio en primer grado? La respuesta a esta cuestión puede residir en un terreno todavía inexplorado. Mi responsabilidad es también la de ustedes, señores

miembros del jurado. En todo momento, nuestro criterio será el razonamiento claro.

Instantes después, Tommie Harkrider se levantó y se encaminó hacia el atril instalado delante de la tribuna del jurado para iniciar su discurso inaugural, que se prolongaría durante una hora y tres cuartos.

Habló sin recurrir a anotaciones. Se había aprendido, de memoria, detalles de la vida de Richard Devon que ni siquiera Conor conocía. Esa preparación representaba varios centenares de horas de trabajo por parte del equipo de investigadores de Tommie.

Trazó un hábil retrato psicológico de Rich que lo describía como un chico de la calle, achaparrado y agresivo en su adolescencia, exaltado e impulsivo a veces, siempre con ganas de discutir, capaz de algún arranque violento ocasional. Habló de los tropiezos de Rich con la ley, y de la severa disciplina a que le había sometido Conor, que, además de su hermano, era sacerdote y, en ocasiones, encarnaba una figura autoritaria y temible para el muchacho en los primeros tiempos de orfandad. Tommie insistió en el hecho de que si bien Rich había tenido una formación católica convencional, se sentía atraído y repelido por su religión a la vez, particularmente susceptible a las pesadillas inspiradas a sus temores a un infierno presidido por demonios, un lugar de sufrimiento eterno. Para cuando ingresó en la universidad de Yale, Rich ya se había apartado de la Iglesia. Lo había superado con la edad. Pero Tommie se preguntaba si, al mismo tiempo que Richard Devon se había liberado de las cadenas psicológicas que lo esclavizaban, no habría desarrollado un sentimiento de culpa por el hecho de renunciar a la fe de su niñez.

Llegado a este punto, Tommie introdujo a Karyn, y durante los quince minutos siguientes la elogió con tal dulzura, fidelidad y dolor por su pérdida que dio la impresión de haberla conocido más íntimamente que sus propios padres o el último de sus amantes. Louise Vale prorrumpió en silenciosos sollozos en su asiento. En un determinado momento, Rich se cubrió el rostro con ambas manos, a tientas, como si tratara de identificarse a sí mismo a través de una máscara ajena, y luego dejó caer las manos sobre su regazo con desesperación al tiempo que agachaba la cabeza. Tommie no ahorró detalles sobre la relación amorosa entre Rich y Karyn: las risas, la magia, las discusiones. Porque, tal como Tommie señaló con solemnidad, sus discusiones eran inevitables. Procedían de «dos mundos muy diferentes». Rich, de las «calles principales del sur de Boston»; Karyn, de los «prados y parajes esplendorosos» del próspero Rye, Nueva York. Cuanto más se intensificaba su intimidad de pareja (como Tommie presumía), más se acrecentaba la distancia entre ambos. Karyn había tenido otros amoríos antes de conocer a Rich. Él lo sabía. Pero... ¿hasta qué punto había aceptado este hecho?

Tommie sacudió la cabeza, sombrío, y miró a los doce miembros del jurado uno por uno. Todos le dedicaban una profunda atención. Dijo que Rich no había llegado a aceptarlo nunca y se volvió un instante para desviar su atención hacia el acusado.

Rich miró a los miembros del jurado y apartó la vista, incapaz, en apariencia, de

enfrentarse a los ojos de nadie.

Tommie volvió a sacudir la cabeza y se sumergió en un relato de las desdichadas horas de las vacaciones del mes de enero que habían culminado en el brutal asesinato. Narró su discusión en público cerca del telesilla de la Montaña de la Ermita, presenciada por una veintena de personas, incluidos varios amigos de la víctima. Karyn ya había transmitido a su madre algunas dudas respecto a esa relación, y confió su deseo de terminar con Rich a un antiguo amante: Trux Landall.

—Una ruptura definitiva —dijo Tommie, e hizo una pausa para que sus palabras calaran hondo en el jurado—. Karyn no quería volver a ver a Rich nunca más. Y cuando él lo averiguó...

El viejo abogado procedió a facilitar una detallada y aterradora descripción del asesinato, golpe a golpe, que logró conmover a los presentes.

Louise Vale tuvo que abandonar la sala en brazos de su marido.

Dos de los miembros del jurado no pudieron reprimir el llanto.

Los demás contemplaban al acusado con expresiones que abarcaban desde una hosca aversión hasta el odio más enconado.

Tommie se secó los ojos con un pañuelo, miró a la tarima del juez, hizo un gesto hacia Edith Leighton con la actitud de un hombre destrozado, y se sentó para recobrar el dominio de sí mismo.

Edith se incorporó con calma tras la mesa de la defensa y se dirigió hacia el atril. Quizá en su trayectoria profesional, hubiese tenido que representar algún papel más comprometido que el que ahora le aguardaba, pero no recordaba cuándo.

Era demasiado inteligente como para intentar contrarrestar las emociones que Tommie había orquestado con su dramática elocuencia. En lugar de ello, optó por alimentar el sentir popular.

Se oyeron algunas toses dispersas por la sala, y el ruido de carboncillos y tizas sobre el papel mientras los artistas sentados en el banco de la prensa trataban de reflejar las principales expresiones del juicio. Edith habló en voz baja para asegurarse la atención de los miembros del jurado al esforzarse por oírla.

—Se ha cometido un asesinato. Aterrador en su irracionalidad, como lo demuestra la reiteración casi desapasionada de un golpe tras otro. Un asesinato inhumano, incluso bestial, en su despliegue de violencia. Había cinco testigos de este ataque, que parecía interminable, robótico, contra una vida humana. Cinco jóvenes que presenciaron con impotencia cómo Karyn Vale era golpeada hasta la muerte. Disponemos de sus declaraciones pero, por desgracia, ninguno de ellos está aquí, porque tan sólo uno de los cinco sigue con vida hoy, apenas cinco meses después de la muerte de Karyn Vale. El único superviviente, Warren Hasper, está cursando estudios en Europa y se ha negado a regresar a este país para prestar testimonio de lo que vio porque ha admitido que tiene miedo de no vivir lo suficiente como para subir al estrado. ¡Tiene miedo! Pero ¿de qué? Ésa es una pregunta que no debemos pasar por alto.

»Cuatro muertes grotescas e inexplicables de otras tantas personas jóvenes, sanas y llenas de vitalidad en un lapso de tiempo tan breve no pueden ser consideradas a la ligera como una “coincidencia”. Al igual que la desaparición del agente Norm Granger, de la Policía Estatal de Vermont, uno de los dos primeros policías que se personaron en el escenario del crimen. Como tampoco la muerte por suicidio de su compañero, Pete Raff, de veintiséis años de edad, que se quitó la vida la misma noche en que el agente Granger desapareció.

»Antes de que este juicio concluya, todos ustedes sabrán que su desaparición, así como todas esas extrañas muertes, están directamente relacionadas con la muerte de Karyn Vale; y sabrán también por qué. Sabrán que el motivo de la muerte de Karyn no coincide con el motivo que el ministerio fiscal ha sugerido de una forma tan exhaustiva. Conocerán la escalofriante historia de lo que aconteció a Richard Devon desde el momento en que llegó a Chadbury la noche del dieciocho de enero.

»“Una persona es culpable de homicidio en primer grado cuando, con la intención de propiciar la muerte de otra persona, causa la muerte a esa persona”.

Edith se concedió una larga y estudiada pausa. Pero ya se los había metido en el bolsillo.

—«Intención de propiciar la muerte» —repitió—. Les exhorto a ponderar el significado de esta frase.

»Damas y caballeros del jurado, una vez les hayamos presentado la totalidad de las pruebas, tengo el convencimiento de que sabrán que Richard Devon no sólo careció de esa intención sino que, de hecho, no mató a la muchacha a quien amaba.

—Bien —dijo Tommie a su colega Jean Landetta en el salón de cócteles del hotel donde se alojaban—, Edith ha demostrado que es una mujer muy dura de pelar, ¡vaya si lo es! Yo no me atrevería a decir que conquistó al jurado después de mi intervención, pero no me cabe duda de que logró suscitar su curiosidad, y tal vez les puso un poquitín nerviosos.

—Me gustaría poder traer al último de esos chicos que presenciaron el asesinato —dijo Jean.

—No necesitamos a Warren Hasper para nada. Tenemos a Trux Landall y a muchos otros testigos que darán fe de que Devon se comportó como una bestia salvaje antes y después de matar a la chica.

—¿Crees que Edith le hará subir al estrado?

—Hoy prácticamente ha prometido hacerlo. Tiene que hacerlo. Su cubo no recogerá ni una gota de agua sin él. Pero se trata del viejo efecto del doble lazo. No importa la versión que Devon pueda contar; no le quedará ni un ápice de credibilidad cuando yo haya terminado con él.

Trux Landall fue el primer testigo llamado por el Estado a la mañana siguiente.

En contraste con Rich, cuyo semblante estaba pálido por tantos días de encierro, y que se mostró desmoralizado y nervioso cuando Trux subió al estrado de los testigos; el estudiante de Harvard mostraba un aspecto impresionante. Su chaqueta deportiva francesa y su corbata eran impecables. Acababa de regresar de unos días de vacaciones en Virgin Gorda, y sus ojos, realzados por un intenso bronceado, resplandecían en su atractivo rostro.

—Señor Landall —comenzó Tommie—, ¿cuándo conoció a Karyn Vale?

Tommie, como cualquier buen abogado, jamás formulaba una pregunta en un tribunal a menos que ya supiera la respuesta. Invitó al testigo a contar su romance con Karyn y su posterior separación.

—Y la siguiente ocasión en que volvió a ver a Karyn fue en la Montaña de la Ermita, la mañana del diecinueve de enero, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Le presentaron entonces al acusado, Richard Devon?

Trux desvió la mirada hacia donde estaba Rich, quien tenía la cabeza gacha y se entretenía rasgando una hoja de papel amarillo en tiras.

—Sí, en efecto.

—¿Cuál fue su primera impresión del acusado?

—No dijo gran cosa. No por timidez, sino que más bien se mostró... reservado, como si no quisiera tener nada que ver con nosotros.

—¿Se alegró Karyn de verle a usted?

—Sí, señor, me dio esa impresión.

—¿Cuánto tiempo estuvo hablando con Karyn?

—Sólo unos minutos. Luego me fui con mis amigos al telesilla.

—¿Estableció una cita concreta para encontrarse con Karyn y Richard más tarde?

—No. Sólo nos dijimos algo así como: «Ya nos iremos viendo por aquí». Nada más.

—¿Podría explicar lo que ocurrió mientras aguardaba con sus amigos en la cola del telesilla?

—Karyn y Rich entablaron una discusión bastante ruidosa. Ella le gritó.

—¿Sabe usted la causa de la pelea?

—Protesto, señoría —dijo Edith—. El testigo ha dicho que Richard y Karyn estuvieron discutiendo. ¿No podríamos continuar con este uso?

—Protesta aceptada —dijo Knox Winford.

—¿Sabe usted sobre qué discutían? —rectificó Tommie.

—Sólo oí que ella le decía: «Más vale que te olvides de mí».

—¿Llegaron a reconciliarse mientras usted los observaba?

—No, señor. Karyn recogió sus bastones y esquís y se dirigió hacia el telearrastre.

—¿Volvió a ver a Karyn ese día?

—Sí, señor. Fuimos a cenar en grupo al restaurante «El Príncipe Rana», en Londonderry.

—¿Se encontraba el acusado con ella?

—No, Karyn estaba con dos amigas suyas.

—¿Se mostró preocupada por la ausencia de Rich?

—No. En realidad, pasó un rato muy agradable. Ella lo esperaba, pero Rich no compareció.

—¿Qué sucedió después de la cena?

—Fuimos..., regresamos al Refugio Davos. Yo acompañé a Karyn a su habitación, pero Rich no estaba allí. Le pregunté si tenían problemas, y ella respondió: «Todo el mundo los tiene». Charlamos un rato, y luego me marché.

—¿Le dio un beso de despedida?

—Sí, en el pasillo.

—¿No fue una descortesía?

—Sólo se trataba de un beso amistoso de despedida. Todo el mundo pudo vernos, no tenía importancia alguna.

—Pero fue Rich quien les vio...

—Sí.

—¿Cómo reaccionó? ¿Con un comportamiento razonable, o bien...?

—Señoría, debo objetar a esto —intervino Edith.

—Objeción aceptada.

—¿Cómo reaccionó, señor Landall?

—No dijo nada. Sólo me miró, y vino directo hacia mí.

—¿Recurrió a la violencia? ¿Le atacó a usted?

—Trató de propinarme una patada en la ingle.

—¿Qué hizo usted?

—Yo no quería pelear; no merecía la pena. Le dije: «Cálmate, chico», pero él siguió hostigándome. Karyn le pidió que me dejara en paz. Sólo después de recibir un par de golpes, me alcanzó en el codo y en un hombro, y me dio un rodillazo en el muslo, decidí que debía hacer algo para detenerle.

—¿Cuándo tomó esa decisión?

—Bueno, Karyn sujetó a Rich para intentar pararle, y él le dio un empujón para desembarazarse de ella. Yo creí que iba a propinar un puñetazo a Karyn...

—Me opongo a la especulación por parte del testigo. Nos interesa esclarecer qué ocurrió de hecho, y no qué pudo haber ocurrido.

—En su opinión, ¿el acusado había perdido el control...?

—¡Protesto, señoría!

Tommie se dirigió a Edith.

—La opinión del testigo —espetó—, que fue objeto de un brutal ataque, es

perfectamente válida en este punto.

—Protesta denegada. Prosiga el interrogatorio —resolvió Winford.

—¿Se vio usted atacado por el acusado y no tuvo más opción que luchar en defensa propia? —preguntó Tommie a Trux.

—En efecto, señor. Le golpeé, sólo una vez. Le di un puñetazo debajo del esternón. Él se dobló y cayó al suelo.

—¿Cuál fue la reacción de Karyn?

—Estaba trastornada. Y furiosa.

—¿Furiosa con el acusado?

—Sí. Yo le pedí disculpas por haberle golpeado. Y ella dijo: «Puede llegar a hacerse insoportable cuando se pone así».

—¿Podía hablar el acusado? ¿Le dijo algo a usted, o a Karyn?

—Un montón de obscenidades. No creo que deba reproducir aquí sus palabras literales. Nos acusó a Karyn y a mí de... habernos acostado juntos.

—¿De haber tenido relaciones sexuales?

—Sí, señor.

—De hecho, usted no tuvo relaciones sexuales con Karyn esa noche...

—No.

—¿Dijo el acusado algo más antes de que usted se marchara?

—Sí. Dijo: «Ya recibirás tu merecido».

—¿A quién se dirigía el acusado cuando dijo «Ya recibirás tu merecido»?

—A Karyn.

Tommie hizo una pausa y deambuló hacia la tribuna del jurado. Miró a cada uno de sus miembros con la expresión de un viejo tío benefactor. Estaba muy orgulloso de todos ellos, y se lo demostraba. Ya empezaba a familiarizarse con cada detalle de sus rostros, con sus inconscientes idiosincrasias mientras seguían el proceso con atención. De espaldas todavía al estrado de los testigos, Tommie emprendió su siguiente línea de interrogatorio.

—¿Cuál fue la última vez que vio usted a Karyn Vale con vida? —preguntó.

Trux describió su encuentro con Karyn en el bar del Refugio Davos, y el subsiguiente paseo nocturno por la nieve. Habló de la decisión de la chica de romper con Rich, y de su sentimiento de alivio por haber tomado esa decisión.

—La acompañé hasta el vestíbulo del hotel y me despedí de ella. Entonces se marchaban unos chicos, y les pedí que me llevaran en coche a la pensión donde me alojaba.

La voz de Trux se quebró. Hizo una larga pausa, aspirando por la nariz. La cobriza luminosidad de su semblante se desvaneció y su compostura se resquebrajó al revivir la tragedia.

—A la mañana siguiente, uno de los chicos con los que compartía mi habitación me despertó y dijo: «Dios mío, Dios mío, Trux. Levántate. Karyn ha sido asesinada». Y ésa fue la primera vez que...

Trux prorrumpió en sollozos y se llevó una mano a la garganta. Miró a la mesa de la defensa.

Rich tenía la cabeza erguida. Sus ojos estaban fijos en el testigo. Expresaban un profundo desprecio. Edith, sentada a uno de los extremos de la mesa, no tuvo necesidad de mirar a Rich para advertir la fuerza maligna de Zarach, que la atacaba en forma de jaqueca.

—No haré más preguntas —dijo Tommie.

Edith, aquejada de una palpitación en los párpados, se desplomó sobre Adam.

—Señoría, ¿da usted su permiso para suspender la sesión? —solicitó Adam.

Rich desvió su atención de la barra de los testigos a la tribuna del jurado y sonrió. Los doce miembros del jurado quedaron sobrecogidos y encolerizados ante semejante demostración de crueldad.

—Ya basta —murmuró Edith.

Se presionó la frente con la palma de una mano, con el índice y el pulgar sobre las sienes.

—Se suspende la sesión durante quince minutos —anunció el juez Winford desde el estrado. Y añadió, dirigiéndose a Edith—: ¿Quiere que solicite los servicios de un médico, abogada?

Edith, con un gran esfuerzo, se enderezó en su silla y abrió los ojos. Parecía momentáneamente confusa, y más aún cuando dijo:

—Gracias, señor..., quiero decir, señoría. No es nada. Sólo necesito un poco de agua.

Tommie, que presenciaba la escena con un asomo de inquietud reflejado en el rostro, dijo confidencialmente a Jean Landetta:

—Me pregunto si logrará sobrevivir a este juicio.

El acusado volvió a concentrarse en las tiras de papel que había reunido después de rasgar la hoja. Su ardor había remitido; no mostraba ningún interés hacia el agotamiento evidenciado por Edith. Salvo por la atención que dedicaba a sus trozos de papel, parecía próximo a un estado de inconsciencia.

Cuando la sesión fue reanudada, Edith se aproximó al estrado de los testigos con su acostumbrada vivacidad. La mancha blanquecina de dolor había desaparecido de sus ojos. Invirtió varios segundos en observar al jurado, en especial a la joven que ocupaba el primer asiento de la segunda fila, detrás de la presidenta.

Angela Gunther, una odontóloga soltera. Con sus veinticuatro años de edad, era la más joven de los miembros del jurado y, como Edith sabía, la más impresionable. Era la primera vez que Angie asistía a un juicio. Apenas podía ocultar su entusiasmo por ello, y parecía muy determinada a desempeñar una buena labor. Hasta entonces, la vida la había tratado muy bien. Tenía una familia que la estimulaba en todas sus empresas. Adoraba a la gente. Según sus propias palabras, había tenido «muchos novios», pero ninguna de esas relaciones le pareció «demasiado seria». Aún no había tenido que afrontar problema grave alguno ni ninguna tragedia en su vida. Solía saltarse la primera página del periódico si consideraba que las noticias eran «deprimientes de veras» y centraba su atención en los reportajes y en la sección de sociedad.

Angie constituía uno de los miembros del jurado favoritos de Tommie Harkrider, un hecho que ya había dejado entrever por la atención que le dedicaba, pero Edith creía que el intuitivo abogado había hecho una valoración errónea de la dirección a seguir por las simpatías de esa muchacha sencilla y bienintencionada. El instinto de Edith le decía que Angie no acertaba a comprender aún el hecho de que un ser humano pudiera arrebatarse la vida a otro de un modo tan vicioso y despiadado. Nadie que hubiera conocido habría sido capaz de hacer una cosa así. Tal vez por ello aceptaría, y defendería a capa y espada, la explicación que Edith podía ofrecer.

Edith se proponía reforzar la subconsciente inclinación de Angie y tratar de proyectar una tenue sombra de duda sobre las mentes de los miembros del jurado que ya estaban convencidos de la culpabilidad de Rich.

—Señor Landall, cuando le despertaron a la mañana siguiente a la muerte de Karyn Vale, ¿podría reproducir lo que dijo a sus amigos una vez se hubo informado de los detalles del crimen?

Trux vaciló. Se tomó un tiempo para pensar, mordiéndose el labio inferior.

—Yo... dije: «Sólo un monstruo podría hacer algo semejante».

—Un «monstruo». Gracias, señor. Eso es todo.

Tommie se aseguró de que el jurado conociera la totalidad de los repulsivos detalles del asesinato y llamó al forense del condado, quien presentó varias copias de las fotografías de la autopsia para su distribución. Edith no puso objeción alguna. El descanso que venía a continuación era mucho más largo que el que había necesitado durante la sesión matinal.

El médico de la policía local, Arthur Harbison, tomó el relevo del forense en el estrado.

—Doctor Harbison —dijo Tommie—, ¿cuánto tiempo ha ejercido usted como médico de la policía?

—Veintiún años.

—¿Cuándo examinó al acusado, Richard Devon, por primera vez?

—Hacia las tres y cuarto de la mañana del veintiuno de enero del presente año.

—¿Cuál era su estado físico entonces?

—Tenía el pulso acelerado, a más de ciento veinte pulsaciones por minuto. Las pupilas de los ojos estaban fijas y dilatadas, y la piel, fría y rugosa al tacto.

—En otras palabras, se hallaba sumido en un estado de *shock*.

—Exacto.

Todos los testigos, sin importar la experiencia en juicios que hubiesen podido acumular, exhibían actitudes nerviosas. Harbison tenía un orzuelo en el ojo izquierdo, y se quitaba continuamente las gafas para frotárselo con la yema de un dedo.

—¿Presentaba alguna herida?

—No, señor.

—¿Podía hablar?

—Sí. Pero su discurso era desangelado, inconexo, más propio que inadecuado dada la situación.

—¿Sabía quién era?

—Sí.

—¿Sabía dónde se encontraba?

—Sí, sabía que se encontraba en la comisaría de policía.

—¿Sabía por qué estaba allí?

—No lo creo, por lo menos no en aquellos momentos.

—¿Por qué, doctor Harbison?

—Su falta de conciencia de los acontecimientos recientes forma parte de la reacción emocional normal a un suceso aterrador y de gran tensión nerviosa: un accidente grave, una muerte repentina, cualquier tipo de tragedia inesperada y sobrecogedora.

—¿Ha observado usted esa falta de conciencia parcial o total antes, en otras víctimas de *shock*?

—Cientos de veces.

—Richard Devon, por tanto, se hallaba sumido en un estado de *shock*, lo cual es comprensible si se considera lo que acababa de hacer. Pero, en su opinión, ¿padecía alguna perturbación mental?

—¡Protesto, señoría! El testigo es un médico, no un psiquiatra. Los síntomas de *shock* pudieron enmascarar con bastante facilidad otros síntomas que tal vez no se harían evidentes hasta unas horas después de los hechos.

—Se acepta la protesta.

—Creo que todos los médicos —dijo Tommie, imperturbable—, al igual que muchos magistrados, están familiarizados con el término amnesia temporal, ¿no es cierto, doctor?

—Para mí es una expresión muy familiar.

—La amnesia temporal, ¿constituye una modalidad de enfermedad mental?

—Que yo sepa, no. Es una condición que está directamente relacionada con un trauma psicológico que suele desaparecer al cabo de unas horas, o de unos días, a lo sumo.

—Según su experta opinión, ¿padecía Richard Devon de amnesia temporal cuando lo reconoció por primera vez?

—Sí.

—Gracias, doctor Harbison. No hay más preguntas.

—La defensa no desea formular ninguna pregunta, señoría —dijo Edith.

Esa noche, en el transcurso de la cena en el restaurante Morecambe con los abogados de Rich, Conor preguntó a Edith por qué había limitado su interrogatorio de los testigos a la única pregunta que había formulado a Trux Landall, cuya respuesta, según Conor, había sido más perjudicial aún para la causa de Rich.

—No existe ninguna posibilidad de refutar los hechos básicos que el ministerio fiscal ha presentado hasta ahora. Hubo un asesinato, y fue horrible. Lo que yo quiero que los miembros del jurado retengan en su mente es la inmundicia inhumana, la monstruosidad del acto en sí. Sólo un monstruo pudo haberlo hecho. Pero ese monstruo es Zarach, no Richard. Y muy pronto voy a tener la oportunidad de demostrarlo.

—¿Adonde cree que quiere ir a parar Tommie?

—Ahora mismo debe intentar establecer que Rich estaba sano cuando Karyn fue asesinada, que su hermano, en coherencia con su perfil psicoanalítico, reaccionó al deseo de la chica de romper la relación en un paroxismo de celos y rabia. Si Tommie es listo, de lo que no me queda duda alguna, hará todo lo que pueda, por mediación de testimonio psiquiátrico, por destruir nuestra credibilidad antes de que tengamos ocasión de presentar nuestro caso al jurado.

—Edith, todavía no ha probado la ensalada —dijo Lindsay—. De hecho, no la he visto probar ni un bocado durante los tres últimos días. Me tiene preocupada.

—No estoy enferma, querida. Si no como es por elección propia, y por necesidad. Debo ayunar para estar preparada, para mantener todos mis canales de percepción abiertos y despejados.

—Casi se desmayó esta mañana —dijo Adam.

—Fui atacada por sorpresa —admitió Edith.

—¿Por Zarach? —preguntó Conor.

—Sí. Pero no volverá a ocurrir.

El ministerio fiscal consiguió completar su alegato en tan sólo tres días y medio. El último testigo que Tommie Harkrider llamó al estrado, uno de los tres psiquiatras que habían examinado a Rich e invertido un total de veintisiete horas tomando notas detalladas del caso, fue el doctor Lewis Shea, director del departamento de psiquiatría forense del Centro Médico Presbiteriano Columbia, en la ciudad de Nueva York.

El doctor Shea era un hombre afable de frente despejada, dientes de ardilla y la dureza acerada de un corredor de fondo. Había intervenido en calidad de testigo en numerosos juicios criminalistas del este. Había escrito media docena de libros y era una reconocida autoridad en un tema especializado: el estudio mental de los homicidas.

—Según su experta opinión, doctor —dijo Tommie, tras haber invertido un tiempo considerable impresionando al jurado con el historial de su testigo—, ¿padecía Richard Devon algún tipo de enfermedad mental cuando mató a Karyn Vale?

—No, señor.

—¿Padece alguna enfermedad mental en la actualidad?

—No.

Rich, ocupado en tejer un cesto con las muchas tiras de papel que había arrancado de varias hojas, se concedió unos instantes para observar al eminente psiquiatra.

—¿En algún momento, en el transcurso de sus sesiones con Richard Devon, que totalizaron nueve horas y media durante un período de nueve semanas, observó alguna muestra de comportamiento psicópata por su parte?

—El señor Devon no es un psicópata.

—Comprendo. ¿En algún momento le mencionó a usted a un ente de nombre «Zarach» —Tommie se tomó la molestia de deletrear el nombre al jurado—, alegando que habitaba el interior de su propio cuerpo?

—Oh, ya lo creo —respondió Shea con calma—. Oí hablar bastante de ese Zarach.

—¿De veras? —Tommie se apartó del atril de los testigos, dando la impresión de que apenas podía contener su sorpresa—. Bien, doctor. Discúlpeme por sentirme confundido, pero si yo me pasara un tiempo considerable hablando con alguien que me comunicara de repente que no es quien yo creo que es, que tiene otra personalidad completamente ajena a la suya en el interior de su cuerpo, entonces no pediría que me instruyeran en los fundamentos de la psicología, sino que consideraría que ese chico está chalado.

Tommie emitió un gorjeo parecido al de un pájaro al mismo tiempo que describía círculos en el aire con un dedo y hacía girar los ojos. La sala prorrumpió en carcajadas.

—¡Orden! —dijo el juez Winford, mientras miraba a Tommie con el ceño fruncido.

El viejo abogado sonrió con timidez y volvió al estrado de los testigos.

El doctor Shea sonreía también. Tommie le dirigió una mirada prolongada y penetrante.

—¿Quiere usted decir que Richard Devon no está necesariamente chiflado, doctor?

—En absoluto, señor.

—Bien, entonces, ¿existe alguna manera de explicar, en términos psiquiátricos que todos podamos entender, su extraño comportamiento?

—Se trata de lo que es conocido, en términos vulgares, como rechazo. Para ser más específico, diré que es un mecanismo reactivo al sentimiento de culpa.

—Gracias, gracias, doctor Shea. No es a eso a lo que quiero llegar. Sólo deseo analizar lo que usted me ha dicho y ver si puede reducirse en términos que un profano como yo pueda comprender sin devanarse la sesera. Bien, de modo que tenemos un mecanismo reactivo al sentimiento de culpa...

—Señoría —dijo Edith—, ¿va a decidirse el ministerio fiscal a formular una pregunta al testigo, o va a proseguir con este monólogo?

—Le ruego que se dirija al testigo, señor Harkrider —ordenó Winford.

—Lo intentaré. Discúlpeme, señoría. Doctor Shea, ¿ha observado usted ese mecanismo reactivo al sentimiento de culpa actuar en el acusado?

—Sí, señor.

—Ese sentimiento de culpa está relacionado, como es lógico, con el asesinato de Karyn Vale.

—Sí, señor.

—Protesto, señoría. El ministerio fiscal está induciendo al testigo.

—Se acepta la protesta. La respuesta del testigo será borrada del acta.

—Dígame, doctor Shea, durante las largas horas de sus sesiones con el acusado, ¿discutió usted con él acerca del crimen?

—Lo intenté en varias ocasiones.

—¿No quiso hablar de ello?

—No. Se mostró evasivo al principio. Sin embargo, pude darme cuenta de que cualquier comentario sobre la chica o el asesinato le provocaba una tremenda tensión. Esto sólo ocurrió durante las últimas sesiones, cuando insistí en referirme al crimen, del que él responsabilizaba a Zarach.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas en este sentido?

—Al final me dijo, todavía bajo tensión: «No, no. Yo no quería hacerlo. Fue Zarach. Él deseaba la muerte de Karyn. Él me obligo a hacerlo».

—«Él me obligó a hacerlo» —repitió Tommie despacio, y miró al jurado—. ¿Le hizo el acusado algún comentario sobre ese Zarach que le había transmitido órdenes?

—Sí. Se refirió a Zarach como a un espíritu no humano, uno de los ángeles

caídos.

—¿Un demonio?

—En términos teológicos, sí.

—¿Le explicó cómo había llegado a ser poseído por ese demonio?

—No.

—¿Tiene usted alguna idea del lugar del que podría proceder el mencionado Zarach, doctor Shea?

—Sí. Richard recibió una estricta formación católica. Era a la vez obediente y temeroso de la Iglesia, de los sacerdotes y monjas que le educaban. Los temores de nuestra infancia pueden ser sublimados, pero nunca superados. Hoy en día, el catolicismo pone menos énfasis en el infierno y en el diablo de lo que hizo en otros tiempos, pero yo, que también soy católico, puedo decirle que algunas de las monjas de más edad son capaces de asustar los espíritus de niños impresionables mediante historias de pecadores que se abrasan en las llamas del infierno y de almas raptadas por el diablo por faltar a misa un domingo. Richard quedó muy impresionado por todo esto, y nunca llegó a superar su sentimiento de culpa por abandonar la Iglesia poco después de matricularse en la universidad de Yale. El «Zarach» que existe en la mente de Richard es ahora un espectro recuperado de la infancia. Tal vez al leer la Biblia se topó con ese nombre...

—¿Lo que está usted tratando de decirnos, doctor, sólo para abreviar un poco, es que el acusado, Richard Devon, está descargando su culpa en un ser cuasirreligioso o mitológico?

—Sí, porque simplemente no puede aceptar la enormidad del crimen que ha cometido. Todos recurrimos a técnicas diversas para eludir o evadirnos de los episodios desagradables o inconcebibles de la vida; racionalizamos nuestros pequeños temores y transgresiones a fin de poder seguir viviendo en buenas relaciones con nosotros mismos. Pero Richard estaba tan sobrecargado de culpa después del asesinato que todos los medios de supervivencia de la mente habituales resultaron inadecuados. Para no desembocar en la locura o en el suicidio, se abrió un nuevo sendero por el cual apareció Zarach, el arquetipo del catalizador de culpa. Un mal omnipotente y poderoso. Sólo Zarach podía soportar la carga de culpa y dolor que aplastaba a Richard.

—Pero su creencia en la existencia de ese demonio, ¿no significa que Richard Devon padece una enfermedad mental?

—Tal creencia es pura neurosis en su origen y función. Rich utiliza esta posesión imaginaria como un catalizador de culpa del mismo modo que un dentista emplea lidocaína para adormecer los impulsos nerviosos de un diente.

—¿Y no existe la posibilidad de que ese Zarach afectara al acusado antes de que éste matase a Karyn Vale?

—Sólo como un arquetipo subyacente en lo más profundo del inconsciente jungiano. —El doctor Shea sonrió—. Pero, en este sentido, todos llevamos un Zarach

dentro.

—Muchas gracias, doctor. No hay más preguntas, señoría.

Al principio no parecía que Edith tuviera intención de interrogar al doctor Shea. Cerró un portafolios que contenía un buen número de fotocopias de informes y documentos y jugueteó, indecisa, con sus gafas de lectura antes de levantarse y, tal vez con una cierta desgana, acercarse al estrado de los testigos. Dirigió una sonrisa de tanteo al psiquiatra.

—Doctor Shea, ¿existe algún límite a las variedades de comportamiento neurótico que usted ha observado en su trayectoria profesional?

—Ninguno hasta hoy. Cada día que pasa proporciona una nueva sorpresa.

—¿Y cuántas categorías de trastornos mentales existen?

—¡Uf!, docenas.

—¿Cada día que pasa proporciona una nueva sorpresa?

—No, eso no es cierto en el terreno del comportamiento patológico. Es más lógico afirmar que ya hemos visto todo cuanto había por ver.

—Todo comportamiento patológico es clasificable en tipos, ¿no es verdad?

—Sí, yo diría que sí.

—¿Diría también que, desde un punto de vista psiquiátrico, no existe un comportamiento desmotivado?

—Sí, es una afirmación correcta.

—Sólo le he formulado una pregunta, pero usted la ha contestado con mucha seguridad. ¿Todavía practica su religión, doctor?

El inesperado cambio en la línea del interrogatorio incomodó un tanto al psiquiatra.

—Oh, sí.

—¿Está básicamente de acuerdo con las principales doctrinas de su fe?

—Si no lo estuviera, no me declararía católico.

—¿Acepta la concepción virginal, la veneración de María, la resurrección de la carne, la confesión de los pecados y el sacramento de la reconciliación?

—Sí —respondió el doctor, con un dejo de impaciencia.

—¿Cree, como la Iglesia lo cree, en la existencia del diablo?

—Sólo como metáfora; en realidad, yo...

—Señoría —dijo Tommie Harkrider—, no sé a qué nos puede llevar esta línea de interrogatorio.

—Permítame continuar y lo verá —replicó Edith.

—¿Ve alguna objeción al respecto, señor Harkrider? —preguntó el juez.

Tommie vaciló, y seguidamente se sentó sacudiendo la cabeza con exasperación.

—No, señor.

—En su calidad de psiquiatra católico, doctor Shea, ¿ha atendido casos de la esfera de su archidiócesis, casos relacionados con seglares destacados o con miembros de la propia jerarquía?

—Alguna que otra vez. Los sacerdotes también tienen problemas emocionales, como las demás personas.

—¿Qué me dice de las monjas? ¿Tienen también problemas emocionales?

—Por supuesto.

—¿Ha examinado alguna vez a una monja cuyos síntomas fueran tan desconcertantes y persistentes que se viera usted incapaz de clasificar su presunta psicosis y de prescribirle un tratamiento eficaz?

Lewis Shea parecía atónito.

—Hubo... un caso de esas características, en efecto.

—¿Y qué conclusión sacó?

—Llegué a la conclusión de que era... competencia de la Iglesia.

—¿Y no de la psiquiatría? ¿Por qué?

—Tras haber investigado a conciencia sus condiciones, consideré que los orígenes del problema estaban tan profundamente arraigados en..., en una manía religiosa, que sólo podía esperar remedio de... ciertos ritos prescritos por la Iglesia.

—¿Qué ritos?

—Los del... *Rituale Romanum*.

—¿Traducido...?

—El Ritual Romano..., los ritos del exorcismo.

—¿Creyó usted, de hecho, que la psiquiatría no tenía ningún tipo de utilidad en este caso porque la monja estaba poseída por el demonio o por varios demonios?

—¡Nunca he creído tal cosa! Como ya le he dicho, en casos difíciles de manía religiosa manifestada como comportamiento psicópata he descubierto que la religión en sí, correctamente aplicada, constituye el mejor remedio.

Edith no pudo reprimir una vaga sonrisa.

—Gracias, doctor Shea. Su testimonio ha sido muy instructivo. No hay más preguntas.

Tommie Harkrider decidió que Edith no había erosionado demasiado la firme posición del psiquiatra de que Richard Devon no era un enfermo mental. Optó por renunciar a un segundo interrogatorio y dijo con solemnidad:

—Señoría, el ministerio fiscal da su alegato por concluido.

A las dos menos cuarto de la tarde, Edith solicitó un aplazamiento de la vista hasta el día siguiente, prefiriendo conceder a los miembros del jurado la oportunidad de reflexionar sobre su línea de defensa, que ya les había anticipado.

—¿Cómo supo que Shea había visto un caso de posesión demoníaca en su carrera? —preguntó Adam a la ex miembro del Consejo de la Reina después de abandonar el Palacio de Justicia y escapar de los fotógrafos y corresponsales de televisión apostados en el césped.

—Yo no disponía de esa información —replicó Edith de buen humor—. Sólo me limité a ir de pesca.

Lindsay estuvo a punto de precipitar el coche contra el muro de piedra que delimitaba la carretera.

—¡Edith! —exclamó la joven.

Edith trató de adoptar, sin éxito, una mirada de arrepentimiento.

—A veces conviene confiar en los propios instintos y tentar a la suerte. Resultaba lógico pensar que el doctor Shea, un devoto católico que ha practicado su profesión durante veintiún años, hubiera sido requerido en varias ocasiones para tratar a individuos perturbados en el seno de la Iglesia. Practica en una de las diócesis más pobladas de la Tierra. La incidencia de sacerdotes y monjas afectados por sentimientos de persecución por parte del diablo es mayor de lo que cabría esperar. También ha habido unos pocos casos autenticados de posesión. Conventos y monasterios constituyen semilleros de neurosis. Las vestiduras no pueden disimular que son, de hecho, seres humanos. Recuerden esto: Dios permite la existencia de las tinieblas sólo para intensificar la pureza de la luz. Él ha creado las dos, y son inseparables. Ambas resultaban necesarias, y ninguna puede entenderse sin la presencia de la otra. Pero vivir con un conocimiento de las tinieblas tan íntimo, tan infinitamente íntimo, puede resultar una prueba para la voluntad que, por desgracia, reviste lesiones para la mente y para el espíritu.

Durante las sesiones de selección del jurado y los primeros días del proceso, grupos de gente religiosa se habían congregado pacíficamente en la espaciosa zona verde situada frente al Palacio de Justicia del distrito, en Chadbury. Representaban tanto a Iglesias con una larga tradición y millones de miembros, como a Iglesias que consistían en unas pocas filas de sillas plegables instaladas en el sótano de la sala de recreo de sus fundadores. Todos deseaban ver a Richard Devon confinado en prisión para siempre. La mayoría de ellos mantenía vigiliias silenciosas: leían la Biblia, encendían velas al atardecer, desplegaban pancartas que revelaban a Cristo derramando su sangre por la remisión de los pecados, y llevaban carteles con citas bíblicas groseramente pintadas. No les era permitido exhibir nada que pudiera interpretarse como un intento de persuadir los corazones y mentes del jurado, como un póster confiscado que proclamaba: RICHARD DEVON NOS TRAERÁ EL INFIERNO A LA TIERRA. Asimismo, no se autorizaba el paso del tránsito rodado, a excepción de los vehículos oficiales, por delante ni por detrás del Palacio de Justicia, a fin de reducir el riesgo de que alguien pudiera tratar de llevar a cabo una de las numerosas amenazas de bomba que se recibían a diario. El jefe de policía, Jim Melka, había dispuesto una tribuna para los muchos representantes de los medios informativos que no podían acceder al interior de la sala, lo cual restringía sus actividades la mayor parte del tiempo. El propio Melka, en cooperación con el capitán Moorman, de la Policía del Estado, se ocupaba de hacer observar una ordenanza provisional que prohibía la circulación de grupos de más de cuatro personas por las calles de Chadbury desde la puesta del sol hasta el amanecer. Moorman había solicitado la incorporación de agentes y coches de policía de otros puntos del Estado, los cuales se distribuían en todos los cruces y en las diversas carreteras que accedían a la ciudad. Dobermans y perros policía patrullaban sujetos por sus respectivas traíllas.

Tal despliegue de fuerzas de seguridad no bastó para disuadir a diecinueve miembros de la Iglesia de Satanás, el Mesías Revelado, de montar su tenderete sobre el césped la misma mañana que la defensa iba a iniciar la presentación de su alegato.

Su líder, Lord Mongo, encarnaba la imagen de excentricidad y rimbombante amenaza que la prensa había requerido para ilustrar con un toque exagerado, pero colorista, el lado oscuro del juicio. Mongo medía metro noventa y cinco de estatura, contaba una edad indeterminada, era muy delgado, llevaba la cabeza rapada y una barba larga y acartonada cuya afilada punta le llegaba a la altura del esternón, sobre el cual había un círculo tatuado que contenía un emblema del diablo. Desnudo de cintura para arriba, vestía un pantalón de seda negro, botas de charol, también negras, y una capa decorada con talismanes del mal. Uno de sus collares estaba hecho con réplicas de calaveras humanas en miniatura. En sus largos dedos, lucía un buen número de anillos de oro con piedras que parecían de bisutería. Llevaba las uñas muy

largas y pintadas de color negro. Sobre cada mejilla había marcada la cifra 666. Desprendía un olor como si no se hubiera lavado en un par de semanas, por lo menos.

Los oscuros ojos de Mongo proyectaban un funesto brillo que se reflejaba en las docenas de lentes de cámaras enfocadas hacia él.

—Hemos venido a prestar apoyo a nuestro hermano en la oscuridad, injustamente acusado.

—¿Se refiere a Richard Devon?

Mongo inclinó la cabeza de un modo siniestro y entornó los ojos.

—Richard —confirmó, como si fuese necesario—. Bienamado de nuestro Príncipe Supremo.

Alguien le espetó a gritos:

—¿Qué quiere decir con eso de «injustamente acusado»? ¿Acaso tiene pruebas de que Richard Devon no asesinó a Karyn Vale?

Mongo alzó la cabeza y miró con expresión airada, pero fue apaciguado por el zumbido constante del motor de los obturadores de las cámaras automáticas.

—Ella no fue asesinada. La chica fue un sacrificio voluntario y gozoso a quien nosotros servimos, el inminente mesías, nuestro maestro Satanás.

No pudo decir más. La Policía del Estado convergió desde todas las direcciones antes de que un grupo de agraviados Adventistas del Séptimo Día empezaran a arrojar la tierra de los parterres que habían estado recogiendo. Sirenas. Perros. Gritos. Se produjo una gran confusión, por fortuna incruenta, celosamente filmada por los cámaras de televisión presentes. Los sonrientes y satisfechos satanistas no tenían sed de violencia. Fueron desalojados en camionetas de la policía sin oponer resistencia, pero no antes de que los miembros del jurado pasaran por el lugar de camino hacia el Palacio de Justicia.

Antes de que la defensa llamara a su primer testigo, el juez Winford se sintió obligado a instruir a los miembros del jurado para que ignoraran lo que acababan de presenciar y los reportajes televisivos que se ofrecieran aquella noche. Sus palabras no parecieron causar una profunda impresión en ellos.

—Era lo único que faltaba para arruinarnos el día —dijo Adam, malhumorado, a sus compañeros de mesa.

—No importa —replicó Edith—. No son más que unos cultistas lunádeos y presumidos, y cualquier persona inteligente se daría cuenta de ello. Saben menos de la verdadera naturaleza del mal de lo que saben los niños que juegan con cerillas del fuego del infierno.

Edith volvió la cabeza para mirar, más allá de Adam y Lindsay, a Richard, sentado en el extremo opuesto de la mesa. El acusado advirtió de inmediato el escrutinio de Edith, pero no le devolvió la mirada.

—¿Cómo estás esta mañana? —le preguntó la abogada.

La respuesta de Rich fue la más vaga de las sonrisas. En los últimos días, Edith había notado que cada vez quedaba menos de Rich y más de Zarach en la sala.

Experimentó unas punzadas en el esternón y acto seguido en la nuca, una señal de que su percepción se mantenía alerta.

«¿Le permitirá hablar?», se preguntó. El testimonio de Rich resultaba clave para el éxito de la defensa, aunque era también posible que arruinara su dilatada carrera.

—¿Se encuentra bien, Edith? —preguntó Lindsay.

Edith sonrió y asintió con un leve movimiento de la cabeza, deseando poder revelar a su colega lo que sabía iba a acontecer con la presentación de su primer testigo.

«Mi querida Lindsay. Existen en este tribunal dos fuerzas fundamentales y antagónicas que representan el bien y el mal, el eterno dualismo de la ley. En ellas reside el secreto de la vida, y revelar ese secreto, contenido en el mito del Árbol de la Sabiduría que aparece en el Génesis, significa la muerte. Y sólo en la muerte pueden alcanzar la reconciliación final estas fuerzas supremas».

Miró, como solía hacer, los rostros de los doce miembros del jurado. Doce. Otro número ritual. Los doce miedos primarios de la humanidad, pensó distraída: al agua, al fuego, al aire, a la tierra, y el miedo más angustioso de todos, a la muerte y al castigo, al rechazo por parte de Dios. El alma se perdía para siempre. Cada rostro, de repente, asumía un nuevo significado para ella, porque ahora adivinaba el destino de la próxima ofensiva de la fuerza de Zarach. El cuarto asiento de la primera fila estaba ocupado por Ivan Mandelko, un hombre pequeño y barbudo, de aspecto sincero y apasionado, que poseía un negocio de viveros. Era el hijo emigrado de un ruso que había muerto durante las purgas estalinianas. ¿Sería Ivan la primera víctima de Zarach, o quizá elegiría...?

—¿Está la defensa dispuesta para proceder?

Edith se levantó y salió de detrás de la mesa.

—Gracias, señoría. Estamos dispuestos.

—Puede llamar a su primer testigo.

—La defensa llama a Conor Devon.

Edith destinó mucho tiempo esa mañana, mediante sus preguntas y las respuestas de él, a ofrecer a los miembros del jurado un exhaustivo conocimiento del hombre que iba a pasarse la mayor parte del resto de la jornada testificando. Su testimonio inicial era importante en extremo. Cuando la abogado tuvo el pleno convencimiento de que el jurado había aceptado a Conor como un hombre de conciencia y honestidad irreprochables, procedió al interrogatorio en sí.

—Señor Devon, ¿podría decirnos cuándo le informaron por primera vez de que su hermano Richard había sido arrestado por el asesinato de Karyn Vale?

Desde este punto ella le guió, poco a poco, al relato de su primer encuentro con Rich en la cárcel del condado, su conmoción y sus sentimientos de terror. Las lágrimas fluían, incontroladas, por las mejillas de Conor, y se estremeció al recordar las palabras de Rich.

—Me dijo: «Tú eres sacerdote, Conor. Puedes ayudarme, ¿verdad? ¡Líbrame de él! Antes de que me obligue... a hacer algo terrible de nuevo».

En la mesa de la defensa, Rich arrastraba los zapatos sobre el suelo y se humedecía los labios, dirigiendo a Conor miradas fugaces y penetrantes, como si dudara de lo que su hermano estaba narrando.

—¿Podría decirnos si la policía llegó a interrogar a alguna de las personas que Rich mencionó en el transcurso de su conversación con él?

—No, no llegó a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque... Henry Windross murió arrollado por un tren pocos días después. Polly Windross desapareció. Y... no pudo encontrarse ni rastro de Inez Cordway.

—¿Creyó a su hermano cuando le insistió que había sido poseído por el diablo?

—No, no le creí.

—¿Por qué no?

—Me negaba a creer... que pudieran ocurrir esa clase de cosas.

—¿No creía tampoco en la posibilidad de que el demonio o varios demonios poseyeran a cualquier otro ser humano?

—En el seminario seguí un curso facultativo de demonología, pero... supongo que nunca quise pensar demasiado en el tema.

—Usted se ordenó sacerdote. ¿Presenció alguna vez un caso de posesión demoníaca?

—No, y jamás conocí a un sacerdote que hubiera visto alguno. No hablábamos nunca de ello.

—¿Qué ocurrió para que cambiara de opinión al respecto?

Conor describió el extraño y persistente comportamiento de su hermano durante los encuentros subsiguientes, las continuas dudas que le impulsaron a consultar a

Monseñor Garen y, por fin, las estanterías de la Biblioteca Pública de Boston. Tales visitas le inspiraron el experimento con la cruz de oro en la sala de entrevistas, no muy lejos de la sala donde ahora tenía lugar el juicio. Contó su experiencia con calma y gran profusión de detalles. Lindsay Potter se frotó la frente allí donde una cicatriz testimoniaba el corte que había recibido.

—Si su señoría lo cree oportuno —dijo Edith—, quisiera que el señor Devon bajara de la tribuna para que los miembros del jurado puedan apreciar las heridas causadas por la fusión de la cruz de oro que sujetaba en su mano la mañana en cuestión.

El juez Winford concedió su permiso y Conor fue pasando, cohibido, con Edith a su lado, por delante del jurado, mostrando la palma de su mano izquierda. Tommie Harkrider tenía los brazos cruzados y estudiaba a Conor con detenimiento. Gary Cleves garabateó una nota en una hoja de papel y se la pasó a Tommie. La nota rezaba: «Febrero; el radiador funcionaba». Luego, Gary sacó de una carpeta una reproducción tridimensional de la sala de entrevistas. Pero Tommie ya sabía cuál sería su refutación. Nada de lo que Conor había declarado hasta entonces le incomodaba lo más mínimo. A esas alturas del juicio, el nivel de confianza de Tommie se mantenía muy alto.

Al regresar a la tribuna de los testigos junto a Conor, Edith miró a la presidenta del jurado, Mary Adelaide Hotchkiss, que parecía menos despierta y atenta de lo acostumbrado. Se acariciaba suavemente la garganta con una mano, y sus ojos no miraban a Conor.

Contemplaba a Rich con fijeza. La expresión del rostro de la presidenta sólo podía describirse como encantada.

Edith se interpuso en la línea de visión de Mary Adelaide y se volvió hacia la mesa de la defensa. «De modo que ya has empezado. Pero será Richard Devon a quien voy a llamar al estrado, y no a Zarach Bal-Tagh. No permitiré que aterrorices a toda esa gente».

El acusado apartó la mirada, parpadeando, un tanto molesto.

Eran casi las cuatro y media cuando Conor completó un segundo y desgarrador relato de las manifestaciones que había presenciado en compañía de Adam y el padre Merlo en el sótano del Palacio de Justicia. Edith advirtió que su largo testimonio había constituido una dosis demasiado fuerte para que los miembros del jurado pudieran asimilarla, y casi les había adormecido a pesar de sus denodados esfuerzos por mantenerse atentos. También ella se sentía cansada, y experimentaba una ligera tendencia a mostrarse irritable. Pocos miembros del jurado dormirían bien esa noche, saturados por una información tan compleja, por el escepticismo y el ansia de preservar, por encima de todo, el buen criterio. Así, todos confiarían que a la mañana siguiente Tommie Harkrider fuese capaz de demostrar, mediante su interrogatorio, que Conor —un hombre honesto que había ejercido el sacerdocio— había sufrido una enorme tensión por causa de su hermano y que, en medio de su sufrimiento, había sido la víctima inocente de sus propias alucinaciones.

Edith había trabajado muy duro, y no pudo presentar mejor a Conor ante el jurado. No obstante, había perdido decididamente el tiempo.

Mary Adelaide Hotchkiss era uno de los miembros del jurado que menos crédito concedían a las declaraciones de Conor. Se había pasado la mayor parte del día escuchándole sin demasiada atención, si bien se había esforzado por disimularlo. Había constituido todo un reto para ella. Y esa noche no pudo siquiera cerrar los ojos durante bastante rato mientras trataba de conciliar el sueño en la cama llena de bultos de la habitación del hotel donde se alojaba con el resto del jurado. Estaba demasiado absorta en revivir el horror de haber sido espectadora de su propia muerte.

Para relajarse, Mary Adelaide y su marido Andy gustaban de enfrentarse a los rápidos espumosos de los ríos a bordo de pequeños botes de caucho o de piraguas frágiles y estrechas llamadas kayacs, donde apenas había espacio para una persona. Pertenecían a un club que organizaba cada primavera excursiones de fin de semana a ríos de la región alimentados por las aguas de deshielo.

En su visión, o lo que fuese que había percibido ese día en la sala del tribunal, se había visto a sí misma con nitidez, equipada con sus gafas reglamentarias y remando furiosamente mientras su kayak avanzaba por una sinuosa y estrecha garganta, con la espuma levantándose a varios metros por encima de su cabeza y rocas húmedas y negras a su alrededor. En un lugar así sólo disponía de fracciones de segundo para efectuar cálculos mentales con magnitudes pequeñísimas, pero el mayor peso específico residía en el instinto y la experiencia, con un cierto porcentaje de suerte. Y, esa vez, la suerte la había fallado. Su kayak, torcido por ambos extremos como si fuera una cerilla, se había precipitado, empujado por la presión del agua en un estrangulamiento, por entre dos rocas, y Mary Adelaide había quedado atrapada, cabeza abajo, en poco más de un metro de agua. Había percibido todo esto en un instante cuando se encontraba en la sala del tribunal y observaba al acusado, quien le había devuelto la mirada durante unos segundos. Y aún más: había podido sentir su escaldada garganta abierta, el impacto de un flujo de agua fría entrando en sus pulmones.

Varias horas después se echó a llorar, y, más tarde, consiguió sofocar las específicas y opresivas sensaciones de la muerte por ahogamiento. Sabía muy bien que no debía sacar nunca más ese kayak del garaje si no tenía intención de morir así. Y ella quería vivir. Pero algo espantoso, una progresiva flaqueza de espíritu, diluía esta convicción. Ya no experimentaba la sensación de gozosa responsabilidad al pensar en sus hijos. Porque en la sala de ese tribunal le habían robado algo: le habían hurtado un poco de la luz de su alma. Mary Adelaide ni siquiera se dio cuenta de que se le escapaba esa insignificante porción de la enorme luz que le había bastado siempre para mantener lo inimaginable, los cazadores de la Noche Infinita, a raya. Pero la carencia de ese poco de luz dejaba algo más de espacio a la oscuridad, que resultaba un poco más amenazadora de lo que había sido antes.

—Bien, señor Devon, cuando usted creyó ver...

—¡Protesto, señoría! El señor Devon ha descrito con fidelidad lo que de hecho tuvo lugar en la sala de entrevistas la mañana del cuatro de febrero, y objeto al intento por parte del ministerio fiscal de sembrar la duda en la precisión de sus percepciones, o de su memoria.

—Se acepta la protesta.

—Señor Devon, cuando usted vio lo que parecía ser...

—¡Protesto, señoría!

La discusión sobre el interrogatorio de Tommie Harkrider fue tan acalorada que el juez Winford llamó a ambos abogados junto a la tarima lateral para tratar de limar sus asperezas antes de que la sangre llegara al río.

—Señoría —dijo Tommie, con las mejillas encendidas—, no estoy muy seguro de la tradición que rige en Gran Bretaña, pero sé que en un tribunal estadounidense tengo pleno derecho a rebatir la precisión de la memoria de los testigos, y más todavía a la luz de las recientes investigaciones que han arrojado serias dudas sobre si la memoria humana es tan permanente como los dientes de leche de un niño. Es un hecho reconocido que los testimonios visuales de un suceso, en una situación tensa, pueden diferir ampliamente, y que la «memoria» de un testigo acerca de tal suceso puede consistir en hechos de experiencias no relatadas, en un material del todo ficticio alimentado por la mente inconsciente a fin de sembrar lagunas en la declaración, y en mentiras conscientes. Lo que yo busco son contradicciones evidentes, que tengo buenos motivos para creer invalidarán una parte considerable del testimonio del señor Devon.

—De acuerdo —dijo Winford—. Si usted tiene motivos para creer que existen contradicciones, está autorizado a establecerlas, pero a través del testimonio conflictivo del testigo y no dando por hecho que hay un conflicto antes incluso de formular su pregunta.

—Ninguno de esos «hechos reconocidos» referentes a la memoria a los que el señor Harkrider acaba de aludir han sido establecidos en este tribunal por ningún testimonio experto, y no me gustaría que ahora tratase de establecerlos a expensas del señor Devon.

—Oh, no necesito hacer tal cosa, Edith. El testigo es mi experto favorito en la falibilidad de la memoria, y va a demostrarlo de forma concluyente.

Edith esbozó una sonrisa de recelo. La expresión del rostro de Tommie equivalía a la de un viejo gato callejero con plumas de pájaro asomando por su boca.

El representante del ministerio fiscal interrogó a Conor por espacio de más de tres horas. Conor demostró una sólida coherencia al responder a cada una de las preguntas que Tommie le formuló, y sólo evidenció su incapacidad para recordar dónde se

hallaba el radiador en la sala de entrevistas. Se encontraba bajo la ventana y no en la pared opuesta, donde él lo había ubicado. Se vio obligado a admitir también que, en algún momento, durante la confusión y el tumulto en la habitación, su mano quemada pudo haber tenido contacto con una tubería hirviente próxima al suelo. Sin embargo, insistió en que la cruz parcialmente fundida, que el jurado había tenido ocasión de ver el día anterior, le había causado esas heridas.

Cuando por fin autorizaron a Conor a abandonar el estrado, la mayor parte del jurado le miró con simpatía, y quizá con respeto. Ninguno de los ocupantes de la mesa de la defensa detectaron hostilidad alguna, pero Lindsay se acercó a Edith y le dijo al oído:

—El señor Aughtman no parece encontrarse muy bien, Edith.

La abogada miró al miembro del jurado en cuestión y pidió permiso de inmediato para acercarse al estrado. Llamó la atención de Winford sobre Gerald Aughtman, que ocupaba el tercer asiento de la segunda fila. Era un vendedor de coches de Cheswick que contaba cuarenta años de edad y cuyo único defecto para formar parte de un jurado consistía en su abominable gusto por las pajaritas. Se le veía pálido e incómodo, y había estado frotándose la nuca. Winford se apresuró a anunciar un descanso de quince minutos.

—Estoy bien —dijo Aughtman al juez—. Sólo que... he sufrido una especie de mareo, no sé por qué.

Sonrió, y dio la impresión de un hombre que sonríe para reprimir la necesidad de gritar. Winford le autorizó a echarse un rato en las dependencias del Palacio de Justicia.

Edith deambuló por la desalojada sala del tribunal como si tuviera la mente en su próximo testigo, pero en realidad estaba concentrada en Rich. Éste se había quedado sentado a la mesa de la defensa, tomándose una Coca-Cola con un vaso de papel. Un alguacil lo vigilaba de cerca. Rich era consciente de la atención que Edith le dedicaba, pero no quiso demostrárselo. Poseía ya toda una colección de cestitos confeccionados con tiras de papel amarillo que había sobre la mesa, delante de él.

Un cesto para un alma, pensó Edith. Las expresiones en los rostros de dos de los miembros del jurado esa mañana (Mary Adelaide Hotchkiss y ahora Gerald Aughtman) la habían convencido más allá de toda duda. Zarach estaba preparando un conducto a través del cual manaría el infierno en pleno en la sala del tribunal en cuestión de días. Era un desafío directo a ella y al poder que representaba.

Tocó el pequeño reloj de sol que llevaba bajo la hendidura del cuello e inclinó la cabeza un momento. Oyó, en las profundidades de su mente, un aullido semejante al de un lobo enloquecido. El acusado dejó el vaso a un lado, se estiró para alcanzar una nueva hoja de papel y procedió a rasgarla en tiras.

Tras un breve descanso en el despacho del juez, el señor Aughtman se creyó recuperado para reemprender sus deberes, pero seguía turbado, incapaz de olvidar una visión muy nítida de sí mismo siendo absorbido por un remolino de arena caliente y sofocante del desierto. Asmático de niño, siempre había sentido pánico de no poder respirar. Corría casi a diario para mejorar su capacidad pulmonar, y no quería ver el tabaco ni en pintura. Cuando regresó a su asiento en el estrado y dirigió una fugaz mirada al acusado, sintió como se le obturaba la garganta, y sus pulmones se convertían en sendos pedazos de carbón incandescente. Desde entonces decidió evitar mirar a cualquier otro sitio que no fuese el estrado de los testigos. Intentó desterrar el juicio de su mente, concentrándose en su extensa relación de clientes —unos trescientos nombres, direcciones y números de teléfono archivados con orden en su memoria— y en las ventas de los nuevos modelos que confiaba efectuar en el primer trimestre. Pero ya no experimentaba su habitual entusiasmo y sus esperanzas en el futuro. Quizá los nuevos modelos le saldrían rana. Quizá la tendencia alcista de sus ventas no iba a continuar. Quizá no podría seguir pasando su pensión alimenticia a Hilda. Quizá, sólo quizá, la vida ya no significaba tanto para él.

La defensa llamó al estrado al padre James Merlo.

Edith tenía en Merlo a un testigo de excepción. Accedía a testificar con la plena aprobación de sus superiores del Vaticano, testimonio en sí de la seriedad con que se consideraba ese juicio en la Santa Sede.

—Padre Merlo, usted es un exorcista de la Iglesia Católica, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto.

—¿Y qué significa ser un exorcista, «exorcizar»?

—Significa obligar al demonio y a los espíritus a una estricta obediencia de la voluntad de Dios por medio de ciertas palabras, frases y ceremonias rituales.

—Cuando una persona oye hablar de los ritos del exorcismo, de que se ha realizado un exorcismo, tiende a pensar que hay siempre involucrado un sacerdote católico romano. ¿Es el exorcismo un fenómeno reservado tan sólo a los católicos y a su Iglesia?

—No. El exorcismo, y la actividad del exorcista, ha existido probablemente desde que el hombre tuvo conciencia por vez primera de la existencia de espíritus malignos. Hubo exorcistas en la Grecia clásica y se les menciona tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, por ejemplo en los Hechos de los Apóstoles, 19. Salomón fue un exorcista. Hoy en día todas las religiones mayoritarias practican exorcismos de alguna u otra forma.

—¿En cuántos exorcismos ha participado usted, padre Merlo?

—En más de un centenar.

—¿Todos esos casos involucraban posesión o infestación demoníaca?

—Sí.

—¿Podría explicarnos, por favor, lo que se entiende por «posesión demoníaca»?

Merlo explicó con detenimiento las circunstancias por las cuales los espíritus demoníacos eran autorizados y, en muchos casos, obligados a infestar seres humanos.

—¿Existe un caso «típico» de posesión?

—Siempre que un demonio ha establecido su dominio sobre un alma humana, su presencia se anuncia mediante molestias físicas en el entorno del individuo poseído. Esas molestias incluyen olores, ruidos, actividad destructiva, sucesos inexplicables y aterradores que simbolizan la presencia del mal. Los animales se comportan de un modo extraño en proximidad del poseído y acaban por alejarse de él. Casas enteras han quedado reducidas a escombros por las acciones del poseedor. Pueden producirse terribles deformaciones corporales, pero no siempre. Sin embargo, hay una expresión de depravación, un maníaco fulgor en los ojos que no es fácil de olvidar después de verlo. El poseído puede, y lo hace, desarrollar una fuerza desmesurada. Una vez iniciados los ritos del exorcismo, algunos o la totalidad de estos fenómenos pueden reproducirse con tal insistencia y violencia que el cuerpo del poseído llega a deformarse hasta quedar casi irreconocible.

—Gracias, padre Merlo. ¿Puede decirnos ahora, por favor, qué observó la primera vez que conoció al acusado, Richard Devon, la mañana del veintitrés de febrero?

Merlo ofreció una descripción que no omitió detalle alguno, por repugnante que fuera. Tuvo buen cuidado de sustituir la palabra «mierda» por «excrementos», pero, por otra parte, no hizo ningún esfuerzo por evitar herir susceptibilidades.

Si bien era el sacerdote quien hablaba, Richard Devon volvía a ser el centro de atención de toda la sala. Se mostraba introspectivo y un tanto triste. No miraba a nadie, aunque no había nada anormal en sus ojos, ningún perverso fulgor rojizo brillaba en sus pupilas. No deliraba, ni ventoseaba, ni vomitaba, ni babeaba. Resultaba imposible relacionarle con los horrores que el padre Merlo recitaba.

Edith no pareció darse cuenta de ello.

—Según su experta opinión, padre Merlo, ¿fueron todos esos fenómenos que usted, el señor Conor Devon y el señor Kurland observaron una indicación de posesión demoníaca?

—Una indicación muy clara, en efecto.

—Ese demonio, ¿se identificó cuando usted le instó a hacerlo?

—Sí. Dijo: «Soy Zarach Bal-Tagh». Ese nombre significa El Hijo de la Noche Infinita en un dialecto de la lengua hitita, que es la lengua indoeuropea más antigua de que se tiene conocimiento. El pueblo hitita constituía una civilización que rivalizaba con Egipto y los reinos más poderosos de Mesopotamia en los siglos catorce y trece antes de Jesucristo. Lo cual demuestra que el conflicto entre hombres y demonios se remonta muy lejos en la historia.

—En su experiencia como exorcista, ¿se ha encontrado alguna vez con este mismo demonio llamado Zarach?

—No. La cifra de espíritus no humanos tiende al infinito. Y no todos poseen un nombre.

—Pero ¿había oído usted hablar de Zarach Bal-Tagh?

Tommie Harkrider se removió, impaciente, en su silla ante la mesa del ministerio fiscal y dijo en voz baja, para que sólo Gary Cleves pudiese oírle:

—¡Vaya camelo! Camelo es una traducción del lenguaje jurídico moderno, y significa «¿No te jode?».

—Sí —respondió el padre Merlo, en respuesta a la pregunta de Edith—. La Iglesia ha sabido de él durante más de diez siglos.

Tommie estaba tan ansioso por interrogar al sacerdote que casi saltó de su silla, como impulsado por un resorte, cuando Edith hubo terminado.

—Padre Merlo, los carceleros que escoltaron al acusado a la habitación del sótano del Palacio de Justicia, ¿permanecieron en la habitación el tiempo suficiente como para presenciar cualquiera de los fenómenos que nos ha descrito?

—No, señor, se quedaron fuera, esperando.

—¿Sabe a qué distancia de la puerta? ¿Se alejaron por el pasillo para fumar?

—Creo que se quedaron junto a la puerta.

—Y cuando usted habló a ese... Zarach, ¿en qué tono de voz lo hizo? ¿En un tono normal, coloquial?

—No, le hablé con mayor firmeza.

—¿Y más alto? ¿MÁS ALTO DE COMO LE HABLO AHORA?

—Un poco más alto, quizá.

—¿Tendría la amabilidad de hablarnos en el mismo tono de voz que utilizó para hablar con Zarach? ¿Le importaría repetir con exactitud lo que le dijo?

—Lo lamento, pero no puedo hacer eso.

—¿Quiere usted decir que sólo se acuerda de lo que él le dijo?

—Lo que quiero decir es que las palabras que pronuncié entonces forman parte de un ritual religioso, y que la reglamentación de mi departamento no me autoriza a repetirlas sin observar todos los formalismos del ritual. Podría ser peligroso.

—Como usted quiera, padre Merlo. Ahora dígame, ¿recibió usted una respuesta por parte del señor Zarach...?

—Protesto, señoría. Considero esta referencia sarcástica e innecesaria.

—Se acepta la protesta. Señor Harkrider...

—Está bien, señoría. Le llamaremos, o lo llamaremos, si se me permite la presunción de asumir que los espíritus no humanos no son clasificables por el género, Zarach. La pregunta, padre Merlo, es la siguiente: ¿respondió Zarach a su petición de que se identificara pronto, o tuvo que provocarlo para obtener esa información?

Merlo sonrió.

—Tuve que provocarlo.

—¿Discutió con usted, lo insultó?

—Sí, en efecto.

—¿Hemos de suponer que la situación se hizo cada vez más tensa y usted no tuvo más remedio que endurecer su postura, hasta el punto de gritarle?

—No llegué a gritar.

—Y cuando Zarach le respondió, ¿en qué tono de voz lo hizo? —Tommie redujo su propia voz a un susurro—. ¿Tal vez así?

—Mucho más fuerte.

—BIEN, ENTONCES, ¿VOCIFERÓ ASÍ, COMO SI USTED PUDIERA OÍRLE DESDE LA OTRA PUNTA DEL CÉSPED DE CHADBURY?

—Algo así.

Tommie bajó su tono de voz a un nivel más razonable.

—Y en el transcurso de esa discusión, estaban ocurriendo muchas cosas al mismo tiempo. La habitación debía de apestar de un modo terrible. Usted nos ha dicho que el suelo aparecía sembrado de excrementos. Espero definirlos con la suficiente delicadeza, pero supongo que todos saben a qué me refiero. ¿Diría usted que se vio entonces implicado en una lucha febril, en una confrontación de su voluntad con la de Zarach?

—Sí.

—¿Y... ganó usted?

—Logré controlar la manifestación.

—¿Mediante el poder de su ritual?

—Sí.

—¿Consiguió usted, de hecho, exorcizar el demonio de Zarach del cuerpo de Richard Devon?

—No hice intento alguno en este sentido.

—¿Qué? —exclamó Tommie, sorprendido.

Se volvió y miró perplejo al acusado antes de devolver gradualmente su atención al sacerdote.

—Padre Merlo, ¿quiere usted decir que cuando terminó su..., su épico encuentro en esa habitación del sótano, se abrió la puerta y entraron los guardias para llevarse al preso a su celda, Richard Devon —Tommie convirtió su voz en un teatral susurro— todavía tenía el demonio en su interior?

—Ni un solo aspecto de la posesión había sido alterado.

—¿Cómo? ¡Esos pobres guardias debieron de huir aterrorizados al echar un primer vistazo! ¡Gritando, horrorizados por el hedor de mal y corrupción, por la repulsiva desfiguración del cuerpo del señor Devon! ¿Es eso lo que ocurrió?

—No, señor. Para cuando ellos entraron, toda la materia fecal y otras sustancias orgánicas producidas durante la manifestación se habían desmaterializado.

—¿Quiere usted decir que habían desaparecido en el aire?

—Desaparecido es una palabra apropiada. Es un caso bastante común. Como he dicho antes, el señor Devon estaba tendido, inconsciente, en el suelo, sin la camisa de fuerza. Las distorsiones físicas, sobre todo las de sus rasgos faciales, desaparecieron

sin dejar rastro.

—¿Está usted insinuando, padre Merlo, que todo cuanto ocurrió en esa habitación pasó desapercibido a los oídos de los guardias, pese a que se encontraban al otro lado de la puerta durante toda esa manifestación de bramidos y chillidos? ¿Que toda esa serie de acontecimientos se presentó tan sólo en beneficio de los iniciados en los misterios de la «posesión demoníaca», o, en otras palabras, de los verdaderos creyentes?

Merlo respondió, malhumorado:

—Dudo mucho que usted hubiese podido contar al señor Kurland entre los verdaderos creyentes durante esa sesión, pero puede preguntárselo.

—Yo no tengo nada que preguntar al señor Kurland. —Harkrider se volvió hacia el estrado—. Señoría, si usted da su permiso, quisiera que el acusado se levantara y se quedara en pie unos instantes en su sitio, para que todos pudiéramos verle mejor.

Knox Winford consideró la petición y miró a Edith, quien no dijo nada.

—Que se levante el acusado, por favor.

Lindsay Potter tuvo que hablar a Richard antes de que éste se moviera y, no sin oponer cierta resistencia, se incorporó. Uno de sus cestos de papel (había confeccionado varios hasta entonces) cayó de la mesa a sus pies. Hizo ademán de recogerlo, pero en lugar de ello se enderezó, con las manos a ambos lados del cuerpo, evitando cualquier contacto visual con nadie y adoptando una postura defensiva.

—Gracias, señoría.

Tommie volvió a aproximarse al testigo.

—Padre Merlo, si usted fue incapaz de exorcizar a Zarach del cuerpo de Richard Devon ese día en cuestión, hace casi cuatro meses, ¿qué cree que ha sido de Zarach? ¿Se marchó voluntariamente?

—No. Una vez que un espíritu no humano ha tomado posesión de un ser humano, ya no le dejará hasta que, mediante la intervención y autoridad de un exorcista, sea obligado a hacerlo.

—Entonces, ¿quiere decir que el acusado, el mismo Richard Devon aquí presente, sigue poseído por ese espíritu demoníaco?

—Eso creo, en efecto.

—En su vasta experiencia como exorcista, ¿ha presenciado algún caso en el cual el demonio poseedor, una vez establecido su dominio sobre el poseído, se haya cansado de todo y haya optado por marcharse sin decir una palabra o mostrar una señal a nadie?

—No, no he visto ninguno.

—Pero, dígame una cosa, padre. ¿Dónde están esos sucesos repugnantes y aterradores que se supone habríamos de presenciar? ¿Dónde están esos rasgos faciales deformados y bestiales, ese inhumano fulgor de odio en sus ojos? Yo no veo nada de eso cuando observo al acusado. ¿Y usted? Creo que se ha comportado con decoro durante todo el juicio. ¿Dónde hay algún vestigio de ese espantoso demonio

en cuya presencia todos deberíamos echarnos a temblar de miedo?

Merlo había aguardado esta pregunta desde el mismo momento de subir al estrado. Sonrió comprensivamente y respondió:

—Los fenómenos que usted acaba de describir no son constantes en casos de posesión demoníaca.

Tommie Harkrider agitó una mano en dirección hacia Rich.

—Padre Merlo, si, como ya hemos establecido con esmero, existen fenómenos, o llamémoslos leyes, observables inherentes a la condición conocida como posesión demoníaca, ¿no se aplican esas leyes al caso de Richard Devon?

—Debe tener en cuenta que Zarach no es un...

—Por favor, límitese a responder a la pregunta: sí o no.

—Sí. Las leyes se aplican.

—Entonces, ¿dónde está Zarach?

Los ojos del sacerdote se desenfocaron, y pestañeó un poco como ante una visión abominable: una bramante cloaca desviada hacia la sala del tribunal pero escapando de la superficie de sus dimensiones. En su amplia frente, una vena marrón surgió y palpitó en una de sus sienes. Seguidamente Merlo flexionó sus largos dedos para restablecer el control sobre sí mismo. Miró por encima de las cabezas de los espectadores y se quedó inmóvil.

—Puedo garantizarle que está aquí —dijo Merlo a regañadientes.

—¿Allí?

Esta vez, Tommie señaló al desventurado acusado con el dedo.

—En la sala —precisó Merlo.

Tommie describió poco a poco un círculo delante del estrado de los testigos, mirando arriba y abajo con la boca abierta, presa de estupor.

—Pero ¿dónde? ¿Está allí arriba, al lado del juez Winford? ¿Se esconde detrás de la bandera de los Estados Unidos? ¿Se arrastra como un escarabajo por el alféizar de esa ventana? Quisiera que me ayudara a comprender todo esto, padre Merlo. ¿Cómo sabe con tanta certeza que Zarach está hoy con nosotros?

—Mediante la facultad del discernimiento.

—Una facultad de la que el resto de los presentes, por desgracia, carecemos.

—Tal vez no todos.

Tommie sacudió la cabeza con cansancio y se dirigió hacia el acusado. A medio camino pareció cambiar de opinión acerca de algo. Indicó al acusado con un gesto que volviera a ocupar su asiento, y se acercó a la tribuna del jurado.

—Sólo le pido una simple señal —dijo—. Cualquier indicación que todos los mortales aquí presentes podamos percibir para damos cuenta de que los..., las leyes de la posesión están actuando en esta sala. ¿Es pedir demasiado? —El representante del ministerio fiscal levantó ambas manos en signo de desesperación—. Hay una pregunta a la cual todos exigimos una respuesta —dijo, como si acabara de atribuirse el cargo de miembro del jurado número trece—. Pero se trata de una pregunta que no

tiene respuesta, que en realidad no puede ser respondida. Porque, padre Merlo, ¡yo digo que no existe, y nunca ha existido, una criatura conocida como Zarach Bal-Tagh!

—¡Protesto, señoría! —se quejó Edith—. No hemos alcanzado aún la recapitulación.

—Se acepta la protesta. Señor Harkrider, ¿desea formular alguna pregunta más al testigo?

—Ninguna, señoría. Gracias.

Tommie estaba decidido a no dejar que el siguiente testigo de la defensa prestara juramento. Tan pronto como fue pronunciado su nombre, el fiscal se levantó y solicitó una reunión de las partes con el juez junto al estrado lateral.

—Su señoría, no acierto a ver qué relación tiene Sigrid Torgeson con el caso que nos ocupa. Ni siquiera se hallaba en este país cuando se cometió el crimen, y jamás llegó a entablar conocimiento con el acusado.

—La experiencia de la señorita Torgeson como víctima de posesión demoníaca viene perfectamente documentada —replicó Edith—. Requerimos su testimonio como validación accesoria del fenómeno de posesión demoníaca.

—¡La cuestión que nos interesa resolver es si Richard Devon estaba poseído por el demonio cuando cometió el crimen! Nada de lo que aporte la señorita Torgeson podrá contribuir a aclarar esa cuestión, señoría. ¿Y a cuántas supuestas víctimas de posesión tendremos que escuchar mientras la defensa persista en su actitud de posponer la llamada de su testigo clave al estrado? La señorita Torgeson puede estar sensacional en el telediario de las siete, pero lo único que nos interesa ahora es el testimonio de Richard Devon. Señoría, solicito un fallo al respecto.

Eran ya más de las cuatro de la tarde, y Winford dijo:

—Como se está haciendo tarde, creo que será mejor aplazar la vista hasta mañana por la mañana, cuando podremos disponer de un fallo sobre el testimonio de Sigrid Torgeson. Señor Harkrider, le autorizo a presentar su moción de desestimación de esta testigo.

Edith había seguido ayunando y meditando, y no dormía más de cuatro horas por noche, pero eso no parecía afectarle demasiado. La presencia de Sigrid, aunque por poco tiempo, además del informe completo que le había traído sobre el estado de Philip —que no había empeorado de forma apreciable—, le proporcionaban fuerzas.

Si bien no tomaba más que zumos de frutas y verduras, Edith no vio objeción alguna en acompañar a sus amigos a cenar.

—¿Cree que la autorizarán a testificar? —preguntó Conor mientras cortaba un filete poco hecho.

Sigrid, que tampoco consumía carne, estaba eligiendo una ensalada y atrayendo tanta atención en el restaurante como una estrella cinematográfica.

—Me temo que no existe ninguna probabilidad. Tommie acertó al presentar su moción; yo habría hecho lo mismo en su lugar.

—Al parecer ha realizado un largo viaje en vano —dijo Conor, observando a Sigrid mientras se acercaba a la mesa con su ensalada.

—En absoluto. La necesitaba aquí y ahora.

Edith sonrió a la muchacha mientras ésta ocupaba su silla.

—¿A qué otros testigos podrías llamar? —preguntó Sigrid.

—A Maggie Renquist, a Lindsay Potter... Tal vez a Benny Childs, para testificar el súbito interés de Rich por la demonología pocas horas antes de la perpetración del crimen. Ninguno de estos testimonios supondrá una gran ayuda, pero nos permitirán aprovechar el tiempo; un día y medio, quizá dos.

—¿Qué es lo que espera? —preguntó Conor, mientras contemplaba un trozo de filete ensartado en la punta de su tenedor.

Sigrid lo miró también, con una expresión de desaprobación. Conor dejó el tenedor en el plato; no tenía tanto apetito como había creído en un principio.

—Está esperando a que otro miembro del jurado caiga —respondió Sigrid, desviando la mirada hacia Edith.

—No entiendo.

—Zarach ha sometido a dos miembros del jurado a un ataque psicológico, y seguirán otros —explicó Edith—. Pero uno más bastará para beneficiar nuestros intereses.

—¿Qué intereses? ¿Adonde quiere ir a parar?

—Se necesitan tres miembros del jurado para completar la tétrada —explicó Sigrid.

—¿Qué es eso?

—La tétrada es la Trinidad, más uno para hacer cuatro, ya que se requiere la unidad a fin de explicar la doctrina de la Trinidad, que es tres personas en Dios.

—Ya sé lo que significa la Trinidad, pero...

—Cuatro constituye también el número perfecto; es la fuente de todas las combinaciones numéricas. En casi todas las lenguas antiguas el nombre de Dios tenía cuatro letras. Según el saber de los cabalistas, la personificación del mal era el nombre de Dios escrito al revés, lo cual significa que el mal no es sino la sombra o el reflejo del bien. El bien perdería su significación de no existir un opuesto en la naturaleza. ¿Aún sigue confundido?

—No sé qué tiene que ver la tétrada con el hecho de que Rich sea culpable o inocente.

—La tétrada —dijo Edith— puede ser la única forma de que se revele su grado de culpabilidad. Pero para que prevalezca la pureza de la luz de la tétrada, antes debe mostrarse la sombra. Me pregunto cuántos de nosotros estamos preparados para sobrevivir a esa experiencia.

—¿Por qué no le llama al estrado, Edith? —preguntó Conor, tras un prolongado silencio.

—Entonces el juicio no habría servido para nada. Y la voluntad de Zarach presidiría su alma... para siempre.

Esa noche, Conor llamó a Gina por teléfono.

—Rich tendrá que testificar. Es nuestra última esperanza para convencer al jurado.

—¿Cuándo lo hará?

—Tal vez pasado mañana.

—Allí estaré —dijo ella.

—Gina, yo..., no sé. Quizá no sea una buena idea. Tengo miedo...

—¿Miedo de qué? Conor, ahora nos necesita más que nunca. Necesita todo nuestro apoyo y nuestras plegarias. Allí estaré.

—Martin —dijo Tommie Harkrider a su cliente Martin Vale tras verle despachar su cuarta tónica con vodka en sólo tres minutos—, voy a dejar de lado mi prudencia habitual y efectuaré una predicción sobre el desenlace del juicio, lo cual constituye un precedente en mi carrera. Lo cierto es que no acierto a ver cómo podemos perder.

—¿Cuánto tiempo cumplirá de condena? —murmuró Martin Vale—. ¿Cuántos años le caerán en compensación por los años de vida que todavía esperaban a mi hija? ¿Le importaría efectuar una predicción al respecto, también?

Tommie se estiró y puso una mano sobre el hombro de su cliente.

—No lo sé. Pero le doy mi palabra de que pediremos el máximo.

—El tiempo de condena no importa; siempre será insuficiente.

—Martin, como amigo suyo que me considero, yo le aconsejaría que tanto usted como Louise se mantuvieran al margen durante lo que queda de juicio. Lo veo en la sala, día tras día, y sé de la forma que esta situación le está devorando.

Martin Vale frunció la barbilla. Las lágrimas afloraban en sus ojos.

—Me está devorando —admitió.

Limpió una lágrima que recorría la montura de sus gafas. Tommie intensificó un poco la presión de su mano sobre el hombro de Martin. Pasaban algunos minutos de la medianoche. Estaban sentados en el porche de la lujosa residencia de verano que los Vale habían alquilado durante la celebración del juicio. En el techo, ventiladores con aspas de madera barnizada refrescaban el aire. Las mariposas nocturnas se posaban sobre la tela metálica de la puerta, hipnotizadas por la luz de la distante lámpara.

—¿Por qué no se retira al piso de arriba y trata de dormir un poco? —sugirió Tommie—. Yo me marcho ahora mismo.

Pero mucho después de irse el viejo abogado, Martin Vale seguía en el porche, sentado en una butaca de mimbre, sumido en oscuros pensamientos mientras se servía un poco de vodka de la botella que había abierto escasas horas antes.

Había criaturas en las sombras, cantores nocturnos. El reflejo de la luna, semejante a un helécho, flotaba sobre la superficie de un lago próximo. Las mariposas congregadas en la tela metálica se habían dispuesto formando una imagen que al principio le pareció tan vaga y sombría como la faz de Cristo en el lienzo de Turín. El último trago de vodka contribuyó a clarificar lo que veían sus ojos. Era el rostro de Karyn, pálido pero bien definido. La luna brillaba a través de su silenciosa imagen salvo en las dos oscuras elipses de los ojos, fijos en el corazón de Martin. Aquellos ojos lo juzgaban. Como padre y como hombre.

El pequeño revólver Smith and Wesson que Martin Vale sostenía en la mano derecha pesaba tan sólo cuatrocientos treinta gramos. Cargado con los cinco cartuchos de calibre 38 especial que sujetaba en la mano izquierda, pesaría algo más.

Cargó el arma y apagó la luz. La imagen de Karyn en la tela metálica se desvaneció gradualmente a una distancia soportable de su mente. Se quedó dormido en el porche, con el revólver en la mano.

Tal como había prometido, Edith trató de perder tiempo. Sigrid se hallaba de camino hacia Heraclio, y hasta que no hubiera llegado allí, Edith sabía que no debía llamar a Rich al estrado.

Tommie perdió los nervios dos veces mientras Edith interrogaba a Benny Childs sobre los temas de teología que al parecer habían suscitado el interés del acusado antes del asesinato. Tommie forzó una nueva discusión con Winford y Edith.

—Todo cuanto deseo saber, y un simple sí o no me bastará, es: ¿tiene usted intención de llamar a Richard Devon a testimoniar? —Al ver que Edith no le respondía, apeló al juez—: Señoría, no logro comprender por qué la información obtenida de la memoria del señor Childs tenía que costar tres horas de nuestro tiempo.

Tommie no consiguió imponer su alegato y se vio obligado a asistir a otros cuarenta y cinco minutos de minucioso interrogatorio del testigo presentado por Edith antes de que su rival le cediera a Benny Childs. Para entonces, ya eran las cuatro treinta y cinco de la tarde, y se respiraba una atmósfera de sopor en la sala.

—¡No hay preguntas! —dijo Tommie con brusquedad.

La sesión fue aplazada hasta el día siguiente.

Al mediodía del día siguiente, en la isla de Heraclio, cerca de doscientas personas, Sigrid entre ellas, se congregaban en la plaza en torno al reloj de sol de bronce. En este momento del día en que no había el menor indicio de sombra en la cara del reloj, los miembros de la sociedad se dieron la mano e iniciaron las plegarias que se prolongarían hasta que el contorno del sol poniente se ocultase en el horizonte, nueve horas después.

Eran las ocho de la mañana en Chadbury, Vermont.

A las diez y seis minutos Edith Leighton anunció al tribunal:

—La defensa llama a Richard Devon al estrado.

La soporífera pesadez de la jornada anterior había dado paso a una tensión casi mórbida. Edith reaccionó a esta carga negativa escudándose detrás de una luz blanca psíquica. Emprendió su concienzudo escrutinio de Rich en el mismo instante en que los alguaciles lo escoltaron al interior de la sala por una puerta lateral. El acusado parecía, más que nunca, abrumado por las cadenas de la culpa cuando se dejó caer en su silla en el extremo de la mesa de la defensa. Los movimientos de sus manos eran torpes; sus facciones aparecían demacradas alrededor de la boca, su rostro adormecido y pálido como la cera, a pesar del fulgor del sol que se filtraba a través de las ventanas. Edith se mostraba tan absorta como delante de una inmensa obra de arte que era a la vez una alegoría y un enigma. Podía haber estudiado con idéntica expresión un tapiz medieval que requiriera ahondar, penetrar entre espesos tejidos y lagunas de significado para vislumbrar una evasiva imagen de Dios o de Su justo castigo. Sin embargo, no advirtió indicio alguno en Rich de la personalidad que iba a ocupar el estrado: el atormentado muchacho o el consumado embaucador del infierno.

Edith había hecho lo que debía, y no consideraría el riesgo del fracaso.

Sentada al lado de su marido, en la segunda fila de la sala, Gina Devon estiró el cuello para ver mejor a Rich en los momentos de silencio previos al instante en que se levantaría de su silla para encaminarse hacia el estrado. Gina tuvo que desviar la mirada ante la inminente necesidad de echarse a llorar. Se apretó contra Conor.

—¿Qué es lo que lleva en la mano? —preguntó el juez Winford desde su tarima, antes de que el acusado alcanzara el estrado de los testigos.

Rich se detuvo como si fuera a tropezar y alzó la vista, confundido, hacia el juez.

—Yo no... ¿Me ha dicho...?

—Le he dicho que lleva algo en su mano derecha. ¿Le importaría decirnos lo que es?

Rich levantó la mano. De ella colgaba una cadena de cestitos de papel amarillo, doce en total.

—Esto son... —la voz de Rich era un susurro—... cestos que he estado haciendo.

Casi no se le oía desde la tribuna del jurado, a unos tres metros de distancia. A sus espaldas, en los bancos de los espectadores, no se le oía en absoluto. Su falta de volumen provocó un murmullo.

Edith se levantó de su asiento, fue hasta donde Rich se encontraba y le dijo:

—¿Por qué no me los das? No los necesitarás mientras testifiques.

Rich asintió y le entregó los cestos. Edith escrutó sus ojos durante unos instantes. Sintió el peso de aquellos pensamientos a pesar de su escudo psíquico: la atracción de

dos puntos diminutos, casi microscópicos, de luz roja.

«Tómalos».

—Guárdalos; los he hecho para ti —dijo Rich.

Sonrió, y los dos quedaron unidos por una especie de arco siniestro, más brillante que el sol que lucía en el exterior. Pero de todos los presentes en la sala, sólo el padre James Merlo se apercibió de ello.

Edith miró en el interior de uno de los cestitos trenzados. Parecía contener, en miniatura, la figura retorcida del miembro del jurado llamado Ivan Mandelko. Estaba desnudo y cruelmente torturado. Le habían sacado los ojos; sus cuencas humeaban como si acabaran de retirarle sendos hierros al rojo vivo. En algunos sitios, la piel y la carne colgaba en tiras y pingajos de los huesos. Sus genitales habían quedado reducidos a cenizas por los mismos hierros incandescentes.

La abogado logró sofocar un grito. Alzó la vista y buscó los ojos de Ivan Mandelko entre los rostros del jurado. Estaba hidrópico por efecto de un *shock*. No podía establecer contacto con él.

Edith notó un peso suplementario en los cestos que sostenía en la mano, y comprendió qué vería si se atrevía a mirar en el interior de alguno más. No lo hizo. Llevó los cestos a la mesa de la defensa y colocó un pesado tratado de leyes encima. Luego regresó despacio hacia el estrado de los testigos, una distancia de pocos metros que suponía una vía de infinita dificultad para aproximarse a la furia roja que fluía de las pupilas del acusado, un ataque a su propia luz, a su fuerza de voluntad.

Y, tan pronto como había empezado, el ataque terminó. El poseedor, consciente de su superioridad en el juego, le devolvió a Rich como un triunfo con la esquina doblada y puso una cierta distancia respecto al proceso. Rich se sentó retorciéndose las manos, con la cabeza gacha. Replicó al juramento con un murmullo, y hubo que repetirle con insistencia que se acercara más al micrófono.

Había llegado el turno de Edith.

—Señor Devon, ¿podría decirnos cuándo conoció a Polly Windross?

Silencio. Rich se llevó una mano a la garganta y carraspeó con brusquedad. Edith se preguntó con pesimismo si Zarach le permitiría decir algo.

—Señor Devon, ¿está usted bien? —preguntó el juez Winford desde el estrado.

Rich seguía acariciándose la garganta. Asintió con un leve gesto.

—Permítame que le repita la pregunta —dijo Edith con calma—. ¿Cuándo conoció a Polly Windross?

—Fue... en agosto, hace... un año.

—¿Tiene usted dificultad para hablar, señor Devon?

—Sí.

—Yo estoy aquí para ayudarle. Y eso es lo que haré. Pero, como le advertí al principio, también usted debe ayudarse.

Tornmie Harkrider dio un manotazo sobre la mesa del ministerio fiscal.

—¡Protesto, señoría! ¿Qué significa todo esto? ¿Puede o no puede testificar el

testigo?

—Yo... puedo testificar —dijo Rich, y sacudió la cabeza como para desalojar un obstáculo de su garganta.

Fuera lo que fuese, lo tragó y permaneció inmóvil unos instantes.

—¿Estaba Karyn Vale con usted cuando conoció a Polly Windross el año pasado?

—Sí, ella... estaba.

—Tómese tiempo para responder —le aconsejó Edith—. Disponemos de todo el tiempo que necesite, Richard.

Con exasperante lentitud, guiado por las preguntas de la abogada, Rich explicó la relación que había mantenido con Polly. Edith le hizo avanzar en el tiempo hasta el mes de enero, entonces, centró su atención en el mensaje grabado en su contestador automático. La cinta fue presentada como prueba, y los miembros del jurado oyeron la voz de Polly Windross.

Me dijiste que te llamase siempre que necesitara...

... me están haciendo daño...

... si nadie los detiene...

... Tú eres el único...

... que puede ayudarme...

... Ven, por favor...

Al oír las primeras palabras de la niña, la expresión de Rich sufrió una rápida variedad de matices, cambios que se sucedían uno tras otro como bolas multicolores en las manos indolentes de un malabarista: ansiedad, miedo, rabia, piedad, aflicción. Cuando se hubo sosegado, escuchó, la respiración contenida, con la cabeza gacha y un semblante que se oscurecía por momentos como si se ahogara. Sólo el término de la grabación lo liberó de ese suplicio.

—Señor Devon —dijo Edith—, ¿tiene alguna duda de que la voz que acaba de oír es la voz de Polly Windross?

—No. Ésa es..., era, Polly.

—Cuando llegó con Karyn al Hotel Post Road la noche del dieciocho de enero, ¿logró ponerse en contacto con Polly?

—Yo... la toqué..., de modo que... era real.

Empezó a asentir, con el entrecejo fruncido, mientras se esforzaba por concentrarse en el confuso asunto de Polly hasta que Edith se apresuró a decir:

—¿Ha entendido mi pregunta? ¿Puede...?

—Qué es real, y qué no es real. Ésa es la cuestión crucial, ¿no es verdad? Lo triste está en que lo que es real en un momento ya no es real en el momento siguiente. Depende del grado de percepción. Interviene el factor de sincronización, y..., y... la luz tiene que ser la justa, entre otras cosas...

—Richard...

—¡Está bien! Respondiendo a su pregunta, Polly... era... real, tan cierto como que estoy hablando con usted.

Alzó los ojos hacia su abogado, en espera de que reconociera su sinceridad.

Edith le sonrió de un modo alentador.

—Muy bien, Richard. Ahora, volvamos atrás. ¿Podría decirnos qué ocurrió cuando, a su llegada, preguntó por Polly?

Edith se esperaba casi cualquier cosa, pero, tras reflexionar unos instantes, Rich respondió a la pregunta de forma directa, sin un asomo de elipsis ni de perturbación mental. A instancias de Edith, con voz más fuerte, más seguro de su memoria, Rich explicó todas las dificultades que había encontrado para averiguar el paradero de la chica. Contó su escalada hasta el tejado helado, su conmoción al descubrir que Polly había sufrido malos tratos. Más tarde sobrevino la conmoción más profunda de todas: cuando regresó al edificio con la policía no había ni rastro de ella en la habitación 331.

Después de esta revelación, el humor de Rich remitió, su voz perdió volumen y se dejó vencer por el desánimo. Eran las doce y media, se había pasado dos horas agotadoras en el estrado y todavía le aguardaban algunas más. El juez Winford decretó un descanso para comer. El acusado fue sacado de la sala. Se tomó dos tazas de café pero no comió nada, y echó una cabezada en su celda, respirando por la boca con el rostro constantemente iluminado por el resplandor de sus sueños.

La vista se reanudó a la una y media. A las tres, el jurado ya conocía todos los angustiosos detalles de la cena en la residencia de los Courdewaye, en Ripington Four Corners, y el rito de posesión que siguió. Para entonces, Rich ya hacía denodados esfuerzos por continuar hablando en un hilo de voz. Conor, sudando de piedad hasta empapar la camisa que llevaba, se mordía los labios con frenesí.

Antes de formular sus últimas preguntas, Edith se volvió para echar un vistazo al reloj de la sala del tribunal. Entonces supo que el sol empezaba a ponerse en Heraclio, a cinco mil ochocientos kilómetros de distancia, frente a las costas de África. Las plegarias de los miembros de la sociedad persistían en torno al reloj de sol.

No obstante, experimentó la necesidad de apresurarse, de concluir.

—¿Recuerda cuándo abandonó la residencia de los Courdewaye y regresó en su coche al Refugio Davos?

Rich se debilitaba cada vez más, con la mirada perdida.

—No, no lo recuerdo.

—¿Recuerda haber cogido una barra de hierro del maletero del coche y haber ido en busca de Karyn?

Él respondió de manera ininteligible, pero negó con la cabeza.

—¿Y recuerda haberle golpeado con la barra de hierro?

—¡No fui yo! ¡Ya sé que todo el mundo dice que yo la maté, pero no fui yo!

Edith no hizo más preguntas. Rich se desplomó sobre el estrado de los testigos,

con la cabeza entre las manos, gimiendo de forma casi inaudible. La abogada volvió a consultar el reloj de la sala. Eran las tres y veinte. Tommie Harkrider se había levantado con la intención de iniciar su interrogatorio.

Edith no vaciló al decir:

—Señoría, no creo que el testigo sea capaz de contestar muchas más preguntas en el día de hoy. Sugiero que se aplaze la vista hasta mañana, cuando...

—¡Oh, ahora espere un momento! —protestó Tommie.

—Se está haciendo tarde, señor Harkrider —le recordó el juez Winford.

—No es tan tarde, señoría. No pretendo extenderme mucho. De hecho, puedo garantizar... —Tommie también se volvió para consultar el reloj—, que a las cuatro y cuarto, como muy tarde, ya habremos concluido.

Winford consideró la propuesta y miró a la barra de los testigos.

—Señor Devon —dijo—, la decisión depende de usted. Si no se encuentra bien para continuar, aplazaremos la vista.

Edith aguardó, contemplando la cabeza inclinada de Rich con emoción contenida. Luego, el acusado levantó la cabeza con lentitud y la miró, y Edith tragó un grumo de bilis al ver en sus ojos el rojo del crepúsculo, la caída de la Noche Infinita.

—Continuaré —dijo el reo con una sonrisa maliciosa—. ¿Puedo tomar un vaso de agua, por favor?

Le trajeron un vaso de agua. Bebió despacio. Transcurrió más tiempo. Tommie deambulaba por la sala. Edith palpó el pequeño reloj de sol suspendido de su cuello y escrutó a los miembros del jurado, prestando una atención especial a la presidenta, Mary Adelaide Hotchkiss, al inmigrado Mandelko y al señor Aughtman, el vendedor de automóviles de las horribles pajaritas.

—Señor Devon —dijo Tommie—, le hemos oído describir al espíritu maligno que tan ostensiblemente le ha poseído en forma de una niña con calcetines blancos; de una especie de criatura prehistórica alada, tan grande como un Cessna 150; y también como un espíritu no humano que responde al nombre de Zarach Bal-Tagh y del cual no nos ha contado gran cosa. Dado que ha estado usted en íntima asociación con ese espíritu durante los últimos meses, debe de tener una idea bastante fidedigna de su aspecto. ¿Le importaría describirnoslo?

—Se parece a mí —respondió Rich.

—¿De veras?

—O a usted. O... —escrutó las filas de espectadores— a Gina. O a cualquier persona a quien decida parecerse. O bien a nada y a nadie.

—¿Está usted tratando de decir que carece de un rostro propio?

—Yo no he afirmado tal cosa.

—Permítame advertirle, señor, que no aprecio sus bromas, y estoy seguro de que hablo en nombre de todos los presentes en este tribunal cuando digo...

—¡Protesto, señoría!

—Señor Harkrider...

—Oh, de acuerdo —dijo Tommie, irritado—. Dígame, señor Devon, ese Zarach, que usted afirma lo posee y controla todos sus actos y pensamientos, que presumiblemente le ha forzado a responder como ha respondido, ¿le habla?

—¿Habla?

—Le habla, sí, conversa con usted. ¿Le dice lo que quiere de usted en un momento dado?

—No. No tiene por qué hacerlo.

—Bien, entonces, ¿en qué consiste ese mecanismo de control? ¿Es acaso una especie de proceso mental? ¿Telepatía? No entiendo nada de nada. ¿Podría usted aclarar mis dudas?

—Yo soy él y él es yo.

—¿Se supone que implica eso una relación simbiótica?

—No.

—De modo que se trata de un desdoblamiento de personalidad, ¿no es cierto? Cuando a usted no le interesa asumir la responsabilidad sobre sus actos, Zarach tiene la culpa.

—Zarach no es susceptible de recibir la culpa, porque el concepto de culpa no existe.

—¿Cree usted que no existe culpa en el asesinato de una muchacha inocente?

—Sólo Richard se siente culpable.

—Sólo Richard... —Tommie se detuvo en seco y miró al acusado—. ¿Acaso no estoy hablando con Richard ahora?

—Sí.

—¿Con quién más estoy hablando?

Silencio.

—El testigo tiene la obligación de responder a la pregunta.

—¡Protesto, señoría!

Tommie prosiguió, como si nadie hubiese hablado:

—¿Es posible que esté interrogando al todopoderoso Zarach, del que tanto hemos oído hablar?

—¡Basta, Tommie! —exclamó Edith.

El acusado volvió la cabeza despacio, con vanagloria, hacia ella.

—Ediiiiith.

Fue un sonido seco, con vagos susurros malévolos como el de la seda antigua al rasgarse en una tumba profanada.

En un intento por recuperar la atención del acusado, Tommie Harkrider se aproximó más al estrado de los testigos y le dijo con voz fuerte e intimidadora:

—Bien, quiero hablar contigo, Zarach. ¡Porque quiero oír la verdad, y sé que no voy a oírla de labios de Richard Devon!

Golpe de martillo.

—Señor Harkrider...

—Edith —dijo el acusado, en un tono de voz gélido como la muerte—, el sol se ha puesto. Ha llegado la hora.

—¡Apártese de él, Tommie!

Hubo una nota de desesperación en esta última advertencia.

Harkrider se volvió con rapidez, ofendido por la interrupción de su colega, y acto seguido situó su cara a escasos centímetros de la del reo. Parecía una bestia que olfateara excitada la sangre que manaba de una herida en la yugular.

—¡Vamos, vamos! —le incitaba, desafiante—. ¡Vamos, hágame, Zarach Bal-Tagh!

Tommie se puso de puntillas, temblando por la intensidad de su lícito desprecio, con ambas manos aferradas a la barandilla del estrado de los testigos. El acusado parecía ausente. Había alzado los ojos hacia el reloj de la sala. Eran las tres cincuenta y uno de la tarde. Un ligero estremecimiento empezó a sacudir su cuerpo.

Y si Tommie Harkrider, o cualquiera de los presentes, hubiera podido mirarle directamente a los ojos en ese momento, habría podido ver el origen de un eclipse tormentoso.

En Heraclio, la plaza estaba ahora desierta, salvo por la presencia de Sigrid Torgeson.

El reloj de sol de bronce resplandecía con los últimos rayos del sol poniente.

Las gaviotas revoloteaban por el cielo chillando con estridencia.

No soplaba viento, pero la fuerza emergente del reloj de sol levantó el cabello rubio de Sigrid hasta dejarle las sienes al descubierto. Su cuerpo, cubierto por una camiseta, fue perfilado por un aura de luz blanca centelleante e intensa.

El reloj de la sala del tribunal de Chadbury se paró.
Edith, preparada para un desenlace terrible, inclinó la cabeza.
La sala estaba sumida en el infierno.

Hacia las tres cincuenta de esa tarde del veintinueve de junio, en Chadbury, Vermont, una plaga de insectos apareció de un cielo despejado y cayó, como vino de color rubí de un tonel transparente, sobre el Palacio de Justicia, el pequeño césped que se extendía delante del edificio y los algarrobos allí plantados. Cubrieron toda la acera, la calle y parte del césped. Parecían un cruce entre tábanos y saltamontes. De una sola oleada, cayeron millones de individuos. Emitían un sonido agudo, estridente, dañino para los oídos. Perros, gatos e incluso pájaros huyeron de las proximidades.

Los insectos parecían preferir arrastrarse a volar. Se arrastraban por todas partes, no con voracidad, sino con un efecto envolvente y sofocante que oscurecía las paredes del Palacio de Justicia, cubría todas las ventanas y enterraba el tejado y la torre del reloj bajo un manto de varios centímetros de grosor. Las agujas del reloj se pararon, invadidas por una masa pegajosa de insectos. El sol, resplandeciendo a través de un mar de alas rosadas, proyectaba un velo sobre la zona. Nadie podía entrar o salir del edificio sin darse un baño literal de insectos. Los bichos rojizos no mordían, pero lo desintegraban todo con facilidad asombrosa, desprendían un hedor nauseabundo y quemaban la piel humana con sus fluidos vitales. Tras algunas experiencias dolorosas, la gente se mantuvo a distancia de la plaga. Pero ya era tarde.

Pronto llegaron al lugar entomólogos y expertos en exterminación de plagas. Los insectos perecían a la primera rociada de productos químicos tóxicos, pero los efluvios de su muerte, arrastrados por la brisa vespertina, amenazaban con convertir la mayor parte de los contornos en zona inhabitable. Y cuando los insectos morían, parecían multiplicarse. Decenas de millones de personas presenciaron a través de las transmisiones televisivas en directo los intentos de exterminación y primeros planos de los desconocidos insectos. Al cabo de una hora, un buen número de autoridades aficionadas y profesionales en fósiles prehistóricos habían determinado que las últimas especies conocidas de esta plaga se remontaban a finales del Jurásico, una época que distaba ciento sesenta millones de años de la actual.

Entretanto, no había sido posible establecer ningún tipo de comunicación con el interior del Palacio de Justicia. Las líneas telefónicas estaban mudas. La situación se hacía preocupante. Los bomberos trataron de abrirse paso hacia las puertas principales con una manguera. A los insectos les encantaba el agua. Reconvergían casi tan pronto como eran barridos por el chorro. Hombres ataviados con uniformes, capuchas y botas blancas avanzaban hacia las puertas, pero quedaban tan cubiertos de insectos que apenas veían adonde iban. Resbalaban y caían sobre una masa de cuerpos aplastados espesa como salsa de arándano.

No pocas personas, que relacionaron el fenómeno de los insectos con el juicio que se desarrollaba en el interior del Palacio de Justicia, se congregaron espontáneamente al atardecer a una manzana de distancia. Todas ellas rogaban por la intervención

divina, pero pronto fueron atacadas por los insectos, de un vivo rojo brillante, y huyeron presas de terror.

Eran las ocho y cuarto. Durante más de cuatro horas nadie había salido, ni un solo ruido había emergido del interior del edificio.

En la sala del tribunal al que Zarach Bal-Tagh había sido citado, el tiempo carecía de todo sentido.

En el preciso instante en que se paró el reloj, la luz del día, oculta en sus matemáticas, se invirtió y giró en espiral hacia el centro del febril eclipse.

La luz cambió con rapidez. En la desorientadora intensidad de un tono bermejo los rostros resplandecían como lingotes rosados. Una perturbación magnética los peinaba, uno por uno, enorme como una marea estelar.

En cada ventana oscilaban unas alas diminutas. La sala se había convertido en un nido, y sus ocupantes constituían el alimento.

El acusado se levantó en el estrado de los testigos y bajó la mirada hacia los espectadores cautivos. Miró al jurado compuesto por aquellos que ya no eran sus semejantes. El fulgor de sus ojos pintaba la sala con sombras magenta.

A todos ellos les concedió clarividencia, y de todos, salvo unos pocos, recibió razón.

Se vieron trasladados al extremo opuesto del universo, el nido suspendido sobre un abismo terrorífico en su inmensidad, ardiente en su oscuridad. Allí, el alma de un hombre no tenía más esperanza de sobrevivir que una gota de agua en un desierto, y todos gritaron telepáticamente embargados por el terror.

El acusado sonrió ante ese tributo a la efectividad de su ejercicio inicial. Luego, su magia se tornó más violenta.

Aquellos que trataban de escapar de sus asientos, y que al hacerlo pisoteaban a los demás sin consideración y se debatían contra puertas y paredes inquebrantables, se encontraron inmovilizados por métodos harto ingeniosos.

Tommie Harkrider sólo había dado dos pasos cuando sintió un dolor penetrante en el tobillo izquierdo. Bajó los ojos y vio que había caído en un cepo formado por las mandíbulas de un cráneo humano. Unos afilados dientes le cortaban la carne hasta el hueso.

En la mesa del ministerio fiscal, Gary Cleves podía mover manos y pies, pero no la cabeza. Su barbado mentón permanecía pegado a la mesa, y tenía la lengua fuera de la boca y clavada con una estaca de madera. Mientras luchaba por liberarse, la estaca crecía como un árbol de la raíz de su lengua, a la vez que su cuerpo se descomponía para alimentarla. Y en las ramas del árbol que se erguía sobre él, unas figuras deformes se agitaban y extendían sus alas.

Delante del acusado, Edith Leighton tenía la cabeza gacha, casi pegada al pecho. Sola en medio de la atmósfera rojiza, del fulgor de color sangre que había convertido los otros rostros en máscaras angustiadas sumidas en sombras, Edith resplandecía como una linterna. La antaño relajada carne de su cuerpo palpitaba ahora con frenesí. Era insensible a los horrores que la acosaban, a la mordaz vanidad del maestro de

ceremonias, su opresor. Los ojos de la abogado estaban entornados, pero asumían una firme profundidad. Su interior era una maraña ardiente de nervios, un rompecabezas de impulsos, un transmisor psíquico.

Louise Vale, la afligida madre de Karyn, se encontró tendida sobre la espalda con las rodillas levantadas y el vientre convertido en una agitada montaña mientras concebía... incesantes camadas de roedores que, nada más ver la luz, empezaban a penetrarle las venas con sus voraces incisivos para nutrirse.

Los ojos del opresor caían sobre todos los presentes uno por uno. Su espeluznante alquimia hervía en el interior de aquella mente secreta.

Algunos resistían el ataque con sorprendente entereza; sus mentes se mostraban sólidas. El padre James Merlo, acostumbrado a toda suerte de horrores, rezaba con insistencia en apoyo de Edith Leighton, rezaba por una involución del torrente negro.

Y todavía no habían visto nada del enorme poder del opresor. Ya no tenían que mirar al rostro de Zarach Bal-Tagh.

Gina Devon, con la mente serena como un estanque helado bajo la amenaza de una luna fugitiva, buscó la fuerza de su marido. Al volverse hacia Conor, constató que se había partido por la mitad a la altura de la cintura para convertirse en dos feroces lobos de ojos amarillentos que trataban de morderse uno a otro.

Lindsay Potter, violada una vez más por el día del juicio final, aceptaba su dolor y se estremecía en orgasmos que herían sus entrañas. Con los nervios desbocados y la carne cayendo de sus huesos como gotas de lluvia oscura, añoraba un amor más poderoso y verdadero.

«¿QUIÉN ME BUSCA?», susurró una voz en sus mentes.

Edith sentía las convulsiones, la lucha por entregarse en los tres miembros del jurado que también ella codiciaba: Mary Adelaide Hotchkiss, Ivan Mandelko y Gerald Aughtman. Percibía la confusión de sus almas desnudas. Luchó contra la intrusión de Zarach Bal-Tagh, quien se arrastraba como la serpiente y la adulaba con un ojo inmóvil. Los rasgos del rostro de Edith resplandecían en los destellos del reloj de sol que colgaba sobre su pecho.

Su propio poder obligó al opresor a tomarse un respiro. Pero entonces, enriquecido por la violencia que se desataba a su alrededor, por un miedo primario y por la sangre, descendió del estrado de los testigos. Y, a cada uno de sus majestuosos pasos, se agrandaba cada vez más.

Tommie Harkrider cayó temblando a los pies del opresor, quien no obstante miraba a Edith. Los ojos de Edith, por su parte, escrutaban la lejanía desde el halo de luz blanca que la protegía.

Él sabía que la mujer no podía, por sí sola, detener su transformación, su tumultuoso desarrollo.

En un bello gesto de desarme, Zarach Bal-Tagh se reveló a sí mismo.

En el idioma en que todos podían entenderle —y expresarse—, lo escucharon. Habló con la seductora lira de su paladar, con el gracioso silbido de su lengua.

Su mirada se equiparaba a su voz. En medio del caos rojizo, de la anarquía de los sentidos, de la autosugestión, relucían los ojos dorados del redentor.

—SOY ZARACH —anunció—. SÓLO YO PUEDO SALVAROS.

—¡Sí, sálvanos! ¡Zarach! ¡Zarach! ¡Sálvanos!

Amenazados, humillados, le pedían una chispa de compasión.

Edith emitió un gruñido, como sumida en un sueño propiciado por la administración de narcóticos.

—¿QUIÉN SOY YO? —preguntó Zarach.

—¡Tú eres el Señor! —le respondieron, olvidando el dolor, obsesionados por su esplendor.

Él asintió, complacido. Con sus dos metros y medio de estatura, ataviado con el plumaje del ave fénix, extendió los brazos para abrazarles.

—¡No! —gritó Edith, en la única lengua que no podían comprender.

Casi nadie la oyó.

—ENTONCES SERÉIS SALVADOS —dijo Zarach—, Y TODOS LOS DE VUESTRA ESTIRPE.

—¡Todos! ¡Todos!

—Y TODOS LOS MORADORES DE LA TIERRA QUE VENGAN A MÍ Y SE ENTREGUEN A MÍ, TAMBIÉN SERÁN MIS HIJOS.

—¡Todos vendremos a ti, Señor! ¡Te seguiremos!

—Él no es un salvador —les advirtió Edith—. Es peor que la muerte. ¡Es la Noche Infinita!

Pero ya habían sufrido demasiado; daban crédito a las mentiras de Zarach. Muchos de ellos se recreaban en su incontestable majestad: las fosas de luz en las sienes, la blancura láctea y la sangre de sus mejillas, la piedad en la palma de su mano extendida. Su fornido cuerpo los atraía como el cielo atrae al pájaro.

Aun cuando seducía a los demás, Edith sentía la fuerza de Zarach crecer como la marea de un mar embravecido, cernirse sobre la luz del reloj de sol que con tanto celo había conservado. La amplitud y negrura de la ola que se aproximaba la caló hasta la médula espinal. En medio de aquella mortaja de sal se abrían unas bocas que aspiraban la luz que emanaba de su pecho... y después sus huesos, debilitados y vacíos.

«Ten coraje», se dijo a sí misma, cegada por la tempestad que estallaba en torno a su cabeza, y fatigada por los aullidos de las casi enloquecidas almas que debía apartar del dominio de Zarach.

Edith levantó las manos a la altura del pecho, con los dedos extendidos hacia fuera. El reloj de sol relucía entre sus manos como un lucero.

Luego concentró la luz en un rayo blanco y volátil. A continuación, relajada, Edith proyectó la refracción de la luz a la tribuna del jurado, hacia las oscurecidas mentes de Hotchkiss, Mandelko y Aughtman.

Al primer intento por conquistar la tétrada, antes de que liberara su poder, la voz cantarina de Zarach Bal-Tagh se interrumpió, y el opresor montó en cólera. Volvió a

hacer acopio de sus facultades mágicas y atormentó con ellas a todos los presentes. Nuevos horrores abundaron en la sala.

En un paisaje invernal, Martin Vale sollozaba rodeado por la carne mutilada de su hija. Seleccionaba pedazos de pies, manos y cabello tratando de juntarlos mientras muy cerca, en cuclillas, Richard Devon, con los ojos embrutecidos por la locura, devoraba el corazón que sostenía entre sus manos chorreantes de sangre. El sol proyectaba rayos oscuros como los pétalos de una rosa negra.

—¿QUIÉN ME BUSCA? —preguntó Zarach.

—¡Zarach! —gritaron de nuevo en un gemido.

Las manos del juez Winford contenían los rostros de sus hijos, con las gargantas hinchándose entre los crueles tendones de sus muñecas, los ojos de un tono azulado. Empezó a aplaudir con tristeza, ignorando sus gritos y el crujido de sus huesos. No se cansó de dar palmadas hasta que los rostros quedaron aplastados, mezclados, irreconocibles.

La población de la sala del tribunal se duplicaba a cada momento. Había hormigas, serpientes con forma de abanico y una enorme profusión de bestias repugnantes de especies desconocidas. Había mujerzuelas con aguijones de escorpión enroscados sobre los hombros y ojos pérfidos como el oro. Un tropel de jóvenes de rostros tersos y caderas peludas se tambaleaban sobre sus patas. Gatos desmesurados, marfileños y encolerizados, batían lentamente sus alas de chova. Viejos demonios pintados con colorete hundían las largas uñas de sus manos como estoques en las almas desprevenidas. Antiguos moradores de este mundo, eran los descarriados, los traidores, los corruptos. Contribuyeron al tumulto hasta que la luz pura y fina de la cruz de la tétrada brilló entre aquella confusión rojo sangre.

Los demonios menores huyeron espantados ante la visión de la cruz que brotaba de la punta del esternón de Edith y atravesaba toda la sala para ir a reflejarse en la tribuna del jurado. Regresaron con rapidez, mientras gritaban y aullaban a la Noche Infinita. Corrían con las manos vacías en tanto Zarach tronaba. El opresor fijó su atención en Edith, fuente de su potencial derrota. Sus ojos asumían el peso de rocas que cayeran en el vacío; su continencia se equiparaba a la del volcán que se erguía sobre el reloj de sol de Heraclio.

Alentada por la ley de la luz, confiada en sus energías, Edith se estremeció, se aferró a la vida con la misma solidez con que una hoja húmeda se pega al cristal de una ventana.

«TÚ ERES QUIEN ME BUSCA, EDITH».

Ella había estado preparándose para el dolor, para el tormento de sentir su mente presionada hasta filtrarse gota a gota a través de los huesos del cráneo. Pero no se había preparado para soportar la humillación de esa confianza.

«Yo, no».

Su odio hacia Zarach casi la dejaba exhausta; nunca antes había experimentado tanta debilidad.

Él se acercó a la luz tanto como se atrevió. Espiaba a Edith como un gigante a través de una cerradura. Ella parpadeó, sus pupilas se oscurecieron ante la belleza de su cabeza.

«YA LO VEREMOS».

Zarach se retiró a una distancia más prudencial, al tiempo que se encogía de hombros. En el momento siguiente, con un chasquido de sus dedos, se desprendió de su ardiente plumaje de resurrección y se mostró desnudo ante los fascinados ojos de Edith. Su cuerpo estaba formado por una torre de espejos, prismas resplandecientes de magia donde ella vio (con los ojos cerrados pero viendo a través de los párpados) lo que más temía ver:

Ella misma.

«¡No!».

Pero percibió una agitación en el aire, en aquellos fríos espejos de velatorio: sus venas desgarraban la carne y se retorcían en torno a la luz.

El poder de la tétrada empezó a remitir; la luz se desvanecía.

En el cuerpo esclavizador y cubierto de espejos del demonio, Edith se sumergió en las profundidades donde se pierde el dolor.

«No debo fallar».

Otra demostración de su magia: Zarach le mostró el lado gemelo de su propia naturaleza, con todas sus flaquezas y defectos magnificados por el mal.

JUNTOS PODRÍAMOS HACER GRANDES COSAS, EDITH.

Quedaba ya muy poca luz; su sombra se intensificaba con celeridad y de un modo inexorable.

Era voluntad de Dios que la sombra existiese. Y Zarach era una parte de Dios; poderosa, sí, pero imperfecta. Podía atormentarles, hacerles sufrir; pero en su sufrimiento eran redimidos. En ello consistía el poder que tenían sobre Zarach, e incluso cuando ella se sabía más débil y dispuesta a sucumbir bajo la losa de sus ilusiones demoníacas, persistía un último y exultante destello del espíritu de Edith Leighton.

Edith buscó el reloj de sol que llevaba sujeto por la cadena alrededor de su cuello blanquecino, y encontró la fuerza necesaria para romper la cadena.

Se volvió y lanzó el pequeño reloj de sol hacia los rojos y humeantes ojos del demonio-mago en los espejos.

En el aire, el reloj de sol empezó a brillar de nuevo, y fue a impactar en el cuerpo de Zarach con la fuerza y luminosidad de un cometa. La luz estalló de un modo penetrante, intensificada por las caras hechas añicos de los espejos. Lanzas de luz incidieron sobre todos los rincones de la sala del tribunal a medida que el ardiente reloj de sol iba penetrando nuevas paredes de cristales que caían en forma de cascada. Zarach se debatía, se desmoronaba a trozos, y rugía como un tornado mientras los cristales volaban por los aires hacia un pozo distante de oscuridad, siguiendo la trayectoria del reloj de sol. La sala estaba iluminada como un mediodía tropical, pero

sin calor. Sólo el pozo de oscuridad, el acceso a la Noche Infinita, persistía, convertido en una vorágine de tinieblas estigias espantoso de contemplar.

«Devuélvenoslo —rezó Edith—. Devuélvenoslo. Ahora».

Del pozo de oscuridad emergió algo volando, al principio casi demasiado pequeño como para ser captado por el ojo. Luego Edith observó que era un cuerpo humano, pequeño pero bien formado, que giraba en la luz. Poco antes de tocar el suelo, adoptó las dimensiones de un hombre.

Richard Devon estaba tendido en el suelo boca abajo, crispado, aturdido, exhalando un grito por toda respiración. En ese mismo instante, el negro acceso se redujo al tamaño de un punto, y, acompañado de un alarido sobrecogedor procedente de una garganta no humana, se cerró.

El reloj de sol apareció en la mano extendida de Rich. Su luz seguía fluyendo sobre ellos como un mar cálido y nutritivo. Bálsamo para los ojos, para la mente. Nadie se movió. Nadie conservaba la facultad de hablar, o de pensar con excesiva claridad. Pero ya no había necesidad de pensar. Todos compartían la misma necesidad insaciable de bañarse en la luz purificadora y limpiarse en ella.

En Heraclio, varios miembros de la comunidad de Sundial recogieron con delicadeza a Sigríd de la plaza y la acostaron en la cama. Temblaba incontroladamente, y los espasmos musculares persistieron un buen rato. Tres mujeres se alternaron para darle fricciones. Ella balbuceaba feliz, de la misma forma que lo haría una madre aún bajo los efectos de la anestesia al saber que ha dado a luz a un niño que todavía no ha visto. Cuando Sigríd se durmió por fin, iniciaba un sueño que se prolongaría durante veinte horas sin interrupción.

Poco después de las once de la noche, en Chadbury, los observadores que montaban guardia en las inmediaciones del Palacio de Justicia presenciaron la abrupta desaparición de los insectos. La extensa plaga adoptó la forma de cono, como bajo la influencia de una fuerza atrayente más poderosa que el campo gravitatorio de la Tierra. A continuación, el vértice del cono empezó a arder y los insectos despegaron hacia el cielo, manchando de rojo la luna. La mancha pronto disminuyó de tamaño, asemejándose a un lunar en una sanguina. Siguió disminuyendo hasta que se convirtió en un punto apenas visible a simple vista.

En los alrededores del Palacio de Justicia no quedó huella alguna de la extraña visita; ni siquiera una sola ala en las ventanas o en el césped.

En el extremo oeste de la zona verde, cuyo acceso estaba bloqueado por una hilera de coches de Policía del Estado, el capitán Moorman intercambiaba impresiones con el jefe de policía Jim Melka. Ambos estudiaban el acceso al interior del palacio con sus prismáticos.

—No ha quedado ni un condenado bicho —murmuró Melka.

Moorman bajó los prismáticos y anunció a un subordinado:

—Jim y yo vamos a entrar. Impidan el paso a cualquier otra persona.

Recorrieron las dos manzanas que les separaba del Palacio de Justicia en el coche de Moorman y subieron la pendiente que llevaba a la escalera principal. Cuando se apearon del vehículo, una puerta del edificio se abrió y una robusta mujer de mediana edad salió con un maletín en la mano. Se detuvo y miró a su alrededor con expresión desconcertada, consultó su reloj de pulsera, lo sacudió y se lo acercó al oído. Retrocedió un paso cuando vio a los dos policías que subían la escalera a la carrera hacia ella. Sus labios temblaron al esforzarse por sonreír.

—¿Cómo es posible que ya sea de noche? —preguntó a Melka con voz aguda.

—¿Qué está pasando aquí dentro? —preguntó Moorman a su vez.

La mujer lo miró extrañada y frunció el entrecejo, como ofendida por el tono de voz del capitán.

—¿Cómo? Creo que no le he entendido bien. Yo salgo del despacho del secretario del Registro Civil... No me habré entretenido más de quince o veinte... —Miró asustada al oscuro cielo—. No puede ser tan tarde.

En algún lugar del interior del edificio se oyó un disparo, seguido de un grito desgarrador.

La mujer se sobresaltó y empezó a gemir de un modo incoherente.

Moorman la ignoró y miró a Melka. Sabía de dónde había procedido el disparo.

—Arriba —dijo—. En el tribunal principal. Corramos.

En el umbral de la conciencia, Richard Devon se movió con lentitud, arrastrando su mejilla sobre el suelo de mármol de la sala del tribunal. Sus manos se flexionaban y se extendían. El reloj de sol de Edith Leighton había caído de sus dedos. Cuando la mayor parte de energía se disipó, el reloj retuvo sólo un aura cálida e incierta.

La intensidad de luz que había arrojado por toda la sala se había reducido a una penumbra crepuscular en medio de la cual se agitaban las siluetas de hombres y mujeres. Rich oía a su alrededor suspiros, sollozos y susurros. Experimentó un sentimiento de comunidad a la cual él no pertenecía.

Pero experimentó algo más: allí donde una frondosa vegetación había arraigado en la mente consciente, donde una mandrágora torcida y oscura había aprisionado su cerebro hasta el límite de la cordura, permitiéndole existir sólo como espectador de su vida desprovista de alma, se abría ahora un vacío. Sin embargo, sentía la resaca de una marea que presionaba, torturaba, retorció sus huesos. Percibió el olor a quemado de la oscuridad, como si hubiera en la reconfortante luz del crepúsculo una mancha de humo de un fósforo recién extinguido. Sus fosas nasales quedaron saturadas por ese olor. Sus manos, desprovistas de las esposas, se movían con frenesí; los dedos escarbaban en busca de vida, de seguridad. El mármol era demasiado liso, demasiado duro, y no podía encontrar ningún asidero en él. Sus párpados palpitaban. La sangre brotaba. La adrenalina lo abrasaba como un trago de coñac helado e intensificaba sus percepciones, su pánico y su dolor. Comenzó a gritar presa de delirio.

Conor sostenía a su esposa entre sus brazos. No podía dejar de temblar y estaba exhausto, pero se sentía estallar de felicidad: las heridas que se había infligido durante años habían hecho erupción todas a la vez para ser purificadas por el fuego e iniciar la cicatrización. Pronto estaría más fuerte de lo que creía. Medio cegada por las lágrimas, Gina le pasó una mano por el rostro. Su temor a los lobos remitió a medida que sus dedos experimentaron el tacto familiar de su barba. Ella lo besó.

—Estás bien. Eres tú. Bendito sea Dios.

—Bendito sea Dios —repitió él con voz segura.

Luego volvió la cabeza y aguzó los oídos para tratar de distinguir un grito en medio del parloteo que invadía la sala.

—Escucha. ¿No es ése Rich? Necesita ayuda. Vamos.

Pero Edith fue la primera en llegar junto a él.

Recogió el reloj de sol del suelo con deliberada parsimonia. Su rostro, en medio de la constante luz (un resplandor ámbar eterno que envolvía y les confería a todos el aspecto de formas fantasmales), parecía gastada y pálida como la de una momia. Su coraje se extinguía. La enjuta y fría carne se apretaba en torno a los huesos. Las órbitas de sus ojos aparecían ensombrecidas. Lo había entregado casi todo de sí.

Los ojos de Rich, abiertos, pedían. Imploraban.

—No, Richard. Levántate. Ya no puedo hacer nada más por ti.

Él se tambaleó al tratar de incorporarse y estuvo a punto de golpearse la cabeza contra el suelo de mármol, pero lo consiguió. Se asentó mejor sobre sus pies cuando vio aproximarse a su hermano, seguido de Gina y Adam Kurland.

—¿Voy a morir, Conor? —preguntó Rich entre sollozos.

—No, muchacho. Ahora todo irá bien.

Edith inclinó levemente la cabeza y se dirigió hacia la mesa de la defensa para apoyarse en ella mientras Rich iba siendo rodeado por otras personas, incluidos varios miembros del jurado. Algunos, como Lindsay, que habían sentido temor de tocarle o incluso hablarle, ahora le daban ánimos. Rich, ajeno a todo, seguía llorando.

Nadie prestó atención a Martin Vale, nadie se apercibió del arma que llevaba en la mano hasta que Knox Winford, desde el estrado, le dirigió una advertencia.

Para entonces, el cañón de cinco centímetros de largo del revólver estaba ya muy cerca de la frente de Rich.

—Nada ha cambiado —gritó Vale—. Ella continúa muerta, ¿no es cierto? ¿Acaso no se dan cuenta? ¡Nada ha cambiado!

Rich apretó los dientes, cuando sintió el contacto del cañón del arma un centímetro más arriba de su ceja izquierda. Echó la cabeza hacia atrás con brusquedad, los ojos fijos en el aire. Martin Vale no representaba más que una sombra para él, una nube de odio en el límite inferior de su visión.

Rich sintió junto a él el volumen de Conor, la amplia mano de su hermano, que se deslizaba furtivamente de su brazo.

—No, Conor —dijo Rich.

El intenso, violento pulso en sus sienes desafiaba a la bala. Pero en la amenaza de la muerte encontró un ardor reconfortante, una fuerza clarificadora. «Mantente firme, Richard».

—Si nada ha cambiado, entonces, debe matarme —dijo a Martin Vale.

Su admonición a Vale no tuvo un efecto inmediato. Ambos permanecieron en equilibrio uno sobre otro en una atmósfera densa como una tempestad. El disparo fatal se negaba a producirse. Sin embargo Vale, ofuscado por lo inevitable de su acción, parecía no tener más voluntad que la contenida en su mano extendida, más

deseo que el de librarse del veneno letal que se había ido escurriendo de su cuerpo con lentitud durante el juicio para, en ese momento, concentrarse en la punta de su lengua como un furúnculo.

—Martin —dijo su esposa detrás de él. Su voz sonó tan débil y familiar que no provocó cambio alguno en aquel inexpresivo rostro, ninguna onda en el mar de su concentración—. Pudo haber sido un camión sin frenos. Pudo haber sido su bote volcando en el estrecho. Pudo haber sido un coágulo de sangre, un cirujano negligente o una sobredosis de anestesia cuando le extrajeron las amígdalas. O una caída en la escalera. Una serpiente. Una enfermedad. Un secuestro. Un incendio.

La voz de Louise Vale temblaba; como también la mano que sostenía el revólver contra la pálida frente de Rich. Louise se acercó y acarició de un modo tranquilizador la nuca de su marido. El rostro de ella, medio oculto por sus largos cabellos, asumía, en su sinceridad y angustia, una mirada encendida, el fulgor de la salvación.

—Simplemente..., nos la quitaron. Ahora ya sabemos por qué. La verdad es más terrible de lo que creíamos..., pero al menos conocemos la verdad. Martin, ¿me escuchas? Por favor, ven a sentarte. No sé si lograremos superarlo algún día. Es cuestión de tiempo.

Vale se estremeció, y pareció encogerse. Nadie se movía; estaban paralizados por el miedo. Todos lo miraban. La boca de Vale se contrajo en una especie de sonrisa. La muerte sonrió a Richard Devon, y se retiró.

La mano de Vale se apartó de la frente de Rich en un lento arco que Conor interceptó al tiempo que tiraba de Rich hacia un lado para alejarle del peligro. Al coger el revólver de la mano de Vale, que no ofreció resistencia, el arma se disparó. La bala, en trayectoria ascendente, fue a estrellarse contra uno de los fluorescentes del techo, próximo al estrado del juez. Varios fragmentos de cristal cayeron al suelo y una mujer gritó; pero nadie sufrió daño alguno.

—Alguacil —dijo el juez Winford—, encienda las luces.

Al cabo de quince o veinte segundos, los fluorescentes intactos iluminaron la sala del tribunal.

Sorprendidos por el repentino resplandor, expulsados de la frontera de la irrealidad entre la Noche Infinita y el mundo donde debían reasumir sus deberes mundanos, la mayoría de los presentes pestañeó o se encogió; otros entornaron los ojos y agacharon la cabeza.

El capitán Moorman y el jefe de policía Melka entraron corriendo en la sala con las pistolas empuñadas. Tan pronto como los vio, Conor se guardó el arma que había arrebatado a Martin Vale en un bolsillo de la chaqueta. Vale, abrazado por su esposa, seguía temblando, con sus blancos cabellos erizados sobre las orejas. Una vez extinguida la mecha de su pasión, no había ni un solo destello de vida en sus ojos. Ella lo llevó hasta las filas de bancos y se sentó a su lado al tiempo que le hablaba al oído, lo consolaba, lo amaba.

—Señoría... —empezó a decir Melka.

—¿Qué significa todo esto?

—Oímos un disparo y... —trató de justificar Moorman.

Winford, tras frotarse las sienes, levantó la mirada.

—¿Se refieren al fluorescente? —preguntó—. Ha estallado. No ha habido daños. Alguacil, ¿le importaría ir a buscar una escoba y recoger estos vidrios?

—Como usted mande, señoría —respondió el perplejo alguacil.

—Caballeros —dijo Winford a los policías, sin ocultar su irritación—, se encuentran ustedes en un tribunal de justicia. Les recomiendo que guarden sus armas. Han interrumpido el proceso.

—¿Interrumpido? —exclamó Melka, incrédulo, mirando a su alrededor mientras trataba de enfundar su pistola.

Muy poca gente ocupaba sus asientos. La mayoría daba la impresión de que acabara de escapar a un accidente aéreo. Varios miembros del jurado se hallaban junto al acusado, caído en el suelo. Había una lívida señal circular en la frente de aquél, la cual parecía causada por el cañón de un revólver. Conor Devon sujetaba a su hermano del brazo. Tommie Harkrider estaba apoyado sobre la mesa del ministerio fiscal con una mano, mientras se oprimía el pecho con la otra; su semblante presentaba un tono azulado.

—Señoría —insistió Melka—, ¿se ha dado usted cuenta de la hora que es? ¿Y aún sigue el tribunal reunido? ¿No sabe lo que ha estado sucediendo allí fuera?

Winford sacudió un furioso golpe con su martillo.

—¡Sí, este tribunal sigue reunido! Y seguirá reunido hasta la semana que viene si es necesario, y sin que haya más interrupciones. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Hubo una cierta agitación en la sala. Todos los presentes, incluido el acusado, se volvieron a mirar a Knox Winford.

Luego, de una manera espontánea, prorrumpieron en aplausos.

Winford parecía iluminado y recompensado. Permitió los aplausos durante unos segundos. Luego asintió, esbozó una breve sonrisa y golpeó con el martillo para requerir orden.

—Muy bien, quiero que todo el mundo ocupe sus asientos. ¿Tiene el acusado la bondad de subir al estrado?

Rich parecía demasiado desconcertado para moverse. Conor, tras dirigir otra mirada al juez, guió a su hermano sujetándole del codo.

Tommie Harkrider los rebasó de camino al estrado. Sus movimientos eran torpes. Su rostro seguía congestionado. Abrió y cerró la boca varias veces, como para recobrar el aliento mientras observaba al juez con fijeza.

Knox Winford se inclinó sobre la mesa hacia el abogado.

—No he podido entender lo que ha dicho, señor Harkrider.

—He dicho... —farfulló Tommie. A continuación estalló—. HE DICHO: ¿QUÉ DIABLOS ESTÁ OCURRIENDO AQUÍ?

—Está ocurriendo un juicio, señor Harkrider. Y si vuelve a dirigirse a mí en ese tono, lo expedientaré por desacato al tribunal. Por favor, proceda.

—¿Que proceda? ¿Con qué? ¡Esto es un juicio nulo! ¡Solicito que declare este juicio nulo! Todos estamos..., todos hemos estado sometidos a... ¡alucinaciones! ¡Sí! Una especie de... hipnosis colectiva, ¡por Dios!

Sentada con la cabeza gacha, Edith movió los labios.

—Por Dios no, señor mío —murmuró.

Nadie la oyó. Pero el sonido de su voz, ese tímido intento de recuperar el sentido del humor la estimuló. Se enderezó en su silla y miró a Tommie Harkrider.

—¡Mírelos! —Tommie señaló a los miembros del jurado—. ¡Usted los ha visto! ¡Felicitaban a este asesino como si fuese un héroe!

—Eso no es justo —le espetó Mary Adelaide Hotchkiss.

—Señor Harkrider, es mi última advertencia —dijo Winford, cogiendo el martillo de nuevo.

Thomas Horatio Harkrider se alejó un paso del estrado y se balanceó sobre sus frágiles pies. Le temblaban los labios. Se frotó los muslos con los puños.

—En esta sala hay un ladrón de la razón —dijo, con voz controlada—, y no permitiré que se viole la justicia también. Cómo logró... montar el espectáculo que hemos tenido que padecer es algo que ignoro, pero no estoy dispuesto, aun a riesgo de ser expedientado por desacato, a seguir participando en un festival...

—Señor Harkrider...

—Me considero, señoría, un fiel creyente en la santidad del tribunal, en la majestad de la ley. Arriesgaría la vida por mi..., mi reputación, mi veracidad, mi dedicación, mi amor, Señoría, mi amor a la profesión jurídica.

De repente, Tommie perdió el control. Su rostro se convulsionó, inundado de lágrimas. Crispado y trastornado, alzó los ojos hacia el juez con la expresión de un niño herido e indignado.

Winford se reclinó con cansancio en el respaldo de su asiento de cuero.

—Señor Harkrider.

—Yo... lo siento, señoría.

—Vamos a continuar. Trate de controlarse. Usted y sus colegas del ministerio fiscal pueden presentar todas las mociones que deseen antes de la conclusión de este juicio. Pero permítame decirle algo. Creo que mi capacidad de razonar, de discernir la fantasía de la realidad, es tan buena como la que más. No me he emborrachado desde que contaba diecisiete años de edad. Jamás he tomado una droga más fuerte que la aspirina. Nunca he sido tratado por psiquiatra alguno por problemas mentales. Duermo muy bien, no sufro pesadillas y nunca se ha dicho de mí que tenga mucha imaginación.

»Hay dos cosas de las que estoy seguro: si yo combatiera en una guerra, sabría muy bien cuándo me han herido. Y si estuviera en el infierno, reconocería al diablo nada más verlo.

Winford hizo una larga pausa, como si hubiese extraviado la voz. Cuando volvió a hablar, fue en un tono tan bajo que el micrófono instalado en su estrado apenas amplificaba sus palabras lo suficiente para llegar a todos los rincones de la sala.

—Pues bien, hoy lo he visto. Por consiguiente, y a tenor de la simple lógica, me siento obligado a decir que he estado un cierto tiempo en el infierno. Todos hemos estado allí. Algunos lo negaremos, y otros trataremos de olvidarlo. Cada uno de nosotros habrá de enfrentarse, a su tiempo y manera, a lo que ha visto y experimentado. Entretanto, tenemos un deber que cumplir. Me duele la cabeza y deseo irme a casa cuanto antes. De modo que será mejor que prosigamos.

El juez Winford miró a Edith.

—Señora Leighton, ¿está usted dispuesta a proceder en representación de la defensa?

—Sí, señoría.

—Sigue siendo su testigo, señor Harkrider.

Rich volvió el rostro hacia el fiscal. No se habría mostrado más aterrorizado o falto de esperanza sentado en la silla eléctrica. Le rechinaban los dientes.

Tommie lo estudió, confuso y desesperado. Hizo ademán de hablar. Sus hombros subían y bajaban.

—Señor Harkrider, ¿tiene más preguntas que formular al testigo?

Tommie negó con la cabeza, giró sobre sus talones y regresó a la mesa del ministerio fiscal, donde se dejó caer al lado de Gary Cleves. Gary le miró unos instantes y apartó la vista.

—Señora Leighton —dijo Winford—, ¿desea proceder a un segundo interrogatorio del testigo?

Edith se incorporó con gran lentitud, aferrada al borde de la mesa con ambas manos.

—No, señoría —respondió—. La defensa da por terminado su alegato.

Durante su discurso de recapitulación ante el jurado, Edith Leighton dijo:

—Mi corazón no concibe duda alguna de que considerarán a Richard Devon no culpable por causa de posesión demoníaca. Pero quedan aún algunas preguntas que valdría la pena que todos respondiéramos esta noche, aunque sea tarde y estemos todos muy cansados.

»Mientras existan hombres perversos que abandonen este mundo para vivir en la Noche Infinita, seguirá existiendo la posibilidad de que el mal se reencarne en seres humanos. ¿Hay algún remedio para combatir este mal?

»La posibilidad del pecado y del error es inherente a, e inseparable de, la vida misma. El pecador que en último término se redime a sí mismo gasta más fuerza de carácter y más capacidad para el bien que el obediente. En ello reside nuestra mayor gloria, a la vez que un peligro evidente y real. Este poder es lo más precioso que conocemos en nuestra vida: la determinación de ser dueños de nosotros mismos. Con él, constituimos una fuerza que derrota a las tinieblas. Sin él, estamos condenados.

»Richard ha sufrido mucho por el asesinato de Karyn Vale: mediante su poder, señores, se recuperará poco a poco y se librerá de su culpa paralizadora. Mediante su veredicto sobre su vida, Richard obtendrá la oportunidad de volver a ser un hombre íntegro.

EPÍLOGO

HERACLIO

El juicio de Richard Devon finalizó poco después de la medianoche del primero de julio. Tras deliberar no más de veinte minutos, el jurado pronunció un veredicto de no culpabilidad por causa de posesión demoníaca.

Los sucesos que habían tenido lugar en el último día del juicio (la plaga de insectos prehistóricos, la aparente supresión del tiempo en el interior del Palacio de Justicia) ya habían provocado una morbosa sensación, intensificada por el conocimiento del veredicto.

La noticia en sí fue difundida por los veinticinco periodistas que habían seguido el juicio desde el comienzo y por los que estuvieron presentes en la maratoniada sesión del último día. Informaron ante las cámaras de televisión o en sus respectivos periódicos de los hechos tal como los habían presenciado, en un tono y contenido tan similares que parecía que hubiesen adoptado una decisión común sobre qué debían decir y cómo debían decirlo. Ninguno hizo alusión a la aparición de Zarach Bal-Tagh en la sala del tribunal. El sustento diario de cada periodista dependía de su objetividad, criterio, moderación y obediencia a los hechos. Todos sabían muy bien qué habían visto. Pero experimentar la presencia de Zarach era una cosa, y describirle a él, otra muy distinta.

La mente humana está muy bien preparada para afrontar las irracionalidades y ordenar las incoherencias que la existencia diaria comporta. Y el comportamiento humano, incluso a un nivel mundano, es más lógico que inexplicable, perverso y aun extraño. Es el comportamiento dictado por las implicaciones de sobrevivir en un mundo en el que hay tanta competencia entre los presuntos supervivientes, tantas necesidades y tan pocas recompensas, y tantos sucesos de todo tipo, muchos de ellos morbosos, opresivos o amedrentadores. Maestros de parvulario implicados en el rodaje de películas pornográficas con niños. Un reputado tocólogo que posee una colección de más de mil fetos humanos en un tanque en el sótano de su casa. Necrófilos en un depósito de cadáveres californiano. Francotiradores nocturnos. El sádico que manipula envoltorios de medicamentos para la jaqueca en las farmacias. El religioso sin tacha que sacrifica niños en una guerra desierta y sin fin.

Del mismo modo que no había principio ni fin en los horrores de Zarach, no había tampoco ninguna forma de describir adecuadamente su manifestación con palabras. Algunos periodistas lo intentaron en secreto. Y acabaron por romper lo que habían escrito. Después de Chadbury, pocos informadores perseveraron en su profesión. No sin esperarlo, muchos vieron que habían llegado a una encrucijada en sus vidas, la cual les mostró que ocupaciones más sencillas (una relación menos comprometida con los seres humanos) se ajustarían mejor a su alma. Y, entonces, hallarían la paz del espíritu.

Los demás espectadores y participantes en los sucesos de Chadbury se mostraron reacios a responder a las infinitas preguntas que se les formuló sobre la última jornada del juicio. No hubo modo de conseguir que expresaran lo que sentían. Pero su silencio no era fruto de la histeria, sino de la meditación.

Thomas Horatio Harkrider regresó a Nueva York y difundió profecías terribles sobre el torbellino que iba a acontecer en los tribunales criminalistas de los Estados Unidos si el caso «Vermont contra Devon» no era impugnado por el Tribunal Supremo del Estado. Pero Gary Cleves no supo encontrar las mociones más apropiadas. Diez días después del veredicto en el tribunal del distrito, presentó su dimisión como fiscal del Estado por el condado de Haden. Se dedicó al ejercicio privado de la abogacía y prosperó. Al año siguiente serían presentados cinco alegatos de posesión demoníaca en casos capitales en otros tantos Estados; en cada caso, el jurado rechazó el alegato y emitió un veredicto de culpabilidad. El alegato de posesión demoníaca no suscitó el fervor que Tommie Harkrider había previsto. El viejo abogado murió en su cama, víctima de un paro cardíaco, casi un año después del día en que se había levantado para dirigirse a los aspirantes a miembros del jurado en el Palacio de Justicia de Chadbury.

Conor y Gina regresaron a su casa, e hicieron un alto en el camino para recoger a su hija en el convento de New Hampshire. Conor dejó la bebida y volvió a los cuadriláteros. Una lesión en la rodilla puso fin a su carrera pocos meses más tarde. Gina trasladó su tienda de modas a las galerías comerciales de Lowell, coincidiendo con una mejora en el ciclo económico de la zona. Sus vidas prosperaron. Ella soportó el peso de la familia hasta que Conor obtuvo el doctorado en literatura comparada y empezó a dar clases en una pequeña escuela próxima a Joshua.

Adam y Lindsay contrajeron matrimonio cuatro días antes de Navidad en la iglesia católica de Braxton. Aun antes del juicio, Lindsay había vuelto a asistir a misa, y su experiencia con Zarach Bal-Tagh supuso el impulso necesario para reconciliarle sólidamente con su fe. Su regalo de bodas para Adam fue un reloj de sol de oro macizo atado a una cadena con las fechas del juicio grabadas al dorso. El regalo de él consistió en su pleno reconocimiento como asociada en la firma Kurland Bates Harpold and Potter.

El padre James Merlo fue invitado a la boda, pero en esa fecha estaba ocupado con un caso de posesión en una remota misión en las montañas del Camerún y tuvo que excusar su ausencia.

El gran protagonista del juicio pudo haber sido objeto de tanta publicidad especulativa como cualquier personalidad del siglo veinte. Porque hubo muchas más preguntas acerca de Richard Devon que respuestas. Pero dieciséis horas después de su absolución, Richard Devon, acompañado por su hermano y dos de sus abogados, eludió las legiones de informadores y desapareció.

Y Edith, quien declinó conceder entrevistas, regresó a Heraclio tras una breve escala en Londres.

Cuando oyó el ruido del motor del Land Rover junto a la doble pared que rodeaba la casa, Sigrid Torgeson se incorporó del suelo de la terraza, donde había estado meditando, y anunció al hombre sentado en silencio junto a ella: «Edith ha vuelto». Vio una contracción en los músculos faciales del hombre que, no mucho tiempo atrás,

se habría resuelto en una sonrisa. Pero las sombras del crepúsculo eran traicioneras y quizá la habían inducido a creer que Philip había reaccionado. Se puso las sandalias y salió a abrir las puertas.

Edith se había apeado del Land Rover y estaba recogiendo su equipaje de la parte trasera. Actuaba de un modo espasmódico e impaciente. A la luz del sol su rostro aparecía blanquecino, salvo por la viveza de sus ojos. Tenía las cejas enmarañadas. Una vena palpitaba en una de sus sienes hundidas, y finos mechones de cabello gris le ocultaban parcialmente la frente. Estaba tan pálida y delgada que Sigrid se alarmó. Pero mientras Sigrid la observaba, la piel del rostro de Edith empezó a perder su coloración gris mortecina, como si en aquellos primeros instantes de vuelta al hogar hubiera procedido a quitarse velos.

Sigrid dio a Edith un emocionado beso de bienvenida y le cogió el equipaje. Edith sacudió la cabeza por un momento, luego se encogió de hombros y señaló al joven que conducía el Land Rover, quien miraba con expresión ausente a través del sucio parabrisas. La había llevado todo el trayecto desde el aeródromo de Los Arroyos. Ahora estaba sentado al volante, y contemplaba el panorama desde la accidentada ladera de la Montaña del Fuego hasta la verde superficie de la laguna que se extendía al pie del risco.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Sigrid a Edith en voz baja.

—En ese triste estado de transición. Va perdiendo gradualmente su odio y piedad por sí mismo, pero todavía no parece dispuesto a aceptarse como un ser humano útil. Está convencido de que la muerte de Karyn ha arrebatado todo el sentido a su vida. Se trata de la actitud de siempre, pero yo ya soy demasiado vieja y poco paciente como para ocuparme de él:

—Yo no. Pero ¿qué le digo?

Edith, con una sonrisa burlona, la miró durante unos instantes.

—Me sorprendería que tuvieras mucho que decir de algo.

Y entró en la casa, llamando a su marido con jovialidad.

Sigrid miró pensativa a Rich, quien aún no había advertido su presencia. Al cabo de unos momentos, se encaminó hacia el Land Rover e irrumpió en el ángulo de visión del joven. La fría sombra de su cabeza eclipsó el rostro acalorado de Rich. Este pareció sobresaltarse. Los ojos azules de Sigrid eran grandes y serenos, pero había un asomo de duda en su mirada.

—Soy Sigrid. Bienvenido a Sundial.

Él asintió y se humedeció sus resacos labios. Presentaba un profundo frunce entre los ojos. Desvió la vista hacia la montaña, como si hubiese emprendido el vuelo para encontrarse en una cárcel etérea.

Ella sabía muy bien lo que debía de sentir. Sigrid no había matado a nadie en su cautividad; pero durante el año que siguió a su exorcismo se había sentido tan humillada y derrotada que le había resultado muy difícil mirar a los demás a los ojos. El tiempo transcurrido en ese lugar, la camaradería de los habitantes de Sundial, la

habían curado. Y Richard no sería una excepción, estaba segura de ello. Tenía que curarse. Porque lo necesitaban imperiosamente.

—Estoy segura de que no habrá inconveniente en que te quedes aquí todo el día. Pero ¿no estás cansado? ¿No te gustaría entrar?

Rich se agitó y echó la cabeza hacia atrás cuando el sol poniente incidió en sus ojos como la punta de una lanza. Miró a su alrededor en busca de una sombra, de una brizna de hierba.

—Yo nunca... he visto nada como esto —dijo en un tono de voz desconcertado—. No sé qué pensar.

—¿Quién podría decirlo? —replicó Sigrid.

La muchacha puso una mano sobre su antebrazo derecho, duro como una piedra. Rich todavía aferraba el volante con fuerza. Ella se le acercó. El viento levantaba sus rubios cabellos, que oscilaban sobre sus mejillas sonrosadas por el sol. Su mirada volvió a sorprender la de él, que esta vez no se retiró. La expresión de Rich no se alteró, pero sus labios se entreabrieron. Ella detectó una respiración acelerada en el aliento de él, y, bajo la piel, el único impulso vital que escapa al control de la voluntad de cualquier hombre: el anhelo, la necesidad de otro ser humano.

Sigrid asintió, sólo un poco, y le sonrió.

—Quizá sea tu casa, Richard.

NOTAS

[1] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[2] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[3] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[4] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<